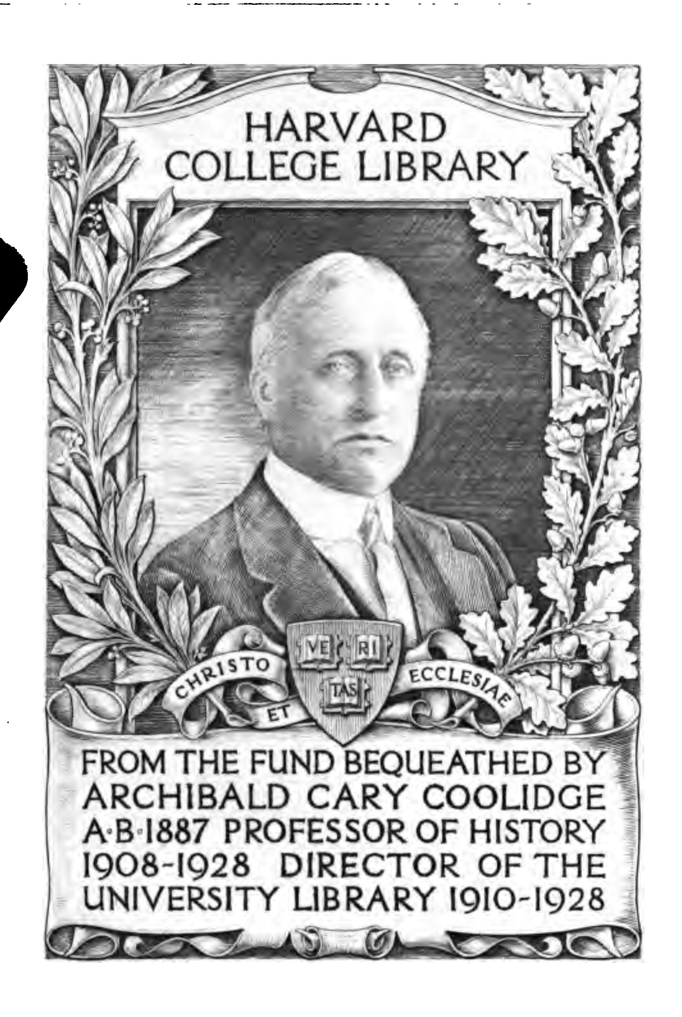

HARVARD
COLLEGE LIBRARY
VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE
FROM THE FUND BEQUEATHED BY
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
A·B·1887 PROFESSOR OF HISTORY
1908-1928 DIRECTOR OF THE
UNIVERSITY LIBRARY 1910-1928

Señor:
Francisco Madrid,
López.

# MEMORIAS

DEL GENERAL

# JOSÉ HILARIO LOPEZ

# MEMORIAS

DEL GENERAL

# JOSÉ HILARIO LÓPEZ

ANTIGUO PRESIDENTE

DE

# LA NUEVA-GRANADA

ESCRITAS POR EL MISMO

TOMO PRIMERO

PARIS

IMPRENTA DE D'AUBUSSON Y KUGELMANN

[illegible]

[illegible]

# MEMORIAS

DEL GENERAL

# JOSÉ HILARIO LOPEZ

ANTIGUO PRESIDENTE

DE

## LA NUEVA-GRANADA

ESCRITAS POR ÉL MISMO

TOMO PRIMERO

PARIS
IMPRENTA DE D'AUBUSSON Y KUGELMANN
CALLE DE GRANGE-BATELIERE, 13

1857

75

**Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriæ, magistra vitæ, nuntia vetustatis.**

**Cicero.**

# A MIS LECTORES

A fines de 1839 empecé á escribir en Roma este primer tomo de mis « Memorias, » y lo concluí á principios de julio de 1840, con la intencion de publicarlo inmediatamente en Europa ó Nueva-Granada; pero á causa de diferentes dificultades que vinieron á oponerse á este deseo, y de otras consideraciones de pura delicadeza, (que no es del caso espresar) lo he diferido hasta hoy, en que han sido allanadas aquellas y desaparecido éstas, al menos en su mayor parte.

Sensible me es no dar á luz simultáneamente el tomo segundo de esta obra, que no he terminado todavía por

falta de algunos datos que son necesarios para auxiliar la memoria y observar el órden cronológico de los acontecimientos; mas me prometo verificarlo tan pronto como me sea posible y completar este trabajo hasta el dia en que lo publique.

He procurado cuanto me ha sido dable ser claro y conciso, sin detenerme en el purismo del lenguaje ni consultar con nimiedad la elegancia del estilo, pues, sobre no tener pretensiones de pasar por literato, me basta llenar mi objeto ante el buen sentido de mis lectores contemporáneos, quienes, desnudos de toda prevencion, podrán rectificar ó formar sus conceptos respecto de mí, y calificarme con imparcialidad y rectitud, mientras la posteridad, libre de pasiones, formula el juicio severo y pronuncia, con conocimiento de causa, la terrible sentencia, sentencia eternal, que, evocando del sepulcro las sombras impasibles é inofensivas de los que fueron y cuyos nombres pertenecen á la historia, deje sobre mi sepulcro el lauro de la inmortalidad, ó tronche sin consideracion el modesto arbusto que lo cubriera. Entre tanto, séame permitido manifestar con toda la fuerza de mi conviccion, que no temo ese fallo, porque, conservando tranquila mi conciencia por cuanto he obrado en relacion con mi vida pública, sería blasfemar de la justicia, pura, eterna é infalible como emanacion del mismo Dios que la creó y de Quien es uno de los principales atributos, si yo abrigara la mas pequeña desconfianza á este respecto, pues entonces ya habrá corrido el tiempo suficiente para sacudir las preocupaciones de esta época; conocer mejor los derechos y deberes del hombre en sociedad; hacer en calma y con escrúpulo la apreciacion del puesto que yo ocupara, el designio laudable que

siguiera y los incidentes y demas circunstancias que concurrieron en cada uno de los casos materia de la indagacion; y por último, habrá desaparecido la susceptibilidad de los que se sienten aquejados por consecuencia de los sucesos que han tenido lugar durante nuestra cruda y larga lucha de la independencia y de nuestras nefarias guerras civiles en que yo haya podido figurar. Mientras mas escudriño hasta los recónditos arcanos de mi vida pública, mas me tranquilizo en esa espectativa; ya porque, amante de la rectitud en su mas lata acepcion, he sabido, sin ser por esto demasiado severo, conciliar mis deberes con la necesidad en que me haya encontrado de ser algunas veces enérgico y hasta testarudo, si se quiere; ya porque, sin salirme nunca de los límites prescritos por la ley, he sido indulgente hasta donde ella me lo ha permitido, y las circunstancias me lo han aconsejado; y ya porque mi corazon es compasivo, generoso y filantrópico hasta mas allá de lo que han podido respecto aún mis mas encarnizados enemigos.

Como, obligado á responder á varios cargos calumniosos que, estando ausente de mi Patria, se me hicieron en un folleto intitulado: «Reseña Histórica,» publiqué aquí en Paris un cuaderno que tiene por mote «Para la Historia» en que apunto, aunque muy someramente, algunos acontecimientos desde el año de 1840 hasta fines de 1854; á él y á otros varios artículos que han visto la luz bajo mi firma me refiero, para que los que no me conocen formen siquiera una leve idea de mi vida pública en ese periodo, mientras me exhibo detalladamente en el precitado tomo segundo. — Prescindo de llamar la atencion sobre otros escritos en que se ha querido favorecerme, y de que estoy

mas precision, porque ellos son deficientes é inexactos en algunos lugares, y sin las aclaraciones ó rectificaciones necesarias, no pueden ser aceptados rotundamente.

He procurado con solícito estudio evitar hasta donde me ha sido posible las alusiones ofensivas, que, sin conducir derecho á mi designio, pudieran provocar una interpretacion siniestra; y si alguna vez mi pluma no ha podido ser detenida por mi intencion, y si otras he debido citar nombres propios poco favorecidos en mis juicios, (sin cuya circunstancia no podria apreciarse debidamente la importancia del suceso referido) nunca he faltado á la verdad, usando para ello de sobrada mesura y de la urbanidad correspondiente, absteniéndome, por tanto, de dar márgen á rencillas desagradables y á comentos odiosos, que tendieran á ofuscar el mérito de la ingenuidad y me condujeran á sostener una polémica que, por mas gallarda que fuera por mi parte, siempre me costaria trabajo y sinsabores.

Protesto que, si se quisiere rectificar algun hecho sometido á juicio del lector, y se me convenciere de ello, al instante me apresuraré á dar la satisfaccion conveniente y á esplicar la causa de mi equivocada narracion, lo que me hará tomar buena nota para una segunda edicion que acaso pueda publicar mas tarde; mas si los ataques que se me hagan fueren tan bruscos que me precisaran á defenderme en un terreno estraño y ajeno de mi posicion, yo usaré entonces de los medios decorosos que estén en mi derecho, seré mas esplícito, y tal vez mas fuerte al replicar y presentar las pruebas en apoyo de mis aserciones, en cuya hipótesis seré suficientemente justificado al aceptar la liza á que me provoquen mis contendores.

Por fortuna poseo documentos preciosos é irrefragables;

y, además de eso, casi todo lo que refiero es notorio á muchos ó pertenece al archivo público. Si en algunos cuadros he dado pinceladas que hagan variar á ciertas figuras el aspecto que en ellas tenian, debe servirme de escusa el afan por conservar mi reputacion ó hacerla resaltar en vista del contraste, aunque esto pareciera vituperable al que no examine bien el objeto de esta obra; y con mayor razon debe disculpárseme si se tiene presente, que en un historiador verídico no deben caber sino la sinceridad en sus descripciones, la moralidad en su criterio y la fuerza de ánimo necesaria para afirmar lo que, en su concepto, es indubitable. De todos modos, yo me comprometo á esplicarlo llegado el caso.

Mi edad, ya bien avanzada; mi fortuna privada, adquirida por medios honrosos que, gracias á Dios y al generoso interés que por mí toman algunos de mis deudos, me brinda una subsistencia cómoda; mi carácter independiente y pundonoroso, y las innumerables pruebas que he dado de abnegacion y desprendimiento, me ponen á cubierto de cualquiera sospecha que se abrigara en pechos menos hidalgos que el mio sobre el inocente objeto de esta publicacion, en que no ha entrado algun cálculo ruin ni es efecto de una estéril jactancia ó de otra mira bastarda.

Poner en claro la fama, buena ó mala, de ciertos hombres confusamente exhibidos hasta ahora.—Revivir la memoria de algunas personas que yacen olvidadas, inmerecida é ingratamente, despues de haber pasado á la eternidad, sacrificándose con virtud heróica en las aras de la patria.—Ampliar las narraciones que se ha hecho de varios hombres ilustres, como testigo que soy de muchas de sus sobresalientes acciones.—Sujerir datos nuevos á los

historiadores de Colombia y Nueva Granada, sobre muchos hechos notables, que, sin duda, por ser ignorados permacen hasta hoy inéditos.—Exaltar el renombre del antiguo ejército del Sur, cuya aura apenas se vislumbra entre la nube en que flota la volúble Fama.—Y, en fin, publicar mi historia propia en medio de mis contemporáneos, para darle la autoridad de su testimonio, antes que acabe de desaparecer el augusto apostolado de los Próceres de nuestra independencia y la egrégia falange de los Libertadores de mi patria, en cuyo número tengo la gloria de contarme.—Hé aquí mi designio y mi deseo.

Sin embargo, mi pobre escrito habria permanecido indefinidamente en un cajon, espuesto á perderse ó deteriorarse, si dos consideraciones de gran fuerza no me hubieran escitado á sacarlo á luz. Muchos de mis amigos, y aún otras personas estrañas, al oirme referir incidentalmente algunos acontecimientos ignorados, me han conjurado con grande interés y no menos admiracion á poner mi historia en presencia del público, y aún me han pedido con instancia mis apuntamientos para redactar mi biografía; lo que me ha convencido de que la escesiva modestia no convenia á quien tiene sobrados títulos al aprecio de sus compatriotas y no debe usurpar á la historia el ejemplo de su buen comportamiento, por la nimia consideracion de retratarse á sí mismo, ya que no puede de otra manera ser conocido á fondo, ni quiere usar con hipocresía del seudónimo para lograrlo, ni tiene confianza en que se le pinte cual ha sido y es, acaso porque su moderacion se ha opuesto hasta ahora á trasmitir sus precedentes ó recomendarse por sí mismo.

La segunda consideracion consiste en la necesidad que

tengo de desvanecer los cargos que se me han hecho y las calumnias con que se me ha atormentado por mero espíritu de partido, y á veces con sobra de ingratitud, no sea que mi nombre pase á las generaciones póstumas con manchas que lo ofusquen. Este tambien ha sido un consejo que me han dado muchas personas que reconocen la injusticia con que me han querido vilipendiar los miembros de una bandería, que, lo digo con harta pena, no han podido ser guiados por ningun principio santo de moralidad, pues muchos de los que así me han atacado, lo han hecho á sabiendas de mi inocencia, y solo por sacrificarme ó anularme de cualquiera manera, para quitar ese obstáculo á sus miras protervas. Entre aquellas personas figura una de nuestras primeras literatas, á quien quizá no he saludado tres veces en mi vida, y por consiguiente debe reputársele imparcial, que con sentidas palabras me ha escitado á escribir mis Memorias, manifestándome que he sido horriblemente calumniado, cuanto débilmente defendido.

Otras razones se agolpan para romper mi silencio y animarme á salir á la palestra cuanto antes, y presentarme en ella con mi cabeza erguida y con el noble orgullo de quien ha tenido la dicha de salir de la rutina ordinaria para colocarse en una esfera en que pocos hombres han podido colocarse para cumplir lo que ofrecieran y servir á su patria con distincion.—Voy á enumerarlas, aunque parezca que sobre esto recalco demasiado.

Huérfano desde mi tierna edad, desvalido y sin apoyo ajeno, llegué al mas alto grado de la milicia en el ejército de Colombia á los 32 años de edad, recorriendo rigorosamente la escala militar; y despues, ya en la edad provecta, merecí de mi patria el mas alto honor, elevado cómo

fui á la presidencia de la República, habiendo ocupado los puestos mas prominentes en la jerarquía militar, como en la política y la parlamentaria.

Siempre en el camino del honor y del deber, he resistido con ánimo varonil los poderosos estímulos del temor grave ó de la esperanza halagüeña en circunstancias bien difíciles, en que se ha visto comprometida mi existencia por un lado, y por otro, asegurado mi porvenir, prefiriendo la conservacion de un buen nombre á la de la vida y el lucro del dinero; y sosteniendo constantemente una lucha horrible, sin dejarme vencer en ella, á imitacion del hombre sobrenatural descrito por Fontenelle, combatiendo muchas veces con gigantes en posiciones desventajosas bajo todos respectos, ménos del lado de la honradez: esto es cuanto se puede exigir de un hombre de bien que ha sabido llenar lealmente sus compromisos, sin dejarse arredrar ni seducir en ningun caso.

Es de suponerse que, en una vida tan agitada como la que he llevado, he debido en muchas ocasiones apurar hasta las heces el cáliz de la amargura, representar mil episodios trágicos y comprometerme inminentemente en otros tantos lances graves, saliendo siempre salvo por una série de milagros que me ha dispensado la Divina Providencia, cubriéndome bondadosa con su impenetrable égida.

Ahora bien, si se considera que mi vida pública ha sido consagrada sin interrupcion al servicio de mi patria y al lustre de sus armas; que he tenido la dicha de ser el PRESIDENTE para lograr en ella la abolicion legal y simultánea de los esclavos, la eliminacion de la pena de muerte en los delitos políticos, la extension de los juicios por jurados en casi todos los negocios criminales, la libertad de

la industria, del comercio, de la emancipacion de la prensa, de la instruccion, y de la conciencia, la cesacion de multitud de monopolios ruinosos; y, en fin, el establecimiento de todos los principios racionales que presenta la civilizacion del siglo y reconocen las sociedades modernas; si se atiende á todo eso, se concebirá bien que no ha sido lijereza ni vanidad en mí el dar rienda á la tentacion de publicar estas Memorias, á tiempo que las ilusiones del mundo me han abandonado, que mis aspiraciones han sido calmadas, y que ellas no consisten ya sino en dejar bien puesto mi nombre al ausentarme para la eternidad, y legarlo incólume á mis hijos como su mejor herencia, y á las edades futuras como un ejemplo que no será despreciado.

Muchos hombres de valimiento, en diversos paises del mundo, han publicado su historia durante su vida; y aunque otros han ordenado que ella no se publique hasta corridos largos años despues de su muerte, ellos han tenido sin duda en mira que para ese tiempo ya está nublada hasta la tradicion de algunos de los hechos revelados, desaparecido el temor de caer prematuramente en manos de la sana crítica, y cesado el riesgo que se corre personalmente cuando hay que tocar reputaciones delicadas; ó bien por no revelar extemporáneamente un sigilo trascendental que debiera permanecer oculto por un tiempo dilatado. Tales autores han podido consultar, por conveniencia propia, todas ó algunas de esas razones para diferir la publicacion de sus memorias, contando, eso sí, con la plena seguridad de que su voluntad postrera será ejecutada en el término prefijado. Pero yo, que por propia experiencia sé, que entre nosotros los españoles americanos, con pocas excepciones, todo interes que no sea de la actualidad [illegible]

luego y que el entusiasmo y la popularidad se desvanecen pronto como la llamarada de paja y el humo que produce, temiendo por otra parte que mis manuscritos se deterioren, ó pierdan ó sufran un auto de fé, debo evitar ese riesgo, dándolos á luz; y lo verifico con tanta mayor satisfaccion, cuanto que de su publicidad no se deduce una sola razon de estado ó privada que me imponga la reserva hasta despues de mis dias.

Ya he dicho, y lo repito, que no teniendo pretensiones al lauro de literato, imploro la induljencia de mis lectores por las faltas que cometa contra las reglas escolásticas. Por lo demas, confio me harán la justicia de confesar, que he llenado regularmente mi objeto, á la vez que cumplido mi palabra otras veces ofrecida, de hacer esta publicacion. Espero tambien que encontrarán mi vida pública fuera de la órbita vulgar, y por lo mismo la lectura de mis Memorias les ofrecerá algun interes, que la haga soportable, ya que carecen de todo otro mérito.

Si me fuera lícito mezclar una infinidad de anécdotas de mi vida privada, creo que esta obra escitaria un grado mayor de interés que el que ella ofrece en el campo no muy ameno de la política y la guerra; empero, yo debo respetar, mas que la mia, otras reputaciones, y detenerme en el átrio de los Dioses Lares, cuyas puertas han sido y serán inviolables para mí, mientras una mano sacrílega no las abra y me obligue á penetrar en el augusto santuario, que hasta ahora he venerado con fanatismo.

Llamaré de nuevo la atencion á la advertencia que he hecho en el primer preámbulo: á saber: que há mas de 17 años escribí este tomo, y que, por consiguiente, no debe causar estraneza el ver citados, como vivos, hombres

que han dejado de existir á la fecha de su publicacion; y que me prometo que el siguiente no contendrá tantos de esta especie de anacronismos moralmente inevitables.

Quizá en las fechas de los sucesos ó en algunos otros lugares se encuentren yerros, que, á mi ver, no deben desvirtuar la importancia de la narracion. — Sin embargo, declaro que ellos son involuntarios, y espero, por lo mismo, no servirán de argumento contra la buena fé que me guia en todas mis acciones. Y por último diré: que este trabajo histórico no comprende sino lo que está mas en contacto ó dice relacion con mi vida pública, siendo muy pocas las digresiones que en él se encuentran. A otras plumas mas adecuadas que la mia, corresponde escribir la historia completa de mi Patria; y con satisfaccion sé que el respetable señor José Manuel Restrepo ha terminado ya, y va á dar á la prensa la historia de Nueva-Granada y de Colombia, hasta la disolucion de esta última República, que es ya bastante avanzar en esa via y no poco lo que ella se despeja para los que están llamados á continuar en tan interesante tarea.

Paris 20 de julio de 1857.

JOSE HILARIO LOPEZ.

# CAPITULO I

Mi nacimiento.—Mis ascendientes.—Mi educacion primaria.—Crueldad de los directores y maestros.—Mis inclinaciones y pasatiempos en la niñez.—En mi casa es la tertulia de los principales sugetos de Popayan inclinados á la independencia política.—Juicio que entonces se formaba sobre Napoleon Bonaparte y mis simpatías por ese nombre.—Nacen entonces mis ideas del amor de la gloria, y crece y se fortifica con la perspectiva de la lucha de independencia.—Primera batalla de los independientes en el Bajo-Palace y su triunfo completo sobre las tropas reales. Impresiones agradables que recibo.—El primer peligro que afronto.—Mis padres me reprenden por haber ido al campo de batalla sin su consentimiento.—Muerte de mi abuela paterna.—Paso al Colegio Seminario de Popayan.—Esta ciudad es atacada por los realistas.—Su número y calidad.—Número y calidad de los defensores de la ciudad.—Soy uno de los colegiales que la defienden.—Los enemigos son rechazados.—Llegada del jóven Alejandro Makawlay.—Se encarga éste del mando militar, ataca y vence á los invasores.—Acontecimientos desgraciados en Pasto, que obligan á los independientes á retirarse hácia el Valle de Cauca.—Yo me retiro á Purasé en asocio de unos pocos patriotas.—Somos allí asaltados y hechos prisioneros.—Se me conduce á Popayan y se me entrega á mi padre.—Soy condenado por éste á no moverme de la casa.—Muerte de mi padre.—Mi madre queda demente.—Conducta de nuestro tutor y curador.—Mi decidida resolucion de enrolarme en las tropas independientes, y dificultades que se me oponen.—Cerrado el Colegio, entro de aprendiz de herrero, y me sigue mi hermano Laureano.—Objeto que me movió á tomar esta ocupacion.

Nací en la ciudad de Popayan, capital de la provincia de este nombre, el 18 de febrero de 1798. Mis ascendientes pertenecian á las primeras familias de la antigua nobleza: mi padre era oficial real de la Santa Cruzada. Desde mi nacimiento me tomó á su cargo mi abuela paterna doña Manuela Hurtado, en la consideracion de ser yo el primogénito de su primogénito; y logré ser su predilecto y mimado en estremo. Mi familia no era rica, pero poseía una fortuna suficiente para vivir con decencia y desahogo. Mis padres y abuelos eran muy caritativos y generosos, y amaban mucho á sus parientes.

Mi educacion primaria fué la misma que en aquellos tiempos se daba á los niños: ella consistia en aprender la doctrina cristiana, á leer y escribir, los principios de aritmética y algunos ru-

dimentos de historia. El gobernador español D. Diego A. Nieto, íntimo amigo de mi familia, me halagaba con regalos para estimular mi aprendizaje. Los directores de establecimientos de educacion eran crueles é injustos en aquel tiempo, y no se reputaban buenos cuando no eran estraordinariamente severos en sus castigos. Baste decir, que por la mas pequeña falta de algun alumno, se imponia una pena general á toda la clase; y esas penas no consistian en estímulos nobles y decentes que exaltaran los sentimientos de sus discípulos, sino en golpes furibundos de férula y látigo, en largas penitencias, hincados de rodillas y en otros tormentos de la laya.

Recuerdo, con este motivo, que estando yo aprendiendo á leer y escribir donde un señor Joaquin Basto, que era el preceptor, en union de otros muchos niños, entre los cuales se encontraban Tomás, Manuel María, y Manuel José Mosquera, que hoy son, el primero general de la República, el segundo Ministro plenipotenciario de la Nueva Granada y el tercero Arzobispo de Santafé de Bogotá, se impuso al último un castigo de los acostumbrados, y porque éste se quejaba del dolor que habia esperimentado, se le obligó á tomar una taza de orinas, diz que para aplacarle la soberbia, en cuya escena figuraban, no solo el maestro Basto, sino su mujer é hijos, que estaban igualmente autorizados para infligir penas á los alumnos.

A consecuencia de este suceso, el Dr. José M. Mosquera, padre de los tres niños mencionados, los retiró de este establecimiento. ¡Felices los que hoy se educan en nuestro país, en donde, en vez de ir temblando á las escuelas como sucedia en el tiempo á que me refiero, asisten llenos de gozo y rebosando en esperanzas de aplausos y recompensas que les estimulan agradablemente en la escabrosa carrera de su educacion, sin temor á los tormentos materiales que apocaban antes el talento y constristaban el espíritu, sin permitir tomar vuelo al juicio y á la capacidad! Cuando comenzó la revolucion de la independencia en la Nueva Granada me encontraba yo en el colegio de Popayan, empezando á recibir los demás conocimientos que entónces se podian adquirir, los cuales consistian en la gramática latina, filosofía y teología dogmática y moral; pero yo apenas habia hecho el curso de latinidad con bastante provecho; no obstante que la violenta inclinacion á la caza y la perniciosa contemplacion de mi abuela me distraían demasiado de mis ocupaciones literarias. Por fortuna yo tenia bastante memoria, y esto suplia á la falta de contraccion. Mi abuela pretendia que siguiese la carrera eclesiástica. Yo no amaba sino los placeres del campo, ni deseaba saber mas que física y matemáticas. Poco tiempo despues se despertó en mí el deseo de la gloria militar, como lo diré luego.

A fines de 1810 se instaló en Popayan la primera junta revolucionaria aprovechando la oportunidad del cautiverio de Fernando VII. Mi tio D. Máximo Lemos (1), que vivia en mi propia casa, fué de los primeros aprisionados, y su habitacion era el club de todos los principales sugetos de la ciudad adictos á la independencia de la metrópoli. Yo allí veia algunos diarios de Madrid, y por primera vez oí el nombre de Bonaparte que, aunque citado como un monstruo del género humano, el criterio de los tertulios le daba siempre un favorable colorido, ó al menos se le reputaba un héroe. Este nombre, tan ilustre por sus hazañas militares, se fijó en mi imaginacion de tal manera, que en mis composiciones latinas era el principal personaje de mis discursos; y recuerdo que no encontrándolo en el diccionario, lo suplia con el calificativo *bonus, a, um*, y el sustantivo *pars, tis*; y así formaba yo mi *Bonapars*. Mi catedrático D. Bernardo Valdés existe y puede hacer un recuerdo de esta circunstancia. En la conversacion, que yo escuchaba atentamente, se trataba de la lucha en que debian empeñarse los independientes hasta arrojar á los españoles; se hacia cuenta de los hombres que podian ser calculados para ponerse á la cabeza del partido armado; y aún se trazaban planes de guerra. Yo recogia las palabras, observaba los gestos de los socios, advertia en sus semblantes la halagüeña esperanza de un mejor porvenir para el nuevo reino de Granada, y para todos los habitantes de la América española. Mis parientes pertenecian casi todos al partido de los independientes: la justicia de la revolucion me parecia incuestionable, y por lo que oia decir, el triunfo de la causa de la independencia era seguro. Todo esto combinado hizo nacer en mí el deseo de ser uno de los que debian luchar contra los Españoles, y desde entonces se exaltó mi imaginacion con la perspectiva de la gloria. Yo era un patriota loco, é imprudente á veces.

El 28 de marzo de 1811 se dió en Palacé-Bajo la primera batalla de los independientes mandados por el general Antonio Baraya contra las tropas reales, á cuya cabeza se hallaba el gobernador de Popayan D. Miguel Tacon; y el heróico triunfo de los primeros hizo subir de punto mi entusiasmo. Yo estaba entonces en la hacienda de Antomoreno, perteneciente á mi abuela, en donde se encontraban tambien mis padres y muchos de mis principales parientes. La noticia del triunfo obró de tal suerte en mi espíritu, que sin licencia de mis padres (porque nunca me la habrian concedido), monté á caballo, acompañado de un criado, y á todo escape me dirigí hácia el teatro del combate, que distaba más de [redacted] leguas: todo el camino estaba cubierto de gentes que huian llenos de terror y de soldados dispersos que seguian las huellas de su general. Uno de estos habia puesto su fusil en me-

tres

dio de la ruta, miéntras componia una carga caida de una mula, yo pasé por sobre el fusil que, enredado en los piés de mi caballo en la fuerza del galope, poco faltó para caer; entónces el soldado enfurecido, renegando contra los insurgentes (así se denominaba á los patriotas), tomó su fusil y lo descargó sobre mí; erró el tiro porque yo habia ganado algun terreno afortunadamente. Yo seguí mi direccion poseido ya del orgullo de haber empezado á arrostrar peligros por la patria. Entré en la casa de Cauca, que hoy se llama Campamento, porque allí habia sido el cuartel general de Tacon; tomé un fusil de los que estaban abandonados en medio de otra multitud de efectos; hice tomar otro al criado, y con una centena de cartuchos y algunas piedras de chispa, continuamos nuestra marcha y llegamos al punto deseado. Mi interés era el de conocer al general Baraya y á los demás vencedores; pero como no habia en el campo una sola persona que me conociese, me contenté con examinar el terreno, ver algunos muertos que aun no habian sido sepultados, y oir algunas anécdotas de las hazañas que allí se habian verificado bajo las órdenes del aquí bien ponderado jóven Anastasio Girardot, capitan de infantería, á quien tocaron los honores del reñido combate y de la victoria. Antes de la noche, ya habia yo llegado á Antonmoreno, en donde encontré á mis padres y parientes alarmados con mi desesperada ausencia. —¿De dónde vienes, niño, y cómo andas así en medio de tantos soldados?, fué la primera pregunta que se me hizo. —Fuí á conocer el lugar de la batalla, les respondí. —¿Y esos fusiles? —Los he tomado en el campamento de los realistas. —¿Y para qué? —El uno de ellos me servirá, despues de recortado, para cazar; y traigo mucha pólvora y plomo. Admirados mis parientes, me hicieron multitud de preguntas, como es de inferirse, y con mis respuestas quedaron satisfechos y desengañados. Una cariñosa amonestacion fué todo el castigo de mi conducta. Los fusiles se me quitaron para entregarlos al vencedor; pero se me dejaron los cartuchos y las piedras para mis divertimientos. Yo les protesté que sería obediente en lo sucesivo, pero que sentia que la guerra se hubiera acabado (tal era la idea que entonces tenia del estado de las cosas), porque de otro modo yo habria tomado parte en ella. —Pues para quitarte esas ideas de la cabeza, me dijo mi abuela, mañana mismo entrarás al colegio á continuar tus estudios dentro del claustro.

Á pocos meses murió mi abuela sin haber cumplido su propósito: esta buena señora me amaba tanto que no podia consentir en la idea de que yo me separase de su lado. En consecuencia de este suceso ya pasé á la casa de mis padres, é inmediatamente se me condujo al colegio.

La fortuna empezó á abandonar á nuestras tropas que habian

marchado hácia Pasto felizmente, y reanimados los realistas se atrevieron á invadir á Popayan en hordas inmensas, pues pasaban de 3,000 hombres, aunque la mayor parte mal armados, que capitaneaba el alferez real D. Antonio Tenorio; pero aunque superiores en número á los patriotas, que no contaban sino con cosa de 400 hombres, entre soldados regulares, milicianos y estudiantes, no tenian aquellos ni buenos oficiales, ni disciplina : eso era un enjambre de ilusos, cuya insignia estaba simbolizada en la bandera de la religion que creian hollada, siendo su principal estímulo el botin con que se les brindaba, poniendo á su disposicion las fortunas de todos los independientes. La ciudad era defendida por el coronel José María Cabal, patriota tan ilustrado como soldado valeroso. Los superiores de mi colegio y la mayor parte de los alumnos éramos patriotas, y, armados con algunas pistolas, escopetas y lanzas, y esforzados por el ejemplo del virtuoso y respetable republicano doctor Felix Restrepo, catedrático de filosofía, nos resolvimos á defendernos á todo trance. Mi arma era una pistola que me habia mandado mi padre con las correspondientes municiones. Los realistas embisten la ciudad por diferentes direcciones. Las pocas tropas concentradas en la plaza principal hacen una resistencia obstinada. Los colegiales llenamos nuestro deber haciendo fuego desde las ventanas, y los realistas fueron al fin rechazados; pero permanecieron sitiando la plaza, para lo cual hicieron una línea de circunvalacion.

En estas circunstancias se presentó el intrépido jóven Alejandro Mackawlay, nativo de los Estados Unidos, que iba recomendado por el gobierno general de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, y ofreciendo batir á los realistas, si se le permitia ponerse á la cabeza de algunos veteranos y de los demás patriotas que quisiesen seguirlo, nuestros mandatarios, que eran tan desinteresados, no encontraron inconveniente para entregarle el mando en gefe; y en efecto, al dia siguiente batió las hordas realistas en los tres combates de la Ladera, Puente de Cauca y Chune. La historia debiera hacer el debido encómio de la conducta que tuvieron en estas circunstancias tantos hombres respetables, que no pertenecian al ejército, como el doctor A. Arboleda, que tuvo una parte activa en estas funciones, mandando una compañía formada de los jóvenes mas distinguidos de Popayan, con la cual contribuyó de una manera muy eficaz á repeler á los sitiadores, ya defendiéndose en el convento de Santo Domingo, ya haciendo parte de la columna de ataque. El señor Rafael Mosquera era uno de los soldados de esa compañía. No he podido conseguir las listas de esa egregia legion; pero sigo tomando informaciones á este respecto, y, ya que historiadores de renombre han omitido en sus relatos tantos hechos memorables que bla-

sonaron al ejército del Sur, yo procuraré con mi débil pluma publicar sus gloriosas acciones y hacer conocer sus hechos de cuantas maneras me sea posible, para que si algun dia hubiese un poeta que se encargase de su epopeya, pueda encontrar en mis apuntamientos y en otros lugares en que me sea dable escribir algunos rasgos, el hilo que lo conduzca al descubrimiento de tantas hazañas, de tantas abnegaciones, de tantas virtudes como las que distinguieron al heróico ejército del Sur. Yo era un mero espectador de estos combates; pero habiendo sido aplaudida la conducta de los que defendimos el colegio, me tocó una parte distinguida de los elogios que se nos hicieron, y por consiguiente mi amor propio fué lisonjeado; mas no era bastante esto para satisfacerme: yo deseaba enrolarme en las filas de los defensores de la patria, porque veía que la lucha continuaba, y que el campo de la gloria apenas empezaba á despejarse. Sin embargo, no podia cumplir mi intento, porque mis padres no me lo permitian, y en tales angustias, me desesperaba, me ahogaba en mis deseos sin una próxima esperanza de realizarlos.

Nuevos acontecimientos funestos á las armas independientes con la traicion que se hizo en Pasto al Presidente Caicedo y al valeroso Mackawlay, consternaron á los habitantes de Popayan, y obligaron á su guarnicion á retirarse al otro lado del rio Cajas, llevando en su séquito á los sugetos mas comprometidos y que tenian que temer de los realistas. Mi padre no pudo emigrar por hallarse enfermo; pero yo seguí la suerte de algunos patriotas que se dirigieron á Purasé, con la esperanza de salvarse hácia la provincia de Neiva por el camino del Isno. Entre ellos iba el señor Felipe Largacha, oficial de las antiguas milicias, que aún sobrevive. Escusado es decir que tomé esta resolucion sin el consentimiento de mis padres, quienes no me le habrian dado en ningun caso. Armados de algunas escopetas y pistolas para defendernos en caso de agresion, nos encontramos en Purasé, muy confiados, sin tomar precauciones sobre los caminos que conducen de Popayan; cuando una madrugada nos hallamos sitiados repentinamente, é intimados de rendirnos á discrecion al famoso guerrillero Simon Muñoz. Prudencia era que una docena de personas en una pequeña casa de paja, rodeadas por 60 bandoleros, se sometiesen á su voluntad. Yo fuí despojado de una pistola, y conducido prisionero á Popayan; pero en consideracion á mi tierna edad, fuí entregado á mi padre por el mismo Muñoz. La bondad de mi padre era tal, que solo recibí una cariñosa reprension y algunos consejos saludables. Sin embargo, me prohibió la salida á la calle.

A pocos dias murió mi citado padre: mi madre perdió desde el momento el juicio, que nunca volvió á recobrar: el tutor y cura-

[illegible] á mi madre y á sus seis hijos menores, no administrando los bienes testamentales sino en su propio provecho, haciéndonos carecer aún de lo mas necesario. Yo quise hacer llegar mis clamores hasta los oidos del Juez de la causa mortuoria, dirigiéndole una representacion redactada y firmada por mí cuando apenas contaba 13 años de edad, representacion que corre en los autos de la mortuoria de mi abuela paterna, y que es el primer documento público en que figura mi firma; pero mi tutor [illegible], que era uno de mis parientes, tenia mas influjo y valimiento que yo, y por consiguiente poco pude obtener del juzgado. Mi posicion era violenta, y ella acabó de formar mi resolucion de abrazar la carrera de las armas en las filas de las tropas independientes, hasta entónces acampadas en la ribera derecha del rio [illegible]. Mas, no teniendo recursos de ningun género, ni conocimiento del camino que conducia á ese campo, debí resignarme á esperar mejor ocasion, y, entre tanto, resolví tomar alguna ocupacion, pues el colejio estaba cerrado. Entré de aprendiz de herrero bajo la direccion del maestro Joaquin Ramos, ganándole [illegible] medio rs. diarios, en el ejercicio de trabajos duros y superiores á mis fuerzas. Mi hermano Laureano siguió mi ejemplo, y con nuestros medianos jornales podiamos ayudar á la subsistencia de nuestros tiernos hermanos y de nuestra desvalida madre, durante algunos meses. Pundonoroso como el que mas, yo preferí el ímprobo trabajo de aprendiz de herrero, á la necesidad de mendigar un pan para no morir de hambre ni dejar morir á mi madre y hermanos.

quera, capitan entonces de una compañía de infantería. Yo pedí servicio como soldado, pero se me dijo, que no teniendo la edad, ni la capacidad para manejar el fusil, y poseyendo por otra parte las cualidades exijidas para cadete, se me admitiría con tal carácter, inmediatamente que presentase las informaciones prevenidas por ordenanza. En efecto, luego que hice estas diligencias fuí formalmente reconocido cadete en la 3a compañía de infantería que mandaba el capitan José María Ortiz, y á mas de mí entraron en la misma clase varios otros

## CAPITULO II.

Los independientes atacan súbitamente á los realistas.—Yo me presento á aquellos en medio del fuego.—Soy admitido en clase de cadete.—Mis primeros ensayos en la carrera militar.—Los realistas reciben refuerzos en Pasto y se mueven sobre Popayan.—Nuestra retirada hasta la márgen derecha del rio Palo.—La escelente calidad de nuestras tropas y su buen armamento.—Retirada inesperada.—El coronel Rodriguez nos abandona.—Reflexiones sobre este acontecimiento.—El teniente coronel Ignacio Torres le sucede en el mando.—Disminucion de nuestra fuerza.—Mi conducta en Palmira con un español preso.—Nuestra llegada á Cartago con los restos de nuestra tropa.—Aparicion del comandante Servies.—Su carácter y su conducta.—Retirada á Piedra de Moler.—Inefable gozo de Servies al ver al general y otros oficiales realistas con quitasoles abiertos.—Medidas de defensa.—Retirada de un pequeño destacamento.—Se reune nuestra fuerza y tomamos la ofensiva.—Llega la noche y nos detenemos.—Cómo pasó la noche.—Continuacion de nuestra retirada lentamente y á la vista del enemigo. Un alto con intencion de defendernos.—Necesidad de continuar la retirada hasta el sitio de Las Cañas.—Esperanzas siempre burladas de ausilios que se nos habia prometido.—Junta de guerra de oficiales para deponer á Servies y la causa de esta medida.—Se frustra el proyecto por la presencia del enemigo.—Desesperada defensa.—Valor estraordinario de Servies.—Teniente Pizarro y su denuedo.—Con 8 hombres carga al enemigo.—Tengo ocasion de distinguirme y recibo los aplausos de Servies.—Siendo imposible nuestra resistencia, ordena Servies la retirada salvando nuestro cañoncito, que abandonamos sin perderlo.—Trabajos en la montaña de Quindio.—Antes de llegar á Ibagué encontramos algunos ausilios.—Nuestra llegada á Ibagué.—El coronel Cabal nos recibe.—Servies me hace tiernas manifestaciones y me recomienda públicamente á Cabal.

No pasó mucho tiempo sin que se realizaran los votos de mi corazon. El dia 9 de octubre de 1812 se presentaron los coroneles Cabal y Rodriguez cerca de Popayan. La alarma de los realistas divulgó en un momento la inesperada aparicion de los patriotas. He aquí la ocasion que yo buscaba. Salgo impetuosamente de mi casa y me dirijo hácia el puente del Molino, en donde estaba empeñado el fuego. A la sazon los patriotas ganaban terreno y los realistas empezaban á desordenarse. Confundido entre griegos y troyanos, en medio de inminentes peligros, logré presentarme á los gefes citados, quienes aplaudieron altamente mi conducta. Entre los oficiales patriotas venia el doctor Joaquin Mos-

quera, capitan entonces de una compañía de infantería. Yo pedí servicio como soldado; pero se me dijo, que no teniendo la edad, ni la capacidad para manejar el fusil, y poseyendo por otra parte las cualidades exijidas para cadete, se me admitiria con tal carácter, inmediatamente que practicase las informaciones requeridas por ordenanza. En efecto, luego que llené estos requisitos fuí formalmente reconocido cadete en la 5ª compañía de infantería que mandaba el capitan José María Ordoñez; y á imitacion mia entraron en la misma clase varios otros de mis compatriotas, que han perecido durante la lucha, á escepcion del señor Francisco Delgado y Scarpett.

En los primeros meses de mis ensayos militares no ocurrió ninguna circunstancia digna de notarse. Yo deseaba ocasiones para distinguirme, yá por amor á la gloria, ya por mi patriotismo, que crecia á medida que se aumentaban los enemigos de la independencia. Algunas escaramuzas con las obstinadas guerrillas de Patía no daban lugar á las acciones dignas de elogios, porque nunca encontrabámos una resistencia formal. Su sistema era el de la guerra de partidas y posiciones, en que se trata de hacer mal al enemigo impunemente, y no se disputa el terreno con obstinacion.

Mas como las fuerzas de los realistas crecían con los ausilios que llegaban del Perú, y nuestra situacion en Popayan se consideraba crítica, resolvió nuestro gefe, el coronel Rodriguez, emprender una nueva retirada al valle del Cauca con el objeto de esperar en posiciones ventajosas al enemigo, que se movía de Pasto sobre nosotros. Esta retirada se verificó muchos días antes que el general español D. Juan Sámano se aproximase á Popayan. A cuatro jornadas militares de esta ciudad nos acampamos en la márgen derecha del rio Palo, y se tomaron todas las medidas conducentes á esperar al enemigo con una firme resolucion. La columna contaba como 600 hombres de todas armas, llenos de entusiasmo y capaces de haber vencido una triple fuerza realista; nuestros oficiales eran esperimentados. Recuerdo que teniamos en batería 17 cañones de á 2, 3 y 4. Todo pronosticaba un buen resultado; pero por una de aquellas estravagantes medidas que se tomaban al principio de nuestra lucha, tan contrarias al arte de la guerra, y que no se sabe hoy dia cómo esplicar, el coronel Rodriguez que se habia hecho célebre en Iscuandé y en otros encuentros, ordenó la retirada á la aproximacion del general Sámano, y nuestro gefe fué el primero que nos abandonó, despues de haber hecho incendiar las barracas en donde estábamos acuartelados. Pero lo que mas me admira todavía es, que habiendo tenido noticias de que el general Sámano se hallaba á 3 ó 4 leguas de nuestro campo con una fuerza como de 1,000 hombres, nuestro

gefe lleno de ardor dispuso en el acto ir á su encuentro, á cuyo fin pasamos á vado el rio Palo, no con pocas dificultades ni menores peligros, pues los que conocen ese torrente saben lo peligroso que es pasarlo cuando sus aguas se aumentan un poco. A las ocho de la noche estábamos ya de la otra parte y continuábamos nuestra marcha en buen órden y con las mejores disposiciones, cuando despues de haber marchado como una legua, súbitamente se nos hizo contramarchar, repasar el rio y continuar en retirada discrecionalmente y sin detenernos. Ignorábamos que el coronel Rodriguez nos habia abandonado, hasta que, habiendo llegado á la villa de Palmira se dió á reconocer por nuestro gefe al teniente coronel (hoy general de division) Ignacio Torres, por no saberse el paradero del coronel Rodriguez. Misterio es este, lo repito, que mientras mas lo recuerdo, mas me da qué pensar, y mas me embarazo en la investigacion de tan estraordinaria conducta. El coronel Rodriguez era valiente y no le faltaba el genio que debe distinguir á un gefe militar en tiempo de guerra.

El desórden de esta malhadada retirada causó en nuestra columna la diminucion de los tres cuartos de su fuerza sin haber oido siquiera un ¿quién vive? ó un tiro de fusil del enemigo. Estábamos, pues, reducidos á unos 200 hombres; aunque nuestros oficiales no habian abandonado su puesto.

Por disposicion del comandante Torres se habia reducido á prision en Palmira á un español llamado Tufiño, y habia sido consignado á la guardia de prevencion, á que yo pertenecia, con órdenes severas para supervigilarlo y aún matarlo si trataba de escaparse. Favorecido nuestro prisionero del desórden, y de un buen caballo en que iba montado, se abrió campo por la retaguardia á todo escape. Como yo era el único de la guardia que iba á caballo casualmente, le perseguí y le disparé mi tercerola, habiéndole faltado; bien que el tiro se lo hice á mas de 60 pasos y al movimiento de mi caballo. El comandante Torres me manifestó su satisfaccion, porque habia llenado mi deber, y desde ese dia le merecí distinciones.

A pocos dias llegamos á Cartago ya reducidos á cosa de 150 hombres. Allí encontramos al teniente coronel francés Manuel Roergas de Servies, recomendado por el gobierno de Santafé para que se le diese servicio en nuestra columna. Inmediatamente se le confirió el mando de ella; y este gefe aguerrido en Europa, y acostumbrado á la autoridad y á la disciplina militar, empezó á hacerse conocer por rasgos tan severos y temerarios, que á no haber sido por las circunstancias críticas en que nos hallábamos y por el patriotismo de nuestros oficiales, no habria tenido dos dias el mando. Apenas se hacia entender en muy mal español; pero, á pesar de eso, él mismo nos enseñaba el manejo del arma á la

francesa, y las evoluciones principales. Constantemente reunia ya á los oficiales y cadetes, ya á los sargentos y cabos para inculcarles sus deberes en todo sentido; y se puede asegurar que este hombre estraordinario é infatigable no dormia nunca, pues pasaba las noches rondando las guardias, haciendo pasar listas, ejercitándonos algunas veces en el campo y en la oscuridad, y dando sorpresas á las centinelas, en términos que llegó el caso de arrojarse sobre una, desarmarla y matarla con un fuerte golpe que le dió sobre la cabeza con la llave de una carabina que llevaba siempre terciada á las espaldas, porque no le habia dado el ¿quién vive? á tiempo.

Llenos de confianza esperábamos en Cartago los ausilios de tropas que se nos habian prometido de Santafé, pero estos no llegaron nunca, y entre tanto el enemigo, aunque lentamente, marchaba sobre nosotros. El duro carácter de Servíez habia disgustado la tropa, de la cual desertó un tercio, quedando reducida la columna como á 100 hombres. En tal estado de cosas se resolvió continuar la retirada hasta Piedra de Moler, á la ribera derecha del rio de la Vieja, con el objeto de preservarnos de ser envueltos, y de permanecer en observacion mientras, reforzados por las tropas de Santafé, podíamos tomar la ofensiva. En vano aguardábamos los deseados ausiliares, pues aunque estos habian llegado á Ibagué, no habian recibido órdenes para continuar sus marchas y atravesar la montaña de Quindío. Sámano ocupó á Cartago, con 1,000 hombres. Servíez, que lo observaba desde la cima de Cerrogordo, no pudo disimular el contento que sintió al ver al general español y muchos de sus oficiales con quitasoles abiertos, y, riéndose á carcajadas como un insensato, ordenó que un destacamento de 25 hombres defendiese, á las órdenes del bravo capitan José Joaquin Quijano, el acceso del Cerro, mientras él iba á Piedra de Moler, distante mas de media hora, á traer el resto de la columna. Allí se presentó agitado, pero rebosando en gozo. Como por encanto habia cambiado sus miradas feroces y su semblante adusto. Riéndose siempre y halagándonos á todos, nos hizo tomar las armas y marchar al encuentro del enemigo, repitiéndonos sin cesar: «Ese Sámano y su tropa no es sino una canalla; esos no son soldados, traen quitasoles, los batiremos hoy mismo. ¡Muchachos! Hoy dormiremos en Cartago ó mas adelante. Precisamente venceremos á los españolistas. Es imposible que puedan resistir á soldados tan buenos como los que mando. Marchar unidos y con velocidad, oir mi voz y el triunfo es infalible.»

Éramos menos de 40 hombres los que marchábamos con el comandante Servíez, pero íbamos llenos de resolucion y confianza. Yo no habria cambiado por nada de este mundo mi posicion. Ya habiamos rendido los dos tercios de la distancia de Piedra de Mo-

ler á la altura de Cerro-gordo, cuando empezamos á oir el fuego de fusil. Redoblamos en consecuencia nuestros pasos para ausiliar oportunamente al capitan Quijano; pero esto era imposible. Este bizarro oficial se defendia ya en retirada, porque le habia sido imposible impedir el paso con 25 hombres á una masa de 1,000, á quienes, no obstante, disputaba el terreno palmo á palmo. El enemigo habia coronado la altura, y Servies ordenó batirle en sus posiciones dominantes. Su órden fué ejecutada con placer y puntualidad: cargamos á los realistas hasta el pié de una barranca escarpada, bajo cuyos fuegos era imposible pasar. La noche llegó: nuestras municiones escaseaban. Habiamos perdido algunos hombres, entre ellos á uno de nuestros mejores oficiales, el capitan José María Barrionuevo (hoy teniente coronel), gravemente herido. La empresa era en tales circunstancias mas que temeraria. Servies dispuso entonces que el teniente Manuel Antonio Pizarro (hoy teniente coronel) con 12 hombres permaneciese hasta nueva órden al pié de la barranca. Yo me ofrecí para acompañar al teniente Pizarro; y es un milagro que, no habiendo recibido órden de retirada hasta las tres de la mañana del dia siguiente, no se hubiese apercibido el enemigo de que no eran ya 60 hombres, sino 12 solamente los que le hacian frente. Confieso que pasé una noche cruel, acosado de la hambre, amenazado de riesgos positivos, pues nos hallábamos á quema-ropa, y oiamos cuanto hablaban los realistas. Nuestra seguridad la debimos á los troncos de los árboles que nos servian de parapeto. Los enemigos tenian perros, y estos latian incesantemente de la parte donde nos encontrábamos, lo que les advertia nuestra aproximacion; aunque en vez de esplorar el campo, se contentaba con hacer grandes descargas dirigidas al pié de la Barranca. No puede negarse que en terreno igual habríamos podido batir con 200 hombres toda la columna realista, que desde entonces mostró su cobardía, como la impericia de sus gefes.

Servies se habia retirado á poca distancia. A las seis de la mañana habiamos repasado el rio, y á las siete continuamos nuestra retirada en el mejor órden y á la vista de las avanzadas enemigas. El teniente Pizarro con 10 hombres que le restaban de los 12 que mandaba, pues habia perdido 2 durante la noche, marchaba á retaguardia destinado á proteger la retirada. A poca distancia ordenó nuevamente Servies hacer alto, y defender un desfiladero llamado el Salto de la Parida, á cuyo fin construimos parapetos é hicimos algunas palizadas. Mas como llegó á noticia de nuestro gefe que el enemigo podia cortarnos, marchando por una ruta paralela que iba á resultar en el punto del Roble á nuestra retaguardia, continuó la marcha en retirada ya casi entrada la noche. Al dia siguiente llegamos á las Cañas, en donde se nos aseguraba

que encontraríamos algunos destacamentos ausiliares, que se sabia habian marchado ya de Ibagué, pero no encontramos ni noticias. Servies resolvió hacer alto allí hasta el último estremo, siempre con la esperanza de los auxilios de Santafé, que esperaba de un momento á otro. Al segundo dia se reunieron los oficiales bajo unos guayabos, con el designio de quitar el mando á Servies, fundados en que los proyectos temerarios del gefe no podian producir otro efecto que el sacrificio infructuoso del resto de la columna, reducida ya á unos 70 hombres entre oficiales y tropa; á la vez que, continuando la marcha retrógrada hasta encontrar los ausilios, reunidos á éstos, nos hallábamos aptos para las operaciones que debieran emprenderse. Otra de las razones era la absoluta falta de víveres, y la ninguna esperanza que habia de poderlos adquirir. La resolucion habia ya sido adoptada unánimemente, y se iba á poner en ejecucion, cuando el fuego del enemigo nos anunció un nuevo desesperado combate. Ya no era posible deponer del mando á Servies. La mayor parte de los oficiales huyó, y á su ejemplo los dos tercios de la tropa. No quedaban haciendo frente sino el comandante Servies y los oficiales Pizarro, Molina y Esparsa con cosa de 20 soldados entre los cuales estaba yo. El enemigo siempre temeroso, sin duda porque suponia que hubiéramos recibido ausilios, en lugar de continuar su carga sin dificultad alguna, lo que hizo fué desplegarse en guerrillas, manteniéndose su gefe con la masa de sus fuerzas á una prudente distancia. Increible pareceria esta relacion si no viviesen todavía algunos de los testigos presenciales del hecho. Servies se pone á nuestra cabeza. Unas veces dirige personalmente algunos tiros de metralla con un miserable pedrero de hierro del calibre de á 3, que teníamos montado y atado sobre unos estacones, á falta de cureña: otras hace fuego con su carabina, siempre animándonos con su heróico ejemplo. Mas de media hora llevábamos de combate en que ya habíamos perdido al teniente Molina gravemente herido, y la mitad de nuestros 20 soldados. Pero Servies no desconfia del éxito. Herido él mismo en una pierna, ordena al mas que valiente teniente Pizarro de hacer una carga al enemigo con 6 hombres. Pizarro obedece lleno de energía. Nos vamos á las manos, y en la refriega perdemos 3 hombres. Un individuo del enemigo mas valiente que los otros nos obliga á replegar cargando denodadamente á la cabeza de algunos soldados. Este, colocado tras un guayabo, habia acertado dos tiros. Servies me ordena disparar sobre él, diciéndome: « Cadete, tira esa canalla; » yo tuve la suerte de no faltarle. El individuo cayó muerto al tiempo que me asestaba á unos treinta pasos de distancia. Despues supimos que este soldado era hermano del alférez Esparsa que nos acompañaba. Servies tuvo la frescura de felicitarme, dándome

tres besos y un abrazo. Hombre sin igual, todavía tomaba medidas á sangre fria, en medio de una situacion tan crítica : dispuso que salvásemos el pedrero haciéndolo cargar sobre una mula que estaba tras un rancho; y ayudando él mismo á la operacion, concluida ésta me ordenó tirar la mula; mas al instante en que salí de la barraca, cayó el animal herido á la vez de muchas balas. Todavía ordenó Servier que quitásemos el cañon de sobre la mula muerta y lo ocultásemos entre el bosque, lo que ejecutamos el teniente Pizarro y yo (2). En este tiempo ya estábamos solos los tres, y nos salvábamos por el camino recto bajo una granizada de balas, y cargados á la bayoneta, habiéndonos reunido despues á unos 10 hombres mas de los que habian abandonado el campo antes que nosotros.

No es posible formarse una idea exacta de lo que sufrimos en nuestra retirada, atravesando la desierta montaña de Quindio. Baste decir que no teníamos ni cobijas para abrigarnos durante la noche en un pais demasiado frio en muchos lugares, principalmente en el Páramo. No nos alimentábamos sino de carne medio cruda de mulas moribundas, que los pasajeros abandonan en semejantes parajes cuando se han fatigado y estropeado en términos que no hay esperanza de salvarlas. Dos de mis compañeros cadetes, de los cuales uno de ellos es el señor Francisco Delgado, y Szarpett, ya citado, fueron condenados por Servies, en la retirada, á recibir 25 golpes de vara sobre las espaldas porque se resistian á comer mula cuando el hambre no habia llegado á su término. Por fortuna los enemigos no nos persiguieron sino algunas leguas, y nos dejaron hacer nuestro tránsito de seis dias de montaña hasta la llegada á Ibagué. Una jornada antes, en el sitio llamado Las Tapias, encontramos ya algunos destacamentos de nuestros soldados auxiliares y un pequeño socorro de víveres, que, gracias á su escasez, no nos causaron la muerte: tal fué la avidez con que los devoramos.

A Ibagué llegamos á fines de julio de 1813. Nuestra columna estaba entonces reducida á unos 20 oficiales y otros tantos individuos de tropa. El coronel Cabal que comandaba las que se habian retirado en esta ciudad destinadas en nuestro ausilio, vino á recibirnos como á una legua. Allí, formada una parte de los ausiliares, y en presencia de algunos de los derrotados que no habian entrado en la ciudad, Servies, todavía medio desnudo, dió cuenta en lengua francesa, que Cabal conocia muy bien, de los sucesos ocurridos; y en tres ocasiones diversas se dirigió á mí, me abrazó y besó, haciendo á Cabal referencia de mi distinguida conducta. Cabal á su turno me dió igualmente los parabienes, y me prometió que muy pronto se me ascenderia á oficial, aunque estaba todavía tan tierno.

## CAPITULO III

Refusion de nuestro piquete en Ibagué.—Capitan Vego y su compañía.—Nuestra marcha á la ciudad de La Plata.—Coronel Campomanes.—Censura de Servies sobre la exuberancia de los aparatos bélicos.—Campomanes, Servies y otros oficiales europeos son acusados de traicion.—Se me obliga á entregar los papeles y equipaje de Servies, con quien yo vivia.—Conjeturas sobre la causa de esta calumnia.—Campomanes, Servies y el Baron de Chambuil son desterrados por el general Nariño.—Marcha sobre Popayan.—Suceso del Alto del Obispo.—Tiroteo en las Vueltas de Paniquitá.—Llegada al Alto de Palacé.—Guerrilla del enemigo.—Orden del general Nariño para rechazarla.—Se compromete el combate general.—Mi conducta y recomendacion.—Persecucion de los derrotados por el coronel Cabal.—Entramos en Popayan.—Esplosion de un barril de pólvora.—Salida de Popayan y campo en Palacé-Bajo.—Coronel Azin, segundo de Sámano.—Su aproximacion.—Observacion hecha por el coronel Cabal.—Intimacion de rendirse que hace Nariño á Azin.—Insolente contestacion del gefe realista.—Movimiento estratégico de Azin durante la noche.—Se reune á Sámano en Calibio.—Mi compañía es destacada á una correría en observacion.—El coronel Cabal recibe órdenes de ir á observar al enemigo.—Intento de atacar á los realistas en sus posiciones.—Orden de retirada.—Esperamos para dar la batalla una columna que debe reunírsenos.—Conducta del enemigo.—Acontecimiento raro, su desenlace feliz y el aplauso que por ello merecí.—Batalla y triunfo de Calibio.—Me distingo y soy ascendido á subteniente.

La mayor parte de los oficiales y cadetes fuimos destinados en Ibagué á servir como soldados en una compañía suelta de personas distinguidas de Santafé, que llevaba el nombre de *Voluntarios*, y era mandada por el capitan inglés Guillermo Enrique Vego, que era conocido con el nombre de capitan Virgo. Servies me recomendó especialmente á mi capitan, y quiso que yo viviese en compañía de los dos, de quienes constantemente recibí proteccion. A poco siguió Servies para la ciudad de La Plata, en donde se hallaba el cuartel general del ejército combinado de las provincias de la Nueva-Granada, que mandaba el general Antonio Nariño. En breves dias mi compañía se dirigió al mismo destino. Llegados allí fueron colocados en sus clases, en diferentes cuerpos, los oficiales de la compañía de voluntarios; y aún los solda-

dos de Santafé, fueron refundidos en el ejército. Al capitan Vego se le dieron 100 reclutas de la compañía de la provincia del Socorro, para organizar con ellos una compañía de cazadores. El capitan quiso que yo me quedase en ella. Siempre continuábamos viviendo juntos Servies y Vego. El mayor Carlos Ludovico, holandés de nacimiento, que todavía existe, era entonces soldado asistente. Vego se esmeró en disciplinar la brillante compañía, que estaba destinada para hacer la descubierta durante la campaña que iba á emprenderse con un ejército brillante, por la calidad de sus gefes, oficiales y tropa. A este ejército pertenecia, entre otros oficiales europeos, el distinguido coronel de ingenieros Campomanes, español de nacimiento, que era el principal gefe de instruccion de la infantería. Servies decia con frecuencia «que con la cuarta parte de las tropas que se preparaban para obrar sobre el general Sámano, y sin la gruesa artillería que se llevaba, él destruiría cuatro veces á Sámano.» Yo estoy cierto que con su manera de obrar, Servies se habria colocado en el Juanambú en el término de la distancia, batiendo todo lo que se le opusiese. El se burlaba de los aparatos que se hacian para la guerra, y decia que ese ejército se asimilaba en su tren y lujo á un ejército asiático. Este imprudente modo de espresarse, aun en presencia de oficiales favoritos del general Nariño, le costó bien caro, como voy á decirlo.

Dispuesto estaba ya todo para ponerse en movimiento, cuando un dia fuí sorprendido con la órden verbal que me comunicó un oficial, contraida á que pusiese de manifiesto los papeles y equipage del comandante, añadiéndome que este se hallaba preso igualmente que el coronel Campomanes, el Baron de Chambull, y otros estranjeros. «¿Porqué causa?» le dije yo. «Por traidores,» me contestó, y es prohibido á usted el acercarse á su prision, pues tiene que declarar en el proceso. «A fé mia, le repliqué, que soy ignorante de cuanto pueda haber pasado, y no creo que mi comandante fuese traidor.» Puse á su disposicion como se me ordenaba, los pocos papeles de mi comandante, que examinados nó daban ni la mas remota idea de traicion. En seguida se inventarió su equipage, y se le dejó depositado en mi poder. A poco rato llegó mi capitan Vego, y me dijo que estaba admirado de lo que acababa de suceder, y que temia que á él tambien se le complicase en la calumniosa acusacion que se habia hecho contra su amigo Servies; pero que lo mas estraño era que el calumniador fuese un oficial europeo y protegido por Servies. A pocos dias fueron dirigidos para Cartagena los gefes espresados, de quienes hace una lijera reseña la historia de Colombia publicada por el doctor José Manuel Restrepo. En mi opinion no hubo ni asomos de delito en la conducta de las víctimas. Un esceso de zelo y emulacion

de parte del general Nariño, que, mirado por las críticas que se le habian hecho, creia que estos oficiales facultativos y llenos de recomendaciones podian eclipsar su gloria militar. ¡Estéril consideracion, é indigna de una alma grande! ¡Cuántos males nos habria ocasionado la intempestiva proscricion de Campomanes y Serviez!

A principios de diciembre del mismo año de 1813 emprendimos la marcha sobre Popayan por la montaña de Guanacas, mientras que otra division atravesaba por la del Quindio. A mi compañía le cupo la gloria de hacer la descubierta: Los oficiales y soldados eran inmejorables. Siempre marchábamos una pequeña jornada delante del ejército, y llevábamos consigo algunas personas de Popayan, prácticas del camino. Por primera vez tuve yo el orgullo de usar un fusil de municion y llevar mi mochila á las espaldas como los demás soldados.

Nada ocurrió digno de notarse durante el tránsito, hasta que los cazadores ocupamos el Alto del Obispo, mientras el general Nariño vivaqueaba con el ejército en la Laguna, que es la cima de los Andes. La ocupacion del referido Alto del Obispo, lugar en estremo frio, se verificó á media noche. Yo estaba de guardia, y mi primer cuarto de centinela me tocó en el lugar mas avanzado, á mas de 150 varas del puesto de la guardia. Una hora habria pasado cuando sentí que venia de la parte del enemigo un tropel de caballos: hacia una luna hermosa: yo preparé mi fusil, y cuando distinguí bien la partida, que seria como á 100 varas, dí el ¿quién vive? y se me contestó «España.» Yo les disparé un tiro, conforme las órdenes que tenia, y la partida enemiga sin contestármelo volvió caras á toda prisa. Al dia siguiente supimos que era la partida de guerrilla mandada por el famoso Simon Muñoz que habia venido á observarnos en union de un tal Lino Hurtado. Si sobre el tiro que les hice hubieran cargado sobre mí, infaliblemente me hubieran sacrificado, porque el terreno no se prestaba á favorecerme, y yo no debia abandonar mi puesto.

Al segundo dia nos proporcionó esta misma guerrilla una diversion entre Paniquitá y Palacé-alto: se habia emboscado en una altura que dominaba el camino por donde nosotros marchábamos y repentinamente nos hizo una descarga de carabinas y continuó su fuego graneado, sin habernos causado otro mal que dos soldados heridos: la primera cuarta de mi compañía, de que yo era parte, fué suficiente para desalojar al enemigo y hacerlo replegar sobre las alturas del lado izquierdo del Palacé en donde nos esperaba el general Sámano. Nosotros nos mantuvimos al lado derecho mientras llegaba el general en gefe con el ejército. Esto verificado, el general dispuso, despues de reconocer al enemigo, que se esperase la artillería para batirlo con sola esta arma: mien-

2

tras tanto Sámano hizo avanzar una compañía de infantería, con el objeto de entretenernos hasta hacer cortar el puente del rio. Nuestro general por su parte previno que mi compañía despejase el campo, y habiendo marchado en ejecucion de esta órden, llegamos bajo los fuegos, no solo de la compañía, que arrollamos, sino de todo el enemigo, hasta cerca del puente. Nuestro general que nos veia así comprometidos, dispuso que el coronel Cabal siguiese nuestro movimiento con 400 hombres. Apenas observamos nosotros este movimiento, que nos persuadimos se habia dado la señal del combate general. Era preciso aprovechar la ocasion antes que el puente fuese enteramente destruido. Así fué que sin órden ninguna dí yo la voz de, á la bayoneta, y en peloton se arrojó mi compañía sobre el puente, habiéndome cabido la gloria de ser el primero que lo pasé por solo dos vigas ya dislocadas que no tuvieron tiempo los trabajadores del enemigo para arrojar al rio, como lo habian ya hecho con las otras. El coronel Cabal logró todavía tomar parte en esta accion, en que triunfamos completamente de Sámano y de 500 ó 600 hombres con que nos disputaba el paso del rio. La posicion del enemigo era muy ventajosa. Este combate nos valió á los vencedores un escudo de premio. El coronel Cabal persiguió con una columna montada al general Sámano hasta el puente real de Cauca. El enemigo perdió en esta accion dos cañones de á 4, todo su bagage, y la mitad de su fuerza personal. Nuestra pérdida fué insignificante. Yo fuí abrazado en medio del ejército por mi capitan, y recomendado por mi distinguido porte. Pernoctamos sobre el campo de batalla, y al dia siguiente entramos en Popayan como de paseo, pues debiamos evacuar la ciudad el mismo dia. Allí encontramos los edificios de la plaza pública muy deteriorados á causa de la esplosion que habia hecho la víspera un barril de pólvora inflamado por casualidad á los esfuerzos que hacian los realistas para salvarlo.

El coronel Azin, segundo de Sámano, y el mejor de sus gefes, estaba en el valle de Cauca con cerca de 1,000 hombres selectos, y á marchas redobladas replegaba á Popayan. Debiamos por consiguiente salirle al encuentro, y con tal motivo ocupamos el camino principal, acampándonos en Palacé-bajo, sobre el mismo terreno en donde se ganó la primera batalla de la independencia por el general Baraya, de que ya he hecho mencion. Al dia siguiente observamos el campo enemigo situado en la hacienda de Cajibío. El coronel Cabal fué destinado con 300 hombres, entre los cuales iba mi compañía, á observar al enemigo, lo que verificamos sin obstáculo alguno, y replegamos por la noche á nuestro campo, habiendo quedado mi compañía de avanzada entre la quebrada de Victoria y el rio Cofre. Al otro dia intimó nuestro general la rendicion al del enemigo, por medio del capitan con grado de te-

niente coronel Francisco Urdaneta; el gefe enemigo recibió muy mal á nuestro parlamentario, que fué insultado y amenazado por todas sus tropas, habiendo dado una respuesta insolente. Durante la noche se movió Azin de su campo, y por una senda estraviada del camino principal pasó el Palacé y se acampó en la hacienda de Calibio, en donde lo esperaba Sámano con casi una fuerza igual. Mi compañía, como de costumbre, fué destinada al amanecer al reconocimiento de la direccion que habia tomado Azin; y habiendo regresado al campo con informes ciertos, salió luego con 300 hombres más á las órdenes del coronel Cabal en observacion del enemigo, y marchando hasta la portada, á menos de tiro de cañon, sin encontrar un solo enemigo, y sin que éste se hubiera apercibido de nuestro movimiento, pues no hacia una señal de alarma, envió el coronel Cabal un oficial cerca del general Nariño para darle cuenta de estas circunstancias y pedirle permiso de atacar de sorpresa, asegurándole el buen suceso. El oficial regresó á escape con la órden de retirarnos al campo; lo que verificamos.

Desde el dia despues, el enemigo desplegó una suma vigilancia, y destacaba partidas para observarnos y molestarnos. Nuestro general esperaba la llegada de la columna que habia marchado por Quindio para dar la batalla. Entretanto Sámano recibió refuerzos de Pasto y Patia y se fortificaba en dicha hacienda de Calibio.

Una tarde de esas se aproximó una partida enemiga de infantería y caballería; y el general dió órden al capitan Vego de marchar con sus cazadores por entre bosques á uno y otro lado del camino, con el fin de hacer prisionera la guerrilla enemiga. El capitan Vego marchó por la derecha con 40 hombres, y el práctico del ejército y escelente patriota Juan María Medina fué comisionado para dirigir otros 40 hombres por el lado izquierdo. El golpe nos parecia seguro; pero el enemigo se habia retirado, fuese porque hubiera observado parte de nuestro movimiento, ó fuese por la aproximacion de la noche. Ignorantes nosotros de que la partida que acechábamos habia abandonado el terreno, marchábamos con el mayor sigilo, y al salir al punto dado nuestras dos partidas se supusieron recíprocamente la del enemigo, y nos rompimos el fuego. Como el objeto era cortar la retirada á los realistas, yo dí la voz de «avancen,» «al camino,» «que se nos escapan,» «ya corren,» y al mismo tiempo me arrojé á la mitad del camino sobre la partida de Medina que hacia sus fuegos emboscada. A este tiempo quiso mi fortuna que el citado Medina me reconociese, y mandando cesar el fuego, á grandes voces insinuaba, que eramos todos unos, con lo que terminó este divertimiento sin habernos costado, gracias al bosque, sino algunos heridos. Nuestro general, que veía desde el campo esta catástrofe, mandó volando

edecanes, entre los cuales creo que fué uno su hijo el actual teniente coronel Antonio Nariño; pero cuando estos llegaron ya estaba todo concluido. Medina me aseguró que á tiempo de dispararme su escopeta á 12 pasos de distancia, me habia reconocido, pues de otro modo me habria muerto infaliblemente. Noticioso el general de mi arrojo, lo aplaudió, y muchas veces, ó mejor diré, cuantas me veía, recordaba el suceso y repetia alguna de las voces que yo daba al tiempo que fuí reconocido.

Por fin llegó la columna esperada al décimo tercio dia de habernos acampado en Palacé, y al siguiente 15 de enero de 1814, se dió la batalla de Calibío. Marchando mi compañía á vanguardia, tenia el deber de hacer los reconocimientos. A este efecto se comisionó al práctico Juan María Medina á que observase las primeras disposiciones que tomara el enemigo á vista de nuestros movimientos: yo me ofrecí á ir en su compañía, lo que se me permitió. Por entre bosques y zanjas logramos acercarnos á la casa de la hacienda sin ser notados; pero no pudiendo descubrir los movimientos del ejército real, que era el principal objeto de nuestra arriesgada comision, nos vimos precisados á ocupar un punto prominente marchando lo menos trecientas varas por un terreno llano y limpio. Llegados allí nos encontramos á medio tiro de fusil de los enemigos, que habian salido á esperar el ataque fuera de la casa y formaban un cuadrilongo. En el momento fuimos observados, tiroteados y perseguidos por 3 hombres de caballería; pero por fortuna habia de por medio un zanjon, que para pasarlo, era preciso hacer un rodeo considerable, lo que, unido á nuestra agilidad, á los fosos y bosques, nos valió la salvacion. Tan luego como informamos el estado del enemigo, se dispuso y emprendió el combate de la manera siguiente. Al coronel Cabal se dió el mando de una columna que debia obrar por nuestra derecha: al comandante Monsalbe el de otra seccion que debia obrar por la izquierda, y el general Nariño, con su segundo el brigadier Leiba y mas de los dos tercios del ejército, por el centro. Mi compañía pertenecia á la seccion del coronel Cabal. El fuego se empeñó por el centro y la izquierda, empezando por el de artillería de ambas partes. La columna de la derecha permanecia descansando sobre las armas en una pequeña hondura en donde no era vista del enemigo, mientras llegaba el tiempo oportuno de manifestarse, y tomar la parte que le correspondia. Media hora habria pasado despues de haberse comenzado el ataque, cuando Cabal recibió órdenes de empeñarse; al instante nos dejamos ver del enemigo formados en batalla á menos de tiro de fusil: no esperando Sámano ser atacado por su izquierda, se desconcertó bastante con nuestra aparicion, y los fuegos de su artillería y de mas de un tercio de su infantería se dirigieron sobre nosotros en medio de la al-

gazara y remolino de sus tropas : nosotros rompimos el nuestro en buen órden. Estaba, pues, indicado el instante preciso de la carga, y yo fuí el primero que saliendo de las filas dí la voz de á la bayoneta, marchando adelante. Cabal la ordenó en seguida, y el enemigo acabado de desordenar, y atacado por todas direcciones, fué derrotado completamente, perdiendo mas de 400 hombres sobre el campo de batalla, y, entre otros buenos oficiales, á su segundo Azin. Este triunfo fué completo y espléndido. El enemigo no salvó la mitad de sus fuerzas, consistentes en 2,000 hombres poco mas ó menos. Nuestro ejército, casi igual al del enemigo, perdió pocos. Yo fuí recomendado particularmente por mi capitan y el coronel Cabal, y esta conducta me valió el ascenso á subteniente, llenando el despacho, no con las fórmulas comunes, sino con las espresiones mas honoríficas para mí, pues se encabezaba así : « Atendiendo al mérito y servicios del cadete de la compañía de cazadores J. H. López, á su intrepidez y actividad en el servicio, he venido en ascenderlo á subteniente de la misma compañía, etc. » El doctor Alejandro Osorio, entonces secretario del general en gefe, autorizó este despacho que tanto me honra. Esta batalla nos valió á los vencedores un escudo de honor, y las damas de Bogotá obsequiaron tambien al ejército con algunas cintas en que se contenia una inscripcion honrosa, que distribuidas por Nariño, yo fuí de los privilegiados.

## CAPITULO IV.

Se prepara el ejército para seguir sobre Pasto.—Se forma un batallon de cazadores á las órdenes de Vego, que es ascendido.—Este cuerpo, á que yo pertenecia, está siempre en campaña.—Guerra á muerte contra los guerrilleros.—Se empieza la campaña sobre Pasto.—Nuestra marcha hasta La Cañada del Juanambú.—El enemigo, bien fortificado, defendia la ribera izquierda de ese rio.—Asalto infructuoso que intentamos.—Nuevo proyecto de nuestro general, tambien frustrado.—Brillante comportamiento del alférez Venegas.—Se frustra esta tentativa, en que el batallon Cazadóres de vanguardia, á que yo pertenecia, hizo esfuerzos considerables.—Último esfuerzo para desalojar al enemigo.—Buen suceso.—Nuestro general sufre una equivocacion que nos costó caro.—Ocupamos las posiciones del enemigo.—Este se retira en órden.—Perdemos mas de 300 hombres fuera de combate, entre ellos algunos buenos oficiales.—Obstáculos que nos opone nuestra artillería pesada.—Continuacion de la marcha por el lado del Boqueron de Juanambú.—La columna Vego siempre sigue en la vanguardia.—Una casualidad nos hace sospechar que el enemigo se halla emboscado en Tacines.—Mi columna es atacada bruscamente por toda la fuerza enemiga.—Nos vemos obligados á cederle el terreno replegando á retaguardia.—La columna de vanguardia sufre mucho en este combate.—Salvacion milagrosa del comandante Vego.—Regocijo del ejército por este feliz acontecimiento.—Nuestra concentracion en Chacapamba.—Estado del ejército.—Junta de guerra y sus incidentes y consecuencias.—Marcha á Cebollas por el camino del centro.—Batalla de Tacines.—Triunfo glorioso.—Nuestras pérdidas son graves miéntras las del enemigo son insignificantes.—Este se retira sobre Pasto y nosotros lo perseguimos con la division vencedora, dejando el resto del ejército en el campo de Tacines.—La division de vanguardia pernocta en la montañuela de Pasto.—Al dia siguiente el general ordena la marcha.—Observaciones que le hacen el capitan Acevedo y el comandante Monsalbe.—Energía de Nariño.—Batalla de Pasto.

Libre entonces todo el Norte de la antigua provincia de Popayan, se daba al ejército en esa capital el vigor necesario para continuar sus operaciones sobre Pasto y Quito. Se organizó, en vez de una compañía, un pequeño batallon de 300 cazadores, dando el mando á Vego, que fué ascendido á teniente coronel. Yo fuí colocado en la primera compañía de ese cuerpo, que mandaba el ilustrado y valeroso capitan Juan de Dios Ortiz, hijo de la provincia de Neiva. Miéntras se aprontaban todos los elementos suficientes para seguir las operaciones, mi cuerpo, reforzado algunas veces por otros, escaramuceaba al Sur de Popayan las guerrillas realistas, que, como siempre, obraban con obstinacion; sa-

cando partido del terreno tan á propósito para el efecto; pero procurando evitar las ocasiones que pudieran costarles algo caro. La guerra se hacia entonces á muerte contra los guerrilleros, y éstos, á su turno, no perdonaban uno solo que cayese en su poder.

En el mes de marzo siguiente abrió nuestro ejército sus operaciones sérias sobre Pasto, sin que hubiera ocurrido nada de particular hasta que tomamos posiciones en la Cañada del Juanambú; es decir, sobre los riscos inaccesibles de la banda derecha de ese rio; mientras el ejército enemigo, reforzado con nuevos cuerpos, y mandado por el general Aymerich, defendia en buenos atrincheramientos, el difícil paso de Juanambú y sus formidables posiciones. En sus fortalezas de campaña se notaba la obra del arte, que, ayudada por la calidad de la naturaleza del pais, imponia respeto, y hacia parecer imposible el superar por la fuerza tantas dificultades. No obstante esto, el general ordenó á pocos dias el forzar el paso del rio por un asalto á la madrugada, encargando de su ejecucion al intrépido coronel Cabal; pero el enemigo nos sintió, cuando los primeros soldados habian llegado al rio; y frustrado así el proyecto, no reportamos ninguna utilidad de esta empresa audaz. Nuestra artillería desde la Cañada dirigió sus fuegos con mucho acierto, principalmente la batería que estaba bajo la inmediata direccion del capitan Pedro Murgueitio, hoy general de la Nueva Granada.

Como ni el valor ni el prestigio de nuestras tropas era ya bastante para forzar las posiciones de Juanambú, el general ocurrió á los medios estratégicos, únicos que nos podian poner en posesion de los puntos que ocupaba el enemigo. Dispuso por tanto que el comandante Monsalbe, á la cabeza del batallon Bravos del Socorro, que mandaba, marchase cautelosamente por la noche á reconocer el rio abajo, y ver si habia algun acceso por esa parte, pues que siendo enemigos los habitantes del pais, no teníamos una sola persona que nos diese noticias exactas ó nos instruyese de su topografía. Monsalbe cumplió su comision, é informó á nuestro general « que, aunque con algunas dificultades, era posible pasar el rio y atacar por la retaguardia la posicion del Boqueron, de cuya audaz empresa se encargaba él mismo. » El general Nariño asintió á esta proposicion y ordenó ejecutarla, disponiendo igualmente que un batallon y otras compañías de diferentes cuerpos estuviesen prontas para descender el rio por una difícil senda que descubríamos á nuestro flanco derecho, para apoyar el ataque del comandante Monsalbe. Al otro dia se verificó éste; pero fué malogrado tambien por un incidente casual. Del batallon Bravos del Socorro no habian podido pasar el Juanambú y coronar las alturas sino 40 hombres, á órdenes del alferez Vanegas, durante la no-

che, porque era preciso hacer esta operacion por medio de una taradita ó cabuya que habia costado mucha pena colocarla, y para montar á la altura era necesario trepar riscos muy escarpados haciendo escalas con las bayonetas, y corriendo graves peligros de precipitarse. Sin embargo, en la noche siguiente esperaba Monsalbe haber vencido las dificultades y coronado sus fatigas del mejor suceso; pero un soldado enemigo en busca de un caballo que se le habia perdido, llegó á descubrir la partida de Vanegas, que estaba oculta en unos barrancos, y voló á dar parte de esta novedad. Vanegas que se apercibió de estar descubierto, no pudiendo retirarse porque la operacion era larga y dificultosa, ó por mejor decir, no le dejaba esperanzas de salvarse, resolvió en el conflicto atacar mas de 300 hombres con solo sus 40, antes que aquellos viniesen sobre él. Fué tan impetuosa la carga, que obligó al enemigo á abandonarle sus posiciones, su artillería y sus pertrechos; mas viendo los realistas en retirada que no era sino un puñado de hombres el que los habia atacado, y que éste se habia disminuido por las pérdidas de un tercio durante el combate, volvieron caras, y reocuparon sus posiciones disputadas heroicamente por Vanegas, quien, despues de inutilizar uno de los dos cañones de á 4, que habia tomado, y mucha parte de las municiones, se salvó con 3 ó 4 solamente de sus soldados por el mismo camino del Boqueron, y pasando el rio á nado.

Nuestra columna descendió al primer tiro que oímos del lado del Boqueron, y ya habia pasado una parte de ella al otro lado, por medio de maromas de cuerdas, cuando nos vimos atacados por el enemigo, á quien creíamos perdido, en la suposicion de que todo el batallon del comandante Monsalbe se habia empeñado en la refriega. Entre los proyectiles que se nos arrojaban, el mas temible consistia en una cantidad inmensa de piedras, mecánicamente colocadas sobre sus alturas para hacerlas rodar fácilmente; y por primera vez ensayaron sobre mi columna este terrible arbitrio. Era un espectáculo verdaderamente imponente ver rodar por esos riscos espantosos una multitud de esas piedras, y algunas de ellas que hacian estremecer la tierra, levantando en cada uno de sus rebotes una cantidad inmensa de guijarros, á manera de metralla. Viéndonos forzados á repasar el rio los que lo habíamos ya pasado, tuvimos la suerte de verificarlo sin haber perdido en toda la tarde sino como 40 hombres. El destacamento con que atacó el alferez Vanegas pereció casi todo gloriosamente, luchando uno contra 20, pero sin rendirse ninguno de ellos. En este dia se representaron escenas que honran mucho nuestra historia. Al alferez Vanegas le valió su bizarro comportamiento el grado de teniente.—En Europa le habria valido una fortuna y un nombre imperecedero.

Frustrada asi nuestra segunda tentativa para apoderarnos del lado izquierdo del Juanambú, fué necesario ocurrir á otro arbitrio ejecutivo, en circunstancias en que el fuerte clima, las fatigas sin interrupcion, y la casi total escasez de víveres abrumaban ya demasiado al ejército. Se ordenó en consecuencia, que el comandante Vego, con una columna de 600 á 700 hombres, entre los cuales se contaba mi batallon, marchase por la noche y con el mayor sigilo hácia el Tablon de los Gomez, arriba de nuestro campo, con el designio de salir al enemigo por la espalda en sus atrincheramientos de Buesaco, debiendo el general Nariño atacarle por el frente, luego que se diese por parte de Vego la señal combinada. El terreno por donde debíamos marchar, paralelo á la línea del enemigo, era muy escabroso, y apenas se presentaba una senda estrecha y peligrosísima para desfilar á uno de fondo. Era preciso para no ser descubiertos observar el mayor silencio: un tiro que se hubiese escapado por casualidad, ó un soldado, ó un fusil que hubiera rodado por esas breñas, habrian sido bastantes para dar la alarma á los realistas, y hacer malograr el último recurso para desalojar al enemigo y continuar nuestras operaciones. Nos fué imposible en la primera noche llegar al Tablon, y al amanecer nos ocultamos en un bosque, en donde pasamos el dia: al volver la oscuridad continuamos la marcha, y á las cinco de la mañana ocupámos la fuerte posicion del Tablon, sin haber encontrado sino un pequeño destacamento que no opuso mayor resistencia. Sin detenernos un momento, descendimos al rio á evitar el que se nos quitase el único puente de madera que se encontraba en todo él; pero nos fué imposible. Cuando llegamos ya estaba destruido. Nos fué preciso ocurrir al arbitrio de maromas para pasar el rio, y sin perder un instante, pues el tiempo era muy crítico, logramos atravesarlo á eso de las cuatro de la tarde, bajo los fuegos de 100 hombres que defendian la posicion. En esta operacion perdimos algunos hombres ahogados y heridos. Cuando llegamos á la cima vimos el fuego en el campo enemigo; y habiendo redoblado nuestra marcha, exhaustos de hambre y de cansancio, llegamos á un punto llamado el Naranjo, ya cerrando la noche. Desde allí observamos que del campo enemigo se encaminaban hácia Pasto muchas bestias cargadas y escoltadas de soldados: no nos quedó, pues, duda que Aymerich abandonaba sus posiciones. Estábamos distantes del pueblo de Buesaco poco mas de un tiro de fusil en línea recta, pero mas de dos horas de tiempo, en razon de tener que descender á una profundidad para despues subir la pesada cuesta de su pueblo. Vego resolvió por tanto pasar la noche en el Naranjo, ni podia ser de otro modo. A la aurora del dia siguiente ya empezábamos á subir sin observar un solo hombre que se nos opusiera, lo que nos confirmó en la idea de que el

enemigo se habia retirado: á las siete y media de la mañana ocupábamos el campo que Aymerich habia abandonado durante la noche, sin haber encontrado mas que un cordon de centinelas que habia dejado el general enemigo para pasar la palabra, y atizar los fogones, con el fin de ocultar su movimiento retrógrado: estos hombres eran escogidos entre los mas prácticos del país, y desaparecieron por los riscos sin que hubiéramos podido cojer uno solo siquiera por mas esfuerzos que hicimos. El campo estaba cubierto de muertos y moribundos de ambas partes, aunque los de la del enemigo eran pocos. Desplegando sobre las alturas nuestras banderas, y haciendo batir dianas á nuestras bandas, anunciamos á nuestro general que éramos dueños del Juanambú. Veamos ahora lo que habia pasado la víspera por esa parte.

Oido en nuestro campo de la Cañada el fuego que se hizo durante nuestros pasos de las quebradas de Sanajanacatú para ocupar el Tablon de los Gamez, y del rio Juanambú, fuego que habia sido repetido por toda la série de guardias y destacamentos enemigos para avisar en su campo la aproximacion de la columna de Vego; creyó el general Nariño que ya nosotros comenzábamos el ataque por la retaguardia, y mandó avanzar casi todo el resto del ejército por el frente, en direccion de Buesaco. El rio fué pasado por medio de barbacoas elásticas afianzadas de la otra parte por medio de nadadores, y no obstante la vigorosa resistencia del enemigo, fué éste obligado á dejar sus primeros atrincheramientos en poder de nuestras tropas, replegando á su segunda línea de defensa, que consistia en una gran trinchera y foso, todo bien construido, y defendido á mas por dos cañones de á 4. Allí se hizo general el combate, pero nuestros valientes soldados, sin poder pasar el foso ni escalar el parapeto, no hacian sino encontrar una muerte casi segura, sin el consuelo de poder vender caramente su vida. Agregado esto á nuestra imprescindible tardanza, fué preciso que los que sobrevivieron repasasen el rio y replegasen á la Cañada. Mas de 300 hombres quedaron por nuestra parte fuera de combate en esta gloriosa accion, entre ellos los ilustres oficiales capitan Isaac Calvo, y teniente Giraldot, muertos, y prisionero el capitan francés Beaubien. Entre nuestros heridos, que eran muchos, se contaron al capitan Miguel Malo y al teniente Joaquin Paris.

Como nuestra artillería, compuesta en la mayor parte de cañones de á 4 reforzados y obuses de á 6 pulgadas, era sumamente pesada, se necesitaron dos dias para reunir el ejército sobre el Boqueron del Juanambú. Al tercero seguimos la marcha, llevando la vanguardia la columna Vego, con solo 400 hombres, y la descubierta, como siempre, mi compañía: al cuarto dia la columna de vanguardia marchando á mas de dos leguas de distancia del

resto del ejército, fué obligada á hacer alto al pié del cerro de Cebollas, por haber observado dos hombres de á caballo que hacian algunas señales. El comandante Vego dió inmediatamente cuenta al general en gefe, manifestando sus sospechas de que el enemigo estuviera oculto tras la cima de dicho cerro, como en efecto sucedió. Esperaba solamente Aymerich que nosotros empezásemos á marchar en una garganta que no permitia sino desfilar á dos de fondo, para caer repentinamente sobre nosotros, envolvernos y destruirnos infaliblemente; pero los dos hombres de que he hablado, por haberse dejado ver de nosotros sin necesidad, nos preservaron de la asechanza. Advirtiendo el enemigo por nuestro alto que habiamos sospechado su existencia y la trampa que nos habia armado, resolvió darnos el golpe, aún cuando no hubiésemos llegado al desfiladero, por temor de que se le escapase la presa con la llegada de las tropas de retaguardia, y súbitamente se arrojó sobre nosotros una masa de mas de 2,000 hombres dando gritos de muerte, en medio de la confusion y el desórden. Nosotros, no obstante nuestra pequeña fuerza comparada con la del enemigo, lo recibimos á pié firme, y si fuimos forzados á ir cediendo el terreno que nos era imposible defender, lo hicimos en órden y sosteniendo un fuego bien dirigido, hasta que gastadas casi todas nuestras municiones, y perdida la cuarta parte de la columna sin esperanza de ser socorridos por el ejército, abandonamos el campo, circunvalado por los realistas, abriéndonos paso á golpes de culata y bayoneta. Nuestro gefe Vego quedó todo estropeado, y lo juzgábamos perdido para siempre. El general en gefe no podia disimular la pena que le causaba esta sensible pérdida; cuando uno de nuestros soldados se presentó al general diciendo, que él habia visto precipitar al comandante Vego á culatazos por una barranca, que desde allí descubriamos, y que habiendo á su pié un bosque muy espeso, él se atrevia á sacarlo vivo ó muerto. El general ordenó al soldado que inmediatamente fuese en solicitud de Vego, ofreciéndole una propina pecuniaria si lo hallaba vivo. Arrostrando mil peligros cumplió este soldado su palabra, y es imposible describir el contento de todo el ejército cuando ese atleta se presentó entre nosotros con tan precioso rescate. El general repetia en alta voz « nada hemos perdido, pues se ha salvado Vego.» Todos nos dábamos los parabienes mas espresivos por la salvacion milagrosa de nuestro comandante. Al soldado se dió la propina ofrecida. Entre los recomendados por mi gefe, mereció un lugar distinguido. El enemigo tuvo que lamentar entre sus pérdidas la de su oficial mas justamente amado por su intrepidez, el capitan Juan María de la Villota.

El cuartel general estaba situado en el sitio de Chacapamba, posicion muy militar, pues allí confluyen los tres principales ca-

minos que dirigen á Pasto: á saber, el del pueblo del Monte por la izquierda, el de la montaña de Meneces por la derecha y el de Tasines por el centro. El enemigo ocupaba con todas sus fuerzas el camino del centro, y en los laterales no tenia sino partidas de observacion. Verdad es que él habia perdido el terreno de sus mejores posiciones; pero tambien lo es que nos habia costado muy cara esta adquisicion, pues habiamos ya perdido mas de un tercio de nuestro personal. No teniamos reserva, ni esperanza de llenar las bajas. Nuestras municiones de guerra estaban casi consumidas, y las de boca enteramente exhaustas. El pais que ocupábamos y el que dejábamos á nuestra retaguardia, todo era enemigo, y estaba infestado de guerrillas; nuestra gravosa artillería entorpecia enteramente nuestros movimientos: el enemigo se puede decir que estaba intacto y aun reforzado por los ausilios frecuentes que recibia de Quito. Así, nuestra situacion era violenta, y desde este dia se empezaron á oir susurros de retirada á Popayan. El general en gefe, que se apercibió de esta novedad, reunió á todos los oficiales en junta de guerra, y allí propuso las siguientes cuestiones, manifestando que todos tenian libertad completa para dar su opinion. Primera. ¿Debemos continuar nuestras operaciones? Segunda. En caso de afirmativa ¿por cuál de los tres caminos que conducen á Pasto debémos emprender la marcha? Tercera. ¿Será conveniente retirarnos á Popayan? Establecidas estas proposiciones, ordenó que se comenzase á emitir los pareceres por el oficial menos antiguo de la clase de subtenientes. Cabalmente me tocaba á mí dar la iniciativa. Entonces tenia 16 años, y ni mis constantes ocupaciones en la descubierta y los puestos avanzados mas peligrosos, me daban lugar á rozarme con los oficiales mas al corriente del estado de las cosas, y oir sus conversaciones, ni mi carácter personal me permitia vacilar cuando se trataba de morir gloriosamente ó salvar la vida por medio de una retirada. Quién sabe si en la perspicacia del general, que ya habia tenido muchos motivos para conocerme, habia entrado esta consideracion al disponer que comenzase la votacion por el subteniente menos antiguo. Yo contesté, pues, redondamente á la primera cuestion: «Debemos continuar las operaciones: á la segunda; la marcha debe hacerse por donde disponga el general: á la tercera; no nos conviene retirarnos á Popayan.» Seis ú ocho oficiales despues de mí hablaron en mi mismo sentido. El alférez A. Zabarain discrepó solo en la circunstancia de que debiamos marchar por el pueblo del Monte. Continuaron los pareceres de otros oficiales en los mismos términos que el mio, hasta el del capitan José J. Rengifo (hoy coronel graduado), el que empezó su discurso por un exordio, que no habiendo gustado al general, y antes de que Rengifo diese su parecer, fué bruscamente intimado éste de

callar, espresándole el general en los términos mas ásperos, que ni habia tiempo ni queria oir discursos, sino una opinion categórica sobre las proposiciones que habia hecho; y añadió: «Yo sé que usted y el alférez Zabaraín no se han conducido bien en el encuentro de Cebollas: por consiguiente no merecen estar en el círculo de oficiales de honor. Declaro á usted y á Zabaraín cobardes, y los depongo de sus empleos, hasta que en la clase de soldados me acrediten lo contrario, en cuyo caso los repondré á las clases á que han pertenecido indignamente: retírense ustedes sin hablar palabra si no quieren ser fusilados en este instante.» Estos dos oficiales tan cruel é injustamente tratados, y solo porque así convenia á los ulteriores designios del general, se retiraron protestando que con el fusil vindicarian su reputacion. Tocó el turno al capitan Salazar, amigo y pariente de Nariño. Este oficial instruido y dotado de talentos superiores, no obstante lo que acababa de presenciar, se espresó en los términos siguientes: «Para dar mi opinion en un asunto tan delicado, necesitaria tener á la vista un estado del personal y material del ejército...» Iba á continuar; pero el general le interrumpió en voz alta, y saliendo de su puesto al centro del círculo, se espresó así: Ya he dicho que no quiero discursos, ni menos oir á bachilleres. Un sí ó un no redondo son los que deben darse. ¿Es posible que haya uno solo de mis oficiales que vacile siquiera en que no tenemos otra salvacion ni otra gloria que marchando adelante? Supóngase que no tenemos sino 1,000 soldados, supóngase que éstos no tienen sino el cartucho en su fusil; despues de haber hecho retirar al enemigo de sus inaccesibles posiciones, ¿no es cosa segura que nos sobran nuestras espadas y bayonetas para destruirlo donde quiera que se nos presente? ¿Y habría quien prefiriese una retirada vergonzosa, abandonando en tal evento nuestra artillería y demas aparatos de campaña, que no nos seria fácil conducir, pues todos saben las dificultades que ha costado traer hasta aquí esos elementos? Yo por mi parte reputo bajo y cobarde al que intente semejante desatino, y con 10 que me quedaran de mis granaderos todavía haria esfuerzos para ocupar á Pasto, antes que emprender una retirada tan vergonzosa como perjudicial.» El capitan Salazar inmutado, aunque venciendo su ímpetu, dijo con moderacion y en voz baja, pero firme é inteligible: «Creí, Escmo. señor, que V. E. nos habia dado libertad para emitir nuestras opiniones; pero puesto que me he equivocado, pido á V. E. me disculpe, y me permita retirar á mi tienda. Muy pronto recibirá V. E. pruebas de mi honor. V. E. es árbitro para dar las órdenes de marchar sobre el enemigo si así lo halla por conveniente, nosotros sus oficiales le obedecemos gustosos, porque no sabemos sino llenar nuestro deber.» «Bien, dijo el general, es ya tarde y tengo que ocuparme

de negocios graves.» Así se terminó la junta de guerra, sin que se hubiera sabido cuál era la opinion de la mayoría y de la parte mas ilustrada de los que la componian. Tal vez el general previó que los gefes no eran de su acuerdo, y quiso poner de este modo un término á la discusion. A lo menos así lo pienso yo, convencido por otros accidentes que espresaré en el hilo de la campaña de Pasto de que me voy ocupando.

Al dia siguiente se dió la órden de marchar por el camino del centro, y habiendo ocupado sin oposicion la altura de Cebollas, vivaqueamos allí la noche, mientras el enemigo nos esperaba atrincherado en el cerro de los Tacines, á distancia de tiro de cañon de nuestro campo. A las cinco de la mañana del otro dia se dió la órden para la batalla, y antes de las seis se rompió el fuego por ambas partes. El general en gefe dirigia personalmente la batalla á la cabeza de poco mas ó menos 1,000 hombres, habiendo dejado en la reserva como 500. Nuestras primeras cargas, aunque impetuosas, encallaron al pié de los parapetos enemigos, quienes á mansalva nos hacian una horrible carnicería, colocados como en anfiteatro. Ya habíamos perdido muchos buenos oficiales y mas de un tercio de nuestros soldados, cuando, observando el general nuestra crítica situacion hizo el último esfuerzo para vencer: se colocó á la cabeza del ejército, y ordenando que le siguiesen los que quisieran morir con gloria, haciendo que nuestra caballería desfilase al mismo tiempo por la falda del cerro á la derecha del enemigo, nos arrojámos ciegamente sobre los parapetos y logramos por el ejemplo del general desalojar al enemigo, aunque del triunfo no reportamos otra utilidad que la gloria de haber rechasado al enemigo de otra de sus posiciones, despues de una sangrienta batalla. Entre los oficiales que perdimos en ella recuerdo á los comandantes Bonilla, Concha y Bernaza, al capitan Salazar (que sin órden salió de su compañía para ser el primero en la lid, y cumplir lo que habia ofrecido en la junta de guerra); los tenientes Vanegas y Molina, y el alférez Macario Rojas. De la columna de Vego no entró en accion sino mi compañía: el resto quedó en la reserva. El capitan Renjifo y el alférez Zabaraín se distinguieron peleando como simples soldados, y fueron restablecidos á sus empleos.

Dejando siempre la division de reserva, el general continuó la persecucion del enemigo con los restos de los que acababan de vencer á sus inmediatas órdenes. Aunque los realistas no habian perdido en la batalla ni una veintena de hombres, en la retirada se dispersaban á los bosques, y esperábamos que mas de la mitad, ó mas bien todos los que no eran prácticos, se nos presentarian muy luego, porque no tenian otro arbitrio; lo que hubiera sucedido, si otros accidentes imprevistos no hubieran venido á conju-

rarse tambien contra nosotros para acabar de probar nuestra constancia y sufrimiento. Cuando íbamos en el páramo continuando la persecucion, y resueltos á entrar en Pasto, para lo cual teníamos tiempo suficiente en el resto del dia, nos cayó una fuerte granizada á la vez que hacia un huracan violento. El frio, la niebla y el granizo que nos azotaba hasta los ojos por la fuerza del viento, nos obligaron á hacer alto por mas de una hora, sin podernos mover del punto en donde nos envolvió este horrible torbellino, mientras que los enemigos dispersos, huyendo por entre los bosques, no sufrian lo que nosotros, y ganaban terreno en la direccion de Pasto, que era naturalmente el punto de reunion. Todo esto, la debilidad que sentiamos, pues hacia dos dias que no comíamos, y el estropeo del combate y de la marcha, nos obligaron á detener la marcha ya casi con la noche á la entrada de la última montañuela que hay para llegar á la espresada ciudad. Algunos de nuestros soldados sucumbieron al rigor del frio. El general mandó desde allí una intimacion al general Aymerich con uno de nuestros soldados prácticos del camino. Este regresó con la respuesta por la cual lejos de querer entrar el gefe enemigo en un avenimiento, nos auguraba nuestra ruina tan luego como llegásemos á Pasto. Despues de una noche fatal llegó el dia tan deseado, porque esperábamos llegar á donde hubiese algo que comer. A eso de las seis de la mañana ordenó nuestro general que nos preparásemos para continuar la marcha, previniendo al capitan Acevedo del batallon del Socorro, muy acreditado por su valor, que tomase 10 hombres de su compañía y marchase á la descubierta; este oficial manifestó al general que no tenia casi cartuchos y que los fusiles estaban inservibles; pero que en breve rato los haria limpiar y alistar para obedecer las órdenes que se le daban. El general se manifestó ofendido de esta observacion y, dirigiéndose al comandante Monsalbe, gefe tambien de un valor á toda prueba, le dijo: «Marche usted á la descubierta.» Monsalbe le contestó haciendo la misma observacion que el capitan Acevedo, y suplicando al general que permitiese 10 minutos para poner en regla sus fusiles; pero el general, irritado y sin contestar palabra tomó el camino, diciendo con tono de energía: «Síganme mis granaderos.» Con lo cual se precipitaron Monsalbe y Acevedo á tomar la descubierta; y así se emprendió la marcha de toda la division.

A pocos minutos empezaron las partidas de observacion enemigas á tirotearnos, y anunciar con sus fuegos nuestra aproximacion á la ciudad. De nuestro lado casi no les contestábamos, porque ciertamente no habia 50 fusiles útiles en toda la division, y nuestros pocos cartuchos debian economizarse para un caso serio. En breve llegamos al éjido de Pasto sin haber encontrado

mayor resistencia. Desde allí veíamos el camino de Quito cubierto de gentes que emigraban, de bestias cargadas, y aún de partidas de soldados. El general Aymerich ya se habia retirado á Jacuanquer, pueblo situado á tres horas al Sur de Pasto y en el mismo camino de Quito. Todo nos presagiaba la ocupacion de la ciudad, en donde esperábamos descansar un poco, y, sobre todo, comer, pues ya era el tercer dia en que careciamos absolutamente de víveres. Allí formamos en batalla en una altura que domina la ciudad, teniendo á nuestro frente una chamba ó foso paralelo inmediato. En este instante se arrojó sobre nosotros como una masa de 600 pastusos, mientras otras partidas nos molestaban por todas direcciones. Cuando el general observó que el enemigo nos cargaba con resolucion, se mostró muy satisfecho, y nos dijo : que muy pronto tendríamos fusiles útiles y municiones, pues íbamos á tomar los de los que nos atacaban. Ordenó que toda la division, en su mismo órden de batalla, se metiese dentro del foso, y que con las bayonetas se hiciesen escalas para poder cargar con velocidad en el acto en que un tambor de órdenes rompiese el paso de ataque, quedando el general solamente en el campo raso sirviendo de blanco por mas de diez minutos á los tiros enemigos. Apenas se aproximaron estos á medio tiro de pistola sonó la señal anunciada para el ataque, el que fué dado á la bayoneta con la impetuosidad requerida, arrollando cuanto se nos opuso, y llevando la carga hasta las primeras calles de Pasto. Allí estábamos ya esperando la órden para ocupar la ciudad, cuando oímos á nuestra retaguardia el toque de llamada, en señal de replegar al punto que se indicaba, distante un tiro de fusil del lugar en donde nos encontrábamos los de la vanguardia. En consecuencia nos vimos forzados á replegar, y este movimiento, como por encanto, reanimó á los enemigos, pues lo atribuyeron á un efecto de temor. Entonces, reuniéndose de nuevo, y multiplicándose los grupos, nos arremetieron ciegamente por una segunda vez ; pero nosotros ya mejor armados con sus propios fusiles y municiones, los esperamos de firme, y volvimos á rechazarlos hasta la ciudad. La operacion del repliegue se repitió, porque el general esperaba por momentos parte de nuestra artillería y de la tropa de reserva. Como es de presumirse, el enemigo, lejos de desmayar, multiplicaba sus esfuerzos de todas maneras. El pueblo paseaba en procesion por las calles á la Vírgen de Mercedes y Santiago, que son sus patrones. Las mujeres arrastraban á los soldados que huian, y aún les quitaban los pantalones y se los ponian ellas, manifestándoles que eran indignos de llevarlos. Una tercera vez nos atacaron, y corrieron la misma suerte. De esta manera pasamos todo el dia ocupando y abandonando posiciones con el designio de entretener el tiempo mientras llegaba el deseado

refuerzos, que en vano esperamos hasta las ocho de la noche.

En el segundo asalto que hizo el enemigo sobre nosotros, quedó envuelto el comandante Monsalbe con parte de su batallon; y como en esta ocasion tuvimos que luchar cuerpo á cuerpo, y vencer con el arma blanca, habiendo aquel tenido la suerte de desembarazarse, se vió en la necesidad de hacer una retirada por la misma direccion en que habíamos hecho la marcha sobre Pasto; y viéndonos empeñados y confundidos con los enemigos, á la vez que él (Monsalbe) era acosado de cerca por fuerzas muy superiores, sin que le fuera posible volver al campo de batalla, se alejó sin haber sabido el resultado del empeño; pero todo le hacía presumir que habíamos sido vencidos, con cuya noticia se presentó á la reserva, que no se había movido del campo de Tacines, y dió las nuevas mas desfavorables, que confirmaba con su presencia, pues se le veía retirar con muy pocos de sus soldados, siendo uno de los gefes mas denodados del ejército.

Gracias á la resolucion de nuestras huestes, no habia sucedido lo que creía Monsalbe: nosotros habiamos vencido y éramos dueños del campo de batalla. En cada carga que dábamos, reponíamos nuestras municiones, y aún nuestras fuerzas corporales, alimentándonos con los fiambres que tomábamos á los muertos y prisioneros, y con mazorcas de maiz tierno que cojíamos en sus sementeras y devorábamos crudo. Empero nuestro número se disminuía de instante en instante, pues el combate no se interrumpia. No hay duda ninguna que si nos hubiesen llegado dos de nuestras piezas de montaña y 200 hombres para reponer parte de nuestras bajas, la ciudad habria sido ocupada, y hubiéramos marchado en triunfo hasta el Guaitara, desembarazándonos por entonces de las atenciones tan delicadas y críticas de que estábamos rodeados. Resignados y llenos de confianza, sosteníamos una lucha tan desigual como obstinada, hasta que, como lo he dicho mas arriba, perdimos la esperanza de los ausilios, y se dispuso la retirada á las ocho de la noche, habiendo precedido las circunstancias siguientes.

---

## CAPITULO V

Nariño resuelve volver á Tacines á reunirse con la reserva.—Se me destina á cubrir la retaguardia.—Quedo cortado por el enemigo y me salvo afortunadamente.—Nuestra llegada á Tacines. Aspecto lúgubre del campo.—La reserva habia emprendido la retirada.—Ocurrencias notables.—Nariño se entra á un bosque.—Continuacion de la retirada —Al fin descubrimos nuestra division de reserva.—Felizmente repasamos el Juanambú.—Nos reunímos á la reserva. Pasamos la montaña de San Lorenzo.—Nuevos obstáculos que nos opone el enemigo.—Los superamos sin mayor dificultad y repasamos el rio Mayo.—Llegada al Trapiche en donde por primera vez nos refocilamos.—Llegada á Almaguer.—Llegada á la Horqueta.—Hacemos 3 oficiales prisioneros.—Llegada á los Robles.—Llegada á Popayan.—Acontecimientos de ese dia.—Un juicio sobre el general Nariño.

Yo, aunque levemente herido, me hallaba mandando el puesto avanzado compuesto de 16 hombres, cuando recibí, á eso de las siete y media la órden de replegar á un troje de trigo, que nos habia servido de hospital de sangre, en donde estaba el general con los restos de la division. Inmediatamente que me presenté pidiendo órdenes, hizo el general que los oficiales nos acercásemos, y nos manifestó la resolucion de volver á Tacines á reunirse con la reserva, que sobre no parecer, corria el riesgo de ser batida aisladamente. A los heridos que no podian emprender la marcha, les manifestó que se mantuviesen en el troje hasta muy á la madrugada del dia siguiente, en que se proponia estar otra vez allí. A mí me previno marchar con mis 16 hombres á retaguardia para sostener la retirada y no permitir que se quedase ningun individuo atrasado. En este órden nos pusimos en movimiento por un bosque muy espeso sin senda alguna. La noche era oscurísima; pero el enemigo no habiéndose apercibido de nuestra retirada, pudimos hacerla sir ser inquietados. Como siempre sucede en semejantes casos, y deben haberlo esperimentado los que han hecho esta clase de marchas nocturnas por entre bosques, yo me encontré atrasado con mi partida á eso de la media noche, y sin saber la direccion que llevaba el general y la tropa, pues no tenia arbitrios ni para observar las huellas, en cuya penosa situa-

cion fué preciso resolver que pasásemos el resto de la noche de pié firme, hasta que con el dia pudiéramos descubrir la direccion del general. El teniente de mi compañía Antonio Ortiz, hijo de Anzerma en el Valle del Cauca, se habia atrasado por su estropeo y refundídose en mi partida. Al amanecer del siguiente dia pudimos reconocer las huellas del ejército, y, siguiéndolas, descubrimos á poco trecho unas alturas limpias y erizadas de hombres, que luego conocimos eran enemigos, pues se les veía hacer fuego hácia delante. Yo estaba cortado, y en la alternativa de rendirme ó perecer con honra haciendo un esfuerzo estraordinario, no vacilé en tomar esta última resolucion, que comuniqué á mis soldados y al teniente Ortiz, quien la aprobó. Como estábamos todavía entre el bosque, no habíamos sido descubiertos por los enemigos, sobre los que marchamos sigilosamente, y, rompiendo el fuego á quema ropa, sin darles lugar para calcular nuestro número, logramos dispersarlos y abrirnos un paso, que era presumible nos habria costado la vida si se nos disputa. El enemigo creyó seguramente que esta era una emboscada que intencionalmente se habia quedado para seguirles á su retaguardia mientras les hacian cara las tropas del frente; y á esta feliz casualidad debí por entonces mi salvacion, sin haber perdido mas que 2 de mis soldados.

A poca distancia dí alcance, ya en el campo de Tacines, á la division. Yo esperaba que allí encontraríamos nuestra fuerza de reserva pronta á rehacer lo que habíamos perdido; pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver nuestra artillería clavada, sus montajes inutilizados, nuestras tiendas de campaña despedazadas, y muchos de los heridos de esa memorable batalla exhalando su último aliento, por la gravedad de las heridas, por el hambre y por el frio! No veía por parte alguna uno solo de nuestros compañeros de reserva en estado de llevar armas; y este espectáculo, verdaderamente lastimoso y estraño, me hizo juzgar al principio que dicha division habia sido atacada y batida, como lo habia temido el general; mas luego me desengañé al saber que las noticias que habia dado el comandante Monsalbe, de quien ya he hablado mas arriba, habian dado lugar á una junta de guerra compuesta de los gefes que allí estaban, y que éstos, juzgándonos perdidos á los de vanguardia, habian deliberado inutilizar todo lo que no podian llevar, abandonar hasta sus equipajes, y salvarse por una pronta retirada antes que el enemigo cayese sobre ellos, y que todo lo habian puesto en ejecucion desde la víspera. Los gefes que tal resolucion tomaron fueron el coronel Ignacio Rodriguez y los comandantes Cancino, Vego y Monsalbe.

Atónitos á la vista del campo y sorprendidos con las noticias inesperadas de la retirada de nuestra reserva, no se recibian nin-

gunas órdenes del general, al paso que los enemigos se engrosaban á nuestra retaguardia y nos hacian un fuego destructor. Tomándo entonces la voz el coronel Cabal, dió órden de que todo el mundo entrase en formacion, pues todo era desórden. Yo recibí la de hacer regresar una partida de nuestros granaderos que continuaba la retirada discrecionalmente; pero en tales circunstancias de nada podian valer mis insinuaciones, mis preceptos y mis ruegos. Yo fuí desobedecido, atropellado y amenazado de muerte si insistia en sujetar á los que huian. Por otra parte, ya continuaban la retirada los demás, y, por consiguiente, no se podia pensar en otra cosa que en salvarse; pero esta salvacion no podia lograrse sino en el mejor órden, é importaba inculcar en los soldados este saludable principio. Habíamos ya descendido de las alturas y nos hallábamos cerca de Chacapamba, en el punto mismo en que confluyen los otros caminos que vienen del Juanambú, á saber: el del Boqueron y el de Buesaco, y no sabiendo cuál de los dos tomaria la masa, manifesté esta duda á los que se habian adelantado, lo que produjo al fin el resultado de empeñarlos á hacer alto hasta la reunion de todos. A los pocos minutos se verificó ésta, y se propaló el rumor de que el general en gefe no estaba allí, y que era preciso no dejarlo caer en poder del enemigo, si se habia quedado disperso. Con tal motivo ordenó el coronel Cabal que se hiciese alto, y se volviese á retaguardia en solicitud del general, cuyas disposiciones apoyaba con toda la fuerza del amor filial el capitan Antonio Nariño, hijo del general, y de quien ya he hablado en otra parte. Debo decir en obsequio de la justicia y del lustre de ese heróico ejército, que á pesar de que ya no se pensaba sino en ganar tiempo y terreno, antes que la masa del enemigo viniese en nuestra persecucion, pues hasta entonces no nos perseguian sino algunas partidas en desórden; á pesar de esto, digo, nuestros soldados, á la noticia de que el general estaba comprometido, oyeron la voz de sus oficiales, entraron en formacion y aún marcharon á retaguardia hasta recobrar los primeros puestos que ya ocupaban los realistas, en donde no encontraron á Nariño, y sin esperanzas de rescatarlo, se ordenó nuevamente la retirada por el camino de Buesaco, perseguidos y hostilizados por guerrillas enemigas en todas direcciones, y sin cesar un momento. A mas de esto se nos habian puesto obstáculos por donde quiera, quitando los puentes de los torrentosos rios y quebradas, escarpando el terreno y empalizando el camino. Nuestras bajas eran incesantes, y apenas llevaríamos ya unos 250 hombres, resto de la valiente division de vanguardia.

Afortunadamente ya todos estaban convencidos de la necesidad del órden y de la disciplina para no ser víctimas de un enemigo feroz é implacable. El bizarro coronel Cabal, pié á tierra, mar-

chaba siempre á retaguardia, con una sangre fria y un denuedo estóico, que reanimaba los espíritus abatidos por tan poderosas causas. No solo recibia el fuego de los que nos perseguian encarnizados á nuestras espaldas, sino hasta tiros de piedra, que algunas veces le hicieron contusiones; pero nada le inmutaba ni conmovia, queria ser el último en la retirada y correr mas peligros que los otros. Yo estoy convencido que esta conducta de Cabal contribuyó no poco á nuestro salvamento.

De cuando en cuando haciamos pequeños altos para descansar, y durante la noche para dormir algunos momentos. Al amanecer del dia siguiente empezábamos ya á descender al Juanambú, cuando vimos nuestra columna de reserva del otro lado de la quebrada de Sanajanacatú próxima á entrar en la montaña de San Lorenzo, y á una distancia como de cuatro horas de camino por lo quebrado del terreno. Nuestro gefe hizo que se desplegasen nuestras banderas, que se diesen algunos toques caraterísticos de nuestro ejército, y que se hiciesen algunas descargas para llamar la atencion de nuestros compañeros, quienes, habiéndonos reconocido, suspendieron su marcha y se resolvieron á esperarnos. Lo que mas debia entorpecer la nuestra era el paso del terrible Juanambú; pero la Providencia vino á consolarnos en este conflicto. Un árbol inclinado hácia la otra parte del rio, desde cuya última rama, haciendo un salto, se caía con el agua solamente á la cintura, nos sirvió de puente, y en breve rato ya habíamos superado este grande obstáculo, en cuyo paso, si hubiéramos perdido tres horas de tiempo atravesando el rio por maromas, no hay duda que cayendo el enemigo sobre nosotros, todos habríamos perecido indubitablemente durante la operacion. Perdimos no obstante algunos ahogados.

Antes del mediodia ya habíamos alcanzado á nuestros compañeros de reserva; y el mismo dia pasamos la montaña de San Lorenzo. Al siguiente llegamos al otro lado del rio Mayo. En este dia no solo esperimentamos, como los dos anteriores, los fuegos de las partidas que nos acosaban, sino que cerca del pueblo de la Cruz, fuimos intimados de rendirnos por el famoso comandante del Patia Joaquin de Paz, á la cabeza de 500 hombres con que se presentó en nuestra vanguardia. La contestacion que se le dió fué hacer marchar contra él al comandante Vego con el resto de sus cazadores en batalla, que, á pesar de no ser sino como 100, no nos resistieron la carga en línea; pero dispersos en guerrillas, sí hicieron algun daño en todos los cuerpos, y habria sido mayor si el coronel Cabal no lo hubiera previsto y puesto un remedio oportuno. Esperaba Paz que nosotros descendiésemos al Mayo para cargar á nuestra retaguardia siempre dominándonos; pero nuestro gefe, que por propia esperiencia conocia el modo como obra-

ban las guerrillas del Patia, hizo que el comandante Monsalbe se emboscase en la altura con cosa de 100 hombres de su cuerpo, y que al descender los patianos sobre nosotros les saliese á su retaguardia y los cargase velozmente. Todo se ejecutó conforme al plan: pocos murieron de los enemigos, y no hubo prisioneros, pues se escaparon como liebres por los riscos, aunque bastante escarmentados. Por nuestra parte tuvimos algunos heridos.

A las dos marchas llegamos al pueblo del Trapiche, en donde desde el principio de la revolucion se declararon patriotas los mas de sus habitantes, porque su cura el benemérito presbítero Belisario Gomez lo era muy de corazon. Allí pasamos una buena noche durmiendo con tranquilidad, despues de haber comido con abundancia. A la otra marcha fuimos á la ciudad de Almaguer, en donde se nos dió á todos una paga con el dinero restante de la caja del ejército que habia salvado la division de reserva. La noticia de esta distribucion hizo que abundasen los víveres de que nos abastecimos, aunque á caro precio. La noche siguiente pernoctamos en la vice-parroquia de la Vega. En esta marcha mi herida se irritó de tal manera, que temí ser abandonado por no poder marchar á pié; pero por diez y seis pesos que ofrecí de alquiler por una caballería se me proporcionó una mala yegua que tal vez yo fuí el primero que la cabalgaba. Al siguiente dia pasamos el rio Guachicono, y al otro llegamos á la Horqueta sin mas novedad que la de costumbre — guerrillas por todas partes. En ese punto hicimos prisioneros 3 oficiales de las guerrillas de Patia, que, embriagados de licor, y tomándonos por de los suyos, se entraron á nuestro campo incautamente. Esta adquisicion en tales circunstancias nos era muy importante, porque conservándolos en rehenes, podíamos evitar que quitasen los enemigos la vida á nuestros prisioneros, ó que no nos persiguiesen mas, de temor de hacer daño á sus oficiales, que eran famosos entre ellos. Al siguiente dia llegamos á la hacienda de los Robles, en donde creíamos pasar una buena noche, ya porque no estábamos sino dos horas distantes de Popayan, ya porque siendo de teja la casa de dicha hacienda, con muchos cuartos para acomodarse la gente, y circunvalada de buenos cercos, parecia que con tres avanzadas inmediatas á la casa estábamos libres de ser inquietados; mas no sucedió así, pues los patianos, despues de haber burlado la vigilancia de nuestras centinelas, se habian entrado hasta el patio de la casa, y nos habian herido algunos soldados que salian á tomar agua en una fuente, lo que nos obligó á estar constantemente sobre las armas. Por fin al octavo dia de marcha en retirada, llegamos á Popayan. Hasta este dia tuvimos todavía que sufrir las asechanzas de las guerrillas. Inmediato á la casa en donde habiamos pernoctado corre el pequeño rio de los Robles,

en cuyo paso fueron asaltados y atrozmente mutilados con armas blancas algunos de nuestros individuos, que, creyéndose ya libres de todo peligro, se habian adelantado como unas 150 varas del ejército. Este es el lugar de decir que cuantos individuos se separaban de las filas á diez pasos siquiera, eran precisamente sacrificados ó cruelmente heridos. Con este motivo el coronel Cabal, tan justamente enfurecido por la lastimosa escena que se le presentó á la vista de las víctimas, hizo reunir los oficiales para deliberar sobre la suerte de los tres prisioneros de la Horqueta, los que fueron condenados á ser fusilados inmediatamente, cuya ejecucion se verificó en una altura del otro lado del rio. Mejorado yo de mi herida, fuí nombrado otra vez para marchar á la descubierta hasta la entrada en Popayan. Allí llegamos como 600 hombres, restos de 3,000 de que constaba el ejército al abrir las operaciones sobre Pasto, y con cuya fuerza, dirigida por un general mas esperimentado, aunque no hubiera poseido el grado del valor de Nariño, es probable que hubiéramos libertado cuando menos el territorio de la antigua presidencia de Quito (hoy República del Ecuador), cuyos habitantes, en la mayor parte amigos de la independencia, por la que habian hecho sacrificios costosos desde el año de 1809, nos esperaban con los brazos abiertos, y nos habrian dado toda clase de recursos en medio de su entusiasmo patriótico.

El general Nariño prefirió, en mi opinion, quedarse espontáneamente en poder de los enemigos antes que salvarse y sufrir las reconvenciones que le habria hecho la nacion, y los denuestos que le hubieran dirigido sus enemigos políticos. La historia se ha ocupado ya, y aún tiene que ocuparse, de este ilustre personaje, que si, como hombre político, tenia talentos y prevision, y como militar le sobraban valor y energía; en ambos respectos le faltaba la prudencia, un poco de tolerancia y la esperiencia tan necesarias en las circunstancias en que estuvo colocado, y que solo se adquieren con la práctica de los negocios. Yo respeto mucho la memoria de mi antiguo general; pero temo que, en su calidad de capitan, el fallo de la posteridad eclipse un tanto el brillo de sus hazañas militares, y le haga cargos por la proscripcion de Campomanes, Servies y el Baron de Chamboult.

# CAPITULO VI

**Descanso en Popayan.—Marcha de Vego á Palmira con el resto de su cuerpo. — Retirada del coronel Cabal con las fuerzas independientes.—Colocacion de éstas en diferentes puntos.—Ausilio de Antióquia.—El coronel Servies. —El coronel Montúfar.—Marcha del enemigo sobre nuestras posiciones del Palo.—Bizarra conducta del comandante Monsalbe.—Situacion de nuestro ejército.—Me hallaba yo gravemente enfermo y con licencia; pero al saber la marcha del enemigo me presenté en el cuartel general, y se me destina á la caballería.—Fuerza de nuestro ejército.—Batalla del Palo.—Los detalles.—Triunfo.—Mi comportamiento en esta funcion.—Se persigue al enemigo.—Entramos á Popayan.**

Despues de haber descansado algun tiempo en Popayan, recibió órdenes el comandante Vego, á quien se dió el grado de coronel, de marchar con el cuadro esquelctado de su batallon, á criar y disciplinar uno nuevo en la villa de Palmira (valle del Cauca) y esta comision fué cumplida puntualmente. Muy en breve supimos que el coronel Cabal habia resuelto retirarse con las tropas al valle del Cauca, en consecuencia de la ofensiva que hacia el enemigo marchando de Pasto con un ejército respetable. El comandante Monsalbe con las reliquias de su batallon y de otros cuerpos, fué encargado de situarse en las alturas de Obejas en observacion, mientras el coronel Cabal estableció su cuartel general en la di-cha villa de Palmira. El batallon Cundinamarca fué destinado á reorganizarse en Cali. Una pequeña columna de infantería y caballería vino en nuestro ausilio de la provincia de Antióquia; y nuestros cuerpos todos se rehicieron y disciplinaron regularmente. El coronel Servies (ascendido ya á este grado), revivido con la caida del general Nariño, vino tambien á dar tono á nuestro ejército, en calidad de gefe del Estado Mayor General. El coronel Cárlos Monttúfar, fué otro de nuestros ausiliares en el empleo de cuartel maestre general.

En fines de junio de 1815 emprendió el enemigo su marcha de Popayan; nuestro cuartel general se habia trasladado á la márgen izquierda del rio Palo sobre el mismo camino principal, en donde se reconcentraron oportunamente nuestras fuerzas de línea, apoyadas por algunas partidas de patriotas voluntarios, que generosa-

mente quisieron participar de los peligros y glorias de la nueva campaña. Monsalbe, que permanecia en Obejas, como lo acabamos de decir, no quiso abandonar el campo sin disputarlo con la bravura que le caracterizaba. A pesar de su inferioridad, pues no tenia 400 hombres, resistió el combate á mas de 2,000 enemigos, batiéndose en retirada en el mejor órden hasta cerca del pueblo de Quilichao, en donde recibió órdenes de replegar al Palo, escarmentando á sus contendores, quienes lo dejaron de perseguir desde el sitio de Mondomo. Al segundo dia acampó el ejército real del otro lado del Palo á nuestra vista. Su gefe era el general Vidaurrasaga, que habia relevado á Aymerich. Yo, que me hallaba con licencia curando mi herida en un estado grave y peligroso, en la hacienda del Espejuelo, perteneciente á unos primos mios, al saber la aproximacion del enemigo marché al cuartel general, á donde llegué en el mismo dia. Los coroneles Cabal y Servics no aprobaron mi procedimiento por el mal estado de mi salud, y por lo estenuado que me hallaba, y me propusieron que me retirase á continuar mi curacion. Yo les manifesté que, aunque á pié no podia batirme, sí lo podia hacer á caballo, en cuya virtud, aplaudiendo mi resolucion, me destinaron á la partida de caballería voluntarios de Buga, que habia conducido y mandaba nuestro antiguo oficial de ejército Pedro Pablo Cabal (que existe), sobrino del comandante en gefe; con dependencia del comandante Dufour (francés, que tambien vive hoy en Santa Marta), que mandaba el único escuadron veterano que allí teniamos, y á quien se dió el mando en gefe de toda la caballería; es decir, á mas de su escuadron, de las partidas de voluntarios, haciendo una fuerza como de 160 hombres de esta arma. Nuestro ejército tenia como 1,300 hombres de fuerza total.

Al dia siguiente al empezar la aurora, el enemigo, que habia pasado el rio, no por el paso principal, que habiamos puesto en estado de defensa, y por donde lo esperábamos; sino por Pílamo, de la parte de abajo, empezó sus fuegos con nuestra avanzada que constaba de una compañía de infantería á las órdenes del capitan Pedro Murgueitio (hoy general). Este oficial se condujo bizarramente en su retirada hasta el campo, procurando embarazar al enemigo para dar tiempo á disponernos á recibirlo por un lado que no lo esperábamos. El terreno sobre que se iba á empeñar la batalla, es una esplanada hermosa, con algunas desigualdades, y ninguno de los contendores tenia ventajas en sus respectivas posiciones. Inmediatamente se formaron dos cuerpos en el órden siguiente: la infantería se colocó en batalla por cuerpos en línea paralela á la del enemigo, apoyando su izquierda en unos barrancos del lado del rio; y la caballería á la derecha, distante de la infantería como 200 varas: algunas partidas de cazadores fueron

destacadas á molestar al enemigo por el centro de las dos armas. Este avanzaba en el mismo órden de batalla por el centro, y una columna de caballería por su izquierda, á la vez que las guerrillas de Joaquin de Paz, como en número de 200 hombres, pasando el rio por el paso principal, es decir, sobre nuestro flanco izquierdo, nos llamaban la atencion por esa parte, dirigiendo sus fuegos con bastante precision, principalmente sobre nuestra infantería, que, sufriéndolos de firme, y cubriendo los claros, por órdenes que al efecto daba el intrépido Servies, no le era permitido todavía disparar sus armas, no obstante que el enemigo estaba ya á medio tiro de fusil. A esta distancia hizo alto continuando siempre sus fuegos. Una pequeña partida de nuestra caballería, á las órdenes del valiente capitan Solís, salió á ensayarse con otra del enemigo, y habiendo aquella triunfado se encarnizó en la persecucion hasta casi llegar á las manos con su infantería; en cuyas circunstancias murió Solís, y su partida corrió, casi toda, la misma suerte. Desde el momento que el enemigo hizo alto, ya era de presumirse que la firmeza con que se le esperaba le habia impuesto respeto. Recordando yo el suceso de Calibio dirigí al comandante Dufour la voz de «avanzar,» que fué apoyada por el oficial Pedro Pablo Cabal, y por todos los voluntarios de Buga, que formaban á la izquierda del escuadron de Antióquia. Dufour manifestó, que no podia cargar sin que se le diera la órden por los superiores, á cuyo efecto mandó á su ayudante Gamba á solicitarla. Entretanto nuestra infantería empezó sus fuegos con una descarga simultánea de todo su frente: el enemigo se movió paso atrás, y su izquierda formó martillo. Era pues llegado el momento de empeñar la caballería, y con tal objeto yo insistí en la carga, y, moviéndome hácia adelante con los voluntarios de Buga á la voz de «avancen» se vió Dufour comprometido á seguir la impulsion de la caballería, y se verificó la carga antes de recibirse la órden. En el momento mismo nuestra infantería cargaba impetuosamente; y, sin mas maniobra, el enemigo se desordenó, volvió caras á escape, y su derrota fué completa, habiendo perdido en las dos horas que duró la funcion, la mayor parte de su ejército con sus mejores oficiales, entre los cuales se cuenta al segundo en gefe coronel Cucalon, y al comandante Joaquin de Paz. Nosotros tuvimos entre muertos y heridos como 190 hombres, oficiales y soldados.

Continuando sin cesar la persecucion de Vidaurrásaga y de los que lograron escaparse, lo que fué encargado á Servies con la caballería y 200 infantes, no paramos hasta mas allá de Alegrías, en donde pasamos la noche, para continuar la marcha al dia siguiente sobre Popayan, reunida toda nuestra tropa, y al tercer dia entramos en la ciudad (el 7 de julio de 1815), sin haber encontrado la menor resistencia durante la marcha.

# CAPITULO VII

Causas por qué no pudo continuar el ejército sobre Pasto.—Guerra de partidas.—Marcha del comandante Ignacio Torres á Almaguer.—La columna que mandaba este gefe permanece allí estacionaria.—Vuelve á Popayan.—Me enfermo gravemente.—Mi batallon es refundido en el de Bravos del Socorro.—Es llamado este cuerpo á Santafé.—El ejército del Sur queda sumamente reducido.—Servies tambien es llamado al Norte.—Sámano á la cabeza del ejército español se fortifica en la Cuchilla de Tambo.—Los realistas triunfan por todas partes y se aproximan á Popayan por todas direcciones.—Nuestras privaciones.—Llegada del Presidente á Popayan.—Ventajosas cualidades morales de nuestro ejército y su ciega confianza en el triunfo.—Los españoles logran introducir sus proclamas é indultos en Popayan.—La indignacion del ejército republicano sube de punto con este motivo.—El comandante Murgueitio capitula con Warleta, gefe español.—Somos estrechados por todas partes.—Inaccion del general Cabal.—Junta de guerra.—Deposicion del general Cabal.—El comandante Megía es nombrado comandante en gefe con facultades estraordinarias.—Megía acepta y pronuncia un breve discurso.—Nos aprestamos á marchar sobre las posiciones que ocupaba Sámano.—Recibimos una paga.—Se dan diferentes órdenes por el comandante en gefe.—Marcha hácia el Tambo.—Número de nuestras fuerzas y sus diferentes armas.—Escaramuzas cerca del enemigo.—Marcha.—Batalla del Tambo.—Sus detalles.—Mi comportamiento.—Doy muerte de un pistoletazo á un oficial enemigo.—Soy hecho prisionero antes de terminarse la batalla.—Triunfo completo de los realistas.—Un juicio sobre el comandante Megía.—Ocurrencias en los momentos en que se me hace prisionero y cómo salvó la vida por un accidente feliz.—Nuevos azares durante esa noche.

No podiamos, sin embargo, emprender una campaña séria sobre Pasto, porque, á mas de ser nuestras fuerzas muy pequeñas, los triunfos que adquirian los españoles por la parte del Norte y el Magdalena, no solo no permitian que se nos mandasen refuerzos, sino que se llamó á Bogotá al coronel Servies. Nos limitamos, pues, á combatir las infatigables guerrillas del Patia, de donde sacábamos por la fuerza casi todo el ganado que consumia el ejército, y esto lo haciamos, unas veces, marchando pequeñas columnas con paso rápido para tomar de repente lo que necesitábamos con urgencia; y otras, situando fuerzas en los pueblos inmediatos para proteger los movimientos que eran indispensables. Lo mas notable que ocurrió durante nueve meses fué la marcha que hizo el teniente coronel Ignacio Torres á la cabeza como de 600 hom-

bres, hasta la ciudad de Almaguer, con el objeto de observar al enemigo, que habiéndose puesto de nuevo en estado de tomar la ofensiva, se sabia que se preparaba ya á marchar sobre Popayan, conducido por el general Sámano, el mismo á quien batimos en Calibio. Nada hizo de provecho, ni intentó hacer la tal columna, que constantemente permaneció estacionaria en Almaguer por cosa de dos meses, despues de los cuales, con las noticias de que el enemigo se movia de Pasto, replegó sobre Popayan. Esta espedicion, sin utilidad conocida, me fué muy calamitosa á causa de habérseme irritado mi herida hasta el estremo de haberme amenazado el cáncer, y haber sido atacado de unas tercianas violentas, todo lo cual me puso al borde del sepulcro, reduciéndome al estado de un esqueleto, que apenas tenia alientos para sostenerme sobre el caballo, ayudado de mi asistente.

El gobierno general de las provincias de la Nueva-Granada, estenuado por las disensiones civiles, y amenazado por formidables ejércitos españoles que todos los dias adquirian nuevas ventajas sobre las tropas independientes, ordenó que el batallon Bravos del Socorro, á las órdenes de su comandante Monsalbe, marchase en su ausilio á Santafé, con cuyo acontecimiento, nuestras fuerzas, llamadas Ejército del Sur, quedaron reducidas como á 700 hombres, privándonos así del mejor cuerpo que teniamos entonces. En una nueva organizacion que se le habia dado con motivo de la muerte del coronel Vego, mi compañía fué refundida en el de que acabo de hablar. Yo debí haber seguido á Santafé; pero el estado de mi salud, y el aniquilamiento de mis fuerzas no me lo permitian. Servies tambien habia sido llamado por el gobierno nacional.

A mediados de junio de 1816 supimos que el general Sámano se fortificaba en la Cuchilla del Tambo con mas de 2,000 hombres de línea, protejidos inmediatamente por 800 guerrilleros de los pueblos situados entre Popayan y Juanambú. Al mismo tiempo supimos que el general español don Pablo Morillo, despues de haber ocupado á Cartajena, marchaba sobre Santafé: que el general Calzada se aproximaba tambien á la capital; que el coronel Warleta, despues de pequeños combates, habia ocupado la provincia de Antióquia, y marchaba sobre nosotros por el valle del Cauca: que el comandante Plaa se habia apoderado de la provincia de Chocó, y se dirigia igualmente sobre Popayan. En una palabra, en ese tiempo supimos que ya no habia en la República mas fuerza independiente que la nuestra, el batallon del comandante Monsalbe que no habiendo llegado oportunamente para tomar parte en la batalla de Cachiri, perdida por los patrio-tas mandados por general García Rovira, se retiraba sobre Popayan, disminuido á menos de la mitad de su fuerza (200 hombres), por las enfermedades y la desercion, y como 700 hombres que se

habian retirado hácia Casanare con el general Servies, y de cuya suerte se auguraba mal, y con mucha razon. Todas estas noticias fueron confirmadas por la llegada á Popayan del señor doctor José Fernandez Madrid, Presidente de la República, con algunos individuos de las reliquias de Cachiri, y de su guardia de honor; y por otros oficiales escapados en las acciones que en diferentes provincias habian sostenido contra los españoles, que se unieron á nosotros, como la última tabla de salvamento. De nuestra parte no habian mas elementos que patriotismo, honor, resolucion, sufrimiento y ambicion de gloria. Fuera de esto, todo nos faltaba: hacia mucho tiempo que no tomábamos sueldo. La cantidad de las raciones se disminuía progresivamente, y muchos dias no se nos daba ni este pequeño socorro. Nuestro gefe Cabal, hombre tan valiente como bondadoso, no tomaba ninguna clase de medidas enérgicas para aliviar la suerte del miserable soldado, que se veía en la precision de cortar leña en los bosques, ó de trabajar como jornalero en los pocos momentos que se lo permitian sus faenas militares, para ganar alguna cosa con que alimentarse y atender á sus mas imperiosas necesidades. Por todas partes nos amenazaba una horrible tempestad; pero en medio de tantas privaciones y rodeados de tantos y tan inminentes peligros, los soldados del ejército del Sur estaban contentos, y no respiraban sino el deseo de obrar maravillas, despejando el horizonte político con sus solos esfuerzos, bien persuadidos que, hasta entonces, nunca los enemigos habian resistido cuerpo á cuerpo sus resueltas cargas á la bayoneta.

En esos dias lograron los españoles hacer introducir en nuestros cuarteles sus proclamas y amnistías, en las cuales se ofrecia el perdon de la vida, y aún la conservacion de los empleos, á los que desertasen de nuestras banderas é hiciesen traicion á sus deberes; mas no produjeron estos documentos sino una suma mayor de encono contra nuestros enemigos, sin que se hubiera representado entre nuestros admirables soldados de Popayan un solo acto de felonía ni debilidad. El 24 de junio supimos que el comandante Murgueitio, destinado con una partida volante á observar al enemigo en Cartago, habia capitulado con el coronel Warleta y entregádole los efectos de guerra que estaban á su disposicion, bajo ciertas condiciones favorables á Murgueitio (Este era el primer caso de debilidad que se habia presentado en el Sur); que por todas direcciones marchaban cuerpos del enemigo sobre nosotros, y que nuestra situacion era sumamente crítica á la vez que nuestro general Cabal no tomaba una sola medida que indicase procurar salir del embarazo, pues parece que se habia resignado á dejarse sacrificar en su puesto. Se decia que á la llegada del comandante Monsalbe que regresaba á Popayan, nos pondriamos en dis-

posicion de obrar enérgicamente. El 26 fuimos informados que e enemigo se aproximaba, y que Sámano mismo habia resuelto salir de sus atrincheramientos de la Cuchilla del Tambo á estrecharnos en Popayan, para lo cual esperaba ser reforzado por una columna que se habia puesto en movimiento de Pasto, mientras que por nuestra parte no habia esperanza de la pronta llegada del comandante Monsalbe. En tales circunstancias, los oficiales resolvimos reunirnos en junta de guerra, cuya medida fué principalmente promovida por el teniente coronel Liborio Mejía, comandante de la infantería de Antióquia y del capitan Silvestre Ortiz, ayudante de campo del general Cabal, y encargado provisoriamente de nuestro Estado Mayor. En esta junta iniciaron la sesion los espresados Mejía y Ortiz, con discursos tan persuasivos, que nos convencieron de la medida única que debiera tomarse para ponernos en disposicion de batir al enemigo por donde mas conviniese. La proposicion estaba reducida á deponer al general Cabal del mando, y confiarlo en el oficial de nuestra eleccion. Yo fuí tambien en esta vez el primero que voté, manifestando mi asentimiento á todo lo que se proponia; lo que debiera llevarse á efecto en el acto mismo. La opinion fué unánime en este sentido; y, en consecuencia se invistió del mando en gefe al referido teniente coronel Liborio Mejía, dándole facultades dictatoriales mientras durasen las circunstáncias en que nos hallábamos. El comandante Mejía aceptó el mando, y protestó desempeñarlo fielmente, manifestándonos que, si sus medidas no eran acertadas, al menos no nos dejaria perecer sin gloria y por inanicion. Ordenó que todos fuésemos á nuestros puestos á recibir órdenes, lo que así ejecutamos.

La primera que se nos dió fué la de disponernos á marchar á la primera señal: la segunda estaba contraida á ocurrir donde los respectivos habilitados por una paga: la tercera fué la de marchar al amanecer del dia siguiente: por la cuarta nos dirigia una alocucion patriótica y marcial, y nos ofrecia varias clases de premios y recompensas, segun el grado de mérito que se contrajese en la árdua empresa que íbamos á acometer.

El 27 emprendimos la marcha con direccion á los atrincheramientos del general Sámano. Toda nuestra fuerza estaba reducida á unos 580 infantes, 30 artilleros con dos piezas ligeras de á 4, y como 70 de caballería, la mitad veteranos, y la otra mitad voluntarios de Popayan, que generosamente nos acompañaron, mandados por el valiente capitan de milicias Juan María Medina, nuestro antiguo práctico, de quien he hablado en la relacion de la campaña de La Plata á Calibio. El 28 acampamos en una altura cerca del pueblo de Piagua, á dos horas distantes del enemigo. En este dia se escaramucearon las descubiertas de ambas partes,

quedando la ventaja por la nuestra. El enemigo no dejó de molestarnos en esa noche; pero estábamos bien persuadidos que, á pesar de su superioridad, no se atreveria á presentarnos un lance formal fuera de sus posiciones. El 29, á las seis de la mañana, marchamos á dar la batalla, divididos en dos secciones iguales: la primera seguia por el camino real con direccion al pueblo del Tambo, y á ella correspondia la caballería; la segunda se encaminaba casi paralelamente por la misma Cuchilla, y á esta correspondia la artillería. Dos columnas enemigas que observaban nuestros movimientos, y oponian resistencia á nuestra marcha, fueron rechazadas hasta su campo. Yo pertenecia á la descubierta de la segunda seccion. El enemigo nos esperaba en sus fortificaciones, que se componian de un parapeto de mas de siete piés de elevacion y cuatro de espesor, en forma de pentágono irregular, con su respectivo foso que no estaba concluido. Sus fuerzas eran de mas de 2,000 hombres bien armados y municionados. Nuestra columna llegó hasta el último mamelon á medio tiro de fusil del campo enemigo; y allí colocó sus dos cañones, esperando que la primera seccion se aproximase, y se diese la órden del asalto por el comandante en gefe que marchaba por el lado del Tambo. Verificada ésta, se dió la señal deseada, á la cual arremetimos violentamente sobre los parapetos, en donde se nos recibió con un fuego de artillería y mosquetería mortíferos; pero no por esto dejamos de fijar nuestras banderas al mismo pié de sus atrincheramientos. Sin ninguna clase de instrumentos aparentes, no nos fué posible escalarlos; mas no por eso dejamos de redoblar nuestros esfuerzos, que sólo eran frustrados por la muerte de nuestros valientes compañeros. El enemigo nos temia, á pesar de esto, y no se atrevia á hacer una salida sobre nosotros. Un solo oficial se paró denodadamente sobre un parapeto, y yo le quité la vida de un pistoletazo. Por nuestro lado el enemigo habia colocado un cañon al estremo del parapeto: el capitan de Antióquia José Maria Pino, que se condujo bizarramente en esta batalla, me dió órden para que con el alferez Diego Pinzon y cosa de 10 soldados que nos hallábamos casi recostados sobre las trincheras enemigas, tomásemos el referido cañon. Yo obedecí á pesar de la temeridad de la empresa; pero, al desembocar á la tronera de dicho cañon, mis soldados cayeron muertos acribillados de balas. Solo quedamos vivos el alferez Pinzon, herido, y yo contuso, que fuimos hechos prisioneros por una partida, que por primera vez se atrevia á salir de su fuerte, al cual se nos introdujo en el mismo acto, y se nos presentó al general Sámano, quien se hallaba á la sazon con un anteojo mirando hácia el pueblo del Tambo. Ya nuestros fuegos apenas se dejaban sentir, y nuestra caballería, que habia sido colocada á retaguardia en el camino de los Aguacates, único

punto de retirada del enemigo, perdia terreno lentamente, y Sámano daba órden de salir en su persecucion. A pocos instantes cesaron enteramente nuestros fuegos, y los vivas y algazara de los enemigos aplaudian el triunfo, que sólo debieron á sus fortificaciones y á la poca prevision de nuestro comandante en gefe, que creyó, sin duda, que sin escalas pudiéramos subir sobre los parapetos enemigos.

Debo manifestar mi opinion sobre esta batalla, despues de haber oido la de muchos de mis compañeros. Otras dos faltas cometió nuestro comandante en jefe ofuscado por su impetuosidad: primera, haber hecho situar la caballería ostensiblemente en el solo punto de retirada del enemigo, con cuya imprudente medida se obligaba á éste á sostenerse con mas obstinacion ; — segunda, haber atacado á Sámano en sus posiciones atrincheradas, pues, siendo el objeto de la campaña, atravesar rápidamente hácia Quito, debimos verificar la marcha por otro de tantos caminos que conducen á Pasto; y, en este caso, si Sámano, como era regular, trataba de interponérsenos, lo hubiéramos batido infaliblemente, ó podiamos ganar bastante terreno, de modo que Sámano no pudiera oponer obstáculo á nuestra marcha, y en esta última hipótesis perdiamos solamente á Popayan, cuya resolucion estaba ya hecha; pero ganábamos un ciento por uno con la ocupacion de los principales puntos de la actual República del Ecuador, en donde hubiéramos ensanchado nuestro teatro de guerra, encontrado recursos abundantes, vencido al general Montes, presidente de Quito, y formado allí la base de nuestras siguientes operaciones, puéstonos en comunicacion con el general San Martin, y desconcertado por esta atrevida operacion todos los planes de los generales españoles.

Para terminar la relacion de este dia, réstame referir algunos pormenores peculiares.

Al hacerme prisionero un cabo de artillería, me pidió mi espada, que yo le entregué, y mientras me la desabrochaba de la cinta, otro soldado artillero preparó su fusil para matarme; pero yo me abracé del cabo, y por temor de herir á éste no me descargó el soldado el tiro con que me acestaba. Durante esta especie de lucha se cayeron afortunadamente de mis bolsillos algunos reales, que el soldado se apresuró á recojer, y, mientras tanto, yo les dije : « que tenia como cien pesos, los cuales se los regalaria con algunas otras cosas que llevaba, » á cuya voz el cabo, el soldado y dos soldados mas se lanzaron á despojarme de mi dinero y de mi vestido, dejándome en camisa. Mientras yo era así tratado, dije al cabo : « que si me salvaba la vida yo le daria todo mi equipaje que tenia en Popayan, á cuya oferta, que aceptó el cabo, ordenó que se me devolviesen mis pantalones, y se me dejasen

algunos tabacos de los que se me habian quitado, ofreciéndome al mismo tiempo que no me dejaria matar. En efecto, el cabo fué obedecido, mis pantalones recobrados y devueltos cuatro de mis cigarros. Restablecida así la esperanza de la conservacion de mi vida por esos momentos, yo tuve la audacia de encender uno de mis cigarros en el botafuego del cañon, con licencia del cabo. Este continuó manejándose muy bien conmigo, y aún dándome algo que comer hasta la entrada en Popayan, en donde le cumplí mi palabra regalándole lo muy poco que poseia, consistente en una montura, una escopeta, un caballo y algunas prendas de vestuario maltratados.

A la tarde se me trasladó del cuartel de artillería á la barraca que servia á su guardia principal, y allí ví casi 20 de mis compañeros que habian sido prisioneros : ellos me aseguraron que me contaban por muerto. Muchos de ellos estaban heridos.

Por el boletin del ejército real consta que en el campo de batalla quedaron de nuestra parte 280 muertos, 78 heridos y 310 prisioneros. Total, 668; es decir, casi la totalidad de los que atacamos. El enemigo no tuvo sino como 16 hombres fuera de combate. Nuestro comandante en gefe Mejía se escapó con pocos oficiales y algunos soldados de caballería que no entraron en combate. Breve diré cuál fué la suerte de este puñado de valientes.

A las siete de la noche se apareció á nuestra prision con una escolta el oficial realista Merchancano, y llamándome por mi nombre y apellido dió órden á otro oficial para que hiciese venir al padre capellan, advirtiéndome que le siguiera, lo que yo cumplí sin proferir palabra, y reflexionando cuál seria el motivo por qué se me iba á fusilar entresacándome del grupo de otros oficiales prisioneros, de los cuales la mayor parte eran de superior graduacion, edad y representacion, me ocurrió que habria sido denunciado de haber muerto con mi pistola al oficial enemigo, de cuyo suceso ya he hecho mencion. Yo no hallaba á lo menos otra causa particular ; y en verdad que si Sámano hubiera sabido esta circunstancia me habria sacrificado positivamente. Se me condujo á una tienda de campaña, á donde llegó á pocos momentos el capellan : luego se me exigió juramento de decir verdad en lo que se me preguntase, advirtiéndome que si así lo hacia, se tendrian algunas consideraciones conmigo, y no correria la triste suerte que les esperaba á mis compañeros ; pero que de lo contrario se me fusilaria esa misma noche. El fiscal era un mayor Dábalos, pastuso. Despues de la fórmula acostumbrada en la cabeza de los procesos, se me preguntó : « ¿Quiénes eran las personas que nos daban noticias de la situacion del ejército real?» A lo que yo contesté : « que ignoraba completamente el contenido de la pregunta. » Se me reconvino luego en los términos si-

guientes : « ¿Cómo podia yo ignorar lo que se me preguntaba, cuando el capitan Merchancano, que estaba allí presente, y me conocia y distinguia muy bien, me habia oido esa tarde conversando con mis compañeros, diciéndoles : que las noticias que se nos daban frecuentemente sobre el estado del ejército real situado en la Cuchilla eran falsas, pues lo habiamos encontrado mas fuerte de lo que nos aseguraban nuestros espías, quienes merecian la muerte por su infidelidad y que me eran bien conocidos?» Yo contesté : « que seguramente se equivocaba el capitan Merchancano, pues yo no habia tenido tal propósito..» El capitan Merchancano sostuvo en el careo conmigo, que me habia oido la conversacion de que se ha hecho mérito, y que estaba cierto de que era yo y no otro quien habia tenido esa conversacion, á lo que yo repuse : « que si tal hubiera sido, ninguna ocasion mejor que esa se me podia presentar para tomar venganza de nuestros espías, pues que, al denunciarlos, serian condenados á muerte : resultándome por otra parte la ventaja de las consideraciones que se me habian ofrecido, si decia la verdad, de acuerdo con las preguntas, escluyéndome de la suerte triste que se esperaba á mis compañeros : que yo era un simple subalterno que nunca me mezclaba de lo que tenia relacion con estas cosas, pues no hacia sino obedecer las órdenes que se me daban en asuntos de operaciones, y que, en mi grado y mi edad, no estaba nunca al alcance de los negocios misteriosos como el del espionage. » Estas consideraciones seguramente convencieron á mi fiscal y acusador, pues, saliendo de la tienda, entraron en conferencia. Merchancano se ausentó por algunos minutos, seguramente para dar cuenta á Sámano, y á su vuelta Dávalos me hizo dar una taza de chocolate, y dispuso que se me condujese á la prision, en la cual mis camaradas se admiraron de verme vivo, asegurándome que ya habian encomendado mi alma á Dios desde que á poco rato de mi salida habian oido algunos tiros de fusil. El abanderado del batallon de granaderos Manuel Delgado fué conducido con el mismo aparato á sufrir igual interrogacion, cuyo resultado ignoro : pero Delgado regresó á la prision á poco rato. Probablemente la semejanza que habia entre los dos fué la causa de una equivocacion que me azoró bastante y pudo costarme la vida.

# CAPITULO VIII

El ejército real entra en Popayan.—Se nos conduce atados en cadena y se nos pasea por la plaza como trofeos de triunfo.—Los individuos prisioneros de tropa son conducidos á Quito con solo una honrosa escepcion: los oficiales somos puestos en los calabozos de la cárcel pública de Popayan.—En los primeros dias son fusilados tres de nuestros compañeros, Rosas, Lataza y España.—Ocurrencia que nos pone en inminente peligro.—Llegada de Torrá á la cabeza de una columna española.—Monsalbe resiste desesperadamente en el puente de La Plata, pero es vencido, por consecuencia de una traicion.—Monsalbe, el general García Rovira, el comandante Megía y otros oficiales son hechos prisioneros.—Mi hermano Laureano se distingue en el combate de La Plata.—Término glorioso del ejército del Sur.—Llegada á Popayan de los gefes españoles Warleta y Plaa con sus respectivas columnas.—El mal tratamiento que se nos hacia.—El teniente Ribera, del ejército real, es el único oficial que nos trata bien.—Otro accidente que pone nuestra vida en inminente peligro.—Se me ofrece el perdon á condicion de servir de pregonero.—Diálogo con mi abuela materna.—Mi negativa absoluta á la aceptacion de esta gracia.—Ella es ofrecida á cualquiera oficial que quiera servir de pregonero.—Todos la rehusan con dignidad y desden.—Sámano se irrita y dispone seamos sorteados para morir uno de cada cinco.—Conducta del capitan Máres.—Uno de mis arranques con ese motivo.—Detalles del sorteo.—Admirable conducta del capitan José Joaquin Quijano.—Saco boleta de muerte.—Mis compañeros son los oficiales Rafael Cuerbo, Mariano Pose y Alejo Sabarain.—Me fumo mi boletin en un cigarrillo.—Entrámos en capilla.—Escojemos confesor.—Interesantes ocurrencias en la capilla.—Llega la fúnebre procesion.—Aparato tétrico.—Se nos ata individualmente y se nos conduce al cadalso.—Al salir á la calle oimos la detonacion de los fusiles con que acababan de ser sacrificados tres de nuestros compañeros, Cabal, Quijano y Matute.—Incidentes sobre la marcha al patíbulo.—Llegada á la plaza.—Espectáculo horrible.—Contramarcha.—Sucesos interesantes durante ella.—Entramos en la cárcel.—Nuevas ceremonias.—Se nos introduce á la capilla.—Coloquio sobre la realizacion de mi sueño.—Ceremonias previas á la notificacion de salir de la capilla y volver al calabozo.—Anécdotas curiosas.—Felicitaciones.—Consecuencias.—Conjeturas sobre la causa de nuestra inesperada salvacion.

El 30 se puso en marcha el ejército real para Popayan, adonde llegó el 1º de julio al medio dia. Los oficiales prisioneros fuimos conducidos bajo una cuerda estrechamente atados de los brazos, y en la plaza de aquella ciudad se nos paseó de esta manera, ostentando con crueldad los trofeos de un triunfo mas glorioso aún para los vencidos que para los vencedores. Los prisioneros de tropa, que no estaban heridos, fueron conducidos á Quito, con escepcion de uno solo que merece una particular mencion. Este se

llamaba Florencio Ximenez, hijo de Venezuela, á quien se intimó de salir de entre los oficiales, puesto que no era sino un soldado voluntario, y no debia confundirse con los que iban á sufrir las penas que merecian, mientras que la tropa prisionera iba á mejorar su suerte en Quito. Todos aconsejamos á Ximenez que así lo hiciese para librarse de los sufrimientos que nos esperaban á los oficiales; pero éste dijo resueltamente : « que él preferia estos sufrimientos, y la probabilidad de la muerte con que estábamos amenazados, porque de esto le resultaba honra. » Se obstinó en su resolucion, y generosamente corrió nuestra suerte. Ya tendré ocasion de ocuparme de este individuo en otra parte de mis memorias; y allí se verá que, aunque por una ciega fatalidad llegó á ser mi enemigo en nuestras disensiones civiles, no por eso debo dejar de hacerle la justicia que se merece y que le hace tanto honor á él como al ejército del Sur.

Se nos depositó en los calabozos de la cárcel pública de Popayan. En los primeros dias fueron fusilados y colgados en la horca nuestros compañeros Rosas, España y Lataza, sin ninguna forma de juicio : todos tres murieron con el valor que habian tantas veces acreditado.

En uno de esos primeros dias sucedió lo siguiente : habiéndose avistado por el páramo de Guanacas algunos soldados con direccion á Popayan, se creyó que fuese Monsalbe con su batallon, á cuya noticia el general Sámano hizo tocar la generala por todas las calles, y se preparó á recibirlo en la plaza principal. Entretanto se redobló la guardia de la cárcel, se nos hizo formar en un corredor, y se colocó á nuestro frente una escolta de soldados que, cargando sus fusiles en nuestra presencia, nos previnieron que nos pusiésemos con Dios, pues íbamos á morir al primer tiro que se oyese de parte de Monsalbe. Así estuvimos por mas de dos horas esperando con indiferencia esa muerte que ya era por nosotros deseada, porque con ella acababan nuestros sufrimientos. Pasado ese término fué un ayudante de Sámano á prevenir al comandante de la escolta, que se retirase, pues los soldados avistados eran pertenecientes al ejército real. El espresado comandante nos dijo al despedirse : « Han vuelto ustedes de la eternidad por esta vez. » Muy luego supimos lo siguiente : que el comandante Monsalbe, con poco mas de 100 hombres que le quedaban, habia presentado combate en la ciudad de La Plata á una columna de 700 mandada por el teniente coronel Cárlos Tolrá : que aquel habia hecho una gallarda resistencia; pero que habiendo pasado el enemigo 300 hombres por un vado que se les indicó por un granadino traidor en el rio de La Plata ; perdida ya una parte de los soldados patriotas, y casi exhaustas sus municiones, habia sido preciso á Monsalbe abandonar el campo al enemigo, y retirarse con

algunos pocos á la cima de los Andes, en donde habian sido capturados, igualmente que el general García Rovira y el comandante Mejía con los pocos que se habian salvado en la batalla de la Cuchilla. La llegada de Tolrá, que se verificó al dia siguiente, nos confirmó las noticias que se nos habian dado de su triunfo sobre Monsalve. Mi hermano Laureano, hoy teniente coronel de infantería en servicio activo, y entonces abanderado del batallon Bravos del Socorro se distinguió en tan desigual combate y con otros fué hecho prisionero en el mismo campo en donde terminó el nunca bien ponderado ejército del Sur. Tambien llegaron á Popayan en esos dias con sus respectivas columnas el coronel Warleta y el comandante Plaa.

Nosotros seguíamos sufriendo en los calabozos el hambre, la desnudez, los vilipendios y otras muchas penalidades consiguientes; pero la incertidumbre de la suerte que nos esperaba, y que no podia sernos favorable, era lo que mas nos atormentaba, no obstante nuestra resignacion. Amigo como soy de hacer justicia á quien la merece, y naturalmente agradecido por cualquier favor que se me dispense, debo en este lugar manifestar, que en medio de nuestras privaciones y penalidades encontrábamos un lenitivo cuando entraba de comandante de nuestra guardia el teniente Custodio Ribera, hijo de Pasto, y hoy teniente coronel del ejército de Nueva-Granada. Este oficial, tan valiente como honrado y compasivo, nos permitia cuantos desahogos eran posibles durante las veinticuatro horas de su faccion; y, si mal no recuerdo, á él debimos otra vez no haber sido víctimas del furor bien marcado de nuestros enemigos. Veamos como sucedió esto.

El sarjento prisionero Luis Vedon, que por estar herido no habia sido llevado á Quito, se entretenia un dia con el cabo de la guardia jugando medio real. Una disputa se armó entre los dos jugadores sobre un lance de la partida, y el valiente Vedon, quitando al cabo la vara de ordenanza con que le amenazaba, le dió un fuerte golpe tras la cabeza, que le derribó en tierra privado de todos sentidos. En el acto se dió cuenta de la novedad al oficial de guardia, y el sargento de ella, diciendo improperios contra los prisioneros, nos amenazó con una muerte cierta, luego que viniera la órden del general Sámano, por consecuencia de tal acontecimiento. Era mas que probable, era seguro, que el irritable y feroz Sámano habria dado la órden de matarnos tan pronto como se le hubiese dado cuenta del suceso de Vedon. El capitan José Joaquin Quijano, el mas respetable de los prisioneros de la cárcel, suplicó al oficial de guardia, que hiciese moderar al sargento, pues no tenia derecho á insultarnos y amenazarnos de la manera que lo hacia, cuando, por otra parte, todos éramos inocentes, á escepcion de Vedon. El oficial de guardia oyó las insinuaciones

del capitan Quijano, y ordenó al sargento que se callase. Quijano, aprovechando las buenas maneras del oficial de guardia, le dijo: que no diera parte de lo que habia sucedido, á cuya condicion nos empeñábamos todos los presos á dar una gratificacion pecuniaria á la guardia y otra al cabo, luego que se restableciese, quedando á mas obligados por esta conducta. Así lo prometió y cumplió el oficial, disponiendo que á Vedon no se le permitiese nunca salir de su calabozo. Como diez pesos se recogieron entre todos para salir del apuro. Yo no dí ni un cuarto, porque no lo tenia.

Ya estábamos á mediados de agosto, y nada podíamos trascender del destino que se nos diera. Decian vagamente que se esperaban órdenes del general don Toribio Montes, quien se hallaba en Quito, como lo he dicho en otros lugares. En uno de esos dias me previno el oficial de guardia saliese del calabozo á hablar en otro cuarto con mi abuela materna, pues tenia órden superior para el efecto. Yo fuí recibido por mi respetable y virtuosa abuela con los brazos abiertos, y, estrechándome en ellos y vertiendo lágrimas de gozo, me dijo: «¡Hijo mio! Dios te ha mirado con ojos de piedad: ya he logrado del señor Sámano tu entero perdon; y solo exige para otorgártelo que salgas á pregonar un bando real que va á publicarse en la ciudad dentro de una hora. Esta leve pena en que te conmuta otras mas graves, que me ha dicho, tienen que sufrir los otros prisioneros, es nada para tí. Yo he venido á darte este plausible anuncio, para lo cual el mismo señor Sámano me ha permitido entrar á esta cárcel por poco rato. Con que prepárate á salir esta noche á tu casa á consolar á tus infelices hermanos, y da gracias al cielo por este inesperado suceso.» «¿Yo debo servir de pregonero ó de escribano, dije yo á mi abuela, para el bando que se va á publicar?» De pregonero, me contestó, y el bando solo se publica en las cuatro esquinas de la plaza mayor.» «¿Y no sabe usted, le repliqué, que el oficio de pregonero es tenido por infame? ¿Cómo quiere usted que yo me degrade hasta este estremo? Prefiero la muerte, si la redencion me ha de envilecer. ¡Qué dirian mis compañeros si yo fuese tan bajo! No señora: yo agradezco infinito los cuidados que se toma por mi libertad; pero mi honor no me permite aceptar la gracia que se me ofrece si la he de optar á un precio tan subido.» «Déjate ahora de esas delicadezas, me dijo mi sencilla abuela: solo el oficio de verdugo es infamante; y aquí no se trata de que seas verdugo, sino un simple pregonero, por una sola vez. Reflexiona que eres el mayor de tus hermanos, y que debes procurar la conservacion de tu vida por todos los medios posibles para servirles de apoyo en su horfandad. Con que resuélvete, hijo mio, y dame el consuelo de que te veré esta tarde libre ya de tantos padecimientos y acaso de perder la vida en un suplicio.» «No señora, le in-

sinué, yo no quiero una vida vilipendiada: de ninguna manera quiero la gracia que se me ofrece: Dios velará por mis dias si así le place; y sino, que se cumpla su voluntad.» «¡Qué obstinacion de niño! ¿Y qué digo yo al señor Sámano, despues de haber ablandado su corazon y conseguido tu perdon? reflexiona bien, hijo mio; por el amor de Dios acepta la gracia, que ninguna infamia te sobreviene: mira, que mayor infamia resulta á tí y á tu familia de morir ahorcado: ¿qué diré yo al señor Sámano para no irritarlo?» «Dígale usted que estoy muy constipado: que el estado de ronquera en que me encuentro no me permite alzar la voz como deben hacerlo los pregoneros; y que me hallo en un estado de debilidad que no me permite andar por mis piés: dígale usted que me cambie la pena por otra que yo pueda soportar; y si esto se consigue, usted logrará el verme en mi casa al lado de mis hermanos, y al general seré deudor de mi vida en esta vez.» Así se terminó este diálogo, despues del cual se retiró mi buena abuela toda confusa y llorosa, encargándome por último que me encomendase á Dios, mientras iba á hablar con el señor Sámano.

Una hora despues manifestó el oficial de guardia á todos los oficiales prisioneros, á quienes yo habia referido lo pasado, que el general indultaba al que quisiese salir á publicar un bando como pregonero. ¡Admirable conducta la de mis compañeros! no hubo uno solo que contestase á las repetidas insinuaciones que hizo el oficial de guardia. Nadie quiso degradarse. Yo no volví á ver mas á mi abuela.

Esta circunstancia nos haria temer con sobrado fundamento que la irritacion de Sámano subiera de punto; y así se verificó. El 18 del mismo agosto á las 9 de la mañana se presentó en la cárcel el mayor general Ximenez, rodeado de frailes de diferentes órdenes, y nos previno, que formásemos por el órden de la lista, pues se iba á proceder á sortearnos para que muriese uno de cada cinco. Esto era lo menos que podiamos temer. Las repetidas instancias de uno de nuestros compañeros, el capitan Pedro José Mares, á pretesto de que no era oficial sino un simple paisano, que habiendo emigrado de Venezuela se le habia obligado á entrar en las filas para irse á batir en la Cuchilla (en donde se condujo muy bien, y fué atravesado en el vientre por una bala), estas instancias repetidas con las súplicas mas humildes, hizo que la operacion se difiriese hasta las dos de la tarde, habiendo escluido del sorteo á Mares, no solo por consideracion á lo que aseguraba falsamente que no era oficial, sino tambien, porque prometió casarse con una señora con quien estaba comprometido, y que era hija de un señor Maza, amigo íntimo de Sámano cuando éste mandaba antes de la revolucion, la guarnicion de Santafé, en calidad de coronel del regimiento del ausiliar. Semejante tardanza nos ocasionaba una

gran molestia, pues teniamos que sostenernos de pié firme todo ese tiempo; con cuyo motivo yo me exalté, y dije á Mares cuando dirigió su última instancia, «que yo me ofrecia á morir por él, caso que le tocase la suerte, y á mí no.» Todos á una manifestamos á Mares nuestro disgusto por el entorpecimiento que causaban sus reiteradas instancias; pero él nos contestó, que la vida era muy amable, y que para conservarla debia emplear todos los medios lícitos que estuvieran en su poder. Por su fortuna el mayor general Ximenez era americano, hijo de Panamá; y tuvo bastante paciencia para llevar sus recados al general Sámano, quien otorgó á Mares la gracia de no entrar en el sorteo.

Dispuesto pues por el órden de la lista los 21 oficiales prisioneros que estábamos en la cárcel, inclusive el voluntario Florencio Ximenez, que ni en este caso quiso hacer valer su legítima escusa de no ser oficial, se introdujeron en una basija 17 boletas blancas, y cuatro con esta inscripcion: «*Muerte*.» Un niño como de ocho años habia sido conducido á sacar las boletas. Se empezó la operacion, y al primero de la lista que era el capitan José Joaquin Quijano le tocó boleta blanca. Este salió de la fila y mostrando su boleta con la mano derecha en una actitud heróica, dijo con un tono grave: «No quiero vivir, y propongo el cambio de mi boleta por el primero á quien toque la de muerte.» El mayor general se le acercó, y aconsejó que se moderase. Este gefe era á la verdad humano, prudente y compasivo. El segundo de la lista, alférez Mariano Pose, boleta de muerte, salió de la fila á esperar á sus compañeros. El tercero, teniente Rafael Cuerbo, muerte, y salió igualmente á unirse á Pose. El cuarto, alférez Diego Pinzon, blanca. El quinto José Hilario López, muerte, salí á unirme á mis compañeros. El sesto, alférez Alejo Sabarain, muerte; y con esta boleta se terminó la operacion, no habiendo alcanzado á sortear sino 6 « de 21,» lo que fué bien singular, y todavía fué mas raro que tocase la mala suerte á los mas jóvenes. El mayor general tomó la basija y la dió contra el suelo impetuosamente, manifestándonos así con una accion tan rara entre los oficiales realistas, la pena que sentia por la suerte que nos esperaba: ordenó que entrásemos en capilla y nos preparásemos para morir á las nueve de la mañana del dia siguiente. Yo, que conservaba mi boleta de muerte, la hice un cigarrillo diciendo que era preciso sacar de todo el mejor partido y que por otra parte, era el destino que merecia el instrumento que habia decidido de mi suerte. Encendí mi cigarrillo, y con él entré á capilla, acompañado de las otras 3 víctimas, protestando todos, que moririamos con resolucion y dignidad.

Como no son muchos los que habiendo escapado de la muerte en los últimos momentos de su existencia, despues de sufrida la capilla, y dispuesto todo el aparato de la ejecucion, pueden referir

cuanto les ha pasado, me propongo yo interesar á mis lectores con la relacion detallada de este acontecimiento, uno de los mas trágicos de mi vida.

Entrados en la capilla nos rodearon los frailes proponiéndonos que eligiésemos de entre ellos nuestros respectivos confesores. Así lo hicimos. Yo escogí á un padre Lugo, hijo de Chile, varon muy respetable, virtuoso é instruido. Retirándonos con nuestros sacerdotes á los cuatro ángulos de la reducida capilla empezamos nuestros ofic os religiosos: era preciso hacer una confesion general, que debia terminarse á las diez de la noche, hora en que debiamos recibir la Eucaristía. El asunto era árduo, tanto mas, cuanto que era preciso dar lugar á la reflexion, y hacer algun acto testamentario. No obstante, mi buen confesor me animó con la idea de que no estaba yo obligado sino á poner los medios para disponerme bien á recibir la muerte. Yo le supliqué que se interesase para que viniese un escribano, pues queria hacer una memoria testamentaria que era de conciencia. El padre no pudo obtener sino que se me permitiese recado de escribir para que hiciera mis apuntamientos, á condicion de que los debia entregar al comandante de la guardia, quien, despues de leerlos, los pasaria á quien yo dispusiese, si en ellos no decia nada contra la causa de S. M. C. Yo acepté la oferta, y me ocupé de mi memoria. Por ella instituia mi albacea á mi tio Lorenzo Lemos, á quien encargaba con encarecimiento cuidase de la suerte y educacion de mis hermanos. Le daba las gracias por algunos socorros que me habia hecho en el tiempo de mi prision, y le suplicaba las diese á mi prima Rosalía Fajardo, niña entonces de doce años, y que despues fué mi esposa, por los regalos que me habia mandado en tiempo tan oportuno, ofreciéndole, que en el cielo á donde estaria dentro de catorce horas, la recordaria siempre, y rogaria á Dios por ella. Ultimamente le decia á mi tio que cuidase tambien de mi abuela materna, y de que se estableciese con alguna ventaja mi única hermana, ya de edad de catorce años, recomendando mi memoria á aquellos de mis parientes que se hubieran conducido bien conmigo, y otorgando carta de libertad á una esclava que tenia. Yo leí este apuntamiento al padre, en calidad de comunicato, por si acaso no llegaba mi escrito á manos de mi tio.

Mas que el temor de perder la vida á la temprana edad de diez y ocho años, me atormentaban las siguientes ideas. Primera, la horfandad en que dejaba á mis tiernos hermanos. Segunda, la de no haber llegado á la edad correspondiente para casarme con mi prima, á quien idolatraba, y con quien habia consentido unir mi suerte cuando ambos pudiésemos disponer de nuestra voluntad; como sucedió á los siete años de este acontecimiento. Tercera, el no dejar hijos, herederos de mi nombre. Cuarta, el no haber llegado al úl-

timo grado del ejército; es decir, al de general; á que yo aspiraba desde que tomé mi pequeño fusil. Confieso que todas estas ideas, y cada una de por sí labraba mucho mi corazon.

Deseaba tambien que mi suerte fuese marcada por algunos rasgos que mereciesen colocar mi nombre en la historia. ¿Y cuáles podrian ser estos? Voy á repetir lo que á este propósito me ocurrió.

Yo habia oido elogiar á uno porque habia tomado un vaso de vino al tiempo de sacarlo al cadalso, soplándole la espuma para que no le hiciese daño al hígado. Me propuse pues salir al banquillo comiendo pan y no dejar de comerlo hasta espirar. Deseaba tambien hacerme tomar el pulso al estar ya sentado sobre el banquillo, para que se viese que no estaba alterado. Tenia la intencion de suplicar al oficial de la escolta que me concediese la gracia de no vendarme, y de mandar yo mismo hacerme fuego. Y, últimamente, estaba resuelto á pronunciar en alta voz un pequeño discurso vituperando á los españoles, ensalzando la causa de la independencia y libertad de la América, y recomendando mi memoria. Yo consultaba mis fuerzas, y hallaba que era capaz de verificar todo el plan que me habia propuesto, y por algunos de mis procedimientos se verá si tenia yo bastante resolucion y sangre fria para ser consecuente á mi propósito.

Al anunciarnos el sorteo fuimos informados que nuestro general Cabal, el mayor general José María Quijano, hermano del capitan que entró en el sorteo, y el teniente coronel Francisco Matute que, entre otros, habian sido hechos prisioneros en el valle del Cauca, se hallaban en capilla, para ser ejecutados en union nuestra, sin forma de juicio, como cabecillas. Estos señores con otros muchos patriotas militares, eclesiásticos y civiles, se hallaban presos en los diferentes cuarteles de los enemigos.

Como á las siete de la noche entró á la capilla un oficial de carpintero, y me hizo saber que iba por disposicion de mi abuela á tomarme medida para hacerme el ataud en que debia ser sepultado. Mi confesor, que se habia retirado á su convento por una hora, regresó, y me dijo, que mi citada abuela habia obtenido licencia para que se me sepultase en la iglesia de Santo Domingo, en lugar de hacerlo en el cementerio público como reo, y que todo estaba ya dispuesto para que mi entierro se hiciese con la decencia que correspondia á mi nacimiento. Yo le manifesté que estaba muy reconocido al empeño que á este fin habia hecho mi abuela; pero que me era indiferente que se me sepultase en una iglesia ó en el cementerio público, porque mi delito no era vergonzoso. Mi director espiritual, que era españolista, pero moderado, me dijo: esto es verdad; pero los que son enterrados en las iglesias gozan de muchas indulgencias que pueden servirle á usted de sufragios para su alma.

A las nueve de la noche se presentó en la capilla una procesion de un Santo Cristo con algunos sacerdotes y devotos caritativos, que iban á mover nuestra contricion. Nuestros confesores nos hicieron poner de rodillas, y en la misma actitud todos los circunstantes, se entonó al son de tétricas flautas, el Salmo del *Miserere*, y concluido éste, se siguió el símbolo de los Apóstoles. La ceremonia era tocante á la verdad. Luego se rezó el rosario, y se nos dejó acabándonos de disponer para recibir la Eucaristía. En el intérvalo se presentaron diversos sacerdotes con correas y escapularios; y sucesivamente se nos enroló entre los hermanos de las respectivas cofradías, ciñéndonos los cintos, y vistiéndonos los escapularios y otras reliquias santas, dando término á las ceremonias con encomendar el alma á Dios.

La procesion de la Eucaristía llegó por fin poco despues de las diez, con mucha pompa y acompañamiento, á estilo de cuando se administra á un gran personage: se nos recibió la protestacion ó auto de fé, y se nos dió la Comunion, retirándose despues el viático y su solemne acompañamiento.

Ya entonces se nos permitió comer cuanto quisiéramos, pues, como es de costumbre, los monasterios nos habian mandado en abundancia manjares esquisitos. Tuvimos tambien licencia para beber vino con moderacion. Los oficiales españoles entraban frecuentemente á la capilla, que estaba cubierta de centinelas, y á mas de eso habia en la puerta 8 soldados de reten.

El calabozo de nuestros compañeros oficiales, que es un salon bastante grande, solo estaba dividido de la capilla por una reja de hierro, con su respectiva puerta, la cual se abre los dias de fiesta para que los presos oigan la misa que allí se les dice.

Nuestros capellanes se retiraron para volver á la madrugada; y desde entonces ya era permitido á todos los sacerdotes entrar á exhortarnos y ayudarnos á bien morir. Uno de éstos, el presbítero Nicolás Quintana, que hoy existe, entró precipitadamente y comenzó sus exhortaciones como un energúmeno: ellas estaban contraidas á afirmarnos: « que el mayor de nuestros pecados consistia en haber sido enemigos del Rey de España, y que si no nos arrepentiamos y pediamos en público perdon de esta ofensa grave á los ojos de Dios, el infierno iba á ser infaliblemente nuestra morada. » Casualmente habian entrado dos religiosos domínicos, los padres Fr. Pedro y Fr. Mariano Rodriguez, hijos de Quito, y muy patriotas, los cuales, á hurtadillas, para no ser observados del presbítero Quintana ó de las centinelas, nos hacian señas de no creer lo que se nos decia. Cuando les era lícito nos hacian arrodillar uno en pos de otro, para afirmarnos en secreto, y en la actitud de confesarnos, que lejos de ser un crímen el haber pertenecido á las tropas independientes, era una virtud que Dios nos re-

compensaria, pues nuestro comportamiento habia sido en todo conforme á los principios del Evangelio. Nosotros, que no necesitabamos de las amonestaciones de los padres Rodriguez para despreciar la aserción del padre Quintana, no haciamos sino suplicar á éste, que nos dejase reposar un poco, pues el término de la noche se acercaba lo mismo que el de nuestra vida. Yo por mi parte me acosté resuelto á dormir hasta que amaneciese, y á no haber sido por Quintana, que entró muchas veces á predicarnos en el mismo sentido, con que habia comenzado, mi sueño no habria sido interrumpido; pero aunque ya me habia familiarizado, por decirlo así, con su eco monótono é impertinente, este sacerdote, en su frenesí, viéndome dormir, y que no hacia caso de sus palabras, llegaba á mi cama, que era en el suelo, me movia, y hasta me quitaba de encima la cubierta con que estaba abrigado. « ¡Hermano Lopez! me decia, ya se acercan los instantes en que va usted á dar cuenta á su Criador de todas las acciones de su vida: ¿y es posible que usted pierda estos preciosos momentos? ¿es posible que usted se mantenga empedernido, entregado al sueño, cuando debiera estar postrado pidiendo á Dios misericordia de sus pecados, principalmente del de haber sido enemigo de nuestro católico Soberano, que representa al mismo Dios en la tierra? Levántese, hermano, no sea que su alma se pierda miserablemente por no aprovechar los momentos que le restan. » Yo me sentaba algunas veces; y así permanecia por algun rato, pero el sueño, mas poderoso que toda otra consideracion, volvia á rendirme, y recobraba mi actitud primera. En una de esas ocasiones, yo no pude soportar la impertinencia del energúmeno Quintana, y le dije enfadado: «Déjeme usted, padre, dormir, pues así estoy tranquilo y no ofendo á Dios, mientras que cada vez que usted me despierta me siento poseido de disgusto y cometo un pecado de ira. Si usted sigue molestándome con sus necias exhortaciones, yo le prometo que no le atenderé, y usted será responsable ante Dios de las faltas á que me induce su imprudencia. Estoy resuelto á no levantar la cabeza hasta el dia siguiente, aunque la trompeta del dia del juicio suene en mis oidos. » La manera con que hice esta reprimenda al orador, influyó seguramente, pues desde entonces ya bajó un poco su tono ronco y fastidioso, y no volvió á moverse, ni acercarse á mi cabecera. Serian entonces las dos de la mañana.

Mis compañeros reposaban tambien por intérvalos; pero el jovial Cuerbo casi no cerraba los ojos, ni dejaba de decir algun chiste. Unas veces llamaba la atencion de los oficiales salvos, tocando la puerta de la reja y diciéndoles: « Duerman ustedes, camaradas, ya que á nosotros no se nos permite este alivio. » Otras: « No se aflijan, compañeros, por nuestra suerte, solo les encar-

gamos nuestra memoria y otra cosa que no puedo decirles, » y acercándose á nuestro oido nos decia ; « la venganzá. » Otras haciendo todo el ruido posible les decia : « No es justo que ustedes duerman mientras nosotros velamos, *vigilate et orate, quia nescitis diem neque horam.* » A lo que acompañaba risotadas y agudezas propias de la escena bufa. Cada vez que nos dejaban los sacerdotes, ó cuando estaban solamente los padres Rodriguez, Cuerbo nos llamaba á brindar con un vaso de vino. Muy presentes tengo los bríndis que hicimos esa noche fatal, que me parecen bastante interesantes para no omitirlos en esta narracion. Cuerbo: « Brindo porque los siete que vamos mañana á entrar en el Empíreo suframos la muerte con tal denuedo y dignidad, que el poderoso Júpiter no sepa á cual de nosotros deba dar el lugar preferente. » Lopez : « Porque los siete que estamos en capilla seamos las últimas víctimas del inmortal ejército del Sur, y que nuestros compañeros conserven su vida para vengarnos y perpetúen nuestra memoria. » Savarain : « Brindo por el restablecimiento de la América libre. » Pose : « Brindo por la pronta muerte de los españoles, empezando por la de Fernando VII. » Otros varios pensamientos se emitieron á este tenor, y todos eran celebrados con vivas y hurras de nuestra parte ; bien sea que los bríndis los haciamos formados en círculo y en voz baja, no porque nosotros tuviésemos nada que temer de ser escuchados, sino por miedo de comprometer la suerte de los compañeros que nos sobrevivieran.

De las dos á las cinco reinó mas quietud y tranquilidad : á esta última hora se me despertó para oir la misa, que ya habia comenzado mi director espiritual. Cuando levanté la cabeza ya estaba en el *Confiteor*. Terminada ésta, me dijo el sacerdote : « Usted ha dormido muy bien, pues cuando entré observé que hasta roncaba. » Yo le repuse : « Sí, señor, gracias á que el padre Quintana tuvo la bondad de permitírmelo : no solo he dormido bien, sino que no habria querido despertar, pues estaba soñando muy agradablemente : soñaba que estaba en capilla, que habia salido al suplicio y que habia sido perdonado. » « Sueño á la verdad lisonjero, me dijo el padre, pero desgraciadamente sin esperanzas de que se realice la última parte ; pero ¡ qué digo desgraciadamente ! afortunadamente debiera decir, porque está escrito, que los cristianos que mueren en el suplicio gozarán de la bienaventuranza, pues imitan la muerte de nuestro Salvador. Usted, hijo mio, es mas feliz que yo, pues sabe la hora en que ha de morir, prerogativa especial de la divina gracia, y va á subir al cielo dentro de breve tiempo; mientras que yo, yo, miserable pecador, vil gusanillo de la tierra, ignoro el momento de mi postrer suspiro · y temo que la muerte me asalte cuando menos la espere, y pre-

sentarme ante la presencia del Todopoderoso sin haber tenido tiempo para aplacar su ira por el medio espiatorio de la compuncion y la penitencia. Ruegue usted, hijo mio, cuando esté allá en el cielo, ruegue usted que el Dios de las misericordias me conceda la gracia de prevenirme el instante crítico en que debo desprenderme de este valle de lágrimas, para que, conociéndolo, pueda prepararme á bien morir... Demos, pues, gracias al Omnipotente porque ha mirado á usted con ojos de piedad, marcándole con el sello de la feliz predestinacion. » A este tiempo nos arrodillámos ante el altar, y rezamos algunas oraciones jaculatorias, concluidas las cuales me ordenó el padre hacer un cuarto de hora de oracion mental, encargándome que prescindiese de lo que habia soñado, y lo desechase como una asechanza del demonio para embriagar mis sentidos y distraerme de la penitencia.

Serian las siete y media cuando se nos introdujeron almuerzos tan esquisitos y abundantes, que habrian podido satisfacer el hambre de cincuenta personas. Mis compañeros y yo procurábamos tomar de todo una pequeña parte para que no se nos quedase nada sin gustarlo por la última vez. Mi director, que habia ido á llenar sus deberes conventuales para volver á ejercer el acto de piedad conduciéndome al suplicio, regresó á las ocho y media, anunciándonos que se habia logrado del señor Sámano el que no se nos fusilase hasta por la tarde, para que se completasen las veinticuatro horas de capilla. Nos era ya igual el ser fusilados á las nueve de la mañana ó por la tarde. Yo al menos me creía ya bien dispuesto, y deseaba ejecutar mi plan de muerte ; así es que esta noticia no me halagó ; pero ella fué acompañada de la prevencion consolatoria, de que ese tiempo nos lo concedia Dios para mejor disponernos á comparecer ante su juicio. Cuerbo fué el único que contestó al padre : « Sea enhorabuena, porque entonces sí tiene lugar el zapatero de terminarme los zapatos de la última gala. » El elegante Cuerbo era romántico en todas sus cosas, y efectivamente habia encargado unos zapatos para salir al suplicio.

Lo mismo que habia sucedido en la noche, continuaron entrando sacerdotes á exhortarnos y orar por nosotros. A la una se nos sirvió una comida espléndida. A esa hora supliqué yo al padre Lugo se fuese á informar de la situacion de mis hermanos y los consolase. A las dos vino el Padre á decirme : que mi hermana estaba privada de sus sentidos en los brazos de una esclava fiel, quien le prodigaba todos los cuidados posibles, y que mis tiernos hermanos que la rodeaban no hacian sino llorar ; pero que ya habia cumplido mi encargo, y no cesaria de visitarlos despues de mi muerte para consolarlos y resignarlos á conformarse con la voluntad divina.

Son las dos y media, y ya oimos que los instrumentos marciales dan las señas de marchar las tropas á la plaza pública á presenciar la ejecucion. Son los tres cuartos para las tres, y el ruido de los tambores militares nos anuncia la llegada de las escoltas que debian ejecutarnos. Son las tres en punto, y el lúgubre tañido de las campanillas de la tercera órden de penitencia nos indica la aproximacion del postrer momento. La procesion de esta órden llega hasta las puertas de la capilla con un crucifijo y dos ciriales: mi director espiritual y los de mis tres compañeros nos hacen arrodillar y rezan los actos de fé, un *Credo* y un acto de contricion, mientras que las campanas de todas las iglesias tocan rogativas y plegarias por nuestras almas. El comandante de la guardia entra en la capilla seguido de cuatro cabos, cada uno con una soga, y nos hace atar los brazos por las espaldas, terminado lo cual empieza la procesion fúnebre, al son de marcha con cajas y pífanos á la sordina. Cuerbo era el primero, yo el segundo, Pose el tercero y Sabarain el último. Nuestros compañeros se habian agolpado á la puerta del gran calabozo para contestar nuestro último adios, á cuyo fin así lo habiamos prevenido. Yo tomé una gran rosca de pan, y como me lo habia propuesto salí comiéndolo. Al dar yo mi adios á los compañeros observé que ellos estaban tristes, y aún llorosos, con cuyo motivo les dí una mirada de reprobacion, manifestándoles con ella que debieran mostrarse mas tranquilos y resignados. Al salir á la calle se nos colocó en medio de nuestras respectivas escoltas, á las cuales pedimos que no se nos tirase á la cabeza, sino al pecho y vientre; á esta condicion yo ofrecí á la mia y Cuerbo á la suya la ruana ó cobertura que llevábamos. A esta escolta pertenecia Bonifacio Cardenas, que habia sido cadete nuestro y desertó al enemigo. Todavía existe.

No habiamos aún dejado los umbrales de la puerta, cuando oimos una descarga de fusiles, y combiarse en dobles de *muertos* el tañido de *agonias* con que sonaban las campanas. Un confuso susurro hizo entender que acababan de ser fusilados Cabal, Quijano y Matute. Poco despues continuaron los bronces tocando plegarias. Mi casa estaba situada en la misma esquina de la cárcel, y debia pasar por su frente, con el deseo de que mis hermanos estuviesen en alguna ventana para hacer un signo de la eterna despedida; pero luego observé que la puerta de la calle y las ventanas todas estaban cerradas. Casi al frente de la puerta ví á una persona que no me era indiferente, y quise darle mi adios: ella que se apercibió de que yo la habia visto, se ocultó tras una puerta; pero yo, inclinando el cuerpo y la cabeza cuanto me era permitido, logré mi intento, y tuve la satisfaccion de ver á esa persona bañada en lágrimas, y sin valor para contestar mi despedida. Mi director no pudo soportar esta accion, y me la reprobó,

duplicando sus exhortaciones con el Santo Cristo que apoyaba á mi pecho. « Ya no es tiempo de pensar en este mundo, me decia con voz firme y enérgica ; un desliz solo puede ocasionar su perdicion. Son pocos los instantes que le restan de vida, y estos deben consagrarse con todas sus potencias y sentidos á implorar el perdon de sus pecados, » y continuó exhortándome con el tono patético que es de costumbre. No faltaba á este varon evangélico la uncion y elocuencia bastantes para estos casos.

Doscientas cincuenta varas habiamos andado: ya llegábamos á la plaza, y veiamos pendientes de las horcas los cadáveres ensangrentados de nuestros gefes Cabal, Quijano y Matute. Otros cordeles destinados para nosotros estaban colgados de las mismas horcas. Siete banquillos en fila se presentaban á nuestro frente. Las tropas todas estaban formadas, y sus bandas batian el bando de costumbre. Los curiosos espectadores cubrian todos los lados de la plaza y las ventanas y balcones. Nuestros sacerdotes alzaban mas la voz y redoblaban sus piadosas deprecaciones. Todo el mundo tenia los ojos fijos sobre nosotros, y ya llegábamos al cadalso, á poner término á nuestra vida. Las campanas de la vieja catedral, que está en un ángulo de la plaza, tocaban con mas prontitud los tañidos de agonía, que repetian doce torres mas, para anunciar la aproximacion del terrible lance.... ¡De repente se oyen murmullos en el pueblo, y éste se precipita en tropel hácia nosotros, precedido de un gefe de gran uniforme, que agitado venia apresuradamente. Este era el mayor general Ximenez, quien dió órden al oficial de la escolta de Cuerbo de «hacer un cuarto de conversion sobre la derecha.» Esta órden fué obedecida; pero, antes de dar tres pasos la escolta, se encontraba embarazada de seguir adelante, y marcaba el paso contra el pretil de dicha catedral. Ximenez, que se habia distraido haciendo á un ayudante ciertas prevenciones en secreto, observando que la primera escolta marcaba el paso, porque al dar su cuarto de conversion que se le habia ordenado, encontraba á su frente el mencionado pretil que no le permitia continuar la marcha, dijo al oficial: «¿No he ordenado á usted que contramarche? » A lo que el oficial contestó: « Usted solo me ordenó dar un cuarto de conversion sobre la derecha, y no contramarchar.» El hecho era exacto y yo podia haberlo certificado; pero Ximenez pudo equivocarse, distraido con la combinacion que sin duda hacia para volvernos á la capilla, sin que concibiésemos que se podia haber resuelto nuestro perdon, por el humano deseo de que no sufriésemos una impresion, que, segun dicen, suele ser mortal, cuando súbitamente se comunica una nueva tan interesante. Se verificó, pues, la contramarcha, aunque se continuó siempre marchando á la sordina, y exhortándonos nuestros sarcedotes. En la vocería del pueblo, yo alcan-

có á oir: « ¡A la plaza de San Camilo! » « ¡En San Camilo se les va á fusilar! » « A San Camilo! » « ¡No es hasta mañana! » En medio de esta algazara oí un niño como de siete años que, caminando [illegible] direccion á la izquierda de mi escolta, decia: « ¡Dizque les perdonan! » A esta vez, yo llamé al niño, que por su traza era un pobrecito, y, alargando la mano, le dí un pedazo de pan que aún no habia alcanzado á comerme, manifestándole que era cuanto yo tenia con que premiarlo por la noticia de perdon: al momento empezó el niño, lleno de contento por el premio, á devorar el pan. Mi intolerante director llevó tambien á mal esta accion, por lo cual me reconvino ágriamente, tomándome de un brazo, y sacudiéndome involuntariamente con tanta fuerza, que pudo haberme causado la dislocacion de un hueso. « Estos no son momentos, señor, me decia, estos no son momentos de pensar en nada que esté fuera del cielo: ya lo he dicho á ustedes otras veces: el tiempo es muy precioso para despreciarlo: esas distracciones de usted son otros tantos delitos graves contra su Divina Magestad, á quien debe usted consagrar todo su pensamiento sin separarlo de la pasion y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, á quien tiene usted ante sus ojos, que nunca debiera haberlos separado de sus llagas y su sangre, invocándolas para aplacar la ira del Dios Justiciero..... » Con un aire, que no creo el de un penitente, pues el fuerte movimiento de mi director espiritual me habia molestado un poco, aunque en tono mesurado, le dije: « Padre, no creo que sea un crímen haber dado á un niño inocente un pedazo de pan, en premio de haber pronunciado la voz de *perdon*. Vea usted pues cómo se lo come, con qué apetito, lo que prueba que tenia hambre, y yo estoy seguro de haber hecho una obra de misericordia. » « ¿Y porque ese tierno niño haya pronunciado *perdon*, cree usted, me replicó el padre, que esto tenga algun fundamento? No, señor, esto no es mas que tiempo que Dios les concede para que lloren mas sus culpas, é invoquen su clemencia... » « Puede ser lo que vuesa paternidad dice; pero yo repito que se nos perdone ó no, yo he hecho una obra de misericordia. » « Sea usted dócil, hijo mio, á mis insinuaciones, y no me replique, pues yo no tengo otro interés que el de la salvacion de su alma redimida al precio de la sangre del Hijo de Dios... »

El aparato continuó así hasta la puerta de la cárcel, en donde se aparentó que se nos iba á fusilar, pues se hizo despejar el frente del edificio y colocarnos en distancias como de ocho pasos uno de otro, con nuestras escoltas al frente y los fusiles preparados; pero con los capellanes al lado nuestro, sin hacerlos retirar, lo que yo esperaba que sucediese para suplicar que se me permitiera mandar mi escolta, y antes de eso dar vivas á la Libertad.

Dos minutos despues de esta ceremonia se mandó que entrásemos en la cárcel, en donde tendria lugar la ejecucion. Con efecto, en uno de los corredores se repitió la misma ceremonia, y luego se nos dijo, que entrásemos en la capilla [redacted], porque se habia dispuesto no fusilarnos hasta el dia siguiente, en razon de haber ya ejecutado tres en ese dia. Entramos, pues, en capilla, y se nos hizo arrodillar para dar gracias á Dios por el mayor tiempo que nos permitia, á fin de hallarnos bien dispuestos y dignos de recibir la corona celestial.

Para mí ya todas esas cosas no eran sino simples ceremonias, pues desde la contramarcha habia consentido en que no se nos fusilaba, y esta idea vino á fortalecerse con la voz de *perdon* pronunciada por aquel niño inocente, que debió antes haber oido de otra persona. Me reía por tanto de todo lo que observaba, y en nada menos pensaba yo que en morir.

Terminada nuestra accion de gracias, ví que el oficial de guardia hacia señas á nuestros capellanes de salir al corredor, lo que verificaron. Yo dije á mis compañeros : « No hay duda que el sueño que yo tuve se ha verificado milagrosamente, como ustedes lo verán. » Cuerbo me contestó : « Bien dices milagrosamente, pues de un tigre como Sámano no debemos esperar ninguna gracia : ésta nos viene del cielo ó de Quito, si es que se nos perdona, lo que todavía es para mí dudoso : acaso quieren tomarnos alguna declaracion, ó quién sabe si Bolívar ó Servies les han dado en el Norte algun gran golpe y ocupado la capital, ó cualquiera otro accidente que pronto sabrémos..... » Continuaba Cuerbo haciendo sus observaciones, cuando entró el padre Lugo, acompañado de un primo hermano mio (Pedro José Velasco y Valdés, que existe), quien llevaba una gran botella de cristal llena de vino, diciéndome que nuestra abuela y su madre me mandaban ese vino, previniéndole que no se retirase hasta que me lo hubiera bebido con mis compañeros. El Padre, que antes nos habia prohibido el tomar licores con esceso, nos invitó á que nos bebiésemos el que se nos presentaba. Yo le dije, « que nos lo tomaríamos con mucho gusto, pero que debia darnos el ejemplo el mismo padre tomando primero que nosotros, pues no habia sino un solo vaso. » « Con mucho gusto, » nos dijo el padre, y se tomó su copa, á pesar de su moderacion : nosotros hicimos otro tanto, y dimos fin á la botella. Yo quise saber el estado en que se encontraba mi hermana, y á este efecto hice la pregunta correspondiente á mi referido primo, que tendria entonces unos doce años; pero el Padre dijo, que le estaba prohibido á mi primo hablar otra cosa que lo que me habia dicho al presentarme el vino ; y tomándolo del brazo se retiraron ambos de la capilla.

Este acontecimiento confirmaba ya, á no quedar duda, la no-

ticia del perdon; pero Cuerbo desconfiaba todavía. « ¡Esperemos el relajo! decia. ¡Esto me parece un sueño agradable despues de una pesadilla, como sucedió á Lopez esta mañana..... » « Y yo estoy persuadido, le contestaba, que el sueño se ha realizado: ¿qué quieren decir todas estas ceremonias? ¿qué significan estas entradas y salidas del Padre? ¿á qué fin dejar entrar á mi primo, é instarnos el mismo Padre á que nos bebiésemos el vino que aquel nos trajo, cuando antes nos aconsejaba no tomar sino muy poco? Se quiere, sin duda, que nos embriaguemos para que la noticia de *perdon* no nos cause algun mal efecto. Con licor ó sin él, yo me hallo dispuesto á recibir esa noticia con la misma frescura con que he marchado hasta el patíbulo, y con que estoy dispuesto á marchar si lo quiere la suerte.... » Así discurria, cuando entró otra vez mi director, y, bajando la cabeza, é introduciendo sus manos entre las mangas de su hábito, dijo: « Veneremos los decretos de la Providencia... » Despues de una reticencia nos dirigió la vista y con una voz balbuciente y baja, y entrecortando las palabras, pronunció las siguientes: « Se ha dispuesto que salgan ustedes á su cuarto. » Cuerbo, que no pudo distinguir bien estas palabras, entendió que se habia dispuesto que muriese uno de los cuatro; y con el tono arrogante que le era habitual manifestó al Padre: « que todos cuatro estábamos dispuestos á morir; que no debiera atormentársenos mas haciéndonos fluctuar entre el temor y la esperanza, despues de habérsenos hecho sufrir todas las calamidades de la muerte, y aun la muerte misma, moralmente hablando, pues ya no faltaba por cumplirse sino el accidente de dispararnos los fusiles; y que por tanto él manifestaba (y creía que sus compañeros participaban de sus sentimientos) que renunciaba la gracia de la vida, si se habia dispuesto que por la suerte debiera morir uno de los cuatro. » « No, señor, dijo el Padre; lo que se ha dispuesto es que salgan ustedes á su cuarto. » « ¡Al calabozo! » replicó Cuerbo. « Sí, señor, » contestó el Padre. « ¡Ah! esa es otra cosa! en la cárcel se llaman calabozos los que en otras casas se llaman cuartos. » El Padre nos abrazó á todos cuatro, en términos que los cinco formábamos un grupo estrecho entrelazados todos por algunos instantes: nos exortó á que diésemos gracias á Dios y á su Madre Santísima por el singular beneficio que acababa de concedernos. Yo le pregunté « si sabia la causa por qué no se nos habia fusilado, » y me contestó, « que ignoraba absolutamente las razones que podia haber tenido el señor Sámano para determinarlo así; pero que todo era obra del Altísimo: un milagro reconocido que no deben ustedes olvidar en lo venidero. » Y me agregó: « Su sueño de usted ha sido misterioso: aproveche usted esta inspiracion divina. Dios lo ha visto con ojos de piedad. Adios, hijo mio; cuando me lo permitan mis

deberes volveré á visitar á usted. » Y se salió dejándonos en nuestro calabozo recibiendo los parabienes de nuestros compañeros y de algunos amigos y parientes mios que lograron licencia para darnos la enhorabuena desde fuera el postigo de la cárcel.

Una ocurrencia muy peculiar á Cuerbo vino á modificar tambien nuestra situacion. Llamó al sargento de la escolta que debia fusilarlo y le dijo con mucha arrogancia : « Mi sargento, reclamo mi ruana, porque donde hay engaño no hay trato, y nuestro convenio queda rescindido, puesto que no he sido fusilado. » Efectivamente el sargento devolvió á Cuerbo la manta, y todos celebramos esta ocurrencia.

Yo no reclamé la mia, porque no llegó el caso de consignarla, á causa de haber salido cubierto con ella al banquillo, porque mis pantalones no estaban muy decentes.

En estas circunstancias se privó Savarain, y aun se temió su muerte, pues habiéndolo picado en diferentes partes para sacarle sangre, no se pudo conseguir que ésta saliese ; así permaneció hasta el otro dia. La privacion se repetia con bastante frecuencia. Pose tambien sufrió un accidente que hasta hoy se repite, y esto consiste en referir todo lo que se ha pasado en la capilla, hasta el caso de confesar sus pecados (durante cuyo período es necesario taparle la boca con un pañuelo), y ausiliarle hasta que se sienta en el banquillo, y al dispararle los fusiles hace un movimiento convulsivo, y vuelve entonces en sí, como si despertara de un profundo sueño, sin acordarse de lo que le acaba de suceder. De Cuerbo se ha pensado tambien que sufrió su cerebro cierta desorganizacion por algunas estravagancias que se le observaban, y raptos como de locura; pero yo, que lo conocia muy de cerca, pues éramos amigos íntimos en el ejército, creo que no sufrió cosa alguna, porque esas mismas estravagancias y esos mismos raptos tenia antes del suceso. En cuanto á mí, yo estaba persuadido que nada habia sufrido; aunque algunas personas notaban que me solia distraer en la conversacion y me lo advertian ; pero despues he observado que mi memoria no es tan feliz como antes del acontecimiento, pues sobre costarme mucho trabajo el aprender una cosa, la olvido fácilmente, al paso que cuanto habia aprendido antes de ese lance, no solo lo retengo, sino que como que se ha revivido en mi cabeza. De suerte que á pesar de no haber sufrido sensiblemente ninguna impresion en mi cerebro, es muy probable que esa distraccion (que me ha costado ya mas de un disgusto) y la escasez de memoria pueden proceder de los acontecimientos referidos y de la súbita transicion de la muerte á la vida ; bien sea que otras ocurrencias trájicas y estraordinarias que me sucedieron despues y que referiré en sus respectivos lu-

gares, pueden tambien haber tenido parte en la produccion de este fenómeno.

Examinaré ahora las causas á que puede atribuirse nuestra inesperada resurreccion. La opinion mas comun es la de que en ese dia se recibieron órdenes de Quito del presidente Montes para que sufriesen pena de muerte los prisioneros de teniente coronel arriba, y aun los subalternos que fuesen tachados de cabecillas, asesinos, ó incendiarios, y que los oficiales subalternos que estuviesen escentos de esos cargos, se remitiesen á su disposicion. La segunda causa á que se atribuye, es la de que mi abuela y mi tia doña María Ignacia Hurtado, mujer del que era entonces gobernador don José Solis, habian conseguido á fuerza de ruegos y lágrimas mover el corazon de Sámano y arrancarle la gracia. La tercera y la mas probable opinion está contraida á que, habiendo Sámano ofrecido á otras señoras que iba á consultar con algunos jefes si sería conveniente ó no perdonarnos, molestado por las súplicas que se le hacian, habia ordenado al mayor general que se nos ejecutase pronto, y que él finjiria dar la órden de perdon cuando oyese la detonacion; que el humano Ximenez, muy amigo de mi tia y del gobernador, habia urdido la treta en términos que, sin comprometerse, se nos librase de morir á los cuatro de la cárcel, y á este fin habia prevenido qué se nos sacase y fusilase á medida que fueran llegando al patíbulo las dos partidas de víctimas, previendo, como sucedió, que estando mas cerca de la plaza Cabal, Quijano y Malute, éstos iban á ser fusilados primero, y á salvarnos en consecuencia los cuatro de la cárcel; lo que habiéndose así verificado, luego que se dió cuenta á Sámano que ya habian sonado los tiros, este dijo irónicamente á mi abuela y tia « que estábamos perdonados, » y ordenó al mayor general que hiciera se cumpliese su voluntad, que Ximenez habia salido volando á realizar lo que en concepto de Sámano no era sino una burla, y habia vuelto á dar cuenta á Sámano de lo que habia acontecido, atribuyéndolo á que su órden no habia sido bien entendida por los ejecutores y haciéndole una esplicacion de lo que acababa de suceder, interesando á Sámano á que sostuviese su palabra de perdon que habia dado en presencia de muchas personas, en cuya consecuencia él (Ximenez) no habia podido menos que hacernos regresar á la capilla; que Sámano, mas por no desairar esta última disposicion de Ximenez que por sentimientos de conmiseracion, habia ordenado que no se nos ejecutase, pero que tampoco se nos dijera que estábamos perdonados; pues su intencion no era otra que la de que por entonces se suspendiese la ejecucion. « Muy pronto tendré oportunidad para presentar una fuerte prueba en favor de esta última opinion. Pero antes de eso espresaré que el mayor jeneral Ximenez fué al dia siguiente á la cárcel, nos saludó

con la cortesía que acostumbraba, nos preguntó muy cariñosamente por el estado de nuestra salud, y concluyó con decirnos: « Cosa rara ha sido á la verdad que la suerte negra escojiese por sus víctimas á los cuatro oficiales mas jóvenes, y que no alcanzasen á sortear mas que seis de los veinte y uno; estas dos circunstancias combinadas me habian inspirado mucho interés por ustedes; no era regular que ustedes muriesen (3). »

---

# CAPITULO IX

Continúo en prision.—Se nos intima la órden para marchar á Santafé.—Se verifica esta órden.—Mi situacion triste.—Ocurrencia en La Plata.—Muchos prisioneros son asesinados por los españoles.—En Barroblanco corro el riesgo de ser asesinado.—Mi primo José Agustin Ulloa me salva la vida.—Llegada á Bogotá.—Detencion en la plaza pública.—Se me conduce á la prision del Colegio del Rosario.—Se me encierra en un calabozo.—Personas que allí habia.—Primeras impresiones.—Resolucion tomada por mí de morir matando.—Un tio y un regaño.—Memorial que presento al general Morillo, redactado por el doctor don Tomás Tenorio, pidiendo mi libertad.—Negativa á esta pretension.—Informe de Sámano, que la motiva.—Soy condenado á presidio.—Se me conmuta la pena en la de servir ilimitadamente de soldado raso.—Paso á un hospital militar inmundo.—Favor que recibo de los profesores Merisaldi, Lazo y Osorio.—Se me pasa á otro hospital militar.—Mi situacion triste se mejora algo, como por encanto.—Me postro á causa de una enfermedad, y se me remite á Tocáima.—Soy allí bien tratado.—Concibo esperanzas de adquirir mi libertad.—Se frustran mis esperanzas.—El capitan Mironi.—Se me conduce á Santafé.—Se me destina como soldado granadero á otro cuerpo.—Mi tia politica la señora Ensebia Caicedo, su generosidad y bondad.—Un rasgo característico de esta señora.—Me relaciono con los Almeidas y con la jóven Pola Zalabarrieta.—Sus conatos revolucionarios.—Se les denuncia.—Proyecto de desercion.—Se frustra éste en el momento de verificarlo en asocio de mi hermano Laureano y otros patriotas.—Causa de esta novedad.—Se me conduce al hospital de San Juan de Dios.—El doctor Merizalde me desahucia.—A este facultativo y al doctor Manuel M. Quijano debo mi restablecimiento.—Mis cuidados.—Nuevo ataque á la cabeza.—Por milagro no se me denuncia como conspirador.—Consecuencias de mi enfermedad.—Se me da alta y vuelvo al cuartel.—Soy arrestado por sospechoso.—Se me pone en libertad.—Continúan las sospechas y precauciones.—Policarpa Zalabarrieta y sus hechos denodados y patrióticos.—Otro milagro que me salva.—La Pola es condenada á muerte y tambien lo son muchos otros de mis compañeros.

Sin habernos dicho una sola palabra de que se nos habia perdonado, continuamos en nuestro calabozo con las mismas seguridades y precauciones con que se nos habia tenido antes del 18 y 19 de agosto; pero no era terminado este mes cuando se nos previno, que todos íbamos á ser conducidos á Santafé á disposicion del general en gefe del ejército espedicionario de Costafirme don Pablo Morillo. Positivamente empezaron á marchar partidas de presos de todas clases y categorías, aún los soldados heridos de la Cuchilla que ya se habian curado. A mí me tocó marchar en la tercera cuerda á principios de setiembre, conducida por una escolta de 200 hombres á las órdenes de un comandante español

don José Polit. Mi herida antigua aún no habia cicatrizado, y mi robustez no era muy lozana; á mas de eso, era preciso llevar á cuestas las cobijas, algo de ropa, y víveres, principalmente para atravesar la helada y desierta montaña del Guanacas. Yo me abastecí de lo que me era posible soportar, á escepcion de ropa para mudarme, porque no tenia más que la de encima, ni medios con que proporcionármela. Llegados á la ciudad de La Plata, el señor Francisco Borrero con cuya familia estaba ya relacionada la mia, y con quien me habian ligado los vínculos de colegio y amistad de la niñez, condolido de mi situacion me dió una mula ensillada, con cuatro alforjas llenas de comestibles, y mas algunos reales. Para aceptar la mula tuve yo cuidado de preguntar si se me permitiria continuar la marcha sobre ella, y se me contestó que sí; pero no habia andado un cuarto de legua, cuando se me significó por un oficial: «que era una insolencia el que yo fuese á mula mientras el caballo que se le habia dado á él, que era un oficial del Rey, y no un prisionero insurjente como yo, era malísimo, y que al momento echase pié á tierra y le entregase mi mula.» Yo le contesté, que tenia licencia por el estado de mi salud.... pero el oficial me dijo, «que si le respiraba una palabra mas me pasaria con su espada.» Eché pues pié á tierra y entregué al oficial mi mula, sin haberme atrevido á reclamar ni los comestibles que se contenian en las alforjas, pues diferentes ejemplos me habian probado que todos los oficiales realistas podian matar impunemente á los prisioneros, considerándose dueños de nuestras vidas y haciendas. En la misma ciudad de La Plata habian sido asesinados en esos dias algunos prisioneros por sus conductores. Me era por tanto forzoso recojer mis débiles fuerzas para poder sufrir las marchas á pié, sopena de morir á palos si me cansaba, como sucedió poco despues á dos de mis compañeros, cuya anécdota voy á referir.

Al tercer dia de marcha de La Plata llegamos al sitio llamado Tambo del Hobo, en donde debiamos pernoctar. Se pasó la lista de costumbre á los prisioneros, y al llamar á don Martin Correa (alférez, hijo de Antióquia), respondió un sargento, «es muerto» continuó la lista y al llamar á otro soldado prisionero, de cuyo nombre no me acuerdo, contestó el mismo sargento: «es muerto.» Terminada la lista se preguntó al sargento de qué accidente habian muerto Correa y el soldado, y él respondió: «Cayeron muertos de sus piés.» «¿Y en dónde?» le dijo un oficial. «Cerca de aquí,» contestó el sargento. El oficial fué á dar parte de esta novedad al comandante Polit, quien le ordenó fuese con el mismo sargento, 4 soldados y 2 prisioneros á verificar la identidad de las personas muertas, con solo el fin de exhonerar al sargento del terrible cargo que se le hacia, si los dos presos se le habian fu-

gado. Partió, pues, el oficial con la comitiva, y regresó á un cuarto de hora dando por razon, que habia visto los 2 muertos, y que reconocidos por él, por los 4 soldados y 2 prisioneros, resultaba que eran los mismos de que se habia dado parte. Inmediatamente nos informaron nuestros 2 compañeros, que Correa y el soldado habian sido asesinados á golpes de culata y bayoneta, pues los cuerpos estaban cubiertos de heridas y contusiones. Poco despues el sargento asesino decia: «que no habia hecho sino llenar su deber matando á los 2 prisioneros porque se habian cansado; y que esta era la órden que tenia.» Esos 2 desgraciados se habian enfermado, y no pudiendo marchar al paso que nosotros, se les habia dejado atrás con una escolta, y las órdenes precisas de matarlos si se fatigaban. En un clima tan ardiente como el que fué teatro de su horrible fin, se fatigaron en estremo; y, no pudiendo rendir la jornada, sufrieron la severidad de la órden. Esto era muy comun en aquellos tiempos; y si el sargento no lo hubiera hecho así, corria tambien el riesgo de ser fusilado.

Al undécimo dia despues de éste, pernoctamos en el pueblo de Funza, á cuatro leguas de Santafé: en esta última jornada debí yo ser víctima de la ferocidad de nuestros enemigos: la gravedad de mi úlcera, el cansancio, y tal vez la mutacion repentina de temperatura, me habian reducido á tal desfallecimiento, que no pudiendo seguir á la par de los otros, se me dejó atrás con el oficial de Milicias prisionero José Agustin Ulloa, escoltados por un cabo y 4 soldados, con las órdenes de tabla que se acostumbraban dar en semejantes casos: al subir á la cumbre del Monte de la Mesa, ó Barroblanco, me sentí desvanecido y caí en tierra. El cabo me intimó que me levantase para continuar la marcha. Yo nada le respondí. Volvió á intimarme, en la actitud de darme con la culata del fusil. Yo le contesté haciéndome un esfuerzo: «Un favor me hará usted con quitarme la vida, pues ya me es imposible soportarla: haga usted lo que quiera de mí, yo no me muevo de este puesto, porque no tengo aliento para pararme.» «¡Pícaro insurgente!» replicó el cabo... y ya iba á descargarme el golpe de muerte, cuando mi primo Ulloa se interpuso. «¡Por Dios no mate usted á mi primo: mire usted que está muy débil, déjelo usted recobrarse un minuto, y despues seguirémos á tomar pan y chicha en una venta (esta venta estaba á cosa de 100 varas de distancia): allí se acabará de restablecer, y podrá continuar la marcha. Yo gratificaré á usted y á la escolta con tal que no se maltrate á mi primo.» y volviéndose hácia mí me dijo: «ánimo, primo.» El cabo consintió en esperar un pequeño rato, protestando «que si yo no podia seguir, se desembarazaria de mí para no atrasarse tanto.» Ulloa le propuso «que alquilaria una bestia para conducirme, y á mas le daria cuatro pesos al cabo, y un peso á cada sol-

dado á condicion que me permitiesen seguir á caballo hasta Funza.» El cabo contestó que le era prohibido el dejar montar á los prisioneros; pero que si le daba ocho pesos y dos á cada soldado, él quitaria una bestia al primer transeunte, sin que se le pagase el flete á su dueño, y que me conduciria con las precauciones debidas, para que ningun oficial viese que se me habia dejado montar en una bestia, porque en este caso él era responsable, y cuando menos perderia sus galones, que le habian costado cinco años de guerra.» Ulloa accedió á la propuesta, y me libertó de una muerte segura, pero que yo habria sufrido con agrado en el estado lastimoso en que me encontraba. Sostenido por el mismo Ulloa pude ponerme en pié y seguir hasta la primera venta, en donde me restablecí un tanto despues de haber tomado pan, y chicha. Mientras eso, un pobre hombre pasaba montado en una yegua, que casi era un esqueleto; el cabo la demandó con autoridad, y en ella, sobre una albarda, pude ir hasta mas allá de Barsillas, en donde se me obligó á echar pié á tierra porque ya nos acercábamos á Funza, y el cabo temia que se me viese á caballo. Ya mis fuerzas me permitieron, por fortuna, llegar en mis piés al término de la jornada, en donde pasamos la noche.

Antes de las doce del siguiente dia entramos en la capital, y en la plaza pública, cayendo un fuerte aguacero se nos hizo esperar por mas de dos horas nuestro destino. Desde los pueblos del tránsito se nos habia anunciado, que los presos que se destinaban al colegio del Rosario no salian de allí sino al patíbulo, mientras que los que iban á las cárceles y á los cuarteles no eran considerados sino como reos de segundo órden, y no tenian mucho riesgo de que se les quitase la vida. Con esta prevencion, esperábamos otra vez, como en el sorteo del quinto, la suerte que nos estaba reservada, cuando se presentaron varios oficiales con listas en la mano, y empezaron á llamarnos y separarnos. Los mas de mis compañeros fueron conducidos á las cárceles, y 5 fuimos llevados al Rosario, que como acabo de referir, era la prision de mal agüero. A mí se me colocó en el calabozo en donde estaban los siguientes sugetos: Doctor Vicente Asuero, José María Tejada, y su hijo (que existen), y N. Nabia, que ya es muerto. Por primera vez conocia á estos señores, quienes me recibieron bien, y me brindaron algo de comer, pues cabalmente se ocupaban de esto; y la oportunidad era plausible para mí.

Inmediatamente les informé quién era yo, y les referí algunos pormenores sobre que se interesaba su curiosidad, pues hacia mucho tiempo que no sabian del mundo en el estado de incomunicacion en que se hallaban. Ellos me dijeron, que positivamente en ese colegio se encontraban los *reos de Estado*, y que de continuo salian muchos al suplicio, sin que hubiese ejemplar de que se

hubiera salvado hasta entonces sino el señor N... Ibañez, que la víspera habia tenido la fortuna de escaparse de la prision disfrazado con el traje de un soldado; pero que desde entonces se les maltrataba y supervigilaba mas, sin permitirles siquiera la luz de las ventanas, pues éstas habian sido condenadas; y que á cada instante se esperaba la muerte, bien por un asesinato general, con que se les habia amenazado repetidas veces, ó bien porque se les matase con las apariencias de formas jurídicas, por sentencias de los consejos de guerra en que se les juzgaba, ó por la simple voluntad del general Morillo ó de su segundo Enrile. Terminada la comida los señores Tejada y Navia me invitaron á rezar el rosario. « Esto es nuestro único consuelo, me decian: debemos implorar el ausilio divino por la intercesion de la Vírgen Santísima, y prepararnos á recibir la muerte como cristianos. » Cuando el rosario se concluyó, yo observé, que en la misma pieza habia un cuartito oscuro y muy reducido, destinado al brasero en donde se hacia el chocolate, y, despues de haberlo examinado, dije á mis socios: « podemos tambien prepararnos á recibir una muerte mas gloriosa pugnando contra nuestros verdugos, caso que vengan á asesinarnos: aquí tenemos los ladrillos de ese cuartito, que debemos arrancar del suelo y tenerlos preparados para recibir á los asesinos, y morir con la sangre caliente, y no como humildes corderos. Entre los 5 bien podemos matar algun godo, y siempre disminuiremos su número y libramos al mundo de una de tantas fieras. » Mis compañeros celebraron mi proyecto, y aunque los señores Tejada y Navia no hicieron oposicion temian que, en una de tantas requisas que se nos harian se descubriese, que los ladrillos estaban dislocados, y nos resultara por esto un nuevo cargo. Yo me puse en obra, y repetí mis reflexiones: « tenemos tiempo á prepararnos, porque estando nuestro calabozo en un ángulo distante de la escalera, el asesino debe comenzar por los otros que nos preceden; y algo hemos de sentir de alarmante antes que nos toque el turno. » El señor Tejada (padre) me dijo entonces, « cada vez que oimos el ruido de los mazos de llaves, y el tropel de los soldados y oficiales que vienen á hacer la requisa, nos parece que ha sonado ya nuestro último momento. » Yo lo esforzé á esperar con valor ese *último momento*, y hacer una cosa digna de republicanos. Creo que, si llega el caso, habriamos muerto batiéndonos á ladrillazos, pues la resolucion estaba hecha.

Miéntras estuve en la plaza pública pude remitir á mi tio Rafael Fernandez de Córdoba, mayor de plaza de Santafé, hermano de mi abuela, una carta de recomendacion, que esta señora le escribia, y otra al doctor Tomas Tenorio, que le dirigian con el mismo fin unas sobrinas suyas y primas mias (1). Al dia siguiente fué mi tio á visitarme, y con su semblante y tono naturalmente

adustos; en vez de consolarme, ú ofrecerme algun ausilio, me dió un regaño severo, manifestando « que no debia Sámano haber perdonado á ningun insurgente, y menos á mí, que por mi cuna estaba llamado á ser defensor del católico Monarca... » Esto me pareció una necedad, ó mas bien una chochera de mi tio, y es la única vez que he sufrido un denuesto sin irritarme. No sucedió así con el doctor Tenorio, quien, informado de mis circunstancias, me hizo firmar y dirigir al general en gefe, D. Pablo Morillo, una representacion muy bien fundada, y redactada por el mismo Tenorio, suplicándole me hiciese poner en libertad en consideracion á la pena de muerte que ya habia sufrido moralmente; y citando muchos casos semejantes en que se habia indultado de toda pena al que por cualquiera accidente ó gracia se habia librado de la muerte, despues de haber sobrellevado todos sus accidentes, y pasado por los trámites del horrendo aparato... Al tercer dia supe que el general Morillo habia decretado : que informasé el general Sámano, quien ya estaba en Santafé; al sesto me hizo saber mi tio Córdoba el seco decreto de Morillo concebido en estos términos : « No ha lugar. » Decreto que habia dictado en consecuencia del informe de Sámano contraido á manifestar « que era cierto todo el relato de mi memorial, menos la asercion de que habia sido perdonado; pues él no habia hecho otra cosa que suspender la ejecucion, en virtud de órdenes recibidas del general Montes, hasta que S. E. el general en gefe del ejército pacificador de Costafirme, á cuya disposicion me habia puesto, resolviese lo que fuere de su mayor agrado. » En este mismo sentido se encuentra una nota puesta en uno de los boletines que se publicaron en Quito, y que despues llegó á mi poder, como que todavía lo conservo.

Es de inferirse que no solo perdí las esperanzas de ser puesto en libertad, sino que debieron renovarse mis temores de ser ejecutado en Santafé, pues todo conspiraba á dar pábulo á esta idea. Ya eran los primeros dias de octubre del mismo año de 1816, y mi situacion no variaba, ni la ferocidad de los españoles del espedicionario presentaba un solo signo de conmiseracion. Víctimas y mas víctimas sacrificadas á su furor eran la perspectiva que se presentaba del porvenir ; hasta que en uno de esos dias se apareció otra vez mi tio á notificarme que se me habia sentenciado por el capitan general al presidio urbano por tiempo indeterminado. Poco despues, el 14 de dicho mes, se me anunció, que por clemencia del general Morillo, y en celebridad del cumpleaños de Fernando VII, se me habia conmutado la pena de presidio en la de servir de soldado, tambien por tiempo ilimitado. El mismo dia se me filió en la compañía de granaderos del tercer batallon de Numancia, á las órdenes del teniente coronel D. Ildefonso Arce. La misma suerte corrieron muchos de mis compañeros del ejército

del Sur, mientras otros sufrieron la muerte, y algunos fueron á los presidios ó á lugares remotos deportados.

Como yo continuaba enfermo de mi antigua herida, lo representé al sargento de mi compañía, pidiéndole la baja para ir al hospital, y se me condujo al Militar del convento de las Aguas, en donde apenas hubo una cama para acomodárseme, pues se hallaba lleno de militares enfermos : allí pasé algun tiempo sufriendo todas las calamidades y miserias de un establecimiento de esa naturaleza, del cual se me trasladó al hospital de San Fernando. En medio del teatro de horror y de las inmundicias, recibia sin embargo el consuelo de los médicos doctores Merisalde, Osorio y Lazo, que habian sido obligados á servir *gratis* en sus profesiones ; y habiéndome hecho conocer de ellos, les inspiré las simpatías de compatriotas, y mereci, con otros de mis compañeros, que en la receta de alimentos se nos asignasen los mejores que podian prescribirse, y que se nos indicase tambien el ejército corporal, para poder salir siquiera al patio principal á renovar los aires pestilentes.

Hallándome en San Fernando, el español D. José Calcaño, que era contralor general y tenia su oficina en dicho hospital, me preguntó un dia si yo era el sobrino de sus padrinos don José Solis y doña María Ignacia Hurtado ; y habiéndole contestado afirmativamente, me dijo : « que sus padrinos le habian escrito recomendándome, y que estaba dispuesto á favorecerme en cuanto pudiera. Le di las gracias mas espresivas, y le referí brevemente lo que pudiera interesarle en mi favor ; y luego me contestó : que él estaba autorizado para nombrar los cabos de sala ; y que si yo queria estaba dispuesto á nombrarme, en lo que recibiria algun alivio. Yo acepté y empecé á funcionar. Muy en breve vacó el destino de contralor subalterno del hospital de convalecencia, y con mi beneplácito me nombró Calcaño para este puesto, en el cual mi suerte habia cambiado notablemente, pues ya me veia de gefe de un establecimiento en donde me estaban subordinados, en cuanto á lo económico, hasta los oficiales que iban allí á convalecer. Pero este halago de la fortuna no me duró muchos dias. Un reumatismo general vino á postrarme, y era necesario marchar á Tocáima á curarme en aquel hospital militar. El señor Calcaño me recomendó á su subalterno en aquella ciudad, sin hacer referencia de que yo era soldado, sino diciendo puramente que era el contralor del hospital de convalescencia de Santafé. Con esta recomendacion recibí muy buena acogida, pues se me alojó en una casa particular (5). Mi restablecimiento se verificó antes de dos meses ; pero continué algunos dias mas, y aún llegué á consentir que se me olvidase, y poder regresar á mi pais con un pasaporte de la autoridad civil de Tocáima, que no me era difícil conseguir,

porque para ello hubiera interesado á los principales sugetos del lugar con quienes había contraido amistad en razon del patriotismo. Entre estos sugetos cito á los señores Alfanadores, cuya amistad no interrumpida data desde aquel tiempo. Mis esperanzas fueron, sin embargo, desde entonces burladas, como otras veces. Se presentó un oficial con el carácter de comisionado del inspector general, y por mi desgracia éste llevaba listas de los enfermos dejados por los cuerpos que habian seguido al Norte, y mi nombre estaba allí comprendido. Como yo no tenia otro modo de vivir, estaba obligado á tomar mi racion, y por consiguiente anotado en los registros del comandante militar, que era entonces el español capitan D. Francisco Fernandez Minoni, célebre en la historia por haber hecho traicion en Puerto Cabello al coronel Simon Bolívar. El dia que menos lo esperaba se me presentó un sargento á intimarme de órden del subinspector marchar á Santafé con el piquete de convalecidos; y sin arbitrio alguno se verificó la marcha el mismo dia.

Llegado á Santafé se me condujo al cuartel del segundo batallon de Numancia, y se me incorporó en su compañía de granaderos. Mis fuerzas eran ya bastantes para soportar los nuevos trabajos que se me esperaban, mientras la Providencia me abria las puertas de mi rescate, y me resigné á los posteriores sufrimientos. Ya tenia libertad para pasearme en los pocos ratos que me lo permitian las faenas de mi clase; y aprovechándolos, podia ver con frecuencia á mi tia política la señora Eusebia Caicedo y Santamaría de Valencia, que se complacia en prodigar á manos llenas toda especie de socorros á los desgraciados patriotas, y muy especialmente á los hijos de Popayan y parientes de su difunto esposo don Gaspar de Valencia. Tan patriota como virtuosa, respetable y generosa, la señora Caicedo tomaba un interés vivo por la suerte de mi hermano Laureano (que tambien habia sido condenado á servir de soldado raso), y por la mia; en términos que hacia las veces de nuestra segunda madre, en cuyo lugar la reputé desde entonces. Muchos son los favores que debí á mi madre putativa, de los cuales haré una lijera reseña en los lugares oportunos; y mientras logro esta satisfaccion, y pago un justo tributo á su memoria, referiré un accidente muy importante que marca bastante su caracter patriótico y bondadoso.

Sabedores los gefes españoles que la casa de mi tia era frecuentada por muchos patriotas proscritos, le intimaron só las mas graves penas que no nos admitiese en su casa: la buena señora contestó «que ella no podia prescindir de recibir en su casa á sus parientes, y que si esto se consideraba un delito estaba resuelta á sufrir cuantas penas se quisieran imponerle, y hasta la del suplicio mismo.» Inmediatamente hizo llamar á mi hermano y á mí, y

nos manifestó lo que le habia ocurrido, exortándonos á que por consideracion á ella no dejásemos de ir á su casa, pues un honor le resultaria de que los tiranos la persiguiesen y molestasen por esta causa. «No solo suplico á ustedes, nos dijo, sino que les prevengo me visiten con mas frecuencia que acostumbran: esos verdugos de nuestros parientes, de tantas personas respetables, y del género humano todo, no me intimidan con sus amenazas ni sus hechos! capaces son de atropellarme y aún de despedazarme; pero se engañan los tigres si creen amedrentarme; ó si esperan de mi parte un acto de humillacion, respetando sus temerarias órdenes.» Nosotros le ofrecimos cumplir sus prevenciones; pero, ya por consideracion á nuestra tia, ya porque temiamos ser maltratados por los españoles si nos veian entrar, procurábamos hacerle nuestras visitas á hurtadillas, y con precauciones para no ser observados.

Recobraré el hilo de mi narracion. Entre las personas con quienes me relacioné inmediatamente introducido por otros compañeros de infortunio, cuento á los Almeidas, y á la célebre Pola. Aquellos meditaban un plan de revolucion en Santafé, y para [redacted], contában con todos los proscritos, y procuraban im- verificarlo prudentemente ganar prosélitos entre la tropa española; lo que ocasionó que fuesen denunciados, ya en los momentos de dar el golpe. Muchos de los fautores, y entre ellos el principal Ambrosio Almeida, fueron puestos en prision; y todos los cómplices temiamos ser descubiertos y ahorcados. Para evitar esto último se me hizo avisar por conducto de otro granadero comprometido, José María Céspedes, que esa noche misma debiamos desertar hácia los llanos de Casanare, llevándonos cuantas armas y municiones nos fuese posible. Al instante busqué á mi hermano para prevenirle que se alistase é indicarle la hora y el punto de reunion. Casualmente yo estaba nombrado de ordenanza casa de la Comision de Secuestros, y me era fácil llevarme mi fusil y mis municiones. A las siete de la noche, estando ya listo con mi hermano para partir al lugar en donde debian juntarse lo menos 25 personas comprometidas á la marcha, me atacó una fiebre maligna, de que ya estaba afectado; y me fué del todo imposible reunirme á los demás, que efectivamente lograron escaparse á Casanare. Mi hermano no quiso abandonarme; y en esta situacion se me mandó al hospital de San Juan de Dios y se me colocó entre los febricitantes, cuya sala estaba á cargo del doctor Félix Merizalde. La enfermedad hizo progresos rápidos al tercer dia, y ya el médico, temiendo una próxima muerte, me habia desahuciado y mandado confesar, cosa que no alcanzé á cumplir por haberme privado á pocas horas, antes de lo cual ya se me habia puesto el Santo Cristo en la cabecera, como signo fatal de mi próximo fin: al décimo dia empezó la

crisis, y debo confesar que esta vez soy deudor de mi vida á los cuidados del doctor Merizalde, y doctor Manuel María Quijano, mi compatriota y compañero de infortunio condenado á presidio. Este señor, no pudiendo asistirme personalmente, tomaba informes de mi estado, que, siendole desconocido, ordenó se me esprimiese en la boca, de cuando en cuando, el zumo de naranjas dulces, piñas y ciruelas, porque no pudiendo verme ni asistirme, y segun la pintura que se le hacía de mi desesperada situacion, era lo único que podia indicarme. Cuando empecé á recobrar la razon, lo primero que ví fué una criada de mi tia Eusebia que me estaba haciendo la aplicacion prescrita por el doctor Quijano, pues que para entrar necesitaba del favor de un fraile Uscategui, que habia sido cirujano del ejército del Sur. Mi restablecimiento completo se obró en cosa de mes y medio, y despues supe que la enfermedad que me acometió fué una fiebre tifoidea.

Cuando pude ya levantarme por primera vez, aunque con mil dificultades por el estado de estenuacion y debilidad á que me hallaba reducido, mi primer intento fué bajar á la sala de presos á informarme del estado de cosas, y si se sabia que yo estuviera complicado en la causa de conspiracion; pero al abrir la mampara de mi salon me acometió un dolor de cabeza tan fuerte, que no alcancé á regresar á mi cama sin haber caido desmayado, en cuyo estado permanecí por ocho horas. Esta es la única vez en toda mi vida que he esperimentado lo que se llama dolor de cabeza. Con tal motivo me era necesario guardar la cama por algunos dias mas hasta cobrar un poco de fuerzas; pero mi ansiedad por saber lo que pasaba, me atormentaba mas que los mismos males de que adolecia. En este período de convalecencia se me envió un cabo tambien convaleciente, y me dijo «que yo debia de ser muy patriota, pues mi delirio incesante en el tiempo de la fiebre habia sido contra los godos.» Yo le dije «que efectivamente habia sido patriota, y oficial prisionero, y que como habia sufrido tanto, no era estraño que, en mis delirios hubiese dicho algo contra los españoles, y que le suplicaba no refiriese á nadie lo que habia oido, ofreciéndole mi gratitud y amistad.» Así me lo prometió el cabo; y estoy cierto, que si él hubiera revelado lo que dije cuando deliraba, esto habria sido bastante para aumentar las sospechas que inspirábamos los que habiamos sido condenados al servicio, y quién sabe si de ello me hubiera resultado un cargo que me costara la vida.

En fin, cuando me fué posible, bajé á la sala de presos, en donde entre otros se hallaban los señores Yzaza, de Antioquia, y Uscategui, de Venezuela, condenados á presidio por ser patriotas, á quiénes conocia anteriormente. Estos señores me refirieron lo que habia llegado á su noticia; pero no sabian que á mí se me hubiese

comprendida entre los que se juzgaban como conspiradores, haciéndome la reflexion que, si tal hubiese sido, se me habria bajado á la sala de presos indudablemente, y á la verdad que esta observacion era de mucho peso. El hecho es que positivamente á mí no se me comprendió entre los conspiradores, y hasta hoy me admiro de no haber sido denunciado, pues era de los que con mas calor y empeño se habian comprometido con los Almeidas, lo que sabian bien muchos de los que estaban en juicio y habian tenido la debilidad de hacer denuncio de los demas cómplices. Este escape debo atribuirlo á la circunstancia de hallarme en el hospital, y por lo mismo no haberme tenido presente los que pudieran haberme denunciado. En fin, este fué un milagro del Todopoderoso de tantos que habia obrado en favor de mi existencia.

Por resultado de mi enfermedad quedé lisiado á echar sangre por las narices con bastante frecuencia, y esto me valió haberme quedado en el hospital por muchos meses, hasta que cesó esta causa, y el nuevo inspector de hospitales, doctor Reguera, me hizo salir al cuartel.

A poco tiempo se nos puso arrestados á todos los condenados al servicio militar, haciéndonos entender que esta medida era causada por las sospechas que se habian concebido contra nosotros; pero, despues de muchos sermones y amenazas, se nos puso en libertad como á los ocho dias del arresto. Es de saberse que casi un tercio de la compañía á que yo pertenecia era de patriotas penados, y en las otras compañías tambien se hallaban muchos de ellos.

Muy pocos dias habian trascurrido cuando se denunció el complot de la Pola, y fueron puestos en prision todos los denunciados, á consecuencia de los papeles que habian tomado á Savaraín en su escape hácia los llanos, en cuyo tránsito fué prendido. Como este procedimiento se ejecutó de repente, me habria sido imposible librarme de ser preso si la Providencia no hubiese querido todavía guardar mis dias milagrosamente. Yo era uno de tantos patriotas que concurrian á la casa de la Pola, en donde se comunicaban las noticias que se tenia de los de Venezuela y Casanare, y se celebraban cuando ellas eran buenas; pues esa mujer, valiente y entusiasta por la libertad, se sacrificaba para adquirir con que obsequiar á los desgraciados patriotas, y no pensaba ni hablaba otra cosa que de venganza y restablecimiento de la patria; pero como en sus últimas reuniones me habia encontrado yo en el hospital, no se habia puesto mi nombre en las listas que formaban el cuerpo del delito. Sin embargo, se me sospechaba y no se me permitia salir sin un soldado de confianza que respondiese de mi persona. La famosa causa de la Pola

se siguió con actividad y muy pronto fué condenada al suplicio esa ilustre granadina y muchos de mis compañeros. Testigo presencial de sus últimas veinticuatro horas de vida, debo referir cuánto pasó durante ese tiempo, no porque la historia no se haya ocupado de la heroina, que bien merece páginas de oro, sino por la relacion que tienen conmigo esos interesantes acontecimientos.

# CAPITULO X

**La Pola entra en capilla con otros de sus cómplices.—Narracion de los pormenores ocurridos durante el tiempo de la capilla.—La Pola y sus compañeros salen al suplicio.—Energía y temple de alma de la Pola.—Sus últimos momentos y sus postreras palabras.—Arcos, uno de sus compañeros, pronuncia sobre el banquillo un verso.**

Entrados en capilla la Pola y sus cómplices, á saber, Sabarain, Arellano, Arcos, Diaz, Suarez, Galliano y Marufu, y habiendo tocado la guardia y escolta á mi compañía, se me destinó en el primer cuarto de centinela á la capilla en donde estaban los tres primeros, los cuales me hicieron las mas tiernas manifestaciones de amistad, recomendándome su memoria, como que todos tres eran de los ilustres restos del ejército del Sur, en el cual habian servido hasta la clase de subtenientes Sabarain y Arellano, y en la de sargento primero, Arcos. El primero de estos me agregó en los términos mas sentimentales: «que al fin la suerte habia querido que muriese despues del milagroso escape de Popayan; pero que no me envidiaba, pues él se iba á librar de los tiranos, mientras que yo quedaba sufriendo sus rigores, y presenciando los sacrificios de sus víctimas: que si por un acaso estraordinario yo sobrevivia hasta la restauracion de la libertad, me encargaba que le vengase, como compatriota, como amigo y como compañero...»

Semejante discurso me movió de tal manera, que no pude contener las lágrimas; desahogo que pudo librarme de otro accidente mas grave, pues sentia mi corazon conmovido, y mis miembros agitados. A este tiempo, el teniente Manuel Perez Delgado, que comandaba interinamente la compañía, entró en la capilla con el objeto de visitarla, y habiendo observado mi llanto, que me era imposible disimular ni contener, me preguntó la causa; á lo que yo le contesté con entera franqueza, prevalido de una recomendacion en favor mio que le habia hecho mi tio Mariano Lemos, con

quien estaba Delgado en muy buena inteligencia. «Usted no ignora, mi teniente, le dije, que yo he sido compañero de capilla en otra ocasion con el señor Sabarain, y por consiguiente no debe estrañar que esos recuerdos me hayan producido las sensaciones y lágrimas que usted observa: hágame usted el favor de hacerme relevar de este puesto.» Delgado oyó mi súplica, y tuvo la indecible bondad de hacerme relevar inmediatamente. Con este rasgo y otro que referiré luego, probó que tenia un corazon americano, pues era hijo de la Isla de Cuba.

Relevado que fuí, se me conducia á colocarme en un ángulo del claustro, y al pasar por la capilla en donde estaba la Pola, ésta que me observó lloroso, por mas que yo procuré no ser visto de ella, me dijo: «no llore usted, Lopecito, por nuestra suerte: nosotros vamos a recibir un alivio librándonos de los tiranos, de estas fieras, de estos mónstruos!..» y otras cosas que no alcancé á oir. El cabo que me conducia, ó no entendió el valor de las espresiones, ó no quiso hacer caso de ellas en consideracion á que yo le enseñaba á leer y escribir, y no me dijo otra cosa á pocos momentos, sino lo siguiente: «¡Hola! ¿con que la mujer conoce á usted? ¡Y qué brava está! ¡qué guapa es!» Yo repuse simplemente: «no es estraño que yo la conozca, pues ella es muy conocida en esta ciudad; pero hacia muchísimo tiempo que no la veia.»

Desde el punto en donde se me situó de centinela podia oir perfectamente todo cuanto decia la Pola, y ver todas sus acciones, pues me hallaba como á diez y seis pasos de distancia de su capilla. Al principio observé que replicaba con algunos sacerdotes que la exortaban á confesarse y aplacar su ira. Ella les decia en voz alta y con un aspecto en que estaba pintada la ira, la resolucion y el entusiasmo patriótico, lo que, poco mas ó menos, es como sigue: «En vano se molestan, padres mios: si la salvacion de mi alma consiste en perdonar á los verdugos mios y de mis compatriotas, no hay remedio, ella será perdida, porque no puedo perdonarlos, ni quiero consentir en semejante idea. Déjenme ustedes desahogar de palabra mi furia contra estos tigres, ya que estoy en la impotencia de hacerlo de otro modo. ¡Con qué gusto viera yo correr la sangre de estos mónstruos de iniquidad! Pero ya llegará el dia de la venganza, dia grande en el cual se levantará del polvo este pueblo esclavizado, y arrancará las entrañas de sus crueles señores. No está muy distante la hora en que esto suceda, y se engañan mucho los godos si creen que su dominacion puede perpetuarse. Todavía viven Bolívar, Santander, Páez, Monagas, Nonato Pérez, Galea y otros fuertes caudillos de la libertad: á ellos está reservada la gloria de rescatar la patria y despedazar á sus opresores...» Los padres atónitos, se aferraban en hacer callar á la Pola, suplicándola que se moderase, que á

nada conducian sus imprecaciones; que ya no era tiempo de pensar en otra cosa que en la salvacion de su alma. « Bien, padres, acepto el consejo de ustedes, les respondia, á condicion que se me fusile en este instante, pues de otra manera me es del todo imposible guardar silencio en vista de los tiranos de mi patria, y asesinos de tantos americanos ilustres: mil veces, repito á ustedes, que en vano me exortan á la moderacion y al perdon de mis enemigos. ¡Qué! ¡yo les habia de dar esta satisfaccion! no esperen que me humille hasta ese término: semejante bajeza no es propia sino de almas muy miserables, y la mia, á Dios gracias, ha recibido un temple nada vulgar.» Insistian los sacerdotes en persuadirla á que prescindiese de ese rencor tan pronunciado, y que acaso con su moderacion podria todavía mover el corazon generoso y compasivo del señor virey Sámano. «¡Generoso y compasivo! les replicó la Pola sonriéndose irónicamente; no prevariquen ustedes: nunca puede caber generosidad en los pechos de nuestros opresores: ellos no se aplacarán ni con la sangre de sus víctimas; sus exigencias son todavía mas exageradas; y su rencor no tiene límites. Ustedes que me sobreviven serán testigos de las rencillas que entre ellos mismos ván á ocasionarse como en los imperios de Méjico y los Incas; por disputarse la presa, y ostentar la primacía de crueldad que les distingue. ¡Generoso Sámano, y compasivo! ¡Qué error! ¿Pero ustedes conciben que yo desearia conservar mi vida á cambio de implorar la clemencia de mis verdugos? no, señores: no pretenderé nunca semejante cosa; ni deseo tampoco que se me perdone, porque el cautiverio es todavía mas cruel que la misma muerte...» Esto decia, cuando, deteniéndose en la puerta de la capilla varios oficiales, y entre ellos el teniente coronel don José María Herrera, americano, gefe de Estado Mayor de la tercera division, cuyo cuartel general estaba en Santafé, dijo éste á la Pola en un tono chocarrero y burlesco: «Hoy es tigre, mañana será cordero.» A lo que lanzándose la Pola sobre él, en términos que fué preciso que el centinela la contuviese, le dijo enfurecida: «Vosotros, viles, miserables, medís mi alma por las vuestras: vosotros sois los tigres, y en breve seréis corderos: hoy os complaceis con los sufrimientos de vuestras inertes víctimas, y en breve, cuando suene la resurreccion de la patria, os arrastraréis hasta el barro, como lo teneis de costumbre. ¡Tigres, saciaos, si esto es posible, con la sangre mia y de tantos incautos americanos que se han confiado en vuestras promesas! ¡Mónstruos del género humano! encended ahora mismo las hogueras de la detestable inquisicion; preparad la cama del tormento, y ensayad conmigo si soy capaz de dirigiros una sola mirada de humildad. Honor me haréis, miserables, en poner á mayor prueba mi sufrimiento y mi resolucion. ¡Americano! ¡Herrera!

¡ instrumento ciego y degradado!!! que los españoles me injurien, no lo estraño, porque ellos jamás se condolieron ni de la edad, ni del sexo, ni de la virtud; ¡ pero que un americano se atreva á denostarme, apenas es creible! Quitaos de mi presencia, miserables, y preparaos á festejar la muerte de las víctimas que vais á inmolar, mientras os llega vuestro turno, que no tardará mucho tiempo; sabed, que no llevo á la tumba otro pesar que el de no ser testigo de vuestra destruccion, y del eterno restablecimiento de las banderas de la independencia en esta tierra que profanais con vuestras plantas...» En medio de este discurso, un oficial llamado Salcedo, dirigiéndose á los otros, les dijo: «Una mordaza debiera ponerse á esta infiel, sacrílega, blasfema;» y Delgado le contestó: «Una jaula perpetua debiera ser su abrigo si no estuviera condenada á muerte, porque no hay duda que ha perdido el juicio, y es una loca furiosa.» Herrera decia al retirarse: «No hay duda que está loca, loca, loca perdida,» y repetia constantemente esto mismo, sin duda con el objeto de que los soldados atribuyesen esa energía de la heroina á la falta de juicio y no á su patriotismo.

Anécdotas casi semejantes á ésta ocurrieron durante el dia, y solo el peso de la noche pudo calmar la rabia de la ilustre Pola, para renovarla al dia siguiente, como vamos á verlo.

Las nueve de la mañana era la hora señalada para la ejecucion. Preparado todo, se pusieron en movimiento las víctimas y sus sacrificadores. La Pola rompia la procesion con dos sacerdotes á los lados. A mí me habia cabido la segunda fila de la escolta que debia fusilar á esta singular mujer; es decir, que yo no debia ser de los ejecutores, para cuyo logro no fué poco lo que trabajé, en la situacion en que me hallaba de que se descubriese mi escusa, y se atribuyera á ésta algun mal designio que pudiera comprometerme seriamente. Sin entrar en estos detalles, que serian largos y poco importantes, solo diré: que despues de muchas dificultades que tuve que vencer para librarme de tan terrible encargo, logré ser escluido á pretesto de que mi fusil no estaba muy corriente, apoyando este argumento con el regalo de cuatro reales que hice al cabo de mi escuadra, que era el discípulo de quien he hablado en otra parte, el cual se ofreció á tirar en mi lugar, y así lo cumplió.

Al dar el primer paso de la puerta á la calle se descubrió al Mayor de plaza, que era el encargado de todas estas ejecuciones, y que se habia demorado un poco. No bien fué visto por la Pola, cuando, resistiéndose ésta á marchar, para lo cual hacia los mas grandes esfuerzos, y encendiéndose nuevamente en ira, decia á los Padres que la ausiliaban: «¡ Por Dios, ruego que se me fusile aquí mismo si ustedes quieren que mi alma no se pierda!

¿Cómo puedo yo ver con ojos serenos á un americano ejecutor de estos asesinatos? ¿No ven ustedes á ese mayor Córdova con qué tranquilidad se presenta á testificar y autorizar estas escenas de sangre y desolacion de sus compatriotas? ¡Ay! por piedad, no me atormenten por mas tiempo con estos terribles espectáculos para una alma tan republicana como es la mia. ¿Porqué no se me quita de una vez la vida? ¿Porqué se aumenta mi tortor en los últimos momentos que me restan poniendo ante mis ojos estos monstruos de iniquidad, estos imbéciles americanos, estos instrumentos ciegos del esterminio de su patria?... » Los sacerdotes la amonestaban patéticamente á que sufriese con paciencia estas últimas impresiones con que la Providencia queria probar su resignacion: que hiciese un esfuerzo generoso para perdonar á sus enemigos; y que, á imitacion del Salvador, marchase humildemente hasta el patíbulo, y ofreciese á Dios sus sufrimientos en espiacion de sus pecados. » Y mientras esto le decian la llevaban casi en peso por mas de veinticinco pasos. «Bien, dijo la Pola, observaré los consejos de ustedes en todo, menos en perdonar á los godos: no es posible que yo perdone á nuestros implacables opresores: si una palabra de perdon saliese de mis labios seria dictada por la hipocresía y no por mi corazon. ¿Yo perdonarlos??? al contrario, los detesto mas; conjuro á cuantos me oyen á mi venganza: ¡venganza, compatriotas, y muerte á los tiranos! » Mientras esto decia, los sacerdotes esforzaban á una su voz para confundir la de la Pola, y no dejarla distinguir de los espectadores.

La Pola marchó con paso firme hasta el suplicio, y en vez de repetir lo que le decian sus ministros, no hacia sino maldecir á los españoles y encarecer su venganza. Al salir á la plaza y ver al pueblo agolpado para presenciar su sacrificio, esclamó: « ¡Pueblo indolente! ¡Cuán diversa seria hoy vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que, aunque mujer y jóven, me sobra valor para sufrir la muerte, y mil muertes mas, y no olvideis este ejemplo... » Mayor era el esfuerzo de los sacerdotes en no dejar que estas exortaciones patrióticas de la Pola fuesen oidas por la multitud; y á la verdad, que no podian ser distinguidas y recogidas sino por los que iban tan inmediatos á ella como yo. Llegada al pié del banquillo, volvió otra vez los ojos hácia al pueblo y dijo: « ¡Miserable pueblo! yo os compadezco: algun dia tendréis mas dignidad. » Entonces se le ordenó que se montase sobre la tableta del banquillo porque debia ser fusilada por la espalda como traidora: ella contestó: « Ni es propio ni decente en una mujer semejante posicion; pero sin montarme, yo daré la espalda si esto es lo que se quiere. » Medio arrodillándose luego sobre el banquillo y presentando la mayor

parte de la espalda se la bendó y aseguró con cuerdas, en cuya actitud recibieron, ella y sus compañeros, una muerte que ha eternizado sus nombres, y hecho multiplicar los frutos de la libertad.

Arcos pronunció al pie del banquillo la siguiente cuarteta :

« No temo la muerte ;
Desprecio la vida ;
Lamento la suerte
De la patria mia. »

# CAPITULO XI

**Espedicion á Upia. – Quiero aprovechar una ocasion para pasarme á los patriotas.—Porqué no lo verifiqué.—Marcha mi compañía á Paya con su capitan Barrada.—Concibo con tal suceso nuevas esperanzas de salvacion.—Peso material que soporto como granadero.—Mis primeros cuidados en Paya.—Logro hacerme algunas relaciones allí.—Mi compadre Mateo.—Proyecto de escaparme hácia los llanos de Casanare.—Reflexiones prudentes de Mateo.—Mi capitan me toma de escribiente. – Distribuciones del fondo de la compañía.—Panchita Negroni.—Mi introduccion á esa mujer.—Breve narracion que me hace de su historia.—Barrada la habia sacado subrepticiamente del lado de su familia.—Reflexiones sobre la suerte de esta bella y desgraciada jóven.—Otra vez las distribuciones.—Nuevo incidente con Panchita.—Mi determinacion para complacerla.—Nuevas preguntas y manifestaciones que me hace.—Todavía las distribuciones.—Termino mi trabajo y vuelvo á mi compañía.—El sargento primero de ella, su carácter y uno de sus rasgos brutales.—Unos casanareños tomados por realistas.—Estos deben sufrir la muerte al empezar la noche.—Excojito el modo de salvarlos.—Buen éxito de mi proyecto.—Persecucion de los prófugos.—Papel que hago en ella.—Otras medidas tomadas para su aprension.—Bruscas exortaciones del capitan y del sargento primero.—Amenazas.—Yo quedo arrestado.—Se instruye el proceso.—Se toma mi declaracion.—Es aprendido uno de los presos.—Panchita me lo avisa por conducto de la cocinera.—Mi suspicaz contestacion.—Trato de salvarme acompañado de un soldado.—Ponemos en ejecucion el proyecto. — Se frustra por la muerte de mi compañero.—Me resigno y regreso al cuartel.—Llega la noticia de haberse salvado el preso.—Nuevo furor del capitan.—Estropea y hace abortar á Panchita.—Se encuentra el cadáver de Reyes, y se atribuye á ese soldado el escape de los presos.—No se me vuelve á nombrar de guardia.—Se teme una órden de Sámano.**

A poco tiempo se verificó la marcha del coronel Cárlos Tolrá hácia San Martin y la Fundacion de Upia, á consecuencia de algunas ventajas que los republicanos habian obtenido por esa parte sobre las tropas españolas. Las fuerzas que mandaba Tolrá eran como de 1,000 hombres escogidos, y mi batallon uno de los cuerpos que la formaban. Llegado que hubimos á los llanos de Medina y haciendo una marcha nocturna por ellos, en retirada, propuse á mi camarada Ignacio Bernal, que nos quedásemos ocultos para pasarnos á los patriotas, y éste me contestó: «que no le hiciera semejante propuesta, porque si le repetia la invitacion me denunciaria en el acto.» Yo, que me hallaba sin recursos pecuniarios y que no tenia conocimientos del pais, prescindí de

mi idea, perdí por entonces la esperanza de libertarme, y regresé á Santafé con la columna (6).

Despues de esto fué destinada mi compañía á marchar á la línea de Paya, y permanecer en ella por algun tiempo á las órdenes de su capitan con grado de teniente coronel don Isidro de la Barrada, que mandaba al mismo tiempo todas las fuerzas de dicha línea (7). Yo partí con gusto porque creia que, acercándome á las puertas de salvacion, podria la fortuna abrírmelas, y conducirme donde mis compatriotas que heróicamente luchaban en Casanare por reconquistar la libertad: así, yo soporté con gusto el peso enorme de un granadero, que se aproximaba de tres arrobas, constante del fusil y bayoneta, correaje completo con cuarenta cartuchos en la cartuchera, gorra de piel de oso, con alma de baqueta, adornos de plata, cordones, plomero y su funda de lienzo ordinario; mochilla con un vestuario de uniforme entero, y dos de lienzo, llevando á mas dentro de ella otros cuatro paquetes de cartuchos, dos pares de zapatos ordinarios, dos de botines y algunos otros enseres; una ruana pastusa y una frasada de lana; tres pares de alpargatas; una fiambrera con la racion de uno y de dos dias, y en fin algunas otras cosas necesarias.

Llegados á Paya, mi primer objeto fué relacionarme con algunas personas de las muy pocas del pais que allí habia; y esto no me fué difícil en razon de que no habiendo allí cura, los indígenas ocurrian donde nosotros á que les bautizásemos sus hijos; con cuya oportunidad me hice algunos compadres, y, entre ellos, uno llamado Mateo, hombre muy racional, con quien muy pronto pude esplicarme, habiendo encontrado en él patriotismo y deseo de favorecerme. Cuando tuve bastante confianza del tal sugeto, le propuse que me hiciese trasladar á los Llanos con una persona práctica y segura; á lo que me contestó: «que por entonces no era posible esto sin esponerme á un sacrificio cierto, y comprometerle á él y á su familia, pues que el pais todo estaba erizado de destacamentos, guardias y espías; pero que si se presentaba una ocasion favorable, la aprovecharia gustoso; haciéndome, en consecuencia, todas las protestas de los deseos que le animaban de serme útil, y al mismo tiempo hacer ese servicio á la patria.» Yo le tomé la palabra, y le dije, que no solo se hacia el servicio á la patria aumentando las filas de sus defensores con un oficial mas, sino que yo daria á los patriotas los informes mas exactos sobre el número de los enemigos, su situacion, el estado del pais, etc.

Mientras esto sucedia, el comandante Barrada me habia hecho rebajar del servicio de mi clase, para hacerle las distribuciones de la compañía, que hacia mas de dos años no se habian pasado á la contaduría jeneral que las reclamaba por conducto del inspector. Bueno es mezclar uno ú otro pasaje agradable entre tantos

otros funestos que acabo de referir; y á este designio me ofrece material suficiente este asunto de las distribuciones, enlazado por otra parte con algunos accidentes bien importantes de mi vida.

Suministrados todos los datos numéricos con presencia de las listas de revista de comisario, me previno mi capitan que trabajase con la mayor actividad, sin salir de la casa de él sino á las horas de tomar el rancho, y por la noche á dormir en el cuartel. Empecé pues mi tarea con la actividad que se me encargaba, tanto por obedecer las órdenes de mi capitan, cuanto porque esperaba que por recompensa mereceria en adelante algunas consideraciones. En la misma casa habitaba una señora caraqueña llamada Francisca Negroni, á quien el capitan llamaba Panchita, á estilo de Venezuela, y era su querida. Esta señora no hablaba con hombre alguno, porque en la casa de Barrada no habia acceso para los oficiales á causa de ser muy celoso, y tener, por otra parte, un genio sumamente seco. Cuando esta muger pasaba por el cuarto en que yo trabajaba, no me atrevia ni á mirarla de temor de incurrir en la desgracia de mi capitan, y provocar su inexorable enojo. Un dia en que Barrada habia salido á caballo, y yo estaba seguro de no ser observado por nadie, me atreví á saludar á la señora con mucha cortesía: ella, que era tan amable como bella, me contestó el saludo con espresiones muy finas; y en seguida me preguntó ¿ quién era yo, y que no tuviese embarazo en hablarle con franqueza, pues creia que hablaba con un hombre decente, perseguido sin duda por el infortunio. Yo no pude resistirme á esta obligante escitacion, y en breves palabras la satisfice, sin soltar la pluma de la mano ni dejar de adelantar mis trabajos; y concluí diciéndole, que sin duda ella era la esposa de mi capitan. Con esto quise comprometerla á declararme sus circunstancias; y, sin hacerme esperar mucho tiempo, me refirió brevemente la historia de su vida, entrecortando con tiernos suspiros su sincera narracion. « Soy de Caracas, me dijo, de padres nobles y bastante acomodados: no tengo sino 17 años de edad, y hace dos que Barrada me robó del lado de mi familia, haciéndome conducir cargada por dos soldados, que estaban prevenidos de taparme la boca para que no pudiera llamar la atencion con mis gritos. Inmediatamente se me condujo donde mi raptor, quien, en vez de caricias, no hizo sino intimidarme con sus amenazas si no condescendia á sus brutales deseos. Al dia siguiente antes de amanecer me ví al lado de los mismos dos soldados, todos tres á caballo saliendo de Caracas, y apenas se me dijo, que nos dirigiamos al Reino (8). Yo no tenia libertad para nada en medio de mis conductores, ni se me dejaba acercar á persona alguna, de temor seguramente de que yo diese parte á mi familia de lo que me pasaba. En estos

mismos términos se me ha traido hasta este lugar, sin haber sabido en muchos dias ni cómo se llamaba mi pretendiente. En Santafé tuve intencion de pedir proteccion en un convento para librarme de este malvado; pero no se me dejó salir de la casa ni un dia, ni los dos custodios me dejaron sola un momento. Hoy me hallo embarazada de cinco méses, soy tan patriota como usted, pero mas desgraciada!!! » Cuando esto decia derramaba Panchita lágrimas copiosas; y se retiró á su aposento precipitadamente. Yo temí que Barrada se acercase; pero no fué por esta causa que Panchita interrumpió su relacion, sino, segun me lo dijo otro dia, porque si el capitan le hubiese conocido que habia llorado, estaba cierta de recibir un mal tratamiento, que, si lo sentia era mas por el hijo que tenia en sus entrañas, que por su propia vida. Imagínese cuál seria el interes que me inspiró esa graciosa jóven con la concisa relacion de su historia. Yo quedé absorto y contemplativo; bien sabia que la señora no era sino una dama del capitan y no su esposa; pero estaba lejos de suponer el modo tan vil como se la habia apropiado. ¡Qué desgraciado es un hombre cuando su corazon se halla agitado del sentimiento de la pena de otro sin poderla aliviar! Esta era mi situacion. Yo hubiera hecho cualquier sacrificio, por costoso que fuese, para arrancar á esa señora de las garras de su raptor y déspota galante; pero ¿ cuál hubiera sido el resultado? mi sacrificio infructuoso, el de ella y de su hijo. El mayor esfuerzo de mi parte pudiera considerarse al que un cautivo hiciera para despedazar con sus dientes una jaula de hierro al mismo tiempo que se le habia impuesto pena de la vida si intentaba siquiera semejante imposible. Dejemos á esta señora bañada en su justo llanto, hasta muy en breve, que tendré oportunidad para escribir nuevos rasgos que la hagan conocer mejor, y volvamos al caso de las distribuciones.

Tal fué mi consagracion al trabajo encomendado por mi capitan, que al cabo de dos semanas pudé presentarle las distribuciones ya formadas. Al anunciárselo me ordenó, que hiciese en plantilla separada el resúmen de todas ellas; lo que verificado, puse la plantilla á la vista del capitan, quien sin duda notó, por el resultado y la comparacion con el cargo que se le formara, un fuerte alcance de mas de diez mil pesos; en cuya virtud me previno hiciese de nuevo las distribuciones, instruyéndome que cargase á cada individuo de tropa dos reales mensuales para jabon, y á toda la compañía, seis reales diarios por garbanzos, frijoles y especias para el rancho, en lugar de un real semanal que se habia cargado á cada soldado para jabon, y cuatro reales diarios para el aliño del rancho (9).

Me ocupaba pues de rehacer los documentos segun las nuevas órdenes que se me habian dado; y uno de esos dias volvió Pan-

chita al escritorio y despues de saludarme amablemente, me dijo: «Escusado es advertir á usted, que cuanto le dije el otro dia debe permanecer en su pecho sin comunicarlo á persona alguna de este mundo; pero si alguna vez, sin comprometerse usted, se le presenta algun medio seguro para hacer saber á mi familia la suerte desgraciada que me ha cabido, no lo escuse usted. Puede suceder que alguno de los dos soldados, instrumentos de mi rapto, que han desertado cansados de sufrir las impertinencias de su patron, puede suceder, digo, que esos den á mis parientes algunas luces sobre mi situacion: ¡no tengo otra esperanza de ser redimida de esta horrible esclavitud!!!...» y, anegándose otra vez en llanto, se retiró á su aposento precipitadamente. En el acto mismo empecé á discurrir los arbitrios de que podria valerme para revelar á la familia de Panchita la suerte de esta desgraciada; y por entonces no me ocurrió otro que el de dirigirle una carta anónima con letra disfrazada, haciéndole una ligera indicacion del estado de Panchita, de su inocencia en la desaparicion del hogar paterno, y del modo como se le habia sacado subrepticiamente. Para el logro de mi designio me faltaba la ocasion de estar en algun lugar en donde hubiera correo para Venezuela, y resolví no escribir la carta hasta que se me proporcionase dicha ocasion; y no correr, entretanto, el riesgo de que por cualquier accidente fuese descubierta la carta y llegase á la vista del capitan.

En otro de esos dias volvió Panchita al cuarto en donde yo escribia, y me preguntó, si en la compañía habia muchos patriotas; á lo que le repuse, que habiamos como 20 prisioneros de los patriotas que habian sido condenados al servicio de las armas; y ella me dijo: «yo pudiera señalar lo menos 5 de los patriotas á quienes veo de lejos, pues su aire y sus maneras me parecen de gente decente.» Y continuó: «¿Hay alguna esperanza de patria? dígame usted lo que sepa.» Yo no tuve embarazo en referirle lo que sabia, con cuyas noticias ella se manifestó consolada, y me contestó: «no en valde tiene tanto miedo Barrada! ¡Ojalá vinieran los patriotas y despedazaran esta fiera, aun cuando yo fuese tambien sacrificada! Hoy ha salido á recorrer los destacamentos, porque se le ha dicho que los patriotas intentan darle un asalto. Uno de sus asistentes le acompaña: otro ha ido á buscar la carne de raciones, y el tercero pica ahora la caña del caballo: oigalo usted; mientras dure en este oficio estoy segura de no ser vista en este puesto. La india vieja que me cocina me ha dicho, que ella le guisa á usted la racion, y que le tiene mucha lástima: ella me parece muy buena. ¿Tiene usted un pañuelo, démelo pronto.» Todo esto lo decia sin interrupcion, y sin darme lugar á dirigirle alguna pregunta. Las noticias que yo le habia dado la tenian llena de gozo. Yo le dí mi pañuelo sacándolo de mi gorro de cuartel; y.

volviendo ella á colocarlo en el mismo gorro, me espresó, que aceptase el regalo que se contenia en él, pues sabia que pasabamos muchas necesidades: que siempre que le fuera posible repetiria el regalo, aun cuando tuviera que valerse de la cocinera. Adios: ya acabó el asistente de picar la caña,» fueron sus últimas palabras, y se retiró á toda prisa como otras veces. La curiosidad me condujo á saber lo que contenia el envoltorio del pañuelo, y hallé en él cuatro pastillas de chocolate, cuatro galletitas, y una docena de cigarros. En esas circunstancias yo no hubiera cambiado este don al peso de oro.

Al cabo de diez dias rendí el nuevo trabajo de las distribuciones, y formé el resúmen en una planilla como se me habia prevenido cuando presenté las primeras. El capitan la examinó, y, no hallándola todavía á su contento, me preguntó si las sumas estaban sacadas con cuidado. «Sí señor, le dijé, están exactas, y repetidas veces las he verificado.» «Pues cargará usted diez reales diarios en lugar de seis por los condimentos del rancho, y á mas tres reales por mes á cada individuo de tropa por el lavado de cordones, y por dar el color blanco á los correages y el negro á la cartuchera (10): ocho dias tiene usted cuando mas de término para entregarme el trabajo que le ordeno, en la inteligencia que, si es necesario escribir de noche, así debe usted hacerlo.» Empecé, pues, mi tercera obra, durante cuyo trabajo pude ver algunas veces á Panchita, y recibia de ella los regalos de chocolate, galletas y cigarros. Precisamente al octavo dia pude concluir las distribuciones, atareándome incesantemente. El capitan halló á su satisfaccion el resúmen, y solo hizo la observacion «que faltaba por poner la suma de 900 ps. que importaba el menage de la compañía, constante de calderos, hachas, machetes, cuchillos de cocina, etc., etc. (11) Se agregó, pues, esta partida en los mismos términos en que fué dictada por el capitan, quien me presentó el cargo, que pasaba de 50,000 ps., y me hizo proceder al balance, por el cual alcanzaba al Rey en mas de 4,000 ps., que le fueron satisfechos sin tardanza alguna. El sargento primero de la compañía fué llamado á firmar las referidas distribuciones, lo que hizo sin exámen; y despues las certificó el capitan, asegurando bajo su firma, que eran corrientes. Concluido mi trabajo, mi capitan me previno que pasase á hacer el servicio en la compañía, pues ya no tenia él en que ocuparme. Obedecí haciendo votos porque se me presentasen ocasiones semejantes para volver á ver á la interesante cautiva.

Y ya que he mencionado al sargento primero, séame permitido hacer una digresion, como entre paréntesis, para pintar el carácter feroz de ese hombre, y que se considere todo lo que tendríamos que sufrir los que le estábamos inmediatamente subordina-

dos. Era un hombre mas grueso que alto y estaria en la edad como de 45 años. Su nombre Manuel Gonzalez, natural de Galicia, y habia pertenecido al antiguo regimiento del Ausiliar á las órdenes de Sámano. Una noche en que, como de costumbre, se presentó ébrio en la lista de ocho á predicarnos mil disparates con el objeto de advertirnos, que nos daria 200 palos si las correas no estaban bien blanqueadas, bien lustrada la cartuchera, y los botones y demás piezas de metal bien limpios; agregando, que todos los granaderos éramos unos pícaros, cuando debiamos ser el espejo del ejército: una noche, digo, nos molestó tanto con sus monótonas exortaciones que repetia sin variar ni una sola palabra en mas de una hora de sermon, que al despedirse, dándonos las buenas noches, un granadero de la izquierda pronunció suavemente *chit*. El sargento que lo oyó, nos previno que formásemos nuevamente, y empezó á investigar la persona que habia *chistado*, protestando que le iba á fusilar, y que si no se le denunciaba al que se habia atrevido á *chistar*, quintaria inmediatamente la compañía, y haria fusilar á los que les tocase la suerte. Como todo esto lo decia bamboleándose, porque no podia permanecer en pié, y como, por otra parte, él no tenia facultades para ejecutar sus amenazas, yo, lejos de temer á ese bárbaro, me divertia al verlo y oirlo balbuciar disparates, tratando hacer el papel de un soberano. Ninguna persona le contestaba, y él seguia requiriendo á todos á que le denunciasen al autor del *chit* para fusilarlo, hasta que, despues de otra hora de prédica y apercibimientos, se despidió, ordenando que nos acostásemos en nuestros tablones sin articular palabra. No bien habia vuelto las espaldas nuestro sargento, cuando se repitió el mismo *chit*. ¡Y aquí fué Troya! Cerrando entonces la puerta del salon, y tomando el mochilero, que era un palo sólido de cuatro á cinco varas de largo, dos pulgadas de diámetro con un semicírculo de hierro en un estremo, pues tal instrumento sirve para colgar y descolgar las mochillas en las perchas mas altas de la cuadra, empezó nuestro sargento con sus fuerzas hercúleas á dar tan sendos golpes, y á batir aquí y allí su mochillero sin ver á quien ofendia, que fué necesario ocultarnos bajo los tablones, aquellos que á los primeros *mochillazos* no habíamos quedado fuera de combate: aún no estábamos allí seguros, pues el cruel sargento empezó á hurgarnos fuertemente con los ganchos de fierro, en términos que nos fué preciso sacar los ladrillos, y, envolviéndolos en nuestras mantas, formar por delante una especie de parapeto, al cual debemos muchos de nosotros no haber sido gravemente heridos como lo fueron otros: casi todos, sin embargo, fuimos estropeados, cual mas, cual menos; pero mas de diez y seis tuvieron que pasar al hospital, y algunos de estos quedaron inútiles para siempre por haberles quebrado una pierna, un brazo, ó

héchole otra contusion grave. Cansado el sargento de batir al mochillero, se retiró á su cuarto profiriendo nuevas amenazas, y prorrumpiendo en insultos y desvergüenzas tales, que la decencia no me permite estampar. Cuando estuvimos seguros de que este bárbaro dormia profundamente, fuimos saliendo debajo de los tablones sin que se oyesen sino quejidos articulados en voz baja, de los que mas sufrian los dolores de sus heridas. Al dia siguiente, doce de los soldados mas considerados pusieron la queja al coronel Cárlos Tolrá, quien ordenó el arresto del sargento; pero cuando todos esperábamos que el malvado sufriese un juicio y se le condenase á muerte, tuvimos el dolor de verle libre antes de las cuatro horas de su detencion! Preciso era que se contemplase al cómplice de los robos del capitan. Entre los oficiales y demás clases de mando de los españoles de aquel tiempo sucedia lo mismo que he dicho de los maestros: no era bueno ni considerado sino el que era mas cruel con los americanos; y á propósito voy á bosquejar un cuadro de otro de nuestros mandones.

Era un teniente Samoyar, ayudante segundo del batallon segundo de Numancia, á que yo pertenecia. Jóven elegante y presuntuoso, y al parecer de alguna instruccion; Samoyar se distinguia tambien por su crueldad. Ordinariamente á la llamada de por la tarde para la instruccion del cuerpo, Samoyar se paseaba en la puerta del cuartel con un baston ordinario para tener la complacencia de golpear fuertemente á los soldados cuando entraban; y esto lo hacia riéndose á carcajadas, como sucede á un muchacho cuando en sus juegos infantiles persigue á otros con algun jiron de tela suave y lo alcanza y lo azota con él. Así es que nos guardábamos bien de que al toque de llamada nos encontráramos en la calle, porque era seguro que ese bufo de mala ley nos maltratase por solo el placer de hacerlo, pues concurriendo al cuartel con puntualidad y antes del toque de llamada, no habia motivo para que se castigase así á los pobres soldados.

Y si esto hacia un jóven de educacion, ¿qué no harian los sargentones ordinarios? Júzguese por esto lo que tendria yo que sufrir bajo la mano de fierro de los dominadores íberos.

A los pocos dias de haber vuelto á continuar mis servicios de soldado, sucedió que una partida realista prendió por los lados de Tamara y Nunchia á un tal Montilla, hombre blanco y de alguna edad, y cuatro indios mas, los cuales fueron conducidos al reducto de Paya, lugar en donde se colocaba por mas seguridad á cuantos infelices caían en manos de los españoles, mientras se les interrogaba inquisitorialmente para cortarles luego la cabeza, cuya ejecucion se cometia á un cabo llamado Genovés, hombre de talla y fuerzas atléticas; y el sacrificio se hacia á la orilla del rio

hoy á las siete ú ocho de la noche. Al dia siguiente me tocó la guardia del Reducto, y estando bañándome con licencia en una quebrada inmediata, se me apareció la cocinera de Panchita, y, encargándome el secreto, me dijo: «La señorita quiere que usted sepa que ya el capitan dió la órden para que esta noche se corte la cabeza á los presos que trajéron de Morcote.» «Dígale usted que estoy impuesto, y retírese pronto,» fué toda mi respuesta. Me vestí y regresé al reducto combinando el modo de dar esta funesta noticia á los pobres presos, y tratando de salvarlos, lo que verifiqué con el mejor suceso, como voy á referir.

Debia hacer el cuarto de centinela de las tres á las cinco de la tarde en la barraca que servia de calabozo á los presos. Estos se hallaban en la soga; es decir, atadas las piernas con una cuerda de cuero de vaca cuyos estremos se aseguran á la altura de dos piés en puntos en donde puedan alcanzarlos los pacientes, templándola cuanto es posible; de manera que solo pueden escapar cortándola; pero, como es de suponerse, se les registra de continuo para precaver este accidente. Colocado pues en mi puesto, procuré insinuarme con el mas grande disimulo, dirigiéndome á Mantilla: «Prepárense ustedes á morir á las siete de esta noche,» les dije, en voz apenas perceptible. «Pero, señor, me dijo Mantilla, ¡ cómo es posible que se nos mate sin confesion!» «Aquí no se usa eso, le contesté.» «¡ Pero, señor, me replicó temblando, ¿ cuál es nuestro delito? Yo no he sido sino vocal del Colegio Electoral de Casanare.» «Aun cuando usted sea un santo va á morir precisamente.» «Pero, señor, ¿ no podré hablar con el señor comandante? yo le diera las vacas y caballos que tengo porque no me matase.» «El comandante está en el pueblo, y él no admitiria la propuesta de usted, sírvale de gobierno que á nadie se perdona que haya sido cogido del lado de Casanare; pero si usted no quiere que le corten la cabeza como á un cordero, puede escaparse con sus compañeros, con toda seguridad. Tome usted este pedazo de hoja de lata, y ocúltelo entre la tierra: él le servirá para cortar la soga: luego que esté la guardia rezando el rosario pueden ustedes, ya sueltos, desarmar por sorpresa al centinela que me va á relevar, y salir violentamente, derribando al foso el otro centinela del puente levadizo: ya entonces está muy oscura la noche, y pueden ustedes bajar la cuesta á escape y salvarse por entre el monte, llevando un fusil mas á los patriotas. ¿ Tienen ustedes resolucion? «Sí señor, me dijo Mantilla.» «Pues no hay mas que hablar: yo soy patriota y tengo interes en que ustedes se salven; silencio, union y resolucion: si no se escapan, despues del rosario son degollados á la orilla del rio. «Dios lo bendiga» fueron las últimas palabras de Mantilla (12.)

A la hora precisa suena un tiro: ¡ á las armas ! dijo el oficial

de guardia: todos tomamos las nuestras y salimos precipitadamente: la centinela del foso habia caido con su fusil, y lo habia disparado para dar el pronto parte de la novedad: la centinela de la puerta habia perseguido desarmado á los fugitivos y daba voces desde la cuesta; ¡por aquí van! ¡por aquí van! El oficial de guardia, informado de la novedad, ordenó que la tropa se dispersase con el sargento y dos cabos en persecucion de los presos prófugos. Yo era uno de los perseguidores, y hacia muy bien mi papel, declamando á la par de mis compañeros contra esos pícaros que se habian escapado. Cuando llegamos á la quebrada, distante del reducto como ciento veinte pasos por la parte más inmediata, yo disparé mi fusil dando la voz « ¡ por aquí van!» Acercados algunos soldados les manifesté: « que uno de los prófugos se escapaba por allí, y que tal vez lo habia herido, porque no estaba muy distante cuando le hice el tiro. » Todo esto era falso, pues no tuve otro objeto que el de intimidar á los prófugos para que advirtiesen que se les perseguia, y no se dejasen cojer, y acreditar, al mismo tiempo mi zelo, para evitar las sospechas de connivencia en el crímen. Regresamos al reducto sin la presa que perseguiamos, y al instante ordenó el oficial de guardia que los dos centinelas fueran puestos en la soga.

Al empezar la aurora del dia siguiente se repitió la operacion de buscar á los fugitivos hasta entre el monte; pero todo el resultado de la indagacion fué el de haber encontrado una manta vieja y un sombrero cerca de la quebrada. A las nueve se relevó la guardia y bajamos al cuartel, situado en el pueblo; allí supe que, durante la noche habian marchado partidas por diferentes direcciones, en persecucion de los presos fugitivos, y que se habia mandado avisos á todos los destacamentos y avanzadas para que se doblara la vigilancia.

A poco rato se apareció el capitan, hizo formar la compañía, y echando espuma de rabia nos hizo un discurso todo de insultos y amenazas. Juraba hacer cortar la cabeza á los granaderos que pudieran resultar culpables de la fuga de Mantilla y compañeros, que esperaba serian cogidos antes que pudiesen penetrar en los Llanos, y le harian las revelaciones que deseaba para acabar de purificar su compañía con la muerte de otros traidores como Lara, Pulido, Galiano, Corona y otros que habian sido fusilados. Ordenó que se instruyese una sumaria averiguacion del hecho, y que los dos granaderos que estaban de centinela al tiempo del acontecimiento continuasen presos hasta que se decidiese de su suerte en un consejo de guerra. Previno igualmente que todos cuantos habiamos hecho centinela en el calabozo nos mantuviésemos dentro del cuartel, y fuésemos supervigilados. » Concluidas las declamaciones del capitan, y retirándose éste ciego de cólera, siguieron los

no menos bruscos sermones de nuestro sargento primero, y se empezó el proceso.

En el mismo dia se recibió mi declaracion contraida á lo siguiente: Primera pregunta, si cuando yo habia entrado de centinela de tres á cinco se habian registrado los presos, y si tenian algun fierro ó instrumento cortante. Respuesta: fueron registrados y no se les encontró ningun fierro, etc. Segunda, si la soga estaba en buen estado y ellos bien asegurados. Respuesta afirmativa. Tercera, si habian visto que alguno se acercase á hablar con ellos. Respuesta: no se ha acercado nadie mientras yo he estado de centinela. Cuarta, si sabia ó inferia que el centinela que estaba en el calabozo á tiempo del suceso, ó algun otro individuo de la guardia les hubiera dado algun auxilio ó consejos para evadirse. Respuesta: ignoro el contenido de la pregunta. Todos los de la guardia fueron examinados en los mismos términos; y nada se pudo averiguar. Los granaderos que estaban de centinela en el calabozo y puente levadizo eran de la mayor confianza de los españoles; y se puede asegurar que yo era el mas sospechoso por mis precedentes; pero oponia siempre el argumento del tiro que habia disparado á los prófugos; y verdaderamente debilitaba con esta razon las prevenciones que hubieran contra mí.

Al dia siguiente fué la india cocinera de Panchita á llevarme la racion guisada, y con mucho disimulo me dijo: « La señora me ha encargado decir á usted que en Morcote han cogido uno de los presos, y que lo traerán aquí. » Yo, sospechoso de algun lazo que pudiera tenderme mi capitan, valiéndose de la india, le contesté: « me alegro, porque se sabrá á la llegada del preso que yo soy inocente, y no se me amenazará ni maltratará. » Poco despues era la voz pública en toda la compañía, que habia sido cogido uno de los presos, y que ya se habia mandado una partida para que lo trajese de Morcote. Era, por tanto, casi seguro que yo seria denunciado de haber aconsejado la fuga, y dado el pedazo de hoja de lata para romper la soga, y con solo el testimonio del preso, mi cabeza seria cortada como lo habia protestado el capitan.

En tal evento hice la resolucion de invitar á un soldado Reyes, patriota, y que me daba muestras de estimacion, á desertar esa noche y dirigirnos á Casanare. Tarde ó temprano le dije, todos los prisioneros condenados al servicio vamos á morir en manos de los godos, aun cuando nos portemos bien con ellos: así, es mejor procurar escaparnos para servir á la Patria, que permanecer entre estos malvados: á lo menos, si la fortuna no nos ayuda, perderemos pronto una vida tan amenazada y llena de tormentos. » Reyes me preguntó si tenia dinero para lo que pudiésemos necesitar. Yo le dije, que no tenia ni medio real, pero que podiamos vender dos camisas, dos pantalones y cuatro pañuelos de mi pro-

piedad; y que si lográbamos llegar con felicidad á casa de mi compadre Mateo, que habitaba en un sitio llamado la Chorrera, como á dos horas distante del pueblo, yo seria allí auxiliado con víveres, y tal vez se nos proporcionaría tambien una persona práctica para guiarnos á Pore, en donde él seria hecho cabo de escuadra; pero que esa noche misma debiamos precisamente desertar. Reyes convino y se encargó de vender con la cautela posible las prendas de ropa, que nos produjeron tres pesos fuertes. A la espalda del cuartel habia una peña muy elevada, á la orilla de la cual se hacian las diligencias corporales; y aunque con dificultad y peligros se podia bajar por un borde hasta una quebrada profunda con bosques espesos á un lado y otro. Tanto Reyes como yo conociamos ese peligroso desfiladero, única puerta de salvacion, y deliberamos emprender por esa parte nuestra marcha tan luego como oscureciese la noche. Llegado el momento preciso salimos de la barraca uno en pos de otro haciendo Reyes de mi guardian, con solo nuestras mantas, pretestando ir á dar del cuerpo. Reyes me precedia. Ya habiamos vencido como una cuarta parte del risco, cuando siento que mi generoso compañero se precipita: «¡me maté! » fué todo lo que alcanzó á decir. La inmensa altura de ese abismo, y las muchas piedras de la quebrada en donde se termina, no me dejaron esperanza la mas remota de que Reyes pudiera haber sobrevivido un solo instante; y en tan triste evento, resolví volver á entrar en el cuartel, y esperar con resignacion los golpes del destino, entregándome á la Providencia. Solo, me era imposible superar tantos obstáculos como se oponian al logro de mi proyecto: el temor de correr la misma suerte de Reyes, influyó tambien á esta resolucion, que tomé sin vacilar, porque debia entrar en la barraca antes que la tardanza diese lugar á alguna sospecha.

Muy á la madrugada del dia siguiente oí desde mi cama que un soldado hablaba al sargento de la guardia diciéndole, que el prófugo prendido se habia escapado nuevamente esa noche en medio del grande aguacero que habia caido; pero que como iba atado de los brazos, y se habia tirado por una cuchilla muy elevada, esperaban que se habria hecho pedazos. Pronto se divulgó esta noticia en la compañía, y yo, sin embargo del placer que ella me ocasionaba, procuré disimularlo, y aun fingir «que estaba apesarado por el escape del reo, porque si él hubiera llegado, se habria puesto en claro todo lo que pasaba, y se me libraría de ser mirado como sospechoso.» La india cocinera me llevó el desayuno como de costumbre, y me dijo secretamente: «que la señora me mandaba decir, que el preso se les habia escapado ; » á lo que yo le contesté consecuente á mis temores : « que lo sentia , porque mis sufrimientos continuarian mientras se me tuviese por sospe-

choso.» La india me agregó. «El capitan ha estado muy bravo desde que le trajeron el parte, y ha dado tantas patadas á la señora, que la ha hecho malparir y la criatura se ha malogrado, porque nació muerta; ¡pobre señora! está muy mala.» Yo le dije si sabia la causa del estropeo de la señora, y ella me contestó que no sabia nada; pero «que creía que habia sido por desfogar la rabia que habia tenido el capitan con la fuga del preso.»

La desaparicion de Reyes, á quien se daba por desertor, hacia formar juicios sobre su complicidad en la fuga de Mantilla y sócios, no obstante que él no habia hecho centinela en el calabozo; pero como su ausencia coincidia con la captura de uno de aquellos, todos sospechaban que habia desertado por temor de ser descubierto. Su cuerpo fué denunciado por los gallinazos á las cuarenta horas de haberse desriscado; y cuando se le condujo al pueblo estaba ya tan descarnado, que apenas podia conocérsele: su cráneo y todos los huesos estaban hechos pedazos. Mas su muerte continuó produciendo buen efecto, pues siempre se le suponia el ausiliador de la evasion de Montilla y compañeros; y con este motivo se disminuyeron las sospechas que se habian podido concebir contra mí y otros granaderos, tanto mas, cuanto que del proceso no resultó cargo ninguno que pudiera hacérsenos. Pero no por esto se dejó de supervigilarme, pues no se me volvió á nombrar de guardia para ningun puesto; y todo mi servicio fué en adelante mecánico, como es el de cuartelero, y ranchero. Se dijo que el proceso se habia mandado á Santafé al virey Sámano, y que se esperaban algunas órdenes con respecto á los prisioneros condenados al servicio; pero hasta hoy ignoro lo que se resolviera.

# CAPITULO XII

Regresa mi compañía para Santafé.—Se me quita mi fusil útil y se me dá uno dañado.—Veo por la última vez á Panchita.—En Sogamoso se reciben nuevas órdenes.—Mi compañía se dirige á Zapatoca.—Se me manda preso á Tunja y de allí á Santafé.—La fortuna me favorece.—Se me destina de talabartero.—Al fin se me da licencia absoluta.—Antes de esto se había ofrecido mejorar mi condicion, y rechazo la propuesta por creerla humillante.—Inconvenientes que tengo para ir á Popayan.—Resuelvo incorporarme á una partida de guerrilla patriota.—Doy á este efecto algunos pasos.—En la Mesa de Juan Diaz recibo la noticia de la derrota de los españoles en Bogotá.—Mi gozo y mis designios.—Paso la noche en pié.—Llegada de un cuerpo enemigo.—Distingo entre los presos al doctor Vicente Azuero.—Mis esfuerzos peligrosísimos para salvarlo.—Buen éxito.—El centinela y otro de los presos son despedazados por el oficial de guardia al descubrir la fuga de Azuero.—Reflexiones.—Mi desesperada posicion. Me armo de una pistola y trato de buscar medios para perseguir á los derrotados.—Un lance crítico.—Soy reconocido oficial por un grupo de patriotas.—Sorprendo una partida española de caballeria.—Ya cuento como 25 hombres.—Recibo una escitacion del cura.—Marcho en persecucion del enemigo.—Pico su guardia de prevencion y rescato algunos presos.—Mis soldados quieren regresar á sus casas antes de continuar la marcha.—Resistencia séria de éstos.—Se me aconseja seguir á Santafé y así lo resuelvo.

Como veinte dias habian corrido cuando se recibieron las órdenes que hacia tiempo se esperaban; y en consecuencia de ellas á las veinticuatro horas se puso la compañía en marcha para Santafé, dejando Barrada el mando de la columna á un capitan del batallon del Rey. Hasta la llegada á Sogamoso no me ocurrieron sino dos sucesos que merezcan referirse: El primero fué, haberme quitado mi fusil útil y dádome uno dañado; y el segundo, haber visto en el Páramo por la última vez á Panchita, que durante un alto pasaba á caballo tan cubierta que solo los ojos podian recibir el aire libre, no me fué lícito sino bajar los mios en señal de sentimiento. A la verdad, yo sufria un tortor contínuo con la consideracion de esa interesante criatura, víctima de la pasion brutal del bárbaro Barrada. Precisamente en Sogamoso cumplí la recomendacion de Panchita, dando aviso á su familia de la situacion en que ella se encontraba, etc.

Allí se recibieron nuevas órdenes del virey, en virtud de las

cuales la compañía se dirigió á Sapatosa, y á mí se me mandó preso á Tunja, de donde al siguiente dia de mi llegada se me remitió á Santafé sin decirme la menor palabra. Entrado en Santafé se me condujo á la casa que habitaba un capitan Vengoechea, bien conocido en esa capital por sus crueles acciones. En su habitacion tenia un piquete del segundo batallon de Numancia á que él pertenecia, y tambien estaba allí la maestranza de morriones para el cuerpo. Entiendo que el capitan ignoraba quién era yo, y tal vez, por quien sabe qué casualidad de tantas que me han favorecido en mis mas críticos lances, hasta ignoraba que yo iba en calidad de preso, pues á pocos dias de haber llegado me preguntó si yo pertenecia á los que trabajaban en los morriones, y, habiéndole contestado que no, me dijo: que él no queria vagabundos, y que, mientras me incorporaba en mi compañía, era preciso que ayudase en algo á los talabarteros, á cuya disposicion me puso. Sin saber siquiera tomar la lesna tuve, pues, que ayudar al trabajo en cuanto me era posible; pero en remuneracion se me dejaba salir á la calle en los dias y horas de descanso.

Mas de dos meses habian corrido y yo continuaba en este mismo estado; hasta que el 24 de junio de 1819, cumpleaños del virey don Juan Sámano, por empeño de mi prima la señora Baltasara Vergara, esposa del capitan don Laureano Grueso, al servicio del rey, logré que el espresado virey me ofreciera la licencia absoluta, á condicion de poner en mi lugar dos hombres vestidos. Mi escelente protectora y tia Eusebia Caicedo me dió el dinero bastante para enganchar y vestir los dos reclutas; y el 28 del mismo mes, á los tres años cabales de cautiverio y de toda clase de padecimientos, se me otorgó por fin la libertad, aprovechando un momento de buen humor de Sámano, cosa que no le era familiar.

Interrumpiré el hilo de los acontecimientos para referir una interesante circunstancia que por distraccion habia omitido en el lugar correspondiente.

Interesada en mi bienestar mi tia Eusebia, se habia empeñado con el oidor doctor Jurado, sugeto humano y respetable, para que me consiguiese mi licencia. Este señor habia dado sus pasos al efecto, pero nada habia podido lograr. Sin embargo, habiendo sido nombrado para una plaza en la audiencia de Puerto-Príncipe, y debiendo partir á su destino, me hizo proponer por conducto de mi referida tia: «que si queria acompañarlo en clase de asistente, me llevaria á la Isla de Cuba, y allí me sacaria la licencia y me proporcionaria medios para regresar á Santafé; ofreciendo, ademas, que solo llevaria el nombre de tal asistente; pero que no me ocuparia en nada que me fuera degradante; y que, por el contrario, procuraria usar para conmigo de todas las consideraciones que le fueran posibles.» Yo habria aceptado este benévolo ofreci-

miento; pero juzgando que el nombre solo de asistente imprimia sobre mi carácter el sello del oprobio y la humillacion, lo rechacé decididamente, prefiriendo correr los rudos azares de mi triste situacion. Tal vez yo he sido demasiado escrupuloso en esto de interpretar lo que es la dignidad del hombre; mas si este es un defecto, atribúyase al modo de ver las cosas como yo las veo, ó sea á mi génio natural que no me permite descubrir límites en la estension de lo que considero punto de honor, ó sea de delicadeza.

Ya he dicho que tenia mi licencia: estaba por tanto libre para irme á mi pais; pero no me atrevia á verificarlo por el temor de que, siendo muy conocido en Popayan, los enemigos de la independencia me pudieran perseguir y causarme nuevos males. Por otro lado, me era vergonzoso presentarme en aquella tierra en mi calidad de liberto, cuando las noticias del progreso que hacian los patriotas de Venezuela y Casanare, fortificaban las esperanzas de una pronta reaccion. Resolví, pues, ponerme en relaciones con algunas personas que me pudieran hacer llegar hasta donde se encontrase el coronel José Ignacio Rodriguez, que á la cabeza de un grupo de patriotas se hallaba en las inmediaciones de la Mesa de Juan Diaz, haciendo lo que le era posible para llamar la atencion de los enemigos por aquella parte del Sur, y reanimar al mismo tiempo la opinion contra los españoles. Adquirí sin dificultad los datos suficientes, que me abrian el camino para incorporarme al coronel Rodriguez; y aun se me dió un anteojo para llevarle. Tomé, pues, mi pasaporte para Popayan, y partí á fines de julio, habiendo llegado á la Mesa con un primo mio comerciante. Allí debia encontrar una direccion segura del punto fijo en donde debia estar el coronel Rodriguez; pero en esos dias le habian perseguido algunos destamentos enemigos, y se ignoraba su paradero: se me dijo, sin embargo, por una señora Olaya, hermana del teniente coronel de este nombre, y uno de los patriarcas recomendables de la independencia, que se hallaba oculto, á quien se me habia recomendado para que me diese las direcciones correspondientes: que me esperase tres dias, dentro de los cuales debia tener noticias fijas. Al cuarto me manifestó, que del otro lado del paso de Portillo, cerca del Peñon de Tocáima, debia encontrar un sugeto que me esperaba para llevarme donde yo deseaba, cuyo nombre se me ocultó por precaucion. En efecto, marché, y en el mismo dia llegué al punto indicado, en donde una persona, que apenas conocia de vista, me dijo: «que convenia antes de unirme al coronel Rodriguez que regresase á la Mesa á traer un aviso á la señora Olaya, en virtud del cual debia obrarse una sorpresa á la guarnicion de ese pueblo; y que ninguno mejor que yo podia cumplir el encargo. Satisfecho de la importancia de

esta mision no vacilé en darle su cumplimiento; y al instante me moví para la Mesa, y anduve por la noche hasta cerca de la hacienda del Tigre, en donde reposé hasta el alba; y á las seis de la mañana ya habia comunicado mi embajada á la señora, quien me dijo que debia esperar la respuesta hasta esa noche, pues estaban distantes las personas á quienes iba á comunicar el recado que le habia traido.

Eran las diez de la noche y no se habia tenido todavía la respuesta. Yo estaba desesperado por regresar pronto y dar pruebas de mi fidelidad. A esa hora me dijo la señora llena de alegría: «¡Viva la patria! Los godos Alguacil, Clemente y demás están ensillando sus bestias á toda prisa para emigrar.» Aseguro que nunca he tenido mas júbilo que al oir esta nueva. En mi transporte pude haber sofocado á fuerza de abrazos á esa buena señora, por cuyos labios hablaba el ángel del consuelo. «¿Quién le ha dicho á usted tal cosa? ¿De dónde lo sabe usted?» pregunté yo. «Me lo acaba de decir una mujer, me contestó, y ya la he mandado otra vez para que se informe bien.» Sin mas réplica me dirigí á la plaza del lugar á ver con mis propios ojos una escena tan interesante, y cuyo anuncio me parecia un sueño: muy pronto me persuadí de la realidad del hecho, ya porque observé el movimiento de caballerías en las puertas de los españoles, ya porque un padre agustino (13) muy patriota, á quien yo habia conocido donde mi tia Eusebia, me lo confirmó. Yo volví loco de contento casa de la señora Olaya, y le propuse partir en el acto á dar la noticia al sugeto confidente, para que ella llegase pronto á oidos del coronel Rodriguez y obrase este en consecuencia; pero la señora me dijo que ya ella habia tomado las providencias correspondientes al efecto, y que no habia necesidad de que yo mismo fuese de mensajero, pues no siendo práctico de las veredas desviadas del camino principal, podia correr algun peligro.

Muy pronto empezaron á pasar emigrados y derrotados; y como yo no me recosté ni un instante, tuve el indecible gusto de estar en espectativa toda la noche del tragin que causaban los que huian. A la mañana siguiente entró el general Calzada, segundo de Sámano, á la cabeza del batallon Aragon, y algunas otras reliquias de los cuerpos derrotados de la tercera division, conduciendo varios presos notables, entre los cuales iba el doctor Vicente Azuero, mi compañero de prision en el colegio del Rosario. Entonces salí de la casa, y me dirigí, á guisa de emigrado, hácia el lugar en donde debia hacer alto Calzada, con el objeto de favorecer del modo que me fuera posible a los presos, los cuales fueron colocados en la cárcel del lugar, miéntras la columna se detuvo en la plaza á pocos pasos de distancia. Tres ó cuatro veces habia pasado por frente de la cárcel, y no me habia sido posible ver al

doctor Azuero, hasta que al fin logré mis deseos, y pude hacerle con disimulo un signo de saludo que me fué correspondido, indicándome con la mano que me acercase. Así lo hice, y al llegar á la puerta principal conocí por las señales del doctor Azuero que deseaba escaparse y necesitaba de mi cooperacion. En tal virtud le indiqué que saliese por detrás de la centinela mientras yo llamaba la atencion de ésta para distraerla, lo que se verificó con la mayor fortuna. Habia llegado el doctor Azuero á la esquina de la cárcel, y observando yo que se detenia, me dirigí á él para saber el motivo de su demora : este señor me dijo : « ¿ Cómo haré para escaparme? ¿No ve usted cuánta gente viene por la calle que puede conocerme? ¿A dónde me dirigiré? » Yo le repuse : « Los momentos son críticos : váyase usted esta calle recta y éntrese al bosque, pronto, pronto. » En efecto, eran muchas las personas, entre emigrados y oficiales, que cubrian la calle por donde podia salvarse el doctor, quien se hacia tanto mas notable, cuanto que iba sin sombrero; pero la suerte nos favoreció admirablemente, pues no fué conocido de nadie, ni notado en los momentos críticos. Yo permanecí en su observacion hasta que lo perdí de vista, y lo consideré salvo; y dirigiéndome en seguida á la casa de mi habitacion, aún no habia andado cien pasos, cuando observé un movimiento en la tropa y oí algunos gritos furiosos en la plaza. No me quedó duda que se habia descubierto la fuga del doctor; y positivamente mis conjeturas habian sido fundadas. El oficial de guardia, capitan Estopiñan, luego que notó la fuga del doctor, asesinó al soldado que estaba de centinela, y no aplacándose su furia con este bárbaro procedimiento, sacrificó inhumanamente á un anciano de los presos que conducia. ¿Qué habria sido de mí si cuando se salvó el doctor Arnero se me hubiese visto en la puerta de la cárcel, ó á la esquina de ella tan á poca distancia de la puerta? Es seguro que me habrian hecho pedazos en el instante mismo : el peligro era inminentísimo. Yo me jacto de haber hecho este importante servicio á la patria y á la amistad.

Desesperaba por poder emprender alguna otra cosa que fuese de provecho á la vez que me ahogaba en mis deseos, por falta de medios para salir á la palestra. La señora Olaya y otros señores que estaban en su casa me aconsejaban prudencia cuando yo estaba mas frenético por ayudar de algun modo notable á la restauracion de la libertad de mi patria. Los que conocen mi genio impetuoso y la estension de mis patrióticos sentimientos, podrán juzgar de mi violenta situacion en aquellas circunstancias tan preciosas. Calzada continuó la retirada á mi propia vista, y el terror de los españoles estaba pintado en sus semblantes y manifestado en todas sus acciones. No me era ya posible sujetarme : la señora Olaya habia comprado algunas armas á los soldados dispersos, y

entre ellas habia una pistola, de que yo me apoderé y salí lleno de fuego á buscar algunos compañeros que quisieran ayudarme á perseguir á los enemigos, y libertar á los presos que llevaban. Ví algunos paisanos de ruana del lugar reunidos en una casucha, y me figuré que podian tener la misma intencion que yo, pues que siendo hijos del pais, debian ser patriotas. Me dirigí á la casa en donde estaban, y les saludé simplemente, procurando examinar su proyecto : ellos me miraban de piés á cabeza y se secreteaban : yo no me atrevia á manifestarles mi designio y mis opiniones, porque me recelaba todavía de ellos. De repente me toma uno la pistola que tenia oculta bajo mi manta, y otro saca del forro un machete. « Entregue usted esa arma, » fué la intimacion que se me hizo. « Esta arma, les contesté, ha sido comprada por la señora Olaya, quien me la acaba de dar. » « ¿Y usted quién es? » A esta pregunta no tuve embarazo en decirles lo que ellos deseaban saber; pero como dudaban que yo fuese oficial patriota, me pusieron en el caso de acreditarlo con el testimonio del padre agustino, quien me hizo reconocer por tal oficial. En el momento arengué á mis hombres, que ya eran en número de nueve, y tuve el gusto de encontrarlos llenos de entusiasmo, pero sin mas armas que algunos cuchillos y machetes : yo era el único que tenia una pistola. Venimos á la plaza dando gritos de alegría y victoreando la patria, la libertad y la América libre : allí mandé que se repicasen las campanas para solemnizar el acto, y que se reuniese el pueblo á elegir sus autoridades provisorias. Entretanto se me avisó que una partida de españoles bien montados habia echado pié á tierra para almorzar en una casa, y yo me dirigí al punto indicado, sorprendí á los españoles, que eran ocho ó nueve bien armados, les tomé los caballos y armas, y los deposité en la cárcel, donde todavía humeaba la sangre de las dos víctimas de que he hechado mencion. Ya se contaban como 25 hombres á mis órdenes, y teníamos algunas armas de fuego y blancas, base suficiente para haber formado una columna de lo menos 600 patriotas con los cuales habria dado caza á Calzada y destruídolo antes de entrar en Popayan, si no se hubieran opuesto algunas circunstancias, como luego lo verémos.

A la cabeza de mis 25 hombres marchaba en persecucion del enemigo cuando el cura (que era el doctor Pescador) me escribió una esquela suplicándome que no comprometiese su pueblo, pues sabia que venian de Bogotá algunas otras columnas, que de paso destruirian el lugar. Mi contestacion de palabra fué tan fuerte como era importuna la pretension del cura. Seguí volando mi movimiento, y á cada paso engrosaba mi partida y hacia prisioneros, de los cuales incorporaba á los granadinos que me inspiraban confianza. Pasada la hacienda del Tigre, dí alcance á la

guardia de prevencion, y logré dispensar la mayor parte dando ocasion para salvarse á algunos de los patriotas presos, uno de los cuales era un señor Luco, hijo de Chile, que se me reunió luego; tomé tambien algunas caballerías con cargas ó monturas, y últimamente logré infundir una mayor suma de terror á los españoles. Pero los paisanos que me acompañaban, viendo mi resolucion de continuar el movimiento, me manifestaron que, habiendo dejado á sus familias abandonadas, y no teniendo ni mantas para abrigarse, les era preciso regresar á sus casas, ofreciéndome que, dos horas despues de llegar á ellas, volverian á salir conmigo y acompañarme hasta donde yo quisiese. En vano me esforcé en disuadirlos, poniéndoles de manifiesto las ventajas que íbamos á malograr y los inmensos males que ocasionaria la pérdida de un tiempo tan precioso; nada bastó para resolverlos á continuar la marcha, y por el contrario mis insinuaciones irritaron á muchos de mi partida hasta el término de manifestarme «que ellos eran patriotas voluntarios, y no tenian obligacion de obedecerme,» palabras pronunciadas con un tono insolente y amenazante, que no me dejaron que esperar: fué preciso ceder y regresar á la Mesa.

En este lugar traté de distribuir entre mis voluntarios algunos sables de vaina de laton que habiamos tomado al enemigo, y al efecto dí la órden del caso; pero los dos paisanos que habian cogido primero la mula en que iban los sables se resistieron á entregarlos, so pretesto de que eran propiedad de ellos por haber sido los captores. Yo les dije que las armas y elementos de guerra que se tomaban al enemigo no eran nunca considerados como despojos pertenecientes á los vencedores, sino á la nacion á que éstos pertenecian, y me esforcé de mil maneras en reducirlos á que no opusiesen embarazos á la distribucion de los sables, ofreciéndoles que los recomendaria á las autoridades para que se les diese una gratificacion; pero no pude conseguir que cedieran de su resistencia, la cual llegó al estado de amenazarme, poniéndose en actitud de ofenderme si yo insistia. Miraba yo á todos lados por si habia alguno que quisiera sostenerme; mas en todos los semblantes observaba, sino oposicion á mis órdenes, al menos una fria indiferencia. Este era ya un motin imposible de reprimir, porque no tenia ninguno de los medios para usar de mi precaria autoridad. A mas de esto, mis paisanos se diseminaban por el pueblo, se embriagaban, robaban algunas casas abandonadas por los españolistas, y aún habian asesinado á uno de los prisioneros, todo lo que me era tanto mas doloroso cuanto que no estaba en mi arbitrio evitarlo. Llegada la hora de la marcha eran muy pocos los que se habian reunido, y la autoridad local (14) me requirió para que pusiese á su disposicion todos los indivi-

duos armados con el objeto de guardar el pueblo y preservarle durante esa noche de los males que pudieran causarle las partidas dispersas de los enemigos que se temía iban á entrar. En tales circunstancias el padre agustino, el chileno Luco, y otras varias personas me aconsejaron de no mezclarme mas en ese bochinche, y partir á Santafé á presentarme al general Bolívar y darle cuenta de mi conducta. Dolorosa me era semejante resolucion, pero no me quedaba otro arbitrio. Durante la noche estuve todavía encargado de supervigilar la seguridad pública, y de ello me ocupé habiendo colocado préviamente pequeños puestos de guardia y de observacion.

# CAPITULO XIII

Sigo á Santafé.—Me encuentro con un escuadron de patriotas.—Propongo á su gefe perseguir á Calzada, y éste se niega.—Una aventura en Sipacon.—Llego á Santafé y me presento al Libertador.—Soy bien recibido por éste.—Se me asciende y coloca.—Marcha á la campaña del Norte.—Ocupamos al Rosario de Ciscuta.—Continúa la marcha.—Combate de las Cruces de San Antonio.—Una especie de tumulto en mi batallon.—Peligros que corro para contenerlo.—Observaciones sobre los movimientos que se hicieron en esta jornada.—Retirada del enemigo.—Regresamos al Rosario y tomamos cuarteles.—Marcha del ejército á San Cristóbal.—Continuacion de la marcha hácia los Llanos de Apure.—Montaña de San Camilo.—Indecibles trabajos en esa montaña.—Llegada á Guadualito.—Mi ascenso á capitan.—Llegada al Mantecal.—Se forman dos batallones de los cuatro.—Llegada á la isla de Achaguas.—General Paez.

Al siguiente dia emprendí la marcha á Santafé, acompañado de Luco y un práctico, por el camino que conduce al pueblo de Sipacon. A poca distancia encontramos un escuadron de guias á las órdenes del comandante Carbajal, á quien informé de cuanto merecia su conocimiento, y espresándole que, si seguiamos sin interrupcion en pos de Calzada, podriamos todavía darle alcance, seguros de que los pueblos nos darian toda clase de ausilios; me contestó que no tenia órdenes para pasar de la Mesa, en cuya virtud resolví continuar á Santafé. En el tránsito encontré muchos derrotados, y los decidí á regresar ofreciéndoles mi proteccion.

Antes del mediodia llegué á Sipacon con mi compañero Luco, habiéndose devuelto el práctico porque era ya innecesario. Apenas llegamos al pueblo, cuando una partida de paisanos á pié y á caballo se lanzó sobre nosotros, tomándonos por españoles y exigiendo las armas que llevábamos con las mas enérgicas amenazas é insultos. No nos valió haberles jurado que éramos patriotas, etc., fué preciso entregarles nuestras armas y caballos, que ofrecieron reintegrárnoslos si probábamos que éramos tales patriotas, pues, en el caso contrario, seriamos fusilados dentro de un cuarto de hora. La prueba era difícil en aquel lugar en donde ni Luco ni yo éramos conocidos, y el pueblo justamente enfurecido contra los

españoles, estaba desenfrenado, y no respiraba sino sangre y venganza. Conflicto terrible era en el que nos hallábamos espuestos á morir en manos de nuestros mismos compatriotas por una fatal equivocacion; pero la Providencia, que habia velado tanto en la conservacion de mi vida, quiso mandarme un ángel tutelar en aquellos angustiados momentos. Depositados en un cuarto y prevenidos de pedir á Dios misericordia antes de morir, se apareció el cura (15) á quien yo habia conocido en Bogotá en la tienda de la señora Rita Cetina, madre del teniente coronel Francisco de P. Castellanos, muy patriota, y que me habia mirado con interés y lástima bajo la dominacion de Sámano y Morillo. El cura empezó por preguntarnos quiénes éramos y de que pais. Yo le contesté precipitadamente cómo me llamaba y en breves palabras le referí mis padecimientos. Al instante el cura recordó haberme conocido, y nos dijo: « Sin esta casualidad habria sido difícil que ustedes se escaparan del furor del pueblo, pues yo habia venido á confesarlos; » y llamando entonces á los principales corifeos, les aseguró que éramos patriotas, en cuya virtud se nos entregaron nuestras armas y caballos y nos pusimos en marcha para la capital despues de haber almorzado en casa del buen cura.

Mi deseo de conocer al Libertador Bolívar solo podia igualarse al placer que esperimentaba de verme ya libre, y á mi patria rescatada de una esclavitud tan dura como ignominiosa. En el palacio de gobierno habia algunos gefes, entre ellos el teniente coronel José María Cancino, que me conocian, los que me presentaron al héroe de Boyacá, quien me acogió con estremada benevolencia; me hizo algunas preguntas, aplaudió mi procedimiento, me lisonjeó con la idea de que mi nombre le era conocido, y me destinó de ayudante mayor del batallon Boyacá de nueva creacion, ascendiéndome á teniente efectivo con grado de capitan. Allí estaba ya el doctor Vicente Azuero.

Lleno de entusiasmo me encargué de mi nuevo destino, consagrándome sin interrupcion al desempeño de mis funciones. Antes de veinticuatro horas de habérseme destinado se puso en marcha mi batallon para el Norte. El comandante de este cuerpo era el coronel Justo Briseño (despues general de Colombia), y el mayor, Pedro José Mares (despues coronel de Colombia). En el término de la distancia llegamos á Pamplona, en donde permanecimos algunos dias mientras se organizaban y diciplinaban los cuerpos de la division del Norte, á las órdenes del general Soublette. La quinta division del ejército español, á las órdenes del brigadier Latorre, ocupaba los valles de Cúcuta y algunos otros pueblos de la provincia de Pamplona.

El 20 de setiembre nuestro cuerpo de ejército, organizado en

dos divisiones denominadas Vanguardia y Retaguardia, emprendió la marcha sobre el Rosario de Cúcuta, en donde estaba el cuartel general de los españoles. El 20 llegamos á Juan Frio, punto distante como una hora de camino del Rosario, sin haber sido notados del enemigo, pues le habíamos sorprendido y hecho prisionero un destacamento avanzado de observacion. Una pequeña columna que habia mandado Latorre á esplorar el campo, nos descubrió y escaramuceó por algunos minutos, retirándose luego en el mejor órden, habiéndonos muerto un soldado y herido dos ó tres. Muy pronto ocupamos el Rosario que acababa de ser evacuado por el enemigo, y seguimos en su persecucion por el camino principal. En las Cruces de San Antonio, que es una altura dominante, hizo alto Latorre y se dispuso al combate. Su division constaba como de 1,300 hombres, escelentes soldados por su diciplina. Nuestras tropas eran poco superiores en número, y aunque no estaban bien diciplinadas, escedian á aquellas en moralidad, debida á los recientes triunfos de las armas republicanas, y á mas, teniamos un escuadron de caballería, de cuya arma carecia el enemigo. Formados en columna cerrada en una esplanada que está al pié de la colina, se desplegaron algunas guerrillas, que rechazaron bizarramente las contrarias. Estas operaciones se repitieron muchas veces y por mas de cuatro horas, sin haberse empeñado los dos ejércitos en un lance serio, hasta que, llegada la noche, se puso término á los combates parciales, quedando aquellos y nosotros en nuestras primitivas posiciones. Las pérdidas de ambas partes no fueron de mucha consideracion; como 50 hombres de cada lado quedarian fuera de combate. Nuestras compañías de cazadores tuvieron ocasion de distinguirse en esta jornada.

En aquella tarde aconteció una circunstancia que merece la pena de referirse: Nuestros cazadores dieron una brillante carga á los del enemigo hasta hacerlos replegar á la altura, con cuyo motivo mil vítores de nuestros soldados celebraban el valor de sus camaradas; pero en mi batallon, del cual la mitad era compuesta de prisioneros de Boyacá, tanto en oficiales como en tropa, no solo se daban vítores, sino que se rompió un fuego al aire, ordenado por los oficiales que habian sido del ejército español, que costó mucha dificultad el hacerlo cesar. Yo tuve que desenvainar mi espada y meterme á caballo entre las compañías para hacerme obedecer, lo que conseguí á fuerza de planazos y voces amenazantes, habiéndome espuesto á morir en medio de tal desórden. Los oficiales españolistas, aparentando un vivo placer por la bizarra conducta de nuestros soldados, animaban el fuego en vez de hacerlo cesar, y su conducta posterior nos persuadió de sus depravadas intenciones, como lo veremos despues. Sin duda te-

nian por objeto hacernos gastar inútilmente nuestras municiones, ó indicar al enemigo que habia un motin en nuestras columnas, para reanimarlo y comprometerle á darnos un ataque decisivo que les hubiera proporcionado, al menos, la ocasion de pasarse, como lo verificaron en la primera que se les presentó.

Hasta hoy es para mí un misterio cómo el general Soublette no tomó la via recta de Juan Frio á San Antonio, con cuya operacion habria cortado á Latorre en su retirada hácia la Grita, y, ó habria sido obligado á presentarnos una batalla decisiva en terreno desventajoso, ó hubiera emprendido la retirada hácia Maracaibo por el rio Sulia, y en ambos casos, probablemente habria sido destruido. De Juan Frio á San Antonio no hay sino una corta distancia que puede considerarse como la base de un triángulo agudo, mientras que siguiendo al Rosario, y de este punto á San Antonio, se recorren los otros dos lados del triángulo, empleando en esta operacion un tiempo mas que triplicado del que se necesitaria para la primera. En estrategia este era el movimiento indicado, y en nuestras circunstancias, era seguro el buen suceso.

Á las siete y media ú ocho de la noche nos retiramos al pueblo de San Antonio, inmediato al campo del combate. El enemigo se aprovechó de esta circunstancia para emprender tambien su retirada tranquilamente, y sin que se hubiera notado su movimiento sino al otro dia. En el mismo dia retrogradó nuestro cuerpo de ejército al Rosario de Cúcuta, en donde permanecimos hasta el 1º de octubre que marchamos de frente para San Cristóbal, habiendo llegado á esta villa el 2, y permanecido en ella hasta el 11, en que marcharon los cuatro batallones, Boyacá, primero de Linea, Tunja y Pamplona á los llanos de Apure, á las órdenes del espresado general Soublette, por la áspera y mal sana montaña de San Camilo, que atravesamos sin víveres ningunos, manteniéndonos con la carne de nuestras caballerías, en la estacion del invierno, que no deja casi un punto de la pésima ruta sin inundar, en términos de marchar constantemente con el agua al pecho ó á la cintura. Á tantas miserias como sufrimos en este tránsito, debe agregarse el daño que nos causaron los devorantes pescados caribes, que nos hirieron y aun inutilizaron muchos de nuestros soldados.

Despues de tantos sufrimientos llegamos á Guadualito el 23 del mismo octubre.

El 26 se recibió un posta del Libertador que condujo mi ascenso á capitan de la primera compañía de Boyacá, en virtud de recomendacion del general Soublette, así como otros despachos de igual naturaleza, entre los cuales se cuenta el del teniente Rafael de Ayala, ascendido á capitan.

8

En Guadualito permanecimos hasta el 4 de noviembre en que marchamos para el Mantecal. A este pueblo no llegamos hasta el 12, á causa de la inundacion de la Sabána. Allí estacionamos como un mes, y seguimos á la isla de Achaguas, habiéndose formado de los cuatro batallones los dos que llevaron el nombre de Boyacá, y Tiradores de la Nueva Granada, y retrocedido al interior de ella muchos jefes y oficiales sobrantes, con el objeto de formar otros cuerpos. El ejército de Apure era mandado por el renombrado jeneral Páez.

# CAPITULO XIV

Campaña sobre Barinas.—El cuerpo de ejército español evita la batalla.—Desercion de los oficiales realistas colocados en mi batallon.—Retirada hácia Achaguas.—Corro un nuevo peligro de perder la vida y me salvo providencialmente.—Llegada á Achaguas.—Nuevas comisiones que se me dan.—Soy infatigable en su desempeño.—Aparatos para la campaña sobre Caracas.—Contra-órden.—Regreso á San Cristóbal por San Camilo.—Conduccion de 3,000 fusiles.—Se me destina á marchar á retaguardia.—Sacrificios y penalidades de esa marcha.—El premio que se nos concede.—Oportunidad de la sacada de los fusiles.—Riesgos que corria la República sin esa operacion.—Comandante Lugo.—Comandante Donopp.—Abuso del comandante Héras.—Mis quejas.—Mi compañía.—Disgusto con Héras.—Lance de honor.—Otros disgustos consecuentes.—Mi noble conducta en el particular.—Soy destinado al Estado Mayor de la guardia del Libertador.—Coronel Avendaño.—Se me asciende á sargento mayor.—Se me destina al nuevo batallon Boyacá.—Disolucion del antiguo batallon que llevaba ese nombre.—Se me nombra comandante militar de San José de Cúcuta.—Permanezco allí quince dias.—Me incorporo á mi batallon.—Marcha á Mérida y Trujillo.—Diferentes comisiones que se dieron á mi batallon.—Otro disgusto con Héras, quien me hace el cargo de descortesía.—Me justifico.—Espectativa de una gran batalla.—Armisticio de Trujillo.—Tratado de regularizacion de la guerra.—Diferentes lugares en donde estuvo mi cuerpo.

A las órdenes de este mismo general se emprendió muy luego una campaña sobre Barinas, cuya provincia era defendida por una division española que mandaba el general Real. Este gefe no se atrevió á presentarnos una batalla, y se retiró hácia Guanare.

Al segundo dia de haber ocupado la ciudad de Barinas, desertaron por la noche diez oficiales prisioneros á quienes se habia dado servicio en mi batallon, y pronto supimos que se habian incorporado en la division del general Real. No sé si esta circunstancia seria la que decidió al general Paez, á repasar el Apure, emprendiendo la marcha por Obispos y Nútrias, ó si la retirada seria efecto de alguna otra combinacion. En este paseo militar tuvimos muchísimos desertores, que aprovecharon la ocasion de estar cerca de la cordillera para regresar á sus casas. En la retirada yo hube de ser asesinado por uno de nuestros soldados ingleses, á quien, estando yo de guardia de prevencion intimé la órden de continuar á su cuerpo, pues se hallaba retrasado : este individuo,

que ciertamente estaba enfermo y maltratado, me hizo en su idioma algunas insinuaciones que yo no pude entenderle bien, y últimamente se sentó con ánimo de no seguir. Yo, que tenia órdenes positivas de no dejar atras ningun soldado, le manifesté, que siguiese poco á poco, y que su fusil se lo conduciria yo mismo para aliviarlo, á cuyo efecto traté de tomarle dicho fusil; pero acaso porque no me comprendió ó por un efecto de desesperacion, en vez de obedecerme, lo preparó y rastrilló sobre mi pecho; bien que no dió fuego, pues de otra manera yo habria muerto infaliblemente. Entonces lo desarmé é hice conducir á la legion británica á que pertenecia, dando cuenta del suceso.

Llegados á Achaguas nos ocupamos de la disciplina, en que yo era infatigable. Allí se me nombró gefe de instruccion de mi cuerpo, y por consiguiente, estaba en la necesidad de ocuparme todo el dia y una parte de la noche, ya en academias de oficiales, sarjentos y cabos, ya en la instruccion de mi compañía de cazadores que puse en un estado inmejorable, ya en la de los grupos de reclutas que se destinaban al cuerpo, y últimamente, encargado de la mayoría del batallon, cuyo mando se habia dado al teniente coronel José Gabriel Lugo, estando vacante el destino de mayor por haber regresado á Santafé el teniente coronel graduado P. José Mares. Tal era mi consagracion á la disciplina de mi cuerpo, y tal fué el método que me dió la práctica, que en doce dias ponia los reclutas en estado de maniobrar en línea, escuela que no es fácil adquirir en tres meses.

De Achaguas pasó mi cuerpo á estacionarse á tres horas de distancia, en un punto llamado El Chorro. Despues de algunos dias, marchó al puerto del Caujaral, en el rio Arauca, con el objeto de vestirse, armarse bien y tomar media libra de sal por plaza, y regresó á S. Juan de Payara, en donde tomó cuarteles. Reunido estaba el ejército de Apure en este pueblo y pronto á emprender una campaña sería sobre Carácas por S. Fernando y Calaboso, cuyo movimiento habia ya empezado, cuando se recibieron órdenes del general Bolívar para suspender esta operacion. En consecuencia, á poco tiempo se previno á los batallones Boyacá y tiradores que marchasen á San Cristóbal con el interesante objeto de traer á espaldas cerca de 8,000 fusiles nuevos para armar los cuerpos que se reunian en aquella villa. Estos dos cuerpos, formando una columna que llevaba el nombre de Heras, y de que yo era el encargado del detall, emprendió su marcha llena de contento, porque siendo granadinos casi todos sus soldados, deseaban salir de un pais en que no se comia sino carne, sin alguna especie de pan ni otros condimentos; pero ignoraban nuestros soldados el peso de las fatigas y trabajos que les esperaba, constituidos en bestias de carga y precisados á repasar la

maldita montaña de San Camilo en la nueva estacion de las aguas. Sin embargo, ellos soportaban sus penas con resignacion, pues tenian la esperanza de mejorar de suerte, despues de haber superado las dificultades de tan estraña marcha. Yo estaba encargado de seguir á la retaguardia con órdenes precisas de no dejar á nadie atrás. Siempre me tocaban estos puestos tan azarosos.

Como ya estuviesen algunos cuerpos en disposicion de pasar el rio Apure cuando se recibieron las órdenes del general Bolívar en contrario, me comisionó el general Páez para seguir volando á intimar las nuevas disposiciones, lo que verifiqué segun mi costumbre, atravesando sabánas desiertas, de que yo no era práctico, entre el Arauca y el Apure, sin sendas, pues por allí no las hay, y los únicos nortes para seguir una direccion en esos desiertos inmensos son los bosques que se denominan matas; hube de caer, ya entrada la noche, en una ranchería de indios salvajes, á donde me dirigí á la vista del fuego de sus fogones, con el objeto de preguntar por donde debia seguir mi direccion. Mi sorpresa fué grande, cuando me anuncié á la multitud haciendo el saludo de tabla, que no se me contestó. Los indios, armados de sus flechas y macamas, se precipitaron sobre mí en actitud amenazadora, tratando de rodearme, á cuyo aspecto volví caras á galope y pude librarme de esos bárbaros viéndome así obligado á pernoctar á las orillas de un caño, hasta que al dia siguiente, á tontas y á locas, como se dice, tuve la suerte de rectificar mi direccion y llegar oportunamente á mi destino.

Antes de salir de los llanos de Apure y continuar la marcha para San Cristóbal, debo manifestar que merecí del general Páez consideraciones muy esmeradas; que, aunque mi vida era penosa en aquel pais, y muchas veces el carácter brutal de los llaneros me obligó á contiendas desagradables y peligrosas, al fin pude conciliarme la benevolencia de esas gentes y hacerme compadres á muchos de entre ellos, lo que no era poca fortuna en aquel tiempo en que los hombres blancos eran mal mirados, y los granadinos despreciados por aquellos habitantes en lo comun, pues felizmente habia escepciones favorables.

Hasta que entramos en San Camilo, las fatigas y las privaciones no habian sido tan grandes, pues habíamos tenido la facilidad de ayudar á llevar los fusiles en nuestras caballerías y á espaldas de las mujeres y muchachos de tropa; pero en la montaña pasamos los tormentos mas indecibles. Disminuidos los soldados por la muerte ó las enfermedades, eran obligados sus compañeros á recargarse con los fusiles y municiones que antes llevaban aquellos; de manera que cada individuo, sin esceptuar los jefes y oficiales, llevaba tres fusiles y aún cuatro á mas de los correajes y municiones. La carne, que era todo nuestro alimento, nos faltó

desde el segundo dia de montaña, y al cuarto empezaron á morir de hambre los mejores soldados. Al sesto dia ya todos parecian cadáveres, y al octavo, en que salimos á la tierra de promision, apenas teníamos fuerzas para dar un paso adelante. Mas de 200 soldados perecieron de miseria en la misma montaña, y pocas veces he esperimentado yo un dolor mas agudo que el que me causaba la perspectiva de hombres, poco antes tan robustos, caer en tierra agobiados por la debilidad, sin arbitrios para alimentarlos, y precisado á abandonarlos exánimes.

El importante servicio que hicimos nos valió la gracia de pertenecer á la guardia del Libertador, que era la parte privilegiada del Ejército Republicano. Muy á caro precio compramos este favor; pero es preciso confesar que, sin estos sacrificios, los enemigos hubieran podido ocupar nuevamente la parte del norte de la Nueva Granada, pues los cuerpos que la defendian se hallaban casi desarmados, á causa de haber tenido que mandar sus fusiles á las columnas que se habian dirigido sobre Cartagena, Santa Marta y Rio-Hacha. Afortunadamente no supo el general Latorre esta circunstancia hasta las vísperas de haber llegado nosotros á San Cristóbal. De otro modo, era evidente que el enemigo, situado entonces en la Grita y Bailadores, habria marchado sin mayores obstáculos hasta las puertas de Santafé, y complicado sumamente nuestras situacion política y militar.

Muy pocos dias despues de nuestra llegada á san Cristóbal, fué destinado el teniente coronel Lugo al Socorro á crear un nuevo batallon, y el mando de Boyacá se confirió al teniente coronel baron Donopp. El comandante Héras, gefe de la columna, aprovechando la ausencia del comandante Lugo con quien tenia consideraciones, sacaba los mejores soldados de Boyacá para colocarlos en Tiradores, que era el batallon de su mando. Como, entre los soldados de la saca, iban muchos de mi compañía, que era la mejor que ha habido y que me habia costado tanto trabajo para ponerla en un estado tan perfecto de disciplina que servia de espejo á todo el ejército, aún á la lucida legion británica; y no podia ver con indiferencia la conducta de Héras, formulaba mis quejas á todas las autoridades, pidiendo que se cortase semejante abuso; pero mis clamores eran infructuosos, pues Héras merecia la estimacion de los generales, y se puede decir que era el gefe mimado del Libertador Bolívar. El abuso continuaba, y no me quedaba otro remedio que lamentar á solas la saca de mis magnificos soldados. En ese tiempo aconteció lo siguiente:

Me hallaba en la casa de la Mayoría instruyendo un proceso contra algunos desertores, cuando de repente se apareció el comandante Héras, y me dijo de la manera mas brusca: «No quiero que usted haga nada en mi columna; deje usted ese proceso

que yo lo conferiré á otro oficial; » y al mismo tiempo se apoderó de los documentos. Mi respuesta fué : « Estraño, mi comandante, semejante conducta de usted ; si usted tiene alguna queja contra mí, puede vengarse de una manera mas lícita pues tiene la autoridad en su mano. Mas si usted pretende humillarme, aquí tengo esta espada que he ganado á la patria con mis esfuerzos, y en este instante quiero mostrar á usted que tengo honor y delicadeza para no dejarme ofender impunemente. » Al mismo tiempo empuñé mi espada y me paré en la puerta de la casa. Héras me contestó : « Por esta sola accion pudiera perder á usted haciéndole seguir una causa que le costaria la vida ; pero mi intento no es otro que el de separar á usted de mi columna, porque ha dado quejas contra mí, y ya no podemos estar los dos en armonía. » — « Bien, le repuse, yo tambien debo separarme de la columna, solo porque usted la manda. Para servir á la patria hay muchos puestos en el ejército que yo sabré desempeñar tan honrosamente como todos los que he ocupado hasta aquí, y en último caso, no me faltaría una plaza de soldado. Yo me he quejado contra usted y me seguiré quejando, si hubiese lugar, por su conducta arbitraria, sacando de Boyacá, y especialmente de mi compañía, los mejores soldados para dar con ellos lustre á su cuerpo, despues de tantos esfuerzos que he hecho para disciplinar el mio. » — « Dé usted cuantas quejas quiera, me replicó Héras, que yo sabré lo que me conviene hacer, » y se marchó. Este pasage sucedió en presencia de varios gefes y oficiales, entre los cuales recuerdo al coronel Juan Gómez, hoy general de la República.

Muchos fueron los disgustos que se me siguieron, hasta el caso de ser desobedecido por el batallon Tiradores mandando una parada. No me quedaba otro arbitrio que tomar una venganza personal por semejante desaire, y á este fin dí todos los pasos conducentes ; pero mis enemigos, evitando esto, formaron mil intrigas, hasta que consiguieron, bien que con beneplácito mio, que se me sacase de la columna, y se me destinase de primer adjunto al Estado Mayor de la guardia del Libertador, cuya oficina estaba á cargo del coronel Francisco Avendaño, gefe de educacion y principios, con quien serví muy á mi gusto por algunos meses, habiéndoseme ascendido por el Libertador, no obstante la malevolencia de Héras y algunos de sus oficiales, á sargento mayor el 20 de setiembre de 1820, destinándome al nuevo batallon Boyacá que había formado el comandante Lugo, pues el antiguo fué disuelto al fin y refundidos sus individuos, los mejores en tiradores y los peores en los demás batallones que estaban en San Cristóbal. Este cuerpo de ejército era mandado inmediatamente por el general Rafael Urdaneta.

Al mismo tiempo que se me ascendió á mayor, se me comisio-

nó en clase de comandante militar de San José de Cúcuta, mientras llegaba el cuerpo á que se me habia destinado. El ejército se movió en esos dias hácia Mérida, y yo seguí á ocupar mi puesto en San José, en donde estaba establecido un hospital militar, y no habia un solo soldado de guarnicion, sin embargo de que los enemigos, no solo ocupaban todavía á Maracaibo, sino todo el rio del Sulia, haciendo sus incursiones hasta cerca de San José. En tal estado, yo suplí con un buen espionaje la falta de guarnicion, mientras pude formar un piquete de los convalencientes, y allí permanecí como quince dias, es decir, hasta que llegó al Rosario el batallon Boyacá.

El gefe de este cuerpo me habia tratado siempre bien, y no desmintió su buen comportamiento para conmigo en ninguna de las diferentes ocasiones que serví bajo su mando. Así es, que con el mayor gusto me incorporé en el nuevo batallon, que marchó luego hasta Mérida, en donde alcanzamos á los demás cuerpos del ejército, y continuamos luego á Trujillo, que era el cuartel general del Libertador. Inmediatamente se nos destinó á ocupar los pueblos de Betijoque y Escuque, inmediatos al lago de Maracaibo, lo que verificamos sin resistencia del enemigo, y continuamos cubriendo esa línea por algunos dias, habiendo sido destinados posteriormente á los pueblos de Pampan y Pampanito, inmediatos á la línea enemiga, cuyo cuartel general estaba entonces en Carache. En fin, varios fueron los puestos que ocupamos, ya siguiendo los movimientos del ejército, ya destacados de él. Durante este tiempo no me ocurrió de notable otra cosa que un nuevo disgusto con el comandante Héras, quien, estando de gefe de dia en Sabánagrande, me pidió repentinamente la situacion diaria de mi cuerpo, la que escribí al punto con un lápiz y se la presenté en un pedazo de papel, pues el lugar en donde me hallaba, separado del campo de mi cuerpo, no me permitia hacerlo de otro modo. Héras me dijo «que esa era una descortesía reprensible.» Yo le contesté: «que el lugar en donde me habia pedido la situacion no me permitia haberla escrito en debida forma, tanto mas cuanto que yo habia considerado su demanda como exigente por el momento, pues que la hora ordinaria de presentar aquel documento con toda la cortesía debida, no habia llegado.» Héras estableció una queja contra mí por aquella ocurrencia; pero á pesar de su poderoso influjo, tuve la suerte de justificarme ante el Libertador.

Esperábamos una batalla campal, pues el general Morillo habia concentrado sus fuerzas y puéstose en movimiento sobre nuestra posicion; pero el armisticio de Trujillo, y la entrevista de los dos generales en Santa-Ana hicieron suspender por entonces las hostilidades, y pusieron término á la guerra á muerte por el tratado de *Regularizacion de la guerra.*

Durante este armisticio continuamos con actividad la disciplina de los cuerpos. Mi batallon estuvo acampado sucesivamente en Boconó de Trujillo, Niquitao, Quebrada Seca, y Aranjuez de Barinas, sin que hubiera ocurrido ninguna cosa digna de referirse, á no ser las frecuentes atenciones que cambiábamos con los gefes y oficiales españoles, con quienes, poco antes, nos encarábamos como perros y gatos.

# CAPITULO XV.

Término del armisticio.—Mi batallon es comisionado al mismo instante para pasar la línea demarcatoria.—El enemigo nos abandona sus cuarteles de Obispos.—El comandante de mi cuerpo es destinado á otros puntos con la mitad de él.—Yo permanezco con la otra mitad en Obispos.—Guerrillas realistas en la banda izquierda del rio Apure.—Logro conquistar los gefes y oficiales de ellas, qne se pasan á nuestras filas.—El Libertador va donde Barinas á felicitarme por ese acontecimiento.—Marcha hasta San Cárlos.—Se me nombra comandante de la columna Carrillo.—Se forma el batallon Vargas de la Guardia, y se me confiere el mando de él.—Llegada del general Páez con las tropas de Apure.—Me enfermo gravemente en San Cárlos.—Marcha del Ejército Libertador y célebre batalla de Carabobo.—Motivos por los que no me hallé en ella.—Llegó á Valencia y recaigo enfermo.

La víspera del dia en que se rompieron las hostilidades fué celebrada en Barinas por un baile dado por el jeneral Bolívar. A las doce de la noche en punto dió el Libertador un brindis alusivo, con toda la vehemencia de su entusiasmo, y á la misma hora ordenó que mi batallon pasase en el acto la línea demarcatoria, y ocupara la villa de Obispos; lo que se verificó puntualmente sin resistencia del enemigo. En seguida fué comisionado el comandante de mi cuerpo para obrar sobre otros puntos á las órdenes del coronel Remigio Ramos, con la mitad del batallon, y yo quedé con la otra mitad en aquel pueblo. Casi toda la ribera izquierda del Apure estaba entonces ocupada por partidas de guerrillas enemigas, y uno de mis deberes era perseguir las que estaban mas inmediatas. Casualmente existia en Nútrias el señor Juan E. Saldua, uno de mis co-prisioneros de la Cuchilla del Tambo, y compañero de infortunios, que habiendo sido condenado al servicio de las armas, habia tenido la suerte de conseguir su licencia absoluta por haberse casado con una señora hija del realista Matute. Ningun agente mas calculado que Saldua para entrar en relaciones con algunos caudillos de las guerrillas, y con este designio le hice venir á Obispos, y logré lo que deseaba. Me puse en comunicacion con varios oficiales del enemigo; tuve entrevistas con ellos, saliendo solo á puntos distantes del pueblo sin ninguna clase de garantías; les pinté el estado de la República; les demostré la justicia de nuestra causa; y, en fin, los conquisté por medio de la

persuasion. Al dar cuenta al Libertador de mi conducta y de su feliz resultado, hallándose éste en Barinas, montó á caballo en el momento, y fué en persona á manifestarme su satisfaccion, admirado del buen suceso. Así, quedó nuestro flanco derecho enteramente despejado y libre de atenciones por esa parte. Los oficiales realistas, á quienes logré convencer, han servido despues á la República con mucha distincion.

Abierta la campaña, yo recibí órdenes para trasportarme á Guanare en donde estaba ya el cuartel general Libertador, y el mismo dia de mi llegada se continuó la marcha sin haber hecho alto hasta San Cárlos, en donde debia concentrarse el ejército. Allí se hicieron ciertas reformas en la organizacion; por consecuencia de ellas, yo fuí destinado á tomar el mando de algunas compañías creadas en la provincia de Trujillo, que llevaban el nombre de columna Carrillo, y estaban situadas en un pueblo inmediato llamado San Josesito. El Libertador me llamó á su casa para manifestarme la necesidad de que esa columna entrase en una buena instruccion y disciplina, ofreciéndome que, sobre su base, se formaria pronto un batallon de que se me daria el mando. Yo me encargué, pues, de esta tropa, que se componia como de 600 hombres, y segun mi costumbre, me consagré á su arreglo en todo sentido. Recibida y ejecutada la órden de entrar en San Cárlos se formó de esta tropa y de varias clases tomadas de otros cuerpos, el batallon Vargas de la Guardia, de que se me dió el mando. En esas circunstancias llegaron las tropas de Apure á las órdenes del jeneral Páez, y todo anunciaba una próxima batalla.

Desgraciadamente yo fuí atacado en aquellos dias de una fiebre violenta, causada por mis ímprobas fatigas y desvelos en el cumplimiento de mis deberes; y privado del conocimiento, no supe la marcha del grande ejército hasta que ella se habia verificado. Apenas volví en mí y pude pararme, pedí mi pasaporte, y me puse en marcha en alcance de mi cuerpo contra la opinion de los facultativos, pero el mismo dia que me moví se dió la batalla de Carabobo, en que no tuve la gloria de encontrarme; bien sea que ni mi cuerpo ni los dos tercios del ejército tuvieron necesidad de disparar sus fusiles. No alcancé mi batallon hasta Valencia, en donde volví á recaer con la fiebre.

## CAPITULO XVI

Nueva organizacion.—Yo debí seguir al Sur; pero, á mis súplicas, se me deja en Venezuela.—El Libertador aplaude mi conducta.—Soy nombrado gefe de Estado Mayor de la segunda brigada.—Desempeño varias comisiones honrosas.—Soy nombrado gobernador político y militar de la provincia de Valencia.—Todo faltaba en Valencia.—Mi comportamiento en ese destino merece aplausos de Bolívar y Páez.—Soy nombrado comandante general de los valles de Aragua.—Lo que hice en ese destino.—Se publica la Constitucion de Cúcuta y se me nombra gefe político del canton Maracay, sin dejar el mando militar del distrito.—Servicios que presté en ese puesto.—Marcho al sitio de Puerto-Cabello con las milicias de infantería de los valles de Aragua.—Ocupo la izquierda del sitio y mandando en gefe por esa parte, soy reforzado por otros cuerpos.—Recibo el honor de varias comisiones importantes durante el sitio.—Otros trabajos árduos y peligrosos que ejecuto.—Sitio y rindo el fuerte del Mirador de Solano á beneficio de una estratajema.—Se declara el vómito prieto.—Acciones heróicas del general Páez.—Son insuficientes nuestros medios para rendir la plaza.—La muerte y la desercion nos obligan á levantar el sitio.—Vuelvo á mi puesto en los valles de Aragua.—Se me nombra socio del primer ministro de los Estados Unidos que seguia á Bogotá.—Despedida del general Páez.—Viaje y llegada á Bogotá.—Pido una licencia temporal para descansar.—Se me ordena seguir á Popayan con una nueva colocacion.—Reclamo.—Se niega mi solicitud.—Introduzco un nuevo memorial.—Se guarda silencio de parte del gobierno.—Llegó á Popayan.

En una nueva organizacion del ejército, entre otros cuerpos disueltos y refundidos lo fué el mio. Yo me dirigí donde el Libertador á saber de su boca qué destino se me habia dado, puesto que en la órden general no se espresaba. El Libertador me dijo; «que yo estaba previsto para marchar á la Nueva-Granada á tomar el mando del mejor batallon.» Yo le rogué, «que me dejase en Venezuela si tenia la bondad de disponerlo así, manifestándole, que deseaba continuar mis servicios en aquella parte de la República hasta la terminacion de la guerra.» Muy plausible pareció al Libertador mi solicitud, y en consecuencia, ordenó que se me hiciese reconocer como gefe del E. M. de la segunda brigada de la guardia. Otras cosas bien lisonjeras para mí y desagradables para algunos, me agregó el Libertador en esa entrevista; pero las omito por temor de dañar reputaciones é intereses de no poco valor político.

De este destino que serví por algun tiempo, pasé al mismo puesto en la primera brigada; y aún desempeñé algunos dias el E. M. de toda la guardia. Tambien obtuve varias comisiones transitorias á Caracas, la Guayra y otros puntos; y fuí á Puerto Cabello de parlamentario cerca del general Latorre, nombrado por el general Páez, que, en ausencia del Libertador á Santafé, quedó mandando en gefe el ejército de Venezuela. Fuí igualmente nombrado gobernador político y militar de la provincia de Valencia cuando apenas contaba 23 años de edad, y cuando en esa importante provincia, que era el teatro de operaciones, habia tantos y tan dignos gefes. Esta circunstancia es de las que mas honran mi vida pública, y siempre la recordaré con un noble orgullo.

Los cuarteles no tenian lo necesario; los hospitales carecian de lo mas preciso; la tropa no tomaba ni oportunamente, ni en la cantidad debida, sus raciones; y, en fin, todo lo concerniente á la subsistencia militar estaba descuidado; pero en menos de un mes que serví yo aquella gobernacion se puso remedio á esas necesidades, y no hubo un solo ramo de la administracion que no recibiera el impulso correspondiente. El general Páez me manifestó su satisfaccion por mis importantes servicios; y me nombró comandante general de los Valles de Aragua. Supe que el Libertador se habia tambien manifestado muy complacido cuando se le dió cuenta de mi conducta en la gobernacion de Valencia, y que habia proferido, con tal motivo, espresiones muy honrosas en mi favor.

Varios eran los objetos que se me encomendaban en el distrito de los valles de Aragua, todos muy importantes al servicio público. Llegado á Maracay, capital de aquel distrito, empecé á desempeñar mi comision con el mejor suceso, gracias á que esos hermosos pueblos eran tan patriotas, y cooperaban á cuantas medidas me vi en el caso de tomar. Mi primera atencion fué la de organizar, disciplinar y entusiasmar las milicias, pues que, estando inmediato á los puertos de mar de Ocumare y Choroní, frecuentemente eran amenazados de incursiones del enemigo, que los amagaban siempre con su escuadra. Establecí telégrafos diarios y nocturnos para anunciar en pocos momentos el punto amenazado y el lugar de la concentracion de las milicias, distinguiendo por medio de los signos el número de hombres que se llamaba al servicio, bien de caballería ó infantería, ó si el peligro exigia una asamblea general. Se me comisionó al mismo tiempo, á propuesta mia, para construir un reducto macizo en el punto de la Cabrera, y la obra se terminó bajo mi direccion. Tambien puse en la laguna de Valencia, por órdenes superiores, una flotilla de flecheras y lanchas cañoneras, construidas bajo mi inmediata inspeccion. La provision de víveres para las tropas establecidas en Valencia fué

otro de mis encargos, y lo desempeñé á satisfaccion de los gefes. Publicada la Constitucion de Cúcuta se me nombró gefe principal del canton deMaracay, siempre conservando el mando militar del distrito, y tuve por consiguiente que poner en planta el nuevo órden de cosas. En fin, puedo jactarme de haber servido útilmente á la patria en aquellos destinos, y de ello conservo testimonios muy preciosos. Yo inculqué en esos habitantes el respeto á la autoridad y el amor á la persona. Muchas veces fué necesario juntar las milicias, y siempre ellas estuvieron dispuestas á obedecer mis órdenes.

En el penúltimo sitio de Puerto Cabello me ordenó el general en gefe marchar con la infantería de milicias, y sin tardanza me presenté en el cuartel general de Marin con 800 hombres bien armados y regularmente disciplinados. Con ellos ocupé en la misma noche la izquierda del sitio, estableciéndome en Paso-real, en donde formé parapetos para librarme de un golpe de mano, por la inmediacion á la plaza, que está á menos de tiro de cañon. Sucesivamente fuí reforzado por una compañía veterana del batallon granaderos y por dos escuadrones de milicias, cometiéndoseme el mando en gefe de la izquierda del sitio.

Muchas fueron las comisiones con que el general en gefe me honró durante el sitio indicado. La conduccion de cañones de á 24 y establecimiento y direccion de nuestras baterías de la Vigía-baja y Almacen, que llevó el nombre de batería del General, se hicieron bajo mi direccion, sin ausilio de ingenieros ni máquinas, porque careciamos de todo. Varios trabajos que se ejecutaron en el rio para quitar el agua á la plaza, trabajando para el efecto hasta bajo las baterías enemigas, aunque sin mucho suceso, por razon de ser el terreno sumamente arenoso; y en fin, el asedio del Mirador de Solano, cuya ocupacion nos era muy importante, y cuya guarnicion logré hacer capitular á beneficio de una estratajema que merece referirse.

Establecidos los puestos atrincherados casi á quema ropa de la fortificacion enemiga, despues de haber impedido por nuestra proximacion el que se hiciesen las señales á la plaza, hice poner bandera de parlamento en el parapeto del lado de Paso-real, y mandé cesar los fuegos: al mismo tiempo habia dispuesto que 50 hombres se ocupasen en conducir hácia el espresado parapeto cajones de cartuchos y barriles vacíos, cuya operacion se hacia ostensiblemente, de modo que el enemigo pudiera observarla. Correspondida la bandera de parlamento por el castillo, manifesté deseos de hablar á su comandante, á quien dije: « Si usted no capitula ahora mismo, esta noche volará el fuerte. » El comandante me pidió diez minutos de término para contestarme, al cabo de los cuales me dijo: « que estaba resuelto á perecer antes que capi-

tular, pues que tenia todos los medios suficientes para defenderse, y que era muy difícil, sino imposible, formar una mina en ese terreno, que fuese capaz de hacer saltar el fuerte.» Mi respuesta fué declararle simplemente: «que continuaban las hostilidades dentro de dos minutos,» á cuyo fin dí la órden de arriar la bandera de parlamento. Media hora despues se enarboló esta bandera en el fuerte, y por mi parte se correspondió, mandando cesar los fuegos. Entonces el comandante, que era un capitan español llamado Raimundo Cabo Montero, me insinuó: «que, despues de una madura deliberacion, habia resuelto capitular, siempre que se le otorgasen las condiciones que espresaba en un papel, que me entregó. Yo le observé, que pronto tendríamos una respuesta del general en gefe, á quien mandé la base de la capitulacion. En efecto, el general accedió á todo, pues no se pedia nada que no fuese de uso y costumbre. Se estendió pues la capitulacion; pero el comandante me dijo que en virtud de estar ya la noche próxima, y tener que entregarme el fuerte por un inventario formal, no se verificaria esto hasta el dia siguiente por la mañana. Yo le contesté: « que esta condicion no me parecia asequible; pero que daba inmediatamente cuenta al general en gefe, pidiéndole instrucciones. » Con este motivo el mismo general Páez fué en persona y me ordenó contestar: « que en ese mismo acto debia ser evacuado el castillo y ocupado por nuestras tropas. » El comandante del fuerte accedió á esta propuesta, y al instante el general pidió la escala y subió al fuerte acompañado solo conmigo, y cuando todavía estaba ocupado por la guarnicion española, cuyos soldados nos miraban con ojos de desden y animadversion. La guarnicion se relevó en seguida por una compañía de granaderos, y los rendidos recibieron los honores correspondientes y el entero cumplimiento de lo estipulado.

Si la ocupacion de este fuerte nos era necesaria bajo muchos respectos, tambien nos fué muy perjudicial para la salud bajo otros. El vómito prieto se declaró en su guarnicion, en términos que era necesario relevarla dos veces por dia. Mi columna empezó á sufrir con esa terrible enfermedad, y fué preciso trasladarla á la hacienda de Santa Cruz, como media hora distante de Pasoreal, para conservarla mas abrigada y distante del punto de la epidemia, dejando siempre destacamentos en los puntos principales. Con tal catástrofe empezó tambien la desercion, como sucede siempre entre los milicianos cuando se les tiene mucho tiempo ausentes de sus familias; y ya hacia algunos meses que ellos habian salido de sus casas, y no tenian esperanzas próximas de volver á ellas, pues el sitio se prolongaba por falta de medios para estrechar la plaza ó asaltarla. Los inauditos esfuerzos del general eran insuficientes. Muchas veces este gefe se precipitaba como

despechado á los mas inminentes peligros, ya vistiéndose de soldado raso y obrando á las órdenes de un cabo sobre las fortificaciones; ya poniéndose su gran uniforme y plantándose cerca de la casa fuerte, sirviendo de blanco por largo tiempo y con la mas sangre fria á los buenos fusileros que la defendian, ya embarcándose en una pequeña barca y colocándose en los puntos mas peligrosos. Nuestra marina, compuesta de pequeños buques, hizo la prueba de resistir la entrada de tres buques de guerra españoles que habian salido á Curaçao á traer víveres, y no pudo embarazarlo en circunstancias en que la plaza estaba al rendirse por falta de municiones de boca. Nuestra artillería de sitio no consistia sino en seis cañones de grueso calibre y un obus de á 6 pulgadas con muy pocos proyectiles; y para su servicio no teníamos buenos artilleros. Puede asegurarse que con una fragata en nuestra escuadra, ó con dos morteros de aplaca en nuestras baterías, la guarnicion habria infaliblemente capitulado. Esta última medida de los dos morteros la propuse al general en gefe quien habia pedido á Cartagena todos los elementos de guerra necesarios, con los cuales se hubiera rendido la plaza; pero no alcanzaron á llegar oportunamente, y estando nuestras fuerzas disminuidas al último estremo por la muerte y la desercion, fué necesario levantar el sitio á fines de julio de 1822.

Debo decir en justicia que el general en gefe no solo acreditó ese asombroso valor que le ha distinguido siempre, sino tambien toda la habilidad necesaria para coronar la empresa del mejor suceso. Sus oficiales y tropa secundaron las medidas del general, conduciéndose con la bizarría propia de los mejores ejércitos del mundo. Pero esto no era bastante: se necesitaban otros muchos elementos de sitio, y ya he dicho que carecíamos hasta de lo mas preciso. Tal era nuestra escasez de hombres facultativos, que á pesar de que yo no era sino un oficial de infantería, hubo de comisionárseme, á falta de otros mas inteligentes, para desempeñar funciones que en semejantes casos corresponden á los oficiales de ingenieros, artillería y zapadores. Yo tenia que andar de continuo en las baterías que se me habian confiado, ordenando personalmente los fuegos que tuve la fortuna de dirigir con el mayor acierto.

Regresé, pues, á continuar en el desempeño de mis destinos en los Valles de Aragua, esperando que las circunstancias nos ofreciesen la ocasion de volver á estrechar el sitio de Puerto Cabello, en el cual yo debia tomar parte como lo habia solicitado, y se me habia ofrecido; pero otras atenciones distrajeron al general en gefe y parte del ejército de los lados del Sulia y Occidente de Venezuela. En este intérvalo llegó á Maracay el primer enviado de los Estados Unidos, coronel Cárlos S. Tood, que marchaba á Bogotá,

y habia sido recomendado por las autoridades para que se le recibiese en todas partes con el acatamiento y distincion debidas al representante de la primera nacion que acababa de reconocer esplícitamente nuestra independencia, y se le diese un oficial para que siguiera con él, en calidad de socio, hasta la capital de la República. El ministro Tood, sin ninguna insinuacion de mi parte, me propuso si queria acompañarle. Yo le contesté, que si el general me lo permitia tendria mucho gusto, pues consideraba que me alcanzaba el tiempo para regresar al nuevo sitio de Puerto Cabello. El señor Tood se interesó con el general Mariño, quien mandaba entonces las fuerzas de la línea, y este gefe me concedió una licencia condicional; es decir, me permitió que siguiese en compañía del señor Tood hasta donde encontrase al general Páez, que debia estar en uno de los lugares del tránsito, y que de este general, á quien daba cuenta, dependia el que yo continuase hasta Bogotá ó regresara á mi puesto. Empecé, por tanto, mis preparativos de viaje, teniendo que entregar á las personas que me reemplazaban las oficinas que estaban á mi cargo; y aún no habia partido de Maracay, cuando llegó el general Páez. Al principio se negó obstinadamente á concederme el permiso, pero al fin cedió á las insinuaciones del general Mariño y mias. Muy presentes tengo las últimas palabras de despedida del general en gefe, á quien siempre merecí pruebas notables de cariño y honra. « Adios, me dijo, espero verle á usted pronto: si usted no vuelve, no creo mas en los amigos. » Yo le protesté con la mayor sinceridad regresar en el término de la distancia, pues tal era mi propósito. Como una de las pruebas de esta asercion diré, que en Maracay dejé parte de mi equipaje, que no he vuelto á recobrar.

A mediados de noviembre de 1822 emprendí este viaje, y llegamos á Bogotá el 23 de diciembre, habiendo sido tratados en todo el tránsito con las mayores atenciones. El 24, me presenté al general Santander, vice-presidente de Colombia, encargado del Poder Ejecutivo, y le pedí una licencia de quince dias para descansar, la que me fué concedida. El 4 de enero de 1823, se me dió órden, por conducto del secretario de guerra general Pedro Briseño Mendez, para marchar á Popayan, anunciándome que habia sido nombrado sargento mayor del batallon Cauca y destinado á encargarme interinamente del Estado Mayor de aquel departamento. Como me faltaban todavía seis dias para completarse el término de la licencia que habia pedido, representé manifestando mis deseos de regresar á Venezuela, y mis comprometimientos para con el general Paez, suplicando al gobierno me exonerase de los nuevos destinos que se me habian conferido, y me permitiese cumplir mi palabra y satisfacer mi voluntad. Por toda respuesta se me dió: que conforme á ordenanza debia cumplir con las

órdenes que se me habian dado, antes de hacer ninguna súplica ó reclamacion. Yo insistí demostrando « que no habiendo espirado el término de mi licencia temporal, me hallaba en tiempo hábil para dirigir mi reclamacion, puesto que la ordenanza, cuyo artículo cité, solo prohibia reclamar de las órdenes antes de cumplirlas, cuando resultaba algun perjuicio al servicio militar; y que, en mi caso, no podia resultar ningun mal, pues tenia tiempo suficiente para recibir la respuesta del gobierno. » El decreto fué ordenarme : que marchase inmediatamente á dónde se me destinaba. En tal situacion no me quedó mas arbitrio que el de escribir al general Páez, dándole cuenta de esas ocurrencias, y disculpándome de no serme posible regresar, porque el gobierno me lo impidió severamente.

Si he procurado ser minucioso en la precedente narracion, ha sido con el objeto de justificarme de nuevo ante el general Páez, y no llevar sobre mí la nota de ingrato é inconsecuente. Y como habia ocurrido una circunstancia que sirviera de precedente á formar un juicio desventajoso en el ánimo de aquel general, no temo pasar por temerario si sospecho que mi no regreso á Venezuela haya podido atribuirse á otra causa que poco favor me hiciera. Voy á referir esta circunstancia.

Se habia asegurado al general Páez haber visto una carta mia escrita á una señorita de Valencia, en que le decia, entre otras cosas : «Que el general me habia puesto de carnada en Paso-Real, durante el sitio de Puerto-Cabello, espuesto incesantemente á morir bajo los fuegos enemigos, mientras que él (el general) se hallaba á una gran distancia del peligro meciéndose en su hamaca... » No me atrevo á espresar el último pensamiento por no faltar á la decencia debida á mis lectores. Tan luego como llegó á mis oidos un cuento tan ridículo, me dirigí al general protestándole mi inocencia y autorizándole para cuanto quisiera pensar con respecto á mí, siempre que se exhibiera el documento justificativo de este enredo ó las pruebas inequívocas del cargo. El general pareció inclinarse á creer lo que yo le aseguraba; mas, temo que acaso, le quedara un resto de desconfianza. Juro, por tanto mil veces, que era yo incapaz de dar motivo á semejante acusacion, pues la preferencia que merecia al general para varias comisiones honrosísimas, cada vez me lisonjeaba mas, y no podia menos de suceder así á un oficial que, como yo, deseaba acreditarse y distinguirse en puestos y ocasiones solemnes. Emulos, bajos ó miserables envidiosos eran, sin duda, los que me calumniaban para hacerme perder la gracia del general Páez, á quien yo admiraba y queria entrañablemente.

Marché, pues, á mi destino dejando en la secretaría de guerra una nueva representacion al gobierno en que me quejaba de pos-

tergacion, pues siendo un sargento mayor antiguo, y habiendo obtenido puestos de mayor categoría como eran los mandos de cuerpos, y columnas, etc., se habia ascendido á teniente coronel efectivo y dado el mando del batallon Cauca, al capitan Basilio Palacios Urquijo, miéntras á mí, no solo no se me daba el ascenso que la justicia ó la equidad exigian, sino que se me destinaba en mi mismo grado á las órdenes de un gefe, cuyos servicios y circunstancias no podian ser comparados con los mios; y concluí pidiendo mi retiro del servicio. » Hasta hoy no se ha dado respuesta á esa representacion.

En breves dias llegué á Popayan lleno de sentimiento por la conducta del gobierno para conmigo, y por el temor de que el general Páez llegase á consentir en que yo podia haberle faltado á mi palabra; pero este disgusto se templaba con la consideracion de volver al pais de mi nacimiento y ver á mis hermanos y otras personas que me eran muy queridas, entre éstas á mi futura esposa. Uno de mis dichos hermanos, el tercero, que habia tomado servicio en las tropas de la República, habia muerto en un hospital ambulante, en calidad de pífano de un batallon.

---

## CAPITULO XVII

**Me encargo del E. M. departamental del Cauca.—Se me dá el grado de teniente coronel.—Me caso en primeras nupcias.—Triunfo en Pasto de Agualongo contra Flóres.—Mis tareas en consecuencia del suceso.—Vuelvo á pedir mi licencia absoluta, libre ya toda la Colombia.—Se niega mi solicitud.—Pido y se me concede mi pase al Ejército Libertador ausiliar del Perú.—Marcho con el general Córdoba sobre Pasto.—Descripcion de esa campaña y mi conducta en ella.—Llegada al pueblo de Veinticuatro de donde soy destinado á seguir á Popayan en solicitud de municiones de guerra.—Dificultades que se presentan para desempeñar esta comision.—Las venzo y llego á Popayan, que encuentro en estado de sitio.—Mi primera entrevista con el comandante general.—Mi opinion sobre lo que debiera hacerse.—Salgo con una pequeña columna y despejo el campo.—Un ardid.—Buen suceso.—Término de las guerrillas de Patia.—Regreso á Popayan.—El general Córdoba vuelve á Popayan, y sigue á Quito.—El gobierno revocó mi pase al Ejército Libertador.—Se me comisiona al valle del Cauca, y desempeño esta comision satisfactoriamente.**

Encargado del Estado Mayor del Cauca, á principios de febrero de 1823, me fué imposible tomar posesion de la mayoría del batallon de ese nombre, cuyo destino no llegué nunca á ejercer, porque las funciones del primero no me lo permitian. El 6 de abril del mismo año se me dió el grado de teniente coronel.

En 23 de junio me casé en primeras nupcias con la mujer de mi predileccion, á quien quise con idolatría. En esos dias sucedió la derrota que el faccioso Agustin Agualongo dió en Pasto al coronel Juan José Flores, hoy generalísimo y Presidente del Ecuador. Con este motivo hubo que redoblar los trabajos para organizar una columna con la cual debia el mismo gefe Flores volver á obrar sobre Pasto, como lo verificó; y á la vez poner en Popayan una guarnicion considerable. El gefe de las armas en aquel departamento era el coronel Antonio Obando, hoy general de la Nueva-Granada. Tambien fué preciso que yo saliese varias veces á perseguir las guerrillas enemigas que revivian en el valle de Patia, en cuyas operaciones siempre fuí feliz.

Luego que estuvo libre toda la República de Colombia, pedí nuevamente mi retiro del servicio activo, el cual se me negó á fines del mismo año de 1823. Pero sabiendo despues que el Libertador marchaba con un brillante ejército en ausilio del Perú, pedí

mi pase para aquellas legiones, el cual se me concedió por el mismo Libertador, al propio tiempo que el general Córdoba llegó á Popayan con el mismo destino, y recibió órdenes del gobierno para dirigir la fuerza disponible que debia abrir nuevas operaciones sobre Pasto, cuya provincia estaba otra vez en poder de los facciosos, quienes habian obligado á nuestras tropas á evacuarla, retirándose hácia el Sur, á las órdenes del general Salom. Nombrado yo segundo del general Córdoba, marchamos con una fuerza de 260 hombres, casi todos reclutas, y, sin detenernos en parte alguna seguimos hasta cerca de Pasto, habiendo pasado el Juanambú sin siquiera ser observados, pues el enemigo, sabedor de que por la parte de Popayan no habia entonces una fuerza capaz de emprender operaciones sérias, habia descuidado la defensa de sus formidables posiciones, y solo atendia hácia Guaitura, por donde se hallaba amenazado de fuerzas imponentes. Así es que no se disparó un tiro de fusil hasta Chacapamba, en donde nos preparámos para entrar en Pasto, juzgando que nuestras tropas del Sur podian haber ocupado esa ciudad, ó bien que el caudillo de los facciosos podia hallarse con las suyas en el Guaítana, puesto que no se habia intentado oponer hasta allí ninguna resistencia, y no habiamos podido adquirir noticia alguna. En Chacapamba nos hallábamos cuando de repente vinieron Agualongo, que era el gefe de los armados, y Merchançano, que era el gobernador intruso, á la cabeza de unos 500 hombres, y despues de habernos intimado rendicion, en respuesta á un oficio que en iguales términos les habia pasado el general Córdoba, rompieron el fuego ganando terreno, y contando con que una fuerza tan pequeña como la nuestra en una posicion inferior, en que podian contar uno á uno de nuestros soldados, no seria capaz de resistirle; pero fueron rechazados hasta la Altura de Tasines, de donde resolvió el general retroceder á Chacapamba, con el designio de ocupar por la noche á Pasto por otra direccion. Los enemigos volvieron á hacer una nueva tentativa, y fueron segunda vez rechazados; no obstante que de momento en momento recibian nuevos refuerzos que partian de los pueblos del Canton de Pasto, á medida que iban sabiendo nuestra aproximacion.

Llegada la noche me consultó el general sobre su plan de marchar, sin detenerse un instante hasta pasar el Guaítara. Yo le manifesté, que, «aún suponiendo que pudiéramos abrirnos el paso hasta aquel rio, siendo seguro que no encontrariamos puentes para atravesarlo, y que, por otra parte, allí debia estar la mayor parte de la fuerza enemiga, aventurábamos mucho esta operacion, teniendo en su contra todas las probabilidades del éxito; pero que, sin embargo, yo estaba dispuesto á secundar sus órdenes, » Córdoba me contestó : « que la reflexion, de no encontrar puentes

por donde pasar el Guáitara, le hacia mucha fuerza, pues sin duda seriamos destruidos en aquellas riberas, y que, en consecuencia, era preciso repasar el Juanambú. A las 8 de aquella noche emprendimos la retirada tranquilamente, dejando en el campo un cabo y 4 soldados escogidos para atizar unos fogones y ocultar así nuestra retirada, y no hicimos alto hasta la hacienda de Ortega, en donde permanecimos hasta las seis de la mañana, hora en que continuamos la marcha retrógrada con la mayor lentitud, pues el general se propuso hacer llevar una partida de vacas que habia en aquella hacienda, para quitar este recurso al enemigo, y aprovecharnos de él, empleándolo en nuestra subsistencia. La demora de la conduccion de este ganado proporcionó al enemigo, que hasta el amanecer no se habia apercibido de nuestra retirada, el darnos alcance al descender del Boqueron de Juanambú, cuya altura fué ocupada por Agualongo.

Yo me hallaba en la mitad de la cuesta cuando oí los primeros tiros que se hacian al mismo general que habia quedado á retaguardia con el coronel Salvador Córdoba y una pequeña partida de soldados. Al instante formé en columna cerrada la parte de tropa que habia salido ya del Boqueron, ocupando un plano inclinado que daba lugar á la formacion. Al mismo tiempo observé que en el otro lado del Juanambú coronaban los enemigos los riscos perpendiculares de la Cañada en número considerable, y que del lado de Buesaco se dejaban ver algunos hombres. En estas circunstancias se empeñó vivamente el fuego con la partida del general Córdoba, á la vez que el enemigo echaba á rodar una cantidad inmensa de piedras que estaban arriba amontonadas como otras veces habia sucedido. Agualongo pasaba la palabra al faccioso Toro que ocupaba la Cañada: ¡Cuenta como se escapa uno solo! le decia, y Toro contestaba: «¡No hay cuidado, que por aquí no se escapará ninguno!» Y esta vocería era repetida por todos ellos. Los que conocen el Juanambú pueden juzgar de lo crítico de nuestra situacion.

En tales circunstancias dí órden á uno de nuestros mejores oficiales, el alférez Yuk, irlandés, de marchar con 25 hombres á tomar posicion de la serie de parapetos paralelos al rio, en su ribera izquierda, antes que fuesen ocupados por el enemigo. Esta operacion tenia por objeto dominar el camino por donde debiamos ser perseguidos, y protejer nuestro paso del rio, impidiendo que las fuerzas de Toro se aproximasen á estorbárnoslo, á la vez que imponia algun respeto á las tropas de Agualongo, que tenian que pasar bajo los fuegos de la partida de Yuk en nuestra persecucion. Tambien dí órdenes al capitan Manuel María Córdoba para que á la cabeza de 80 hombres pasase inmediatamente el rio, sin dejar atras el ganado que conduciamos. De todo instruí al general por

medio de un oficial, y recibí por respuesta la aprobacion de mis medidas, y órden para seguir con 80 hombres mas á ocupar la Cañada, y proteger luego la retirada del general que permanecia siempre haciendo una desesperada resistencia á Agualongo.

Muy pronto dí alcance al capitan Córdoba, pasando el rio con bastante agua que iba aumentando, y continué mi movimiento. El enemigo se esforzaba tambien en defender su ventajosa posicion, desde la cuál no solo nós ofendia con sus fuegos, sino tambien con una inmensidad de piedras que hacia rodar sobre nosotros; pero no pudo disputarnos largo tiempo la ocupacion de la Cañada. Yo fuí el primero que coroné la altura con un soldado Gonzalez, y en seguida coloqué una partida de 40 hombres sobre un mamelon que está á la derecha de la choza de la Cañada; otros 40 dejé en ésta choza, y el resto de la tropa lo hice desfilar por una peligrosa senda, para protéger con él la retirada del general Córdoba. Entre tanto Toro con sus guerrillas ocupaba todas las alturas dominantes del sitio de la Cañada, aunque fuera del alcance de fusil.

El general Córdoba pasaba ya el Juanambú y era perseguido encarnizadamente por Agualongo; pero cuando éste vió que yo era dueño de las posiciones de la ribera derecha, y que una parte de mi tropa dominaba ya el rio, se contuvo en los parapetos que acababa de abandonar Yuk por órdenes que se le habian dado, y el general pudo replegar á la Cañada. « No creo verme aquí, me dijo muchas veces al oido : sin la operacion que usted ordenó de ocupar las trincheras de Buesaco tan oportunamente, éramos perdidos. » A la verdad las medidas que yo tomé, aún sin órdenes del general, porque no era posible comunicármelas con la velocidad que exigian las circunstancias, produjeron todos los efectos que me propuse; y agregado esto al impertérrito valor y sangre fria del general, á la intrepidez y arrojo de su hermano el capitan Salvador Córdoba, hoy coronel de la República, y al buen comportamiento de la mayor parte de nuestros oficiales y de nuestra tropa en general, pudimos salvarnos de los peligros mas inminentes y agregamos nuevas glorias á las armas colombianas. Pero aún teníamos que superar grandes dificultades hasta pasar el rio Mayo, única parte en donde podia establecerse esta pequeña columna, mientras era posible abrir otras operaciones.

En la Cañada pasamos el resto del dia, escaramuceando de continuo las partidas de Toro, y al cerrar la noche continuamos la retirada por el camino de Berruecos, despues de haber aparentado tomar una senda que conduce hácia la montaña de San Lorenzo, para que Agualongo vacilase en la direccion que llevábamos, á cuyo efecto se mandó una partida de 25 hombres á las órdenes del capitan Romualdo Lopez, oficial práctico del pais, por la indicada

senda, con órdenes de hacer fuego, aunque fuese al aire, para llamar por esa parte la atencion del enemigo y engañarlo algo sobre la verdadera direccion de nuestra retirada, que se verificó en los siguientes términos. Yo marchaba á vanguardia con un tercio de nuestra tropa, el general Córdoba en el centro con otro tercio, y el capitan Salvador Córdoba á retaguardia con el tercio restante.

Algunas de las diferentes partidas que habia colocado el enemigo en todas direcciones debian observarnos indispensablemente; pero yo tenia órdenes de no disparar un solo tiro sino en el caso de un empeño, en que no pudiera abrirme paso á la bayoneta, tanto por ocultar la direccion de nuestra retirada, cuanto por economizar nuestras municiones, de que ya habíamos gastado la mayor parte. De este modo seguimos sin embarazo hasta la Cruz de Olaya, á la entrada de la montaña, en donde reunidos ya al capitan Romualdo López, hicimos alto hasta el amanecer del dia siguiente. A cada instante encontraba yo algunos enemigos que preguntaban ¿quién vive? y se pasaban la palabra anunciando « que por allí iban los colombianos »; pero no hubo necesidad de disparar un solo tiro. Muchos enemigos hubiera yo podido hacer matar esa noche si me hubiese sido lícito hacer fuego.

Al amanecer del dia siguiente, cuando nos disponíamos á continuar la retirada, observamos que el enemigo coronaba una cuchilla á la izquierda del camino, ya entre la montaña. El general dió órdenes de seguir la marcha en los mismos términos que la noche anterior, encargándome á mí despejar el camino y al capitan Salvador Córdoba sostener la retirada. Yo me informé del capitan López, que iba á la vanguardia como práctico del pais, si seria posible flanquear la cresta ocupada por el enemigo, y contestándome que sí, pues que habia una pequeña senda que conducia á su altura, le encargué que me la señalase luego que á ella llegásemos; pero como los enemigos se ocultasen simulando abandonar esa posicion, López no creyó necesario hacerme la advertencia que le habia ordenado, y al dar la espalda al enemigo, rompió éste sus fuegos, y logró conservar siempre la retaguardia para molestarnos. Si López llena su deber, yo habria dispersado esa partida, dejándola en la incapacidad de continuar la persecucion, que nos costó la pérdida del alferez Fajardo, escelente oficial de infantería, y de algunos soldados muertos y heridos. Esta persecucion fué tenaz hasta fuera de la montaña, y aún habria continuado mucho tiempo despues, si no hubiera yo aconsejado al general emboscar con disimulo una parte de la tropa y cargar á retaguardia de los guerrilleros enemigos, al mismo tiempo que yo volveria caras para estrecharlos en el centro. La operacion de la emboscada se confió al valiente capitan Salvador Córdoba, quien ejecutó

puntualmente las órdenes, y habiéndose dispersado los enemigos, no tuvieron tiempo de reunirse tan pronto, de modo que nos dejaron pasar durante la noche tranquilamente en el sitio de la Horqueta de Bentaquemada, y pasar el rio Mayo al dia siguiente sin embarazo ninguno, pues algunas partidas que se dejaron ver al otro lado de aquel rio no osaron oponer resistencia. Esta indicacion de la emboscada me fué sugerida por el recuerdo de la que en iguales circunstancias se puso el año de 1814 en la retirada de Pasto, y de que he hecho mencion en su respectivo lugar.

En esta pequeña pero brillante campaña tuvimos un oficial muerto, el alferez Fajardo, y dos heridos, el capitan Manuel María Córdoba, que lo fué á mi lado al coronar la Cañada, y el alferez Mariño y como 60 individuos de tropa entre muertos, heridos y prisicneros.

El general Córdoba me espresó muchas veces entusiasmado, aun despues de la batalla de Ayacucho en que aumentó inmensamente su celebridad de valeroso, que esta era la campaña mas lucida que habia hecho en toda su carrera militar; pero que por desgracia no se hizo el mérito debido de ella á causa de haber sido en tan pequeña escala y contra un enemigo de tan débil prestigio; pero que él (Córdoba) se proponia escribirla y publicarla con todos sus detalles, para que se viera que nunca se habian aplicado en tan poco tiempo todos los principios del arte de la guerra, ni combatido tan desventajosamente, ni desplegado tanto valor ni usado de tanta habilidad como esa vez. Yo participo de su opinion y me vanaglorío de haber contribuido eficazmente al brillo de esa columna y á su prodigiosa salvacion.

Del pueblo de Veinticuatro, en donde resolvió situarse el general, me destinó á Popayan con el objeto de pedir algunos ausilios, principalmente de municiones, pues éstas estaban casi agotadas. Yo tenia que atravesar un pais cubierto de guerrillas enemigas, y para verificarlo solo se me dieron 4 soldados, á condicion de regresarlos del pueblo del Trapiche, en donde me aseguró el general que encontraria un fuerte destacamento de tropas nuestras, del cual debia tomar una partida hasta Popayan; pero llegado á dicho Trapiche no encontré sino 7 hombres medio enfermos que habiamos dejado atrás por esta causa, los cuales se hallaban ocultos para preservarse de caer en manos de los facciosos. Con esos hombres, malísimamente armados, seguí hasta la ciudad de Almaguer, en donde se me reunió el oficial de milicias Justo Zúñiga con sus dos hermanos, todos tres patriotas y valientes; y por caminos estraviados, no sin mucha dificultad, logré entrar en Popayan, cuya ciudad se hallaba en estado de sitio, y sin mas guarnicion que una compañía veterana y como 300 milicianos, fuerza, sin embargo, mas que suficiente, no solo para defender el lugar, sino tambien para hacer levantar el sitio.

Voy á referir cómo superé uno de los obstáculos que encontré en esta marcha. Hallábase situada en el pueblo de Rioblanquito una partida enemiga, y como era prudente no descubrir mi pequeña y mal parada fuerza, al paso que no habia otra vía para seguir adelante, dispuse arrear una recua de yeguas que en el camino pastaban, y entrando en el pueblo con ellas mezclados y dando gritos amenazantes, logramos que el enemigo nos dejase el paso libre creyendo que lo atacaba una legion formidable.

La guarnicion de Popayan estaba circunscrita al antiguo convento de Santo Domingo, y en las calles inmediatas se habian construido trincheras.

Antes de dar cuenta de mi comision, me dirigí á mi casa á mudarme la ropa, porque iba muy mojado. El comandante general, que lo era el coronel José María Ortega, luego que supo mi arribo, se dirigió dónde mí y manifestó una grande admiracion por mi llegada, pues le parecia imposible que yo hubiera podido entrar con tan pocos hombres en el estado en que los facciosos ocupaban los pueblos inmediatos al sur de Popayan, y hacian incursiones hasta cerca de la ciudad. Yo le pregunté ¿cuanta fuerza tenia á sus órdenes? y habiéndome informado del número y calidad de hombres que defendian el lugar, y los peligros que corria la plaza de ser tomada por el enemigo, yo tuve la imprudencia, con mi carácter franco, de asegurarle que con la mitad de la guarnicion saldria yo al dia siguiente á batir á los facciosos y despejar el campo. Digo imprudencia, porque el coronel Ortega, que no conocia la clase de enemigos que le molestaban ni el pais en donde se hacia la guerra, se manifestó ofendido de mi proposicion, con cuyo antecedente y otra ocurrencia desagradable que habia acontecido entre los dos, recien llegado Ortega á Popayan, se formó una prevencion contra mí, que me costó bastante caro, según lo espresaré mas adelante.

Sin embargo, el comandante general puso á mi disposicion la compañía veterana constante de 50 hombres á las órdenes del capitan Diego Pinson, dos compañías de milicias de Popayan y 14 hombres de caballería de Mercaderes, éstos á las órdenes del teniente Juan Gregorio Lopez, hoy coronel de la República, con cuya tropa, constante como de 180 hombres, salí al tercer dia de mi llegada, y despejé positivamente el campo, no habiendo batido á los enemigos, porque éstos no se atrevieron á presentarse en combate. A pesar de esto, ellos quedaron anulados á beneficio de la siguiente invencion.

Cuando observé que el enemigo, comandado por el famoso cabecilla Toro, no trataba sino de hacerme internar al valle de Patia con el designio bien conocido de hostilizarme en la guerra de partidas, única que sabia hacer á maravilla, teniendo yo por otra

parte órden de no pasar de la cuchilla del Tambo, hasta donde habia llegado sin obstáculo alguno, no obstante que se aseguraba que allí se me opondria una vigorosa resistencia, y que llegué á presumirlo porque hasta poco antes de mi llegada á la cima de la cuchilla se mantuvo allí una partida enemiga; cuando observé, digo, que el enemigo, cuya astucia y cobardía me eran muy conocidas, no se hallaba con ánimo de esperarme, me acerqué á dos sugetos notoriamente españolistas, pero respetables por su carácter é influyentes en el pais, y simulándoles que tenia una gran confianza en ellos, y encargándoles préviamente el mas inviolable secreto, les dije : « No quiero molestarme mas en persecucion de los facciosos, porque esto es inútil. En este pueblo (El Tambo) me estaré algunos dias hasta recibir la cabeza de Toro, pues han de saber ustedes que muchas de las personas que se le están incorporando se han comprometido á cortársela por el precio de cinco mil pesos que se les ha ofrecido, y de un dia á otro debo tener aquí esa cabeza. » Demasiado sabia yo que esos sugetos, aunque no fuese mas que por conciencia, comunicarian á Toro el secreto que yo les habia participado, y lo cierto es que los resultados y otros datos me han convencido de que mi plan tuvo el mejor suceso. La partida de Toro se diseminó, retirándose algunos de los que la componian y presentándose otros, y su caudillo desapareció de un dia á otro sin que los suyos hubieran sabido qué era de él, segun me han dicho muchos de ellos, hasta que, derrotado Agualongo por el teniente coronel Tomas C. Mosquera en su última tentativa sobre Barbacoas, se supo que Toro habia muerto en aquel combate. Por este arbitrio quedó el territorio de Patia casi enteramente libre de enemigos; pues solo subsistieron hasta su esterminio algunos negros malhechores, capitaneados por un tal Pablo Diaz, con quienes dieron fin poco tiempo despues el capitan Salvador Córdoba y el teniente Juan Gregorio López.

Volví á Popayan terminada que fué mi comision con arreglo á mis instrucciones, y al llegar á esa capital supe que el general Córdoba replegaba, despues de haber batido al faccioso Agualongo en Veinticuatro, á donde vino éste á atacarlo con fuerzas superiores. Efectivamente á pocos dias llegó el general Córdoba, y resolvió seguir á Quito por el mar Pacífico y el desierto tránsito de Esmeraldas, sin que yo le hubiera podido acompañar, porque el gobierno revocó mi licencia de pasar al ejército del Perú cuando menos lo esperaba, y me destinó al mismo tiempo á levantar 600 reclutas del valle del Cauca con órdenes de reunirlos en Cali, y remitirlos al puerto de la Buenaventura para que de allí siguiesen á incorporarse en el ejército ausiliar del Perú, cuya comision llené satisfactoriamente.

## CAPITULO XVIII.

*Se me comisiona para crear y organizar las milicias del Cauca.—Aunque con repugnancia obedezco esta órden.—Pido de nuevo mi retiro y se me niega.—Termino esta comision y se me encarga otra vez del E. M. del Cauca.—Acontecimiento en una guardia.—Lleno mi deber.—Se me arresta por órden del comandante general.—Desafío á éste.—El me manda juzgar y denuncia el billete.—Sigo á Bogotá á sufrir el juicio.—Se me ordena regresar á causa de nuevas facciones.—Se restablece la tranquilidad y vuelvo á emprender la marcha á Bogotá.—Mi fiscal en Popayan.—Pide mi muerte, etc.—Llego á Bogotá.—Mi nuevo fiscal pide mi absolucion.—Se reune el consejo de guerra de oficiales generales.—Incidente desagradable.—Soy condenado á un año de suspension de empleo.—Se reforma la sentencia condenándome á ocho meses de esa pena.—Se declara á Ortega reo de detencion arbitraria.—Regreso á Popayan y cumplo la pena.—Me encargo del E. M. del Cauca.—Poco despues me encargo de la comandancia general de ese departamento por nombramiento del gobierno.—Se me asciende á teniente coronel efectivo.—Se me nombra segundo ayudante general del Estado Mayor General de Colombia.*

Despues de esto se me comisionó á crear y organizar las milicias en todos los cantones del valle del Cauca, destino verdaderamente odioso para mí; pero no pudiendo escusarme, marché á cumplir mis deberes, dirigiendo, entretanto, otra sentida representacion al Poder Ejecutivo en la cual pedia de nuevo mi retiro en virtud de habérseme revocado mi pase al Perú; pero esta solicitud fué negada como las anteriores, y, en tal virtud, me resigné á sufrir los golpes de la suerte en una carrera que jamás me ha lisonjeado en tiempo de paz, y mucho menos en aquellas circunstancias en que, por razon de mi inferior grado, estaba subordinado á muchos gefes que, lo digo con orgullo, no tenian títulos bien adquiridos para mandarme, y temia con sobrada razon un ultraje que concluyera por un lance trágico ó por un juicio en que, siendo yo el mas débil en órden ó categorías, no habia de poder triunfar la razon. Habiendo terminado mi comision de milicias, se me encargó otra vez del Estado Mayor del Cauca, á fines de 1824.

A principios de 1825 vinieron á realizarse mis temores. Una noche en que se daba una fiesta de volatines en Popayan, salí de mi casa acompañado de mi mujer, y antes de llegar á la funcion, me encontré con muchas gentes que regresaban vituperando la

conducta de los soldados que se habian puesto de guardia en dicha casa. Algunos me informaron brevemente de los hechos, y me encarecieron fuese pronto á contener los desórdenes de la guardia. Yo apuré los pasos y á una distancia de quince varas de la puerta de la casa de la funcion ví que un soldado repartia culatazos discrecionalmente, y, dejando á mi mujer, me precipité sobre él, á tiempo que ultrajaba de palabras y amenazaba con su arma á varias personas, entre las cuales reconocí á mi abuela materna. En el acto me arrojé sobre el soldado, lo desarmé violentamente, y lo puse preso en el cuerpo de guardia, habiendo de este modo contenido el desórden. Luego que entré á la casa se dirigió á mí el coronel Ortega, y en voz alta me dijo : « ¿ Como es que usted ha atropellado un centinela ? Vaya usted arrestado á su casa. » « ¡Mi coronel ! le contesté, antes de intimarme el arresto pudiera oirme, ó al menos debiera intimármelo de otro modo en consideracion á la gran concurrencia de gentes en este lugar. » Entonces, acercándose Ortega á mi oido, me dijo en secreto : « Pase usted arrestado á su casa. » Al instante cumplí la órden, á pesar de la injusticia con que se me daba semejante reprension, y del bochorno que ella me causaba por la publicidad del lugar y el modo como se me intimó el arresto la primera vez.

Ofendido hasta el estremo con la conducta de Ortega, le dirigí inmediatamente un billete concebido en los términos siguientes ó semejantes : « Que por varios actos estaba yo persuadido de su malevolencia, que ya me era insoportable ; que si yo le habia irrogado algun agravio, no era ese el modo de vengarlo, prevaliéndose de la autoridad, y que le pedia como á caballero una satisfaccion mas digna de un militar. » La respuesta fué haberme hecho intimar pasase preso al cuartel de Santo Domingo, habiendo ordenado que se me juzgase por los delitos de atropellamiento de centinela y desafío al comandante general, á cuyo fin denunció el billete con el cual se formó la cabeza del proceso.

Sentenciado éste en el término de dos meses, y no habiendo en Popayan los oficiales generales suficientes para el consejo de guerra, se me ordenó seguir á Bogotá; y al rendir mi primera jornada, recibí una órden del comandante general, que lo era entonces interinamente el teniente coronel Basilio Palacios Urquijo, en que me prevenia regresase á Popayan, en virtud de estar amenazada nuevamente la provincia por los facciosos de Pasto, Berruecos y La Cruz. Regresé, pues, á pesar de mi carácter de reo, á servir en cuanto fuera compatible con mi interdiccion militar, y luego que cesaron los temores, se me intimó otra vez seguir á Bogotá, permitiéndome hacerlo bajo mi palabra de honor, es decir, sin escolta alguna.

En Popayan habia sido mi fiscal el sargento mayor Muñoz, hom-

bre tan ignorante como imbécil. En su vista pedia, no solo mi muerte impuesta por la ordenanza, sino todo el rigor de la pragmática de duelos: conviene á saber : infamia para mí y mis descendientes y confiscacion de bienes; sin advertir que la infamia no podia ser trascendental á los descendientes, y que la pena de confiscacion de bienes tambien estaba abolida por nuestro código político. En Bogotá se encargó la fiscalía de mi causa al sargento mayor José Arce, hoy coronel de la República, sugeto racional y muy versado en estos asuntos, cómo que es tambien abogado. Yo debo tributarle mi reconocimiento por su rectitud y por los buenos modales que usó para conmigo.

No solo no coincidió Arce en su conclusion fiscal con el mayor Muñoz, sino que pidió se me declarase inocente de los cargos que se me hacian, y se me pusiese en libertad. Mucha esperanza tenia yo de que este dictámen seria adoptado por el consejo de guerra, y así habria sucedido probablemente, si algunos incidentes no hubieran, por desgracia, prevenido el ánimo de los vocales en contra mia.

Cuando ante el consejo daba lectura á mi defensa, pues me defendí por mí mismo, viendo que algunos vocales se distraían conversando entre sí, les supliqué « prestasen su atencion á mi referida defensa, en virtud de que en aquel acto se iba á decidir de mi honor y de mi vida. » A poco tiempo de haber continuado la lectura noté la misma distraccion, y, en consecuencia, volví á rogar se me oyese; y como para hacer esta segunda súplica me revestí de la energía y dignidad que eran necesarias, en medio de ella produje involuntariamente una palabra indecorosa, que siendo muy familiar á los militares, no la espreso por decencia. Todos los vocales, menos el general D'Even, presidente, y el coronel Masa, se pararon, pidiendo al presidente que se me abriese un nuevo juicio por mi falta de respeto. No me valió protestarles que esa espresion se me habia deslizado sin pensarlo. Se me hizo despejar la sala, y se me entregó á la guardia, mientras el consejo deliberaba lo que debiera hacerse El buen general D'Even, que era mi amigo, y el coronel Masa, que tambien lo era, lograron persuadir á los otros vocales á que no se hiciese novedad de lo sucedido, y éstos accedieron, á condicion que yo les satisficiese plenamente. Se me volvió á hacer entrar en la sala, y el presidente me manifestó la intencion del consejo, pidiéndome declarase implícitamente, que yo no habia tenido ánimo de ofender con mi espresion ni al cuerpo en general, ni á ninguno de sus miembros en particular. Yo así lo protesté; y sin embargo, el teniente coronel Elizalde, uno de los miembros, me dijo con un tono despótico: « ¿Ignora usted el peso de la palabra que ha pronunciado en este respetable lugar? ¿Ignora usted acaso que los jueces que aquí

¿estamos somos árbitros actualmente de su vida y de su honor? » Yo contesté con una voz firme : « Conozco el peso de la palabra que he pronunciado, y sobre cuya falta involuntaria imploro la indulgencia de los jueces ; mas no reconozco en ellos los árbitros de mi honor y vida : usted y sus colegas tienen el derecho de quejarse por la falta de respeto, si la satisfaccion que se me ha exigido y que he dado no fuese suficiente para lavar la mancha ; pero si, el contrario, el consejo se cree satisfecho, debe olvidarse esa desagradable ocurrencia. No reconozco en los vocales del consejo los árbitros de mi honor y vida, porque ellos están obligados á fallar conforme á su honor y conciencia, en vista de lo alegado y probado, y no en razon de los incidentes que puedan sobrevenir durante el juicio : no reconozco, por último, en ustedes y demás vocales los árbitros de mi honor y vida, porque aún cuando su fallo me condenara á la pérdida de estas preciosas propiedades, aún hay otro tribunal superior, la Alta Córte Marcial, á quien las leyes cometen la aprobacion de la sentencia de primera instancia antes de ejecutarse, en el caso que el fallo del Consejo imponga una pena de tal naturaleza. » El Presidente del Consejo declaró terminada la cuestion sobre mi falta de respeto, y ordenó continuase la defensa. Visto era que, con este acontecimiento, yo habia enjendrado en el ánimo de mis jueces cierta prevencion desventajosa : á ella probablemente debo haber sido condenado á un año de suspension de empleo, calificando mis espresiones al comandante general del Cauca como irrespetuosas.

Llevada la causa á la Alta Córte Marcial, en donde me defendí tambien personalmente, se reformó la sentencia del consejo de guerra, condenándome á 8 meses de suspension, por cinco votos contra cuatro, que me declararon inocente. En esta sentencia se declaró: que el coronel José María Ortega, comandante general del Cauca, era culpable de detencion arbitraria; pero que no se le debia juzgar, porque no se habia determinado la pena correspondiente á este delito por una ley prexistente.

En virtud de esta condenacion, hecha en 14 de setiembre de 1825, regresé á Popayan; y habiendo espirado el término de mi suspension se me ordenó nuevamente encargarme del Estado Mayor del Cauca en 14 de mayo de 1826, siendo comandante general de aquel departamento el general Mires. En 17 del mismo mes me encargué interinamente de la comandancia general del Cauca, por nombramiento del gobierno. En 11 de agosto del propio año de 1826 se me ascendió á teniente coronel efectivo; y en la misma fecha se me nombró segundo ayudante general del Estado Mayor General de Colombia.

## CAPITULO XIX

Data de nuestras últimas disenciones civiles.—Mi nombre empieza á ser mas conocido.—Impugno la Constitucion Boliviana.—Rechazo las propuestas que se me hacen para secundar aquella Constitucion y proclamar la dictadura de Bolívar.—Junta promovida por el intendente del Cauca sobre el mismo objeto.—Mi parecer, que es casi unánimemente aceptado.—El coronel José María Obando.—Se me felicita por muchos personajes de la República y adquiero importantes relaciones.—El Libertador regresa del Perú.—Envio un oficial á felicitarlo y darle cuenta de mi conducta.—Bolívar la aplaude.—Al llegar á Popayan voy á encontrarlo.—Diálogo entre los dos.—Mi desengaño.—El doctor Rafael Diago, su juicio y su pronóstico sobre Bolívar.—Recibimiento y obsequios á Bolívar.—Su inesperada permanencia en Popayan.—Medios que se emplean para doblegarme.—Bolívar filosofa en favor del celibato y concluye por decir que, á pesar de eso, al fin lo han de casar.—Se trata de corromper la guarnicion.—Su fidelidad.—Pruebas de su lealtad.—Se frustra el último proyecto de los bolivianos.—Nuevas tentativas para inclinarme á la dictadura.—El Libertador me hace cumplimientos y me da su busto de oro.—Parte de Popayan, y, á su invitacion, le acompaño hasta la segunda jornada.—Coloquio sobre la marcha.—Despedida.

Desde esta época de la cual datan nuestras nuevas disenciones civiles, empezó á ser mas conocido mi nombre en razon del puesto que ocupaba en circunstancias tan delicadas. Mis principios republicanos estaban en pugna con los emitidos en la Constitucion de Bolivia, cuyo proyecto habia sido presentado por el Libertador, declarando: *que en él estaba contenida su profesion de fé política*. Sus partidarios hacian un empeño muy pronunciado para que en Colombia se adoptase aquel proyecto; y yo, que redactaba el pequeño periódico intitulado « *El Republicano del Cauca*, » tuve la osadía de comenzar á sostener la lucha de imprenta por parte de los que se oponian á la adopcion de ese código político, contando para esto, mas con mi fidelidad y amor á los principios liberales, que con mis muy escasas luces. Esta circunstancia me empeñó decididamente, no solo á refutar por medio de la prensa las apologías de la Constitucion Boliviana, sino tambien por medio de correspondencias epistolares y por la palabra, no ocultando mis opiniones.

Conocida es la invitacion que me hizo el teniente coronel T. Cipriano Mosquera, entónces intendente de Guayaquil, para que secundase en el Cauca el pronunciamiento del Guayas, procla-

mando dictador al general Bolivar, á cuya atrevida propuesta contesté negativamente. Varias cartas me llegaron al mismo tiempo de gefes y oficiales respetables proponiéndome la medida indicada, como única capaz de salvar la Patria, y hacer entrar en sus deberes al general Páez, que se habia pronunciado en Venezuela contra la union de Colombia. A todos contesté : que por los acontecimientos de Venezuela, yo no veia á la Patria en el riesgo inminente en que se consideraba; pero que aun en este caso no debiamos dar el escándalo de arrojarnos en los brazos, siempre temibles, de un dictador, pues la misma Constitucion de Cúcuta, previendo los grandes conflictos en que pudiera hallarse la República, habia provisto de los medios necesarios invistiendo en estos casos de facultades estraordinarias al Poder Ejecutivo, que podia delegarlas á otras autoridades de su dependencia, y que, declarándose el Libertador en el caso de dichas facultades estraordinarias, podia muy bien reincorporar á Colombia la parte de Venezuela que se habia separado de hecho ; y últimamente, les espresaba, que yo no haria nunca traicion á mis deberes como militar, á mis juramentos como colombiano, y á mis principios republicanos como hombre privado.

Por el mismo tiempo habia recibido el intendente del Cauca, Dr. Cristóbal Vergara, iguales invitaciones de parte de algunas autoridades de los departamentos meridionales de la República, todos pronunciados, mas ó menos esplícitamente, en favor de la dictadura, para que se imitase su conducta. Con tal motivo el Intendente reunió en su casa á los empleados y personas mas notables de Popayan, para consultarles la respuesta que debiera dar, y las medidas que pudieran adoptarse. Siendo yo uno de los invitados, al presentarme en el salon se me anunció el objeto de la junta, y se pidió mi parecer. Yo manifesté: «que mis opiniones eran ya bien conocidas sobre este particular, y que las tropas que estaban á mis órdenes en el Cauca jamas se constituirian en deliberantes para trastornar el órden legal; que protestaba ser consecuente á esta resolucion, porque á mas de que ella era dictada por mis deberes, era tambien aconsejada por mis ideas.» Mi manifestacion fué acogida con aplauso, sino de todos los concurrentes, á lo menos de la mayor parte de ellos; y se decidió denegarse á todo acto inconstitucional. Afortunadamente el teniente coronel José María Obando, hoy general de la República, entonces gobernador y gefe militar de la provincia de Pasto, teniendo á sus inmediatas órdenes las principales fuerzas del Cauca, y estándome accidentalmente subordinado en la atribucion de gefe de las armas, afortunadamente, repito, este gefe estaba de acuerdo conmigo; y á esta coincidencia se debe en gran parte que la mayoría importante de Colombia no hubiera mancillado la gloria nacional en aquel tiempo.

Grande fué mi satisfaccion al recibir enhorabuenas de muchas personas prominentes de la República, por mi enérgico, honroso y patriótico comportamiento. Desde entónces mis relaciones fueron mas vastas, y si perdí algunos amigos por la divergencia de sentimientos, tambien gané otros que eran de gran valor. La casualidad habia querido destinarme á ocupar un puesto tan interesante en aquella situacion, y yo no debia perder de vista mi posicion y mis comprometimientos para conservar, á costa de otros beneficios, la reputacion que me habia adquirido. En el curso de esta narracion veremos si he tenido la fuerza de carácter necesaria para no plegar á las circunstancias, ni doblarme á las seducciones ni á las amenazas; estímulos que se emplearon con prodigalidad para ganarme en favor de las miras bolivianas.

El Libertador habia llegado á Colombia de regreso del Perú, y se acercaba á la capital. Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, le mandé un oficial á felicitarlo hasta donde le encontrase, dándole á la vez cuenta de mi conducta y protestándole mi fidelidad á la Constitucion de la República, como única regla de mi conducta en esas circunstancias de pronunciamientos escandalosos. Su respuesta me fué tanto mas estraña cuanto que ella aplaudia mi procedimiento, cuando menos lo esperaba. Este documento ha visto tambien la luz pública repetidas veces. Enigmático como él era, no podia dar mucho en qué pensar, pues pronto debia el Libertador llegar á Popayan y desengañarme.

En efecto, así sucedió, desgraciadamente para la Patria. Yo salí á encontrar al personage á tres leguas distante de la ciudad, capital del departamento, y en el modo seco de recibirme, cuando otras ocasiones me habia tratado con tanta deferencia, conocí que nada menos que contento estaba de mi conducta. Entre las preguntas que me hizo fué la de « Si tenia en Popayan alguna correspondencia. » Yo le contesté que sí, y que aun yo mismo le traia algunos pliegos, que se los daria en el lugar adónde iba á pernoctar. « Muchas *Banderas Tricolores* (16), me replicó, me traerá usted, en que algunos ingratos se complacen en despedazar mi reputacion y la del ejército que les ha dado Patria y fortunas. ¡ Canallas ! Ignorarán que ese ejército me es fiel, y que puedo hacer venir al instante 5,000 hombres del Perú y confundirlos á ellos y á sus miserables prosélitos. » Al decirme esto observé que el Libertador entraba en cólera y que me miraba con ojos desdeñosos. Yo no quise responderle una palabra. Mas adelante me consultó, por dónde seria mas cómodo atravesar la cordillera central de los Andes, si por Guanacas ó Quindio. Yo le hice el paralelo de ambos caminos, como que era práctico de ellos, y concluí por asegurarle que incuestionablemente era mas cómodo el de Guanacas. « ¿ Pero cómo he de atravesar yo ese desierto sin guí-

sino chozas en dónde pernoctar? » me replicó Bolívar. « No es exacto, Señor, le contesté: en dónde no hay algun pueblito hay tambos, que por parte de las autoridades de Popayan se harán disponer, en términos que V. E. no sufra ningunas molestias por falta de abrigo. » — « De Popayan no quiero nada, » me respondió enfurecido. En esos momentos marchaba tambien cerca del Libertador el señor José María Rebolledo, comisionado para felicitarlo y recibirlo en la hacienda de los Robles, en dónde pernoctó. En ella recibió y empezó á leer su correspondencia, habiéndose puesto de tan mal humor, que aunque yo tenia intencion de pasar la noche en su compañía, resolví irme á Popayan, á cuyo fin le hice el anuncio de mi despedida por conducto del general Salom, pues el Libertador, lleno de ira, se habia retirado á un aposento. El general Salom me dijo á nombre del Libertador que bien podia retirarme.

Al entrar en Popayan, informé luego á las personas curiosas, y principalmente á mis amigos Rafael Diago y capitan Andrade (17), del modo como habia sido tratado, y del concepto que, en consecuencia, me habia formado del general Bolívar. Diago me contestó: « Bien te acordarás que desde antes de las actas de Guayaquil, Asuay y Quito, desde antes de la Constitucion de Bolivia, y desde antes de la espulsion de los españoles en el Perú, yo he augurado esto mismo de Bolívar, cuando tú lo defendias tan enérgicamente, y jurabas que el Libertador no cederia á Washington en desprendimiento. Siento mucho que mi profecía se haya confirmado; pero no podia ser de otro modo. Desde que conocí á Bolívar jamás dejé de creer que su liberalismo era una hipocresía, pues muchos de sus actos, y principalmente su proyecto de Constitucion aristocrática presentado al Congreso de Guayana, así me lo persuadian. » Yo tuve que confesarme vencido y ceder á Diago la primacía en la exactitud de los augurios políticos.

Al siguiente dia, 21 de octubre de 1826, entró en Popayan el Libertador, á quien se recibió con todo el aparato debido al héroe de la América Meridional, habiéndosele obsequiado principalmente por las familias de Mosqueras y Arboledas, y por mí, durante los ocho dias que pasó en el lugar, no obstante la precipitacion con que habia anunciado marchaba á la capital de la República. Bueno es que se conozca la historia de estos ocho dias, en que mis lectores comprenderán cuán peligrosa, delicada y violenta era mi situacion con la permanencia en Popayan del general Bolívar y de muchos gefes y oficiales de influjo, entre los cuales contaba algunos en el número de mis camaradas y antiguos amigos, pero que, por desgracia, se me habian encarado á causa de nuestra divergencia de opiniones.

Fácil es presumir que tan larga dilacion no podia tener por ob-

jeto sino intimidarme, seducirme ó corromper la guarnicion para hacer pronunciar al pueblo en el sentido de la dictadura. En efecto, muchas fueron las insinuaciones que se me hicieron á este fin, y muchos los ofrecimientos de empleos, honores y fortuna con que se quiso doblegar mi inexorable firmeza. Llegó á proponérseme que si no queria comprometerme personalmente, entregase el mando, bajo pretesto de enfermedad, al gefe mas antiguo de los que servian en la capital, que este accederia á la proclamacion de la dictadura por la guarnicion; y que yo podia marcharme á Europa, para una de cuyas cortes se me nombraria en calidad de Ministro plenipotenciario con una renta cuantiosa, y que ademas se me daria una gruesa suma para mi viaje. Otra de las propuestas fué elevarme al grado de general si cooperaba al pronunciamiento propuesto. En fin, diversas proposiciones, todas lisonjeras, se me hicieron; pero á todos contesté que por nada de este mundo faltaria á mi deber mientras respirase. Entre las pocas personas que se tomaron el empeño de conquistarme, figuraron como mas notables el doctor José María Mosquera, hombre respetable por mil razones, y el señor Rafael Arboleda, sujeto ilustrado, pariente, amigo, condiscípulo y concólega mio, ambas personas influentes, y á quienes yo apreciaba y distinguia. Los cito solamente para que se medite cuanta fuerza de resistencia me seria necesaria para no ceder al poder y á las consideraciones. Debo, sin embargo, confesar que el Libertador nunca me hizo una propuesta directa. Cuando mas llegó á decirme fué: «Usted es muy ideologista. No todas las teorías en política son aplicables á todas las naciones; pero se han propuesto algunos destruir esta hermosa República, ó hacerla el ludibrio del estranjero, queriendo imitar ciegamente á las antiguas Aténas y Lacedemonia, ó á la moderna República de Washington.» Otras veces en sus discursos dejaba entender «que tenia una alianza secreta con alguna nacion de Europa,» pues, por ejemplo, filosofando un dia con el obispo de Popayan sobre el estado eclesiástico y el del matrimonio, manifestó «que, aunque habia sido casado con una mujer que era un ángel, temblaba al recordar que se habia casado, pues era enemigo irreconciliable del matrimonio; que cuando se casaba algun amigo de él, lo compadecia mas que si hubiera muerto, » y últimamente, despues de haber vituperado el estado del matrimonio, concluyó diciendo: « *Y á pesar de esto al fin me han de casar*. »

Continuemos la historia de los ocho dias. Cuando se convencieron mis seductores de que era imposible doblegarme, ocurrieron algunos al medio de corromper la guarnicion para arrancarle el pronunciamiento. Yo que debia recelarme con tanta razon de que se pusiera en juego este arbitrio, me hallaba preparado para no dejarlo prevalecer. Afortunadamente, el gefe del batallon Cauca,

que era el teniente coronel Manzano, oficial muy cumplido, me comunicaba todo cuanto sucedia, y me habia jurado no hacer nada que yo no le ordenase. Yo tenia una suma confianza en él y en casi todos los oficiales de la guarnicion; y, á mas, visitaba con frecuencia los alojamientos y cuarteles, y tomaba todas las medidas posibles para conservar la disciplina de las tropas. Para dar una prueba bien convincente de la fidelidad de mis subordinados, referiré dos acontecimientos que ocurrieron en ésos dias.

Se me avisó una noche que el oficial Reascos, hoy teniente coronel, estaba ganado por los dictatoriales, y que tenian éstos la esperanza de que ese oficial haria un motin en el batallon Cauca á efecto de proclamar la dictadura. Hice, en consecuencia, tocar llamada de oficiales; reunidos éstos, les exhorté nuevamente sobre el deber que tenian de ser fieles á la Constitucion, y tuve el gusto de oir de todos, inclusive Reascos, las protestas mas fervorosas de no faltar á sus juramentos, que renovaron con el mayor entusiasmo. Yo encargué privadamente que se velase la conducta de Reascos, y ésta fué tan buena, que posteriormente él se ha distinguido en el sostenimiento del gobierno constitucional.

El 28 de octubre, dia de San Simon y cumpleaños de Bolívar, debia celebrarse, entre otros preparativos, con una funcion solemne en la catedral de Popayan, á la que asistió el Libertador con su numerosa comitiva. La tropa estaba formando calles desde la puerta de la casa del personage hasta la de la iglesia, para hacerle los honores de capitan general y de presidente de Colombia. Yo debia acompañarle con los oficiales de Estado Mayor y retirados; y al efecto se habia dado la cita para dicha casa á las 9 de la mañana en punto. Eran las 8 y 3|4 cuando salia yo de mi habitacion, y á esa hora vino volando donde mí el teniente Cárlos Ludovico, hoy sargento mayor y entonces ayudante de la comandancia general del Cauca, y me preguntó: « ¿Si era positivo que yo habia dado la órden de que la tropa formada diese vivas al Dictador, pues que los soldados estaban en esa persuasion?...» Yo le contesté que no habia dado tal órden, y previne tanto á Ludovico como al teniente José María Barriga, que con la mayor velocidad se dirigiesen á la tropa, y recorriendo las filas previniesen « que seria castigado de muerte todo el que diese un solo viva ó levantase la voz de cualquiera otro modo durante la ceremonia, y que yo mismo pasaria con mi espada al primero que desobedeciese esta órden. » Estos oficiales me obedecieron con puntualidad, y yo seguí á pasos dobles, creyendo llegar á la casa del Libertador antes de que él saliese para la iglesia; pero seguramente para impedir mi presencia se habia anticipado la salida, pues cuando me incorporé en su séquito ya habia andado mas de ochenta pasos, y aún faltaba casi un cuarto de hora para el mo-

mento de la cita. Al acercarme al Libertador observé que éste me dió una mirada de indignacion, lo que repitió varias veces durante la solemnidad religiosa. En este intérvalo, yo tomé otras medidas de precaucion; y muy luego supe que se estaban recogiendo firmas para el pronunciamento del pueblo, asegurando que yo habia convenido en proclamar al Dictador; pero por honor de mi país natal, diré que aún no habian signado 10 personas el oprobioso pronunciamiento, y que el plan se frustró enteramente. En las pocas averiguaciones que me fué posible hacer para descubrir los autores de esta farsa, solo pude saber que un tal Juan José Medina, conocido por *el Loco*, habia sido pagado para quemar cohetes durante el tránsito del Libertador, y gritar al mismo tiempo ¡Viva el dictador Bolívar! agregando: ¡Viva el comandante general! como para confundir estos dos vítores, y comprometer á la tropa á que contestase con otros vivas, y aprovechar el momento para perorar á los soldados en ausencia mia. Que el proyecto fué concebido, y que se empezó á poner en ejecucion, es cosa bien averiguada; pero la estrella de la libertad quiso que él se desbaratase con mucha fortuna.

Mientras permaneció el Libertador en Popayan, se me dijo varias veces por personas de su séquito, que Su Escelencia sentia mucho no darme un ascenso, á causa de carecer de las facultades en virtud de las cuales habia concedido muchos en los departamentos del Sur. Esta era una nueva tentativa para hacerme inclinar al deseado pronunciamiento. Sin embargo, me hizo visitar por conducto de su ayudante de campo el coronel Oleari, y aún me mandó con este mismo gefe su busto de oro, y el díploma correspondiente del gobierno del Perú.

El 30 de octubre partió el Libertador para Bogotá tomando el camino de Guanacas, y habiéndome manifestado deseos de que le acompañase hasta la segunda jornada, no tuve inconveniente en verificarlo, satisfecho como estaba de que las tropas de mi mando se conservarian siempre fieles. En las pocas palabras que me dirijió sobre la marcha, sólo son dignas de notarse las siguientes: Hablaba el Libertador de continuo contra los que sostenian la Constitucion, dándoles el epíteto de visionarios, teóricos, ideologistas, ambiciosos, y por último, sus miserables enemigos; y en una de esas ocasiones, mirándome con semblante agradable, me dijo: « Usted, señor comandante, es demasiado honrado; usted pudiera serlo en sus límites sin tanto esceso de delicadeza, pues usted sabe que todo esceso es vicioso.» — «No por esto soy enemigo de V. E., le contesté; yo creo no haber hecho otra cosa que llenar mi deber: permítame V. E. le diga que el honor, en su verdadera acepcion, no tiene en mi concepto límites, y V. E. mismo ha aprobado mi conducta.» — Convengo con usted, me

replicó, que el honor en su bien entendida acepcion no tiene límites; pero dejemos esta cuestion. Nunca los hombres de bien pueden ser mis enemigos personales. Aquellos de nuestros compatriotas que se han declarado contra mí, han sido siempre unos malvados, que han sufrido al fin el juicio y la condenacion de los contemporáneos, y espero que la posteridad execrará su memoria. Usted es uno de los colombianos que están llamados á servir útilmente á esta Patria desgarrada por la ambicion de muchos perversos; y confio en que alguna vez lo conocerá usted y se acordará de mí haciéndome la justicia correspondiente. » — «Doy á V. E. las gracias por el ventajoso concepto que se ha formado de mí, colocándome entre los que V. E. reputa hombres de bien. Todo lo que puedo ofrecer á V. E. es la fidelidad á mis juramentos; » fué mi contestacion; á lo que el Libertador esclamó : « ¡ Pluguiera á Dios que todos los colombianos fuesen fieles á sus juramentos! No tuviéramos entonces que lamentar la escandalosa cision que ha hecho una parte de Venezuela al código de Colombia ! »

Al despedirme del Libertador en el Tambo de Gabriel López, se levantó, y, dándome un estrecho abrazo, me dijo : «Adios, mi grande amigo : confio en que usted ha de ser siempre digno de mi aprecio : agradezco á usted las atenciones que me ha dispensado, y le deseo una completa felicidad.»

## CAPITULO XX

Se me confiere el grado de coronel. — Entrego la comandancia general del Cauca. — Vuelvo á encargarme del Estado Mayor de ese departamento militar. — Pronunciamiento de la tercera division contra la dictadura de Bolívar. — Mision del coronel Bustamante cerca del gobierno legítimo. — Diversas opiniones sobre ese acontecimiento. — Medidas que toma la autoridad militar del Cauca. — Se me comisiona á Pasto. — Desempeño esa comision y regreso á Popayan. — Se me nombra comandante general del departamento militar del Azuay. — Marcho. — Una aventura al segundo dia. — Mi llegada á Quito. — El general Flores. — Soy considerado por los liberales de esa capital. — Sigo mi marcha. — El comandante Nadales y los oficiales de su cuerpo. — Su conducta admirable. — Ofrecimientos inesperados que me hace. — Mi contestacion. — Entrevista con el general Perez. — Amenazas del coronel Guevara y el desenlace de esa quijotada. — Mi llegada á Cuenca. — Su guarnicion. — El Prefecto del Azuay, coronel Gonzalez. — Mi delicada posicion. — Una pincelada sobre el estado de aquel país. — Guayaquil. — Coronel Elizalde. — Envio cerca de él á mi ayudante de campo para disuadirlo de sus pretensiones. — El general Flores me invita á marchar sobre Guayaquil. — Pongo á su disposicion el batallon Ayacucho. — Conmocion en el canton Gualaseo. — La sofoco fácilmente. — El Dictador me remueve del destino. — Sigo á Guayaquil, ocupado ya por el general Flores. — Interés de este jefe para que me quede en el pais. — Un convite y algunos incidentes. — Se me denuncia un acecho. — Mi resolucion. — Otro denuncio y mi procedimiento. — Conferencia con el general Luis Urdaneta. — Su resultado. — Insto por mi pasaporte para Popayan, y al fin se me concede. — Salgo de Guayaquil acompañado del Dr. P. A. Torres. — Llego á Quito. — Me previene el comandante general suspender mi marcha. — Mi respuesta. — Resuelvo escaparme y lo verifico. — Se me persigue. — Me estravio. — Llego á Ibarra. — Llego á Tulcan. — Sigo á Pasto. — Otra aventura estraordinaria. — Llego á Pasto. — Continúo la marcha y llego á Popayan. — Soy nombrado diputado á la Gran Convencion de Ocaña. — Me traslado á esa ciudad.

A principios de noviembre siguiente recibí el despacho por el cual el gobierno legítimo me confirió el grado de coronel del 29 de octubre, y continué ejerciendo la comandancia general del Cauca hasta principios del año de 1827, en que fué nombrado para este destino el coronel Pedro Antonio García, quedando yo encargado del Estado Mayor, como lo habia estado anteriormente.

En aquel tiempo aconteció la revolucion militar de la tercera division auxiliar, residente en el Perú, pronunciándose contra la dictadura de Bolívar, y protestando contribuir al sostenimiento de la Constitucion colombiana, para cuyo fin su comandante general interino coronel Bustamante, envió cerca del Gobierno una comision de dos oficiales, ofreciendo marchar á Colombia á ponerse á sus órdenes [illegible]

cios al gobierno legítimo. A pocos dias se supo que la espresada division marchaba positivamente á los departamentos meridionales de la República. La prensa de esos departamentos, bajo el dominio de los dictatoriales, preconizaba que la tercera division no venia sino con el objeto de agregar el Sur de la República á la del Perú; mientras la prensa constitucional sostenia las buenas intenciones de esas tropas. Preciso era, por tanto, que la autcridad militar del Cauca diese algunas disposiciones para precaver al resto de la República de los males que pudieran sobrevenirle, caso que la tercera division viniese con el fin de desmembrarla; y, en tales circunstancias, yo fuí nombrado para seguir á Pasto á efecto de inspeccionar su guarnicion, y, de acuerdo con el gobernador y gefe militar de aquella provincia, coronel José María Obando, tomar algunas medidas de defensa, siempre en el sentido de conservar la integridad de Colombia y sostener el gobierno constitucional, cuyas reglas de conducta, trazadas en mis instrucciones, estaban de acuerdo con mis deberes y opiniones. En Pasto residí algunos dias, hasta que, habiendo sucedido en Cuenca la contrarevolucion, que obró el capitan Brabo en lo mejor de las tropas de la indicada tercera division, se me dieron órdenes de regresar á Popayan.

En esta ciudad me hallaba cuando recibí, á fines de julio del mismo año de 1827, el nombramiento de comandante general interino del Azuay, en despacho de 9 de dicho mes. Un empleo semejante, en circunstancias en que las tropas que existian en aquellos departamentos estaban bastante desmoralizadas, las pasiones políticas en efervescencia, y yo marcado por los dictatoriales, era ciertamente peligroso para mí; pero con conocimiento de los disgustos que iba á tener, y de los riesgos que iba á arrostrar, me hallaba en el caso de subordinar á estas consideraciones las de la obediencia y el patriotismo, y emprendí la marcha para el lugar de mi destino á principios de agosto.

Antes de salir de Popayan se me notició, que un sargento Vedon, escapado del calabozo en donde se hallaba sufriendo un juicio por delito de homicidio y atropellamiento de centinela, asociado de algunos malvados, me acechaba en el tránsito, como lo habia hecho sin suceso dentro de la ciudad, y que habia ofrecido sacrificarme porque no activaba la conclusion de su proceso, despues que ya estaba casi olvidado, y Vedon en plena libertad y con esperanzas de quedar impune. Con esta prevencion marché con cautela el primer dia, seguido de mi ayudante el teniente José María Barriga, de dos asistentes y de algunos amigos que quisieron acompañarme hasta el punto en donde pernoctara; pero al dia siguiente, creyendo que no habia ya motivos para recelarme, marché solo con el teniente Barriga y [illegible], dejando

atrás mi equipaje. Otra casualidad estraordinaria quiso salvarme ese dia la vida. Descendia al rio llamado de Las Piedras, mas allá del pueblo de Timbio, cuando observé, que en la altura del de la otra parte un hombre atravesaba el camino precipitadamente: pasé sin embargo el rio, y marché hasta un punto en donde pudiera examinar cuidadosamente si mi enemigo estaria allí, pues el terreno, en donde siempre se conservó por parte de los realistas una trinchera durante la guerra de la independencia, ofrecia todas las ventajas posibles para asesinarme con facilidad. Allí manifesté al teniente Barriga el motivo de mis sospechas, que él confirmó, porque habia igualmente visto al hombre que habia atravesado de una parte á otra del bosque; y llamé á mi criado para que apretase la cincha de mi mula, el cual, estando un poco atrasado, y no pudiendo llegar en su mula tan pronto como él queria por estar ésta algo fatigada, echó pié á tierra, dejando su bestia como á 50 pasos, y vino á cumplir con mi prevencion; despues de lo cual le ordené que montase y se me reuniese, indicándole el riesgo del acecho. Al volver á tomar su mula este criado, vió dos hombres con lanzas que salian al camino detras de él, y me gritó: ¡mi coronel lo asesinan! con cuyo motivo salí fuera del camino y tomé una pequeña esplanada, en donde pudiera defenderme, teniendo á mi lado á Barriga y mi criado. Al instante mismo los dos hombres con lanzas tomaron apresuradamente el bosque, y con este motivo resolví repasar el rio, esperando reunirme con algunos otros pasajeros para hacer la causa comun y atravesar con ellos el terreno peligroso; lo que verifiqué sin oposicion; y colocado en un punto despejado de la subida, llegó un paisano del Trapiche á quien manifesté que habia jentes emboscadas, y dije si tenia valor para acompañarme: este hombre en el acto desenvainó su pequeño sable, y me aseguró que me acompañaria con gusto. Yo no llevaba mas armas que mi espada, Barriga la suya, y mi criado un sable. Acompañados pues de nuestro paisano llegamos á la altura del otro lado de Las Piedras sin novedad alguna; y allí observé huellas de piés como de 4 ó 5 hombres que recientemente se habian retirado. A poco trecho encontré dos soldados nuestros, que marchaban hácia Popayan, y los hice regresar hasta la Horqueta, en donde pasé la noche. Segun lo he sabido despues, la circunstancia de haber salido á retaguardia antes de tiempo los dos hombres ya referidos, suponiendo que yo no habia hecho alto, frustró el proyecto de Vedon, y en consecuencia, éste abandonó la emboscada, y me dejó el paso libre. No hay la mas pequeña duda de que yo habria sido asesinado sin el incidente de haber visto al hombre que atravesó el camino.

Llegado á Quito, fuí visitado la misma noche por el general Flores, comandante general del departamento del Ecuador, quien, un

obstante la divergencia de nuestras opiniones políticas, pues que este gefe habia sido uno de los principales autores y promotores de la dictadura en esa parte del pais, me trató muy bien; aunque tuvo el empeño infructuoso de inculcarme las ventajas de la Constitucion de Bolivia sobre la de Colombia. En Quito habia entónces un partido bien pronunciado entre la mayor parte de los notables en favor del órden constitucional; y á este partido pertenecia el Prefecto Señor José de Larrea. Los pocos dias que residí en aquella capital fuí tratado perfectamente, y muy considerado por los buenos patriotas.

En La Tacunga me encontré con el comandante Nadales, que, en clase de oficial subalterno, habia servido á mis órdenes en Venezuela; y este gefe me dió á nombre y firmada por todos los oficiales del escuadron que mandaba, una acta que habian sancionado privadamente, en la cual protestaban sostener siempre al gobierno constitucional, y combatir todo proyecto de monarquía en Colombia. Al presentarme este documento me manifestó Nadales, que siendo yo el único gefe en el Sur de quien él, y sus oficiales, á cuyo nombre me hablaba, tenian plena confianza, me prometia que su escuadron estaria á mi voz en caso necesario. Admiracion grande me causó este acontecimiento, pues no esperaba encontrar en el Sur sino militares bolivianos.» (Así se apellidaban entonces los que apoyaban ó sostenian las ideas del general Bolívar.) Yo le manifesté: «que estaba muy reconocido por lo que acababa de espresarme; que no se equivocaba en creer que yo era un gefe siempre consecuente á mis principios republicanos; y que, llegado el caso, contaria con sus ofrecimientos; pero que, entre tanto, no debia hacer otra cosa que obedecer á sus gefes y superiores, y mantener en su cuerpo la disciplina correspondiente para conservar el lustre del ejército colombiano.»

En Ambato se me dijo «que el general Gabriel Pérez se habia espresado furibundamente contra mí, y que deseaba verme la cara para desafiarme, porque yo diz que era enemigo del Libertador, y amigo del general Santander. No bien se me anunció esto, me ceñí mi espada; invité al teniente Barriga para que me acompañase, y me dirigí donde Pérez; pero cuál fué mi sorpresa, cuando, en vez de encontrarme con un tigre furioso, el general me echó los brazos, y me saludó con las mejores demostraciones! Despues de haber correspondido dignamente á estas inesperadas cortesías, dije al general: «Se me ha anunciado que usted me necesitaba; y he venido donde usted con tal motivo.» El general me contestó: «Yo no necesitaba ver á usted sino para ofrecerle mi casa y cuanto usted pueda necesitar de mí,» y luego me habló favorablemente del general Santander, elogiando sus talentos y su habilidad; y manifestó deseos de una nueva reconciliacion entre los

dos los colombianos para que, uno á uno, contribuyesen al gran fin de sostener la libertad de la Patria. Yo aplaudí sus votos, le pedí órdenes y me despedí en la mejor amistad.

Luego supe que el coronel Guebara, comandante del batallon de Caracas, á quien yo en otro tiempo habia tratado mal en un caso de honor, se espresaba tambien contra mí. Por supuesto de este individuo nada tenia que temer, pues me era muy conocido; pero como mandaba un cuerpo todo boliviano, podia muy bien hacerme un grave mal, para vengarse del agravio antiguo, á pretesto de ser yo considerado como enemigo del Libertador, que entonces era el delito mas grave de que pudiera acusarse á un hombre. Sin embargo, yo dispuse mis pistolas, previne á Barriga y á mis criados de estar en guardia durante la noche, y ésta se pasó sin novedad alguna. Al dia siguiente, pocas horas antes de seguir mi viaje, me visitó Guebara, y tuvo buen cuidado de no espresarse mal, bien que en su semblante y modales noté cierto desden, que yo supe despreciar.

De Alausi á Cañar me acontecieron lances que todavía me parecen pesadillas: ora me ví atropellado por un toro bravío en un desfiladero peligrosísimo, en una noche oscurísima; ora abandonado en el páramo del Azuay por el práctico que me dirigia, tambien en una noche horrible y sin conocimiento del terreno; ora desbocádoseme el caballo en que marchaba y, despues de haber dado conmigo en tierra, abandonádome; ora tenido por hombre sospechoso por un grupo de indios embriagados, al observar el mal talante y ridícula apostura en que me encontraron pié á tierra todo enlodado y escandecido, despues de la desaparicion de mi caballo; costándome no poco trabajo ni pequeñas propinas el convencer á esos idiotas de quién era yo para que me dejasen seguir á una choza de gentes mas racionales.

No quiero describir en sus pormenores esas aventuras algo quijotescas (aunque no guste de hacer el papel del caballero de Cervantes) por no distraerme demasiado de mi primordial objeto, y por temor de convertir en risible la historia mas que séria de mi vida pública: por la misma consideracion he evitado y evitaré la declaracion circunstanciada de infinidad de sucesos de esa naturaleza que vendrian bien en otro lugar para provocar la risa de los que leyeran esa parte romántica de mi vida.

Al fin llegué á Cuenca, bien que muy mal tratado. En esa capital del Azuay encontré muchas personas que me distinguieron por simpatía con mis opiniones y por consideracion á mi conducta en la cuestion de dictadura. La principal fuerza de la guarnicion consistia en el batallon Ayacucho, mandado por el teniente coronel Anzoategui, y aunque este cuerpo era devoto al Libertador, no me dió el menor disgusto. Afortunadamente el Prefecto de

aquel departamento era el coronel Vicente Gonzalez, hombre de opiniones moderadas, y que se manifestaba amigo del general Santander, de quien habia sido antes ayudante de campo.

No por esto mi situacion dejaba de ser delicada. De una parte estaba la República del Perú en estado hostil con la de Colombia; de otra se hallaba Guayaquil independiente de toda autoridad legal, y con pretensiones conocidas de separarse de la República; de otra, ni yo tenia confianza plena de mis subordinados, ni ellos la tenian de mí, en razon de nuestras diversas opiniones políticas; y de otra, en fin, el pueblo no se mostraba contento bajo el dominio de autoridades de continuo investidas de facultades estraordinarias, y, por consiguiente, arbitrarias para vejar á las personas y exigirles sus servicios y propiedades, como que en aquel tiempo se cometieron en el Sur por los militares delitos atroces, que casi siempre quedaban impunes: tal era la relajacion que las actas de dictadura y la tercera division habian introducido en esa seccion del ejército colombiano.

Veamos ahora si yo tuve la suerte de llenar bien mis deberes, no obstante las dificultades de que estaba rodeado.

Mi primera medida fué escribir una carta al coronel Elizalde que mandaba en Guayaquil, y enviar cerca de él á mi ayudante el teniente Barriga, para persuadirlo á someterse á las autoridades de la República, y á que hiciese terminar en el Guayas ese escandaloso estado de *anseatismo* en que se encontraba, protestándole que, aunque mis opiniones eran antidictatoriales, no por eso aprobaba la conducta de ese pueblo, ni dejaria de emplear todos los medios que estaban á mi alcance para reducirlo á su deber. Supongo que esta mision tuvo buen suceso, pues, aunque la respuesta de Elizalde fué un poco insustancial, desde entonces se mostró mas accesible, y ménos determinado á sostener un partido tan temerario.

El general Flores, que como he dicho, mandaba las armas en el departamento de Pichincha, me invitó por un oficio á cooperar á la toma de Guayaquil con el batallon Ayacucho, y aun me invitó á ponerme personalmente á la cabeza de una columna que debia obrar sobre aquella plaza por el lado de Guache. Como yo no tenia órdenes para traspasar los límites del departamento militar de mi mando, hice todo cuanto me era posible hacer, que fué poner á órdenes de aquel general el batallon Yaguache, haciéndolo marchar al punto dado, bien armado, municionado y provisto de cuanto le era necesario. A mas de no tener yo instrucciones para salir fuera del Azuay, no habria sido prudente abandonar aquel pais en circunstancias en que era amenazado de una turbacion interior, que voy á referir, y el Prefecto mismo fué de concepto que yo permaneciese en Cuenca. Digo esto para justificar mi pro-

cedimiento, pues no dejó de decirse por mis mal-querientes, que yo habia opuesto resistencia hasta para poner á las órdenes del general Flores el batallon Ayacucho, sin embargo de que lo hice marchar tan luego como estuvo listo, y en muy pocos dias, despues de haber recibido la invitacion de aquel General. Conviene á saber que, si yo me hubiera denegado á esta medida, no habria faltado á mi deber, porque no tenia ninguna órden positiva de poner á disposicion de una autoridad estraña las fuerzas que el gobierno habia colocado en el Azuay á mis inmediatas órdenes.

Veamos como sucedió la conmocion que he indicado. Descontentos los pueblos por la contribucion llamada capitacion, que se les habia impuesto, y obligados esos habitantes por todos los medios coercitivos á pagar su cuota, resolvieron muchos del canton Gualaceo oponer una resistencia de hecho al pago de dicha contribucion, y, capitaneados por un tal Urdiales, tremolaron la bandera española, y protestaron morir primero que pagar, y á este efecto hicieron circular un papel manuscrito en que anunciaban que 2,000 hombres estaban resueltos á resistir con las armas en la mano el pago de la contribucion. Algunas partidas de milicianos que ausiliaban á las autoridades para el cobro del impuesto, habian sido atacadas y desarmadas ó dispersas. Como en todo el departamento no tenia yo entonces ninguna fuerza veterana, reuní como 400 hombres de milicias de infantería de Cuenca, y, reforzado con algunos patriotas de la cabecera del canton Gualaceo, marché sobre los facciosos, que habian tomado posiciones, y les dispersé sin que me hubieran opuesto resistencia, persiguiéndolos en los bosques y desiertos y haciéndoles algunos prisioneros; de manera que no volvieron á reunirse nunca. El cabecilla se escapó, pero le tomamos su caballo. Terminada esta operacion, regresé á Cuenca.

Inmediatamente que el Libertador llegó á Bogotá de regreso de Venezuela, á donde habia marchado con el objeto de reincorporar á Colombia aquella parte de la República, entiendo que la primera disposicion que tomó fué la de removerme de mi destino; y lo juzgo así, porque en el tiempo de la distancia se me ordenó entregar el mando, lo que hice de muy buena voluntad, pues que nada de agradable tenia para mí aquel destino. Como no se decia en la órden qué colocacion pudiera dárseme, marché á Guayaquil, ocupado ya por el general Flores, en calidad de gefe superior del Sur, á pedirle mi pasaporte para Popayan. Este gefe procuró por todos los medios de la persuasion detenerme en el país; y muy pronto me convencí, de una manera indudable, que tenia órdenes del Libertador en este mismo sentido. Antes de referir el resultado de mi pretension, diré lo que me pasó en Guayaquil los veinte quince dias que permanecí en esa capital.

Habiendo sido convidado á una comida con que un escuadron de húsares obsequió al gefe superior, se propusieron varios bríndis en que, como es de presumirse, se aludia á los amigos de la Constitucion; y habiéndoseme comprometido á decir alguna cosa, yo lo hice en los términos siguientes: « Por los hombres consecuentes á sus opiniones y leales á sus deberes. Por los hombres que siempre pertenecen á los principios y no á los hombres. » El general Flores y algunas otras personas que penetraban el espíritu de este pensamiento, tuvieron la política de aplaudirlo, mientras que otras me miraron con ceño y vituperaron mi firmeza con otros bríndis, todos contra los constitucionales, ó en elogios del Dictador, á quien ya consideraban y veneraban como á un monarca, como á una divinidad. Entre éstos se distinguió el general Luis Urdaneta. En medio de estos discursos, que yo toleraba á mas no poder, se acercó á mí un oficial Torres de caballería, que no se habia sentado en la mesa, y me convidó á que *tomáramos* una copa. Yo acepté, creyendo que ésta era una nueva cortesía, ó bien que ese oficial podia tener alguna simpatía por mí; pero me equivoqué: el objeto fué insultarme, diciéndome: « que yo era enemigo del Libertador; que bien sabian que el general Obando y yo habiamos fortificado el Guaytara para cortar la retirada á las tropas que se opusieron á la tercera division, y que ésto lo haciamos por proteger las miras ambiciosas del general Santander; y últimamente, que yo no merecia estar en esa mesa, y que debia morir inmediatamente. » Al decir estas últimas palabras, el oficial Torres se puso en actitud de descargarme golpes: y, empuñé una botella, que era lo único que se me presentaba de cerca, resuelto á defenderme de un hombre tan soez, á quien no dejé de contestar echándole en cara su vil procedimiento; pero levantándose precipitadamente de su puesto el general Flores, tomó al oficial de los brazos, le hizo una insinuacion para contenerlo, y, ayudado de otro, lo encerró en un cuarto, manifestando que estaba ébrio. Terminado el convite, se me dijo por un oficial del batallon Caracas, que una partida de húsares habia venido á colocarse en la puerta de la casa, despues del suceso con Torres, y que esto y otros antecedentes le hacian presumir que mi vida no estaba segura; ofreciéndose al mismo tiempo para acompañarme hasta la casa de mi habitacion. Demasiado sabia yo los riesgos que corria en aquellos momentos; pero como jamás me ha abandonado la resolucion en los casos críticos, me ceñí mi espada, y acompañado del teniente Barriga, que tambien llevaba la suya, salimos resueltos á conservar nuestra dignidad en cualquiera evento, y llegamos á nuestro alojamiento sin novedad ninguna.

Al otro dia se me dijo que el oficial Torres me acechaba, y que

cidos á sus oficiales lo instigaban para que me matase, lo cual intentaban hacer cuando yo pasaba por frente de su cuartel. Luego que se me dió este aviso, convidé al siempre fiel y denodado Barriga á vestirnos de grande uniforme é ir á pasar por frente del espresado cuartel con nuestras espadas ceñidas, y dispuestos á morir matando, si sucedia que se atentase contra mi persona. Asi lo verificamos, sin que hubiéramos notado otra cosa, sino que muchos oficiales y soldados se hablaban en secreto y nos señalaban con los dedos; á la vez que otros individuos de tropa se interponian como intencionalmente á nuestro tránsito, y no nos hacian ni el mas pequeño acatamiento, sin duda para provocarme á la debida represion, y de ella tomar la oportunidad para vejarme; pero yo que me apercibí del lazo que se me tendia, tuve la prudencia de disimular no sólo en ese dia, sino en otros, los repetidos actos de irrespeto á mi persona, que no podian tener otro designio que el de provocarme inicuamente á un lance desagradable.

El general Luis Urdaneta me convidó á su casa á una conferencia de la cual se prometia que yo vendria á ser partidario de los proyectos del Libertador; y habiendo concurrido puntualmente á la cita, todos los argumentos que empleó ese general para persuadirme me fijaron mas en mis opiniones. «Usted está ciego, me dijo: usted no conoce sus verdaderos intereses. ¿No considera usted que sosteniendo los proyectos del Libertador los militares estamos llamados á formar la primera gerarquía del nuevo órden de cosas, y á ocupar, por consiguiente, los primeros destinos? ¿No considera usted que es un oprobio para los militares sostener esos ridículos principios de democracia, que sobre no ser sino puras teorías, el resultado no seria otro que ponernos bajo el dominio de los abogados y perder nuestros fueros y prerogativas? ¿No advierte usted que, sosteniendo á Santander, no hace otra cosa que debilitar el gobierno, y hacer perder el poder y prestigio del Libertador, único que merece mandarnos? ¿No advierte usted que sosteniendo esos impracticables principios republicanos no se hace mas que poner al pais en anarquía, y despedazar por el mismo hecho á Colombia?» Por este tenor fueron todas las reflexiones que me hizo quien se jactaba de catequizarme; y es fácil inferir que no tuve muchos embarazos para contestarle victoriosamente, y burlarme á mis solas de la futilidad de sus sofismas.

Cerca de 15 dias llevaba de estar en Guayaquil, y no habia podido obtener mi pasaporte para Popayan, hasta que haciendo el último esfuerzo, conseguí que se me diese. Con toda franqueza manifesté al general Flores, «que yo no podia servir en ningun puesto en aquellas circunstancias, en que, por mi conducta reciente, se tenia una gran desconfianza de mí; que pruebas muy frescas, de que él mismo

era testigo, me convencian de que yo no seria respetado ni obedecido por las tropas que estaban á sus órdenes, y que si podia merecerle algunas consideraciones, siquiera por el recuerdo de nuestra antigua amistad, no le pedia otra gracia que mi pasaporte. El general Flores, de quien fuí muy bien tratado en Guayaquil, viendo que era imposible comprometerme á tomar partido en favor del Libertador, me permitió al fin irme á Popayan; pero me entretuvo dos dias mas, tiempo necesario para que llegase á Quito un posta que habia dirigido con órdenes para que no se me dejase pasar de allí; circunstancia de que fuí bien informado por una persona que casualmente tuvo conocimiento de tal órden, señalándome á la vez una carta de Bolívar á Flores en que le prevenia me quitara todo mando y no me dejara donde pudiera contrariar sus planes. En tal concepto me puse en marcha para Quito, acompañado del doctor Pedro A. Torres, que venia en comision cerca del Libertador. En Guayaquil quedó el teniente Barriga encargado de marchar á la Buenaventura, conduciendo mi equipaje, luego que se abriese el puerto de Guayaquil, cerrado por entonces á consecuencia del crucero que hacia la escuadra del Perú, al frente de nuestras costas del Pacífico. A esta medida me obligó, en primer lugar, la falta total de dinero para el trasporte por tierra tanto de Barriga como de mi equipaje; y en segundo lugar, el estar mas espedito para seguir mi marcha á Popayan. Barriga se prestó gustoso á esta disposicion, no obstante que á mas de ser notado por sus opiniones antidictatoriales, tenia que temer de un gefe de influjo, residente en el Guayas, que se hallaba con él disgustado por causa de un incidente particular.

Algunos pequeños sinsabores me ocurrieron en el tránsito hasta Quito, que no relato porque no valen la pena. Llegado á esa ciudad, al séptimo dia de marcha, por la noche, al siguiente salí muy de mañana á dar mis pasos á efecto de continuar mi viaje, si era posible, antes que la autoridad militar supiese mi arribo; pero á las siete de la mañana, hallándome en la habitacion del doctor Pedro A. Torres, recibí un oficio del comandante general coronel Leon de Fébres Cordero, posteriormente general, en el que me prevenia, de órden del gefe superior, suspendiese mi marcha en ese punto, pues se me habia previsto para un destino en que debia yo hacer grandes servicios á la Patria. Con el mismo soldado ordenanza que me entregó el pliego, contesté: «que quedaba impuesto, y que tan luego como me hubiese cambiado la ropa, personalmente iria al despacho del comandante general á llevarle la respuesta y pedirle órdenes.»

Sin perder un instante me dirigí á casa del doctor Antonio Salvador, persona de mi aprecio y confianza, y haciéndole presente en breves palabras mi crítica situacion, le pedí un caballo bueno

para escaparme hácia Popayan; y habiéndome dado uno magnífico, en el momento me puse en marcha á todo galope, á fin de ganar terreno para no ser alcanzado por alguna partida que pudiera mandarse en mi persecucion, ó detenido en algun lugar del tránsito por órdenes que al efecto se comunicaran por la posta. Cuando subia la cuesta de Pisque observé que una partida de caballería bajaba á mi retaguardia; pero como mi caballo era muy bueno, lejos de apurarlo me desmonté, y lo dejé descansar por mas de cinco minutos. En seguida monté y tomé de nuevo el galope en donde el terreno lo permitia, hasta Guallabamba; en cuyo lugar compré un poco de guarrus ó rosero, pan y queso para desayunarme; y terminada esta diligencia continué á todo andar, cuando la partida se avistaba á menos de un cuarto de legua de aquel punto. Habria llegado en el mismo dia á Ibarra, sino me hubiera estraviado al cerrar la noche; pero al siguiente, como á las seis de la mañana, me encontraba ya en ese lugar, en donde el coronel Basilio Palacios Urquijo, que era el gobernador de aquella provincia, me facilitó otro buen caballo hasta Tulcan, en cuyo pueblo me dió el cura Solis su mejor mula que llevé hasta el Guaytara. Ya me consideraba libre de riesgos y molestias, porque pisaba la provincia de Pasto, de la cual era gobernador el coronel Lozano; y, tanto él como la guarnicion y el pueblo, eran adictos á la Constitucion; pero todavía tuve un pasage bien molesto y peligroso.

Habiendo encontrado un jóven que conducia un caballo, le propuse si queria alquilármelo hasta Pasto: éste me contestó que no podia; pero me informó que en Taindala existia el dueño del caballo, quien tenia otros y allí podria yo relevar mi mula, que iba en estremo fatigada. Como me hubiera dicho que el tal dueño era el correista Romualdo Guerrero, que me era muy conocido, yo insté al jóven á que me diese el caballo, satisfecho de la aprobacion de su propietario, y con esta seguridad cedió á mis instancias. Llegaba ya á la casa de Romualdo, cuando de repente salen de un bosque seis hombres armados de carabinas y sables, y, echando mano á la brida, me intiman de entregar el caballo. Como uno de éstos era el mismo Romualdo, le pregunté si no me conocia, pues habia estado otra vez en su casa y aún dormido en ella con el general Obando. Aquel me contestó, que sí me conocia; pero que la cuestion era de entregarle al instante su caballo. Yo desenvainé mi espada, puse pié en tierra, y manifestando, que estaba dispuesto á pagar el flete, le amenacé con la mas estrecha responsabilidad si no me dejaba seguir en su caballo hasta Pasto. Romualdo me contestó tambien en términos amenazantes, dándome el tratamiento de *colombiano*, que en Pasto equivalia al peor insulto que se pudiera hacer á un hombre. Irritado yo con esta

insistencia, montó otra vez; le dije que si queria asesinarme, como estaban acostumbrados á hacerlo anteriormente, lo verificase; pero que de ninguna manera le entregaria el caballo con mi voluntad, aunque sí le pagaria el flete en Pasto. Viendo mi resolucion, no insistió Guerrero en su exijencia y yo tomé el galope para Pasto, antes que se tuviese el tiempo de acecharme en otro lugar. A pocas horas llegué á esa ciudad, no habiendo empleado en el tránsito desde Quito, sino tres dias y un rato.

En Pasto pude ya respirar, pues gozaba de toda seguridad en medio de un pueblo y una guarnicion fieles y obedientes al gobierno constitucional. Al siguiente dia continué mi marcha hácia Popayan, adonde arribé á fines de diciembre. A principios de enero del siguiente año de 1828, es decir, antes que el Dictador supiese mi llegada á esa ciudad y pudiese dar órdenes con respecto á mi persona, recibí el nombramiento de Representante á la Gran Convencion de Colombia, en Ocaña, con que me honró la provincia del Chocó. Con esta garantía, única que podia valerme en aquel tiempo, permanecí en Popayan hasta febrero, en que marché para Ocaña, acompañado de mi cólega el doctor Rafael Diago, habiendo llegado á esa ciudad el 9 de marzo siguiente.

---

## CAPITULO XXI

El Dictador intenta ganarse la mayoría de la Convencion.—Son muy pocos los que logra conquistar.—Se intenta intimidar á la mayoría.—Pronunciamientos militares.—El coronel Febres Cordero lleva el acta del Sur.—Mi justa indignacion.—Pronuncio un discurso en consecuencia.—Algunos representantes hablan en mi propio sentido.—Firmeza de los diputados de la mayoría.—Descripcion de los de la minoría.—Se disuelve de hecho la Convencion.—Protesta de los miembros de la mayoría.—Una reunion y compromisos que hacemos algunos diputados de la mayoría.—Carezco absolutamente de recursos.—Un sugeto me ofrece dinero y le tomo cincuenta pesos.—Llego á Honda.—Apuro mis recursos para continuar la marcha.—Otro disgusto al llegar á Neiva.—Allí encuentro recursos.—Continúo y caigo enfermo al llegar á La Plata.—Llego á Popayan.

En aquella asamblea, mas honrosa que feliz por sus próximos resultados, sostuve el carácter que me ha distinguido toda mi vida. Sabido es como el Presidente Bolívar, obcecado en sus temerarias ideas de erigirse en Dictador para ceñirse despues una miserable diadema, trató de ganar la mayoría de Diputados, usando de todos los medios que tenia en su poder, halagando á unos con esperanzas y tratando de amedrentar á otros por el temor; pero tambien es sabido que no cedió á su maléfica influencia sino una mínima parte de los miembros de la Convencion. La historia continuará haciendo la justicia debida á los 54 que nos sostuvimos con tanta dignidad, correspondiendo así á la confianza de los pueblos nuestros comitentes. A mí no me toca sino referir aquellos sucesos que dicen relacion con mi vida pública.

Entre los arbitrios reprobados de que se valió el Presidente Bolívar para hacer que prevaleciesen sus opiniones, manifestadas por medio de todos sus prosélitos en aquel cuerpo, el peor de todos fué el de los pronunciamientos ó actas militares que se hicieron venir á la Convencion, en cuyos documentos se protestaba no obedecer sino aquello que estuviese de acuerdo con las indicaciones que hiciese el general Bolívar, á quien únicamente reconocerian y obedecerian como á supremo magistrado de la na-

cion. Pocos fueron los oficiales del ejército que tuvieron la firmeza de no estampar sus firmas en aquellos instrumentos patricidas. Estos eran conducidos al seno de la Convencion por Heraldos instruidos para hacer protestas reiteradas si no se cumplia su voluntad. Uno de ellos fué, por el ejército del Sur, el coronel Leon de Febres Cordero, que, habiendo querido hacer el papel de un ministro diplomático, tuvo la insolencia de requerir á la Convencion, de una manera inurbana, para que se le contestase el oficio con que habia acompañado el acta, con la cual se aseguraba, que todo el ejército sostendria las protestas en ella contenidas. Yo no pude contener el ímpetu de furor que me causó tal procedimiento, y en fuerza de mi patriotismo como colombiano republicano, y de mi amor propio como miembro de ese ejército, á cuyo nombre se pretendia dictar la ley al cuerpo soberano, traté de vindicar la pequeña parte de ese mismo ejército, que con tanta dignidad habia resistido á las sujestiones de los magistrados, ya que no me era posible lavar la mancha que habia caido sobre el resto de mis compañeros de armas; y á este efecto pronuncié el siguiente discurso:

« El mayor oprobio, la vejacion mas insolente que pudieran irrogarse á esta augusta asamblea, es el verse requerida y aún amenazada por un pretoriano, cuyas manos veo todavía teñidas con la sangre de tantos ilustres mártires de la independencia, asesinados fieramente bajo la dominacion de los mandatarios del Rey de España, de quienes el coronel Cordero ha sido hasta casi los últimos momentos de nuestra lucha un sectario fervoroso, y uno de los agentes mas crueles de los sanguinarios Sámano y Morillo, no obstante su condicion de haber nacido en el mismo suelo de Colombia.

» Pero todavía crece mi admiracion al oir asegurar, que todo el glorioso ejército de esta República está vendido al poder del primer magistrado, ó, lo que es lo mismo, resuelto á no obedecer otro mandato que el del general Bolívar, á quien se invoca como á una divinidad, con desacato de la Gran Convencion, y con própósitos de no respetar sus deliberaciones, sino en tanto en cuanto hayan recibido la inspiracion de su oráculo. No hay una duda de que la corrupcion, la desmoralizacion y la indisciplina han llegado á tales términos en muchos de aquellos oficiales que han tenido la debilidad de firmar esas actas de deshonra, que es posible ejecuten cuanto prometen, sin escrúpulo de desgarrar esta Patria tan digna de mejor suerte. Mas, permítaseme ser el eco de muchos de mis honrados camaradas, para protestar igualmente, que están decididos á sufrir el martirio político antes que ser apóstatas de sus principios ó traidores á sus deberes. Sí, yo lo prometo por lo mas sagrado; ellos y yo haremos cuanto dependa

de nosotros para que se obedezcan y respeten las sanciones soberanas de esta corporacion, y para combatir el gobierno militar ó la dictadura, disfrazada con otro manto con que se pretende subrogar á un gobierno basado sobre los fundamentos de una Constitucion liberal, esperada con ansia por nuestros comitentes. Sí, lo repito: con denuedo espondremos nuestros pechos á las espadas liberticidas que intentan esgrimirse sobre los que permanecemos fieles y consecuentes á nuestras públicas obligaciones; escitaremos al pueblo, á quien se oprime, y tendremos la valentía necesaria para hacer ver á nuestros pretendidos señores, que no es fácil oprimir y envilecer este pueblo, despues que ha comprado tan caramente su libertad. Les harémos palpar la imposibilidad de dominarnos con vara de hierro, y al fin vencerá la buena causa, y sucumbirán los traidores, los infames, los pérfidos.... Me es imposible continuar porque me hallo casi sofocado y la voz me falta. He dicho.»

Algunos representantes, y entre ellos el Dr. Azuero, hablaron en mi mismo sentido, y conjuraron á la Convencion á continuar sus trabajos sin amedrentarse por las amenazas de los esbirros del absolutismo, ni subordinar su conciencia á los halagos ó temores que con impudencia se trataba de infundir en los diputados del pueblo, de que hacia una parte el ejército, fascinado por el poder ó el prestigio de Bolívar. Mas de los dos tercios de los diputados de Ocaña llenaron su deber con dignidad y conservaron sus puestos con firmeza, hasta que la desercion de los 17 partidarios de Bolívar nos dejó sin el *quorum* requerido para continuar los trabajos, y, en tal evento, se resolvió suspender las sesiones, y hacer la manifestacion correspondiente de las causas que produjeron tan inesperado acontecimiento. Por mejor decir, la Convencion quedó de hecho disuelta, aunque nunca se hizo esplícitamente esta declaratoria; y los 54 representantes leales á los principios nos vimos precisados á regresar á nuestras casas. Pero antes de verificarlo nos comprometimos algunos privadamente á predicar en todas partes el Evangelio político, á sostener los principios republicanos y combatir la dictadura por todos los medios que estuvieran en nuestro poder, hasta con los de la fuerza material, si llegaba el caso. Nunca se hizo una profesion mas á mi gusto, pues yo ardia en deseos de sostener la Libertad, y aunque la empresa era árdua, el campo era tambien brillante. Bien pronto se verá si supe sostener mi palabra.

Sin dinero para los costos de mi viaje, porque no se me dió en Popayan sino una parte del viático y de las dietas, á pesar de haberme ofrecido el Prefecto, coronel Tomas C. de Mosquera, remitirme á Ocaña la suma restante, que nunca verificó, me vi en la necesidad de vender cuanto tenia vendible, y, acompañado del

ilustre general Gómez, hijo de Margarita, uno de mis cólegas, emprendí la marcha por el Magdalena, temeroso de ser detenido en el tránsito por el Dictador ó sus agentes si lo hacia por tierra. En el puerto de Ocaña, el señor Rafael Mosquera me ofreció el dinero que necesitase, sin insinuacion mia, y á sus instancias reiteradas le tomé 50 pesos en calidad de empréstito. Este señor fué el único que tuvo la generosidad de ofrecerme este ausilio, no obstante que mi escasez era conocida de muchos diputados de recursos, de entre los que se reputaban mis amigos.

A mediados de junio partí del puerto de Ocaña en un pésimo bongo, y despues de mil penas, disgustos y peligros, pues el rio estaba sumamente crecido, llegué á Honda en los primeros dias de julio, habiendo hecho el viaje en diez y ocho dias, gracias á mis constantes esfuerzos por rendirlo antes que se tuviese tiempo de dar órdenes sobre mi persona. En ese lugar tuve que vender parte de mi ropa, y hasta el freno y otros efectos que habia considerado necesarios ; con su producto cubrí el flete de las caballerías que debian conducirme, y no me sobraron sino tres reales para sostenerme con dos criados por cinco ó seis dias de marcha. Á estos advertí mi penuria, y ordené que no debiamos comer sino plátanos, y muy poca carne; y en efecto, con solo esto nos alimentamos durante cinco dias y medio.

El dia en que llegué á Neiva, me alcanzó sobre la marcha el teniente coronel Siracosqui que marchaba á Popayan con el cuadro de su escuadron, y me intimó que le entregase á uno de mis criados, asegurándome que era desertor del escuadron Granaderos Montados. Yo le dije, que ignoraba que el tal criado fuese desertor, que desconocia en él (Siracosqui) la autoridad que tenia para hacerme esta reclamacion directamente, y que, por último, yo gozaba de inmunidad hasta llegar á mi casa. » Siracosqui insistió en la demanda del criado fundado en que, como gefe de Colombia, tenia palabra de honor, bajo la cual me aseguraba que el criado era desertor; y que su mismo carácter de gefe le daba la autoridad bastante para reclamarlo. » Trocadas otras palabras entre los dos, ordené á mis criados seguirme, y defendernos á viva fuerza si se trataba de hacerme violencia, y así lo previne á Siracosqui. Este, que iba bien montado, se adelantó á impetrar la autoridad del gobernador de Neiva para que yo entregase el criado; pero dicho gobernador, el capitan Viana, sugeto que me era apreciado y conocido por sus opiniones liberales, resolvió : que no podia quitárseme mi sirviente en razon de mi inmunidad, reservando á Siracosqui el derecho de reclamarlo tan luego como yo hubiese entrado en Popayan, que era el pais de mi residencia, en donde cesaba mi inmunidad.

En Neiva tenia yo amigos y relaciones, y, á mas de eso, mi bien

querida mujer habia tenido el cuidado de remitirme ausilios pecuniarios considerando mi escasez. Yo poseía, pues, medios para continuar mi marcha con velocidad y comodidad; pero antes de llegar á La Plata me sobrevino una fiebre violenta, que me obligó á permanecer en ese lugar tres dias, despues de los cuales, ya, medio restablecido, seguí á mi pais, á donde llegué felizmente á mediados del mismo julio.

## CAPITULO XXII

Fascinacion de una parte de ese pueblo (Popayan).—Habia hecho su pronunciamiento en favor de la dictadura.—Procuro rectificar la opinion en favor de la mayoría convencional.—Otro acontecimiento escandaloso y significativo.—Mis discursos obran el efecto deseado.—Cómo traze el plan de inteligencia con mis amigos.—Recíbese en Popayan la noticia de la conspiracion de setiembre contra el Dictador.—Se toman medidas para combinar nuestro movimiento.—Pasos prévios —Sospecho que se trata de prenderme.—Cómo me libro de la acechanza.—Salgo de Popayan.—Me uno al general Obando en su hacienda de Las Piedras.—Se nos reunen allí dos buenos guerrilleros.—Primer grupo de republicanos.—Nuestras pocas armas y municiones.—Desvanezco una calumnia.—Ibamos por la noche á Popayan.—Intentona de asaltar el cuartel de caballería, y causas por qué se frustró ese proyecto.—El comandante general del Cauca nos invita á desistir de nuestro intento.—Personal de la mision.—Nuestra negativa.—Discurso patriótico de la señora de Obando.—Impresion que nos produce.—Incorporacion de algunas partidas.—Se hace prisionera una pequeña partida del enemigo.—Nueva mision del coronel Mosquera.—Nos presentamos en el Egido de Popayan.—Sale Siracosqui con su escuadron.—Establecemos un diálogo.—Reto á Siracosqui á combate singular y acepta condicionalmente, pues nececita licencia del comandante general, que solicita.—Se niega esta licencia.—Siracosqui se retira á la plaza.—Tomamos posiciones en Antonmoreno.—Nos trasladamos á los Robles.—Resolvemos seguir á Timbio.—Resolvemos atacar á Popayan con cerca de 300 hombres.—Nos presentamos en el Egido.—Combate singular entre Sarria y Siracosqui.—Se complica un tanto.—Triunfa el primero.—Un movimiento durante la noche.—Combate de la Ladera.—Sus detalles.—Nuestro triunfo.—Otro episodio trájico, de que me salvo prodigiosamente.—Coronel Murgueitio.—Resultados del triunfo.—Canje de 2 prisioneros.

Sabidas son todas las arterías de que se valieron los dictatoriales para desacreditar á los representantes leales en la Gran Convencion, y para obligar á los pueblos, que hasta entonces se habian mantenido fieles, á proclamar la autoridad absoluta de Bolívar, como único capaz de salvar de la borrasca política la nave del Estado. Entre estos pueblos se habia distinguido Popayan; mas no habiendo podido resistir á la influencia de la autoridad, se le habia arrancado por el prefecto, coronel Mosquera, un pronunciamiento en ese sentido, aunque no tan esplícito ni escandaloso como habia sido el de Bogotá, que se Pretendió sirviese de tipo. Mi patriotismo, y el solemne comprometimiento que habia contraido de combatir la dictadura, me aconsejaron, mas que mi amor propio, disuadir á los incautos, y presentar, de palabra y por me-

dio de cartas, un bosquejo de la historia verdadera de la Gran Convencion, para demostrar que los serviles calumniaban á los honrados representantes, y que los peligros que corria la nave del Estado eran creados fantásticamente por aquellos para presentarlos como pretestos de sus antiguos planes, y hacer enseñorear sobre Colombia y otras Repúblicas de la América española el poder dictatorial, tan anhelado por Bolívar. Como pruebas de mi asercion añadia : « Se nos ha asediado en Ocaña de todas maneras, y en los proyectos de los dictatoriales, llegó á entrar el de rendir hasta por hambre á los 54 diputados fieles, pues no se les daban sus dietas, mientras que á los 17 prevaricadores se les pagaba superabundantemente sus servicios. No se quiso mandar á Ocaña una imprenta que habia pedido la Convencion para publicar sus debates, y se encarceló y persiguió cruelmente á un generoso colombiano que habia ofrecido desde Cartagena ir con su imprenta á servir gratuitamente á la Patria en el lugar de la Convencion. No convenia á los intereses de Bolívar que se hiciesen públicos los francos procedimientos de la mayoría, y, por lo mismo, prohibió el que se les diese lugar en la *Gaceta* ministerial que se publicaba en Bogotá, único recurso que se nos habia reservado. La prensa era monopolizada por el partido boliviano; y á los 54 no nos era lícito publicar el mas inocente folleto en nuestra defensa, al paso que se nos zaheria, se nos insultaba, y se nos desacreditaba por nuestros enemigos políticos.

« A pretesto de comisiones ó mensajes, el general Bolívar habia mandado á Ocaña la mayor parte de sus edecanes seguidos de otros oficiales y de muchos soldados ; no obstante que estaba prohibido el mandar fuerza armada al lugar de la Convencion. Agregados á éstos los gefes y oficiales comisionados por las diferentes secciones del ejército para conducir las intimaciones que con la voz de memoriales se dirigian á la gran Convencion, y los asistentes armados de esos mismos comisionados, formaban todos una fuerza armada respetable.

» Al mismo tiempo se reunian tropas en Mompos y en otros puntos inmediatos, como para disolver por la fuerza la Convencion, si no se hubiera escogitado otro arbitrio indigno, cual fué la desercion cautelosa de los 17 bolivianos, con el inicuo designio de no dejarnos el *quorum* requerido por el reglamento interior para continuar los trabajos.

» Si la Convencion en uso de sus atribuciones rehusa la calificacion del doctor Miguel Peña, diputado por Venezuela, porque le faltaban las cualidades necesarias, el general Bolívar requiere duramente al cuerpo soberano porque se ha negado al doctor Peña el puesto que pretendia.

» Si algunas de las actas ó pronunciamientos en favor de Bolívar

no están enteramente acordes con sus miras, ó contienen algunas condiciones ó cláusulas que restringen su poder omnipotente, se borran estos periodos, y se mancha el pliego suponiendo que se ha mojado en el tránsito; pero por la habilidad de uno de nuestros honrados representantes, el doctor Manuel María Quijano, que emplea para el efecto los reactivos eficaces, logramos descubrir el astuto pocedimiento de los anticonstitucionales.

« Si el general Bolívar pide que se le deje ir á Ocaña, y la Convencion niega esa solicitud, cumpliendo con el decreto convocatorio, que prohibe la presencia del presidente de la República en el lugar de las sesiones de ese cuerpo, se atribuye á un desprecio ó desaire al Poder Ejecutivo, y se redoblan los esfuerzos para disolver la Convencion.

» Si las dos terceras partes de los representantes admitimos á la discusion un proyecto de Constitucion que, á nuestro modo de ver, conciliaba todas las dificultades, y sin enervar el poder del gobierno, detallaba los únicos casos en que el presidente de la República podia usar de facultades estraordinarias, especificando estas mismas facultades, se declama amargamente contra la Convencion, y se trata á sus miembros de visionarios, demagogos, ideologistas, enemigos acérrimos del Libertador...

» Si esa respetable mayoría sanciona una parte del proyecto de Constitucion, y hace perder, por el mismo hecho, las esperanzas de la pequeña minoría, ya no queda á ésta otro recurso que el de la desercion, y vergonzosamente abandona su puesto y se retira á un pueblo á fulminar desde allí protestas y amenazas, creyendo que con esta aviesa conducta podia sacar algun partido de los 54, y sancionar la vergüenza y la esclavitud de la República. »

Otras muchas razones dí para justificar á los 54, y concluía haciendo las siguientes reflexiones : « ¿ Por qué motivo no se sigue observando la Constitucion de Cúcuta, puesto que ella no ha sido reformada ? ¿ No hemos prometido obedecerla y hacerla obedecer mientras una gran Convencion no la derogue ó modifique ? ¿ Pues por qué causa nos perjuramos con tanta facilidad, y, no contentos con esto, nos entregamos en brazos de un dictador ? ¿Porqué despedazamos el pacto de nuestra alianza, y nos despojamos de los derechos que hemos conquistado? ¿ Dónde se encuentra en ese santo código el precepto de poner nuestra suerte en las manos de un hombre que no reconoce límites en su poder ? Y aun cuando así se prescribiese, ¿ en dónde están los enemigos esternos de la República, en dónde los enemigos internos que la combaten ? »

Un acontecimiento bien notable vino luego en apoyo de mis reflexiones. Se abrió en ese tiempo el nuevo año universitario, y el discurso de inauguracion fué pronunciado por el catedrático de literatura señor Rafael Arboleda. En este discurso histórico, des-

pues de haber hecho una reseña sobre las vicisitudes de la Grecia en tiempo de sus diferentes gobiernos, y sus desgracias y decrecencia bajo el sistema democrático, se espresó el orador en estos ó semejantes términos: « El poder y el brillo de la Grecia se establecieron, luego que *Demetrio Falerio se presentó investido con las insignias del poder.* » Yo que habia sido invitado al acto, inmediatamente salí del local, y decia á los que me preguntaban la causa: « ¿ No advierten ustedes el parangon que se ha querido hacer entre Colombia y la antigua Grecia; entre el déspota Falerio y Bolívar dictador, con las pretensiones de investir las insignias reales, porque solo así pueden conjurarse los males que afligen á Colombia? ¿ Consideran ustedes que esta alusion pudiera ser mas clara y elocuente? ¿ E ignoran ustedes que el orador es uno de los partidarios mas consagrados á Bolívar? ¿ Y despues de esto, yo, republicano puro, pudiera oir con sangre fria el resto de esa produccion tan insidiosa como contraria á mis principios y á los verdaderos intereses del pueblo? No señores, yo no he nacido sino para republicano, no he servido á la patria sólo para conquistar la independencia, sino tambien la libertad. Nunca he consentido en que despues de sacudir el yugo de España, cambiásemos de señor. Y últimamente, en mis peculiares circunstancias, haber permanecido quieto en mi puesto cuando se encomiaba el gobierno monárquico, habria valido tanto como autorizar semejantes ideas, tan contrarias á mi modo de pensar y á mi conciencia. Recomiendo á ustedes la memoria de este pasaje, pesen ustedes el valor de esas palabras, y dispónganse á ser gobernados con vara de hierro, si es que no tienen valor y dignidad para reconquistar sus derechos, combatiendo la dictadura que se ha creado para preparar el trono en donde debe sentarse el nuevo Demetrio Falerio... Por mi parte, despues de haber probado con numerosos hechos, que no plegaré jamás á un sistema despótico, estoy resuelto á ser consecuente á mis principios mientras respire, y confio en que no me faltarán compañeros patriotas y generosos para arrancar la palma al dictador, ó vender caramente nuestras vidas... » Verdad es que con esta conducta probaba yo mi intolerancia hasta cierto punto; pero tambien lo es que ella era necesaria para mi propósito en esas circunstancias.

En justicia debo decir: que la mayor parte de los hijos de Popayan y todos mis amigos y corresponsales de fuera se manifestaron convencidos, por mis reflexiones y por la relacion que les hice de la historia de la Convencion, de que se trataba de quitar enteramente la libertad al pueblo, y fundar sobre sus ruinas un gobierno tiránico. Casi todos, manifestando entera confianza en mí, me prometieron ayudar con todas sus fuerzas á destruir la ominosa dictadura; y cuando llegó el caso, ó les fué posible, cum-

plieron su palabra patrióticamente muchos de los comprometidos, y patentizaron con hechos que habia moralidad en sus corazones.

Para obrar con mas seguridad habia yo establecido una línea de corresponsales de toda confianza desde Bogotá hasta Popayan, y en el seno mismo de las oficinas del alto gobierno y de la prefectura y comandancia general del Cauca habia personas que me daban cuenta de lo que pasaba, con cuyas noticias podia yo formarme un juicio de lo que habia que temer ó que esperar, satisfecho de ser informado con antelacion si se trataba de prenderme, como era presumible. Y para mayor seguridad de mi persona me retiré con mi mujer al pueblo de Guambia, distante seis horas de Popayan. Desde allí trabajaba con mas desembarazo, llenando mi mision de apóstol de la libertad. De continuo me veía con el coronel José María Obando, con quien obraba de acuerdo para prepararnos y preparar al pueblo á despedazar las cadenas, llegado el caso. Ninguno mas calculado para este efecto que el coronel Obando (hoy general), ya por sus talentos, ya por su republicanismo, ya por su valor, y ya por el influjo que tenia en Popayan, Pasto y pueblos de Patia, pues estos últimos debian ser, como en efecto fueron, la base de nuestro movimiento.

A principios de octubre del mismo año de 1828 se recibió en Popayan la noticia de la conjuracion del 25 de setiembre anterior, sucedida en Bogotá; y aunque sus resultados fueron funestos á los republicanos, se habia dado principio con este hecho estraordinario á la obra de la restauracion de la libertad; y por consiguiente, nos pareció oportuno empezar nuestro movimiento, tanto mas necesario, cuanto que nos era indispensable bajo los puntos de vista siguientes: 1º, imponer freno á la furia del dictador, y salvar del suplicio algunas personas comprometidas en el asunto del 25 de setiembre; 2º, hacer para el efecto algunos rehenes del partido boliviano; 3º, defendernos de la persecucion que necesariamente se nos suscitara; 4º, aprovechar el momento del fervor; y 5º, animar á los otros pueblos con nuestro ejemplo. El general Obando se hallaba en su hacienda de Las Piedras á tres horas distante de Popayan. Yo debia irme donde él sin perder tiempo; mas no podia hacerlo en el mismo dia, porque era preciso antes escribir á todos nuestros corresponsales, dándoles el anuncio de nuestra resolucion, en lo que pasé toda la noche, despues de haber tomado las precauciones convenientes.

Al dia siguiente (10 de octubre) me dirigí á la tesorería, manifesté al tesorero, que era el Dr. José Cornelio Valencia, persona de mi confianza por sus opiniones liberales, la ejecucion de nuestros planes; y en consecuencia le pedí alguna suma de las cantidades considerables que se me debian, para los primeros gastos que hu-

hieron de hacerse. No habiendo dinero en la tesorería, se me dió un *pagaré* por solo cien pesos, los que conseguí inmediatamente del escelente patriota señor Miguel Otero (hoy teniente coronel). Al regresar á mi casa, en donde habia dejado mi caballo ensillado, noté que el comandante general interino, coronel Luque, que estaba con un oficial y el teniente coronel Siracosqui, me señaló involuntariamente; y luego se dirigió hácia mí este último gefe acompañado del oficial. Sospechando yo que se le habrian dado órdenes de prenderme, hice la demostracion de prepararme á la resistencia, haciendo creer que llevaba una arma bajo mi capa con que iba embozado; y sin turbarme continué mi marcha. Siracosqui, luego que observó mis movimientos, se sesgó un poco, y me saludó al pasar, sin duda porque tuvo recelo de intimarme la órden de prision; y para ejecutarla, se dirigió á su cuartel á tomar una escolta. Apenas llegué á mi casa, monté á caballo armado de mi espada, un par de pistolas y una carabina, y salí acompañado de dos jóvenes y una partida de perros, como en tren de cacería, con el objeto de que no se me persiguiese, en la suposicion de que debia regresar á la ciudad. Esa noche llegué á la hacienda del coronel Obando.

Tambien fueron en la misma noche el teniente coronel Manuel María Córdoba, y el teniente Juan Gregorio Sarria, ambos buenos guerrilleros; y, despues de recibir órdenes sobre lo que debian ejecutar, partieron á sus destinos.

Inmediato á la hacienda, pero en un lugar seguro, formamos el centro de nuestras primeras operaciones, no estando reunidos sino las siguentes personas: el coronel Obando, el capitan B. María Beltran (hoy coronel graduado), yo, un asistente mio, y cinco esclavos del coronel Obando. Poco despues se nos incorporó el capitan José Antonio Quijano (hoy teniente coronel). No contábamos con mas armas que las de nuestro uso, y algunas lanzas y escopetas viejas del coronel Obando.

Es falso lo que se ha dicho de que el espresado Obando, aprovechando las circunstancias de haber estado poco tiempo antes de comandante general interino del Cauca, habia estraido del parque armas y municiones. Estas últimas fueron fabricadas por nuestras propias manos, habiendo comprado en Popayan algunas arrobas de pólvora y plomo, mientras permanecimos en Las Piedras, y aún despues.

Desde esta hacienda íbamos por la noche á las inmediaciones de Popayan á informarnos del estado de cosas y trasmitir algunas disposiciones por conducto del buen patriota y amigo nuestro señor Antonio Fernandez, que salia á verse con nosotros acompañado de sus hijos, y, una vez, del señor Miguel Otero y del teniente Antonio Escalona, oficial liberal. En esta noche intenta-

dimos asaltar el cuartel del escuadron de húsares, constante de cerca de 200 hombres, con solo 14 que éramos nosotros; pero desistimos, porque en tan pequeño número arriesgábamos la operacion, y no podiamos tomar los gefes y oficiales de la guarnicion que vivian en pabellones separados. Nos citamos pues para volver dos ó tres noches despues con 30 ó 40 hombres que contábamos tener á nuestras órdenes para entonces; pero nunca pudimos verificar esta operacion, porque el teniente Escalona, que era sospechoso entre los bolivianos, fué obligado á salir de Popayan.

Inmediatamente que el prefecto y comandante general del Cauca, coronel Mosquera, tuvo noticia de nuestras medidas, nos dirigió una comision, compuesta en la mayor parte de amigos nuestros, con el objeto de persuadirnos á desistir de nuestro intento, y someternos á la autoridad dictatorial. Por supuesto que, decididos como nos hallábamos á no transigir mientras no se restableciese en su vigor la Constitucion de Cúcuta, opusimos la resistencia que era de esperarse, y la comision regresó persuadida de que era inútil toda tentativa.

Pero es digno de notarse el carácter y firmeza que en esta ocasion desplegó la señora Dolores Espinosa, esposa del general Obando. En presencia de la comision decia á su esposo, en sustancia, lo siguiente: «Con los tiranos no puede haber pactos; es necesario que tú mueras antes que entrar en tratados con los dictatoriales, porque á mas de que tu primer deber es salvar la Patria restituyéndole su libertad perdida, ellos no te guardarian su palabra, y tú serias al fin una víctima de su astucia y engaño. No me mires, ni mires á tus hijos. Si tú mueres en la lucha, yo procuraré su subsistencia y educacion, aún pidiendo limosna si llegase el caso. Me sujetaré tambien á vivir dentro de un monasterio, si no tuviese otro arbitrio para alimentarme, ó preservarme de los insultos de los enemigos de esta Patria. Indigno te consideraria de ser mi esposo si notase en tí el mas pequeño rasgo de debilidad. Te amo con pasion, y eres el único apoyo mio y de nuestros hijos; pero la noticia de tu muerte, peleando contra la tiranía, me seria mas soportable que la de verte figurando entre los bolivianos. Desecha, hijo mio, todas sus proposiciones con la firmeza que lo has hecho hasta ahora, y abandona de una vez tu casa y tu familia, sin volverte á acordar de ellas sino despues que hayas completado la obra gloriosa de que te ocupas. ¡Por Dios, que no sepa yo nunca que el amor de tu esposa é hijos ha llegado á influir en tu corazon para transigir con los déspotas! No lo temo, porque te conozco; pero no cuentes mas conmigo si esta consideracion te hiciese ceder de tu propósito: esto valdria tanto como si me hubieras perdido para siempre. Sepárate pronto de este lugar;

despide á los comisionados, y anda á trabajar en la grande empresa comenzada: no te detengas un momento. Mira que el tiempo es urgente y que no debes despreciar ni un solo instante.

Este discurso pronunciado con toda la energía de un alma noble é instruida, me tocó de tal suerte, que no pude contener las lágrimas, producto de las emociones, que me infundió el amor á la Patria y el heróico desprendimiento de esa interesante matrona. Mi amigo y compañero Obando participó de esta sensacion, y todavía repite que, si su resolucion no hubiera estado hecha decididamente, el discurso patriótico de su esposa, y mi patética actitud lo habrian determinado desde el momento, no solo á morir por la libertad, sino tambien á precipitarse en una hoguera con su muger é hijos, antes que renunciar á tan precioso bien.

Como al décimo dia nos reunimos cerca del pueblo de Timbío con los primeros 40 hombres del escuadron milicias de Patía, que habian podido reunir sus gefes Juan Gregorio López y Manuel Delgado. El teniente coronel Manuel María Córdoba se nos habia incorporado ya con cosa de 30 hombres de la Sierra, y el coronel Sarria lo verificó con algunos pocos de la parroquia de Timbío; de suerte que ya contábamos como 100 hombres. La partida de Patía nos condujo ademas 300 vestuarios de infantería que, estando en marcha para Pasto, habia tomado de nuestra órden, haciendo prisionera la pequeña escolta que los conducia, mandada por un oficial Vega, hijo de Cartajena, que espontáneamente pidió servicio en nuestras filas, y justificó su conducta en lo venidero.

Otra comision mas numerosa que la primera se presentó en Timbío con la insistencia del coronel Mosquera á que depusiésemos las armas ofreciéndonos todas las garantías que deseásemos; pero corrió la misma suerte que la primera habiendo llevado por respuesta que no entrariamos en ninguna especie de avenimiento mientras no se restableciese el imperio de la Constitucion de Cúcuta y se dejase de perseguir y maltratar á los liberales. Algunos de los sugetos de la comision quisieron quedarse voluntariamente entre nosotros y correr nuestra suerte, siendo uno de ellos mi primo Pedro José Velasco Valdés.

En la misma noche nos dirigimos sobre Popayan con nuestros 100 hombres, y nos presentamos en el Ejido, provocando un combate de parte de la guarnicion. Luego que al amanecer del dia siguiente fuimos observados, salió el teniente coronel Siracosqui con su escuadron que mantuvo siempre formado á una prudente distancia sin atreverse á atacarnos. Durante este tiempo yo me avancé acompañado de tres oficiales y un soldado, y habiendo hecho otro tanto Siracosqui con un número igual de hombres, traté de empeñarlo á entrar en combate y decidir de una vez nuestra suerte. El me saludó con cortesía y me preguntó estando á veinte

pasos de distancia contra quién iba yo á pelear y con qué designio. Yo le contesté : « contra el dictador Bolívar y sus secuaces, y con el designio de restablecer la libertad del pueblo oprimido por un tirano. » Siracosqui me dijo : « V. S. se equivoca, Bolívar no es un tirano, ni el pueblo está oprimido. » « Dejémonos de cuestiones, le repliqué, aquí no se debe tratar sino de combatir y no disputar con la palabra. » « Dispuesto estoy á la pelea, y solo espero órdenes para empezarla, » me contestó Siracosqui, añadiéndome : « V. S., mi coronel, se ha comprometido con gentes que le abandonarán en el peligro. Yo sé lo que es la guerra de partidas, y la he hecho en Cataluña : estoy cierto de vencer esa montonera con que V. S. se ha presentado. » Haciendo entonces una interjeccion, que por decencia omito, le dije : « ya he manifestado á usted que este no es el campo de discusiones, sino del honor. Reto á usted por tanto á batirse conmigo con armas iguales, si quiere usted dar pruebas de su valor. » « Acepto, me dijo Siracosqui, y dejo á la eleccion de V. S. el arma ; pero necesito licencia del comandante general ; » y luego ordenó al ayudante del escuadron que fuese á pedir la licencia para el duelo. El comandante general negó el permiso que se le pedia y previno á Siracosqui que se retirase á su cuartel con el cuerpo de su mando, despues de lo cual nosotros tambien resolvimos retirarnos á la hacienda de Antonmoreno, distante una legua de Popayan, persuadidos que nuestros enemigos evitaban el combate en campo raso, y solo trataban de defenderse entre sus cuarteles.

Al paso que ellos aumentaban y disciplinaban sus tropas, nosotros tambien haciamos otro tanto por nuestra parte ; aunque paulatinamente y en menor escala, porque los pueblos desconfiaban de nuestro buen éxito, en razon de lo temerario de la empresa. No obstante, reunimos á nuestros 100 hombres como 150 mas en diez dias que permanecimos en Antonmoreno, y nos retiramos á la hacienda de los Robles ó continuar allí nuestras ímprobas é incesantes tareas. Tres dias despues creimos conveniente pasar á Timbío, tres horas distante de Popayan ; y allí permanecimos hasta el 9 de noviembre, en que resolvimos marchar sobre esa ciudad á provocar de nuevo un combate, pues las circunstancias así lo exigian imperiosamente, por los motivos que voy á espresar : Primero, los pueblos del valle del Cauca, con quienes contábamos con alguna probabilidad, no solo no hacian el mas pequeño deber, sino que, por el contrario, ausiliaban al enemigo con sus milicias ; segundo, supimos de una manera positiva que de Bogotá se habian ya movido tropas en refuerzo de la guarnicion de Popayan, y, al llegar estas, ya no era prudente aventurar un lance decisivo por la desigualdad de nuestras fuerzas, en cuyo caso no nos quedaba otro recurso que el de hacer la guerra de partidas en la referida pro-

vincia de Popayan, sin llegar á un resultado que diese confianza á los pueblos y nos proporcionase los recursos de guerra de que tanto necesitábamos para nuestras ulteriores operaciones; tercero, si se reformaba la guarnicion de Pasto por el general Flóres, que mandaba en el Sur, ya nos era difícil la próxima y necesaria ocupacion de esa importante provincia, que considerábamos como la posicion mas estratégica para nuestras maniobras, y, en el último caso, como la ciudadela en donde debieran replegar nuestras huestes á imponer respeto al dictador; cuarto, aún no habiamos hecho los rehenes que nos habiamos propuesto, y sabiamos que en Bogotá habian sido conducidos al cadalso muchos de nuestros compatriotas, y se esperaba igual suerte á otros, si nuestros triunfos no les separaban el cuchillo de sus gargantas; y quinto, en fin, considerábamos muy difícil aumentar en su tiempo el número de nuestros guerreros, que ya se acercaba á 300 hombres, y pudieran desmayar con la inaccion, y hacer mas desesperada nuestra causa.

La noche del 9 de noviembre la pasamos en la hacienda de los Robles. El 10 nos presentamos en el Ejido de Popayan á marcha batiente y banderas desplegadas, esperando que nuestro adversario saliese al combate contando con sus fuerzas dos veces mayores, y con el valor de algunos escelentes gefes y oficiales que tenia en sus filas; pero en vano quisimos estimular su orgullo. No salió al campo sino el comandante Siracosqui con una partida de su cuerpo que dejó entre la ciudad. Nuestro bravo teniente Sarria desafió á ese gefe á un combate singular, que fué aceptado y verificado, habiéndose batido con las lanzas los dos fieros atletas, hasta que dos húsares de la confianza de Siracosqui, viendo á su gefe empeñado, vinieron en su ausilio, con cuyo motivo mi asistente A. Toledo, escelente soldado de caballería, se acercó por mi órden en apoyo de Sarria, á quien los húsares habian disparado sus carabinas á quema ropa, sin ofenderle. Llegado Toledo al circo de esta lucida liza, Siracosqui huyó herido por Sarria, y uno de sus húsares, que tambien huyeron, fué lanceado y muerto por mi asistente. Siracosqui no murió en este dia porque su buen caballo, descansado como estaba, tomó en la fuga una distancia que no pudo Sarria vencer, porque su caballo estaba bastante fatigado con la marcha del dia y con los caracoleos que habia hecho en el Ejido para atraer á su antagonista á un campo igual.

Desesperados de que el enemigo hiciese la salida que esperábamos, resolvimos mostrarle nuestra inferior fuerza, y á este efecto desfilamos por el Ejido hácia la Ladera, de modo que nos pudiera contar uno á uno; mas nada conseguimos. Al cerrar la noche nos avisaron nuestras avanzadas que el enemigo salia á buscarnos, y en el acto nos pusimos en marcha á su encuen-

tro; pero al llegar á la entrada de la ciudad, hasta donde positivamente se habia hecho la salida anunciada, ya aquel habia contramarchado á sus cuarteles.

El 11 al amanecer descubrimos al enemigo que salia de la plaza, y sus movimientos nos persuadieron que al fin se nos presentaba el combate tan deseado por nuestra parte. Despues de un pequeño alto, una columna enemiga, como de 100 hombres de infantería y caballería, marchó por nuestro flanco derecho á distancia de medio cuarto de legua. Otra fuerza igual, que le seguia por la misma direccion, desplegó en guerrilla por nuestro mismo flanco; el resto de la division marchó sobre su derecha á colocarse á nuestro frente, desplegando algunos tiradores de caballería. Por nuestra parte se desplegaron igualmente tiradores de la misma arma, y el teniente Sarria, que quiso ese dia pelear pié á tierra, se colocó con una partida de infantería en oposicion de la guerrilla de la misma arma que nos atacaba por nuestro flanco derecho. El coronel Obando se avanzó á observar mas de cerca los movimientos del enemigo, y ordenar oportunamente la retirada de nuestras partidas hasta replegar al alto de la Ladera, sosteniéndose por escalones alternativamente. Roto, y animado el fuego por todas partes, se verificó el repliegue del modo mas ordenado, disputando el terreno al enemigo cuanto era posible, hasta atraerlo diseminado cerca de la altura. Allí se habia formado en batalla el escuadron de Patía, en donde no pudiera ser ofendido por las balas de la infantería enemiga, mientras que la nuestra, á medida que coronaba la altura, se iba estendiendo en la misma orilla del mamelon superior, y desde allí dirigia sus fuegos muy lentamente, porque nuestras municiones eran tan escasas, que no habiamos podido dar sino diez y seis cartuchos á nuestros mejores infantes, y diez á los otros. El enemigo cargó impetuosamente tocando á degüello hasta tiro de pistola, y algunos soldados y oficiales se acercaron hasta veinte pasos de nuestra infantería. Cuando el comandante Siracosqui, que con su escuadron llevaba la cabeza de la carga por nuestro frente, observó que aún se le oponia resistencia, ordenó el alto, y otro tanto hizo la infantería que nos atacaba por nuestra derecha. Ambas columnas enemigas, y aún la reserva, que era mandada personalmente por el comandante general, coronel Mosquera, se habian desordenado bastante en su marcha de frente, contando con que nuestro premeditado repliegue á la altura era ya nuestra derrota, y tambien por causa de los inconvenientes topográficos que presentaba el riachuelo del Ejido y los cercos de un corral. Este era pues el momento en que nuestra bizarra caballería debia hacer una carga brusca que decidiese la batalla en nuestro favor antes que el enemigo se ordenase y continuase su ataque en regla. La carga se verificó por nuestra parte

con el mejor suceso, habiéndola dirigido el coronel Obando. En un momento fué lanceada por la primera mitad del escuadron Patía, compuesta de 26 soldados, la primera mitad del escuadron de Siracoqué, dejando muertos en el campo sesenta y tantos de sus mejores soldados. Los otros, estrechados por los cercos del corral y una huerta que tenian á su flanco derecho y retaguardia, se desordenaron y rindieron. La infantería enemiga quedó cortada por la continuacion de la carga de nuestro escuadron, la cual apoyé yo con el resto de nuestras fuerzas, conduciéndolas en columna, porque recelaba que la primera seccion del enemigo, que no habia entrado en combate, debiera hacer su deber cargándonos por nuestro flanco derecho; pero despues verémos que mis cálculos, fundados en el criterio de la estrategia, fueron frustrados por causa de un movimiento fuera de toda combinacion, que habia hecho la columna.

En el furor de la carga, algunos de nuestros oficiales y soldados de caballería fueron hasta cerca del cuartel del enemigo, que estaba en el fuerte convento de Santo Domingo, y fué necesario darles órdenes severas y reiteradas para hacerlos retirar hasta la entrada llamada del Ejido. Replegados allí, nos dirigimos á nuestro campo de la Ladera con el objeto de almorzar, dar descanso á los caballos, y preparar los instrumentos necesarios para asaltar el cuartel. La accion duró cerca de dos horas desde las primeras escaramuzas, hasta nuestro alto en la entrada del Ejido. Mas abajo diré el resultado de toda la jornada.

Luego que llegámos á nuestro campo, se mandó quitar las bridas y sillas á los caballos para que pastasen, y despues de esa operacion nos ocupábamos de nuestro almuerzo, cuando de repente observámos por el camino real, llegando al Ejido la columna de que he hablado arriba, y que creiamos se habia dispersado en los bosques, ó tomado una de tantas veredas del lado de Santa Bárbara para entrar en Popayan sin comprometerse. Yo que tenia mi caballo ensillado, monté volando, seguido á distancia por dos oficiales y un soldado que casualmente tenian tambien sus caballos listos, y me adelanté á todo escape hasta medio tiro de fusil de la referida columna, que ya habia pasado el puente del Ejido, ó sea Calicanto. A esta distancia intimé rendicion al coronel Murgueitio que mandaba esa tropa, ofreciéndole garantías, y manifestándole, que despues de la derrota completa que habiamos dado al coronel Mosquera, era inútil toda resistencia. Murgueitio mandó hacer alto, dar frente, y preguntó « quién le hablaba. » Yo le contesté, dándole mi nombre, que le era bien conocido. Entónces me mandó hacer una descarga cerrada, en que tuve la fortuna de no ser herido. De este centenar de balas no aprovecharon sino una que mató al caballo del soldado que me siguió mas de cerca. Ofen-

dido yo con semejante procedimiento, sin abandonar mi puesto, prorrumpí en injurias contra el aleve que así me trataba; pero éste mandó continuar el fuego á discrecion, é hizo desplegar una guerrilla de diez infantes y un oficial hácia mi derecha para cruzar sus fuegos, de los cuales fuí tambien preservado por la Providencia, pues se me hicieron casi á quema ropa. Entretanto volaban en mi socorro los soldados de caballería, segun iban ensillando sus caballos, y el mismo coronel Obando marchaba al trote con parte de la columna; pero cuando se acercaban los diez primeros hombres de caballería, Murgueitio siguió su retirada precipitadamente, dejando por el mismo hecho en nuestro poder la guerrilla que habia destacado. Yo le perseguí de cerca hasta entre las calles de la ciudad. El coronel Mosquera se habia movido del cuartel con alguna tropa para proteger la retirada de Murgueitio, y en tal evento, uno de nuestros soldados, el valeroso Santiago David, encontrándose entre la columna de Murgueitio y la de Mosquera, é intimado de rendirse, se resistió, defendiéndose con solo su lanza, hasta que tuvo que ceder al número y fué hecho prisionero. Regresamos luego á nuestro campo, habiendo tomado algunas armas y municiones, y la guerrilla de que he hablado, dejando muerto al oficial que la mandaba.

De suerte que el triunfo fué completo. Solo se salvó el comandante general con parte de la reserva, y algunos oficiales que estaban bien montados, y no se hallaron en el punto de la carga. Como 60 muertos dejó el enemigo en el campo, y entre éstos los tenientes coroneles Siracosqui y Sedeño, y otros buenos oficiales, dignos de haber combatido por una mejor causa. Mas de 400 prisioneros quedaron en nuestro poder, entre los cuales figuraban el coronel de ejército Luque, y el de milicias Vicente Arboleda. Nosotros no tuvimos sino 8 heridos, entre ellos los tenientes Sarria y Pedro José Velasco y Valdés, y 3 individuos de tropa muertos.

En la tarde de ese dia se hizo el canje de Santiago David y de otro prisionero que se nos habia hecho en los dias pasados.

---

## CAPITULO XXIII

Marchamos de noche á dar el asalto al cuartel.—Parlamento.—El comandante Pombo es autorizado por el coronel Mosquera para celebrar una capitulacion.—Se estiende ésta.—Se presenta el coronel Varela pasado del enemigo.—Astucia de Mosquera para salvarse.—Ocupamos la plaza y el cuartel. —Obando persigue á Mosquera, lo alcanza y lo dispersa.—El pueblo de Popayan se reune, desconoce la autoridad del Dictador y nombra dos comisiones.—Su objeto.—Personal de que se compusieron.—Se pone en libertad á los prisioneros.—Somos ascendidos Obando y yo á generales.—El general Obando marcha á Pasto.—La guarnicion de esa ciudad se pronuncia en favor de la Constitucion y entrega á sus principales gefes.—Obando ocupa á Pasto sin resistencia.—Yo quedo en Popayan creando tropas.—Una de mis columnas es destinada á Neiva.—Encuentra oposicion en Insá y se retira. —La columna enemiga que se opone, tambien se retira.—Sigo al Cauca.—El canton de Caloto se pronunció contra la dictadura.—El de Cali se pronuncia en favor de ella.—Nuestra comision regresa desesperada de no poder llenar su objeto.—Conducta indiferente del resto del valle del Cauca.—Apreciacion sobre las causas que produjeron esa conducta.—En Quilichao concentro una pequeña columna para marchar sobre Cali.—Noticias alarmantes me obligan á regresar á Popayan.—La fuerza que logro crear y armar en Popayan.—Mi escasez de armas de fuego y municiones.—Ordenes que habia dado.—Mi resolucion y mis esperanzas.—Se acerca el enemigo:—Concentro mis fuerzas en el puente del Cauca.—El obispo de Popayan se me presenta allí con una mision del general Córdoba.—Observaciones que agrega el obispo.—Mi respuesta.—El obispo regresa á Popayan.—El enemigo á la vista.—Carga brillante de un piquete de caballería.—Se frustran mis esperanzas.—Me veo obligado á emprender la retirada en órden á la vista del enemigo.—Pernocto á una legua de Popayan.—Al tercero dia me sitúo en Timbio.—Doy aviso oportunamente á Obando de esta novedad. —Situacion de este general.—Permanezco tres dias mas en Timbio.—El enemigo me persigue.—Me retiro á su vista.—Orden á Sarria, que no cumplió.—Comandante Córdoba y una pequeña guerrilla.—El general Córdoba hace alto.—Mal tiempo.—Sufren mucho mis soldados.—Un oficial Solarte desobedece otra órden mia.—Llego á los Arboles.—Continúo la retirada con solo 300 hombres.—No pierdo un solo artículo.—Continúo hasta Mercaderes.—Doy mis órdenes y llego á Pasto.

Al siguiente dia (12 de noviembre) nos resolvimos dar el asalto al cuartel, que contenia una guarnicion de mas de 200 hombres provistos de todo lo necesario y dos cañones. A las siete de la noche nos pusimos en marcha, y al llegar á la entrada del Ejido recibimos un parlamentario del comandante general, teniente coronel de ingenieros Lino de Pombo, acreditado para estender un tratado de capitulacion. Por nuestra parte me encargué yo de esta comision; y despues de la revision y canje de nuestros poderes,

entramos en la conferencia, y redactamos y firmamos el convenio por el cual los vencedores otorgamos cuanto se nos pedia, pues ninguna de las demandas dañaba nuestros intereses. Era cerca de la media noche, y acabábamos de firmar dicho tratado, cuando nuestra avanzada anunció que el coronel Angel María Varela se habia presentado pasado del enemigo. En efecto, este gefe, escapado del cuartel, venia á anunciarnos, que la capitulacion no era sino una astucia con el fin de ganar tiempo para escaparse Mosquera con una parte de la guarnicion, pues que desde las siete de la noche se habia puesto en retirada por el camino del Norte. No dudando la verdad de esta noticia, tomé las dos copias de los tratados y las despedacé. El general Obando se irritó igualmente, y ambos amenazamos á Pombo con severidad si no nos entregaba el cuartel en el término de la distancia. Este gefe, que protestaba no ser cómplice de la trama de Mosquera, ofreció hacer todo lo que estuviera de su parte, y partimos. El general Obando se situó en la plaza pública con la fuerza formada en masa, mientras yo me acercaba cautelosamente al cuartel general con 60 hombres, habiendo llegado hasta la puerta sin ser sentido. Pombo tocó, se anunció y fué reconocido; despues de lo cual, se abrió la puerta para que entrase, y al mismo tiempo me precipité al interior con parte de mis 60 hombres. Aquel anunció al oficial y tropa de guardia, que se habia hecho una capitulacion honrosa en virtud de la cual debia entregarse el cuartel, para cuya guarnicion habia logrado las garantías necesarias. Yo ordené que la guarnicion se retirase sin armas al interior del cuartel, y con el sebo de la vela que habia encendida, inutilicé las cebas de los cañones. Subí al claustro superior, ofrecí seguridad á la tropa, la amenacé de muerte si daba el mas pequeño signo de oposicion, y la hice deponer las armas y acostarse, tomando todas las demás medidas de precaucion. Luego que el coronel Obando, que fué en seguida al cuartel, se halló seguro de que nada habia que temer, siguió en persecucion del comandante en gefe, á quien al segundo dia dió alcance en Gabriel López, habiéndole hecho varios prisioneros, muerto al ayudante de campo, Salgar, y tomado algunas armas, municiones y caballerías.

Regresado á Popayan el coronel Obando, se reunió el pueblo para deliberar sobre lo que pudiera convenirle en aquellas circunstancias; y en consecuencia hizo un acto esplícito de desconocimiento al Dictador, y restablecimiento de la Constitucion de Cúcuta; y nombró dos comisiones, una cerca del Dictador para ponerle de presente el verdadero estado de las cosas, y protestarle la resolucion del pueblo de sostener su pronunciamiento, y otra á los cantones del Valle del Cauca, con el objeto de presentarles el acta é invitarlos á secundar los votos de Popayan. La primera de

estas comisiones fué confiada al doctor Manuel José Mosquera (19), hoy arzobispo de Bogotá, y la segunda al doctor José Cornelio Valencia y al Padre fray Fernando Racines. En seguida resolvimos poner en libertad los gefes y oficiales prisioneros, cuya generosa medida colmó el entusiasmo del pueblo. Esa misma noche se reunieron nuestros gefes y oficiales, y espontáneamente aclamaron generales al coronel Obando y á mí, dándonos todas las facultades necesarias para obrar durante la guerra, hasta el restablecimiento de la Constitucion.

El general Obando se puso en marcha para Pasto sin perder tiempo, llevándose consigo el escuadron Patía y un pequeño batallon que creamos con los prisioneros, y pusimos por nombre « Batallon Padilla, » en memoria de ese valiente general, que, siendo inocente, segun se asegura, habia sido asesinado jurídicamente en Bogotá á consecuencia de la conspiracion del 25 de setiembre. Dispuesto como estaba todo el pueblo de la provincia de Pasto en favor de nuestra causa, al aproximarse el general Obando al Juanambú, las tropas que estaban destinadas á defender esa línea se insurreccionaron, se pronunciaron contra la dictadura, y entregaron á los principales gefes, á saber: coronel Farfan y mayor Francisco Gutierrez; de suerte que el general Obando entró á Pasto sin haber disparado un solo tiro de fusil.

Entre tanto, yo trabajaba en Popayan para organizar las milicias, darles alguna disciplina, y preparar dos columnas, la primera de las cuales debia hacer una excursion á la provincia de Neiva con el fin de apoderarse del parque que habia en esa capital, y regresar con él á Popayan; y la segunda para marchar á mis inmediatas órdenes hácia el Valle del Cauca á reanimar la opinion y proteger los pronunciamentos que se hicieran contra la dictadura. La columna, compuesta de 400 hombres de milicias, destinada á Neiva partió á las órdenes del teniente coronel José Antonio Quijano; pero habiendo encontrado otra columna enemiga que le disputó el paso en el pueblo de Insá, y habiendo gastado la mayor parte de sus municiones en ese combate, tuvo necesidad de retirarse, á la vez que la columna enemiga se retiró tambien hasta La Plata, ó mas allá.

Durante ese tiempo yo me moví hácia el Cauca con una pequeña escolta, dejando listos para seguirme de 200 á 300 hombres, todos jóvenes estudiantes y artesanos de Popayan. El canton de Caloto se habia pronunciado decididamente en nuestro favor; pero la comision no pudo entrar en Cali, porque este pueblo, no sólo no se pronunció en el sentido de Popayan, sino que se armó en favor del dictador, y prohibió á nuestros comisionados penetrar en su territorio. Dichos comisionados regresaron á Popayan de-

separados de cumplir su mision en los otros cantones, en donde mas ó menos se descubrian síntomas, sino de contrariar nuestros proyectos, al menos de mostrarse indiferentes en la cuestion. A esta conducta tan inesperada para nosotros, pues teníamos muchos fundamentos para creer que seríamos secundados por el Valle del Cauca, dieron lugar dos incidentes; primero, la lentitud de nuestros comisionados que, no obstante su patriotismo y sus buenos deseos, perdieron en prepararse para marchar con comodidad algunos dias muy preciosos; y segundo, el haber recibido los pueblos comunicaciones del coronel Mosquera, dirigidas desde el Pedregal, en las que les anunciaba exageradamente la marcha pronta de un poderoso ejército á restablecer el órden de cosas bajo la dictadura. Los pueblos temieron, tuvieron tiempo de informarse sobre la debilidad de nuestras fuerzas, y no quisieron comprometerse en un partido que creyeron iba á sucumbir bajo el peso de todo el ejército de Colombia. De otro modo, desde entonces se habria reconquistado indubitablemente la libertad.

Me hallaba en Quilichao dispuesto á marchar sobre Cali con unos 200 hombres de Popayan y 40 patriotas que pudieron armarse muy mal en el canton de Caloto, á las órdenes del republicano capitan José Agustin Ulloa, cuando recibí la noticia de la retirada de la columna del comandante Quijano, la llegada á La Plata del general José María Córdoba con varios cuerpos, y el preparativo que se hacia para marchar muy pronto sobre mí. No siendo ya prudente mi operacion sobre Cali, resolví replegar á Popayan, en donde reuní como 700 hombres, llenos de entusiasmo patriótico, pero no bien armados y peor municionados, pues no habia podido dár sino diez cartuchos á los mejores tiradores y cinco á los otros. Habia espedido órdenes para que el escuadron de Patía que, despues de la ocupacion de Pasto, habian tenido licencia sus individuos para descansar en sus casas, se me reuniese, lo mismo que otras guerrillas de los pueblos del Sur, y con esta esperanza resolví no abandonar la ciudad hasta el último caso, dispuesto á disputar el terreno, y aún confiado en una victoria, no obstante la superioridad estraordinaria de las fuerzas enemigas.

El 25 de diciembre supe que la division enemiga se aproximaba; y en consecuencia replegué mis fuerzas al Puente de Cauca, despues de haber mandado á Pasto cuanto me pudiera ser embarazoso. El 26 emprendió el enemigo su última marcha para llegar á Popayan; y en el mismo dia fué donde mí el obispo de esa diócesis, con el objeto de enseñarme una carta que en esa fecha le habia dirigido el general Córdoba, manifestándole, «que siendo el obispo la única autoridad legal que habia en Popayan, se dirigia á Su Señoría para anunciarle: que esa noche dormiria en la ciudad

con la division de su mando; y que si yo osaba resistir, estaba cierto de pasar sobre mi cadáver; que el pueblo debia permanecer tranquilo, si no se le hostilizaba, etc.» Despues de la lectura de esta pieza, el obispo me hizo la reflexion «de que siendo infructuosa y temeraria toda resistencia de mi parte, le parecia conveniente, necesario y prudente el que yo me retirase en el acto para evitar así una catástrofe probable á mis tropas y á Popayan.» Yo le contesté en términos medidos, pero con toda la energía que debia mostrar en ese caso; «que yo solo era responsable de lo que pudiera sobrevenir; que me hallaba resuelto á no abandonar el puesto hasta el último caso; y que, en tal concepto, el señor obispo debia regresar á su palacio, y dar esta respuesta á Córdoba.» El obispo y su secretario partieron en efecto, persuadidos de mi resolucion.

Serian las tres de la tarde cuando recibí el parte de mis avanzadas, que el enemigo estaba á su vista, cerca de Calibio, y que marchaba en masa. Su division se formaba de los batallones Vargas y Carabobo, el escuadron Granaderos Montados, y como 60 hombres de todas armas de los que se habian escapado de Popayan con el coronel Mosquera, haciendo todos el número de 1,550 hombres; es decir una fuerza una vez y media mayor que la mia, y, por supuesto, aquella aguerrida y disciplinada, mientras que la mia no poseía otro elemento que el entusiasmo. Sin embargo, escogí 14 hombres resueltos y bien montados, y ordené al comandante Juan G. Sarria que á la cabeza de ellos cargase la descubierta enemiga compuesta de 40 hombres del escuadron Granaderos. Sarria ejecutó mis órdenes con el valor é impetuosidad de siempre, y arrolló la descubierta, lanceando al oficial que la mandada, y algunos soldados, quitando á todos sus caballos. El general Córdoba estuvo en riesgo de perder la vida, que la debió á la caida del caballo de Sarria. Este llegó con su partida hasta un tiro de pistola de las masas enemigas, que se detuvieron en el alto de Cauca, sin atreverse el general á diseminar la fuerza, que era lo que yo esperaba, con el ánimo de batirla en detall. Esta accion fué tan aplaudida, aun por los enemigos, que muchas veces me dijo despues el general Córdoba, que nunca habia visto una carga mas brillante ni un hombre mas intrépido y osado que Sarria.

El escuadron de Patia y las otras partidas que debieron reunírseme, no lo verificaron; y yo me hallé en el caso de emprender la retirada en el mejor órden á la vista del enemigo, llevándome los caballos, algunas armas y otros efectos que se le habian tomado, sin haber perdido por parte mia ni una lanza siquiera. A dos leguas del puente de Cauca y una de Popayan, pernocté en la hacienda de Antonmoreno. El enemigo no pasó de Popayan. Al

siguiente dia me retiré una legua mas atrás, y pasé la noche en la hacienda de los Robles. Al tercer dia continué mi movimiento retrógado á una legua de distancia de los Robles, é hice alto en el pueblo de Timbio, esperando en vano el escuadron Patia, que no se habia reunido siquiera, á pesar de mis reiteradas órdenes.

Desde Antonmoreno dirigí un parte al general Obando notificándole mi retirada; y éste le llegó cuando se hallaba del otro lado del Guaitara, en el sitio de Pastás á la cabeza de 2,000 pastusos, en persecucion de una columna dictatorial que, á las órdenes del general Héres, le amenazaba por aquella parte. El general Obando tuvo que abandonar la persecucion y retirarse á Pasto, cuando ya casi pisaba la retaguardia á Héres.

Tres dias mas permanecí en Timbio sin ser molestado, y al cuarto se presentó el enemigo con toda su fuerza. Yo emprendí la retirada á su vista, despues de haber ordenado al comandante Sarria hacerle todo el daño posible á su retaguardia y flancos, con una guerrilla selecta que le dejé al efecto, contando con que yo procuraria molestarlo en su frente, hasta ver si lograba el que destacase alguna parte de su division, siempre con mi proyecto de atacarlo en detall. El comandante Sarria nada hizo, y dispersó su partida sin que hasta ahora se me haya dado una razon satisfactoria del motivo que tuvo para semejante conducta. A cada instante esperaba yo oir el fuego á mi espalda para obrar como me lo aconsejasen las circunstancias; y en este supuesto hice varios altos, que dieron tiempo al enemigo de aproximarse, siempre estrechadas sus filas, ó formado en masa en donde el terreno lo permitia. Por esa misma consideracion no destruí el puente del rio Quilcacé, que habria sido un obstáculo para el enemigo, y me hubiera dado tiempo de ganar terreno desahogadamente. A las seis de la tarde coronaba yo la altura de la Horqueta, y el enemigo la subia, sin tomar el menor descanso, lo que me convenció que se habia formado el designio de no detener la marcha hasta darme alcance. En tal supuesto, ordené que se continuase la retirada, á pesar del deseo que manifestaban nuestros jóvenes estudiantes y artesanos de combatir en aquella posicion.

Al comandante Jacinto Córdoba le ordené, que con 14 hombres bien armados, y regularmente municionados, hostilizase al enemigo al llegar á la altura; lo que se verificó con tan buen suceso, que como la noche era sumamente oscura, el general Córdoba creyó que yo lo esperaba de firme y se detuvo antes de llegar á la cima, proponiéndose atacarme al amanecer del dia siguiente. Tuvo tambien algunos heridos.

Durante mi retirada de esa noche, una tempestad horrible y un llover á cántaros vinieron á poner á prueba el patriótico sufrimiento de mis cívicos soldados. Es imposible describir las augus-

tias que esperimenté esa noche con la consideracion de lo que ellos sufrian, y con la de la inutilizacion consiguiente de los fusiles y municiones que de nada me habrian servido si el enemigo me hubiera dado alcance. Yo marchaba el último á la retaguardia, y no llegué al sitio de los Árboles hasta el romper del dia siguiente.

Cuando estaba persuadido de hallar en aquel punto toda la fuerza reunida, pues al efecto habia hecho marchar al capitan Salvador Solarte con prevencion de hacer alto allí hasta recibir mis órdenes, se agravó mi angustia al no encontrar sino muy pocos que por cansados se habian detenido en los Árboles, quienes me dieron la noticia de que el capitan Solarte habia tomado la direccion de Almaguer con algunos individuos y que otros seguian discrecionalmente el camino de Patia. No me quedó, pues, otro arbitrio que ordenar se continuase la marcha en el debido órden con cosa de 300 hombres que se hallaban reunidos. Confieso que si me hubiera sido dable, habria marchado por las huellas de Solarte, y al alcanzarlo le habria fusilado, por las fatales consecuencias que se siguieron de su desobediencia, las cuales habrian sido todavía mas graves, si el enemigo no hubiera contramarchado á Popayan desde la Horqueta, circunstancia que llegó á mi noticia á eso de las diez del dia, en cuya hora me hallaba todavía en los Árboles con un oficial y dos asistentes en observacion, y escribiendo varias comunicaciones importantes que dirijí desde ese sitio. A pesar de todo, no dejé en poder del enemigo ni una bayoneta, y pude salvar hasta un poco de ganado que conducia para la subsistencia de la columna.

Despues de haber repetido mis órdenes é instrucciones á todos los guerrilleros, y dádolas al coronel Manuel María Córdoba, como gefe de todas las guerrillas que debian obrar en sus respectivos casos desde el rio Mayo hasta Popayan, continué hasta el pueblo del Bordo de Patia, en donde pasé la noche, y al dia siguiente fuí al mismo Patia á dar descanso á mis 300 milicianos.

Pocos dias despues pasé á Mercaderes, en donde me mantuve algun tiempo, hasta que una invitacion del general Obando me determinó á ir á Pasto, despues de haber reiterado mis órdenes para cuanto debiera hacerse en el territorio desde Popayan hasta el rio Mayo, cuando el enemigo marchase sobre el Juanambú.

---

## CAPÍTULO XXIV

Nuestra situacion en Pasto.—Fábrica de pólvora en Pasto.—Se fortifica el Juanambú.—Nuestro incesante trabajo.—Cambia inesperadamente nuestra situacion.—Nos traiciona el coronel Córdoba.—Consecuencias de este hecho.—Bolívar manda salvoconductos á Obando y á mí, que no aceptamos.—Mision del Dictador.—Su doble objeto.—Se reune el pueblo de Pasto y nombra é instruye una comision que debia entenderse con el Dictador.—Se emplazan ambas comisiones para Venta-Quemada.—Tardanza de la comision boliviana.—La constitucional, desde el punto convenido, se retira á Pasto á dar cuenta de lo que pasaba.—Bolívar se aproxima.—Los comisionados del Dictador se disculpan por su tardanza y ofrecen continuar hasta Pasto.—Noticia de la batalla de Tarqui.—Nuestra comision resuelve venir á entenderse con la dictatorial en la Cañada del Juanambú.—Las comisiones se reunen, y concluyen un tratado ventajoso para los constitucionales.—Bolívar acampado en Arovirjo.—Plan de sorprenderlo en sus posiciones si no aprueba el tratado.—El Dictador hace ciertas observaciones.—Mision de su ayudante de campo, coronel de Marguet, con ese objeto.—Bolívar nos anuncia la continuacion de su marcha.—El comandante Alvarez.—Se me comisiona para ir cerca del dictador á intimarle nuestra resolucion, caso de no aprobar el tratado textualmente.—Sigo á desempeñar mi mision.—Actitud de nuestras tropas.—Llego á Venta-Quemada, en donde permanecia Bolívar.—Nombra éste al coronel Espinar para entenderse conmigo.—Bolívar desiste de sus observaciones y aprueba el tratado.—Regreso al Juanambú.—Impresion que recibe el Dictador al verse sobre esas rocas.—Invita al general Obando á ir á encontrarlo.—Yo soy tambien invitado al mismo efecto.—Entra Bolívar en Pasto y permanece tres horas custodiado por nuestros soldados.—Sabe Bolívar al dia siguiente el triunfo de Tarqui.—Su entusiasmo.—Discurso que dirige á Obando y á mí.—Proposiciones que nos hace Bolívar.—Yo las rechazo.—Sin embargo, me asciende á coronel efectivo y me concede otra gracia.—Otro discurso que nos hace Bolívar.—Nuestra contestacion.—Protestas mútuas.—Bolívar teme un asalto.—Le damos seguridades en contrario.—Parte Bolívar para el Sur.

Nuestra situacion en Pasto y nuestros proyectos eran los siguientes: El Dictador nos amenazaba del lado del Norte con un fuerte ejército concentrado en Popayan, y con cuerpos que desde Venezuela y el Magdalena marchaban en la misma direccion. Por la parte del Sur los generales Sucre y Flóres no podian inmediatamente emprender operaciones contra Pasto, porque el ejército peruano, á las órdenes del ~~general Lamar~~, moviéndose ya sobre Colombia, absorbia toda su atencion; pero era claro que, si lograban desembarazarse de aquel enemigo, inmediatamente volverian sus armas contra nosotros; y en este caso, acosados por Norte y

Sur, no podiamos defendernos vigorosamente por falta de municiones. Nuestro ejército, es verdad, constaba como de unos 3,000 hombres, de los cuales no teniamos bien armados y regularizados sino como unos 1,200, pues los restantes eran milicianos é indígenas de los pueblos de aquella provincia, armados en su mayor parte de lanzas y garrotes, que no ocurrian á las faenas de la guerra sino cuando se les llamaba en los casos de inminentes peligros. El coronel Manuel María Córdoba, gefe de las partidas, entre el Mayo y Popayan, podia reunir lo menos 500 hombres guerrilleros para hostilizar al Dictador por su frente, flancos y retaguardia, y ocupar las posiciones de la ribera derecha del Mayo, luego que Bolívar hubiera pasado ese rio. Lo menos 350 guerrilleros de los que habitan entre el Mayo y Juanambú, debian en este caso embarazar la marcha en toda esa estension; y cuando el Libertador se hubiera presentado en el Juanambú, todas esas partidas, reunidas á las órdenes de Córdoba, formando una masa como de 1,000 guerrilleros, debian molestarlo tenazmente, mientras que el general Obando, y yo, ó uno de los dos solamente; si el otro estaba obligado á situarse en el Gaüítara, debia defender los pasos del Juanambú, y aún tomar la ofensiva, llegado el caso. Es seguro que obrando sobre este plan, el Dictador y su ejército habrian sido destruidos completamente; y que su parque nos habria suministrado elementos para estender nuestras operaciones al Norte y Sur, y restablecer el imperio de la ley, al menos en lo que hoy forman las Repúblicas de Nueva-Granada y Ecuador. Nuestra artillería constaba de tres piezas. Tambien entraba en nuestros cálculos la consideracion de que la parte de Venezuela, en donde no se habia hecho sino ocultar el fuego bajo las cenizas, cooperaria á nuestro gran proyecto, aprovechando la ocasion para levantarse de nuevo, como despues lo hizo en la primera oportunidad que se le presentó; bien que con nuestra cooperacion no se habria declarado independiente.

La casi absoluta escasez de municiones, principalmente de pólvora, nos obligó á establecer en Pasto una fábrica, en que, como es de inferirse, todas las operaciones se hacian mal por defecto de personas inteligentes, y de las máquinas necesarias. No obstante, á fines de febrero ya haciamos hasta 30 libras diariamente, y si hubiéramos tenido dos meses mas de tiempo, habriamos aumentado progresivamente esta cifra, mejorado el artículo á fuerza de esperimentos, y puéstonos en disposicion de asegurar el éxito de nuestra empresa.

Algunas fortificaciones de campaña se hicieron en la línea del Juanambú, y se reformaron las antiguas.

Incesantemente instruíamos á nuestros soldados, dábamos las órdenes precisas á nuestros guerrilleros, y tomábamos todas las me-

didas que estaban en nuestro alcance para aumentar nuestros medios de defensa y ponernos en disposicion de repeler, ó vencer á nuestros poderosos enemigos. ¡Qué no hariamos én aquellas circunstancias, en que la suerte de Colombia dependia de nuestros esfuerzos, y en que nuestra glória militar y cívica estaban eminentemente interesadas! Seguro habria sido nuestro triunfo si hubiéramos tenido cincuenta ó sesenta dias mas de término para disciplinar nuestras huestes y municionarnos bien.

Peró la suerte no quiso que nuestro designio se cumpliese á medida del deseo; y cuando mas nos halagaba, de repente se tornó contra nosótros, y nos colocó en una posicion crítica por consecuencia de varios acontecimientos, algunos de ellos inesperados.

El coronel Manuel María Córdoba se vendió infámemente al Dictador Bolívar, y no sólo hizo el daño de revelar nuestros planes, sino que los frustró enteramente, porque los caudillos que le obedecian, nó sabiendo qué debian hacer, ni teniendo una autoridad superior que los dirigiese, desmayaron unos, otros mas decididos fueron á reunírsenos en Pasto, y muchos indecisos se contentaron con pedírnos órdenes. En obsequio de la justicia debo decir, sin embargo, que no pasaron de cuatro oficiales los que logró arrastrar consigo el coronel Córdoba, á recibir del Dictador el oro con que los comprara. Consiguientemente tuvieron temor algunos de los emigrados de Popayan que se hallaban ocultos á sus inmediaciones, y se presentaron á Bolívar, quien se valió de algunos de ellos para mandarlos á los pueblos á ofrecer garantías á los comprometídos, y predicar la obediencia á su autoridad; comision que no dejó de producir el efecto deseado. Con estos sucesos, Bolívar encontraba casi desembarazado el tránsito hasta el Mayo, y se movió en efecto con su ejército, habiendo hecho la tentativa infructuosa de remitirnos salvoconductos al general Obando, y á mí. Como precursora de su marcha nos dirigió tambien una mision compuesta de los canónigos, doctores Mariano Urrutia y José María Grueso, con el objeto de proponernos una transaccion, y catequizar á la vez á cuantos viesen en su tránsito.

A pesar de todos estos sucesos, rechazamos toda proposicion, y nos pusimos en una actitud amenazante.

Para quitar todo motivo de sospecha á un pueblo tan desconfiado como es en tales casos el de Pasto, se le convocó, y consultó sobre lo que debiera hacerse. Este nombró una diputacion para oir las proposiciones de la mision del Dictador, instruyéndola de que no entraria por nada que fuese contrario á su pronunciamiento de combatir la dictadura hasta el restablecimiento de la Constitucion. Las diputaciones se entendieron y citaron para la Venta-

Quebrada, en donde debian tener las conferencias en presencia del general Obando y mia. El dia convenido, y aun dos mas, lo pasamos en el punto dado, sin que la comision dictatorial llegase, á tiempo mismo que sabiamos la aproximacion de Bolivar. La diputacion de Pasto resolvió, con nuestro acuerdo, regresar, temerosa de una astucia para adormecer nuestros preparativos, y anunció esta determinacion á los comisionados bolivianos. A pocos dias, éstos dieron sus escusas de no haber podido llegar á la Venta conforme á lo propuesto; pero que estaban decididos á continuar su marcha hasta el mismo Pasto si era necesario.

En aquellos momentos, nuestros confidentes del Sur y nuestros espías nos dieron la noticias de que el ejército peruano habia sido completamente derrotado en Tarqui por los generales Sucre y Flores; y como este acontecimiento hacia mas crítica nuestra situacion, guardando sobre él el mas inviolable secreto, se dispuso que de ninguna manera era conveniente el que entrase en Pasto la comision de Bolivar; y que los diputados de esa ciudad viniesen á la Cañada del Juanambú, dando mas estension á sus instrucciones en razon de las circunstancias.

Reunidas las dos comisiones en el punto indicado, celebraron, con asistencia del general Obando y mia, un tratado de capitulacion que nos daba todas las ventajas deseables, y al mismo tiempo, se nos dejaban por él las garantías mas positivas. Por mejor decir, este fué un armisticio por el cual nosotros no haciamos sino conceder al general Bolivar y el ejército de su mando, el tránsito al Sur por el territorio que ocupábamos, en el cual no podia disponerse de ninguna clase de recursos sin ser préviamente pagados á satisfaccion de sus propietarios. Este tratado se dejó, no obstante, sujeto á la ratificacion del general Bolivar, quien se hallaba acampado en Atoviejo, cerca del Mayo, punto el mas mortífero de Patia, del que no debia moverse hasta que la transaccion fuera aprobada en todas sus partes. Entretanto, nosotros ocupábamos la línea del Juanambú con mas de 2,000 hombres de todas armas; y se pensaba, no solo en la defensa de esas posiciones, sino tambien en sorprender al general Bolivar en las suyas, plan que fué concebido por el general Obando, y que habria sido puesto en ejecucion si el tratado no hubiese sido ratificado, pues contábamos con la adhesion de todo el pais y con tropas aparentes para el efecto.

El Dictador pretendió modificar la transaccion en algunos puntos, principalmente en el de no confirmar ni reconocer á muchos de los oficiales que habian sido ascendidos por nosotros, y á este efecto comisionó á su ayudante de campo, el coronel de Marquet, para que nos hiciese presente las razones que tenia para no aprobar el tratado en toda su plenitud, no obstante que en las cláusulas

principales estaba de acuerdo; y que con la confianza de que nosotros defeririamos á sus observaciones, habia resuelto continuar su marcha porque el temperamento del Patia era muy pernicioso al ejército. Al mismo tiempo el teniente coronel Antonio Mariano Alvarez, que á la cabeza de algunas partidas de guerrilla estaba encargado de observar al enemigo, nos participó que éste pasaba el Mayo; y que como ignoraba si el tratado de la Cañada habia sido ó no ratificado, queria se le instruyese sobre la conducta que deberia guiarlo en cualquier evento.

De ninguna manera nos convenia asentir á las modificaciones propuestas por el Dictador; y así lo resolvimos, habiéndoseme dado la comision de ir cerca de él á manifestarle nuestra insistencia en la aprobacion del textual tratado, y nuestra resolucion de empezar las hostilidades en el caso contrario. Marché pues solo con el coronel de Marquet y un asistente mio, dejando á todo el mundo en espectativa, y cubriendo su respectivo puesto. Nuestros soldados no me vieron partir á esta mision sin manifestar desconfianza y sentimiento por mi ausencia, temiendo que no se me dejase volver. «Si mi general no vuelve entre veinticuatro horas, me decian, es señal de que ha sido sacrificado; pero nosotros lé vengarémos si tal cosa le sucediese: nosotros quisiéramos antes morir que entrar en tratados con los bolivianos.»

Al siguiente dia llegué cerca de la Venta-Quemada en donde estaba el general Bolívar con una parte del ejército, pues al resto le habia hecho continuar la marcha; cuya circunstancia entorpeció la mia en los desfiladeros de Berruecos. El coronel de Marquet pudo adelantarse á dar cuenta al general Bolívar del resultado de su comision, y anunciar la mia. No sé por qué causa el Dictador no quiso que yo llegase á su campo, y para evitarlo, acreditó á su secretario general, coronel Espinar, para que conferenciase conmigo, lo que se verificó; y en consecuencia se ratificó el tratado al pié de la letra, y yo regresé y pasé la noche con el general José María Córdoba, que se acampó en la capilla de Berruecos. No pude por lo mismo llegar á nuestras posiciones hasta el siguiente dia, que era el tercero de mi partida, y encontré á nuestros soldados cubriendo los parapetos, cuidadosos por mi suerte. Yo les dí las seguridades de que todo estaba arreglado á nuestra entera satisfaccion; pero no bastó esto para evitar la censura de los obstinados pastusos, que se resistian á todo avenimiento, y no querian sino la guerra. Fué necesario emplear el influjo de nuestros capellanes castrenses y la autoridad respetable del general Obando para persuadirlos de las ventajas de la transaccion, y obligarlos á abandonar el Juanambú, lo que hicieron con mucha repugnancia y murmuraciones sediciosas, en términos que los mismos capellanes temieron por su existencia, y se retiraron

de las filas, manifestando al general Obando y á mí los riesgos que corrian nuestras personas si se verificaba un motin que preparaba la tropa, con el designio de no hacer caso del tratado, y continuar la guerra, capitaneados por los cabecillas del complot. En fin, la seguridad que les dimos de que se mantendrian reunidos y no dejarian las armas mientras las tropas bolivianas permaneciesen en Pasto, les resignó, no sin repugnancia, á continuar hasta el sitio de la Chorrera, inmediato á dicha ciudad. En ella permanecieron los soldados de Popayan, el batallon Padilla, y el escuadron Húsares de Patia.

Habiendo anunciado al general Bolívar nuestra evacuacion del Juanambú en virtud del tratado, dicen que cuando éste subió á una de aquellas alturas, se volvió loco de contento, pues no esperaba haberlo podido hacer en sana paz; y á la verdad, jamás lo habria verificado sin otorgarnos las ventajas que pedimos, ó por mejor decir, sin haberse dejado dar la ley por nosotros. Desde allí invitó al general Obando á que viniese á encontrarlo, á cuyo efecto le escribió una carta llena de cariño y espresiones amistosas. El general Obando cedió á esta invitacion, é inspiró confianza al general Bolívar para que se adelantase á Pasto, dejando en marcha las tropas. Yo recibí una insinuacion por la que se me decia, que el general Bolívar deseaba fuese tambien á encontrarlo, lo que verifiqué, saliendo á una legua distante de Pasto: fuí muy bien tratado en este acto.

El 8 de marzo fué la entrada en Pasto del general Bolívar, á quien tuvimos la satisfaccion de ponerle la guardia de costumbre, compuesta de una compañía del batallon Padilla, llevando en los escudos de los morriones, y en la bandera del cuerpo la inscripcion del nombre de su batallon. Mas de tres horas permaneció el Dictador á discrecion nuestra, pues de su parte no tenía sino algunos ayudantes y asistentes, hasta que, habiendo llegado los primeros cuerpos del ejército, su primer cuidado fué hacer relevar la guardia, que debia considerar como humillante ó peligrosa, bien que era compuesta de lo mejor de nuestros soldados, y por eso le hacíamos con ellos los honores.

Al otro dia (9 de marzo), habiéndose sabido la llegada de Bolívar á Pasto, vinieron varias personas del canton de Tuquerres á traerle las noticias oficiales de la derrota dada en Tarqui al ejército peruano, cuyo secreto habia sido guardado hasta entonces con tanta fidelidad; bien que esa noticia no era sabida en Pasto sino de muy pocas personas de nuestra mayor confianza. Enagenado el general Bolívar con una nueva tan importante, prorrumpió en vivas no interrumpidos al ejército victorioso, á sus generales, á Obando y á mí. Era tal el gozo que sentia, que en esos raptos de entusiasmo, que le eran tan familiares, temieron sus ayudantes

que pudiera precipitarse á la calle por una de las ventanas, y le tenian asido de los faldones de la casaca. « Ninguna gracia habrian hecho ustedes, nos decia á Obando y á mí, ningun mérito habrian contraido ustedes, si el tratado de la Cañada se hubiera hecho despues de la batalla de Tarqui. Yo no tendria entonces nada que agradecer á ustedes, porque no me habria sido difícil, en combinacion con el ejército del Sur, reducir á ustedes por la fuerza. » Ignoraba el general Bolívar que nosotros éramos sabedores de aquel acontecimiento una semana antes que él, y que sin esa circunstancia no le hubiera sido dado ocupar un palmo de tierra entre el Guaitara y el Juanambú. Quizá este secreto no ha sido revelado hasta hoy.

Desde los primeros pasos que dió el Dictador para entenderse con nosotros, nos hizo, por conducto de sus comisionados, proposiciones muy lisonjeras al general Obando y á mí, con tal que le siguiésemos al Sur. En Pasto nos reiteró las ofertas en los términos mas insinuantes. Yo me rehusé constantemente á sus halagos, y le manifesté que no deseaba sino volver á Popayan, lugar de mi residencia, á vivir allí sin ningun empleo, hasta que el Congreso Constituyente, que habia sido convocado por él para principios del año entrante, diese la Constitucion para Colombia. « Bien, me dijo Bolívar, en este caso yo espero que usted aceptará el despacho de coronel efectivo que le he mandado estender, y que mientras usted permanezca en su pais natal, reciba el sueldo íntegro de su empleo, aún cuando no esté usted en servicio activo, porque demasiado sé que usted es tan desprendido que rara vez tiene dos camisas para mudarse. Usted merece esta señal de distincion, como ha merecido siempre bien de la Patria. » A estas espresiones tan lisonjeras agregó otras llenas de ternura, con demostraciones no menos interesantes. Sentado en medio de Obando y de mí, y dándonos repetidos besos, nos decia con las lágrimas en los ojos : « Hijos mios, ustedes han obrado de buena fé si me han considerado tirano, porque este es el deber de un buen patriota ; pero yo no soy el monstruo que han figurado mis enemigos. Yo amo siempre la libertad con todo mi corazon, y siempre tributaré mi culto á esta divinidad. Mis pecados políticos consisten en que no he creido que la Constitucion de Cúcuta, despues de los acontecimientos de Venezuela, era aparente para conservar la unidad de la gloriosa Colombia, reprimir los abusos, corregir los vicios de muchos de sus mandatarios, abrigados siempre con la égida de esa misma Constitucion que les prestaba la elasticidad suficiente para manejarla segun convenia á sus intereses. ¿ Pretenden ustedes que Páez, Sucre, Montilla, Urdaneta, Flóres y otros de nuestros generales hayan de permanecer contentos con solo las prefecturas ó comandancias generales ? ¿ Creen ustedes

que esos corifeos del ejército no intentan dividir á Colombia y distribuirse la presa, aún antes de la muerte de Alejandro, y disputársela despues encarnizadamente, envolviendo así el país en una discordia perpetua y entregándolo en manos de la anarquía? Yo tengo mas motivos que ustedes para saber hasta donde alcanzan las pretensiones de algunos de nuestros próceres, y dia vendrá en que muchos de ellos hagan la justicia debida á la rectitud de mis miras. Ofrezco á ustedes que se reunirá un Congreso para constituir el país de la manera que plazca á sus representantes, los cuales serán nombrados con toda la libertad necesaria. Protesto que mi influjo no se empleará sino para que ese Congreso consagre en el Código los principios sacrosantos de un sistema republicano, para que la libertad sea asegurada para siempre al lado de la independencia, y para que no se piense mas en mí como magistrado. Si tal no sucediese, por desventura, yo sería el primero que reclamaría con firmeza los derechos de los hombres libres; y ustedes, hijos míos, mis queridos amigos, ustedes quedan por mí autorizados para revelarse, si no hubiese otro arbitrio para conquistar la libertad. Entretanto, yo espero que ustedes emplearán su influencia para que el tratado de la Cañada del Juanambú sea respetado en todo el territorio que ha servido de teatro de esta desgraciada contienda, que por mi parte será religiosamente observado. Ruego á ustedes por la Patria me presten toda su cooperacion para reconstituir á Colombia, y no intenten despopularizarme y humillarme mas, pues el resultado sería la completa ruina del país, porque no veo otro hombre capaz de refrenar la ambicion y reprimir los escesos de muchos de nuestros generales. ¡Ojalá que esta República y este ejército no necesitasen de mí, que en ese caso, yo me desterraría espontáneamente por no tener el dolor de oirme apellidar tirano, y quitar á mis adversarios este pretesto de discordia!»

A este discurso y otros semejantes que sin cesar nos repetia el Dictador, le contestábamos manifestándole: «que sin duda en el concepto de que la nacion iba á reconstituirse por vías pacíficas, contando con la seguridad que por diferentes actos nos daba S. E. (el general Bolívar), era que nosotros le habiamos abierto las puertas y oido sus proposiciones de paz; que deseábamos que sus actos posteriores le restituyesen aquella gigantesca reputacion y gloria de que habia gozado en otros tiempos como Libertador, y que seriamos consecuentes á nuestros empeños conforme al tratado de la Cañada, siempre que no se nos diese motivo para romperlo.» Yo le agregué: «Que en el mismo concepto de que él seria el patrocinador de la causa de la libertad, aceptaba con gusto el despacho de coronel efectivo que me ofrecia; no obstante que mientras el pais no se reconstituyese, yo me consideraba como un

hombre neutro en la República, sin que por esto dejase de secundar sus miras, en tanto en cuanto ellas tendieran al logro de mis deseos, conformes con todos los actos de mi vida, á saber : vivir bajo un gobierno representativo, electivo y alternativo, basado sobre los principios republicanos. » El general Bolívar me dió nuevos besos llenos de ternura, y me ofreció particularmente lo que pudiera necesitar para mi viaje. « Estoy encantado, nos dijo por último, de la noble conducta de ustedes; para todos han pedido la aprobacion de los grados que se les ha concedido durante esta cuestion, ménos la confirmacion del empleo de general que dieron á ustedes sus oficiales. Este desprendimiento es noble, y hará siempre á ustedes el honor debido. Pero ruego á ustedes no den publicidad al tratado de la Cañada, porque, repito, mi autoridad quedaría menguada, y en este estado no tendremos Patria, no tendremos libertad. » Nosotros ofrecimos, y lo cumplimos, durante la vida del general Bolívar, no dar á la prensa aquel documento, y si en Maracaibo se publicó por primera vez, sin duda fué mandada copia por alguno de los que estaban cerca del Dictador.

Este partió el 11 para el Sur, y en los pocos dias que estuvo en Pasto, permaneció lleno de temores. Su casa era un cuartel erizado de grupos de centinelas hasta sobre los techos. Algunas veces llamó á Obando, y otras á él y á mí, para decirnos se le habia asegurado, que los pastusos (siempre reunidos en la Chorrera) trataban de darle un asalto; y aún nos reveló las personas que se lo habian avisado. Nosotros le dábamos todas las seguridades de que no se pensaba en tal cosa, y le haciamos las reflexiones mas convincentes para persuadirlo de la inexactitud de esos rumores ; pero esto no era bastante para su tranquilidad. El general Bolívar temia mucho por su suerte, y no podia disimularlo. Esa alma de diamante en otros tiempos de pruebas terribles, habia perdido su natural energía desde el acontecimiento del 25 de Setiembre.

## CAPITULO XXV

Parto para Popayan.—Una ocurrencia en Mercaderes.—Llego á Popayan, en donde soy bien recibido.—El general Córdoba en Popayan.—Sus proyectos contra la dictadura.—Diálogo entre los dos.—Diferentes conferencias.—Acuerdo definitivo.—Tentativas de Córdoba para ganarse algunos secuaces en Popayan.—Córdoba no cumple la palabra que me habia dado.—Sus imprudentes é inexactas revelaciones.—Se me denuncia.—La autoridad militar me llama para pedirme informes.—Reflexiones que hago sobre el particular.—Se aumentan los denuncios.—La autoridad militar me considera.—Mis temores respecto de otras autoridades.—Dirijo á Córdoba una carta con una persona instruida por mi para disuadirlo de su intentona.—«Ya es tarde,» fué la esclamacion de Córdoba.—La fortuna me salva inesperadamente.—Bolivar me nombra gobernador de Neiva y me dirige una carta instándome á la aceptacion de ese empleo.—Mis recelos.—Marcho inmediatamente á Neiva.

El 12 de marzo partí para Popayan, y en el tránsito me ocurrió el siguiente suceso. Al llegar al pueblo de Mercaderes encontré allí una de las columnas que marchaban á retaguardia del ejército dictatorio, comandada por el coronel Adárraga. Este gefe me llamó á su casa con el objeto de tomar algun descanso, y en ella estaban muchos oficiales, entre ellos, el capitan Mauricio Hógan, quien despues de una conversacion sobre los últimos sucesos, me dijo con un tono desdeñoso: « Ustedes solo han podido triunfar de gefes y soldados reclutas; jamás habrian vencido un batallon veterano de los del antiguo ejército de Colombia. » Yo le contesté: « Se equivoca usted si nos ha creido tan débiles y tan ineptos que no fuéramos capaces de triunfar de los mejores cuerpos de Colombia; pero aún hay tiempo de probar individualmente que cada uno de nosotros tiene el honor necesario para medirse con cualquiera de los oficiales veteranos. Por mi parte, puede usted contar con que no sé sufrir el mas pequeño denuesto, y que ciño una espada con la cual sabré siempre sostener mi reputacion y mi palabra. » El coronel Adárraga se acercó á Hógan, le ordenó que no replicase, porque era una imprudencia tratar de ofenderme con sus toscas espresiones en aquellas circunstancias. Yo monté á caballo, acompañado de solo un asistente, y partí para Popayan, en donde fuí bien recibido y considerado por todo el mundo.

El general Córdoba, que desde Berruecos me habia hecho algunas indicaciones disimuladas, por medio de apretones de mano, de no estar satisfecho en el partido del Dictador, llegó á esa ciudad como dos [redacted] despues, y me confirmó en mis ideas. Su primer cuidado fué saber qué pensaba yo respecto de las cosas políticas, é infundirme una gran desconfianza relativamente al general Bolívar, persuadiéndome que éste persistia en su antiguo proyecto de dominar sin rienda alguna; y que mientras él (Bolívar) existiera en Colombia no habia que contar con libertad: que para conquistar ésta era preciso una nueva revolucion, para la cual contaba con muchas provincias, principalmente con la de Antióquia; pero que era preciso empezar el movimiento en Popayan, y estenderlo á todo el Cauca; que él se hallaba resuelto á ponerse á la cabeza de la revolucion, y que yo seria su segundo, etc. Mi respuesta fué la siguiente: « General, lástima es que usted no hubiera pensado esto mismo á fines del año pasado, pues todo se habria entonces conseguido á medida de sus deseos. Usted era el único general y su hermano Salvador el único gefe en toda Colombia que nos hubieran impuesto respeto en el departamento del Cauca despues del triunfo de la Ladera, porque á sus cualidades militares reunian la de conocer el pais y sus habitantes. Yo provoqué á usted muchas veces para que se entendiese conmigo, y aún le aseguré que el general Obando y yo nos pondríamos á sus órdenes; pero usted no quiso oirme, y nos hostilizó hasta el término de haberme obligado á retirar á Pasto y hecho frustrar todos nuestros proyectos. ¿Qué hubieran podido contra nosotros todos los otros generales de Colombia, una vez penetrados en el territorio de Patía, acosados por nuestras guerrillas, por el clima y por la falta de toda clase de recursos? Habrian tenido que sucumbir, y sus soldados hubieran engrosado nuestras filas, y contribuido á llevar el pavellón de la Libertad á todos los ángulos de la República en donde él no tremolase entonces. ¡Cuántos males se hubieran evitado, cuántos bienes se hubieran producido y cuánta gloria habríamos reportado!

» Sin embargo, yo aplaudo los sentimientos que usted abriga, y su resolucion de combatir la dictadura hasta el restablecimiento de la Libertad; pero en cuanto al fondo del proyecto, permítame usted que le dé mi opinion con toda franqueza, pues no estoy enteramente de acuerdo con él.

» Usted sabe que á principios del año entrante debe reunirse en Bogotá un Congreso Constituyente que ha sido convocado por el general Bolívar para hacer una Constitucion, basada sobre los mismos principios republicanos que la de Cúcuta, y que en virtud de esta promesa tantas veces repetida por Bolívar, es que nosotros consentimos en el tratado de la Cañada. Usted sabe que

los pueblos del Pasto, Patía, Popayan y Caloto, que nos han seguido en el movimiento contra la dictadura, están persuadidos de esa circunstancia, y que nuestros soldados han ofrecido solemnemente respetar el tratado mientras él lo sea por parte de las autoridades dictatorias. Usted sabe que hasta hoy estas autoridades lo han respetado con religiosidad, y no nos han dado motivo para hacer la mas pequeña reclamacion. Usted sabe que, siendo condicional nuestra pasiva sumision á esas autoridades, ó por mejor decir, estando convenidos en guardar una especie de neutralidad hasta que se nos dé la nueva Constitucion, en el concepto de que no se nos ha de faltar á ninguna de las cláusulas del tratado, nosotros no debemos entretanto obrar contra el actual órden de cosas. Yo he dado mi palabra de ser consecuente á los compromisos que se contrajeron en el Juanambú con el Dictador, y nunca me será lícito perjurarme. Si el Congreso Constituyente no nos diese la Constitucion liberal, que reclama la opinion; si el Dictador se opusiese á la reunion del Congreso que él mismo ha convocado; ó si de cualquiera manera se nos faltase á las seguridades que se nos han dado á todos los comprometidos en la pasada revolucion, usted puede contar con mi cooperacion para combatir la tiranía hasta el restablecimiento de la Libertad, y puede contar igualmente con que estos pueblos oirán mi voz y se levantarán en masa para reconquistar sus derechos, puesto que por el mismo hecho quedarian disueltos los lazos que hoy nos ligan hasta cierto punto á la autoridad de Bolívar.»

El general Córdoba, que me habia oido atentamente, me replicó de esta manera : « Usted tiene mucha razon en cuanto á no querer faltar á su palabra ; pero este esceso de delicadeza no me parece muy patriótico, porque se pierde la mejor ocasion de destruir la dictadura. Empeñado el general Bolívar en la cuestion peruana, no puede actualmente distraer del Sur los mejores cuerpos del ejército que tiene á su lado ; y estando el centro de Colombia casi desguarnecido, es seguro que sin mucha dificultad ocuparemos la capital, dispondremos de su considerable depósito de armas y municiones, y cuando el Dictador se mueva contra nosotros, ya podremos disponer de un ejército numeroso, con el cual le venceremos en una batalla. Venezuela se desmembrará de Colombia sin duda alguna, y entonces se podrá constituir la nacion con la Nueva Granada y el Sur. El plan es infalible.

» Por otra parte, es preciso que usted considere que Bolívar no consentirá jamás en que se dé una Constitucion liberal, ni tolerará que otro mande en el país, mientras él viva y tenga medios para oponerse á los que le contraríen. Yo le conozco mas que usted y sé hasta donde alcanzan sus miras políticas. Si en estos momentos no lo echamos abajo, despues será imposible, porque

él se dará arbitrios para ganarse á unos, y para poner á otros en estado de que no le hagan daño; Usted, Obando y yo, y cuantos gefes no sean de su confianza, seremos sacrificados á su ambicion, y entonces ¿quién se le opone? ¿serán los editores de la *Bandera-Tricolor*? Usted sabe que no es gente de arrostrar peligros, ni de acometer una empresa grandiosa, porque los abogados no sirven para nada bueno.

Yo me esforcé en persuadirlo, que el pueblo de Colombia no consentiria en verse gobernado por la dictadura despues del término designado para la reunion del Congreso Constituyente, y que si Bolívar se ofuscaba hasta tal punto, que desconociendo sus verdaderos intereses y acabando de oscurecer su gloria, quisiese gobernar como déspota, yo estaba cierto que esa era la ocasion para echarlo á tierra, porque se justificaba la rebelion, para que él mismo me habia autorizado en semejante caso, y que entonces no se podria engañar al pueblo y luego corromperlo, como sucedió cuando la Convencion de Ocaña; que levantado el pueblo para reclamar sus derechos, en vano se le opondria el ejército; pues que éste no podria resistir ni á los conatos que en todos los ángulos de Colombia se harian para derrocar el despotismo; que entonces era mas glorioso para él (el general Córdoba) capitanear la revolucion, porque habia motivos justos para hacerla, como los hubo para la que habiamos hecho en Popayan en octubre pasado, mientras que en aquellos momentos se atribuiria á traicion, á temeridad ó á locura cualquier movimiento; que éste no podria generalizarse, ni siquiera ser eficazmente secundado, mientras se conservase la esperanza de una buena Constitucion que debia dar el próximo Congreso; y últimamente, insistí en que yo no faltaria á mi palabra sino en uno de los casos que le habia espresado, porque así conciliaba mi reputacion con mi patriotismo y mis deberes.

Varias fueron las conferencias que casi diariamente tenia el general Córdoba conmigo á este mismo propósito; hasta que me espresó que estaba de acuerdo con mi modo de pensar, y que en tal concepto, todo se prepararia para obrar á mediados del año de 1830, si así lo exigia el bien de la Patria; que siendo él probablemente nombrado representante al Congreso Constituyente, se escusaria con cualquiera pretesto, y que se mantendria en la provincia de Antióquia, en donde creia hallarse seguro; que yo no debia moverme de Popayan; pero que tomara todas las precauciones necesarias, porque se me podia acechar y asesinar; y que nuestro fin debia dirigirse á conservar la opinion contra la dictadura, y si era posible, ganar con prudencia algunos prosélitos mas, de los que pudieran ser útiles; que entre tanto nos corresponderíamos con mucha frecuencia, para lo cual combina-

ríamos una cifra, y quedaríamos acordes en los demás medios para hacer llegar recíprocamente nuestras cartas con la seguridad debida. » Estos fueron todos mis comprometimientos con el general Córdoba, y hasta el dia en que él salió de Popayan para Antióquia, que fué á mediados de agosto, me protestó que no se separaria ni un punto de lo convenido.

Durante la permanencia del general Córdoba en Popayan, trató de atraer á los gefes y oficiales que allí existian pertenecientes á los cuerpos liberales que se habian disuelto en Pasto en virtud del tratado de la Cañada, revelándoles su proyecto y proponiéndoles ascensos si le seguian en su intento. Aquellos se consultaban constantemente conmigo, y recibian mis consejos, en todo acordes con lo que habia convenido con Córdoba; de suerte que, hablándole, como le hablaron en el mismo sentido que yo, jamás dudé que ese general se desviase un solo paso de la senda que habíamos trazado, pues debia convencerse de que esa no era la oportunidad para emprender una revolucion.

Mas la ardiente imaginacion de ese desventurado general y su deseo de abatir el poderoso dominio de Bolívar, le hicieron olvidar muy pronto las reglas de prudencia que debiera observar, y apenas pisó el territorio del Valle del Cauca empezó á propalar sin disimulo alguno las ideas de la rebelion que proyectaba, y á predicar con escándalo la necesidad de hacer la guerra á la dictadura, y la ninguna esperanza de restaurar la Libertad si no se ocurria á este medio. Para dar mas fuerza á sus raciocinios é inspirar mas confianza á esos habitantes, les decia : « que yo era su segundo en la ejecucion del plan meditado, y que en tal concepto yo debia en esos dias dar el grito poniéndome á la cabeza de todo hombre capaz de llevar armas en los cantones de Popayan, Almaguer y provincia de Pasto : que él (el general Córdoba) secundaria inmediatamente este pronunciamiento, y que aseguraba que dentro de tres ó cuatro meses se habria coronado su empresa del mejor suceso, despues de dos batallas y algunas escaramuzas con las tropas dictatoriales, en cuyas funciones saldria sin duda vencedor. » Como es de inferirse, los partidarios de Bolívar, desde Quilichao hasta Cartago, hicieron inmediatamente los denuncios de cuanto Córdoba decia, y á mí mismo me escribieron algunos de mis corresponsales refiriéndome las espresiones de ese general y preguntándome qué habia en el particular.

Sabedoras las autoridades de Popayan de los proyectos del general Córdoba, se alarmaron, y el comandante general, coronel Escolástico Andrade, me llamó á su casa para decirme lo que se le habia denunciado, manifestándome que yo estaba comprometido en el asunto, segun lo aseguraba Córdoba, y para preguntarme en privado lo que yo supiese sobre el particular. Mi res-

puesta se contrajó á lo siguiente : « ¿ Cree usted, coronel, que en estas circunstancias yo seria tan ligero que me ingiriese en una revolucion tan estemporánea? ¿ Cree usted que despues de haber abandonado nuestras fuertes posiciones del Juanambú, y diseminado nuestros soldados, seria yo tan imbécil para meterme en una asonada ? ¿ Cree usted que, estando mi palabra comprometida pública y solemnemente de cumplir y hacer cumplir el tratado de la Cañada, mientras él sea observado por las autoridades y agentes del general Bolívar, yo seria capaz de faltar á ella ? ¿ Cree usted que antes de saber el resultado del Congreso Constituyente, seria oportuno conmover al pais, que vive actualmente de la esperanza de obtener una Constitucion liberal? ¿Cree usted que en estos momentos yo podria contar con prosélitos para secundar una revolucion, despues de haber contribuido eficazmente á que los que habian tomado antes las armas contra la dictadura, se retirasen á sus casas á vivir tranquilos y esperar en ellas las buenas instituciones, cuyo deseo nos estimuló á tomarlas y desafiar entonces el poder colosal del Dictador? Yo protesto á usted que hasta mayo del año venidero me mantendré tranquilo esperando la Constitucion que se nos ha ofrecido; pero si ella no fuese tan liberal como yo la deseo, y como los pueblos la anhelan, mis comprometimientos cesarán entonces, y yo tomaré el partido que crea mas conveniente, hasta el de abandonar á Colombia, si viese que no hay ya arbitrio posible para restaurar la Libertad. Entre tanto, me mantendré como hasta ahora, porque así lo creo necesario á mi reputacion. »

Estas reflexiones convencieron al coronel Andrade y á otros gefes que estaban á su lado, entre ellos el coronel Florencio Ximenez ; y aunque me llamó otras veces para significarme que todos los dias se repetian los denuncios contra el general Córdoba, y que de ellos resultaba, que yo era su principal agente, siempre le hacian fuerza mis observaciones, y fuera porque ellas le convencieran, ó porque tuviese algun temor del pueblo, no obstante que la guarnicion era respetable, nunca el comandante general obró contra mí, como era de recelarse. Yo no temia ya de las autoridades del Cauca, sino del general Bolívar que se hallaba en Guayaquil, ó del Consejo de Ministros que mandaba á su nombre en Bogotá ; pero mi estrella, que no me abandonaba en los casos mas críticos, vino tambien en mi ausilio esta vez, bien que si se me hubiera perseguido como cómplice del general Córdoba, habria sido con la mayor injusticia.

Lejos de haber propendido yo á este prematuro proyecto, ya he dicho que lo contrarié con todas mis fuerzas, y que me jactaba de haber oido del general Córdoba que no obraria sino conforme á mis intenciones; es decir, cuando llegase el caso. Pero no fué

esto todo lo que hice para disuadir al fogoso Córdoba de la temeridad de su intento: tan luego como recibí los primeros avisos del modo como ese general iba espresándose en el Cauca, no me quedó duda de que ya habia sido engañado en mis esperanzas; y con este motivo supliqué al señor Escalante, hijo de Antióquia, entonces comerciante en Popayan, que hiciese á la Patria, al general Córdoba, y á mí, el servicio importante de marchar cerca del aquel con el objeto de manifestarle todo lo que se sabia de su conducta en el Cauca; y decirle, ademas de esto, que si se separaba del plan que habiamos trazado, no contase con cooperacion alguna de mi parte, ni de la de las provincias de Popayan y Pasto; aconsejándole, al mismo tiempo, no emprendiese por entonces nada, y, si era posible, se ocultase hasta ver el resultado del Congreso Constituyente. A este mismo efecto le dirigí con el propio sugeto una esquela. Escalante no vaciló en aceptar esta comision, y, abandonando sus intereses, marchó inmediatamente, y cuando llegó á Rionegro de Antióquia, y anunció al general Córdoba el objeto de su mision, éste le respondió, segun se me ha dicho: «Ya es tarde la revolucion está hecha, y es necesario hacerla marchar:» y colocó á Escalante entre sus oficiales.

Paso ahora á referir cómo vino mi fortuna á librarme de una persecucion, que quién sabe hasta dónde habria alcanzado. Cuando menos lo esperaba, y antes que el general Bolívar, ó su Consejo de Ministros hubiera sabido la conducta del general Córdoba, recibí del primero un nombramiento de gobernador de la provincia de Neiva, por renuncia que habia hecho el general Domingo Caicedo; y al mismo tiempo una carta en que me instaba á que aceptase el destino: ambas piezas de 15 de agosto de 1829 en Guayaquil. En el momento que recibí este nombramiento me presenté á las autoridades, anunciándoles que lo aceptaba solamente porque, marchando á Neiva, no podrian ya recelarse de mí como cooperador á la revolucion del general Córdoba; y me puse en marcha luego, luego, para no dar tiempo á que el Consejo de Ministros espidiese órdenes á fin que no se me diese posesion del empleo en atencion á lo que de mí se decia; y que tal vez tratase esa autoridad de ponerme en prision, y cuando menos hacerme seguir un juicio, que habria terminado por declararme culpable, por mas inocente que yo fuera, pues así convenia á sus intereses. Mis sospechas no eran infundadas, como voy á probarlo.

---

## CAPITULO XXVI

**Llego á Neiva.—Se me denuncia una acechanza.—Me pongo en guardia.—El general Velez es comisionado por el Consejo de Ministros para capturarme.—Conjeturas sobre las causas que influyeron en la no ejecucion de esa medida.—Correspondencia con el general Urdaneta.—El general Bolívar en Popayan.—Le escribo y me contesta.—Me anuncia verme pronto en Neiva.—Varia de resolucion y sigue á la capital por el Cauca y Quindio.—Bolívar llega á Bogotá.—Venezuela se separa de la union colombiana.—Sospechas contra el Congreso Constituyente, ya reunido.—Actitud del partido liberal.—Cuestion sobre el nombramiento del nuevo Presidente de la República.—La reaccion.—Popayan pide que no se haga la guerra á Venezuela.—Neiva hace lo mismo.—La opinion se generaliza en ese sentido.—Se sanciona la nueva Constitucion.—Eleccion del Presidente y del Vice-Presidente de la República.—Renuncio la gobernacion de Neiva.—Tomo antes de dejarla algunas medidas importantes.—Mis fundamentos para ello.—Planes proditorios de los bolivianos.—Marcho para Popayan.—Novedades en Bogotá.—Regreso á Neiva.—Este pueblo, en consecuencia de aquellas novedades, me interesa á permanecer allí y me autoriza para defenderlo.—Suspendo mi marcha.—Otras noticias favorables.—Conjeturas fundadas sobre el motin del batallon Granaderos y su marcha á Venezuela.—Sigo á Popayan.—Me encuentro con el nuevo Presidente electo.—Me informa sobre el estado del Sur, y sus tendencias á disociarse de Colombia.—Llego á Popayan.—Soy ascendido por el gobierno al empleo de general.—Tomo posesion del mando de las armas en aquella provincia.**

No hacia muchos dias que habia llegado á Neiva (en el mes de setiembre de 1829) cuando recibí varios avisos fidedignos, en que se me participaba, que en el acto en que el general Rafael Urdaneta, presidente entonces del Consejo de Ministros, supo que yo habia sido nombrado gobernador de aquella provincia, que habia aceptado, y puéstome en marcha, comisionó al general Francisco de P. Velez para que volase con una fuerte escolta de caballería, me capturase de sorpresa, y me llevara preso á Bogotá. Ya habia tomado yo posesion de la gobernacion, y con este aviso previo, que me llegó en muy poco tiempo, tuve lugar de ponerme en guardia para no ser sorprendido y oponer una resistencia moral y material, para lo que contaba con los escelentes patriotas habitantes de esa ciudad; ó, en el último caso, evadirme de la persecucion, ocultándome, y marchando á Popayan clandestinamente hasta ver el producto del Congreso inmediato. Mi plan estaba bien trazado, y tenia medios para ponerlo en ejecucion; pero, cuando estrañaba la tardanza del general Velez, se me anunció que se ha-

bia enfermado en Anapoima, á la segunda jornada de Bogotá, y que se habia visto obligado á regresar. Despues se me ha asegurado que ese general se supuso enfermo, porque la comision le era odiosa; y creo que así sucederia, por las demostraciones de afecto que le he merecido posteriormente, y porque él dió pruebas de pertenecer al partido antidictatorio.

Frustrados así los proyectos del general Urdaneta, no le quedó otro arbitrio que el de sondear mis intenciones, y á este fin entabló conmigo una correspondencia bien lata, iniciada por una carta que yo le escribí en la cual, como en otras, le aseguraba que yo era inocente del cargo de complicidad en la revolucion del general Córdoba, y le daba mis razones, manifestándole á la vez mis sentimientos de paz y tranquilidad, de adhesion particular á la persona del general Bolívar por lo bien que me habia tratado, y por la confianza que de mí habia hecho al nombrarme para ese destino; y, últimamente, mis esperanzas en el Congreso Constituyente, con otras reflexiones á este mismo propósito.

En ese tiempo llegó á Popayan el general Bolívar á quien tambien me dirigí con el mismo objeto que al general Urdaneta; y aunque recibí de aquel respuestas satisfactorias, tengo motivos para creer que estaba poco contento del destino que me habia dado, y que se desconfiaba de mí. Tal me lo persuadió la circunstancia de que, habiéndome anunciado su marcha á la capital por el Valle de Neiva, y estando todo dispuesto para recibirle, súbitamente varió de ideas, y se dirigió por él del Cauca y montaña de Quindio. Incapaz como soy de una felonía, el general Bolívar estaba bien seguro pasando por el territorio que habia puesto á mis órdenes; como lo estuvo cuando llegó á Popayan de regreso del Perú, y cuando entró en Pasto en el mes de marzo, pues en ambas ocasiones estuvo en mis manos atentar contra su persona; pero léjos de mí hasta el pensamiento de una accion infame, jamas le habria perseguido sino en guerra galana, frente á frente, y espada contra espada. Es verdad que yo reforzaba por medio del raciocinio la opinion muy bien dispuesta de los Neivanos, y aún los preparaba para oponer la fuerza á la fuerza, sino se nos daba una buena Constitucion; pero tambien lo es que mis exortaciones no eran sediciosas ni criminales.

Antes de continuar la narracion de los acontecimientos por lo que mira á la parte política, voy á dar cuenta de una aventura que no carece de interés.

Habia sido invitado por las autoridades municipales para asistir á las fiestas de colocacion de la iglesia de Aipe, á seis leguas de la ciudad de Neiva, y hallándome en ese pueblo, sucedió que uno de los fiesteros, llamado Ezquibel, jóven colosal y de fuerzas atléticas, irritado contra el gefe político del canton, se manifestaba

iracundo y amenazaba destruir el lugar incendiándolo y matando á sus enemigos. Cuando se me dió parte de esta novedad me dirigí hácia la calle en donde Ezquibel se campeaba prorumpiendo en amenazas, y logré con mis exortaciones calmarlo, protestándome que prescindiria de la causa de su irritacion. Al dia siguiente me hallaba almorzando en la misma casa del gefe político, y dispuesto á regresar para Neiva, cuando se me dijo que Ezquivel, hecho una furia, recorria las calles y perseguia con sable en mano á todo el mundo; y al mismo tiempo me consultaban varias personas lo que debieran hacer para librarse de ese furioso. Exortéles, en consecuencia, á capturarlo por todos los medios posibles, y aún usar de la fuerza en caso necesario. Con esta autorizacion partieron mas de 25 hombres á caballo con el lazo armados unos, y otros con garrochas y machetes, resueltos á capturar á Ezquibel, que infundia un terror pánico en el lugar; mas á pocos momentos observo que pasan por frente á la casa en que me hallaba, no sólo los que me habian pedido instrucciones para cojer á Ezquibel, sino varios grupos, todos á caballo huyendo á escape, En consecuencia de semejante espectáculo, me asomo á la puerta de la calle y veo á ese hombre, casi desnudo, con el sable levantado, los ojos centellantes y su boca cubierta de espuma, que perseguia ardorosamente á los que de él huian. Yo le hice una insinuacion para que se moderara, y aunque así me lo prometió, en el acto se arrojó sobre mí, que me hallaba enteramente desarmado, y como yo reculase tras de una hamaca, se encontró embarazado para descargarme el golpe fatal, á tiempo que un señor Rojas, hijo del gefe político, que almorzaba conmigo, opuso el brazo para parar el golpe, y lo perdió tronchado del furibundo sablazo, y en seguida, con otro golpe dividió una oreja y el carril á un jóven, llamado Prieto, qué tambien estaba en la mesa. Yo pude proporcionarme un débil palito con el cual me propuse dar un golpe en los ojos á nuestro agresor, único recurso que tenia para librarme de esa fiera; mas Ezquibel salió precipitadamente por otra puerta y se dirigió hácia la plaza, siempre amenazando, al paso que mas de 700 hombres qué podian asegurarlo y librar el pueblo de ese demonio encarnado, no hacian sino huir y hasta precipitarse al rio Magdalena llenos de pavor. Las casas del pueblo se hallaban cerradas y los que se encontraban en ellas, poseidos de un horror inesplicable y esperando el último instante, dirigian oraciones al Todopoderoso, pidiéndole la remision de sus pecados, como si hubiera sonado el clarin del juicio final. Increible parece lo que refiero, y temeria pasar por exajerado, si no existiesen testigos presenciales dignos de todo crédito, entre los que recuerdo al doctor Joaquin Cardoso y al señor Pedro Duran. Yo mismo me pregunto algunas veces si aquello era un ensueño, y quedo estupefacto al

[illegible] caballo, llenando de pavor el alma de aquel hombre á pié que pudo suponerse [illegible] de incendio por un frenético, sin tener valor para evitarlo, usurpando la autorizacion que yo habia dado y el derecho que les daba la necesidad de su propia conservacion.

Ya he dicho que yo no tenia ninguna clase de armas, pues contra mi costumbre y por distraccion, habia ido á aquel [illegible] lo que tambien me produce admiracion, á la vez que tengo esa circunstancia como un misterio; pues de haberme encontrado armado cuando Ezquibel se arrojó sobre mí en la casa de Hojas, yo habria opuesto resistencia, y Dios sabe de qué habiera sido el resultado del combate, que siempre habria influido contra mí. Vencedor, probablemente Ezquibel habria muerto, y en ese tiempo de pasiones, mis enemigos políticos, aprovechando la ocasion, me acusarian de asesino. Vencido, yo habria perdido la vida evidentemente y sin gloria.

Luego que Ezquibel salió de la casa, en donde quedaban dos hombres horriblemente mutilados, yo monté en mi mula, que estaba ensillada, y salí volando en su persecucion. A pocos pasos me encontré una lanza empatada en una pequeña asta, que alguno de los que huian habia abandonado allí, y tomándola, continué al galope tras el malhechor, quien descerrajando la puerta de la iglesia sin mas instrumento que sus brazos hercúleos y su cabeza de bronce, se entró en ella, y fingiéndose loco, ó estándolo positivamente, (sobre lo que, acontecimientos ulteriores mostraron que no se hallaba en su juicio) arremetió y maltrató las estatuas de Santos que habia en ella. Yo llegué á la plaza enteramente solo, pues ni mi presencia, ni el grave comprometimiento en que me hallaba, habian podido reanimar á esos fiesteros cobardes que á distancia miraban la escena. A ese tiempo, un hombre á pié se presentó en una esquina de la plaza tras una barrera, (pues como se jugaban toros por la tarde la plaza estaba cercada) y armado de una escopeta, me ofreció su cooperacion, que yo acepté, instruyéndole que permaneciese en su puesto, y que solo en el caso de trabarse un combate con Ezquibel usase de su arma. Acercándome á la iglesia, intimé rendicion á Ezquibel si no queria morir, y saliendo éste al átrio, me manifestó que se me rendiria siempre que no se le quitara la vida en ese pueblo, sobre cuya condicion le dí seguridades; y arrojando su sable y lanzándose sobre mí como un rayo, me obligó á abandonar la brida para tomarlo con mi mano izquierda del cuello y con la derecha levantar la lanza y enristrársela, amenazándole de herirlo si intentaba ofenderme. Ezquibel conoció su peligrosa situacion y no hizo sino invocar mi indulgencia. Entonces sí llegaron en gran tropel los perseguidores

[illegible] del [illegible], y [illegible] por todas partes la voz [illegible] porque todavía no se creían seguros, tal era el terror que les habia sobrecogido, no faltaron quienes quisieran atentar contra la existencia de Ezquibel, principalmente los dolientes de las [illegible]; mas yo les eché en cara su bajeza y á fuerza de golpes con el asta conseguí hacerme respetar y preservé la vida del agresor. Este hombre desdichado y forzudo como el que más, en la prision probó mejor sus fuerzas, pues con facilidad rompia con los dientes el candado de un pesado cepo en donde habia sido colocado, y pudo haberse salido de la cárcel sin el celo redoblado de sus custodios.

Otra vez, ya en Neiva Ezquibel, asegurado con un par de robustos grillos, desarmó al centinela de vista y se apoderó de las armas de la guardia, habiendo sido necesaria mi intervencion personal para desarmarlo y sujetarlo. La causa se le seguia en debida forma; pero nunca se pronunció la sentencia, porque los acontecimientos políticos la interrumpieron, y al fin el coronel Joaquin Barriga, gobernador de esa provincia, lo indultó á condicion de servir de soldado en las filas constitucionales. Cuatro años despues me encontré una noche con Ezquibel, y pudo ocurrirme un lance desagradable si no me hubiera hecho respetar, cuyo acontecimiento no relato porque no vale la pena, y porque ya es tiempo de recobrar el hilo de los sucesos políticos.

Cuando el general Bolívar llegó á Bogotá, ya se habia verificado en Venezuela el último acto por el cual se separó de Colombia, erigiéndose en República independiente. Un suceso de tanta entidad ocupaba de preferencia la atencion del Gobierno provisorio y del Congreso Constituyente, ya reunido, distrayendo á estos dos poderes de su principal fin, que era el de reconstituir el pais bajo bases permanentes y liberales, como lo anhelaban los pueblos. Sea que la segregacion inesperada de Venezuela sirviese de pretexto para confirmar lo que ya se habia dicho, á saber, que el Congreso Constituyente pensaba dejar en manos del general Bolívar la palma de la dictadura; ó sea que este proyecto se abrigaba en muchos representantes decididos á condescender con las miras de los que preconizaban un gobierno fuerte y vigoroso, en odio al partido liberal, mas bien que por amor á la Patria, sea lo que fuere, lo cierto es que los síntomas pronosticaban un porvenir fatal, que de antemano habian preparado varias producciones de la prensa entre otras las de las «Meditaciones Colombianas,» cuya tendencia era á todas luces, la de establecer una monarquía en el pais. Con tal motivo se escitó el celo de los republicanos; y todos nos pusimos en guardia, é hicimos entender de cuantas maneras lícitas nos fué posible la disposicion en que nos hallábamos de oponernos á las tentativas de los monarquistas.

14

Otra de las cuestiones graves que agitaban al Congreso y á los pueblos, era la de nombrar ó no al general Bolívar presidente, en virtud de la nueva Constitucion, en el caso que ésta contuviere bases contrarias á las ideas de los partidarios de aquel personaje, de quien ellos habrian querido mas bien recibir una *carta*. Pero bien pronto se reanimó la mayoría del Congreso con algunos acontecimientos notables que ocurrieron en esas circunstancias de temor é incertidumbres para los buenos patriotas, y se puede decir que se obró una reaccion política en el sentido de la causa republicana, en consecuencia de aquellos sucesos, que paso á referir.

La parte ilustrada del pueblo de Popayan, sobreponiéndose á toda otra consideracion que no estuviese en armonía con sus principios eminentemente patrióticos, se reunió, y deliberó dirigir al Congreso una enérgica representacion solicitando que no se hiciese la guerra á Venezuela. Otra representacion igual se hizo en la capital de la provincia de Neiva, que yo mandaba civil y militarmente, y la opinion pública se manifestó por todas partes en el mismo sentido. Jamas se hubiera dado un golpe mas acertado al partido boliviano. El Congreso se reanimó con el apoyo del pueblo y tuvo la firmeza bastante para sancionar una Constitucion, en lo general bastante buena; para resolver que no se hiciese la guerra á Venezuela, y lo que es mas, para nombrar Presidente de la República al Dr. Joaquin Mosquera, y Vicepresidente al general Domingo Caicedo, cuyos actos fueron aceptados con unánime voluntad por todos los republicanos.

En consecuencia yo hice la renuncia de la gobernacion y comandancia de armas de la provincia de Neiva, que fué aceptada por el gobierno. Pero antes de dejar el puesto sucedió, que, pasando para el Sur un gefe, el teniente coronel Forero, no solo le impedí el tránsito, sino que le obligué á regresar á Bogotá, habiéndome espuesto á los azares de la improbacion del gobierno, y aun de un lance personal con aquel gefe, por la petulancia con que reclamó el derecho de continuar su marcha. Muchas razones de política y conveniencia pública tuve para tomar esta y otras medidas semejantes, que referiré en su lugar respectivo.

Despues veremos si yo estaba fundado, y, entretanto examinemos rápidamente los motivos que me obligaron á esta clase de providencias.

Todos mis corresponsales de la capital de la República y de otros lugares inmediatos, se acordaban en noticiarme cuanto sigue: — Primero. Que aunque el general Bolívar estaba resuelto á partir, asegurando que iba á salir de la República, temian que nunca abandonaria nuestras playas, con la esperanza de que el ejército y sus demas partidarios, todos en connivencia, obrasen

una asonada general para echar abajo el nuevo órden de cosas y aclamarlo nuevamente dictador: —Segundo: Que al efecto se diseminarian por todas partes generales, gefes y oficiales de su confianza para obrar simultáneamente la reaccion: —Tercero; Que estos recelos los habian tomado de buen orígen, y que muchos de los pasos que se daban en la capital los confirmaban á no dejar duda. « El amor propio de Bolívar, me decia uno, ofendido en esta vez como nunca lo habia sido, no puede tolerar que otro mande en la Nacion mientras él exista; y así es necesario no aletargarse en la confianza: ¡ alerta ! amigo mio, ¡ alerta ! pues todavía hay muchos elementos antisociales, y no hay una duda que todos se pondrán en accion para disolver lo que ha hecho el Congreso, y entregar de nuevo esta tierra al Dictador vencido en el Congreso Constituyente. »

En efecto, todo persuadia que no se pensaba de buena fé en sostener la nueva Constitucion y las leyes dadas por el Constituyente. Las intrigas mas pérfidas se ponian en juego para crear una nueva necesidad, en virtud de la cual se disolviese la República, y que el temor de la anarquía obligase á los pueblos á ocurrir otra vez al general Bolívar, *como el único redentor, el único piloto que pudiera conducir la nave al puerto de salvamento.* No se necesitaba de un gran criterio para conocer que algunas personas de notabilidad, que recientemente se suponian enemigas del general Bolívar, lo harian solamente con el designio de infundir confianza al partido liberal, y obtener por este medio colocaciones, en que poder obrar mas á mansalva la reaccion combinada con tanta astucia.

Despues de haber impedido el pase al teniente coronel Forero, y obligádolo á regresar á la capital, me puse en marcha para Popayan á fines de abril 1830; pero, ya rendida mi primera jornada, recibí por la noche una comision de los habitantes de la ciudad de Neiva, noticiándome: « que la tranquilidad pública habia sido turbada en la capital por un motin del batallon Granaderos, comandado por el coronel Trinidad Portocarrero, y que en tal virtud era necesario que yo regresase á dicha ciudad de Neiva. » En el acto mismo monté á caballo y me puse en camino para ese lugar, á donde llegué la misma noche, y me cercioré detalladamente del verdadero estado de las cosas en Bogotá. Supe tambien que este motin se atribuia al mismo general Bolívar, pues se aseguraba haberlo visto en el cuartel de ese cuerpo distribuyendo dinero al batallon.

Al siguiente dia que el pueblo supo mi llegada, lleno de entusiasmo se reunió con las autoridades y deliberó: « que se me daban todas las facultades de que pudiera ser necesario usar para mantener el órden en la provincia, y repeler la fuerza con

la fuerza en el caso que el batallon Granaderos hiciese algun movimiento sobre ella ; y que estas facultades durarian hasta que el órden fuese enteramente restablecido. » Una prueba de tan ilimitada confianza influyó, al lado de mi patriotismo, para resolverme á suspender mi viaje á Popayan, y condescender con el deseo y buenas intenciones de ese pueblo comprometido solemnemente en la cuestion republicana.

Tomaba yo activamente mis medidas, ayudado por las autoridades y vecinos de Neiva, para hacer frente á los acontecimientos ; pero no llegó este caso, pues al tercer dia se supo que el batallon Granaderos, despues de haber pedido fuertes sumas pecuniarias, y otorgádoselas el Gobierno, se habia dirigido á Venezuela, con el pretesto de que los individuos que lo componian eran oriundos de aquel pais. En una de las piezas en que se anunciaban esos acontecimientos, se añadia : « Todas estas no son mas que pantomimas para imponer al gobierno, arrancarle dinero para los costos de la espedicion, y hacer llegar á Granaderos á Venezuela con el verdadero designio de obrar allá y apoyar una revolucion en favor de Bolívar. Y para que este cuerpo llegue sano y salvo á su pais, los bolivianos han conseguido del gobierno que se haga marchar á retaguardia de aquel batallon una respetable escolta, compuesta en la mayor parte de las milicias del pais, comandadas por el general Juan Gomez y Mariano Paris; y hasta el general Rafael Urdaneta está haciendo su papel á maravilla en esta farsa. Esta escolta no es con otro fin que con el de impedir la desercion de los granaderos, pues no es exacto que todos sean venezolanos: lo menos un tercio se compone de granadinos, que naturalmente desertarian sobre la marcha si no viesen á su retaguardia una fuerza con que se les amenaza de muerte. Sin embargo, se ostenta que la tal escolta es para impedir que ese cuerpo se comporte mal en los pueblos del tránsito, en los cuales se ha mandado prepararle alojamientos, bagajes y cuanto pueda necesitar para su marcha. Se ha hecho el papel por los Granaderos de amarrar al coronel Muguerza como gefe de quien aparentaban desconfiar para su motin ; pero hay muchas razones para creer que todas son apariencias. No hay que descuidarse : los bolivianos trabajan activamente para reparar lo perdido, y cuentan para esto con todo el ejército. »

Yo no dudé un punto de cuanto se decia, y en esta inteligencia me puse en marcha para Popayan, en donde mi presencia debia ser útil en aquellas circunstancias, tanto mas, cuanto que iba á tomar el mando de las armas en esa provincia por la ausencia del comandante general, general José María Obando, que habia marchado precipitadamente á ocupar la provincia de Pasto con el batallon Vargas, en consecuencia de haberse descubierto sínto-

mas de disociacion de la familia colombiana en los departamentos del Ecuador, Azuay y Guayas, á imitacion de Venezuela. En el tránsito encontré al señor Joaquin Mosquera que seguia á la capital á posesionarse de la presidencia, y este señor me informó circunstanciadamente del estado de cosas en el Sur, que no era muy lisonjero.

En tales circunstancias llegué á mi destino y me posesioné de la comandancia de armas de la provincia de Popayan á principios de mayo. En ese tiempo recibí el despacho de general de brigada librado en 20 de abril anterior por el general Caicedo, Vicepresidente de la República encargado interinamente del Poder Ejecutivo.

# CAPITULO XXVII

Asesinato del Gran Mariscal Sucre.—Primeras medidas que tomo en consecuencia.—El general Obando me comunica ese acontecimiento desde Pasto, y las providencias que habia dictado.—Mi opinion sobre este suceso.—El general Luis Urdaneta con otros oficiales de tránsito para el Sur.—Les ordeno suspender el viaje.—Declaracion recibida à Urdaneta sobre una carta interceptada.—Regresa éste con su séquito á Bogotá.—Propala calumnias en esa capital.—La prensa boliviana empezaba à crugir contra los liberales.—Logra Urdaneta se le conceda por el gobierno un pasaporte para seguir á Guayaquil.—Su verdadero objeto.—Promueve en la capital una causa de responsabilidad contra mí por haberle impedido el pase por Popayan.—Se me nombra comandante general del Cauca.—En seguida se me nombra Ministro Plenipotenciario cerca del gobierno de Bolivia.—El ministro boliviano en Colombia va á Popayan con el fin de interesarme en la admision de ese destino.—Mi sorpresa y mis sospechas acerca de este inesperado nombramiento.—Varía el gobierno de resolucion, y me nombra comandante general del departamento del Istmo.—Muchas personas de influjo se interesan en que yo acepte ése destino y me dan sus razones.—Mi estrañeza por la conducta candorosa del gobierno.—Observaciones.—Me resuelvo à seguir al sacrificio.—Comisiono un ayudante de campo para proporcionarme en el puerto de Buenaventura el buque en qué hacer el viaje.—Al regresar el ayudante encuentra el pueblo de Calí próximo à pronunciarse por la dictadura de Bolívar.—Motin del batallon Callao.—La existencia del gobierno y de la constitucion son amenazados por aquellos, y otros acontecimientos.—El Sur se erige en República independiente.—Otra vez el general Urdaneta.—Su pronunciamiento.—Sus planes.—El general Montilla conspira en Cartajena.—Toda la República sucumbe á las intrigas bolivianas, escepto una parte de la provincia de Popayan y la provincia de Casanare.—Las tropas del gobierno son batidas en el Santuario.—Los dictatoriales vencedores destacan columnas sobre Popayan.—Feliz inspiracion.—Pronunciamiento de Popayan uniéndose al Ecuador.—Objetos que me propuse.—Pronunciamiento ambiguo del batallon Vargas establecido en Pasto.—Sigue ése cuerpo para Quito.—Dos compañías de él me obedecian en la provincia de Popayan.—Una de ellas resiste débilmente á los facciosos de Cali y capitula.—Marcho sobre Cali.—Se me anuncia una mision de Cali.—Acepto la invitacion y señalo para las conferencias la hacienda de Japio.—Se verifican las conferencias.—Mi angustiada situacion.—Precauciones.—Se concluye un tratado de armisticio entre los cantones de Popayan y Calí.—Sigo à Neiva.—Sucesos que contrarian mi plan.—Determino regresar á Popayan.—Complot en proyecto contra mí.—Cómo me libro de él.—Dejo instrucciones al oficial de mas graduacion y emprendo felizmente mi marcha.

Un acontecimiento estraordinario vino en esos dias á complicar mis atenciones: la muerte del gran mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, asesinado en la montaña de Berruecos, cuando regresaba á Quito, como ex-representante del Congreso Constituyente. Mi primer deber al comunicarme tan inesperada nueva fué el de comisionar al teniente coronel Juan Gregorio López para

que con el escuadron de Patia que mandaba, siguiese en el momento al lugar de ese trágico suceso, me informase de cuanto supiese sobre él, y persiguiese á los asesinos, que consideraba eran de los de las antiguas bandas de salteadores que en tiempos pasados habian cometido crímenes semejantes en aquellas montañas. Muy luego recibí una comision del comandante general del departamento en que me noticiaba desde Pasto esa novedad, y me prevenia tomase del lado del Mayo todas las medidas conducentes á descubrir los asesinos y perseguirlos, anunciándome que él habia mandado ya un fuerte destacamento del batallon Vargas con el mismo objeto.

Los resultados de las primeras investigaciones me hicieron inferir que la muerte del general Surce no habia sido causada por los facinerosos de Berruecos, pues no se le habia despojado de ninguna de las prendas que llevaba consigo, ni se le habia quitado su equipaje, fin único con que se habian cometido antes esta clase de asesinatos en esos lugares. Era la política probablemente la que habia descargado su furioso celo sobre el corazon del héroe de Ayacucho, y hasta hoy abrigo esa creencia, despues de haber recogido multitud de datos que la corroboran, y que han visto la luz pública en los manifiestos dados por el general Obando y por mí. Un solo documento yace inédito en un archivo de Bogotá, el del escribano Porras, porque él ha sido recogido cuando habia calmado la fuerte é interesada palestra que se agitó en aquellos dias. Quizá el tiempo descubrirá evidentemente al autor del horrendo crímen; pero si él quedase oculto en el fondo del misterio, la posteridad hará su imparcial juicio, y, libre de pasiones y de intereses materiales, podrá con seguro criterio descubrir el agresor y rasgar el velo que le cubre entre los contemporáneos (19).

Tambien sucedió por el mismo tiempo que el general Luis Urdaneta, acompañado de otro gefe y un oficial, se presentasen en Popayan de tránsito para el Sur, con el objeto ostensible de ir á recaudar dinero que aseguraban tener en Guayaquil. Pocos hombres me eran tan sospechosos como aquel general, y aún los que le acompañaban. En tal virtud, resolví detenerlos y asegurarles que de ninguna manera les permitiria seguir adelante, cargando sobre mí toda la responsabilidad. Casualmente, cuando esto sucedia, recibí una comunicacion del comandante general, en que me ordenaba tomar una declaracion á dicho general Urdaneta sobre el contenido de una carta que dirigia al general Flóres, y que se le habia interceptado en Pasto. La declaracion fué recibida en debida forma, y ella suministró uno de los documentos publicados por el general Obando para justificar su conducta con respecto á la muerte del general Sucre. En fin, Urdaneta y sus compañeros se resignaron á regresar desesperados de no poder seguir al Sur

por la via de Popayan, y aquel en su rabia se ocupó los pocos dias que permaneció en Bogotá, en propalar mil calumnias por medio de la prensa, que ya rugia rudamente en la capital contra el nuevo gobierno y sus sostenedores.

Mas no era esto bastante para aplacar la ira de Urdaneta: él debia á todo trance marcharse al Sur como misionero de la revuelta política que debia verificarse en aquella parte para ensalzar otra vez á Bolívar investido de la dictadura militar, y á este fin consiguió pasaporte del gobierno para dirigirse por la via de Cartagena á Guayaquil, dejando entablada su acusacion de responsabilidad contra mí por no haberlo dejado pasar de Popayan. Mientras mis lectores se informan de lo que obró aquel general en el Sur, les referiré lo que me acontecia en el puesto que ocupaba.

Despues de haberme nombrado comandante general del Cauca, se me nombró en 15 de julio ministro plenipotenciario para la República de Bolivia, y el señor de Molina, que habia sido enviado por aquel gobierno cerca del de Colombia, en su regreso á su pais, que debia verificar, como verificó, por la Buenaventura, me tributó la cortesía de ir á Popayan á suplicarme que aceptase ese empleo, en los intereses de Colombia y Bolivia. Semejante circunstancia me hizo sospechar: primero, que una mision tan inesperada podia contener el designio de separarme del pais para desembarazarse de mi persona, de la que el partido boliviano debia temer una oposicion decidida á sus ulteriores revueltas y á sus constantes maquinaciones; mis justos recelos provenian del ningun conocimiento personal que tenia del señor Molina, quien, por otra parte, era adicto al general Bolívar; y segundo, que el nuevo gobierno, un poco preocupado con las ideas de la reconciliacion de los partidos políticos, podia juzgar mi presencia en el pais como perniciosa, por mi *exaltado zelo republicano*, y que habia resuelto en sus consejos alejarme honrosamente del teatro político; pues yo merecia la estimacion y las consideraciones de las personas que componian el Poder Ejecutivo, y no podia atribuirlo á otra causa. Esta conjetura se fundaba en que yo no era diplomático, ni la mision á Bolivia era de naturaleza tan urgente é importante que exigiese mandar una legacion. Yo habia solicitado, es verdad, en tiempos anteriores, un destino subalterno diplomático en Europa con el objeto de aprovechar la ocasion para satisfacer mi curiosidad de conocer el mundo antiguo; pero jamás me habia venido el pensamiento de pretender un empleo de primer órden, y menos para las naciones de América; y mucho menos me habia imaginado dejar á Colombia en lo mas fuerte de su crisis, cuando yo veia á todas horas que la Libertad peligraba, y mi deber, mi honor y mi amor á la Patria demandaban mi permanencia en la República.

Mas los acontecimientos hicieron muy luego variar la resolucion del gobierno, quien en 21 de julio me revocó los poderes para Bolivia, y me nombró comandante general del departamento del Istmo, ordenándome me pusiese en marcha inmediatamente para aquel destino, en consecuencia de varios hechos de disociacion que habian tenido lugar en Panamá, provocados y dirigidos por el general Espinar, que era entonces el comandante general. Varias cartas de los sugetos mas prominentes de la administracion me interesaban á que no vacilase en aceptar este puesto, y que volase á ocuparlo, pues tenian fuertes motivos para creer que el general Bolivar pensaba situarse en Panamá, de cuyo punto partirian los rayos revolucionarios á todo el círculo de la República. Esta comision verdaderamente era peligrosa, y á mas, infructuosa. ¿ Cómo se podia esperar que un general tan marcado por su adhesion á la ley y á los principios constitucionales fuese recibido y reconocido voluntariamente por una guarnicion pronunciada en sentido contrario? ¿ Cómo se podia creer, que sin llevar una escolta siquiera, yo pudiera imponer respeto á una tropa amotinada con un general á la cabeza, con oficiales aguerridos en sus filas, y con el prestigio de Bolivar por divisa? ¿ Mas acertado, y mas prudente hubiera sido que el gobierno me llamara á la capital donde habria podido ayudarle eficazmente en las angustias en que se hallaba, y que muy pronto le agobiaron hasta el estremo de derrocarle.

Sin embargo de lo arriesgado de mi comision al Istmo, no vacilé en marchar al sacrificio, y al intento despaché á mi ayudante de campo el teniente Domingo Gaitan, ( hoy sargento mayor ) al puerto de Buenaventura á fletar el primer buque que se presentase de los que rarísimas veces arriban á ese puerto, con instrucciones de no reparar en precio, y avisarme con celeridad el resultado para volar á embarcarme. Mi ayudante llenó su comision con puntualidad, y él mismo regresó á darme el aviso de estar el buque listo y contratado; pero á su regreso ya encontró en Cali fecundando el gérmen revolucionario que en seguida brotó, creció y echó raices profundas. Al mismo tiempo el batallon Callao con su comandante el coronel F. Ximenez, destinado á Tunja por el gobierno, habia conspirado sobre la marcha, y apoyado de otros gefes sediciosos, y de muchos de los incautos habitantes de la sabána de Bogotá, amenazaba la existencia del gobierno y de la constitucion; y los departamentos del Sur se erigen en República independiente.

Volvamos á ocuparnos del general L. Urdaneta, que va á hacer un papel muy señalado. Ese general habia llegado á Guayaquil y seducido las tropas de aquel departamento, á la cabeza de las cuales se movia sobre Quito, con el proyecto de echar abajo al

gefe del Ecuador, que era el general Juan-José Flóres, y continuara su movimiento hácia Bogotá. Por supuesto, Urdaneta habia desconocido la autoridad del gobierno constitucional y proclamado dictador al general Bolívar. El gobierno habia recibido anuncios, que pronto se confirmaron, de que el general Montilla, que mandaba las armas en el departamento del Magdalena, intentaba hacer pronunciar la guarnicion de Cartagena en favor de la dictadura de Bolívar, y con este paso imponente comprometer las tropas de los otros puntos y los mismos pueblos, á secundar el pronunciamiento en iguales términos; lo que tuvo lugar en breve tiempo. A mas de esto, todo el Centro y Sur de la República se puso en una general conflagracion, esceptuando solamente una parte de la provincia de Popayan con su capital, y la provincia de Casanare, que se mantuvieron firmes resistiendo denodadamente los embates de las mas inícuas intrigas, de las traiciones mas pérfidas, y de las amenazas mas insolentes de los bolivianos.

El coronel Justo Briceño, abusando de la confianza del general Antonio Obando, obró en la provincia del Socorro la revolucion contra el gobierno, á la cabeza del regimiento de Húsares de Ayacucho. El coronel Whitlle que mandaba la guarnicion de Pasto, inspiraba suma desconfianza por su ciega consagracion al general Bolívar; y todo pronosticaba la ruina entera del pais, y la violencia que se hiciera al pueblo para adherirlo al carro de un gobierno militar, el mas despótico que se hubiera visto. Esta era la situacion de la República en el mes de agosto.

A principios de setiembre llegó á Popayan la triste nueva de que las tropas del gobierno habian sido completamente batidas en el Cerrito del Santuario, cerca de Bogotá, por las de los facciosos, capitaneadas por el coronel Florencio Ximenez; y que el gobierno habia sido en consecuencia derrocado, aclamado el general Bolívar como Señor absoluto, y puestas las riendas de la administracion interina en manos del general Rafael Urdaneta, miéntras Bolívar, que se hallaba á la sazon en Santamarta, venia á ocupar su puesto; que casi todas las provincias estaban sojuzgadas por las tropas dictatorias; y que ya se movian columnas sobre la de Popayan con el fin de completar la conquista.

En tan críticas y apuradas circunstancias tuve la inspiracion, bien fecunda á la verdad en favorables consecuencias, de proponer á muchas personas notables de Popayan, agregarnos al Ecuador condicionalmente, puesto que el gobierno de Colombia no existia. Aceptada mi proposicion, se puso en obra el proyecto, y reunido el pueblo, deliberó de acuerdo. Mi plan tenia por objetos: Primero, pertenecer á un gobierno, que aunque establecido de hecho, nos prometia garantías, y un órden de cosas regular. Segundo, comprometer al pueblo, á que no se dejase dominar por

el mandatario dictatorio; — Tercero, dar fuerza moral al Ecuador para ayudarle á resistir los embates del general Luis Urdaneta, que ya casi ocupaba todo aquel territorio con un cuerpo de ejército muy respetable, en términos que hasta el general Flóres habia desesperado ya de conservarse en el puesto; (20) Cuarto, recibir del mismo modo el apóyo moral del Ecuador, ya que no nos era posible ausiliarnos recíprocamente con fuerzas materiales; — Y quinto, garantir mútuamente la provincia de Pasto, que habria sido nuestro baluarte en el último caso.

El jefe de las armas de esta última provincia se pronunció muy pronto con el batallon Vargas, no en el sentido estricto del pueblo de Popayan, sino en el muy ambiguo de ponerse bajo las órdenes de la autoridad de Quito, á cuya capital se puso luego en marcha con el cuerpo de su mando, del cual estaban bajo mis órdenes inmediatas dos compañías, única fuerza veterana que habia quedado en la provincia de Popayan, pero que no presentaba bastante confianza para hacer uso de ella en esos momentos. Una de estas compañías, que hacia la guarnicion de la ciudad de Calí, despues de haber opuesto una resistencia mediocre á los facciosos de ese lugar, capituló, y emprendió retirada hácia Popayan con solo un tercio de su fuerza, pues el resto prefirió quedarse con los sediciosos. La otra compañía, reducida á menos de la mitad de su fuerza, estaba en Popayan.

Queriendo probar fortuna con esta tropa, que por todo alcanzaba á unos 80 soldados, y siete oficiales, me propuse seguir al valle del Cauca, con la esperanza de reunir algunos milicianos del canton de Caloto, que siempre ha marchado en armonía con el de Popayan, y con esa fuerza ocupar nuevamente el Canton de Calí, destruir esa faccion, y preservar el resto del Cauca de tomar parte en el escándalo. A las tres jornadas, es decir en Quilichao, se me anunció, que el pueblo de Calí enviaba cerca de mí una mision compuesta del general Murgueitio y del doctor José María Cuero y Caicedo. Yo acepté la propuesta, y emplacé la mision de Calí para la hacienda de Japio, en donde efectivamente nos reunimos y conferenciamos, habiéndome acompañado el benemérito patriota y eclesiástico Dr. Mariano del Campo Larraondo. Como yo no tenia nada que perder fuera cual fuese el término del negocio, porque mi situacion no podia ser mas aflictiva, y antes sí podia esperar sacar algun partido de esta embajada, no tuve inconveniente en oir sus proposiciones, habiendo dirigido préviamente un destacamento á la ciudad de Caloto, y puesto de observacion algunas personas de mi entera confianza, porque el único mal que podian hacerme era el de apoderarse de mi persona por medio de una sorpresa, nada estraña en aquel tiempo, y entre aquellas gentes; ó seducirme la tropa de Vargas, que se hallaba en disposicion

de ceder á la mas indirecta propuesta que se le hubiera hecho por parte de los facciosos de Cali, como que, en efecto, el ayudante del general Murgueitio marchó clandestinamente á Caloto, durante la conferencia, y no hay duda que llevaba el ánimo de amotinarme la tropa; lo que habria conseguido sin el celo de mi ayudante Gaitan y demas personas que habia destacado para vigilar, y para preservarme de estos rastreros procedimientos.

El resultado de este asunto fué haber estendido y firmado un tratado, por el cual se estipuló un armisticio entre el Canton de Cali y el de Popayan, hasta que una Asamblea de diputados del departamento, deliberase lo que convenia á los pueblos en esas circunstancias.

Estos desmayaban ó temian, y ya no era posible esperar de ellos ninguna cooperacion. En tal virtud, luego que me desengañé de que, no teniendo nada que esperar de los habitantes del valle del Cauca, no era prudente seguir adelante, resolví marchar con mi pequeña columna á la provincia de Neiva, que aun no habia sido ocupada en su totalidad por las tropas usurpadoras; y previamente ordené que se me remitiesen al Pedregal, por la via de Guanacas, fusiles y municiones del parque de Popayan, para armar algunas partidas de patriotas con que oponerme á la columna que, á las órdenes del coronel Posada, venia de la capital hácia La Plata. La dificultad que tuve en procurarme caballerías en Caloto para atravesar la cordillera por Pitayó, me obligó á suspender el movimiento por mas de un dia, tiempo de mucho valor, que perdí á pesar de mi actividad, porque todo conspiraba entonces contra la buena causa. Así es que, habiéndose adelantado, contra mis órdenes, hasta cerca de La Plata los ausilios que habia hecho marchar de Popayan, tuvieron ocasion los habitantes de aquel lugar, único en toda la provincia que se declaró esplícitamente por la dictadura, instigado por el clérigo Rafael Gonzales, tuvieron lugar, digo, de hacer su mérito, sorprendiendo al oficial Salvador Solarte en el sitio de las Cuevitas, y quitándole las municiones que conducia. El gefe de los facciosos, que era Manuel María Borrero, á quien yo habia nombrado comandante de armas del Canton de La Plata cuando yo lo era de esa provincia, fascinado por el clérigo Gonzales, y faltando así á la confianza con que yo lo habia honrado, me escribió una carta manifestándome: « que con las fuerzas respetables que tenia á sus órdenes no permitiria que yo entrase á La Plata, y que me lo advertia para mi gobierno, y *en obsequio de la amistad*. » Igualmente supe que Posada se adelantaba, y que los buenos patriotas de la ciudad de Neiva se habian visto en el caso de plegar á las circunstancias, y obedecian ya á la autoridad del usurpador. Estas y otras noticias, á cual mas desagradable, me llegaron estando ya en el pueblo de Avi-

rama, á dos jornadas de tropa de La Plata; y ellas llegaron tambien á oidos de mis oficiales y soldados.

Dos de los que iban á mi lado me significaron, que los de Vargas habian formado secretamente sus grupos, y que hablaban entre sí á cada instante, desconfiándose de Gaitan, Lemos y Galindo, que eran oficiales de mi confianza; lo que agregado á otros antecedentes, y á los recelos que me inspiraban esos hombres enteramente dedicados al general Bolívar, me persuadió de que se tramaba contra mí algun plan maligno. En tal inteligencia, me fué preciso escogitar el modo de separarme de la columna, y regresar á Popayan, combinando esta idea con la de poner todavía á prueba el grado de fidelidad de esa columna. Al efecto dispuse: primero, que los oficiales de mi confianza entretuviesen esa noche á los de Vargas en una partida de juego, para lo que les dí algun dinero;—segundo, que el cura de la parroquia y el alcalde me ocultasen nueve mulas de las que les habia pedido de ausilio, y que ostensiblemente me manifestasen al otro dia muy temprano, que se les habia dificultado conseguir oportunamente dichas mulas, pero que las esperaban dentro de dos horas: que yo fingiria molestarme con ellos por la falta de los bagajes; pero que disimularian todo lo posible, porque de esto dependia mi salvacion;—tercero, que con este motivo podia ordenar la marcha de la columna sin hacerles sospechar que habia resuelto regresar, insinuando en alta voz, que inmediatamente que llegasen las caballerías me pondria en marcha en alcance de la Columna;—cuarto, que tan luego como la espresada columna se hubiese perdido de vista de aquel pueblo, yo emprenderia mi marcha á Popayan;—quinto, que en el mismo tiempo pondria un oficio al comandante de la columna, manifestándole, que las circunstancias me obligaban á regresar á Popayan á tomar allí 200 ó 300 milicianos para volver con ellos á incorporarme á la columna Vargas, y emprender operaciones sérias sobre el enemigo; que entretanto se mantuviese dicha columna en observacion en el pueblo de Insá, que es una posicion estratégica, dando cuenta de cuanto ocurriese;—y últimamente, que le mandaria una cantidad para la subsistencia de la columna mientras yo me incorporaba, que seria en breves dias.

Mi plan, ejecutado en todas sus partes, tuvo el mejor suceso; y por lo que ocurrió muy luego, y por otras cosas que llegaron á mi conocimiento, se verá si mis temores eran bien fundados, y que si no obro así, es muy probable que en esa noche ó al dia siguiente yo hubiera sido sacrificado por los traidores del batallon Vargas.

# CAPITULO XXVIII

Mis primeras atenciones en Popayan.—Infidelidad de la columna de Inzá.—Lealtad de su comandante.—La columna siguió á La Plata.—Este punto habia sido ya ocupado por una columna dictatoria.—El general Obando es nombrado director de la guerra.—Yo conservo el mando militar del departamento.—El gefe de Estado Mayor del Cauca medita un motin contra nosotros.—Se nos revela el proyecto por un sacerdote.—Aquel gefe es puesto en prision.—Se reune en Buga la Asamblea, convenida en el tratado de Japio.—Invenciones de los bolivianos.—El usurpador Urdaneta, teniente de Bolívar, llama á juicio á Obando y á mí.—Nos proscribe y autoriza á todo el mundo para que se nos asesine, sin mas fórmula que la de verificar la identidad de las personas.—Reflexiones.—Empieza la reaccion favorable.—Nuestra situacion mejora.—Muerte de Bolívar.—Lo que hacia Urdaneta y lo que, en mi juicio, debió hacer.—Convoca Urdaneta un Congreso Constituyente.—Medida inoportuna, que no aceptan los pueblos.—Continuamos nuestros preparativos para tomar la ofensiva.—El obispo de Popayan nos ayuda eficazmente.—Comparacion de un tiempo con otro.—Nos ponemos en movimiento, y logramos engañar al enemigo sobre nuestro verdadero objeto.—Punto de reunion.—Número y calidad de nuestras tropas.—Otras medidas.—Intimamos al enemigo.—Sorprendemos en el Palo una partida enemiga de observacion y la hacemos prisionera.—Allí supimos la verdadera situacion del enemigo y sus fuerzas.—Se nos presenta pasada una partida de caballería enemiga y nos da nuevas noticias.—Regresa nuestro emisario, cerca de Muguerza, con la contestacion negativa de este gefe.—Resolvemos marchar toda la noche y sin descanso, sobre el enemigo.—Llegamos á Quebrada-seca.—Hacemos alto.—Esperamos en vano ser atacados.—El enemigo se sitúa en La Candelaria.—Continuamos la marcha y vivaqueamos en el rio Frailes.—Continuamos por la misma direccion.—Muguerza no se mueve.—Conjeturas acerca de su inaccion.—Llegamos á Palmira, á retaguardia del enemigo.—Logramos con esta atrevida operacion uno de los objetos que nos habíamos propuesto.—Murgueitio huye.—Vivaqueamos cerca de aquel lugar.—Otros acontecimientos.—Dudas de Muguerza.—Intenta sorprendernos.—Desiste.—Coronel Renjifo.—El enemigo á la vista.—Sus posiciones.—Batalla de Palmira.—Triunfamos completamente.—Riesgos que corro para hacer cesar nuestros fuegos.

Poco hacia que yo habia llegado á Popayan, en donde me ocupaba de reunir las milicias para volver positivamente sobre Neiva, en el caso que la columna Vargas se hubiese conservado fiel; pero no sucedió así: esta columna se pronunció en Insá por la dictadura, á escepcion de su comandante, el capitan Lizarde, quien, habiendo querido oponerse á ese acto de infidencia, fué obligado con amenazas de muerte á guardar silencio y regresar á Popayan. La columna siguió para La Plata á ponerse á las órde-

nes inmediatas del coronel Posada, dictatorial, que ya ocupaba ese canton.

El general Obando, que habia sido nombrado director de la guerra por aclamacion de los gefes y oficiales veteranos y de milicias, de acuerdo conmigo, que conservaba mi rango de comandante general del Cauca, se ocupó en tomar medidas defensivas, mientras el tiempo nos hacia capaces de tomar la ofensiva.

Para hacer mas crítica y desesperada nuestra posicion, sobrevino un suceso tan alarmante como inesperado. El coronel José del Cármen López, que era el gefe del Estado Mayor, abusando del puesto y encargo que se le habia dado de dirigir como gefe instructor la academia de las clases de las milicias de Popayan, tramaba una sedicion en favor de la dictadura; y aunque el general Obando y yo nos habíamos apercibido de la frialdad de las milicias, y de su repugnancia en asistir á sus cuarteles, á pesar del entusiasmo que en otras circunstancias habian manifestado, nunca lo atribuimos á infidelidad; sí á lo angustiado de las circunstancias. Por una indecible fortuna, el arcano del complot llegó á los oidos de un eclesiástico patriota, benemérito, ilustrado y celoso de nuestra existencia. Este sacerdote nos hizo inmediatamente la revelacion del secreto, ocultándonos el autor ó autores del denuncio, por cuanto á él le habia sido revelado bajo el sigilo de la confesion; pero la referencia que se le habia hecho y que nos trasmitió, era tan detallada, que no nos quedó una duda de la existencia del complot. El coronel López fué puesto en prision y juicio, y al siguiente dia ya encontrámos un poco de mas fervor en nuestras milicias de Popayan, única fuerza con que contábamos para oponernos á la dictadura.

En el propio tiempo se reunió en Bugá la Asamblea convenida en Japio, y resolvió por una pequeña mayoría reconocer la autoridad suprema del general Bolívar, poniendo algunas condiciones en cuanto á sujetarse á su lugar teniente, el general Rafael Urdaneta. Los diputados de Popayan y Caloto cumplieron con todos sus deberes, y llenaron dignamente su mision, oponiéndose á un acto que sólo era producido por el temor, y de ningun modo por la libre voluntad de la mayor parte de sus cólegas. Quedó por tanto roto el armisticio con Calí.

Uno de los medios que se jugaban por los dictatorios era el de desacreditar al general Obando y á mí para quitarnos el prestigio de que gozábamos; y á este fin se publicaba por todas partes: « que siendo nosotros culpables del asesinato del general Sucre, para sustraernos del juicio y de la pena, habíamos resuelto sostenernos á todo trance; y que, por consiguiente, no defendíamos ninguna causa racional, sino solamente nuestras personas. »

¿Tan pronto podrian olvidar los pueblos que el año de 1828,

cuando nos levantamos del mismo modo contra la tiranía doméstica, ni habia muerto Sucre, ni se nos podia imputar un bárbaro crimen? Pero así convenia á los protervos partidarios y sostenedores de la dictadura y de la usurpacion, mas escandalosa de cuantas puede referir la historia del universo. El general Rafael Urdaneta, teniente de Bolívar, habia espedido un acto llamándonos á responder en juicio á los cargos que se nos hacian; y habiendo despreciado nosotros semejante mandato, emanado de una autoridad usurpadora, le ocurrió la idea, tan propia de los señores de la edad media, de proscribirnos por el mismo hecho que no le obedecíamos, y de autorizar á todo el mundo para que nos quitase la vida sin mas fórmula ni obligacion que las de comprobar la identidad de las personas. ¡Peregrino recurso, á la verdad, y el único que en su rabia podia ser sugerido al déspota mandatario! ¿Podria haber consentido siquiera ese general que nosotros le obedeciésemos ciegamente, y marchásemos al suplicio como humildes corderos? ¿Nos consideraria tan imbéciles que por sólo su querer nos fuésemos á presentar ante jueces parciales que nos aborrecian de muerte, y que nos consideraban los escollos mas peligrosos en donde debia naufragar la nave de su criminoso plan? ¿Se imaginaria que nuestro patriotismo podia subordinarse á una delicadeza mal entendida, y que, en tal hipótesis, nosotros le abandonásemos el campo para completar así su pérfida conquista? ¿No advertiria que teníamos en nuestro poder muchos arbitrios legales para desvanecer la calumnia, y que usábamos de ellos para poner en claro el verdadero designio de su acto de proscripcion?

Cuando todo esto acontecia; cuando hasta el canton de Iscuandé, perteneciente á la provincia de Popayan, habia sido fascinado por el coronel Francisco García que lo ocupaba; cuando la libertad no tenia en su apoyo sino un puñado de hombres en la provincia de Casanare mandados por el ilustre general Moreno, y otro puñado en Popayan; cuando todos los buenos patriotas desesperaban de que el Gobierno legítimo y la Constitucion fuesen restablecidos; cuando los usurpadores multiplicaban sus tropas y dirigian divisiones enteras para someter los pocos lugares que resistian, ó para conservar en la mas estricta obediencia á los que habian sojuzgado; cuando, en fin, la antorcha de la esperanza estaba en sus últimos destellos, como por encanto se empezó á cambiar la escena.

Ya podiamos disponer en Popayan de 1,000 hombres de infantería y caballería pertenecientes á las milicias de ese canton y del de Almaguer, fuerza suficiente, no sólo para mantener la defensiva, sino tambien para tomar la ofensiva que meditábamos maduramente; ya algunos patriotas en la provincia del Socorro hacian su deber para combatir la tiranía; ya el general Moreno ha-

[illegible] habia podido organizar fuerzas de alguna consideracion para defender el interior de la provincia de Casanare; y ya algunos patriotas, del letargo, volvian en sí, y recobraban ánimo para siquiera [illegible] algunas noticias que nos pusiesen al corriente de lo que pasaba mas allá de un radio de treinta leguas de Popayan (a).

Pero no era esto solo lo que indicaba una segura reaccion: otro suceso [illegible] interesante vino á despejar un poco el horizonte político, á dar una fuerza mágica á la buena causa, y á desmoralizar á la vez los sectarios de la dictadura: ¡¡¡ la muerte de Bolívar!!!

Bajo estos auspicios tan favorables á la Libertad se presentó la aurora del año de 1831. La reaccion de los principios republicanos debia obrarse con el mismo grado de fuerza con que ellos habian sido abatidos en los últimos seis meses del año de 30. Ya no existia el talisman con que se embaucaba á los pueblos para forzarlos á ponerse bajo su dominio. No habia un solo hombre en la nacion que reuniera los títulos de Bolívar y su prestigio: Urdaneta, colocado provisionalmente en la silla de la dictadura, nó habria podido sostenerse en ella sino con la esperanza de que el héroe proclamado viniese á ocuparla; mas, rota la cadena de esta áncora, y sumida ella misma en el insondable abismo, ¿podria Urdaneta aspirar á llenar el vacío que dejaba Bolívar? De ningun modo: todo esfuerzo era inútil, y no habria producido otro efecto que el de convertirse en su daño. Pero el amor propio estaba interesado en la cuestion, y no permitia al gefe interino de la administracion usurpadora volver sobre sus pasos, restableciendo á los magistrados lejítimos, poniendo en vigor la Constitucion que habia hollado, y restaurando, en fin, todo el cuadro de la República en la forma que tenia antes de la malhadada revolucion del batallon Callao. Este era el único paso que debia haber dado, sino por patriotismo, al ménos por honor; y así habria restablecido un tanto su perdida reputacion; habria justificado de alguna manera, que habia sido obligado á ocupar ese puesto, como lo dijo cuando se posesionó de él; y habria ahorrado la sangre que se derramó para despojarlo del poder.

La sola idea que le ocurrió fué la de convocar un nuevo Congreso Constituyente para la ciudad de Leiva; remedio débil para el mal que aquejaba á la nacion. Ni era oportuno aplicarlo, ni los pueblos querian por mas tiempo ser el juguete de su maquiavelismo ó las víctimas de su ambicion. Ellos habian abierto los ojos, aunque un poco tarde, y su estupor desaparecia: nó pensaban ya sino en reconquistar sus derechos arrebatados con insolencia, y en dar una leccion terrible al tirano y á la tiranía, haciendo sufrir á ese la condigna pena del talion; y manifestando á ésta, que

no volveria nunca jamás á ocupar el puesto consagrado en esta tierra á la Libertad.

Por nuestra parte redoblábamos nuestros trabajos, preparándonos á la ejecucion del plan trazado. Nuestras milicias se disciplinaban; el entusiasmo subia de punto en ellas y en la masa del pueblo, y todo se colocaba en armonía para dar golpes seguros á la hidra, y ahuyentarla para siempre. Justo es decir, que el obispo de Popayan, Dr. Salvador Ximenez, nos ayudó eficazmente y de cuantas maneras le fué posible, para hacernos llegar á una posicion respetable, cuando en el mes de setiembre del año de 30 no contábamos sino con algunos oficiales del Estado Mayor, y retirados, y con un tambor y un pífano inválidos, ocupados inútilmente en recorrer las calles y las plazas tocando llamada, mientras el general Obando y yo nos paseábamos públicamente para hacer mas ostensible la ironía de nuestro bélico aparato.

Yo redacté en esa crísis un pequeño periódico intitulado «Boletin político y militar,» que se publicaba en Popayan, en el sentido que convenia á las circunstancias, periódico que, en mi ausencia, continuó bajo otros redactores.

A fines de enero todo estaba pronto para ponerlo en accion, y así lo resolvimos. El general Obando, con la mitad de la fuerza, se dirigió al pueblo de Guambia con el objeto de hacer un entretenimiento á la columna Posada, que se hallaba en La Plata, simulando marchar sobre ella, al paso que yo marchaba sobre el valle del Cauca, y me situaba en la hacienda de Mondomo, punto convenido de reunion. Mientras ésta se verificaba, yo mandé una partida al paso de la Balza, en el rio Cauca, con el fin de simular por esa parte el paso hácia el lado de Calí y distraer ó dividir la fuerza del enemigo, cuya estratagema surtió el efecto deseado.

Reunido el general Obando el 4 de febrero en Mondomo, marchamos de frente el 5 con nuestra fuerza, compuesta de unos 200 hombres de caballería y 800 de infantería, todos de las milicias de los cantones de Popayan y Almaguer, dejando algunas partidas de observacion á las órdenes del teniente coronel José Antonio Quijano, sobre los caminos de Pitayó y Guanacas, que conducen á La Plata.

El sargento mayor Juan Antonio Ibarra fué destinado de comandante de armas de Popayan, con las instrucciones necesarias para todo evento.

El coronel Zornosa, mi ayudante de campo, fué comisionado cerca del general rebelde con la intimacion de rendirse.

Hasta entonces ignorábamos la situacion positiva del enemigo; pero íbamos resueltos á buscarle de frente, en la seguridad de que, siendo sus fuerzas superiores, no nos escusaria una batalla;

y era con el fin de no dejarle reunir todas sus fuerzas que nos propusimos descender rápidamente sobre el valle del Cauca hasta lograr el objeto deseado. En Caloto dejamos al coronel Murray, nuestro gefe de Estado Mayor, encargado de velar ese punto con las milicias que debia reunir, asegurar la línea de comunicacion, y verificar otros negocios importantes.

El 7 logramos sorprender con una partida de caballería un destacamento de observacion de la misma arma que el enemigo habia situado sobre el rio del Palo, habiendo hecho prisioneros al oficial y la tropa que mandaba, con escepcion de uno ó dos soldados que se escaparon por los bosques. Allí supimos que el general de los facciosos Pedro Muguerza tenia su cuartel general en Santa Ana ó Candelaria: que el escuadron á que pertenecia el destacamento sorprendido, estaba situado en la hacienda de los Frisoles: que la division que mandaba, constaba de 800 veteranos, á saber: el batallon cazadores de Bogotá con 600 plazas, el escuadron Húsares con 150, y como 50 individuos del batallon Vargas. A mas de esto, nos informamos que Muguerza sabia ya nuestro movimiento, y que podia reunir como 1,000 hombres mas de las milicias de Calí y demás cantones del valle del Cauca, á cuyo efecto habia ya dado las órdenes convenientes. En consecuencia resolvimos marchar toda la noche, con la esperanza de sorprender al escuadron, y batir al otro dia el batallon de cazadores, y una parte de las milicias de Calí que se habian concentrado en el cuartel general enemigo, antes que el general Pedro Murgueitio se incorporase con las de Buga, Cartago, Palmira y demás cantones del Norte.

Sobre la marcha se nos presentó el capitan Guillin con 13 individuos mas, todos pertenecientes al escuadron de Húsares, que habian sido destacados en observacion nuestra; y nos manifestaron sus deseos de combatir en nuestras filas, noticiándonos, que el escuadron habia recibido órdenes de replegar al cuartel general de Murguerza, y que así lo habia verificado esa tarde. El coronel Zornosa regresó con la respuesta de Muguerza, reducida á significar, que estaba resuelto á repeler la fuerza con la fuerza.

Al amanecer del 8 llegamos á la hacienda de Quebrada-Seca, muy inmediata al pueblo de Santa Ana, y resolvimos hacer alto para dar algun descanso á la tropa, esperando que Muguerza vendria á atacarnos en ese punto; pero habiendo luego sabido que este gefe se habia situado en la Candelaria, á tres ó cuatro leguas mas allá de Santa Ana, esperando allí que se le reuniese el general Murgueitio, dispusimos seguir adelante por el camino del Espejuelo y Perodias, es decir por el flanco izquierdo del enemigo, que nos ofrecia un terreno mas despejado que el del camino recto, para poder maniobrar fácilmente en el combate. A las siete

y media de la noche llegamos al rio del Fraile, y pernoctamos allí para dar descanso á nuestros caballos.

El 9, al amanecer seguimos la marcha por la misma direccion, con el proyecto de pasar á retaguardia del enemigo, si este no se atrevia aún á darnos la batalla que nosotros le ofreciamos con nuestro atrevido movimiento. Era imposible dejar de creer que Muguerza no se hubiera movido á interponerse á nuestro tránsito, y en esta inteligencia marchábamos dispuestos al ataque, que esperábamos á cada instante. Pero lejos de esto, se nos dejó pasar sin oposicion alguna, casi rozándonos con el enemigo, en pleno dia y por un terreno bastante despejado, lo que puede atribuirse al poco conocimiento que tenia Muguerza del pais que estaba encargado de defender, ó á la confianza que le asistia de que no nos hallábamos en capacidad de emprender operaciones tan sérias como audaces. A eso de las cinco de la tarde llegamos á la villa de Palmira, y logramos interponernos entre Muguerza que quedaba á dos leguas á retaguardia, y Murgueitio que ya llegaba á Palmira con direccion á la Candelaria, á la cabeza de 300 hombres. Este recibió el aviso de nuestra presencia en aquella villa, y aunque lo dudaba, bien presto se persuadió de la evidencia del hecho, y huyó. Si hubiera sido prudente el perseguirlo, no hay duda que con uno de nuestros escuadrones se le habria dado alcance y batídolo en esa noche; pero por una parte, no debiamos diseminar la fuerza, cuando estábamos tan inmediatos al enemigo, que podia súbitamente atacarnos; y por otra parte, ya estaba cumplido el fin de no dejar replegar esa fuerza al cuartel general del enemigo, que era lo importante. Pasamos la noche en la hacienda de San Pedro, contigua á la villa, y desde allí comisionamos al teniente coronel Rengifo Palacios, comandante de las milicias de ese canton, y gefe que pertenecia al partido liberal, para que fuese á la Candelaria con el ostensible objeto de huir de nosotros, á dar la noticia de nuestra entrada en Palmira, y si le era posible [redacted] con el comandante Bustamante, gefe del batallon de cazadores, de quien teniamos motivos para esperar que obrara alguna cosa en nuestro favor; pero habiéndose Rengifo hecho sospechoso á Muguerza, éste le amenazó y le mandó preso á la guardia del principal, sin que le hubiese sido posible ponerse en inteligencia con Bustamante. Algunos partidarios se nos presentaron esa noche, entre ellos el teniente coronel Ignacio Cabal, y el señor Lino Ospina. Oportunamente nos proporcionaron algunos caballos de remonta, que nos fueron muy útiles. El coronel Eusebio Borrero, huyendo de los bolivianos, tambien se nos presentó al dia siguiente, cuando ya éramos vencedores.

El general Muguerza dudó que toda nuestra fuerza hubiese entrado en Palmira, pues sus espías y avanzadas no le habian dado

parte sino de haber visto pasar en esa direccion una partida de 25 hombres de caballería, que era exactamente la que marchaba á la descubierta, á un cuarto de legua de nuestra vanguardia; mas cuando se desvaneció su duda, y supo la retirada de Murgueitio, dispuso asaltarnos esa misma noche en nuestro campo de San Pedro, y marchó positivamente con este intento, habiendo llegado sin ser sentido hasta tiro de fusil; pero, segun se nos informó despues, el oficial Collacos, gefe de los facciosos de Calí, que se puede decir era la segunda persona de Muguerza, aconsejó á éste: «que era mejor esperar el dia y presentarnos una batalla, antes que atacarnos en nuestro campo, que nos presentaba la ventaja de estar circumvalado de un cerco de guaduas.» Ciertamente que el consejo no era fuera de razon, porque nosotros habiamos tomado medidas para no ser sorprendidos, y estando todo dispuesto para resistir un asalto, la probabilidad de repelerlo estaba en nuestro favor, bien que el asunto hubiera sido muy sangriento, como son todos los de esa naturaleza.

El comandante Rengifo pudo escaparse de la guardia, y, práctico como era del terreno, llegó á nuestro campo al rayar el dia del 10 de febrero, y nos advirtió de la aproximacion del enemigo, que inmediatamente descubrimos en la hacienda del Papayal, como á una milla de distancia, respaldado de un bosque, cerca del camino que dirige á la Candelaria, teniendo á su frente un platanar cercado, y una chamba ó foso antiguo, dentro del cual habia colocado como 150 hombres de infantería desplegados en guerrilla. Su caballería estaba á la izquierda en columna por pelotones, y el resto de su infantería á la derecha formada en batalla y respaldada del bosque. Las milicias de Calí, compuestas de todas armas, ocupaban el centro, que era en donde estada el platanar.

Al punto mismo nos pusimos en movimiento del modo siguiente: El escuadron Patia y 40 hombres de caballería de Timbío llevando todos á su cabeza al coronel Sarria, recibieron órdenes de adelantarse á galope con el fin de hacer un entretenimiento al enemigo, sin comprometerse formalmente, mientras se aproximaba al trote el grueso de nuestras tropas formadas en columna. El campo del lado nuestro era una planicie enteramente á nivel y sin un solo arbusto. Las guerrillas enemigas rompieron su fuego al aproximarse Sarria hácia donde estaba la caballería enemiga, la que tocó á degüello, é hizo un ensayo de cargar, que muy luego detuvo. Entretanto el batallon Popayan, mandado por el teniente coronel P. A. Sanchez, llegó sobre el centro, y desplegó en guerrilla, en línea paralela á la del enemigo, su compañía de cazadores mandada entonces por el teniente Francisco Diago (hoy capitan), y se empeñó luego el combate. Nuestra caballería cargó:

el batallon Popayan marchó con denuedo, y nuestras otras columnas á distancias regulares seguian el movimiento decididamente segun se les ordenaba; el general Obando siguió por nuestra izquierda á dirigir los movimientos, y yo me encargué de dar direccion á las operaciones de nuestra izquierda y centro. De suerte que en el término de la distancia fué derrotado el enemigo de la manera mas completa. La compañía de Vargas con algunos hijos de Calí, que opusieron por el centro mayor resistencia, fueron arrollados y lanceados. Muguerza huyó, y abandonando su caballo, pudo escaparse pié á tierra á beneficio del bosque, lo mismo que Collazos, y muy pocos de sus soldados. De resto, todo quedó en nuestro poder, gefes, oficiales y tropa. Los muertos del enemigo fueron como 80. De nuestra parte tuvimos fuera de combate al teniente coronel José María Cárdenas y 5 soldados muertos, y 16 de estos últimos, heridos. Nuestra tropa se comportó con bizarría, principalmente la que tuvo ocasion de batirse. Una victoria tan señalada debia producir los mas satisfactorios resultados, como precursora del completo restablecimiento de la Libertad, que muy pronto sucedió, como despues lo veremos. En esta batalla tuve necesidad de interponerme entre amigos y enemigos para hacer cesar el fuego de nuestra parte, que ya era innecesario, pero que no habia podido lograr con órdenes repetidas, que habia dado al efecto.

Por consecuencia de este próspero suceso ya quedaba libre todo el valle del Cauca; pero [illegible] positivamente, á Cali, para hacer [illegible] operaciones. Una columna siguió [illegible] la Buenaventura á las órdenes del sargento mayor A. [illegible], despues de haber desalojado de sus posiciones [illegible] al resto de los facciosos que se habia concentrado y [illegible] en aquel punto. Muguerza tuvo la fortuna de [illegible] en el puerto de la Buenaventura, en el que se embarcó para Panamá, y no paró hasta Cartagena.

Con la mitad de nuestra fuerza, ya aumentada con cerca de 400 soldados prisioneros que comprometidos al servicio de las armas restauradoras, el general Obando se dirigió hácia Cartago, como vértice del ángulo que forman los cantones de Quindío y Antioquia, para observar desde allí los movimientos que hiciera el enemigo del lado de la capital y de esta última provincia, y obrar segun conviniese. Yo quedé en Cali encargado de pacificar el país, y hacer ocupar las provincias de Buenaventura y el Chocó.

Antes de marchar el general Obando, fueron fusilados en Cali 4 de los oficiales prisioneros, que habian hecho traicion al gobierno legítimo y causado males de trascendencia. Sensible era

## CAPITULO XXIX.

Ocupamos á Cali.—Destacamos una columna hácia Buenaventura.—Ventajas que adquiere.—Muguerza huye y se embarca en aquel puerto.—El general Obando marcha á Cartago.—Su objeto.—Yo permanezco en Calí.—Mi objeto.—Son fusilados cuatro oficiales prisioneros.—Nos dirigimos al Vicepresidente constitucional interesándole á que se encargara del Poder Ejecutivo.—Su respuesta.—Nuestra situacion.—Un motin, que sofoco.—Se intima rendicion al general R. Urdaneta.—Ocupacion de la antigua provincia de Buenaventura.—Murguetio es capturado en Cartago.—Lo tratamos bien, y poco despues se le da libertad.—Un movimiento simulado del coronel Posada.—Desengañado éste de nuestro completo triunfo en Palmira y del estado de la opinion pública, entra en buenas relaciones con nosotros.—Comisiona al efecto al presbítero Geraldino.—Sé la buena disposicion de los soldados de Vargas.—El Ecuador se retrae favorablemente.—Algunas provincias otras se disponen á obrar contra el usurpador.—La de Neiva manda cerca de mí un comisionado.—Pronunciamiento del Cauca agregándose al Ecuador.

Por consecuencia de este próspero suceso ya quedaba libre todo el valle del Cauca; pero debiamos ocupar, como ocupamos positivamente, á Calí, para hacer allí la base de nuestras ulteriores operaciones. Una columna siguió á la lijera hácia la Buenaventura á las órdenes del sargento mayor A. Villamarin, despues de haber desalojado de sus posiciones de las Hójas al resto de los facciosos que se habia concentrado y parapetado en aquel punto. Muguerza tuvo la fortuna de encontrar un buque en el puerto de la Buenaventura, en el que se embarcó para Panamá, y no paró hasta Cartagena.

Con la mitad de nuestra fuerza, ya aumentada con cosa de 400 soldados prisioneros que comprometimos al servicio de las armas restauradoras, el general Obando se dirigió hácia Cartago, como vértice del ángulo que forman los caminos de Quindio y Antióquia, para observar desde allí los movimientos que hiciera el enemigo del lado de la capital y de esta última provincia, y obrar segun conviniese. Yo quedé en Calí encargado de pacificar el pais, y hacer ocupar las provincias de Buenaventura y el Chocó.

Antes de marchar el general Obando, fueron fusilados en Calí 4 de los oficiales prisioneros, que habian hecho traicion al gobierno legítimo y causado males de trascendencia. Sensible era

esta medida, pues nunca por nuestra parte se habia hecho derramar mas sangre que la necesaria para vencer; pero su severidad debe atribuirse al imperio de las circunstancias que así lo exijian para aplacar la ira de muchos de nuestros subordinados, que, de otra suerte, hubieran atentado contra la vida de todos los oficiales prisioneros. Así, esa ejecucion se hizo indispensable.

El primer paso que se dió despues de la batalla de Palmira, fué poner esta noticia en el conocimiento del Vicepresidente de la República, general Domingo Caicedo, quien se hallaba cerca de Ibagué, manifestándole al propio tiempo la necesidad de que, como autoridad constitucional, se declarase en cualquiera parte donde se encontrase, Encargado del Poder Ejecutivo por el destierro del Presidente, señor Joaquin Mosquera. Esta pieza se hizo seguir multiplicadamente por todas las vías de comunicacion, y ella llegó en efecto á manos del Vicepresidente, quien contestó que mientras el general Obando ó yo no nos situásemos en la provincia de Neiva con una fuerza respetable, no podia ceder á nuestras insinuaciones declarándose en ejercicio del Poder Ejecutivo, porque no habia quien le sostuviera en su puesto contra el general Rafael Urdaneta, cuya crueldad temia.» Esta comunicacion fué recibida á fines de marzo, tiempo en que ya estábamos bastante desembarazados, y bien podia marchar uno de los dos, el general Obando ó yo: aquel lo dejó á mi voluntad, y yo resolví seguir á la provincia de Neiva. Pero antes de entrar en la narracion correspondiente á ese período, diré cuál era nuestra situacion, y referiré otros incidentes ocurridos en aquel tiempo.

El comandante Villamarin, ayudado de algunos patriotas influentes, ocupó la provincia de Buenaventura, habiendo entregado el coronel García á su capital (Iscuandé), en virtud de una capitulacion; y suicidádose luego.

La provincia del Chocó, que nunca habia sido hostil á la causa de la Libertad, abrió sus relaciones con nosotros, y pronto cambiamos el estado de las provincias del Magdalena.

Los liberales de la ciudad de Cartago se levantaron contra el general Murqueitio, lo capturaron, y lo pusieron á nuestra disposicion. Este general fué destinado á Popayan, en donde, á poco tiempo de su llegada, fué generosamente puesto en libertad por el general Obando, habiéndole yo tratado con una distincion esmerada.

El canton de Calí, que habia sido el enemigo mas declarado de nuestra causa, se conservaba tranquilo; bien que Collazos y demas caudillos de la faccion habian rehusado presentarse al indulto que les otorgamos. La guarnicion de este canton constaba de unos pocos veteranos de los prisioneros de Palmira, y como 100 milicianos de los pueblos del Sur de Popayan, que se manifestaban

descontentos por la larga ausencia de sus familias y querian volver á sus casas á tomar descanso. Yo los entretenia con la esperanza de que les permitiria el descanso tan luego como regresasen á Calí 150 veteranos que habia conducido consigo el comandante Villamarin, y que yo le habia ordenado los pusiese en marcha para Calí con toda prontitud. Sin embargo, los oficiales de esas milicias instigaron la tropa, y la amotinaron para irse á sus casas sin esperar mi órden. Yo confieso que nunca creí que llegase este estremo, porque siempre me habia sabido conciliar el amor y respeto de estas gentes; pero cuando se me comunicó el motin, por el coronel Eusebio Borrero, y se me aseguró que la tropa estaba decidida á marcharse, y ya formada con armas y mochilas para salir de la ciudad, me dirigí al cuartel con mi espada ceñida, y logré sofocar el desórden, poner en prision á los oficiales rebeldes, y reducir la tropa á permanecer todo el tiempo que fuera necesario. Para lograrlo y hacer deponer cualquiera prevencion perniciosa que pudiera abrigar la tropa, me presenté precipitadamente ante las filas y dije: « ¿ Han recibido ustedes una gratificacion de un peso á cada uno que les he mandado ayer por conducto de sus gefes ? » — « No, mi general. » — « Pues les aseguro que así sucede con cuanto doy para ustedes; y de hoy en adelante toda distribucion de dinero y cualesquiera otros efectos se hará por mi mismo, pues sus comandantes se usurpan siempre cuanto destino para ustedes. » Al mismo tiempo les dije: «que en ese acto les iba á dar yo mismo la gratificacion; y en efecto, se la hice dar: les manifesté tambien que consideraba inocente á la tropa del acto de insubordinacion á que se la habia arrastrado por sus oficiales, las funestas consecuencias que resultarian de abandonarme y dejarme solo en un pueblo enemigo; el escándalo de un atentado semejante, el deshonor que caeria sobre ellos, y las esperanzas próximas de irse á descansar inmediatamente que me llegasen los soldados que ya debian estar en marcha de Icuandé.» Algunos de los soldados, y casi todos los oficiales subalternos me contestaron: « que ellos no querian abandonarme en ningun caso, ni cometer el escándalo de desertar; que pensaban que su marcha á Popayan en ese dia era dispuesta por mí, pues sus gefes no les habian declarado otra cosa, sino que ya debian retirarse; que positivamente desconfiaban de la honrosidad de dichos gefes en la distribucion de los intereses que yo les ordenaba dar, y otras cosas á este tenor.» Los comandantes Anaya, y Reina, quisieron muchas veces hablar, pero yo les prohibí bajo pena de la vida proferir una sola palabra en ese acto. Y por último hice amarrar á estos dos gefes y ponerlos en un calabozo, custodiados por la misma tropa, con advertencia de que ya no eran sus comandantes, y que yo me entenderia con los soldados para todo, etc. » De este modo so-

foqué completamente el motin, y quedé bien seguro de ser obedecido por los milicianos, cuya condicion conocia perfectamente, y por lo mismo, el modo de manejarlos.

El general Obando habia ocupado todo el pais hasta la Vega de Supia; y desde Cartago dirigia proclamas y cartas á algunos patriotas de la provincia de Antióquia y del interior de la Nueva-Granada, para que cooperasen á la obra de la redencion. Intimó tambien rendicion al general Rafael Urdaneta.

El coronel Posada, habia emprendido con la columna de su mando un movimiento en la direccion de Popayan, simulando seguir á tomar esa ciudad, para lo que habia pedido raciones á los pueblos del tránsito. Bien persuadido yo de que esa operacion no podia ser sino un simulacro, porque era indudable que, si Posada pasaba la cordillera iba á entregarse al sacrificio, no me alarmé; pero para no despreciar enteramente la noticia, destaqué al coronel Sarria con la columna de Timbio, á observar las maniobras de Posada, por el camino de Pitayó, y obrar segun los casos, para lo que le dí las instrucciones correspondientes. En efecto, el designio de Posada no habia sido otro que el de llamarnos la atencion por esa parte cuando supo nuestra marcha sobre Muguerza, ignorando que ya habiamos triunfado en Palmira. Luego que se desengañó, volvió sobre sus pasos, y procuró ponerse en inteligencia con nosotros, asegurándonos, que estaba dispuesto á pronunciarse contra Urdaneta, y que obraria en este sentido, disponiéndolo todo para cuando llegase el caso. A este efecto comisionó, por último, al presbítero José Joaquin Geraldino para asegurarnos de la buena fe de sus protestas; y que esperaba nuestra aproximacion para pronunciarse espléitamente. Yo habia sabido tambien por varios conductos, que la tropa de Vargas que se habia pasado é incorporado á la columna Posada, estaba mal contenta por falta de sueldo, y recordaba el tiempo que habia estado á mis órdenes, en que le sobraba todo, haciendo elogios de mi comportamiento en cuanto al esmero con que asistia al soldado. Efectivamente siempre que he mandado tropas he velado su buena asistencia, y jamas me he desayunado antes que lo hayan hecho mis soldados. Mi caballo ha servido muchas veces al enfermo, aún cuando yo haya marchado pié á tierra; y mi rancho y mi bolsillo no han estado nunca privados para la tropa. Como he sido soldado, he sentido el peso de sus necesidades, estudiado en la esperiencia su corazon, y sabido tocar á tiempo los resortes que lo estimulen al buen comportamiento, y lo hagan sufrir sin murmuracion. El ejemplo es el mejor móvil para hacer al soldado bueno, y quién sabe si á esto debo el no haber sido nunca vencido cuando he mandado en gefe, en grande ó en pequeño.

En el Ecuador se restablecia el órden, y el general Luis Urdane-

ta deponia las armas ante el general Flóres; á cuyo resultado contribuyó no poco el triunfo de Palmira, y la aptitud imponente con que nos presentábamos en el Cauca.

En las provincias del Magdalena se pensaba en sacudir el yugo, y aun habian ocurrido algunos hechos de que no estábamos todavia informados.

En Casanare se organizaba una fuerte division, y se preparaba á tomar la ofensiva.

En el departamento de Boyacá se notaban ya algunos síntomas de preparativos hostiles contra el usurpador.

La provincia de Neiva solo esperaba la presencia del general Obando ó mia para alzarse en masa contra la tiranía; y ya empezaba á hacer manifestaciones á este fin. Los habitantes de la capital comisionaron cerca de mí al capitan Alejandro Gaitan para significarme sus buenas disposiciones.

En los cantones del Valle del Cauca, se publicó la Constitucion Ecuatoriana, habiéndose reunido á esa República en los mismos términos que lo habia hecho Popayan.

# CAPITULO XXX

Parto para Bogotá.—Dejo al coronel E. Borrero encargado de la comandancia general del Cauca.—Un destacamento enemigo capturado íntegramente.—En lo que se ocupaba el general Obando.—Ordeno la ocupacion de La Plata.—Llego allí.—El coronel Vanegas se me presenta.—Su objeto.—Dejo instrucciones y continúo la marcha.—Llego á Neiva y soy bien recibido.—Lo que allí se me informa respecto de Posada.—Llego á Purificacion.—Encuentro sobre la marcha el hospital y parque del gobierno en retirada.—Medidas que tomé al entrar en aquella villa.—Soy bien recibido por el Vicepresidente, por los gefes y oficiales, por la tropa y por el pueblo.—Me informo inmediatamente del estado del enemigo y de el de la República.—Una treta de los dictatoriales.—Division Cundinamarca y su fuerza.—Me presento oficialmente al gefe del gobierno.—Declaro mi carácter de ausiliar.—Dificultades, que se allanan.—Soy nombrado general en gefe del ejército de operaciones.—Soy reconocido.—Mis primeras disposiciones.—Montada mi caballería me muevo en direccion al enemigo.—Lo que pretesto.—Lo que realmente debo hacer.—Disposiciones para conseguirlo.—Paso el Saldaña.—Ocupo el Guamo.—Doy nuevas órdenes para que me siguiese el resto de la division.—Llego á la Boca del rio Fuzagazugá.—Se habia contrariado una de mis órdenes para pasar el Magdalena.—El Vicepresidente me requiere á no pasar ese rio.—El gobierno teme el resultado de mis atrevidas operaciones.—Yo me esfuerzo en disuadirlo.—Una mision del general R. Urdaneta.—La recibo con las atenciones debidas.—Mando á ocupar el Peñon de Tocaima.—Doy cuenta de todo al gobierno.—Oportunidad del armisticio.—Ya el Vicepresidente á la Boca de Fuzagazugá.—Estando yo en el Peñon de Tocaima recibo órdenes para ir á la Boca.—Se celebra con mi intervencion el tratado de armisticio.—Por ambas partes debe ir una comision á Las Juntas de Apulo para tratar sobre el avenimiento.—Mi quartel general en el Peñon.—Incorporacion de algunas fuerzas.—Número de las ya concentradas allí.—En Las Juntas de Apulo se renuevan las comisiones y se celebra el tratado de reconciliacion, etc.—Personal de los comisionados.—Yo soy uno de ellos.—Soy muy considerado por el general Urdaneta, quien trata de escusar su decreto de mi proscripcion.—Me hace un bonito regalo.—Mis combinaciones y proyectos durante el armisticio.—Noticias que recibo sobre las ventajas adquiridas en Antióquia y Tunja.—El Vicepresidente sigue á la capital.—Yo me muevo lentamente en la misma direccion.—Recibo una escitacion del gobierno para ir pronto á Bogotá.—Causa de esta novedad.—Una nota mas exigente sobre lo mismo.—Obedezco, dejando instrucciones á los gefes de las diferentes fuerzas para obrar en su caso.

Tal era el estado de cosas el 6 de abril, dia en que emprendí mi marcha para la provincia de Neiva con sola una compañía veterana y mis ayudantes de campo los capitanes Gaitan, y mi secretario el teniente coronel Vicente Anaya. El coronel Eusebio Borrero quedó en Calí encargado de la comandancia general del Cauca, con solo la guarnicion de milicias de Popayan en ese canton;

aunque podia disponer de las demas tropas que estaban situadas en toda la estension de ese valle, y de la que regresaba de Icuandé y que todavía no habia llegado. Los indígenas de los pueblos de Tierra-adentro, Ibito y Guainas habian sorprendido de órden mia cerca de Lame un pequeño destacamento que el coronel Posada habia establecido, y no dejaron escapar ni un solo soldado.

El director de la guerra, general Obando, luego que se desocupase de las atenciones que le detenian en el Valle, debia seguir á Popayan con el fin de reunir las milicias y marchar contra la capital. Algunos de esos pelotones de milicias habian obtenido licencia para descansar en sus casas, mientras se les llamaba de nuevo al servicio activo.

Préviamente di órdenes al teniente coronel José Antonio Quijano para que se avanzase con sus partidas de observacion hasta La Plata, en consecuencia de haber sido evacuado ese canton por el coronel Posada; y en efecto al llegar yo á esa ciudad ya estaba Quijano en ella con cosa de 70 milicianos.

En el mismo punto se me presentó el coronel Vicente Vanegas, enviado por muchos gefes y oficiales liberales que habian logrado escaparse de la capital, á insinuarme la necesidad de adelantar mis marchas, y noticiarme de las buenas disposiciones que habia en todo el interior para restablecer el gobierno legítimo, etc. En consecuencia resolví seguir el mismo dia, dejando órdenes á Quijano y Prieto, que era el capitan de la compañía veterana, para que continuasen hácia el centro de Neiva, avanzando á medida que yo les hiciese las prevenciones convenientes, segun lo exigiesen las circunstancias.

Al tercer dia llegué á Neiva, en donde los patriotas, todos amigos mios, me recibieron con las mas grandes demostraciones de contento. Ya se habian pronunciado esplícitamente, y aún habia marchado un escuadron de milicias á la Purificacion, despues de haber tenido algunas diferencias con el coronel Posada, que marchaba con la misma direccion por la ribera izquierda del Magdalena, y cuya conducta les habia parecido misteriosa, ó poco franca.

Despues de haber tomado algunas disposiciones en Neiva, seguí para la Purificacion el 14 de abril, y llegué al destino la noche del dia siguiente, habiendo encontrado sobre la marcha el hospital y parque de la columna Posada, que se dirigia en retirada hácia Neiva. Procuré entrar en la Purificacion por el cuartel en donde estaba la infantería, y habiéndome detenido en la puerta, y anunciándome, observé el contento que recibian con mi presencia los soldados de Vargas á quienes distribuí discrecionalmente como ochenta pesos que llevaba en mi bolsillo con este fin; y tuve la complacencia de oirme victorear con entusiasmo por esos mismos

soldados, que poco antes me habian hecho traicion por las sugestiones de sus oficiales. El objeto de este paso debe ser advertido del lector: captarme la benevolencia de esos soldados, y asegurarme de su fidelidad. Igual conducta observé con el resto de la tropa veterana perteneciente á esa columna.

El Vicepresidente Caicedo, que habia espedido ya su memorable decreto declarándose en ejercicio del Poder Ejecutivo, me recibió con el cariño que le es característico, y me manifestó con muchas demostraciones la satisfaccion que sentia con mi presencia. Los gefes y oficiales todos, entre ellos el coronel Posada, se apresuraron á felicitarme; y aún los habitantes de la Purificacion, siempre buenos patriotas, me manifestaban el gozo que sentian con mi llegada.

Mi primer cuidado fué el de informarme esa misma noche del estado de cosas; y el resultado fué el siguiente, segun las noticias que se me dieron:

El general Urdaneta podia disponer de cosa de 4,000 veteranos de todas armas, y otros tantos milicianos de la sabána de Bogotá, que le era adicta. En caso urgente podia poner en pié en la capital 10,000 hombres. Una columna veterana, compuesta de sus mejores tropas, se hallaba en Tocaima, y aún se le suponia haber pasado ya el Magdalena y estar en la villa del Guamo, á cuatro horas á lo mas de la Purificacion. Por el temor de esta fuerza era que se habian puesto en retirada el hospital y el parque. Del lado de Casanare se hacian algunas incursiones sobre la provincia de Tunja. El coronel Neira habia asaltado en su cuartel de Ubaté, á la cabeza de un grupo de patriotas, una partida enemiga, y se hallaba haciendo la guerra de partidas en aquellos páramos. El general Antonio Obando y el teniente coronel Joaquin Barriga, tambien á la cabeza de partidas de patriotas, habian logrado ventajas sobre algunos destacamentos enemigos en la provincia de Mariquita. Del Magdalena se confirmaban las noticias de que los pueblos y aún una parte de las tropas conspiraban contra las autoridades usurpadoras; y en fin, por todas partes se hacia alguna vitalidad para restablecer el gobierno legítimo, y se manifestaban las mejores disposiciones para llenar este deber. El general Urdaneta tenia esperanzas de reunir el Congreso de Leiva; pero el decreto del señor Caicedo debia hacerle desesperar del suceso. En sus malignos consejos el general Urdaneta habia desterrado en los últimos dias muchas personas notables, y los cuarteles estaban llenos de presos políticos. Varias columnas enemigas se habian destacado á la provincia de Tunja para perseguir las partidas de patriotas, y defender por esa parte el pais de las tropas de Casanare. A mí se me consideraba muerto por una emboscada de facciosos despues de la batalla de Palmira, treta de los dictatoriales.

Esta columna, llamada ya division Cundinamarca, que se hallaba en la Purificacion, se componia de unos 200 infantes que llevaban el nombre de batallon Vargas, un escuadron veterano de Húsares con cosa de 100 hombres, y otro de las milicias de Neiva con una fuerza igual. A' mas se podia reunir un escuadron de 150 hombres en esa misma villa de la Purificacion; pero no estaban acuartelados. Un grupo de gefes y oficiales sueltos, que habian salido á escape de Bogotá, hacian tambien parte de esa fuerza.

Al dia siguiente (16 de abril) fuí presentado oficialmente al Vicepresidente por su secretario del Interior y relaciones esteriores señor Pedro Mosquera, prévia una conferencia, en la cual declaré « que me presentaba como un general del Ecuador auxiliar del Centro de Colombia hasta el restablecimiento del gobierno legítimo. » Yo no podia hacerlo de otro modo sin faltar á mis compromotimientos, y aunque se consideraba ésta una dificultad para el mando en gefe del ejército, que se me iba á confiar, despues de haber cambiado algunas palabras con mi interlocutor, todo quedó arreglado en la sustancia. El Vicepresidente me nombró en seguida general en gefe del ejército de operaciones, que yo designé con el nombre de «Ejército del Cauca y Cundinamarca,» porque no les parecia bien que usase de la calificacion de « *combinado* del Ecuador y del Centro, » en razon de no haber sido reconocida aquella República; pero de esta manera se conciliaron las dificultades de las palabras. El coronel José Manuel Montoya, que era uno de los escapados de la capital, fué nombrado, por insinuacion mia, gefe de Estado Mayor general del ejército. El coronel Posada conservó su empleo de comandante en gefe de la division Cundinamarca.

Reconocido en este carácter de general en gefe, en el instante mismo mandé hacer requisiciones de caballos, pues á pesar de la abundancia de ellos que hay en el pais, los escuadrones estaban casi á pié. Procuré cerciorarme sobre las noticias que se daban de la existencia de una fuerte columna enemiga en el Guamo, y nada pude adelantar sobre esto; porque estos rumores eran vagos : no habia un solo espía sobre el enemigo, porque no tenian con que pagarlo, segun se me respondió. Dí órdenes para que regresase el parque que estaba en retirada, y para que el teniente coronel Quijano y capitan Prieto siguiesen á marchas redobladas hasta donde me encontrasen, á menos que les diese órden en contrario; y, en fin, tomé cuantas medidas estaban á mi alcance para obrar activamente, aprovechando la oportunidad que se presentaba, y el efecto que debia hacer sobre el enemigo mi inesperada aparicion en sus cercanías, cuando se habia divulgado la falsa noticia de mi muerte.

A las cinco de la mañana del 17 ya tenia un número supera-

bastante [illegible] sido [illegible] nes de [illegible] con [illegible] guardados [illegible] aquel rio para [illegible] descuidado, pero llegué [illegible] lante otra vez, sino que en esos dias [illegible] venido como [illegible] hombres del batallon Callao hasta el Espinal, [illegible] y que se decia se habian retirado. Al dia siguiente [illegible] ñana ocupé el Espinal, y despues de haber prevenido que bajasen hasta el paso de la Boca de Fuzagazugá las barquetas que habia en el Magdalena arriba, me dirigí á dicho paso. Previne al mismo tiempo que el resto de la division se pusiese en marcha sin perder momento hasta alcanzarme, y espedí una proclama [illegible] y anunciando mi aproximacion á la capital [illegible]

Llegado al paso de la Boca de Fuzagazugá supe que efectivamente una pequeña columna enemiga habia estado [illegible] pasado á este lado, pero que se habia retirado ya. [illegible] pretendia del teniente coronel Juan Antonio [illegible] comandante del escuadron de Neiva, que se habia adelantado con algunos soldados á reconocer el pais, y habia tenido ocasion de disparar algunos carabinazos, uno de los cuales habia herido al comandante de la columna enemiga, capitan Iturbide. No encontré en el paso sino una barqueta inútil, en donde con mucho riesgo podian pasar dos ó tres hombres á la vez. En vano esperé largo tiempo la llegada de las barquetas que habia ordenado descender, pues no parecieron. En estas circunstancias resolví verificar el paso en la barqueta inútil de que he hablado, y mientras esto se hacia recibí una insinuacion escrita del Vicepresidente, en que me decia que no pasara el Magdalena, porque esta operacion era peligrosa en esas circunstancias.» Tambien se me hizo entender que la marcha del resto de la division habia sido entorpecida, de temor de que yo la comprometiese en un lance desigual. Yo contesté al Vicepresidente, significándole la necesidad que habia de obrar activamente, y despues de algunas reflexiones, le suplicaba me dejase la libertad de hacer lo que yo creia convenir, puesto que me habia hecho el honor y la confianza de darme el mando del ejército y la direccion de sus operaciones.

En esos momentos se presentó en el paso una mision del general Urdaneta, compuesta de los señores doctor Vicente Borrero y Raimundo Santa-María, la cual tenia por objeto proponer una suspension de armas, mientras su comitente se podia entender con la autoridad constitucional, á efecto de transigir amistosamente las desavenencias. Yo recibí esos señores con la urbanidad debida,

[illegible] llegada al Vicepresidente, [illegible] que se entenderia mi [illegible] Fusa[illegible] hasta obtener [illegible] del encargado del Poder Ejecutivo. Con [illegible] habia yo prevenido [illegible] Espina marchase con un piquete de caballería hasta el [illegible] de Tocaima, á obtener noticias positivas del enemigo, y conservarse allí mientras por alguna accidente no fuese obligado á retirarse; pues de este modo podia hacer valer el *uti possidetis*, en el caso de celebrar el armisticio; y cabalmente la línea del Peñon de Tocaima era la que me convenia ocupar en aquellas circunstancias, hasta reunir allí una fuerza capaz de obrar de firme, segun lo aconsejasen los posteriores acontecimientos.

Mas oportunamente no podia habérsenos ofrecido el armisticio, porque yo nunca habria podido todavía dar un paso mas allá de Tocaima. El Vicepresidente fué en persona á la Boca de Fusagasugá, y me hizo venir del Peñon en donde ya me hallaba con mi caballería, para que con intervencion mia se celebrase el tratado de suspension de hostilidades, que efectivamente se celebró por un tiempo limitado, quedando convenidas ambas partes á enviar sus comisionados al sitio de las Juntas de Apulo para tratar del principal objeto : el avenimiento.

Entre tanto, situado mi cuartel general en el Peñon de Tocaima, se incorporaron las dos compañías á las órdenes del comandante Quijano y capitan Prieto, y algunas partidas de voluntarios de la provincia de Neiva, el escuadron de la Purificacion; que hice situar en el paso de Fusagasugá, á seis leguas á mi retaguardia, por la mejor comodidad para mantener los caballos. Multitud de personas, que huian del usurpador, vinieron á ofrecer sus servicios, la mayor parte jóvenes llenos de entusiasmo, con los cuales se compuso despues otro escuadron. Es decir, mi fuerza ascendia por todo á unos 750 hombres, la mitad veteranos.

Reunidos el Vicepresidente, y el general Rafael Urdaneta en las Juntas de Apulo el 26 de abril, y nombrados los comisionados, á saber : por parte del gobierno su secretario del Interior y Relaciones esteriores señor Pedro Mosquera, el coronel Posada y yo, y por la del general Urdaneta, el doctor José María del Castillo, el señor Juan García del Rio y el general Florencio Ximenez, se firmó y ratificó un tratado, en virtud del cual los disidentes reconocian al gobierno legítimo, á quien debian prestar juramento de obediencia y fidelidad, y el gobierno otorgaba una completa amnistía general al partido contrario. Estas eran, en sustancia, las principales cláusulas del convenio ; las otras eran puramente accesorias ó referentes á garantir su cumplimiento : era cuanto los enemigos podian esperar de la generosidad del gobierno, y cuanto éste podia racionalmente conceder.

Durante las conferencias de Apulo recibí muchas muestras de estimacion de parte del general Urdaneta, á cuyas órdenes habia yo servido otras veces. Entre estas manifestaciones se contenia la de un secreto arrepentimiento por su decreto en que me habia proscrito, y que una política mal aconsejada le habia arrancado, segun sus propias palabras. Ambos nos separamos reconciliados, y el general Urdaneta me hizo el presente de un par de magníficas pistolas que le habia regalado el duque de Montebello, con la recomendacion de que este personaje las habia llevado de Paris destinadas al general Bolívar, á quien no habia podido entregárselas, y á ese tiempo ya era muerto.

Durante el armisticio yo tuve ocasion de dirigir comunicaciones á todas partes, anunciando mi aproximacion, y combinando la manera de concentrar en un punto dado las fuerzas que obraban en diferentes direcciones, segun lo prescribiesen las circunstancias.

Cuando se concluyó el tratado de Apulo se me dieron noticias vagas de que el general Moreno se habia avanzado con las tropas de Casanare hácia la provincia de Tunja, y que habia batido en Serinza la division usurpadora al mando del general Justo Briseño; que el coronel Salvador Córdoba, siendo conducido preso á Cartagena con una fuerte escolta, se habia escapado, y con el mismo destacamento habia vuelto sobre el interior de la provincia de Antióquia, reunido algunos patriotas, y batido en Sonsn, Yolombó, Abejorral y Santuario las tropas del gobierno intruso, á las órdenes del coronel Castelli. Estas nuevas tan interesantes se confirmaron pocos dias despues.

Al otro dia del tratado, el Vicepresidente Caicedo siguió á Bogotá á ocupar la silla del Poder Ejecutivo, y yo empecé á moverme hácia el mismo destino, aunque lentamente, para dar lugar á la concentracion oportuna de todas las partidas que obraban del lado de las provincias de Tunja y Mariquita.

Sobre mi marcha recibí una escitacion oficial del gobierno para que me adelantase y entrase en Bogotá con prontitud, en razon de los temores que infundia el general Moreno, quien habia hecho indicaciones de no obedecer lo estipulado en Apulo. Otra nota, todavía mas exigente, recibí en la Mesa de Juan Diaz, y no pudiendo resistir á órdenes tan perentorias, determiné entrar en la capital con solo el Estado Mayor, mis ayudantes de campo y nuestros asistentes, dejando al coronel Posada las instrucciones necesarias para marchar con cautela hasta el pueblo de Serrezuela, distante unas cinco leguas de Bogotá, en donde debia permanecer mientras yo no le previniese otra cosa en contrario, ó no se lo exigiese algun acontecimiento imprevisto. Igualmente le dejé otras prevenciones, y tambien puse en conocimiento de los generales

Moreno y Antonio Obando mi resolucion de entrar en Bogotá, previniéndoles lo conveniente para todo caso. Ya se habian reunido algunos hombres mas, y una partida de la Mesa al mando de los patriotas Olayas; de suerte que la division constaba como de unos 900 hombres, todos capaces de llenar su deber llegado el caso, pero no bastantes para asegurar un triunfo sobre el ejército del usurpador, cuyos gefes daban, ó mas bien muchos de ellos, muestras de mal contento por el tratado de Apulo; y á esto se agregaban los repetidos avisos que me dirigian multitud de personas de la capital, « de que se trataba de asesinarme cuando me hallase allí, y batir luego en detall las tropas que iban á mis inmediatas órdenes y las del general Moreno que se acercaba á Cipaguirá, siete leguas al Norte de la capital. » Obrando como obré lo conciliaba todo: obedecer al gobierno, aun con riesgo inminente de mi vida, y no esponer las tropas libertadoras á un fracaso. La prudencia aconsejaba no aventurar un lance en aquellos momentos, en que todo se disponia para asegurar el triunfo sin el mas remoto peligro, caso que el enemigo obrara insidiosamente. En mis filas tampoco faltaban espíritus díscolos que no se conformaban con rendir á Urdaneta por capitulacion, é intentaban precipitarme.

---

## CAPITULO XXXI

Entro en Bogotá.—Disposiciones sospechosas del enemigo.—Me felicitan el general y oficiales de Urdaneta.—Hago reunir esos oficiales y pronuncio un discurso.—Su respuesta, dada por Ximenez, es capciosa.—Mi disimulo y modo de inspirarles confianza.—Los capitulados prestarán el juramento convenido.—Ironía ó inercia de ese acto solemne.—Proyectos de los disidentes.—Ordenes que doy para frustrarlos.—El Vicepresidente quiere saber la causa de una órden que yo habia dado.—Se entabla un diálogo.—Ximenez furioso.—Mis recelos.—Ordenes al oficial de guardia del Vicepresidente.—El general Juan Gomez me hace ofrecimientos.—Documentos que me instruyen de la mala fé del enemigo y de un atentado que premedita contra mi vida.—Disimulaba yo los peligros.—Mis esfuerzos no se realizan.—El general Moreno no cumple fielmente mis órdenes y compromete la existencia de la legitimidad.—Salgo de Bogotá.—Burlo las asechanzas del enemigo.—Pernocto en Fute.—Llego á Serrezuela.—El ejército era ya imponente.—Un hecho inesperado.—Conducta brillante del coronel Posada.—El general Antonio Obando es nombrado mi segundo en el mando del ejército del Sur.—Parto para Cipaguirá.—Me escapo de ser muerto por un centinela amigo!—Llego á Cipaguirá.—Tengo una conferencia secreta con el general Moreno.—Logro inclinarlo al buen camino.—Regreso á Serrezuela.—El Vicepresidente me anuncia venir á Fontibon para arreglar la entrada en Bogotá.—El Vicepresidente en Fontibon.—Conferencia.—Conducta imprudente de algunos de nuestros amigos.—Ella pone en riesgo el honor del ejército.—Mi comportamiento salva ese peligro.—Marcho con el ejército del Norte y Sur.—Vivaqueamos en Techo.—Cuál habia sido mi conducta en la sabana de Bogotá.—Sigo la marcha.—El enemigo me manda una intimacion.—Mi respuesta.—Me preparo al combate.—El Vicepresidente se presenta en mi campo.—Observaciones que me hacen él y uno de sus ministros.—Mi satisfactoria contestacion.—El Vicepresidente regresa á la plaza.—Un incidente muy importante.—El ejército Libertador en conatos de motin.—Mis reflexiones lo calman por el momento.—Doy cuenta al Vicepresidente y le hago algunas indicaciones.—Contestacion del gobierno.—Un estraño concepto del Vicepresidente.—Reflexiones.—Replico enérgicamente.—Otro acontecimiento.—Mi lenidad indispensable.—El gobierno reconoce su posicion, y obra con más decision.—Un nuevo conato de motin en el ejército.—Lo domino con mi energía.—Contramarcha á Techo.—Comisiono los gefes que debian recibir la tropa y efectos de guerra de la plaza.—Vivaqueamos en Techo.—Precauciones.—Se nos incorpora otra columna de Popayan.

Entré pues en la capital en los primeros dias de mayo cuando todavía los facciosos se mantenian en sus puestos, y aún activaban la instruccion de sus tropas; como que pasé á casa del Vicepresidente por el medio del batallon Callao, que maniobraba en guerrilla en la plazuela y calle de San Agustin. Muy poco despues de mi entrada fuí felicitado por el general Florencio Ximenez y parte de sus oficiales; pero noté que faltaban casi todos los gefes

que figuraban en aquel ejército. En consecuencia ordené que se reuniesen en la casa de dicho general Ximenez, á donde me dirigí á la hora prevenida, y allí, juntos los generales, gefes y oficiales del usurpador, escepto el general Rafael Urdaneta, que ya no tomaba parte en nada, les dirigí un breve discurso, por el cual les manifesté mis mejores deseos de una franca y completa reconciliacion; la generosidad del gobierno en haberles concedido una plena amnistía, cuando podia haberlos forzado á perecer ó rendirse á discrecion, y últimamente, les exhorté á la obediencia al gobierno, y á mi autoridad como general en gefe de sus tropas, protestándoles que yo estaria siempre de su lado para hacer que los tratados de Apulo tuviesen su mas puntual cumplimiento, aunque para esto fuese necesario emplear la fuerza contra cualquiera que intentase quebrantar lo estipulado en ellos, con tal que de su parte no diesen motivo para otra cosa.

Por toda respuesta se me dijo muy friamente por su general Ximenez, «que ellos estaban prontos á sostener el gobierno, y obedecer mi autoridad siempre que yo no les ordenase nada contra los tratados de Apulo; pero que, habiendo sabido que las tropas que yo conducia no habian prestado el juramento esplícito y formal de sostener esos tratados, creian que esto podia haber sido omitido con el ánimo de no ligar á mis tropas con el solemne compromiso de sujetarse á los convenios espresados.» Yo bien conocí todo el sentido de esta respuesta; pero procuré disimularlo, porque así me convenia, y me contenté con proponer que se nombrase un gefe para que como comisario fuese en mi compañía á mi cuartel general de Serrezuela á presenciar el juramento que se echaba menos, y que yo no habia exigido con materialidad á las tropas de mi mando porque los tratados no lo exigian testualmente, y porque ya se suponia, en el mismo hecho de haberlos ratificado el gobierno legítimo, que ellos tenian fuerza de ley desde que se publicaron. Ximenez me respondió que el juramento era de imperiosa necesidad, como que sus tropas lo habian prestado ya. Yo no puedo asegurar si esta exigencia era efecto de su ignorancia supina, de su recelo, ó de una suspicacia meditada, que era lo mas probable.

Efectivamente, ese mismo dia se habia recibido á las tropas que estaban bajo el mando de Ximenez el juramento referido; pero varias personas que presenciaron ese acto en la plaza de San Victorino me refirieron que todo habia sido una farsa, pues aun se habia preguntado á los cuerpos del modo siguiente: ¿Jurais sostener el gobierno de Apulo? en vez de: ¿Jurais obedecer y sostener el gobierno constitucional de la República, representado por el Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo, y todas las cláusulas contenidas en los tratados de Apulo? Pero

aquel juego de palabras tan equívoco y acompañado como habia sido de la burla, manifestaba bien á las claras las miras insidiosas de sus autores, miras que se descubrieron por otros muchos hechos que iremos viendo en el curso de este capítulo.

Habiéndoseme asegurado con datos que tenian el carácter de la verosimilitud, que uno de los planes de Ximenez, en caso que no les diese yo la ocasion de batirnos en detall, era el de hacer montar sus tropas de á dos hombres en un caballo, y seguir á marchas forzadas hácia Cúcuta, en donde se hallaba todavía el general Carrillo con una columna de facciosos; con el fin de poder emprender nuevas operaciones, ya reunidos á Carrillo, bien sobre el territorio de Nueva-Granada, ó bien sobre el de Venezuela, cuyo gobierno habia hecho cubrir su línea del Táchira con una division, y que para lograr este fin debian salir de Bogotá al cerrar la noche, y tomar el camino de la Cabrera, que los alejaba de la observacion del general Moreno, acampado en Cipaquirá, á cuya prevencion tenia Ximenez algunos depósitos de caballos, y entre ellos como 300 ó 400 empotrerados cerca de Funza; ordené de consiguiente al coronel Posada que se echase sobre estos últimos para remontar nuestra caballería y entrar en Bogotá con algun lucimiento.

Luego que Ximenez supo que esos caballos estaban en poder de nuestras tropas, reclamó del procedimiento ante el Vicepresidente, quien me hizo llamar para que le informara sobre el particular en presencia de Ximenez, y se entabló el diálogo siguiente:

El Vicepresidente dirigiéndose á mí: « Quiero saber lo que hay sobre los caballos que se han tomado en un potrero de Funza. »

El general López: « Sabiendo que esos caballos existian allí, y necesitándolos para que nuestra caballería entre con mas decencia en la capital, ordené al coronel Posada que los tomase con cuenta y razon. »

El general Ximenez dirigiéndose á mí: « Pero usted no ha debido tomar esos caballos sin mi conocimiento, porque ellos pertenecen á la division de mi mando. »

El general López: « Como la division que usted ha mandado está ya bajo mis órdenes como general en gefe del ejército, y como por otra parte esos caballos son de la propiedad de la República, yo no he tenido inconveniente en disponer de ellos para un acto del servicio; tanto mas cuanto que usted no los necesita. »

El Vicepresidente dirigiéndose á mí: « Lo que estraña el general Ximenez no es que se hayan tomado los caballos, sino que no se le hubiese dado un aviso prévio, como que estaban bajo su responsabilidad. »

El general López: « Yo no considero que esta sea una falta; pero si V. E. la considera tal, le suplico me escuse en consideracion á las buenas intenciones que la han motivado. »

El general Jimenez, durante el diálogo, manifestaba su rabia con mil movimientos alterados y fuertes contorsiones, llevando sus manos á la cabeza y haciendo ademanes de tirar su sombrero contra el suelo; pero sin replicar mas, se retiró precipitadamente y casi sin despedirse.

Este suceso aumentó mis temores de que se pusiese en obra alguna felonía para desembarazarse de mi persona, lo que signifiqué al Vicepresidente, y en su virtud se dieron órdenes al oficial de su guardia, capitan Manuel Urdaneta, jóven que, aunque servia á los facciosos, nos garantia su fidelidad; se dieron órdenes, digo, de que observase precauciones, y repeliese la fuerza con la fuerza, caso de algun atentado contra la casa del Vicepresidente, previniéndole al mismo tiempo que, si se le iba á relevar, manifestase «que tenia órdenes de Su Escelencia para continuar de *planton*, y no abandonase el puesto.»

El general Juan Gómez (que tambien servia en el ejército usurpador) con quien habia tenido yo una buena amistad desde el año de 1819 que le conocí en el Apure, y que desde el principio de nuestras desgraciadas disensiones intestinas me habia hecho ofertas de ayudar al sostenimiento de la Libertad, acaso por gratitud á un oportuno servicio que habia recibido de mí, tuvo ocasiones de recordarme sus antiguos ofrecimientos en circunstancias en que podia positivamente acreditarlo. Yo le habia instruido que preparase con cautela la opinion de la tropa, y que si se trataba de no cumplir con mis órdenes, ó desconocer de hecho la autoridad del gobierno, obrase de modo que pudiera hacer se pasase á nuestro campo uno de los cuerpos de infantería sobre que él tenia mas influencia, y así me lo habia prometido.

A mas de esto, yo tenia espías de confianza aún entre los cuarteles y pabellones de los rebeldes, que me noticiaban de cuanto merecia mi consideracion, y me manifestaban de continuo sus recelos de la mala fé de los gefes y oficiales, de sus secretas juntas, de las murmuraciones contra mí y de sus disimulados aparatos de movimiento. Los avisos de infinidad de personas de la capital se multiplicaban incesantemente, asegurándome que se me acechaba, y rogándome me guardase bien para no ser asesinado. Entre otras cosas se me decia: «que el general Justo Briseño, con los restos de su division derrotada en Serinza, acampado del lado de San Victorino en el sitio llamado Garzon, se habia encargado de matarme, poniendo al efecto una partida oculta en uno de los fosos laterales al camino de Fontibon, que debia disparar sus fusiles sobre mí y mi Estado Mayor al pasar para Serrezuela.

Yo salia, sin embargo, á la calle y paseaba manifestando confianza é ignorancia de cuanto se tramaba. Para mí no habia ya una duda de que se meditaban nuevos golpes funestos á la Patria, al

Gobierno, [illegible]; pero él [illegible] tanto esperaba un pretexto para llegar [illegible] Moreno [illegible] á Serrezuela, como se lo habia yo prevenido, satisfecho que, en las circunstancias, debia frustrar los designios pravos de sus enemigos, y asegurar la existencia del régimen legal, porque creía que se daban pruebas por parte de Moreno de obedecer las órdenes emanadas de una autoridad legítima, y porque estando [illegible] pactas las fuerzas del Sur y del Norte, era imposible al enemigo intentar atacarlas con la esperanza de vencerlas. Pero el general Moreno no se movia de Cipaquirá ni contestaba, mas que en términos ambiguos y sospechosos, á mis intimaciones, que me decidieron á salir de la capital al tercer dia de mi llegada y dirigirme cerca de él.

Para evadirme de los lazos que bien podian haberme tendido los facciosos en la via directa para Serrezuela, ordené que algunos de nuestros asistentes, con los pequeños equipajes que conducian, saliesen ostensiblemente por el camino de Fontibon que es el que conduce en rectitud para Serrezuela, y que propalasen que yo les seguia despues por el mismo camino. Esto verificado, esperé que se aproximase la noche, y entonces salí en la opuesta direccion hasta San Victorino, y desde allí me desvié á todo galope guiado por un buen práctico y atravesando potreros y pantanos, pues entonces llovia á torrentes y estaba toda la sabana inundada, llegué á la hacienda de Fute, en donde pasé el resto de la noche con algunas precauciones, en medio de sus propietarios, los señores Quijanos, que me hicieron mil atenciones, cuyos servicios habian prestado á la Patria, y continuaban prestando. Yo estaba muy enfermo, necesitaba de reposo, la noche era oscurísima y el tiempo malo.

Al dia siguiente (8 de mayo) estuve muy temprano en Serrezuela, en donde se habia ya concentrado el general Antonio Obando y el teniente coronel Joaquin Barriga con las columnas que mandaban, y á mas se habian reunido una columna de milicias de Facatativa y otros patriotas de diferentes partes, en términos que ya esa division constaba de unos 1,000 á 1,300 hombres.

Durante mi ausencia habia ocurrido la novedad siguiente, que refiero como una nueva prueba de que los enemigos trabajaban activamente y de todas maneras para sobreponerse al gobierno legal.

El coronel Posada habia ordenado marchar en la vanguardia al batallon Vargas, á las órdenes de su comandante José Fernando Vargas, autor del motin de las compañías que se pasaron al usurpador desde el pueblo de Inzá, suceso de que ya me he ocupado en otra parte. Este gefe, que tenia órdenes de hacer alto en la Boca del Monte, ó sea Barroblanco, hasta que llegase allí el resto

de la division y que su comandante general [illegible] había marchado ya [illegible] de Paito, y que hacía un ángulo recto con el que debía tomar la division hácia [illegible], y que [illegible] el tránsito en [illegible]. Cuando el coronel Posadas salió de aquel punto y se informó de esta novedad, [illegible] persuadido que el designio de Vargas no podía ser otro que el de entregar ese cuerpo al enemigo, y quitarnos de este modo la única infantería de que podíamos disponer, resolvió seguir [illegible] batallon, y habiéndole dado alcance en la hacienda de Paito, [illegible] se puso á la cabeza del cuerpo, que era inocente del procedimiento de Vargas; suspendió á éste de sus funciones de comandante, lo redujo á prision, y así lo mandó á los pueblos de retaguardia.

Despues de haber dado al general [illegible], en su carácter de mi segundo, las instrucciones para todo caso, seguí el mismo dia para Capinota, no obstante las lluvias sin interrupcion y el mal estado de mi salud. Al llegar á esa villa, á las [illegible] de la noche, un centinela de las guardias avanzadas del general Moreno dió el quién vive? y sin esperar respuesta hizo fuego, con la fortuna de haber errado, no obstante la poca distancia.

[illegible] encontré al general Moreno reducido á la cama por sus enfermedades, y ninguna cosa me indicaba que esa division pensase en moverse. Como las circunstancias eran urgentes, pedí al general Moreno que hiciese retirar la multitud de gente que le rodeaba, á efecto de conferenciar con él, lo que se verificó. El resultado fué persuadirle de la necesidad de obedecer mis órdenes con sumision y confianza, entregar inmediatamente su division á Serrezuela, y prevenirlo contra las sugestiones de algunas cabezas [illegible] que le imbuian á no obedecer ninguna clase de autoridad hasta despues de haber destruido el antiguo partido boliviano; no obstante que, desde la muerte de su gefe, el general Bolívar, habian desertado muchos de sus adeptos y colocádose del lado de la antigua oposicion. Hubo quienes hubieran propuesto al general Moreno declararse dictador, movidos sólo por el deseo de una implacable venganza. Asi mismo se me habian hecho en la [illegible] de Juan Diaz indicaciones, por medio de un [illegible] de Cipagaira, de tomar la [illegible] de la dictadura; pero el desden que yo mostré, poniendo en ridículo semejante [illegible], hizo [illegible] el [illegible]. El general Moreno era buen patriota y de excelentes intenciones; pero conveniendo [illegible] para que algunos de sus consejeros no le obligasen á dar pasos impolíticos y perniciosos [illegible] en otra parte. Este gefe, que [illegible]
[illegible]

neral Moreno, partí muy temprano para mi cuartel general de Serrezuela, despues de haber dejado ya en camino los preparativos para marchar en el mismo dia las tropas de la division Casanare, que, segun los informes, constaban de unos 1,800 hombres de infantería y caballería, siendo de esta última arma la mayor parte. Dí cuenta al gobierno del satisfactorio resultado de mi entrevista, y, en consecuencia, el Vicepresidente me previno que el 14 por la mañana vendria á Fontibon con el general Florencio Ximenez, para que, de acuerdo con el general Moreno y conmigo, se arreglase el modo de hacer nuestra entrada en la capital.

El 14 se reunió la division Casanare á la de Cundinamarca entre Cuatro Esquinas y Serrezuela.

El mismo dia se verificó la entrevista referida, la cual no fué muy plausible para mí, porque algunos gefes y otras personas que no querian dejar solo al general Moreno, se tomaron la libertad de dirigir diatribas al general Florencio Ximenez, en presencia del Vicepresidente y mia, lo que me disgustó estremamente; pero yo no podia en ese caso hacer otra cosa que aconsejar la moderacion y la tolerancia, de temor de agriar mas los ánimos de aquellas personas, y causar tal vez una sedicion que hubiera sido deplorable si yo hubiera tomado otro tono del que convenia. El general Ximenez corria, por otra parte, un riesgo inminente de perder la vida si le faltaba mi proteccion y apoyo, que imploró de mí, y que yo le prometí. Esto hubiera sido un descrédito para el Ejército Libertador, cuya mancha no se habria lavado en los siglos. Otros disgustos semejantes ocurrian entre algunos oficiales de la comitiva de Ximenez y los nuestros. Sin embargo, se convino en que el ejército debia entrar en la capital al dia siguiente, y que, para verificarlo, los cuerpos que obedecian á Ximenez saldrian alternativamente de la plaza á mi aproximacion, con el objeto de incorporarlos al ejército para que la ceremonia de la entrada fuese mas espléndida, y se diese una prueba de bulto de la refusion de los partidos confundiéndose unos con otros los beligerantes. El 12 me moví con las dos divisiones hácia Bogotá, y pernocté en Techo, distante de aquella ciudad como legua y media.

Durante mis correrías en la esplanada de Bogotá, infundia en aquellos habitantes que habian sido tan hostiles á la causa de la libertad, los principios republicanos, la justicia de la causa que yo defendia, el poder de la opinion pública pronunciada contra los usurpadores del gobierno legítimo, y la necesidad de la paz; y procuraba hacerme conocer de ellos para inspirarles confianza, pues los enemigos me habian pintado con los colores mas negros. Puedo jactarme de haber sacado un buen partido de esas gentes, pues aunque los usurpadores intentaron reunirlos de nuevo en contra del Ejército Libertador, no pudieron conseguirlo.

moví

El 13 por la mañana continué mi marcha, satisfecho de que se verificaria en ese dia la entrada del ejército en la capital. Al llegar al llano de Garzon, que se puede decir es uno de los arrabales de Bogotá, se presentó el general de los rebeldes, Vicente Piñeres, enviado por su general Ximenez á intimarme oficialmente: «que se habia resuelto morir con las armas en la mano antes que obedecer mis órdenes de que saliesen los cuerpos alternativamente á incorporarse con el ejército, y que me preparase al combate, para el cual todo estaba dispuesto, y no se esperaba sino su regreso á la plaza para salir á batirse.» Yo le contesté: «diga usted á su general que si tal es su loca resolucion, el campo que ocupo servirá de tumba á él y á los que le obedecen; que aunque ya habia creido de buena fé que ese dia era el de mi gloria por el término honroso y pacífico de nuestras disensiones domésticas, ya no seria sino el de la venganza que tanto habian provocado los enemigos, cuanto yo habia tratado de evitar. Diga usted, por último, á su general, que espero cumplirá en esta vez su palabra, si tiene bastante valor para medirse con mi invencible ejército.» Piñeres me replicó: «Señor general: no hay ejército ninguno que pueda ser invencible: la suerte de la guerra es vária.» «Bien, le dije, cumpla usted con su encargo, y, al hacerlo, persuádase usted que el ejército de mi mando es hoy invencible.» Piñeres se despidió, y siguió á galope á dar cuenta del resultado de su comision; pero regresando hácia mí, me preguntó: «¿Serán bien recibidos los que abandonando las tropas de la plaza vengan á incorporarse á las del gobierno?» «Sí señor, le respondí.»

Dispuse el ejército para el combate, en términos que no se escapase uno solo de los enemigos: hice abatir algunas paredes y allanar fosos, y bien seguro del triunfo que me prometia una legion que, aunque compuesta en su mayor parte de ciudadanos sin disciplina, era muy superior en número al enemigo, y su moral se aumentaba en proporcion que se disminuia la de éste. Ya contaba yo con mas de 3,500 hombres, y mi caballería era escelente: á cada instante se aumentaban mis fuerzas con la llegada de grupos de patriotas armados, y de algunos oficiales y soldados pasados de la plaza. Si hubiera tenido armas, me habria sido fácil reunir lo menos 2,000 hombres mas; pero la falta de éstas me habia obligado á prevenir que no admitiria en el ejército sino las partidas que viniesen armadas del modo que les fuera posible; no tenia, por otra parte, necesidad de mas hombres, que en este caso me habrian embarazado y multiplicado los gastos en la subsistencia, sin producir provecho alguno.

Todo estaba dispuesto para esperar la salida de las tropas de la plaza, cuando recibí órdenes del Vicepresidente para no dar un paso adelante, anunciándome que iba á salir en persona á mi

campo para arreglar el asunto. En seguida se presentó [illegible] con algunos acompañamientos, y fué recibido con los honores correspondientes.

Reunidos en una casa de San Victorino el Vicepresidente, acompañado del doctor José María del Castillo, que era uno de sus ministros, se conferenció conmigo en presencia de varios gefes del Ejército Libertador. El Vicepresidente y el señor Castillo me significaron que los gefes de la plaza abrigaban desconfianzas y temores de las tropas del Ejército Libertador, que se fundaban: primero, en su rápida aparicion sobre la capital, cuando no esperaban mi entrada hasta esa tarde ó el dia siguiente; segundo, en que se habia despedido para sus casas los cuerpos de milicias, cuando ya todo estaba tranquilo y nada tenia que temer de las tropas que habian sido enemigas; y tercero, en la conducta que la víspera habian observado con el general Ximenez y los que le seguian varias de las personas de mis tropas; que para hacer cesar estos temores era preciso que yo me retirase á Fontibon, mientras se disponia la salida de los cuerpos en los términos en que se habia convenido; pues sin esta circunstancia era difícil que Ximenez obedeciese, y que en este caso seria necesario derramar mas sangre y originar otras malas consecuencias. » Yo manifesté en contestacion: « primero, que en una distancia tan corta como la que habia de Serrezuela á Bogotá, no era motivo de estrañeza el que al dia siguiente de lo convenido en Fontibon se verificase la entrada del ejército, verificada la cual serian mas antes licenciados los cuerpos de milicias, y se ahorrarian los gastos que en ellos se hicieran mientras mas retardara dicha entrada; segundo, que de ninguna manera habria sido prudente despedir en esas circunstancias los cuerpos de milicias, ya porque no se habia perfeccionado el restablecimiento del gobierno y del órden constitucional, que era el objeto que los habia conducido, ya porque los milicianos deseaban, por vanidad, entrar armados en la capital, y merecian bien que se les otorgase esta gracia; tercero, que la conducta observada la víspera con Ximenez y algunos de sus compañeros, habia sido improbada por mí, y que de este desahogo imprudente no se deducia que el Ejército Libertador intentase cometer un acto de felonía, pues, en tal suposicion, Ximenez habria sido sacrificado desde el dia anterior; y cuarto, que no me parecia honroso ni útil el retirarme á Fontibon despues de haberme presentado en las puertas de la ciudad; y quinto, que persuadido el gobierno de que yo sabia apreciar mi reputacion, podia dar á los gefes de la plaza las seguridades necesarias de que serian respetadas sus vidas y propiedades, siempre que se sometiesen á lo últimamente convenido en Fontibon. »

Despues de haberse hecho reflexiones de parte y parte para apo-

var lo que se habia establecido por base de la conferencia, el Vicepresidente resolvió volver á su casa y usando su genio demasiado bondadoso y contemporizador, para tranquilizar á Ximenez y persuadirlo de la rectitud de mis intenciones, quedando yo comprometido á no moverme de mi puesto mientras las tropas de la plaza no me obligasen á otra cosa.

Antes que se supiese el efecto que los pasos conciliatorios del Vicepresidente hubieran producido en el ánimo de Ximenez y sus gefes, sobrevino otra ocurrencia tan desagradable, que pudo haber causado un motin en el ejército, capaz de haberlo trastornado todo y aún hecho cambiar la faz de la suerte por algun tiempo, costado torrentes de sangre y males de mucha trascendencia. Los oficiales Galarza y Toledo, sin licencia mia, y contraviniendo á mis terminantes y repetidas órdenes, de conservarse todo el mundo en su puesto, habian entrado en la ciudad animados del deseo de ver á sus familias, y en una de las calles escusadas fueron atacados alevosamente por un grupo de húsares de Ayacucho, pertenecientes á las reliquias de la division del general Justo Briceño, vencida en Serinza. Galarza murió de los lanzazos que se le dieron, y Toledo herido, fué conducido prisionero á uno de los cuarteles de los rebeldes. Inmediatamente que este suceso se propaló en el ejército, los gefes, oficiales y aún la tropa empezaron á prorumpir en espresiones de venganza y muerte contra los usurpadores, ardiendo en deseos de asaltarlos en sus cuarteles. Los generales y principales gefes que estaban á mis órdenes, se dirigieron á mí llenos de furor, pidiéndome entrar en la plaza y dar el asalto que se proponian. Yo, que participaba de su justa ira, mas no de su proyecto de asalto, recogí todas mis fuerzas para revestirme de la prudencia necesaria, y les exorté de esta manera: « Los oficiales que han sido víctimas de su estrema confianza merecian bien su suerte por su desobediencia, probada con su entrada á la ciudad y el abandono de sus puestos contra las prevenciones que yo he dirigido al ejército; pero no por esto miraré con indiferencia este acontecimiento. Yo reclamaré contra él; pediré que los asesinos sean puestos á mi disposicion para hacerles sufrir el juicio y la pena correspondientes, demandaré esplicaciones; y si éstas no fuesen satisfactorias, ofrezco á ustedes que el crímen no quedará impune, y que obraremos en consecuencia del modo que debe obrarse en semejante caso. Esperemos el resultado de mis reclamaciones, y segun él, tomaremos las medidas que nos aconsejan nuestro deber, nuestro honor y el bien de la Patria. Entretanto, es necesario moderarse y acallar las censuras y murmuraciones. ¿ Creen ustedes que en la posicion ventajosa en que nos encontramos, sin tener nada que temer del enemigo, seria prudente aventurar la suerte del ejército, dando un asalto en

sus fuertes cuarteles, cuando tiene fuerzas suficientes, municiones, artillería; y lo que es mas, el despecho, para hacer una defensa vigorosa, que segun la buena crítica, le produciría ventajas que en ningun otro caso puede [redacted]? Y aun suponiendo que nosotros cojiésemos la palma de la victoria, ¿no consideran ustedes que ella nos costaria una gran cantidad de sangre preciosa, que estamos en el caso de economizar, pues tenemos en nuestras manos mil otros arbitrios para hacer rendir á esos insensatos, quizá sin perder un solo hombre? Ustedes saben bien que las batallas no deben librarse sino cuando las circunstancias urgen y no hay otro medio de vencer; pero nosotros no estamos en ese caso. Si el enemigo es bastante atrevido para presentarnos un combate fuera de sus cuarteles, usaremos de nuestras armas y lo venceremos seguramente; pero de lo contrario, reducido como se halla, abandonado de la opinion y sin esperanza ninguna de recibir socorros de fuera, es evidente que lo rendiremos muy pronto, y tal vez sin disparar un solo tiro. En este instante voy á ocuparme de pedir los reos del asesinato, y las esplicaciones del caso, dando cuenta al gobierno de cuanto ha pasado.»

Este discurso produjo por el momento el resultado que yo esperaba. Los gefes se retiraron manifestando confianza en mis procedimientos, y la murmuracion del ejército se acalló un tanto; ó mas bien se disimuló el desagrado cuanto era posible, que era á lo que yo podia aspirar en ese estado de efervescencia. Al momento dirigí la nota del caso; y manifesté al Vicepresidente el estado de las cosas, proponiéndole saliese de la capital, y tomase, si lo queria, el mando del ejército, asumiendo toda la responsabilidad del caso hasta volver á la silla del encargado del Poder Ejecutivo, cuya autoridad no podia ser ejercida con la libertad debida, mientras los rebeldes no fuesen sometidos por la razon ó la fuerza.

El Vicepresidente me contestó: «que no se hallaba en el caso de abandonar su puesto; que ya habia dado órdenes para que los asesinos de Galarza y Toledo fuesen puestos en prision, y se diesen las esplicaciones del caso; previniéndome no diese un solo paso sin recibir préviamente sus órdenes y añadiendo á esta respuesta la insinuacion, de que era mejor obedecido por las tropas de la plaza, que por el ejército de mi mando.» Esto último me agravió sobremanera, y confieso que, si las circunstancias no hubieran sido tan delicadas, y no hubiese considerado que mi presencia era de vital necesidad á la cabeza de ese ejército, habria dimitido el mando, y sujetádome á los azares de la fortuna, antes que sufrir con resignacion una injuria tan atroz. ¿Qué mas podia exigir el gobierno de mí y del ejército en esos momentos de angustias y de irritacion? Yo registraba mi conciencia, y no hallaba el

cion que no hubiera hecho incurrir en el desagrado del Vice-presidente: al contrario, habia yo obrado con tal deferencia á su voluntad, que hasta hoy conservo el arrepentimiento de no haber sido un poco mas inflexible. Así habria evitado, al menos, los continuos riesgos que habia corrido y corria mi vida por causa de mi estrema condescendencia. Mi situacion era demasiado crítica, y no sé si otro en mi lugar hubiera obrado con mas cordura, prudencia, tino y prevision, porque así convenia á los intereses y crédito del gobierno y de sus restauradores. ¿Pretenderia acaso el Vicepresidente que yo licenciase los milicianos, que el general Moreno retrocediese á Casanare, y que yo solo entrase en la capital con 400 veteranos á recibir la ley de los rebeldes, que aún disponian de mas de 2,000 soldados disciplinados y agüerridos? ¿Habria sido esto prudente? ¿habria sido útil? ¿habria sido siquiera posible hacer regresar al general Moreno? Creo que no se necesita sino de sentido comun para juzgar que no debia obrar sino como obré, conciliándolo todo, y acallando, unas veces con buen modo y otras con la energía necesaria, los clamores del ejército, que no pedia sino venganza, ni veia en el Vicepresidente sino un hombre que con buenas intenciones, y con la mejor buena fé, comprometia la causa de la restauracion, comprometiéndose á sí mismo por el poder de su bondad.

Empero, refrenándome hasta lo sumo, á pesar de mi carácter impetuoso, resolví mandar nuevamente cerca del Vicepresidente al coronel José Acevedo, para que le pusiese de manifiesto las circunstancias en que nos hallábamos, y la necesidad de hacerse obedecer de las tropas de la plaza, espresándole al mismo tiempo: «que si Su Escelencia no obraba así y no salia de la plaza, lo declararia cautivo y obraria, en tal concepto, como mas conviniese á la Patria, pues yo no podia considerarlo libre mientras se hallase rodeado de los gefes de los rebeldes; y que este juicio se habia fortificado con sus últimas insinuaciones, tan fuera de propósito como injustas.»

De esta manera agotaba yo los últimos arbitrios de imaginacion para estimular al Vicepresidente á obrar con mas firmeza y convencerlo de que su voluntad no seria ejecutada sino en tanto, en cuanto estuviese en armonía con el objeto cardinal de restablecer al gobierno legítimo y las instituciones patrias, quitando á los facciosos todo medio de dañar en lo sucesivo. Me conciliaba tambien la confianza de los gefes que me obedecian, para conservar así mi autoridad hasta la perfeccion de la obra, pues las murmuraciones por la lenidad con que se obraba no habian desaparecido enteramente, y de esto se me consideraba mas culpable que al mismo Vicepresidente, porque se veia en mí las riendas del poder material, que existia en el ejército, sin reflexionar que no estaba en

nuestro crédito, ni en los intereses bien entendidos de la libertad, obrar como se queria, es decir, desconsideradamente.

Tan no estaba apaciguado el furor del ejército, que uno de los oficiales de las tropas de Casanare, burlando la vigilancia de las avanzadas, y estraviando calles, habia entrado en la ciudad, y desafiado á combate singular al general Infante y otros oficiales de los rebeldes, que no quisieron aceptar la lid; y yo no creí prudente hacer al oficial la severa reprension que merecia, contentándome con manifestarle á solas mi desagrado, y aconsejándole que no repitiera tal cosa. Si yo hubiera impuesto una pena al oficial por su inobediencia, es indudable que habria sido desobedecido, y que á la desobediencia de mi autoridad hubiera seguido la del gobierno, y al fin todos habrian sido presa de la mas horrible anarquía.

El Vicepresidente tomó en efecto medidas mas sérias á consecuencia de mi protesta; y en su virtud se logró casi todo lo que me habia propuesto, pues me hizo entender á poco rato: « que los húsares culpables del asesinato de los dos oficiales estaban ya presos, y serian juzgados por la autoridad competente; que los gefes de las tropas de la plaza eran inocentes del atentado de aquellos soldados, pues éstos habian obrado por su propia voluntad y sin órdenes ningunas; y finalmente, que dichas tropas serian puestas á mis órdenes esa misma noche, para lo cual yo debia mandar gefes que tomasen el mando de los diferentes cuerpos; pero que, siendo ya muy tarde, suspendiera mi entrada en Bogotá hasta el dia siguiente, tanto para que ésta fuera mas lucida haciéndola en pleno dia, cuanto porque de este modo habria tiempo de preparar cuarteles y alojamientos cómodos para todo el ejército, y que me retirase á pernoctar en Techo, sin cuidado alguno. »

Esta respuesta, que al momento hice trasmitir al ejército por conducto del gefe de Estado Mayor General, fué causa de un nuevo conato de motin que se descubrió en todas las clases. Yo me ocupaba de contestar al Vicepresidente, que todo seria hecho como Su Escelencia lo prevenia, cuando el espresado gefe de Estado Mayor General me participó que los generales y gefes, colocados en sus respectivos puestos, decian; « que de ninguna manera darian un paso atrás, y que, por consiguiente, la órden de pernoctar en Techo no seria obedecida, pues todos generalmente protestaban que allí pasarian la noche en pié antes que hacer un movimiento retrógrado, fundándose en que esto los desacreditaba; y que por otra parte, durante la noche podian ser sacrificados no sólo los gefes que iban á tomar el mando de los cuerpos, sino tambien los patriotas habitantes de la capital, que estaban mas comprometidos que nunca por las demostraciones de regocijo que habian hecho

[illegible] montó á caballo resuelto á pere[illegible] y á viva voz ordené: [illegible] so pena de ser [illegible] esta órden, y pre[illegible] en el órden inverso en que estaban [illegible] con mi Estado Mayor. La [illegible] de manera que la marcha [illegible] fúnebre que la de un ejército [illegible] á Bogotá lo habia hecho con una [illegible] todo el contento de que iba poseido.

[illegible] los gefes que debian tomar el mando de [illegible] y dejé muchos espías encargados de co[illegible] observasen. Una de las conjeturas de nuestros celosos oficiales era, que los rebeldes habian insistido en que nos [illegible] de la capital para ejecutar su plan de salvarse á caballo por [illegible] con la esperanza de reunirse en Cuenca al general [illegible]. Mi opinion era que, aunque esto fuera posible, [illegible] distancia no era tanta que no les pudiéramos dar alcance, [illegible] yo de saber sus movimientos á la media hora de [illegible] en ejecucion, y teniendo una caballería tan bien [illegible]. Nunca di asenso á una presuncion semejante, porque en el estado de [illegible] habria sido una locura de los rebeldes tratar de escaparse de ese modo, en el temor de ser alcanzados [illegible] infaliblemente, mientras que todos los lugares por donde intentasen pasar, los habrian hostilizado y opuéstoles obstáculos en su marcha, pues el entusiasmo era ya general en favor de la libertad y en odio á los mandatarios del tiempo de la usurpacion.

En la noche del [illegible] vivaqueamos en Techo, y por precaucion, y porque las casas no eran suficientes para contener todo el ejército, la mayor parte de la caballería pernoctó á campo raso y con las armas en la mano, á pesar del frio y de la lluvia. En ese dia se incorporó al ejército una columna de 200 hombres de la provincia de Popayan al mando del coronel Juan Gregorio Sarriá.

El 14 lo pasamos en las mismas posiciones á causa de no haberse podido verificar á buena hora la recepcion de las tropas de la plaza y de los efectos de guerra que en ella se contenian.

## CAPITULO XXXII

E 15 de mayo entro en Bogotá á la cabeza del ejército.—Entusiasmo de la poblacion.—Arengo al ejército.—Felicito al Vicepresidente á nombre del ejército.—Disuelvo en público el batallon Callao.—Remito su bandera al Consejo Municipal de Popayan.—La política del gobierno es atribuida á debilidad.—Juntas secretas de los oficiales liberales y otras personas de diferentes gerarquías.—Me insinúo con el Vicepresidente, quien me manifiesta las causas de su conducta tolerante, dándome seguridades de que el disgusto desaparecerá con sus ulteriores medidas.—Se calman un tanto los ánimos.—El Vicepresidente ofrece convocar una Convencion Constituyente. —Los liberales pretenden la modificacion de dos de los artículos del proyecto.—Un complot muy sério.—Se me invita á una junta sediciosa.—Doy cuenta al Vicepresidente, y con su beneplácito me presento en la junta.—Su presidente me anuncia el objeto.—Mi contestacion.—Discursos de algunos exaltados de la junta.—Entretanto hablo al oido al general Moreno y lo pongo en razon.—Nuevos discursos.—Un rapto de despecho, que produce los mejores efectos.—El general Moreno apoya mis indicaciones.—Se calma algo la efervescencia.—Se redactan proposiciones para el Vicepresidente, y se me comisiona para presentarlas.—Doy cuenta de mi comision al Vicepresidente.—Su respuesta.—Toma varias medidas necesarias.—Habla con el general Moreno y logra convencerlo.—Se licencian varios cuerpos de milicias.—Otras buenas noticias.—Casi toda la antigua Nueva Granada se halla ya libre.—Espedicion al Istmo.—Buenos resultados.—Son fusilados dos jefes facciosos.—Me ocupo en la organizacion y disciplina del ejército.—Visito algunos lugares inmediatos de órden del gobierno.—Hago en Tunja una conquista.—Se licencia otras fuerzas.—Ofrecimiento que hago al jefe del gobierno de Venezuela.—Contestacion del general Páez.—El Sr. Joaquin Mosquera me manda una espada.

El 15 de mayo tuvo lugar mi entrada en Bogotá á la cabeza de un ejército de 6,000 hombres, el mayor que se habia visto reunido en esa capital. El júbilo del pueblo era inesplicable. Los balcones y ventanas y aún los techos de muchas casas estaban cubiertos de espectadores, que celebraban con vítores continuados el dia fausto de su redencion : una lluvia de flores caía sobre nuestras cabezas arrojadas por las manos de un pueblo entero que bendecia á sus libertadores : las campanas, las orquestas y los cohetes resonaban por todas partes en medio del regocijo universal. Yo arengué al ejército manifestándole en breves palabras : « que estaba ya completa la obra de nuestra mision gloriosa, y que no nos restaba mas que realzar con nuestra moderacion en los cuarteles, con nuestra ciega obediencia al gobierno, y con nuestra sumision á la ley, el mérito que habiamos contraido en los campos de batalla. »

Llegado á la plaza principal me presenté con el Estado Mayor al Vicepresidente para felicitarle, á nombre del ejército, pedirle órdenes, y darle cuenta que iba á proceder á la disolucion del batallon Callao, en presencia del gefe de la administracion, del pueblo y de las tropas. En seguida se verificó esta operacion solemne en la misma plaza, y dejó de existir el nombre del cuerpo que primero se sustrajo á la obediencia de las autoridades legales, y sirvió de base á la detestable conspiracion que en agosto del año pasado derrocó al gobierno, y con él la Constitucion del mismo año. La bandera de este batallon fué remitida por mí al Consejo Municipal de Popayan para que se conservase en su sala como perpetuo recuerdo de que al patriotismo y denuedo de los hijos de ese pais se debia principalmente el restablecimiento de la Libertad, y de que habian ellos sabido cumplir su palabra de morir ó anonadar la tiranía. Este dia es, sin duda alguna, uno de los mas faustos de mi vida, y espero que la posteridad lo recordará con beneplácito.

En medio de un ejército tan numeroso era imposible que no hubiese algunos mal intencionados, que halagados con la esperanza del botin que se les habia escapado de las manos, gracias á mis esfuerzos apoyados por algunos de mis ilustres compañeros, era imposible, repito, que no ocurriesen sucesos desagradables. Efectivamente, una pandilla de la caballería de Casanare cometió algunos robos, y aún causó dos muertes para el logro de su intento; pero mis investigaciones activas descubrieron bien pronto á los perpetradores de tan horrendos crímenes, y personalmente pasé á su cuartel, los hice prender y entregar al juez civil correspondiente, bajo cuyo tribunal fueron juzgados, condenados á muerte y ejecutados. Sea dicho, sin embargo, en honor del ejército, que estos fueron los únicos escesos que se cometieron, y que el castigo condigno siguió muy luego al atentado.

La entrada de los restauradores en la capital no era todo lo que deseaba el partido republicano, sino tambien la plena seguridad por la conducta que observara el gobierno, de que nada habia ya que temer por parte de los bolivianos, á quienes debia ponerse en incapacidad de amenazar la existencia del órden legal. Así es que el celo de los liberales se exaltaba demasiado viendo al encargado del Poder Ejecutivo todavía rodeado de las personas que habian figurado en las escenas pasadas, ya al lado del dictador Bolívar, ya al del usurpador Urdaneta; mientras que los generales, gefes y oficiales que habian servido á las órdenes de este último aún se paseaban ufanos en la ciudad, no obstante la promesa que se habia hecho de que todos ellos saldrian del pais inmediatamente. En consecuencia de esto, y de otros motivos que referiré muy luego, se calentaban las cabezas de los exaltados, se

tenian juntas secretas presididas por el general Moreno con presencia de la mayor parte de los gefes y oficiales y de personas muy notables de las otras clases de la sociedad, y en ellas se formaban planes proditorios y escandalosos. Yo que era informado puntualmente de estas cosas, estaba en guardia continuamente, contando con la fidelidad de un batallon y un escuadron de la division Cundinamarca, cuyos gefes no tomaban parte en el complot; y al mismo tiempo daba cuenta al Vicepresidente de cuanto llegaba á mi noticia, proponiéndole tomar algunas medidas que tranquilizasen los ánimos exaltados. El Vicepresidente oia mis insinuaciones, y me daba seguridad de que todo se haria sin estrépito y en el tiempo oportuno; que Urdaneta y demas oficiales peligrosos saldrian del pais luego que hubiesen arreglado sus asuntos, para lo cual les habia permitido permanecer por el tiempo puramente indispensable, y que el Ministerio se cambiaria lo mismo que el Consejo de Estado, á cuyo efecto estaba haciendo sus combinaciones, de modo que el partido liberal quedase contento y el vencido no le atribuyese abuso de autoridad; y últimamente, que el general José María Obando, muy próximo ya á la capital, estaba designado para Ministro de Guerra y Marina, cuyo nombramiento no podia ser mas satisfactorio para el partido vencedor.»

Con estas seguridades se acallaban un poco los que manifestaban temores que no estaban enteramente desnudos de fundamento; pero no quedaban bien satisfechos á causa de la tardanza en las medidas que esperaban.

Otra de las prendas de seguridad que el Vicepresidente presentó al partido liberal, fué el decreto convocando una Convencion para reconstituir el pais con entera libertad, puesto que Venezuela habia resistido á la invitacion que le hizo el Congreso de 30, de adherir á la Constitucion reincorporándose á Colombia; y puesto que los departamentos del Sur se habian constituido en un Estado separado. Pero los descontentos dedujeron argumentos de este mismo decreto para aumentar su desconfianza, fundándose: primero, en que siendo demasiada la base de poblacion que se habia determinado para cada Representante, el pais no seria suficientemente representado como lo exigian las circunstancias; y segundo, que habiéndose fijado, entre otras cualidades, la de tener 30 años por lo menos para ser diputado á la Convencion, la Patria se iba á privar de las luces de muchos ciudadanos que no habian llegado todavía á esa edad, y sin embargo, eran de mucho provecho, y merecian bien ocupar una silla en la Constituyente.

Este conjunto de razones estimuló con mas fuerza el fervor de los liberales; en términos que, reunidos en una asamblea muy

concurrida, y presidida por el general Moreno, se habia tomado la resolucion de echarse sobre Urdaneta y sus oficiales, quién sabe si para sacrificarlos; y probablemente (lo que no puedo asegurar) se habia deliberado no obedecer mas al gobierno y nombrar un dictador, hasta la reunion de la Convencion, debiendo comenzar este, por modificar el decreto convocatorio, al contento de los que lo elevaran á ese puesto. Yo sé de una manera evidente que se habia ofrecido al general José María Obando la dictadura, y que éste la rehusó con dignidad.

Uno de los puntos acordados en aquella junta era el de hacerme comparecer para intimarme su resolucion, y comprometerme á tomar parte en sus malignas deliberaciones. Esto sucedia como á las ocho de la noche.

Despues de haber dado órdenes para que el batallon y escuadron de que he hablado se dispusiesen á rechazar la fuerza con la fuerza en caso de un tumulto, y haber puesto en noticia del Vicepresidente lo que ocurria, tomé sus instrucciones y me encaminé á la casa de la junta, en donde encontré reunidos casi todos los gefes del ejército, muchos otros ciudadanos de respetabilidad é influencia, y el general Moreno presidiendo el acto muy formalmente. Manifesté luego : « que cediendo á sus deseos me habia presentado allí, aunque ignoraba el objeto de esa reunion. » El general Moreno tomó la palabra, y despues de haberme espresado todo cuanto he referido, concluyó por decirme : « que el Vicepresidente no merecia la confianza del ejército y de los demas ciudadanos porque nada ejecutaba de cuanto prometia; y que en tal estremo, era necesario tomar por sí mismos las medidas capaces de alejar á los enemigos de la libertad, y asegurar la República hasta ponerla en manos de la Convencion. » Muchos otros sugetos tomaron la palabra en el mismo sentido, sin darme tiempo á replicar, y pronunciaron discursos tan sanguinarios, como sediciosos y subversivos del órden. Cuando á repetidas instancias mias, se me permitió hablar, lo hice en los términos siguientes, ó semejantes:

« Señores, yo participo del mismo celo que anima á ustedes para conservar sin temores ni sobresaltos los preciosos bienes que hemos reconquistado : tampoco cedo á ustedes el lugar del patriotismo, pues toda mi vida pasada puede presentarse como testimonio de mi amor á la República y á los principios democráticos. Pero difiero de ustedes en cuanto á los medios que debieran adoptarse para la consecucion de los fines que ustedes se proponen; y, sin investigar qué medidas serian las que se adopten, me basta saber que ellas serian tomadas por ustedes mismos, como se ha dicho, para no conformarme con esta idea tan fuera de propósito como escandalosa.

» ¿ Hay aquí un solo patriota que, ultrajando al gobierno legítimo y la santidad de las leyes, intentara abrogarse facultades que no le han sido otorgadas constitucionalmente, y tomase en su virtud medidas de hecho, para aterrar á nuestros antiguos enemigos? ¿ Hay uno solo que quisiese hollar la Constitucion, y con la espada en la mano amenazase las garantías sociales, se sobrepusiese á la autoridad constituida, y obrase apasionadamente por el estéril como vergonzoso deseo de una venganza criminosa? Pues digo á ustedes que el que tal pensase no es patriota, no ama el pais, ni quiere el honor y lustre del Ejército Libertador. Ningun argumento mas fuerte de retorcion pudiera ofrecerse á nuestros enemigos, ninguna justificacion mas completa pudiera presentárseles. ¿ Porqué es que los hemos combatido, porqué hemos venido hasta esta ciudad trayendo en triunfo el pabellon nacional? ¿ No ha sido porque nuestros adversarios despreciaron las leyes y derrocaron el gobierno? ¿ No ha sido por restablecer el imperio de esas mismas leyes, y reinstalar á ese mismo gobierno en el puesto que le habian usurpado el despotismo militar y una ambicion desenfrenada? ¿ Y no es por esta conducta que hoy se cubre de honor y gloria el Ejército Restaurador? Y obrando en contrario ¿ qué se diria de nosotros? Nada menos se diria, sino que nuestras intenciones no habian sido otras que reemplazar á los anteriores mandatarios, y gobernar como ellos, á nuestro antojo: que nuestro objeto no habia sido restablecer la libertad, sino oprimir al pueblo, invocándola?

» Se quejan ustedes de la bondad con que obra el Vicepresidente, y yo convengo en que ella es escesiva; pero al mismo tiempo no desconocerán ustedes, como no desconozco yo, que la conducta del señor Caicedo no encubre ninguna intencion siniestra; que ella es el natural producto de su genio siempre inclinado á obrar el bien y no afligir ni á sus mas mortales enemigos; que este mismo genio nos ofrece la facilidad de sacar partido de su contemporizacion; y que no dudo lo sacaremos, sin necesidad de ocurrir á medios violentos que nos harian perder en un instante la suma de reputacion que hemos ganado en tantos años y nos arrojaria en un océano de calamidades y deshonra. Yo me comprometo á ser el mediador entre ustedes y el gobierno; y me atrevo á asegurarles, que el Vicepresidente hará todo cuanto le sea posible hacer, principalmente alejar á los que nos han rendido las armas, porque esta providencia está en los mismos intereses de ellos, que no deben querer residir en un lugar en donde, si no se consideran amenazados, al menos no pueden desconocer que se les aborrece por su conducta pasada. »

Apenas acabé de hablar, cuando uno y repetidos discursos, aun mas amenazantes que los primeros, se pronunciaron por los mis-

mos oradores, protestando «que nada habia que esperar del general Caicedo, y que de allí no podian separarse, como no se separarian, sin haber deliberado obrar por sí mismos, antes que sus gargantas fuesen cortadas por la cuchilla de los enemigos á quienes patrocinaba el Vicepresidente con desprecio y mengua de los ciudadanos ilustres y beneméritos. »

Yo que me habia colocado intencionalmente al lado del general Moreno, le hablé al oido mientras se desahogaban los oradores demagogos, y le hice presente : «que si no se mantenia fiel á sus juramentos, lo precipitarian los que se llamaban sus amigos, y le harian perder su honor y su crédito; que el Vicepresidente era dócil, y no dudaba que tomaria medidas enérgicas en cuanto estuviese en sus facultades; y que se suspendiese toda deliberacion en aquella junta hasta obtener la respuesta del Vicepresidente, que yo me encargaba de trasmitirle. Como el general Moreno era accesible, logré arrancarle la promesa de que así iba á proponerlo, lo que me tranquilizó bastante, pues no era poco lo que habia conseguido.

Mas, la furia subia de punto, y el calor de los discursos no dejaba esperanza de aquietar los ánimos. « No perdamos el tiempo, se decia, no perdamos el tiempo inútilmente. Si el general en gefe no apoya nuestros proyectos; si nos da la pena de verlo separar de nuestro lado, discorde en el modo de pensar, que él tome, enhorabuena, su partido, que nosotros tomarémos el que nos corresponde, y en que ya estamos todos convenidos. » El general Moreno callaba, y su silencio me hacia temer un nuevo acto de decepcion ó debilidad que hacia desaparecer la esperanza que yo habia concebido de dominar la situacion.

Con tal motivo me exalté, y dije : « Ustedes se equivocan, señores, si creen que pueden ser secundados por todo el ejército en medidas que no estén prescritas por la Constitucion y las leyes. La division Cundinamarca sostendrá al gobierno con toda voluntad, y yo seré el primero á sacrificarme al lado de muchos de mis compañeros antes que consentir en un solo acto de rebelion ó motin. Y si ustedes se obstinasen en su resolucion, y á mí no fuese dable obrar de otro modo, ya que la fuerza de mis razones no ha sido bastante para disuadir á ustedes de tan escandalosa mision, tendrán ustedes, no la pena de observarme discorde, sino la satisfaccion de verme muerto por mí mismo en esta sala, antes que dar lugar á que se sospechase siquiera que yo habia podido tomar alguna parte en favor de sus ilegales deliberaciones. Este es el único arbitrio que yo encuentro para librarme de las sospechas y de la calumnia, y dejar bien puesta mi reputacion. » Al espresarme de este modo, y con propósito firme de suicidarme si se despreciaban mis consejos y amonestaciones, y se insistia en

obrar de su cuenta con desobediencia al gobierno, saqué de mi bolsillo una pistola y la preparé en medio de la sala. El general Moreno se paró precipitadamente y dijo: «que en virtud de las seguridades que yo les daba de que el Vicepresidente tomaria medidas mas firmes, era de concepto que se adoptasen mis indicaciones, y se retirasen todos hasta obtener la respuesta.» Esta proposicion fué apoyada por muchos, y en medio del zuzurro que producia la general conversacion, se redactaron y se me dieron los apuntamientos de lo que se pretendia del Vicepresidente, en todo acordes con cuanto he referido y que conservo.

Al dar cuenta al Vicepresidente de lo sucedido en la junta, y manifestarle el objeto de mi comision, le encarecí que accediese en cuanto fuera compatible con sus facultades y la dignidad de su puesto, á las exigencias de los exaltados, para evitar de ese modo males de funesta trascendencia. Me ofreció que esa noche pensaria lo que pudiera hacerse, y aun empezaria á dar algunos pasos sobre la ejecucion; todo lo que me comunicaria al dia siguiente.

En efecto, el Vicepresidente aconsejó ó hizo aconsejar esa misma noche al general Urdaneta y demas oficiales que le habian obedecido, que procurasen salir cuanto antes del pais, lo que se verificó muy pronto. Así mismo resolvió modificar su decreto convocatorio de la Convencion, rebajando la base de la poblacion y la edad necesaria para ser diputado, no precisamente en los términos que los exaltados proponian, pero sí de una manera que pudiera contentarlos, sin perjuicio de lo que en esta parte le dictaba su conciencia como hombre público. El ministerio fué cambiado satisfactoriamente con la llegada del general Obando, que ocupó el de la Guerra y Marina, y todo en fin se reparó á satisfaccion. Uno de los pasos prudentes que dió el general Caicedo fué el de haber llamado á su casa al general Moreno para persuadirlo de sus rectas intenciones, y de lo único que podia hacer racional y legalmente en su carácter de encargado del Poder Ejecutivo, lo que convenció á dicho Moreno, y en consecuencia hizo desistir á sus consejeros de sus miras desmesuradas.

Con este motivo se licenciaron casi todos los cuerpos de milicias, y sólo quedaron en la capital los veteranos de la division Cundinamarca, los que habian salido inmediatamente de Casanare, y los del Cauca; pero se disponia todo para que aquellos y éstos regresasen á sus paises y fuesen licenciados en ellos, habiendo dado órdenes para que contramarchasen las columnas que se estaban poniendo en movimiento de Popayan, á escepcion del batallon de la capital de esa provincia, y el escuadron Patía que habia conducido el general Obando.

Al segundo dia de la entrada del ejército en Bogotá se recibieron las noticias plausibles de la libertad de todo el Magdalena, inclusive

la plaza de Cartagena, que habia sido ocupada por el general Luque y el coronel Vesga, capitulando préviamente su guarnicion mandada por el general Montilla. Muy en breve se supo la disolucion completa de la columna Cerrillo que ocupaba á Cúcuta, y por consiguiente la libertad del Norte de la República; de suerte que ya no restaba sino la del Istmo de Panamá, ocupado todavía por los facciosos.

El gobierno declaró que todas las tropas que le obedecian en la estension de la República estaban á mis órdenes como general en gefe del ejército, y me autorizó para que dirigiese una espedicion al Istmo. En tal virtud designé al coronel Tomás Herrera para que, acompañado de varios gefes y oficiales, siguiese á Cartagena, con las instrucciones del caso, y tomase las tropas suficientes para libertar á Panamá, su patria nativa. Este gefe tan patriota como hábil y valiente, llenó su comision del modo mas plausible. Muy pronto se presentó sobre Panamá, y derrotó las tropas enemigas, habiendo hecho prisioneros y fusilado en seguida al general Luis Urdaneta, que despues de su capitulacion en el Sur se habia venido á Panamá y tomado parte activa con los rebeldes que allí se enseñoreaban, y al coronel Alzúru, que habia despojado del mando y desterrado al general Espinar, y mandaba allí como dictador. Muchos patriotas del Istmo ayudaron al coronel Herrera al feliz término de su empresa, y, entre otros, el general Fábrega á la cabeza de una columna de Veraguas. Sea dicho en honor del gobierno y mia, que la ejecucion de Urdaneta y Alzúru no procedió de órdenes nuestras.

Mientras esto sucedia yo me ocupaba de la organizacion y disciplina del ejército que se habia puesto á mis órdenes, y en visitar, con consentimiento del gobierno, las provincias y pueblos inmediatos á la capital. En esta correría me encargó muy especialmente el general José María Obando que persuadiese al doctor José Ignacio Marquez, hoy presidente de la Nueva Granada, á ir á Bogotá á encargarse de la secretaría de Hacienda; lo que verifiqué, y aunque el señor Marquez me presentó repugnancia, al fin logré me diese la palabra de que se haria cargo del ministerio por puro patriotismo y deferencia al general Obando y á mí, no obstante su odio á los destinos públicos y su esperiencia de los desagradables comprometimientos y disgustos que ellos ocasionaban. Todo el mundo deseaba esta adquisicion, y yo pude jactarme de haber hecho la conquista.

A mi regreso del departamento de Boyacá se verificó la marcha de la division Casanare y columnas de Popayan, cuyas tropas eran ya innecesarias, para que, como lo he dicho, fuesen licenciadas en los lugares de su procedencia. El pais estaba en perfecta paz, y nada habia que temer á fines de julio. La República de Venezuela,

cuya tranquilidad habia sido turbada en varios puntos, principalmente en la parte del Oriente, habia desarmado á los disidentes y reconquistado la paz, sin la cual la Nueva Granada habria tenido que conservarse en estado de guerra.

De acuerdo con muchos de mis amigos, y aún del gabinete, creí importante escribir al general Páez, presidente de Venezuela, ofreciéndole mis servicios á la cabeza de un cuerpo de ejército, como ausiliar, si las circunstancias lo exigian, pues debiamos considerar esa causa como comun á los dos paises; pero como la restauracion del gobierno legítimo en Bogotá, y el término de nuestras disensiones en la Nueva Granada influyeron eficazmente en la pacificacion de Venezuela, verificada ésta al recibo de mi comunicacion, me contestó el general Páez muy amistosamente, dándome las gracias por mis ofrecimientos, y manifestándome que ellos eran innecesarios, por cuanto el órden se habia restablecido en toda la estension de aquel pais, y agregándome otras espresiones lisonjeras.

El señor Joaquin Mosquera, presidente de Colombia, me envió desde Nueva-York, lugar de su ostracismo, una espada, como testimonio de su reconocimiento por los servicios que yo acababa de hacer á la causa de la legalidad.

# CAPITULO XXXIII

Soy nombrado representante á la Legislatura del Ecuador por la provincia del Chocó.—Tropas del Ecuador en Popayan.—Su imprudencia y mal manejo.—Varios incidentes desagradables.—Necesidad de mi presencia en Popayan.—Se me confieren dos destinos por el gobierno de Bogotá.—Me escuso de aceptar el uno y renuncio el otro.—Instalacion de la Convencion constituyente.—Los generales y oficiales renunciamos el fuero de guerra.—Llegado á Popayan continúo ejerciendo la comandancia general del Cauca.—El gobierno del Ecuador lo aprueba.—Lealtad de mi conducta.—Mis insinuaciones al Presidente del Ecuador.—Conducta del gobierno ecuatoriano.—El ecuatorianismo en el Cauca.—El gobierno del Ecuador no nos presta auxilio alguno.—Nos embaraza en nuestro plan de combatir á los enemigos comunes.—Su ingratitud.—Torpe conducta del Prefecto del Cauca.—Desacuerdo consiguiente entre sí.—Se me reduce á una situacion crítica.—Tomo el único partido que me quedaba, salir del Cauca.—El pueblo de Popayan me lo impide.—Cedo á sus insinuaciones.—Se reune y delibera.—Su entusiasmo.—Mi conducta.—El pronunciamiento de Popayan es secundado por casi todos los pueblos del departamento.—Causas por que no lo fué, hasta algun tiempo despues, por la provincia de Pasto y parte de la de Buenaventura.

Estábamos ya en el mes de setiembre y todo presentaba la mas bella perspectiva, sin que me hubiese ocurrido otra cosa de notable que el haber sido nombrado representante al Congreso del Ecuador por la provincia del Chocó, en 25 de julio, destino que acepté, aunque me era imposible marchar á esa Legislatura en aquel año, y así lo hice presente al gobernador de aquella provincia y á la misma Cámara, de la que recibí oportunamente una respuesta satisfactoria.

El gobierno del Ecuador, mal aconsejado sin duda, habia dirigido una fuerte columna á Popayan, que no podia tener por objeto sino afianzar para lo sucesivo la incorporacion condicional del departamento del Cauca al Estado ecuatoriano. Ninguna noticia tuve yo de semejante espedicion hasta que se supo en Bogotá lo siguiente: « Que á la aproximacion á Popayan de una de nuestras pequeñas columnas partidas de Bogotá, mandada por el teniente coronel José A. Quijano, habia sabido éste que aquella ciudad estaba ocupada por un batallon y un escuadron del Ecuador, á las órdenes del coronel Subiria; que desde la llegada de esas tropas se perseguia á todos los oficiales y soldados de las milicias de aquel

canton (Popayan), habiendo llegado el caso de amenazarles porque no entregaban las armas que estaban acostumbrados á conservar en su poder, y que no querian entregar por temor de que se les causase algun daño cuando se les viera desarmados, pues las tropas de Quito se habian presentado con un carácter hostil, sin saber la causa, distinguiéndose entre los mas brutales perseguidores el coronel Otamendi, gefe del Ecuador; que el coronel Sarriá habia sido atropellado, conducido á un calabozo, y mantenido allí con un par de grillos; que en consecuencia el comandante Quijano no habia podido entrar en la ciudad, y se habia acampado en sus inmediaciones; que los milicianos de la ciudad habian venido á incorporársele, muchos de ellos con sus armas, significándole el modo insultante y amenazador que usaban las tropas ecuatorianas con todos aquellos que habian tomado parte en la restauracion de la Libertad en el Centro de Colombia; que los pueblos del Sur de Popayan se habian alarmado en consecuencia, y acercádose á la ciudad algunas partidas exigiendo la libertad del coronel Sarriá y el regreso al Ecuador de la columna Subiria; que Quijano habia hecho conocer esta misma resolucion á dicho Subiria; que la masa del pueblo de Popayan se habia pronunciado en el mismo sentido y en actitud imponente; que en virtud de todo esto, Subiria se habia visto obligado á encerrarse en un cuartel con sus tropas, y desde allí habia propuesto, por la intervencion del obispo, acceder á cuanto se le proponia con tal que no se le hostilizase en su regreso á Pasto; y últimamente, que Sarriá habia sido puesto en libertad, y Subiria habia regresado á Pasto con la columna de su mando.

Semejantes acontecimientos, que se supieron en Bogotá á principios de octubre, exigian mi presencia en Popayan para tratar de aquietar los ánimos, y buscar pacíficamente los medios de conciliacion sin escándalo ninguno. El gobierno del Centro me habia exonerado ya del mando del ejército, en consecuencia de haberse terminado las operaciones; pero me habia nombrado subgefe del Estado Mayor General, que era el destino de mas categoría militar; y á la vez consejero de Estado; destinos de cuya aceptacion me escusé, ya porque uno de ellos era incompatible con mi calidad de ecuatoriano, ya porque consideraba necesaria y urgente mi presencia en Popayan; y habiéndoseme admitido la renuncia, y dádoseme las gracias por todos los servicios que habia prestado al pais, se me libró el pasaporte correspondiente; y el 13 del mismo octubre me puse en marcha, habiendo llegado á dicha ciudad de Popayan á fines de ese mes.

La víspera de mi partida de Bogotá se instaló la Convencion Constituyente; y tengo la gloria de haber sido el autor de la representacion que los generales y oficiales de esa plaza dirigimos á ese

augusto cuerpo, renunciando el fuero militar, paso que tanto nos honra, y que fué repetido por las demas guarniciones. Esta fué toda la gracia que solicité de la Convencion granadina.

Como yo no habia sido exonerado de la comandancia general del Cauca, por el gobierno del Ecuador, á cuya república correspondia ese departamento, continué ejerciendo allí mi autoridad, que fué corroborada por nombramiento espreso que me hizo el presidente Flóres, remitiéndome el título correspondiente.

Allí me ocupaba en aconsejar de todos modos á los que pretendian romper de hecho los vínculos que unian ese departamento á la República del Ecuador, exortándoles á permanecer tranquilos hasta que por los mismos medios que se habia hecho la agregacion se verificase la separacion, si esta era la voluntad de la mayoría de sus habitantes. No faltaban entre estos muchos que deseaban se formase del Cauca, un estado en los mismos términos que el del Ecuador; y otros querian que se proclamase el sistema federal; en virtud del cual esperaban, que el Sur y el Centro de Colombia, es decir, el antiguo vireinato de la Nueva Granada, y la antigua presidencia de Quito, se constituirian en una sola República. A todos amonestaba yo á permanecer quietos, en la confianza de que sus opiniones serian ventiladas en una Asamblea de Representantes del departamento, la cual deliberaria lo conveniente. Mis exortaciones produjeron por entonces el efecto deseado, y el Cauca continuó obedeciendo al gobierno del Ecuador.

Para lograr mis fines me dirigí al presidente de aquella República, poniéndole de presente el estado del Cauca, y proponiéndole que diese un decreto convocando una Asamblea de diputados de ese departamento, con el fin de resolver la cuestion que lo agitaba, y salir de los embarazos que se presentaban para que ese territorio continuase bajo la dependencia del gobierno ecuatoriano, como único medio que habia para salir del paso con honor y dignidad del pueblo y del gobierno. En mis cartas al general Flóres le hablaba con franqueza, esponiéndole todas las razones que militaban en el particular; y la necesidad de acceder á mi propuesta, con cuya medida se evitaria el escándalo de una separacion de hecho en la mayor parte de las provincias del departamento; así como una guerra con la Nueva Granada, que no consentia en que el Cauca perteneciese al Ecuador, y se preparaba á incorporarlo por la fuerza de las armas. Yo me esforcé cuanto pude y con las mejores intenciones para que se adoptase mi plan, que era apoyado por la opinion pública, y en esta seguridad descansaban tranquilos los caucanos.

Por desgracia el general Flóres no me oyó con entera confianza, pues no adoptó sino á medias mi propuesta, accediendo á la convocatoria de la Asamblea del Cauca, pero escluyendo á la pro-

vincia de Pasto y parte de la de la Buenaventura, que queria se conservasen definitivamente como parte integrante del territorio ecuatoriano. Al mismo tiempo se fomentaba la discordia en los cantones de Iscuandé, Raposo, Calí, Palmira y Buga, haciendo introducir en ellos agentes perversos para armar de nuevo á los antiguos facciosos, principalmente á los de Calí, estimulándolos á defender el partido ecuatoriano, en odio á los que los habiamos vencido en la batalla de Palmira. La intriga no abrazaba solo esos puntos, pues se habia estendido á toda la provincia de Pasto, y á los cantones de Popayan y Almaguer, á cuyos oficiales de milicias se les ofrecian ascensos y recompensas con tal que se pronunciasen y sostuviesen en favor del Ecuador, y desobedeciesen mi autoridad. En la misma ciudad de Popayan habia un partido muy pronunciado en aquel sentido, y compuesto de personas de representacion é influjo, como el prefecto Manuel José Castrillon, el Dr. José Cornelio Valencia, el dean Dr. Mariano Urrutia, y otros, que no querian en ningun caso que el Cauca perteneciese á la Nueva Granada, y empleaban todo su influjo á fin de evitar la Asamblea, de la que temian una decision contraria á sus opiniones y designios.

Aquí es del caso referir otros acontecimientos importantes que he omitido intencionalmente en su lugar cronológico, para colocarlos en este, á propósito del asunto que estoy relacionando.

Cuando el general Obando y yo nos hallábamos en el Valle del Cauca ocupados de la obra del restablecimiento de la libertad, aprovechando nuestra ausencia el general Flóres sustrajo de mi autoridad al coronel José del Cármen López, que como lo he dicho en otra parte, se hallaba preso en Popayan, en donde se le debia juzgar por delito de conspiracion; y lo hizo ir á Quito, dejándolo impune, con burla de las leyes, y con desaire de la autoridad correspondiente.

Cuando el gobierno provisorio del Ecuador asintió á la incorporacion del Cauca, le pedimos el miserable ausilio de una turquesa, ó máquina de hacer balas, y un clarín (instrumento), que necesitábamos con urgencia; pero en vano esperamos que nos llegase ese ausilio, pues hasta que vencimos en Palmira no se nos contestó siquiera.

Cuando dábamos parte al Presidente del Ecuadór de que los facciosos de Calí tomaban incremento, y que el general Rafael Urdaneta dirigia espediciones sobre Popayan; pidiéndole á este efecto facultades para obrar fuera de los límites de ese Canton, que eran hasta entonces los del Ecuador por la parte del Norte, el general Flóres nos contestaba, que no pasásemos aquellos límites, y nos mantuviésemos á la defensiva.

Cuando triunfamos en Palmira, y le pedimos autorizacion para

continuar las operaciones hasta echar abajo al usurpador, que amenazaba la existencia misma del Ecuador, el general Flóres nos rehusaba esta autorizacion, ó la restringia con las condiciones que nos impusiera.

Así correspondia el general Flóres mezquinamente á la fuerza moral que le habiamos prestado en sus mas críticas circunstancias; así correspondia á quien le habia ofrecido un apoyo eficaz, y un baluarte fuerte en Popayan ó Pasto, cuando, desde Ambato me participó : « que habia dejado de existir el Ecuador apenas habia nacido, á consecuencia del poder que presentaba el ejército mandado por el general Luis Urdaneta, á quien ya no se podia oponer una resistencia, despues que casi todos los cuerpos que obedecian al gobierno, habian sido infieles, y engrosado la enorme masa del enemigo. »

Estas consideraciones deben tenerse presentes para juzgarme por la conducta que me ví obligado á observar, y de que paso á instruir á los lectores.

El Prefecto Castrillon, con quien en otras circunstancias habia conservado la mejor inteligencia y guardado la mas completa armonía, hizo todo lo posible para disgustarme, sin duda por malas inspiraciones, y para hacer que se perdiese el equilibrio entre su autoridad y la mia, que era tan necesario en aquel tiempo, y que yo me esforcé en mantener por todos los medios imaginables hasta que perdí las esperanzas del buen suceso. Dos casos referiré que lo comprueban.

Habiéndole anunciado que mandaba en comision importante á la provincia del Chocó al coronel Guevara, pidiéndole le hiciese dar los ausilios de costumbre, me contestó : « que desconocia la facultad que tenia yo para dar semejante comision, negando, en tal concepto los ausilios que se le pedian. » Revestido de moderacion y con el mejor modo le manifesté, que la autoridad militar estaba en posesion de sus facultades, y que entre éstas, una de ellas era colocar las fuerzas que estaban á sus órdenes donde lo creyese mas útil, en los términos del distrito de su mando; que estando el coronel Guevara en servicio activo, y perteneciendo la provincia del Chocó al departamento del Cauca, era incuestionable que en mis facultades estaba la de dar esta comision; y que en semejantes casos jamás se habia controvertido esta autorizacion. » El Prefecto se obstinó en hacerme oposicion; y al fin yo tuve que dar los ausilios correspondientes al coronel Guevara para que marchase á su destino, pues era de suma importancia tener en el Chocó un gefe de confianza, en consecuencia de las amenazas de los facciosos de Calí y Buenaventura.

El otro hecho es el siguiente: Habiéndose presentado en Popayan un comandante Dorronzoro, antiguo oficial de Colombia, pre-

tendiendo derechos como oficial del Ecuador, yo se los negué, fundado en que él no pertenecia al ejército de esta República, que no sólo no habia jurado su Constitucion, sinó que habia hecho servicios en favor de la dictadura y la usurpacion, habiendo sido comisionado por no sé qué provincia para llevar á Bogotá los votos que una fraccion habia hecho para derrocar el gobierno legítimo, despedazar la Constitucion y entronizar el despotismo. El prefecto Castrillon sostenia las pretensiones de Dorronzoro con el fútil sofisma de que los oficiales de Colombia lo eran por sí mismo hecho del Ecuador. Yo le repliqué moderada pero enérgicamente, que su asercion no era exacta, pues por ningun acto habia el gobierno ecuatoriano declarado que todos los oficiales de Colombia que no se habian adherido á las instituciones ecuatorianas, eran oficiales de esa República, y que por lo mismo yo no reconocia á Dorronzoro como tal oficial, pues el argumento del Prefecto era para mí tan infundado en el presente caso, como si dijera que un oficial de Constantinopla era oficial del Ecuador, sin haber sido admitido á su servicio. Apoyé mis reflexiones de mil maneras, manifestando al Prefecto, que el nuevo órden de cosas en el Ecuador habia modificado ó anulado la legislacion colombiana, en todo aquello que no se habia ordenado quedase vigente, y que, en tal virtud, se necesitaba un acto espreso del gobierno, (á quien se consultaria) que declarase á Dorronzoro como oficial del ejército ecuatoriano, ó lo admitiese á su servicio ; que si yo, por ejemplo, iba á Venezuela, no seria reconocido como general en aquella República, mientras no se me admitiese al servicio segun sus leyes; porque ya Venezuela no era parte de Colombia, y que la misma paridad de razones obraba respecto del Ecuador. El Prefecto se encaprichó; declaró que Dorronzoro era oficial ecuatoriano, y dirimió así la cuestion sin mas fundamento que su voluntad.

Mi autoridad quedó de esta manera desairada, y ya no podia yo contar con ella para conservar el órden tomando aquellas providencias que estaban en la esfera de mis atribuciones. La buena fé que me habia distinguido en todos mis procedimientos, no era suficiente garante de mi conducta á los ojos de las autoridades ecuatorianas. Mi existencia se veía amenazada por efecto de los mas injustos celos y de las sospechas mas temerarias. Los medios racionales políticos y conciliatorios que habia puesto en accion para resolver la cuestion del Cauca eran ya ineficaces. Yo no podia, en una palabra, hacer nada de provecho en la situacion violenta y anómala en que la política ecuatoriana me habia colocado, cuando todos mis pasos eran aconsejados por el patriotismo y la lealtad. La prudencia, la conveniencia pública y la necesidad exigian, por tanto, que yo tomase un partido que me sacara de tan angustiada situacion con la dignidad debida. Veamos qué fué lo

que propuse, qué hice y cuáles fueron las consecuencias.

Manifesté al Prefecto Castrillon que ya me era imposible continuar en el ejército de la comandancia general del Cauca por las causas que he espresado, y que en tal virtud habia resuelto salir del departamento. Dí al efecto los pasos necesarios, y me preparaba para emprender la marcha al dia siguiente.

Cuando las milicias del pais y la masa del pueblo fueron informadas de mi resolucion, se agolparon á mi casa á manifestarme enérgicamente que de ninguna manera se me dejaria salir de la ciudad, pues la tranquilidad del pais dependia de mi permanencia en él, la cual era necesaria mientras se resolvia la cuestion del Cauca : que yo debia renunciar el proyecto de abandonarlos, porque era seguro que la anarquía sucederia al estado de órden en esa provincia, en razon de que no tenian confianza en el que ejercia la autoridad política ; y últimamente, que yo sólo era capaz de mantener la quietud y hacer que continuase un órden regular en medio de la crísis en que se encontraban. » A estas insinuaciones se siguieron los consejos de personas de la primera respetabilidad para que no saliese del lugar, espresándome : « que puesto que el general Flóres no queria que se reuniese una Asamblea de todo el departamento para decidir á qué Estado queria pertenecer; y observándose á mas de esto los obstáculos que ya se empezaban á oponer para la reunion de la Asamblea, aún en la hipótesis de que ésta tuviese lugar sin la concurrencia de los Representantes de la provincia de Pasto y parte de la de Buenaventura, era llegado el caso de que el pueblo reasumiese sus derechos y cortase así el nudo gordiano, que de otro modo habria sido fácil desatarlo : que el pueblo estaba ya convencido de esta exigencia, y que se hallaba dispuesto á reunirse muy pronto para deliberar lo que fuera mas conveniente.

Yo opuse una fuerza de razones para demostrar la necesidad que tenia de ausentarme de la provincia ; pero la insistencia del pueblo de Popayan y sus milicias al fin vencieron mi obstinacion, prometiéndoles que no los abandonaria por entonces.

El pueblo se reunió y resolvió entre otras cosas : primero, separarse del Ecuador, en virtud de haber cesado los motivos que le obligaban á incorporarse á esa República; segundo, reincorporarse á la Nueva Granada; tercero, que en consecuencia se posesionase del destino de gobernador el coronel de milicias Rafael Diago; y yo del de comandante general, ambos empleos conferidos por el gobierno granadino con antelacion al pronunciamiento de Popayan, aunque no los habiamos querido hacer valer, mientras esa provincia dependiese del Ecuador.

Con este motivo, el pueblo y las milicias exaltaron su júbilo hasta el término de haber podido cometer abusos ultrajando á los

agentes ecuatorianos; pero mis amonestaciones los contuvieron en sus límites, y nunca se oyeron, en medio de la vocería, sino vivas al gobierno de la Nueva Granada, á las nuevas autoridades que empezaban á figurar, y á todo cuanto tenia relacion con el nuevo órden de cosas. Si alguno se escedió en el entusiasmo de sus vítores, bien se acordarán muchos que yo le hice moderar con mis exortaciones y amenazas.

Al pronunciamiento de Popayan siguieron en el mismo sentido los de todos los pueblos del departamento, ménos la provincia de Pasto y parte de la de Buenaventura, que no pudieron por entonces hacerlo porque se hallaban ocupadas por tropas del Ecuador; mas no porque sus opiniones no fuesen las mismas, como lo comprobaron cuando tuvieron libertad para hacerlo.

## CAPITULO XXXIV

**El gobierno del Ecuador se alarma.—Refuerza la guarnicion de Pasto.—Sus proyectos.—Una intriga de Flóres.—La contra-intriga.—Comision de paz de la Nueva Granada.—Revelacion de una estratagema.—Me reemplaza el general José María Obando.—Soy nombrado secretario de Estado.—Muere mi primera esposa.—Aconsejo la guerra contra el gobierno del Ecuador.—Prevalece mi opinion.—Marcha el general José María Obando sobre Pasto.—Ocupa esa provincia.—Queda reintegrado todo el territorio de la Nueva Granada.—Se hace la paz con el Ecuador.—Mis tareas en la secretaria de Estado.—Ley orgánica del ejército.—El Gobierno me nombra miembro de la Academia Nacional.—La legislatura me elije consejero de Estado.—Me escuso.—Razones que tuve para ello.—Renuncio el empleo de secretario de Estado.—Se niega mi solicitud.—Insisto y se me concede.—Pido mi retiro militar.—Se me dan solamente letras de cuartel.—Enuncio un disgusto que tuve con el general Santander.—Me preparo para hacer un viaje á Europa.**

Alarmado el Presidente del Ecuador con los acontecimientos del Cauca, y temiendo ser invadido en su mismo territorio por las tropas de la Nueva-Granàda, reforzó su guarnicion de Pasto, y aún llegó á concebir la esperanza de conquistar ese departamento por medio de las armas y de las intrigas que ponia en ju ego por todas partes. A este propósito referiré una de ellas y su resultado.

Como de órden del gobierno granadino tuviese yo que mandar un oficial en comision cerca del general Flóres, que se hallaba en Pasto, y como conociese la viveza y sagacidad de dicho general, escogí al teniente José María López, oficial de mi mayor confianza, y le instruí : que si el general Flóres pretendia sacar algun provecho de su mision, como lo habia hecho en otros casos semejantes, procurase no contrariarlo, y antes sí sacar el mejor partido de esa circunstancia, con el objeto de hacer caer á Flóres en el lazo que él me tendiera.

Mi prevision se verificó efectivamente : López fué invitado por Flóres á obrar una reaccion en las tropas y milicias del Cauca, ofreciendo marchar á Patia á la cabeza de las que tenia en Pasto luego que López le avisase que todo estaba dispuesto. Entre las instrucciones que recibió este oficial del general Flóres, se contenia la de asegurarse de mi persona cuanto lo primero, poniéndome en estado de no hacer daño. « Si usted deja al general López presentarse á la tropa aún cargado de grillos, esté usted cierto que

le hace una contrarevolucion, » fueron palabras que muchas veces repitió Flóres al teniente López.

Yo continuaba trabajando sobre el plan que me habia propuesto, y disponiéndolo todo para recibir al general Flóres de este lado del Mayo, seguro de que no volveria á repasar el Juanambú, ni él ni ninguno de sus soldados, pues contaba con todas las guerrillas bien armadas del pais, con las escelentes milicias de Popayan, con dos batallones de línea que habian venido de Bogotá, y con un pequeño escuadron veterano, de muy buena caballería.

El teniente López, despues de haber sostenido una correspondencia seguida y confidencial con el general Flóres, avisó á este: « que ya era tiempo de moverse sobre Patía, en donde entregaria las tropas de mi mando, y se aclamaria coronel y comandante general del Cauca, como se lo habia ofrecido el general Flóres, y aún le habia dado la seguridad de conferirle esos empleos. El general Flóres no se movió de Pasto; pero ofreció hacerlo en breves dias, pues aguardaba para esto que le llegasen algunas tropas mas que le venian del Sur; y en estas circunstancias se presentó en Popayan una legacion de paz, compuesta del obispo doctor Esteves, y del doctor José Manuel Restrepo, que por decreto de la Convencion Constituyente fueron nombrados para marchar cerca del gobierno ecuatoriano con el objeto de arreglar las desavenencias de los dos paises. Fué preciso, en tal evento, revelar por medio de la prensa las tramas que se habian urdido, para no dejar al general Flóres la esperanza de conquistar el Cauca por medio de la revolucion simulada del teniente López, para que desengañado de que yo estaba apercibido de todo, y que la conducta de López no era sino una estratagema, oyese á los ministros de paz, y procurase el avenimiento tan necesario á ambas Repúblicas.

Sin confiar ciegamente en el buen suceso de la referida mision de paz, todo se preparaba para usar de la fuerza si llegaba el caso; y á principios de abril 1832 todo estaba dispuesto para abrir la campaña. El gobierno nombró entonces al general Obando comandante general de operaciones, y á mí secretario de Estado en el despacho de Guerra y Marina, previniéndome marchase á la capital á tomar posesion de mi nuevo destino inmediatamente que llegase á Popayan el general Obando, que debia reemplazarme. En mayo se verificó esta llegada, y yo partí para Bogotá, á donde llegué á principios de junio.

Permítaseme una pequeña digresion para decir que dos dias antes habia espirado en esa ciudad mi idolatrada mujer, y que, por consiguiente, me encargué del portafolios con mi corazon lacerado de dolor por un acontecimiento tan funesto como inesperado.

Encargado de la secretaría, me hallé en el deber de proponer

al gobierno la declaratoria esplícita de la guerra al general Flóres, porque se habia negado el gobierno del Ecuador á las medidas de paz propuestas por nuestros comisionados, obstinado en conservar como parte de aquel territorio la provincia de Pasto y parte de la de Buenaventura. Mi opinion prevaleció en el Poder Ejecutivo y Consejo de Estado, y la guerra se declaró. El general Obando marchó sobre Pasto, y ocupó esa provincia con la cooperacion de sus habitantes y sin mayor obstáculo. El general Flóres conoció entonces su verdadera situacion, y, reconociendo por un tratado solemne los límites de la Nueva Granada en el *statu quo* del antiguo vireinato, se pusieron los [redacted] de la paz y buena armonía que hoy felizmente reinan entre las dos Repúblicas. fundamentos

Mucho habia que hacer para poner en consonancia la legislacion militar con la constitucion y demás leyes nuevas de la República. Yo hice cuanto me fué posible para lograr este fin; y tengo la satisfaccion de haber sostenido en las Cámaras de Senadores y Representantes la ley orgánica del Ejército del año de 1833, que si no era, como no podia ser, un código perfecto, al menos contenia las bases sobre que debia levantarse el edificio legislativo del ejército, que, aunque no se ha concluido todavía, sí se ha adelantado considerablemente en los años posteriores. La parte de esa ley que trata de las recompensas es tan justa como fué necesaria su sancion, y aun cuando no contuviese otra cosa útil, esto es bastante para que mis compañeros de armas se manifiesten agradecidos á la Legislatura y á la Administracion que la sancionaron.

El general Santánder, Presidente de la República, me nombró miembro de los doce de que se componia la Academia Nacional, sin duda por honrarme, pues mis fuerzas científicas y literarias eran muy débiles para corresponder á tamaña confianza.

El Congreso me eligió Consejero de Estado en 28 de mayo de 1833, destino que no acepté por varias razones, y entre otras porque ansiaba hacer un viaje á los Estados Unidos y Europa.

Por la misma causa principalmente renuncié en 4 de junio siguiente, es decir, cuando el Congreso cerró sus sesiones de ese año, la Secretaría de Guerra y Marina, y aunque el Presidente de la Nueva Granada se negó á admitirme la renuncia, al fin mi insistencia y la seguridad de mi resolucion lo decidieron á admitirla, habiendo dado el decreto de una manera muy honrosa y lisonjera para mí.

En seguida pedí mis letras de retiro, y una licencia de diez y ocho meses para verificar mi proyectado viaje, lo que se me concedió en 2 de julio, aunque no se me libraron las letras de retiro, sino de cuartel, dejándome en el número de los generales en disponibilidad.

A mas de las causas arriba espresadas, tuve otra que contri-

buyó á formar mi propósito de retirarme á la vida privada, á saber : un disgusto con el general Santander, cuyo orígen y efectos me abstengo de referir, que resfrió momentáneamente nuestra amistad.

Libre de todo cargo público, y confiado en que el órden no podia ser turbado por entonces en mi Patria, empecé mis preparativos de viaje, y estando éstos terminados, y yo listo para partir de Bogotá, vino á impedírmelo un acontecimiento que habia estado fuera de mi prevision.

## CAPITULO XXXV.

Conspiracion de Sardá.—Me llama con este motivo el general Santander y me dá una comision.—Manifiesto mi opinion al Presidente.—Voy al cuartel.—Me preparo cautelosamente para todo evento.—Un tiro de fusil alarmante. —El coronel José Manuel Montoya, que mandaba las armas, es asesinado por un oficial de la guarnicion.—El Presidente obra contra mi parecer y revela la conspiracion.—Sardá á las orillas de Bogotá pronto á dar el golpe.—Soy oficialmente nombrado gefe de las armas en esa provincia.—Mis disposiciones.—El comandante Barriga en comision á Cipaquirá.—Avisa haberse encontrado con Sardá y algunos de los conspiradores que lo acompañaban.—Otras noticias sobre los conspiradores.—Ordenes que doy en consecuencia.—Nuevos partes que se reciben.—Ordena el gobierno que vaya yo mismo en persecucion de los facciosos.—Me pongo en marcha inmediatamente.—Ocurrencias en el camino.—Llego á Tunja.—Allí se me instruye de lo que pasaba—Continúo la marcha.—Llego al Alto del Fraile.—Adquiero noticias positivas.—Se me presenta el coronel Franco y me las confirma.—Término de los facciosos.—Refiero una anécdota importante, anterior á la conspiracion.—Me ~~caso por segunda~~ vez.—Soy nombrado gobernador interino de la provincia de Bogotá.—Se me hace el mismo nombramiento para la de Cartajena, con órdenes de defender aquella provincia contra los franceses.

El ex-general José Sardá, enconado con el gobierno porque no lo habia reinscrito en la lista militar de que habia sido borrado por un decreto de la Convencion Constituyente, intentó trastornar el órden público y sobreponerse á las leyes, para obtener por la fuerza lo que el derecho le habia negado. Logró seducir algunos de los incautos moradores de la Llanura de Bogotá, y alistar entre los conspiradores otros gefes y oficiales que se hallaban en su mismo caso. Su bárbaro proyecto debia comenzar por apoderarse de los cuarteles, en donde habia logrado hacerse á algunos traidores, y en seguida asesinar al general Santander, á mí y á otras personas que le eran odiosas por la categoría de sus posiciones, porque se habian negado á su reinscripcion, y porque podian dañarle en lo venidero. Ciego con el deseo de la venganza, y preocupado con la seguridad del suceso, resolvió verificar la conspiracion la noche del 23 del mismo julio. El gobierno fué instruido al acercarse la noche, aunque anónimamente, de lo que se tramaba contra su existencia, y de los demás pormenores del diabólico plan que, como todos los de esa especie, se apoyaba en la religion,

pretesto traido por los cabellos, pues no habia ni motivo de temer de que ésta sufriera el mas pequeño daño.

El Presidente me llamó al palacio á las seis de la tarde, y comunicándome en abstracto, por la premura del tiempo y el peligro que corria la Patria, me ordenó pasase al cuartel del batallon número 1° y me pusiese á la cabeza de la tropa que allí existiera, con órdenes de repeler la fuerza con la fuerza, ofreciéndome poner en mi noticia los detalles de la conspiracion, y darme instrucciones escritas y circunstanciadas luego que se lo permitiera el tiempo, que con preferencia debia aprovechar en tomar todas las medidas de precaucion y seguridad que el negocio requeria. Yo obedecí, como era de mi deber, y mientras salia de la sala dije al Presidente: « que nada habia ya que temer; que yo obraria enérgicamente; que era necesario usar de mucha prudencia y disimulo para que los facciosos no se apercibiesen de que estaban denunciados, y apoderarnos de todos ellos sin sangre ni alboroto, evitando males á la Patria; y últimamente, que esperaba me comunicase los detalles de la conspiracion y las instrucciones correspondientes para arreglar á ellos mis operaciones. »

Llegué al cuartel, y aunque yo no figuraba como autoridad militar para que se me prestase obediencia por el batallon, las cortas insinuaciones que hice á los oficiales, y la confianza que les inspiraba, fueron suficientes móviles para ponerse bajo mi mando y protestarme hacer cuanto ordenase. Con el mayor silencio hice reunir la fuerza disponible, que no pasaba de 80 individuos, pues el batallon habia dado ese dia el servicio de la plaza, circunstancia con que contaban los facciosos, porque ese era el único cuerpo, el mas numeroso de la guarnicion, y capaz él solo de haber destruido á los conspiradores por mas numerosos que hubieran sido. En seguida hice cargar las armas, y dispuse todo para lo que debia ocurrir muy pronto. Ninguno de fuera pudo conocer la alarma que habia en aquel cuartel, porque se procedió sin ruido, mientras en el cuerpo de guardia se aparentaba la mas completa tranquilidad.

Eran las ocho de la noche, y aún no habia yo recibido las noticias é instrucciones del Presidente. Entre tanto, [illegible] virtualmente á las órdenes del coronel José Manuel Montoya, como que este gefe era el que mandaba en lo militar la provincia de Bogotá y las tropas de sus guarniciones. Pocos instantes despues oí un tiro como de fusil á distancia, y no me quedó duda de que ya se habia empezado á obrar. Esperaba la repeticion de ese tiro para salir con mis 80 hombres donde quiera que el peligro se presentase, bien que sin plan combinado ninguno, cuando llegó al cuartel un oficial á caballo á darme parte que el coronel Montoya habia sido alevosamente asesinado por el oficial Pedro [illegible]

juramento de los traidores. En seguida se me comunicó este acontecimiento con sus pormenores por el gefe de dia y otros oficiales. Mas luego me llegó el nombramiento oficial de gefe militar de esa provincia y comandante en gefe de la primera columna del ejército que la guarnecia, en consecuencia de la muerte del coronel Montoya.

Ya nada habia que disimular, pues el Presidente mismo, incautamente, contra mi parecer, habia hecho ostensible el descubrimiento del complot, cuando Sardá se hallaba con sus secuaces cerca de San Victorino, pronto á invadir el cuartel de caballería, del cual debia, segun sus cálculos, apoderarse silenciosamente, pues los oficiales de ese cuerpo, Arjona y Anguiano, estaban comprometidos á facilitarle la entrada por sorpresa, y poner á su disposicion la tropa, que debia formar parte de sus fuerzas. Ya el asesinato del coronel Montoya, cuya vida se hubiera preservado si se obra como debiera haberse obrado, habia impuesto á los habitantes de la capital, y á Sardá mismo, de que el gobierno estaba alarmado, y era sabedor del plan de conspiracion. Por tanto, ordené, con prévio conocimiento del Presidente, que toda la guarnicion se reconcentrase en la plaza principal, hasta el dia siguiente por la mañana, en que debiera saberse la posicion del enemigo y las fuerzas con que contaba, para atacarlo en seguida; á cuyo efecto insté porque se recogiesen todos los caballos que fuera posible.

El teniente coronel Joaquin María Barriga, que habia sido comisionado por el gobierno, con 4 húsares montados para volar á Cipaquirá y poner en guardia una compañía del batallon número 4° que estaba allí destacada, fué el primero que avisó á la capital haberse encontrado con Sardá y una partida de su caballería á las inmediaciones de Usaquén, no pudiendo saber el número fijo, porque la noche no le permitió ver toda la fuerza enemiga.

El 21 se supo á buena hora lo siguiente: que Sardá continuaba su marcha en la direccion de Tunja á la cabeza de unos 40 hombres; que un tal Ignacio Amaya habia sorprendido en su casa de Fontibon al coronel de la guardia nacional José María Quijano, y lo conducia preso en la misma direccion de Tunja, á la cabeza como de unos 25 hombres, despues de haberse apoderado de las pocas armas que allí existian; que Barriga habia podido pasar á Cipaquirá, y que, en tal virtud, ese lugar no seria sorprendido.

Con estos datos se dirigieron instrucciones á Barriga para que obrase en persecucion de los facciosos con la compañía que guarnecia á Cipaquirá, y se hicieron marchar alternativamente varias partidas ligeras con el mismo fin y por diferentes direcciones, habiéndose tomado otras providencias que aconsejaban las circunstancias, pues aun no se sabia bien cuáles serian los proyectos

de los facciosos, [illegible] demás pormenores siguientes.

El 25 se supo que Acosta había podido pasar [illegible] en pós de Sardá, y que no se había dado alcance á ninguna de las partidas de esta ciudad, que en su persecucion. El gobierno dispuso, por tanto, que yo mismo saliese á encargarme de las operaciones; y, obedeciendo esta órden, al medio dia tomé el galope con una escolta de 12 hombres montados y mandados por el capitan Alfonso Acevedo. El 26 llegué á Tunja por la tarde no obstante las detenciones que tuve en la marcha para [illegible] mi caballo y los de mi ayudante y otros hombres, únicos que pudieron acompañarme, por haber quedado los otros [illegible]. En Venta-Quemada alcancé la columna de [illegible] ya reunidos al coronel Posada, á quien dejé órdenes de continuar su marcha á Tunja al dia siguiente.

En ese lugar me informé que el coronel Franco, á la cabeza de un piquete de húsares y de poco mas ó menos 100 hombres de la guardia nacional de esa ciudad con algunos jefes y oficiales, habia seguido en persecucion de Sardá y quien habia tomado la direccion de Sogamoso, ó Santa Rosa. Al instante pedí un práctico y caballerías para seguir mi marcha; pero, á pesar de la urgencia y mis instancias, no conseguí estos auxilios hasta [illegible] de la noche en que me puse en movimiento, habiéndome visto precisado á detenerme en una hacienda á eso de la media noche, porque el oficial que me servia de práctico se habia extraviado muchas veces, y me pareció que no era tan conocedor del terreno que, en una noche oscura y con el tiempo malo, pudiera haberme guiado con seguridad hasta [illegible].

El 27 por la mañana seguí hasta el pié del Alto [illegible] del Fraile, en donde fuí informado con certeza de lo siguiente: primero, que una columna de milicias de Sogamoso, que marchaba hácia Tunja con el proyecto de hostilizar á Sardá, habia sido atacada sobre su marcha y derrotada; segundo, que el coronel Franco habia dado alcance á los facciosos en el pueblo de Iza, y que éstos se habian rendido en virtud de la promesa que por la mediacion del coronel Quijano, su prisionero, les hizo Franco de que sus vidas no correrian riesgo mientras estuviesen en su poder; y tercero, que Sardá se habia ocultado en los bosques con algunos de sus compañeros desde el momento en que dió la carga contra las milicias de Sogamoso. A pocas horas llegó Franco y me contó todo lo referido.

De esta suerte terminó la loca conspiracion del 23 de julio; pero su caudillo existia y era necesario prenderlo para que la tranquilidad pública se consolidara. Yo estaba casi seguro que no se me escaparia, pues conociendo la importancia [illegible]

apurándolos los arbitrios que me sugirió la experiencia, y en efecto logré apoderarme de Sardá y sus secuaces, habiéndose salvado sino [illegible], que muy pronto fueron tomados en Casanare.

Habia en el lugar [illegible] referir un acontecimiento [illegible], que aunque fué considerado por muchos sujetos como un antecedente ó síntoma de una conspiracion, yo confieso que nunca lo creí tal, y que me equivoqué.

Celebrándose las fiestas de toros de la iglesia de las Cruces en Bogotá algunos meses ántes del 23 de julio, una tarde en que se jugaban toros, sucedió que la tropa destinada al despejo de la plaza, perteneciente á la guardia nacional, atropelló á unos jóvenes por impedirles descender de la barrera hácia el centro de dicha plaza. A este incidente se siguió un tumulto de soldados contra paisanos y de gente descalza contra gente calzada ó de ruana, en términos que el ámbito cercado se llenó de atletas, unos del partido de los jóvenes, y otros del lado adverso. Yo que me hallaba en un tablado como simple espectador, me arrojé sobre la multitud y en medio de la mayor confusion exortaba á todos á moderarse y salir de la plaza; mas mis excitaciones eran ahogadas por la vocería de ese campo de Agramante. Como no tenia uniforme ni otra insignia que me hiciese distinguir, me anunciaba como el general López, secretario de la guerra, suponiendo que, al ser reconocido, todo el mundo entraria en órden; pero no fué así. El tumulto no daba lugar á mis infructuosos esfuerzos, y la contienda se agitaba hasta el punto de empezar á hacerse uso de las armas y á correr sangre, al paso que el número de los contendores se aumentaba á cada instante. En este conflicto, uno de los soldados tuvo el arrojo de amenazarme y tirarme de firme dos bayonetazos, que pude evitar, y empuñándole el fusil, le desarmé la bayoneta con velocidad, lo que no fué bastante á contenerle, pues él se esforzaba para que le soltase el fusil, en cuya lucha hube de herirle con su propia bayoneta, que era la única arma de que yo podia disponer para defenderme y hacerme respetar. Atraida mucha gente cerca de mí con este motivo, logré hacerme oir, y entónces tuve una de aquellas felices inspiraciones que vienen muy á propósito en momentos angustiados: di órden para que se soltase á la plaza uno de los toros del coso, y que paulatinamente se soltasen otros, con cuya medida logré despejarla, hacer subir sobre la barrera los soldados y dar tiempo para que el Dr. Rufino Cuervo, gobernador de esa provincia, fuese con tropa de línea á afianzar el órden y arrestar algunos de los perturbadores mal intencionados, que no dejaban de prorumpir en vivas á la gente de ruana y mueras á la de casaca.

Confieso que hice mal en haberme introducido desarmado en medio de ese tropel de hombres ciegos, pues en mi posicion no

nia semejante deber, ni era prudente esponerse á ser insultado y aun asesinado; pero como no tengo la sangre fria para moderarme en semejantes casos, el deseo de evitar que la tranquilidad pública se turbase sériamente, cuando se podia cortar en tiempo el mal, me estimuló á obrar de esa manera. Tengo la satisfaccion de haber hecho este servicio á la sociedad y ahorrádole males de fatal consecuencia.

Se descubrió que los principales instigadores de esa pueblada fueron de los que tomaron parte con mas decision en el asunto de Sardá, lo que prueba la predisposicion que ya existia para levantarse contra el gobierno constitucional.

Terminada mi comision del lado del Norte, regresé á Bogotá y continué ejerciendo mi destino en el mando de las armas, sin otra interrupcion que la de 20 dias que se me concedieron de licencia para ir á la provincia de Neiva con el objeto de casarme en segundas nupcias con mi actual esposa la señora Dorotea Durán y Borrero, perteneciente á una familia á que ya estaba ligada la mia de tiempos atrás con estrechas relaciones, que yo habia alimentado por medio de una amistad muy antigua.

El 20 de diciembre de 1833 se me nombró gobernador interino de la provincia de Bogotá, en cuyo empleo no permanecí sino hasta el 20 de enero de 34, que se me nombró para igual destino en la provincia de Cartajena con instrucciones para defender aquella plaza contra una escuadra francesa que la amenazaba por consecuencia de la cuestion suscitada por el Cónsul Barrot.

## CAPITULO XXXVI

**Marcho precipitadamente á Cartajena.—Llego á esa plaza.—Peligros que corro en la navegacion nocturna del rio Magdalena, etc.—Estado lastimoso de la plaza para una pronta defensa.—Sérios inconvenientes que se me oponen.—Mi situacion se complica y se hace mas difícil.—Espero el resultado de lo estipulado en Paris.—Llega ese resultado.—Una escuadra francesa en Cartajena.—Recibo instrucciones de mi gobierno.—Entablo relaciones oficiales con el almirante, baron de Mackau, gefe de la escuadra francesa.—Logro que se modifique favorablemente para la República el convenio de Paris.—El general Herran me sirve de parlamentario.—Se ejecuta el convenio.—Canjeo mi espada con la del almirante.—El Rey de los franceses, Luis Felipe, me regala un elegante fusil de caza, que acepto prévio el permiso del Congreso.—Pido al gobierno me permita regresar á Bogotá.—Se me confiere los primeros puestos militares en el Atlántico.—Se me concede una licencia temporal por cuatro meses.—Una felonía en Cartajena.**

El 23 del mismo enero marché á Cartajena á donde llegué el primero de febrero siguiente, tomando posesion en el acto del nuevo destino. No fueron pocas las molestias que sufrí y los peligros que arrostré navegando dia y noche sin descanso en el rio Magdalena. Me sobran datos para sospechar que los bogas de Mompos para abajo tuvieron intencion de hacerme naufragar, y que si no lo ejecutaron fué por haberles impuesto temor con las amenazas que les hice armado de mis pistolas y espada. Ellos habian sido instigados por dos de mis enemigos políticos para hacerme perecer. Desde Honda hasta la referida Mompos, me acompañaron los señores ~~Davison y~~ Eusebio Bernal; pero allí me abandonaron por no sufrir mas incomodidades y riesgos de los que habian esperimentado en mi viaje inusitado y bárbaro. Tenian :nucha razon esos señores en no querer acompañarme por mas tiempo, y harto arrepentidos quedaron de haberse asociado á mí en tan penosa peregrinacion.

Tomé inmediatamente conocimiento de los medios de defensa que habia en aquella plaza y emprendí todas las obras posibles para fortificarla de una manera imponente. No faltaban elementos en ella con que hacer una lucida resistencia; pero estaban desorganizados é inservibles por el momento. Casi toda la artillería se hallaba desmontada. Los muros del principal recinto se encontra-

ban bastante deteriorados, y las fortificaciones en un estado lamentable — no habia artilleros propiamente dichos, pues la única compañía que existia de esta arma en el mejor pié para obrar como infantería, siendo los soldados instruidos y ejercitados en el manejo de artillería — el cuerpo de ingenieros, tan indispensable para el ataque y defensa de una plaza fuerte, estaba reducido á solo un jefe facultativo. — La guarnicion no alcanzaba á 1,000 hombres, que es la de esta parte calculada para defenderla vigorosamente contra un enemigo poderoso — los recursos pecuniarios eran muy escasos, y las facultades para disponer de ellos limitadísimas, con disposiciones hasta el escrúpulo y en sumo grado entrabadas — las que yo tenia como gobernador político no estaban, como no están todavía, detalladas para esos casos, siendo contrario á la Constitucion reasumir el mando militar en el civil y vice versa — nuestra marina de guerra estaba reducida á la menor espresion posible, ó, por mejor decir, era insignificante aún en presencia de una nacion débil, pues no constaba sino de 2 pailebots viejos y casi inútiles que hacian el servicio de guarda-costas y correos del Istmo de Panamá é islas granadinas del lado del Atlántico, y un bongo y tres falúas para el servicio del puerto y castillos de Boca-Chica — en fin, todo estaba de tal modo, que yo no podia responder sino de salvar el honor nacional y el lustre de nuestras armas en caso de un ataque bien dirigido; mas no de repeler la invasion ni de preservar la plaza de caer en manos del enemigo, pues á la gran distancia en que se halla Cartajena de la capital de la República y con la dificultad suma que en aquel tiempo habia para los trasportes, era moral y físicamente imposible recibir oportunamente ausilios eficaces.

Pero no eran estas las únicas dificultades que hacian crítica mi posicion: otras no menos graves me rodeaban y complicaban mis atenciones. De ellas paso á ocuparme.

El gobierno me habia entregado un pliego sellado, con prevencion de no abrirlo hasta haberme posesionado de la gobernacion. Cuando esto se verificó, abrí el pliego, que contenia la órden perentoria de hacer salir para Mompos al señor Vicente Piñeres, que estando confinado en esta última ciudad, habia obtenido una licencia por dos meses para pasar á Cartajena, y habiendo espirado el término, continuaba allí abusando de la gracia del gobierno, y fomentando la discordia de cuantas maneras podía. Era pues de mi obligacion dar cumplimiento á la órden del Poder Ejecutivo, á cuyo fin la trascribí al Gefe Político del Canton, como el órgano natural que debia darle ejecucion. Piñeres se quejó al Tribunal de Apelaciones, pretendiendo hacer valer contra mí el delito de abuso de autoridad: la imprenta se desenfrenó en los pa-

peles de la oposicion, que eran redactados ó dirigidos por el mismo Piñeres, con el principal fin de [illegible] en un lugar en donde yo no era bastante conocido; las mas negras calumnias é improperios se produjeron contra mí, y se intentó poner en problema mi reputacion, particularmente entre algunos jóvenes valiosos, pero inespertos, á quienes habia fascinado Piñeres. Es verdad que el partido liberal tomó mi defensa con empeño; pero tal era el ímpetu de las pasiones, que esto no podia redundar sino en daño de la causa pública; el abuso de la imprenta era desenfrenado, y la impunidad de los que abusaban era tan segura, que no se dejaba otro arbitrio á los liberales que el de las recriminaciones.

Despues de un proceso tan ruidoso, el tribunal me exigió la órden original en virtud de la cual habia yo obrado; y á su vista declaró mi inocencia, y Piñeres se vió obligado á regresar á Mompos, despues de haberse desahogado furibundamente en sus folletos contra quien no era sino un simple ejecutor de una órden irrevocable. Esto me quitó mucho tiempo, que pudiera haber empleado en los preparativos de defensa; y entorpeció todos los trabajos que se habian emprendido para librar siquiera la plaza de un golpe de mano, que podia intentarse de un dia á otro por alguna fuerza naval de Francia, que antes de mi llegada á Cartajena se habia presentado ya al frente de sus muros de una manera amenazante; y si habia desaparecido de sus aguas, era de presumirse que se reforzaba en las Antillas para volver con mas decision, como despues lo hizo.

Otro caso ocurrido: Habiendo el gobierno nombrado dos oficiales supernumerarios en la secretaría de la Gobernacion de Cartajena para ayudar á sus trabajos *mientras se considerasen necesarios*, me ví en la precision de despedir á uno de ellos, porque lo consideraba *innecesario*, y porque no merecia mi confianza. Este era impresor, y tenia á su cargo la tipografía de los herederos de Juan Antonio Calbo, por lo que ya se puede inferir cuáles serian las producciones de esa prensa en desagravio de la despedida del oficial de pluma. Pero no era esto todo.

Un manejo escandaloso reinaba en algunos empleados de hacienda, autorizados por el abuso que se habia hecho desde mucho tiempo atrás en la aplicacion de los fondos públicos, que se esplotaban con el mas descarado atrevimiento, monopolizándose el ágio por determinadas personas que poseian alguna influencia y que habian pertenecido á las malas causas de la dictadura y la usurpacion. Entre estos manejos se comprendia el de comprar por un precio ínfimo las libretas de ajustamientos de la tropa, las cuales eran presentadas á la tesorería como vales pagaderos ó billetes de banco, y amortizados por ella, sin embargo de una cir-

cular del Poder Ejecutivo dada bajo mi firma, siendo secretario de Guerra, que prohibia el que estos pagos se hiciesen por otros que por los respectivos habilitados de los cuerpos. Entre estas libretas muchas eran falsificadas, pero sin exámen ninguno eran admitidas y pagadas las sumas por la tesorería. Yo puse en vigor el decreto ejecutivo, que debió ofender á cuantos hacian este indebido negocio, y aumentar, por tanto, el número de mis enemigos.

Descubrí tambien la fabricacion fraudulenta de algunas libretas, y acusé á un sargento, que en mi presencia se confesó culpable del hecho é imploró el perdon; pero estando tantas gentes y tantos intereses comprometidos en esta investigacion, el sargento fué declarado inocente por el Tribunal civil á quien competia su juzgamiento. ¡ Así debia suceder !

El sistema de maestranzas, tan ruinoso al erario público, lo era mas en la plaza de Cartagena, en donde naturalmente hay mas obras que hacer. Yo procuré sustituirle el de contratas, que me habia probado el beneficio de la economía en cuantas partes lo habia ensayado desde el año de 1821; y como esta providencia tan favorable al fisco, afectaba muchos intereses de los agiotistas, ya puede suponerse cuánta oposicion me creara, cuántos enemigos me hiciera y cuántos sinsabores me costara.

Otro estraordinario suceso vino en seguida á envenenar mas mi situacion y á poner á prueba de fuego mis sufrimientos y mi energía. Vergüenza me causa el referirlo; pero su omision usurparia á mi conducta pública uno de los rasgos culminantes de los que mas la honran, por haber tenido lugar en circunstancias tan angustiadas, cuando habria sido imposible dominar la situacion á quien no poseyera el genio calculado para hacer frente á tantas decepciones y allanar tan grandes inconvenientes. Paso al asunto.

Los sirvientes del general Ignacio Luque, que era el gefe de las armas en la provincia de Cartajena y en las demás del litoral del Atlántico, asaltaron el correo de Bogotá en las inmediaciones de aquella plaza, asesinando cruelmente al conductor principal de la balija y dejando gravemente herido al peon que le acompañaba, á quien creyeron muerto, apoderándose de los considerables intereses en moneda que conducia. Con el denuncio que se me dió y que tenia todo el carácter de la verisimilitud contra los autores de ese atentado, escité á la autoridad competente para que aprendiese á los iniciados del crímen é instruyese el proceso con el interés debido; mas el juez retardaba demasiado el cumplimiento de mi primera indicacion, y ya esos criados se habian apercibido de las sospechas que infundian y se preparaban á escaparse, lo que indudablemente habria tenido lugar si su captura se hubiera diferido dos minutos mas, dando por resultado su im-

punidad y la pérdida de muchos miles de pesos. En semejante conflicto, me armé con mis pistolas y espada, y solo, porque no había en la casa otra persona de confianza que me acompañara, me coloqué en la puerta del cuarto, en donde aquellos sirvientes, que eran tres, armados de un trabuco, una carabina, sables y lanzas se disponian á tomar la fuga. Intiméles la rendicion con mis pistolas preparadas, y de una manera resuelta les previne que dispararía sobre ellos si daban un paso adelante. Llenos de terror, aunque pertenecian á los valientes del ejército colombiano, los criados se me sometieron sin resistencia, hasta pocos minutos despues en que llegó un piquete de soldados y los aseguré y entregué al juez respectivo. Debe advertirse, que tanto ellos como el general Luque vivian en la misma casa que yo habitaba.

Convictos y confesos, denunciaron á su general como ordenador del atentado, á lo que se agregaba haber visto al mismo Luque cuando ocultaba en un lugar oscuro parte de los intereses sustraidos de la balija saqueada, intereses que fueron, igualmente que casi todo el resto de ellos, encontrados por mi asistente Delgado, á cuya eficacia en buscarlos y honradez en entregarlos, se debe que sus dueños los hubieran recobrado. El proceso se instruía; pero á pesar de tantas pruebas como se habian acumulado, el juez, débil ó corrompido, no se atrevia á decretar el arresto de Luque, quien continuaba con el mando militar. Él habia tenido bastante habilidad para concitar contra mí el odio de mis diferentes y gratuitos adversarios, pretestando que yo le perseguia para anularlo y perpetuarme en el mando de la provincia (cosa en que yo no soñaba siquiera); y tales y tan intensas eran las pasiones de mis enemigos, que cerrando los ojos á mis precedentes, siempre puros, acogieron ese pretesto y me dirigieron por la prensa los ataques mas rudos é injustos de que se pueda tener idea, constituyéndose (los perversos) en patrocinadores de la causa de un facineroso, en momentos que la Patria corria el riesgo de ser invadida por el estranjero ! ! !

Al fin, gracias á la rectitud del incorruptible doctor José María del Real, magistrado del Tribunal de Apelaciones del Magdalena, Luque fué puesto en prision y condenado á destierro perpetuo, perdiendo por el mismo hecho el empleo de general, que habia ganado con la punta de su espada, derramando su sangre en diferentes campos de batalla en que combatió en favor de la independencia. Los tres sirvientes fueron condenados á muerte y ejecutados, habiendo persistido en su denuncio hasta el último momento. La vindicta pública se satisfizo, pues, á medias, porque ella y la severa justicia reclamaban la condigna pena de esos famosos criminales; pero la chicana, la intriga y toda especie de manejos inicuos se pusieron en juego para librar del suplicio al

hombre que mas lo merecia; y lograron ganarse un voto en el Tribunal, sin cuya concurrencia, segun nuestra legislacion de entonces, no podia aplicarse la pena de muerte. Otros incidentes que no carecen de interés, ocurrieron durante aquel célebre proceso; empero guardaré sobre ellos silencio por pura moderacion.

Vuelvo á llamar la consideracion de mis lectores sobre la importancia de ese drama.—Mi reputacion cruelmente lacerada;—inminentes los peligros de la plaza;—un partido protervo predicando la anarquía;—los recursos para la defensa de una plaza tan importante, sumamente débiles é ineficaces;—mi responsabilidad comprometida de una manera estraordinaria;—y el gefe de las armas culpable de un delito atroz, amparado por hombres inmorales, que procuraban su impunidad aún á costa de una conspiracion, que no les habria sido difícil, si la mayor parte de los gefes y oficiales de la guarnicion no hubieran sido tan leales y tan amigos mios. Ahora que han pasado seis años, yo estoy cierto que mis mayores enemigos no podrán menos que avergonzarse y justificarme, sintiendo los remordimientos consiguientes á la injusticia con que me persiguieron.

Volvamos á la cuestion Barrot. Hallábame esperando el resultado de la comision del coronel Juan María Gómez, enviado por el gobierno granadino cerca del Rey de los Franceses con el objeto de arreglar honrosamente las desavenencias en que se hallaban las dos naciones. Este resultado se supo en Cartajena en el mes de setiembre, y poco despues se presentó el contra-almirante Baron de Mackau, á la cabeza de una flota considerable, con instrucciones de su gobierno para la ejecucion del convenio celebrado en Paris, ó para exigir, por la fuerza, la satisfaccion de los ponderados agravios que pretendia habiamos irrogado á esa nacion en la persona de su cónsul.

Ese personaje tan distinguido me trató desde nuestra primera entrevista con las mas delicadas consideraciones, y supo inspirarme una simpatía cautivadora: su proceder era tan franco como eran nobles sus maneras; y así fué que, mientras él permaneció al frente de Cartajena esperando que mi gobierno me instruyese sobre lo que me tocaba hacer, tuve una gran confianza en la conducta del Baron de Mackau y de la escuadra de su mando, confianza que influyó en conservar la mejor armonía entre los dos, que éramos los designados por nuestros respectivos gobiernos para la ejecucion de lo estipulado, y que se vió á pique de ser turbada si nuestra buena inteligencia no hubiera sido tan bien sostenida por nuestras rectas intenciones.

Al fin recibí las instrucciones del caso, y, en su virtud, mis relaciones oficiales con el almirante fueron iniciadas en una con-

ferencia prévia, para acordarnos en el modo como debian verificarse las ceremonias de la reconciliacion. Como algunas de estas eran desdorosas para la Nueva-Granada, pude recabar del comisionado francés su modificacion, sin la cual yo no me habria prestado nunca á ser el ajente de mi gobierno para este caso, como se lo protesté con prioridad. El general Pedro A. Herran, que acababa de llegar de Europa, fué comisionado por mí cerca del Baron de Mackau para aclarar algunos pormenores un poco oscuros, lo que desempeñó satisfactoriamente; y habiéndose arreglado todo de una manera decorosa y digna del gobierno á quien representaba, el 21 de octubre se dió cumplimiento á lo convenido, y siguieron los convites de etiqueta. El Baron de Mackau me atestiguó siempre su estimacion, asegurándome, que al afecto que yo habia sabido grangearme, se debia esclusivamente el haber cedido á mis pretensiones en cuanto á las fórmulas ostensibles de la reconciliacion de nuestras dos naciones, modificando, hasta el caso de comprometer su responsabilidad, lo espresamente estipulado en Paris, y lo que se le prevenia en sus instrucciones, que enseñó al general Herran y á mí.

A las funciones se siguió el cambio de nuestras espadas, y otras muestras de nuestra recíproca estimacion. El Rey Luis Felipe me hizo despues por conducto de mi respetable amigo el Baron de Mackau, un primoroso regalo, consistente en un elegante fusil de caza, el cual admití, prévio el permiso del Congreso.

Habiendo salido con tanta fortuna de mi comision á Cartajena y de todos los embarazos que la complicaron, pedí al gobierno me permitiese volver á Bogotá; y en 20 de noviembre se accedió á mi solicitud, nombrándome gefe militar de la provincia de Cartajena y comandante en gefe de la segunda columna del ejército; y concediéndome cuatro meses de licencia temporal. Pero todavía tuve mucho que sufrir antes de salir de Cartajena, como voy á espresarlo:

Habia en aquella plaza un oscuro habanero que habia ido algunos años antes con licencia del gobierno para arreglar una mortuoria. Este individuo pertenecia al partido de los sediciosos, y hacia alarde de su criminal conducta. Varios patriotas me significaron todo esto y me agregaron que la residencia del habanero era ilegal, pues se hallaba en vigor el decreto legislativo que prohibia la entrada en Colombia á los súbditos del Rey de España, mientras éste no reconociese nuestra independencia; y que el agraciado llevaba ya dos años ó mas de estar en aquella plaza, sin que se le hubiera prorrogado la licencia de dos meses que se le habia concedido. Informado yo de los hechos, hice intimar al estranjero su salida de la plaza: á sus instancias le concedí un término racional para el arreglo de sus negocios; pero en vez de

agradecer el favor, interpuso acusacion contra mí; publicó papeles insolentes, y, como habia sucedido en los anteriores hechos, todos mis enemigos se pusieron del lado del habanero, y trataron de que se me condenase, só pretesto de abuso. El Tribunal no pudo menos que declararme inculpado, por ser mi providencia arreglada á la ley; y en consecuencia dispuse la salida del súbdito español para el 9 de diciembre, dia en que debia entregar el puesto de gobernador al señor Vicente Ucros, nombrado para sucederme.

Como no hubiese un buque neutral para hacer salir al habanero antes que yo dejase la gobernacion, y como temiese con fundamento, que si la salida no se verificaba entonces, mi órden podia ser evadida y la autoridad desairada, ordené que un buque de guerra del Estado se encargase de la comision, dando instrucciones al capitan para que saliese algunas horas antes que tomase posesion Ucros, de modo que cuando esto tuviese lugar, ya el buque hubiera desaparecido de la vista de la plaza. Navarro que era el capitan, escojido por mí como oficial que me parecia honrado y exacto, pudo ser seducido por mis tenaces enemigos, y entorpeció su salida de las aguas de Cartajena; de modo que habiendo yo entregado la gobernacion al instante indicado, persuadido que Navarro habia tenido tiempo bastante para alejarse de la vista, en el acto supe que éste hacia señales de hallarse en algun conflicto, y que el gobernador habia aparentado mandar á informarse de lo que sucedia al buque. Muy pronto se supo que el capitan se habia puesto á la capa á causa de hallarse el cubano sufriendo del mal de mareo, y que el gobernador Ucros habia ordenado volviese el buque á la bahía y se detuviese allí hasta otra órden.

Al dia siguiente en que yo salí de Cartajena, supe que el habanero entraba á la plaza libre, y que se iba á consultar al gobierno si debia sostenerse mi providencia, inclinándose Ucros á que no se sostuviera. El gobierno resolvió, previos los informes necesarios, que yo habia obrado dentro del círculo de mis atribuciones, y que el cubano debia salir de la Nueva-Granada.

De este modo tan indecente se manejó el gobernador Ucros, abusando de su autoridad, desairando la mia, y ofendiendo mi amor propio con tanta villanía. No tuvo miramientos ni á mi persona pública, ni á la ley, ni al modo caballeroso con que yo lo habia tratado. Debió siquiera considerar, que si él me hubiese causado una lijera sospecha en este procedimiento, yo habria diferido entregarle el puesto por algunos dias mas, pues dependia de mi voluntad, hasta que mi órden hubiera sido ejecutada al pié de la letra. El objeto de Ucros era hacerse popu'ar con los que me odiaqan, para recompensarles así el favor que le habian hecho propo-

miéndole entre los de la senaría para gobernador; y á esta estéril satisfaccion sacrificó la decencia y la justicia; porque el fin de mis adversarios era agraviarme con bajeza á falta de ánimo para hacerlo de otro modo. ¡Qué patriotismo! ¡Qué nobleza de sentimientos! Si mis enemigos hubieran podido descubrirme un flanco, estoy cierto que me habrian perdido en Cartajena; pero ¡como no dí un solo paso que no fuera escudádo por la ley, sus furibundos esfuerzos se estrellaron, á su pesar, en el santuario de la justicia, y mi reputacion resaltó mas en razon de las manchas que quisieron imprimirle.

¡En prueba de mi filantropía y de que no eran las miserables pasiones que dirijian mi conducta con respecto á los súbditos españoles, contra quienes ya no existia el rencor que nos animó durante la guerra de independencia; referiré un caso que habla por sí solo y muy elocuentemente en mi favor.—Habiendo naufragado cerca de Cartajena el bergantin Méjico, que creo llevaba pabellon inglés, pudo salvarse el marqués de Baldehoyos con otro español y la tripulacion, en el único bote que habia podido conservarse; y en tan aflictiva situacion se me presentaron reclamando hospitalidad. Yo la concedí con el mayor gusto, no obstante hallarse vijente la ley de que he hablado, que probibia entrar en el territorio granadino á los súbditos del Rey de España, ofreciendo al marqués un departamento en la casa que yo habitaba y cuantos recursos pudiera necesitar, cuyos ofrecimientos generosos no fueron aceptados porque Baldehoyos contaba en aquella plaza con relaciones y propiedades que poseía en ella. De esto dí cuenta al Poder Ejecutivo, interesándome, además, en que se permitiera á ese señor residir en el pais hasta el definitivo arreglo de sus intereses; y habiendo obtenido la aprobacion de mi conducta, logré lo que pedia; y el marqués no salió de la Nueva-Granada sino espontáneamente, cuando hubo dado punto á sus negocios. Cumplí, pues, no solo con lo que prescribe el derecho de jentes para tales casos, sino tambien con un deber humanitario, de que he dado tantas y tan relevantes pruebas.

---

# CAPITULO XXXVII

Llego a Bogotá.—Se me revoca la licencia temporal.—Se me ordena seguir á Pasto como segundo del general J. M. Obando.—Objeto.—Me detengo en Popayan.—Razones que tuve para esta detencion.—Se me nombra comandante en gefe de la columna situada en Pasto.—Llego á esa ciudad.—Cesan los motivos de mi comision, y se me ordena regresar á Popayan con la tropa.—Se me nombra gefe militar de la provincia de Popayan.—Se me llama nuevamente á Bogotá.—Una competencia que sostengo en Popayan en favor del fuero civil.—Pierdo la competencia.—Incidentes raros.—Ocurro á la Cámara de Representantes, acusando al tribunal del Cauca.—Se admite mi queja y se formula la acusacion ante el Senado.—Decision injusta de esta Cámara.—La de Representantes me hace una honrosa manifestacion.—Las Cámaras de provincia de Bogotá y Neiva me proponen para gobernador.—Fuí nombrado para la primera.—Una parte de sus habitantes me dirije una carta espresiva y me envia una comision numerosa y respetable instándome á la aceptacion del destino.—Mi contestacion.—Voy á Popayan y regreso hácia Bgotá.

En enero de 1835 llegué á Bogotá, y allí permanecí descansando hasta pocos dias despues en que el gobierno, revocando la licencia temporal, me nombró para seguir á Pasto como segundo del general José María Obando, que se hallaba en aquella provincia con una columna, á consecuencia de nuevas revueltas ocurridas en el Ecuador, y de algunas demostraciones que habia hecho aquel gobierno para que los tratados de límites entre esa República y la Nueva-Granada no fuesen observados en su puntual texto, que interpretaba de una manera perjudicial para esta última nacion.

A mi llegada á Popayan, de tránsito para Pasto, me detuve en aquella ciudad por tres razones: primera, porque se habian notado en esa provincia síntomas de disgusto á causa del restablecimiento del estanco de aguardientes, monopolizado por el gobierno; segunda porque yo no tenia funciones positivas que desempeñar en Pasto; y tercera, porque el nombramiento de segundo no estaba determinado por ninguna ley vijente, á mas de que las circunstancias en que se hallaba entonces el Ecuador no exigian mi presencia en aquella ciudad.

El 24 de junio del mismo año de 1835 se me nombró comandante en gefe de la segunda columna situada en Pasto, en relevo del general José María Obando; y habiendo llegado á mi destino

muy luego, allí permanecí hasta fines de diciembre en que el gobierno me ordenó regresar á Popayan con dicha columna, en razon de haber cesado los motivos que hacian temer algo por parte del Ecuador. Al mismo tiempo se me nombró gefe militar de la provincia de Popayan, en cuyos destinos permanecí poco tiempo por haber sido llamado nuevamente á Bogotá.

Durante esta residencia en Popayan no me ocurrió otra cosa digna de notarse sino una competencia que sostuve con el tribunal de Apelaciones del Cauca. El juez civil se habia denegado conocer de la causa de un simple particular acusado de atropellamiento d ecentinela: la autoridad militar, que yo ejercia, sostuvo: que la causa no era de la incumbencia del fuero de guerra desde que las leyes habian dispuesto espresa y terminantemente, « que solo los militares en servicio activo, y en delitos puramente militares podian ser juzgados por los tribunales del fuero de guerra y conforme á las ordenanzas del ejército; » y que no siendo militar el que habia atropellado el centinela, no era de su incumbencia el juzgamiento del acusado; cuyas razones apoyó mi autoridad con muy sólidas razones y con argumentos de buena lógica. El tribunal á quien tocaba decidir la competencia, declaró ligeramente, « que el acusado debia ser juzgado por los tribunales militares, porque conforme á ordenanza, el delito de atropellamiento de centinela era de desafuero. » Como segun la ley no me tocaba ya sino sujetarme á la resolucion de ese tribunal, por injusta, infundada y violenta que ella fuese, como en efecto lo era, consulté al mismo tribunal:» ¿ por cuál de los dos únicos consejos de guerra establecidos por las leyes para los juicios de primera instancia debia ser juzgado el paisano, ó sea simple granadino; si por el consejo de guerra ordinario establecido solamente para juzgar á los individuos del ejército desde soldado hasta sargento inclusive, ó por el de oficiales generales en servicio activo, desde alférez hasta el mas alto grado de la milicia; pues el paisano acusado no era de ninguna de esas categorías ? » El tribunal, estrechado por la dificultad que le presentaba mi duda, evadió sútilmente la cuestion, resolviendo: « que yo debia consultarme con el auditor de guerra en semejantes casos. » Así lo hice, y el auditor me aconsejó: « que tocaba al Consejo de guerra ordinario el juzgamiento del paisano, pues que no siendo éste un oficial, debia reputársele soldado.» Argumento peregrino, pues podia redarguirse de esta manera : « *no siendo el acusado un soldado, debe reputársele oficial*, » pero no quedándome ya un arbitrio; y á juzgar de las dificultades insuperables que presentaba el modo de proceder para el nombramiento de fiscal, escribano, etc., tuve que conformarme con dictámenes tan absurdos, y sacrificar, contra mis principios y mi conciencia, una de las garantías mas pre-

ciosas de nuestras instituciones, á saber; « que la autoridad *militar* no afectará nunca sino á las personas en actual servicio *militar* y por delitos puramente *militares*. » Sin embargo mi responsabilidad estaba del todo salva; y para que el atentado á que me arrastraba, por decirlo así, el tribunal á quien la ley habia dado el deber de resolver la competencia, no se consumára, procuré con fórmulas dilatorias entorpecer la secuela del juicio, siempre esperando que esos ministros recibieran una inspiracion y volvieran sobre sus pasos, cuya espectativa fué inútil.

Como me quedaba el recurso de exigir la responsabilidad de los magistrados que habian decidido la competencia, ocurrí á la Cámara de Representantes con la queja correspondiente, apoyada en los documentos que se habian versado en el particular. Esta Cámara aplaudió mi comportamiento, y resolvió « que habiendo lugar á la acusacion, se formulase ésta por la misma Cámara ante la del Senado, segun la Constitucion. Tal deliberacion fué dada por el voto unánime de los Representantes, pues aunque uno se manifestó negativo, espresó que no lo estaba en el fondo de la cuestion; pero que preexistente no habiendo una ley [redacted] que determinase el modo de proceder en estos juicios, el Senado no podria adelantar el procedimiento, y, por consiguiente, la acusacion quedaria sin efecto. » Ella fué introducida al Senado, y en su siguiente sesion declaró este cuerpo « que no habia cargo que hacer á los magistrados del tribunal del Cauca!!!» A mi modo de ver esta resolucion fué tambien ligera é injusta; pero me quedó la satisfaccion de haber dado una nueva prueba de mi respeto al código constitucional, de mi decision por sostener las prerrogativas sociales, y de mi consagracion á los principios republicanos, que se oponen á los fueros privilegiados, y al juicio por tribunales especiales. ¿ Qué habria sido de mí y de mi reputacion si yo hubiese sostenido la competencia en el sentido contrario; es decir, que un simple granadino debia ser juzgado, en el caso en cuestion, por los tribunales militares ??? Júzguelo cualquiera hombre de buen sentido.

La Cámara de Representantes decretó que se me diese un ejemplar de la Constitucion en prueba de la aceptacion de mi conducta; cuyo presente me fué entregado por el Presidente Dr. Juan Chimano Ordoñez; y lo recibí y conservo como mi mas preciosa propiedad.

Llegado á la capital el 10 de abril de 1836, á donde habia sido llamado por el gobierno, se me nombró otra vez Secretario de Estado del despacho de Guerra y Marina á consecuencia de renuncia del general Antonio Obando, que obtenia ese empleo. Yo me escusé á su aceptacion, y se me nombró jefe militar de la provincia de Bogotá, y comandante en gefe de la primera columna del ejercito.

En aquel año fuí propuesto para gobernador de las provincias de Bogotá y Neiva, por las respectivas Cámaras de Provincia, y el gobierno me nombró para la primera en 7 de octubre del mismo año; pero no me posesioné inmediatamente del destino, á causa de haber obtenido una licencia de dos meses para pasar á Popayan. Una gran parte de los habitantes notables de Bogotá me dirigieron una carta, en que me manifestaban la confianza que yo les inspiraba, rogándome que aceptase la gobernacion. No contentos con esto, nombraron una numerosa comision para que me presentase sus votos á nombre de toda la provincia; y particularmente me interesaron á que no me escusase. Yo les prometí, que aceptaría el destino, y lo desempeñaria, no por todo el período constitucional de cuatro años, sino por algunos meses, para darles prueba de mi gratitud, y procurar corresponder al honor que me habian hecho y á la confianza que en mí habian depositado; pues que á mas de mi cansancio en la vida pública, estaba resuelto á verificar mi proyecto de viajar á la Europa luego que el estado del país me lo permitiese.

---

# CAPITULO XXXVIII

Regreso de Popayan.—Ordenes premiosas del gobierno para apresurar mi marcha á la capital.—Llego á Bogotá.—Se me dá el mando militar de la provincia de Cartajena y de las tropas de las provincias inmediatas para defenderlas contra los ingleses.—Causa de esta novedad.—Emprendo la marcha, y en menos de nueve dias llego à Cartajena.—Reflexiones.—Triste estado de la plaza.—Otros inconvenientes.—Justicia al gobernador Ucrós. —Trabajos en la plaza.—Perspectiva.—El gobierno me nombra su comisionado para transijir la cuestion con el que comisionara S. M. B.—Condiciones *sine qua non*.—Se avistan buques de guerra británicos en actitud hostil.—Declaratoria de bloqueo.—Anuncio mi mision diplomàtica.—Cito al gefe de la flota inglesa para entendernos.—Mi invitacion es aceptada. —Paso á bordo de l[redacted]Madagascar.—Indicaciones que me hace el comodoro Peyton.—Altercado.—Proposiciones escritas del comodoro.—Mis respuestas.—Otros incidentes.—Nada se arregla.—Regreso á la plaza.—Doy cuenta al gobernador del resultado de mi entrevista con el comodoro.—Doy una proclama que es recibida con entusiasmo.—Se activan los aparatos de defensa.—Ellos son hasta cierto punto nugatorios por falta de unidad, de accion etc.—Observaciones relativas.—El cónsul Rusell en libertad y á bordo de la Madagascar.—El comodoro me lo anuncia.—Le invito á nuevas conferencias.—Estas tienen lugar.—Peyton insiste en sus antiguas exigencias.—Yo me deniego con obstinacion.—Se me propone dar 1,000 libras esterlinas y con esta condicion levantan el bloqueo, refiriendo al ministro británico en Bogotá el arreglo de otros puntos con el gabinete granadino.—Me deniego fundado en que no puedo disponer del tesoro público ni creo honrosa esta concesion.—Se me indica un medio exequible que yo acepto condicionalmente.—Me dirijo al gobernador de Cartajena dándole cuenta del estado de las conferencias y pidiéndole me facilite en el comercio los 5,000 pesos, bajo mi particular responsabilidad.—Propongo á Peyton verifique por su parte una ceremonia honrosísima para mi pais; y acepta.—Recibo la respuesta del gobernador manifestàndome que estaban á mi disposicion los 5,000 pesos.—Lo anuncio al Comodoro exijiendo el cumplimiento de lo estipulado.—Este me contesta de una manera poco caballerosa.—Yo me molesto.—Algunos ingleses hacen observaciones à Peyton, y este me satisface.—El pabellon granadino es tremolado y se me hacen los honores correspondientes.—Se [redacted] el bloqueo y se devuelven los buques apresados.—Pésima redaccion del convenio.—Ella fué inevitable — Anuncio el término de la cuestion y cesa el servicio de campaña.—Se dan por ambas partes muestras de reconciliacion.—Testigos presenciales de las conferencias.—Aprobacion esplícita de mi conducta por el gobierno, con solo una escepcion.—Pido á la Cámara de Representantes se examine mi conducta.—Resolucion favorable.—Me propongo tres cuestiones en el particular y las resuelvo lógicamente.—Otras reflexiones sobre lo mismo.

levantar

A principios de diciembre, cuando volvia de Popayan á Bogotá, recibí cerca de Neiva una comunicacion del gobierno, dirigida apresuradamente, por la cual me ordenaba seguir volando á la capital por exigirlo así el servicio de la Patria, sin espresarme ni

remotamente en qué consistia esta exigencia. Obedeciendo, como siempre, á las órdenes superiores, continué sin perder un momento, y llegué á Bogotá el 12 del mismo diciembre. El 13 recibí el nombramiento de gefe militar de la provincia de Cartajena y comandante en gefe de la segunda columna del ejército, y de todas las tropas que debian reunirse en las provincias de Cartajena, Santa-Marta y Rio-Hacha, con instrucciones para defenderlas de una invasion con que amenazaba el gobierno inglés, á consecuencia de la cuestion suscitada en Panamá por causa del cónsul Rusell, británico. El 16 emprendí mi marcha, y el 24 estuve en los muros de Cartajena. Dejo á la consideracion de mis lectores, que conocen ese tránsito, las penalidades que sufrí en tan precipitado viaje.

Impuestos, como están ya los que hayan ojeado estas Memorias, de la manera con que fuí tratado en aquella plaza cuando ejercí la gobernacion, podrán considerar la magnitud del sacrificio que hice en haberme encargado de estos nuevos destinos; y me harán la justicia de creer, que sólo el patriotismo mas puro podia haberme resuelto á no escusarme ; el honor nacional ultrajado y un nuevo campo de gloria que se me presentaba eran pensamientos que debian subordinar toda otra consideracion.

La plaza estaba indefensa : la artillería que yo habia montado otra vez, se hallaba inútil, por haberse dejado podrir sus montajes sobre los muros; y en fin, todo permanecia en el mismo estado que tenia cuando la cuestion con Francia. A esto se agregaba que yo iba solamente con el mando de las armas, sujeto en todo á los gobernadores políticos de las provincias, conforme á nuestras leyes; de suerte que yo no podia dar un paso sin su autorizacion, ni disponer de un real sin que préviamente fuese decretado por ellos. Los recursos que éstos tenian á su disposicion eran muy mezquinos, y la autorizacion para franquearlos, aún en casos urgentísimos, era, como en otro tiempo, llena de trabas y condiciones. Sin embargo, la justicia exige que yo manifieste en este lugar, que el gobernador de Cartajena, señor Vicente Ucrós, obró siempre en consonancia con mis proyectos, me facilitó todos los medios que le eran posibles, y conservó la mejor armonía conmigo, no obstante los precedentes de que en otra parte he hablado. Los gobernadores de las otras provincias guarnecidas con tropas de mi mando tampoco me dieron motivo alguno de queja, y procuraron con laudable empeño ocurrir á todas las exigencias de la época, hasta donde les fué dable.

Los trabajos se comenzaron con la actividad posible; la artillería se montaba ; las fortificaciones se reparaban ; algunas nuevas se hacian en el cerro de la Popa ; el campo se despejaba arrasando los bosques que lo cubrian; los cuerpos de guardia nacional se ins-

truian, y el entusiasmo que reinaba en toda la República prometia que, aún cuando se perdiese la costa por la inmensa superioridad de fuerzas y de toda clase de recursos de que disponia el gobierno inglés, al menos se salvaria el honor nacional, y el interior de la República seria preservado de la invasion.

El gobierno me habia nombrado igualmente su comisionado para transigir las diferencias con el almirante del gobierno inglés, ó con cualquiera otra persona que viniese autorizada. Al efecto se me dieron instrucciones detalladas, y entre ellas se comprendia la de no consentir en la estradicion del cónsul Russell, que estaba bajo la autoridad del juzgado competente en Panamá, quien le seguia el proceso por delitos escandalosos de que era acusado, cuya condicion, igualmente que otras que no es del caso espresar, contenian el *sine qua non* del avenimiento. En fin, mi conducta debia arreglarse á lo que mi gobierno habia manifestado al ministro de Su Majestad Británica en la correspondencia que se habia entablado.

Desde el dia en que llegué á Cartajena se presentó al frente de la plaza una escuadra considerable, y manifestó por sus movimientos el estado hostil con que venia. Ya en Jamaica se habia publicado « *que las costas de Colombia se declaraban en estado de bloqueo por las fuerzas navales británicas.* » Sin duda se ignoraba en Inglaterra qué Colombia se habia disuelto hacia algunos años.

Yo hice entender al cónsul inglés en Cartajena, mister Kelli, conforme se me habia prevenido por mi gobierno, que tenia autorizacion é instrucciones para entenderme con algun comisionado británico, á efecto de transigir las desavenencias que nos agitaban. El cónsul lo puso en conocimiento del gefe de la escuadra inglesa, quien me comunicó : « que hallándose él igualmente autorizado para el mismo fin, podiamos entablar nuestras comunicaciones oficiales. » En esta virtud, lo cité para conferenciar á bordo de una de sus fragatas permitiéndole la entrada en la bahía, con solo el buque que lo condujese, para facilitar mas nuestras relaciones, cuya propuesta fué aceptada.

Al dia siguiente me trasladé á bordo de la fragata *Madagascar*, en donde se hallaba el comodoro sir John Peyton, comandante de la flota inglesa, y se me recibió con mucha cortesía. Entramos inmediatamente en conferencia, ausiliados de intérpretes de ambas partes. Sir Peyton me manifestó : « que no se hallaba autorizado para levantar el bloqueo, sino con las condiciones que me iba á proponer, y á que yo debia contestar categóricamente *si ó no*, pues su deber no le permitia entrar en esplicaciones de ningun género. » Mi respuesta fué : « que para entendernos mejor era preciso esplicarnos : que mis respuestas serian categóricas;

pero que en caso de que ellas no le satisficiesen, daria brevemente las razones en que me fundaba; que al efecto iba provisto de documentos que acaso eran desconocidos del comodoro, y podian hacerle variar su propósito; y que como creía que él debia estar, como yo lo estaba, animado de los mejores deseos de un avenimiento honroso para nuestras naciones, esperaba que tuviese la bondad de oirme antes de tomar sus últimas resoluciones.

Despues de algun altercado sobre esto, el comodoro me leyó un papel que contenia las siguientes condiciones : « primera, que el cónsul Rusell fuese puesto en libertad y reinstalado solemnemente en el consulado ; segunda, que el archivo del consulado se le entregase por el gobernador de Panamá, y que en este acto pronunciase dicho gobernador un discurso apologético del gobierno británico ; tercera, que el cónsul Rusell fuese indemnizado de todos los daños y perjuicios que reclamase ; cuarta, que el gobernador de Panamá fuese depuesto por el Poder Ejecutivo, con espresion de que esto se haria para dar una plena satisfaccion al gobierno de Su Majestad Británica por la mala conducta que habia usado dicho gobernador permitiendo que el cónsul inglés fuese ultrajado ; quinta, que el juez de Panamá, que habia puesto en prision al cónsul, fuese igualmente depuesto y castigado, lo mismo que todos cuantos habian tenido parte en el atropellamiento. »

Yo contesté con la moderacion debida : « que las proposiciones no eran asequibles, ni yo podia acceder á ellas, porque de este modo iba á poner sobre mi Patria el sello de la infamia; que antes la espondria á un sacrificio seguro, que firmar su humillacion ; que sin duda el comodoro no estaba exactamente informado de los acontecimientos del cónsul Rusell, para lo cual le ofrecia las piezas oficiales, publicadas en nuestra *Gaceta*; que la estradicion del cónsul Rusell no podia tener lugar, porque al Ejecutivo de la República le era prohibida semejante cosa; que todavía se agitaba la cuestion de si el cónsul podia ser ó no juzgado por un tribunal de la Nueva-Granada, y que sólo en el caso de que se resolviese por la negativa seria entregado á las autoridades británicas para su juzgamiento; pero que no podia reinstalársele en el consulado sino cuando fuese declarado inocente, esto es, si mi gobierno lo permitia ; que no habia inconveniente en la entrega del archivo, pues que si éste se hallaba en poder de una autoridad de Panamá, era en razon de que Rusell lo habia dejado abandonado, y que por hacerle un servicio se habian tomado las llaves y puesto el sello en la puerta ; que tampoco habia un inconveniente en que, al tiempo de entregar dicho archivo, el escribano ó el comisionado al efecto, pronunciase un discurso por el cual se manifestase «que el gobierno granadino no habia tenido la menor intencion de irrogar una ofensa al de Su Majestad Británica; » que sólo en el caso

de que la sentencia definitiva de Rusell lo declarase inocente podria éste reclamar los daños y perjuicios de quien hubiese lugar, mas no del gobierno, porque él era inculpable de su prision; que el gobernador de Panamá era considerado inocente en este caso; pero que, aún cuando fuese culpable, el gobierno de la República no lo podria deponer, porque esto era contrario á la Constitucion, pues la deposicion envolvia una pena, y la pena no podia ser impuesta sino por el tribunal competente; y por último, que lo mismo podia decir del juez de Panamá que habia puesto en prision á Rusell, y de cuantos habian tomado parte en el atropellamiento que se suponia. »

Para dar mas fuerza á mis razones hice leer varios artículos de la Constitucion y otros documentos que tenian relacion con el asunto. Peyton me dijo entonces : « que todo era terminado, y que desde ese instante se estrecharia mas el bloqueo, el cual continuaria hasta haber obtenido las satisfacciones que demandaba á nombre de su gobierno. » Yo le contesté : « que en ese caso el bloqueo seria eterno, porque nunca se daria una satisfaccion tan humillante para mi pais y tan oprobiosa para las autoridades, tanto mas, cuanto que mi gobierno no habia irrogado ningun agravio al de Su Majestad Británica; que, por consiguiente, los males que se causaran serian de cargo de la nacion británica y nunca de la Nueva-Granada; y, finalmente, que la gloria, cualquiera que fuese el resultado, perteneceria á mi nacion, pues sus medios de defensa eran infinitamente inferiores á los elementos de todo género que podia poner en accion el poderoso gobierno inglés; pero que con nuestra resolucion probaríamos al mundo que sabíamos apreciar nuestro honor nacional. » Otros breves discursos hice por el estilo de éste, durante mi permanencia á bordo de la *Madagascar*. Por último, el comodoro Peyton me preguntó : « ¿si los súbditos de Su Majestad Británica y los bienes de éstos serian respetados en Cartajena durante la cuestion? agregándome que de otro modo los haria ir á bordo de su flota. » Yo le contesté : « que, conforme á nuestra Constitucion, todo estranjero era admitido en mi Patria y gozaba de la mas completa seguridad en su persona y propiedades, siempre que respetase las leyes del pais á que estaba sujeto. » Entonces Peyton me significó su satisfaccion por mi respuesta, me brindó la última copa, pues habia comido en su mesa; me propuso que si queria mandar á Panamá á algun buque del Estado con el objeto de informarme sobre el resultado de la competencia que allí se ventilaba, sobre si correspondia ó no á nuestros juzgados aprender el conocimiento de la causa de Rusell, él me lo permitiria. Yo acepté la oferta, que positivamente tuvo lugar, y me despedí para la plaza.

En ella hice saber al gobernador el resultado de la conferencia,

manifestándole que nos hallábamos en el caso de redoblar nuestros trabajos y aumentar nuestros miserables medios de defensa; en lo que convino dicho gobernador. Yo dí una proclama á las tropas del ejército permanente y de la guardia nacional que estaban bajo mi mando, anunciándoles el mismo resultado, y exortándolos á llenar sus deberes en la contienda : esta proclama fué acogida, no sólo por las tropas, sino por todos los granadinos, con el mayor entusiasmo.

Las tareas se redoblaron en efecto, y una de las nuevas disposiciones que se tomaron fué la de comprar y armar en guerra cuantos bongos fuera posible, y poner una respetable escuadrilla de fuerzas sutiles, para hacer con ella la guerra ventajosamente en nuestros esteros y cienagas, á manera de la guerra de montañas en tierra, que en mi opinion hace invencible al pais que quiere defenderse con denuedo y abnegacion observando ese sistema.

La flota inglesa recibia continuamente refuerzos; la carestía de los víveres subia en proporcion que éstos venían á ser un poco escasos; las gentes inermes de la plaza, y aún algunos jóvenes de la oposicion (que no debieran haberlo hecho), abandonaban la plaza; los bloqueadores maniobraban todos los dias, y aún aparentaban hacer desembarcos en varios puntos accesibles de esa estensa costa; ninguna clase de ausilios se recibia del interior; á mí no me era lícito disponer de un solo bote para un asunto del servicio, sin pedirlo al gobernador político, porque segun nuestras leyes, ni en este caso depende la marina del gefe encargado de la defensa, y, por consiguiente, falta la unidad de accion, y se compromete el secreto de las combinaciones con las fuerzas de tierra, tan necesario para el acierto de las operaciones. En fin, se puede decir, que no hay sistema, y que cuando las piezas de una máquina se hallan dislocadas, y que en vez de uno, son muchos los que la dirigen y sobre quienes pesa la responsabilidad, no hay fuerza en este caso. Esa responsabilidad no debe gravitar sino sobre una sola persona, jamás dividirse ni hacerse solidaria entre varias, porque á mas de los perjuicios que trae consigo, el resultado es que ella se hace ilusoria: hablo solo del mando militar én casos de guerra. Yo no podia disponer de un maravedí para pagar un espía, un posta, un hombre que se informára y me noticiára con oportunidad si el enemigo hacia positivamente desembarcos. Para todo esto era preciso pedir los recursos al gobernador político, y éste tenia que captar el beneplácito de la Junta de Hacienda; quedando acaso divulgado un arcano interesante para el éxito de la defensa. ¡Y sin embargo de todo esto, yo estaba encargado de repeler la invasion, y dejar bien puesto el honor de las armas! ¡Quiera Dios que nunca se halle la República en un con-

flicto sério, mientras no se den leyes, que, sin desmedrar la autoridad de los gobernadores civiles, den facultades suficientes al gefe militar encargado de operaciones. No es la primera vez que espreso estos votos: ellos han sido elevados al Poder Ejecutivo y al Congreso cuando he tenido oportunidad de hacerlo, y cada vez crece mi conviccion sobre esa imperiosa necesidad, por mas que los hombres inespertos, aunque bien intencionados seguramente, se empeñen en sostener lo contrario.—Una dolorosa esperiencia será lo único que los disuada, cuando la patria lamente la imprevision de sus hijos. Mi civismo no puede revertirse á duda; pero no soy de los que llevan ciertos principios, incoherentes con la existencia de la sociedad, hasta un estremo tal, que llega á ser absurdo, y por lo mismo, produce un efecto contrario al que se propone. Si fuéramos invulnerables,—si nuestro derecho se respetara siempre—si no tuviéramos el deber de defendernos contra las irrupciones de los poderosos y de los piratas—si no fuera conveniente hacernos respetar, no solo por la justicia, sí tambien por la fuerza, cuando no es un Areópago el llamado á decidir nuestras contiendas;—si los enemigos con quienes tuviéramos que habérnoslas fuesen tan débiles como nosotros y tan escasos de la ciencia marcial que dia por dia hace progresos admirables en las naciones civilizadas y se cultiva con interés como un medio necesario para su seguridad—si tuviéramos la garantía de conservarnos en paz perpétua con todo el mundo; entónces sí convengo en que debemos prescindir de todo aparato bélico y de todo elemento conducente á la defensa de nuestra nacionalidad, de nuestra libertad, de nuestro honor, de nuestras vidas, de nuestras propiedades y de cuanto hay de mas sagrado sobre la tierra; mas, como, desgraciadamente, no podemos contar con esos privilegios de la Providencia, forzoso nos es sufrir un mal necesario para evitar otros mayores, y emplear los elementos y medios que emplean todos los Estados, sin exencion de uno solo, para conservar nuestra existencia política é individual y preservar incólumes nuestros derechos, lo que no lograríamos sin procurar igualarnos en lo posible á las demas naciones, adoptando los principios del arte de la guerra en cuanto sean compatibles con nuestras instituciones y recursos, sopena de ser la víctima ó el ludivrio del primero que quiera molestarnos contando con encontrarnos inermes y desprevenidos. Conozco bien á mis compatriotas para no dudar que en cualquiera caso tendrán la abnegacion, el patriotismo y el valor suficientes para disputar heróicamente sus derechos; pero estoy persuadido que esas [redacted], sin el ausilio del arte, no serian suficientemente eficaces para asegurar el éxito, ó que aún cuando lo fueran alguna vez, el triunfo mismo seria lamentable á vista de los sacrificios inmensos que él costara, sacrificios superiores en

cualidades

mucho á los que se hicieran si los invasores los encontraran preparados debidamente á la resistencia.

En mis hipótesis no he querido, intencionalmente, hacer figurar la de que debiéramos preferir nuestro oprobio y aniquilamiento, á manera de Kuákeros, antes que usar de la fuerza bien dirigida y combinada para repeler la invasora, porque no consiento que los neo-granadinos pudieran abrigar esta idea insensata, por mas optimistas y ascéticos que ellos fueran.

No seamos jamás gratuitos invasores, y evitemos por todos los medios que aconseja la civilizacion las querellas con estraños: que nuestro derecho se presente siempre á la vanguardia en las cuestiones que se susciten sin culpa nuestra, enhorabuena; pero que, previsores como debemos serlo, procuremos hacernos considerar, no solo por la justicia de nuestra causa y nuestra propia dignidad, sino tambien por la fuerza, en último recurso, nada mas natural, nada mas legítimo, nada mas conveniente. Estas son mis íntimas convicciones en el particular, y por lo mismo no he debido despreciar la ocasion que se me presenta para manifestarlas con franqueza. Perdóneseme, por tanto, esta digresion á que he sido estimulado por el amor á la Patria, sin que haya sido dictada por el apego á mi profesion, ni inspirada por otro cálculo bastardo. Y aunque mucho mas pudiera decir sobre esto, me veo obligado á abstenerme, por no interrumpir demasiado el hilo de mi narracion histórica, que voy á recobrar.

El 1º de febrero me hizo entender el comodoro Peyton « que el cónsul Rusell se hallaba á bordo de la Madagascar ; y que estando resuelto este punto de la cuestion, no restaba arreglar sino los demas, para lo cual se hallaba dispuesto á entablar nuevas conferencias. » Yo accedí á esta propuesta, y, en los mismos términos que la primera vez, permití al comodoro la entrada en la bahía á bordo de su fragata. Las conferencias se renovaron, y la civilidad del comisionado inglés me dió esperanzas de un acomodamiento. No obstante, sus exigencias eran tenaces, pretendiendo que yo accediese á las demas demandas que me habia hecho desde un principio. Mi negativa fué igualmente obstinada, como debia serlo; y ya estaba yo al punto de partir para la plaza sin haber adelantado nada, cuando M. Ayton, negociante inglés casado en Cartajena, me propuso delante de toda la concurrencia: « que si yo daba 5,000 pesos que se exigian de indemnizacion particular por los perjuicios que habia sufrido Rusell, el bloqueo se levantaria, y los demás artículos exigidos en satisfaccion por el gobierno de Su Majestad Británica se referirian al ministro inglés en Bogotá, para que éste los arreglase con el Gabinete granadino. » Yo contesté: « que no podia disponer del tesoro público; pero que aún cuando pudiera hacerlo, no me era lícito dar 5,000 pesos, porque

20

en esto contrariaba mis instrucciones y causaba una humillacion á mi gobierno, que era inocente de cuanto habia pasado en Panamá con el Cónsul Rusell. » Entonces me replicó Ayton, « que aun que yo no diese la cantidad referida tomándola del Tesoro público, creia que algunos comerciantes de Cartajena, interesados como estaban en la restitucion de cinco buques mercantes que habian sido capturados por la escuadra británica, y estaban detenidos, me facilitarian la suma sin dificultad. » De esta propuesta saqué yo todo el partido que debia, y, apreciándola en su verdadero valor, dije á Ayton : « ¿usted, que es un comerciante, pudiera prestarme los 5,000 pesos bajo mi personal responsabilidad y con un corto plazo, mientras los hago venir de Bogotá? » Ayton me dijo : « Con mucho gusto prestaria á usted esta suma; pero ahora no tengo dinero contante : haga usted la propuesta á la plaza, y yo creo que se le facilitarán los 5,000 pesos sin dificultad. »

Peyton que escuchaba todo esto, me dijo : Facilíteme usted, de cualquiera modo los 5,000 pesos, y en el acto declararé levantado el bloqueo. » Yo le contesté : « Como no soy mas que un soldado, y no tengo propiedades de valor, difícil lo encontrar la suma demandada, pues usted sabe que en el comercio se piden muchas prendas y garantías para hacer estos empréstitos, y yo no puedo ofrecer otras que las de mi palabra. Voy á escribir á un amigo para que me proporcione el dinero; pero es preciso que antes convengamos de una manera positiva en lo que se ha de hacer por parte de usted, como comisionado de Su Majestad Británica, pues en las transacciones de esta naturaleza es necesario que de ambas partes se den pruebas ostensibles de cordial avenimiento. » Bien, me dijo Peyton, ¿ qué quiere usted que yo haga por mi parte? « Enarbolar á bordo de la Madagascar, le contesté, el pabellon granadino, y saludarlo con una salva clásica, con todas las demas ceremonias que usted quiera por su parte agregar! » « No tengo inconveniente, me repuso.—En el acto que usted me dé los 5,000 pesos se hará por mi parte lo que usted desea. »

Escribí luego una carta particular al Gobernador Ucrós manifestándole el estado de la conferencia, y la seguridad de que el bloqueo seria levantado inmediatamente si se me facilitaban bajo mi personal responsabilidad las 1,000 libras esterlinas de que he hablado; y remití esta carta con el teniente Francisco A. Uribe, adjunto al E. M. que me acompañaba en clase de ayudante de campo.

Al cabo de dos horas volvió este oficial, y en presencia de cuantas personas de ambas partes estaban á bordo de la Madagascar en la espectativa del resultado, me dijo : « El señor Ucrós contesta á usted que puede disponer de los 5,000 pesos. » Yo le pregunté si no me traia alguna respuesta por escrito, y me contestó, que

no; pues, solo se le habia prevenido me dijese de palabra lo que acababa de proferir.

Era pues llegado el caso de anunciar al comodoro, que estaba allanada la dificultad, y que por tanto debia él cumplir con lo prometido. Este me repuso «que cuando tuviese á bordo las 1,000 libras esterlinas daria por su parte cumplimiento á lo estipulado. Yo me molesté con esta réplica, y mostré con mis gestos y espresiones que no era indiferente al agravio que se me irrogaba dudando de mi palabra y esperando á que se llenase la materialidad de la entrega de las 1,000 libras, pues que bastaba que hubiese asegurado que estaba vencida la dificultad, para que el comodoro no pusiese la menor duda sobre esto, y diese por recibida la cantidad. El cónsul británico, y otros ingleses de los que allí habia, hicieron entrar al comodoro á su cámara, y le dieron seguridades de mi promesa, haciéndole ver, que no era decente ni decoroso que esperase á contar el dinero para enarbolar y saludar el pabellon granadino, etc. Penetrado de la fuerza de estas reflexiones, sir Peyton salió precipitadamente, y me dijo: «doy por recibidas las mil libras, y en tal virtud paso á cumplir lo que me toca.» Efectivamente el pabellon granadino fué tremolado en el lugar de preferencia, y saludado con una salva plena de artillería: á mí se me hicieron los honores debidos: y se dieron las órdenes por medio del telégrafo á toda la escuadra para que se levantase el bloqueo que positivamente quedó levantado el 2 de febrero de 1837; y los buques apresados fueron devueltos. Yo lo anuncié á las tropas de mi mando para que cesase desde el momento el servicio de campaña que se estaba haciendo desde que se declararon por el comodoro bloqueadas interior y esteriormente todas nuestras costas.

El resultado de la transaccion fué redactado primitivamente en inglés, y reformado muchas veces, á causa de contener períodos que alteraban el sentido en perjuicio de la Nueva-Granada, como que en una de esas ocasiones yo cometí la imprudencia de rasgar el borrador en presencia de toda la asamblea, porque, siendo el tercero que se rehacia, contenia casi los mismos defectos que los anteriores, disfrazándolo con otras palabras. La redaccion era pésima; pero no pudiendo mis observaciones obrar ningun buen efecto en la razon de sir Peyton, cuyos alcances en estas materias eran muy limitados, tuve que sacrificar estas faltas á la sustancia del convenio; y así lo advertí al Poder Ejecutivo en el protocolo de las conferencias que elevé con los otros documentos, por conducto de la Secretaría del Interior y Relaciones Esteriores.

Siguieron los convites de ambas partes, y otras muestras de reconciliacion.

He procurado con toda la claridad posible referir la historia de

estos acontecimientos, que han presenciado multitud de personas entre otras el coronel Jaime Brun, el intérprete del gobierno señor Pablo Alcázar, el señor Antonio Benedetti, que me servia de intérprete particular, y el teniente Francisco A. Uribe, adjunto al Estado Mayor.

Mi conducta fué aprobada esplícitamente por el gobierno, con la restriccion de la cláusula cuarta que contenia la entrega de las 1,000 libras esterlinas, sobre lo que se espresó el Ejecutivo en estos términos: « En cuanto á la cláusula cuarta del convenio, sobre » cuyo contenido no habia dado instrucciones el gobierno á su » comisionado, se manifestó en la nota diplomática citada de 7 de » diciembre (22), que se accederia á la indemnizacion de 1,000 » libras esterlinas siempre que fuese justa y necesaria; pero faltando solo cuatro dias para la reunion del Congreso, se abstiene » el Poder Ejecutivo de dictar resolucion, y somete á dicha Asamblea constitucional su decision, á cuyo efecto se le pasarán todos » los documentos que suministran los datos correspondientes para » juzgar si era necesaria, y si otorgándola se ha salvado la dignidad nacional. »

Como esta resolucion á medias dejaba en problema mi leal, y, si me es lícito decirlo, mi hábil comportamiento en este negocio, ocurrí á la Cámara de Representantes por medio de un respetuoso memorial, pidiendo que mi conducta fuese examinada con todo el escrúpulo y severidad necesarios, y se me infligiese la pena á que me hubiera hecho merecedor caso de haber faltado á mis deberes para que de este modo quedase salva la dignidad nacional, que jamás habia tenido intencion de comprometer. La Cámara declaró que yo no habia dado motivo para el juicio que pedia. » De este modo se salvó la responsabilidad del Ejecutivo, y se tranquilizó su conciencia: se dejó pura mi reputacion y se aprobó mi procedimiento; y, lo que es mas, quedó bien puesta la dignidad nacional.

Para concluir este artículo, me resta examinar tres cuestiones, que pongan mas en claro la pureza de mi conducta y no permitan jamás que sobre el honor de la Nueva-Granada caiga la mas ligera mancilla, ya que no sea posible evitar las lijeras censuras de los criticones.

Primera cuestion: ¿era justa la entrega de las 1,000 libras esterlinas, que el gobierno se habia comprometido á dar en tal hipótesi, como indemnizacion de los daños y perjuicios irrogados al ex-cónsul Rusell? Respondo que sí. Declarada la incompetencia de los tribunales granadinos para conocer del juicio iniciado en ellos contra Rusell, se sigue, que éste tenia derecho á reclamar sus daños y perjuicios. Un año de prision le habia privado de un sueldo de 5,000 pesos, de que habria gozado como cónsul; y por

consiguiente la reclamacion de esa cantidad era muy equitativa. Por otra parte, al gobierno le quedaba libre la accion de intentar el reembolso de esa suma por los que hubiesen dado lugar á la prision y detencion del cónsul inglés.

Segunda cuestion: ¿ era necesaria y conveniente la entrega de esa cantidad? Respondo que sí. Los inmensos gastos que se hacian en toda la costa para fortificarla; los aparatos bélicos que se desplegaban para rechazar la invasion; la alarma general de la República; la interdiccion del comercio, fuente principal de las rentas de la Nueva Granada; la detencion por la escuadra bloqueadora de cinco buques mercantes que venian del estranjero cargados de efectos, que á mas de privar al tesoro público de los derechos que causaran, originaban á sus propietarios enormes gastos, y les hacian correr el riesgo de perderlos con la continuacion del bloqueo: todo esto agregado á las consideraciones sobre el estado de la plaza de Cartajena y nuestras demas ciudades marítimas, manifiesta á todas luces, que la entrega de los 5,000 pesos era absolutamente necesaria y conveniente.

Tercera cuestion : ¿ Pude yo hacer esta entrega ? Respondo que sí, y voy á fundarme. A ninguno le es vedado el rescate de la vida ó libertad de un individuo, mientras le sea lícito hacerlo á su costa ; con tanta menos razon le debe ser prohibido el rescate de la vida ó libertad de una nacion, ó el hacer un sacrificio individual para librarla del riesgo que la amenaza. Este es el caso práctico. A mí se me propone que dé 5,000 pesos de cuenta del gobierno — yo me niego absolutamente, porque ni estaba autorizado para hacerlo, ni debia verificarlo sin echar un borron sobre mi Patria y mi honor, ni podia disponer del tesoro público. En consecuencia (llevando hábilmente la cuestion al terreno que me convenia) se me dice : — « Con tal que usted dé los 5,000 pesos, no nos importa que salgan del Tesoro público, ni que se haga la entrega á nombre del gobierno. » — Yo respondo, « que no soy hombre de propiedades, ni tengo créditos.» — se me compromete entonces á buscar en el comercio esa suma; y yo accedo. — Escribo una carta al gobernador, éste me contesta verbalmente que puedo disponer de la suma, sin decirme de donde sale; y para otorgarla en Junta de hacienda ( cosa que yo nunca me imaginé ) fué preciso que el coronel Juan A. Piñeres, que era el gefe de Estado Mayor del cuerpo de ejército puesto bajo mis órdenes, ofreciese particularmente responder por mí de la cantidad, hipotecando sus propiedades. Luego yo no entregué esa suma á nombre del gobierno, luego la dí como de mi bolsillo, pues comprometí mi personal responsabilidad y la de un amigo; luego pude hacerlo; luego por una conclusion lógica, mi conducta en este negocio debió ser aprobada plausiblemente.

La única responsabilidad que podia habérseme exigido era la de reintegrar en el tesoro público los 5,000 pesos que el gobernador de Cartajena me habia franqueado, aún sin haberle yo espresado que me la facilitase de las arcas nacionales, circunstancia, que como lo he dicho, ignoraba yo hasta despues de haber regresado á la plaza, ya comprometida mi palabra con el comodoro Peyton. A esta responsabilidad yo me sujeté espontáneamente, satisfecho que mis compatriotas la darian por medio de una suscricion, y que me quedarian reconocidos por mi firmeza, cuando ella fué necesaria, y por mi habilidad en haber sabido conducir la cuestion al punto de resolverla sin comprometer la dignidad nacional. No sé cómo se hubiera podido salir del paso de una manera mas decorosa, mas honrosa y mas útil para la nacion; y no sé hasta dónde habrian alcanzado los males que se hubieran seguido de la continuacion del bloqueo, si yo, por un escrúpulo mal entendido, ó, por mejor decir, por imbecilidad, me hubiera obstinado en no conceder 5,000 pesos de mi bolsillo para terminar la contienda. Entonces sí habria merecido las maldiciones y el desprecio, no solo de los granadinos, sino de los americanos todos, de todo el mundo culto. Me jacto de haber obrado rectamente, y de haberme sabido conducir en tan delicadas circunstancias de una manera correspondiente á mi puesto, superior á mis alcances diplomáticos, y conveniente á la República. Todavía seria mas recomendable mi procedimiento si se reflexiona que en la escasez de mis recursos pecuniarios hice gastos muy considerables de mi bolsa particular para los convites y obsequios que se siguieron á la transaccion, sin que el gobierno me hubiese dado un solo real, contra lo que se acostumbra en semejantes casos. Hago mis votos al cielo porque las cuestiones que se susciten en lo venidero entre mi pais y otro estado, fuerte ó débil, se transijan como las de Francia é Inglaterra, de que acabo de hablar, y que los agentes de mi Pátria se conduzcan en ellas con el decoro y firmeza con que yo lo he hecho, sacando mejor partido del que se habia propuesto el gobierno, mi comitente, y preservando á la República del cúmulo de males que la habrian sobrevenido con un proceder menos hábil que el mio. Por desgracia, mientras seamos tan débiles como somos, estaremos espuestos cotidianamente á mil sinsabores con los poderosos, quienes rara vez prestan oidos á la voz de la justicia.

---

## CAPITULO XXXIX

Pido se me permita regresar á Bogotá.—Se accede á mi solicitud.—Llego á Bogotá y me posesiono de la gobernacion.—La sirvo pocos dias.—Me nombra el nuevo Presidente de la República secretario de Guerra y Marina.—Acepto temporalmente.—Tomo posesion.—Trabajo improbamente.—Sirvo con lealtad.—Renuncio espontáneamente la secretaria.—Conjeturas de la prensa oposicionista.—Causas de mi renuncia.—Inferencias.—Otras razones que militaban en favor de mi idea de descansar y cambiar de vida.—Se admite mi renuncia y se me hacen demostraciones de sentimiento por parte del Presidente, y de los secretarios de Estado.—Se me dan letras de cuartel y no de retiro.—Se me concede licencia para viajar en el estranjero.

Terminado el objeto de mi mision á Cartajena, pedí al gobierno me permitiese regresar á Bogotá, á ocupar mi puesto de gobernador de aquella provincia, y cumplir mis comprometimientos para con sus habitantes; y en efecto se accedió á mi peticion con fecha 1 de abril, y el 17 emprendí el viaje, que rendí á fines de mayo, y me posesioné de la referida gobernacion.

Muy pocos dias desempeñé ese destino, pues el nuevo Presidente de la República, Doctor Marquez, en la composicion de su ministerio quiso que yo formase parte de él, y me nombró para secretario de Guerra y Marina; comprometiéndome á aceptar el portafolio á pesar de mis escusas, fundadas principalmente: 1º, en que siendo civil la persona elevada á la presidencia, debia su gabinete ser enteramente homojenéo, para que se ensayase de una vez el réjimen gubernativo sin la concurrencia de los que vestian el hábito militar, segun lo espresé al Sr. Marquez: 2º, en el deseo que me animaba de servir la gobernacion de la provincia de Bogotá por algunos meses, para corresponder á la confianza que en mí habian depositado sus habitantes: y 3º, porque pensaba aprovechar las felices circunstancias de la paz y órden público que prevalecian en la República para hacer mi viaje á Europa. No obstante no acepté sino *pro tempore*, porque se me persuadió que mis servicios podrian ser mas útiles á la Patria, en la secretaria de Estado que en la Gobernacion. El 8 de junio se me dió posesion constitucional de ese empleo; y desde luego me consagré á desempeñarlo apurando mi poca capacidad para hacer algo de provecho.

La memoria que presenté al Congreso en sus sesiones de 1838, puede dar una idea de mis ímprobos trabajos.

Este es el caso de decir, que serví con acrisolada lealtad la secretaria de Estado no obstante haberse puesto en pugna la administracion con el partido liberal á que yo pertenecia.

Terminada la legislatura de dicho año de 1838, y dados los decretos en ejecucion de las leyes que tenian relacion con mi destino, lo renuncié espontáneamente en 5 de julio. Algo aventuraron los papeles de la oposicion sobre las causas que pudieran haber influido en mi renuncia; y aún se atrevieron á decir, que yo habia sido removido por el Presidente en razon de mi desacuerdo con su política. Pero repito que mi renuncia fué de mi libre voluntad, pues no queria despreciar la ocasion que se me presentaba para verificar mi proyectado viaje. Bien pudieran haber influido algunos disgustos que ocurrieron al fin de la sesion del Congreso; bien mi discordancia de opinion en algunas resoluciones del Ejecutivo; bien la determinacion del Presidente de objetar un interesante proyecto de ley adicional á la organizacion del ejército, que habian acordado las Cámaras en conformidad con las demandas del gobierno, con la voluntad y convencimiento del Presidente y con mi parecer, sostenido con constancia; bien, digo, podian haber influido estas causas, ó alguna de ellas; mas ya mi deliberacion estabá tomada cuando acontecieron esas cosas.

Fatigado con la vida que llevaba, hastiado del servicio militar, pobre y sin esperanzas de variar de situacion, habia intentado antes sustraerme legalmente de la obediencia al Poder Ejecutivo, con la idea de descansar un tanto y poder echar las bases de una subsistencia independiente, dedicándome á alguna industria lucrativa. Para conseguirlo, indiqué á mis compatriotas y amigos políticos de Popayan, que deseaba ser electo miembro de una de las dos Cámaras del Congreso, y mi indicacion habia sido acojida con indecible gusto, lo que me daba la seguridad de obtener la eleccion sin dificultad, pues mi partido estaba en gran mayoría y la aceptacion habia sido unánime en dos períodos eleccionarios. Mas; otros contendores que aspiraban á los puestos que yo optaba con tanta modestia, tuvieron la habilidad bastante á frustrar mi pretension, valiéndose, unos, de intrigas y tretas, nada bien recibidas en una lid decente; y otros lograron engañarme con sus espontáneos ofrecimientos para adormecerme en la confianza y lograr su eleccion en mi lugar.

Estas decepciones inauditas, esos rasgos de hipocresía refinada, y el candor de mis coopartidarios, que hasta entonces se mostraban inocentes y no tenian ni la energía necesaria para rechazar los manejos torcidos de los que afectaban favorecer mi eleccion ni la malicia suficiente para no caer en los lazos que se les

tendieran; contribuyeron á resfriarme y tratar de cambiar de vida.

Yo no era el adalid calculado para lidiar en terreno tan lleno de emboscadas; y por lo mismo debí abandonar el campo á los mas hábiles en la contienda, llevando conmigo un poco mas de esperiencia, una mayor suma de desengaños y un conocimiento mejor de los hombres. Así es que hacia mucho tiempo aspiraba al reposo y á la tranquilidad en cuanto me fuera dable, ya que habría sido estemporáneo pedir mi licencia absoluta, que, por otra parte, no se me habria concedido.

El Gobierno admitió mi renuncia, y, tanto el Presidente como los secretarios me atestiguaron su sentimiento por mi separacion. De suerte que si habian deseos de que yo me separase de la secretaría, y si se pensaba en que otra persona me reemplazase, yo lo ignoro hasta hoy; y por prueba de ello manifestaré, que nunca se me consultó, ni privadamente, sobre la persona que debia ocupar mi puesto, cuyo nombramiento se hizo un dia despues de mi partida de Bogotá.

Igualmente se me dieron letras de cuartel, y se me dejó como uno de los generales en disponibilidad, aunque yo habia pedido mi retiro absoluto. Tambien se me concedió licencia para viajar fuera de la República.

---

## CAPITULO XL

Salgo de Bogotá y llego á la provincia de Neiva.—Procuro reunir los medios para mi proyectado viaje.—El Presidente Marquez me anuncia estar yo designado para ministro en Roma.—Pienso en esto; é instado por el Presidente, acepto.—Se me libra el diploma correspondiente.—Se rebaja el sueldo del destino.—Antes de partir para Roma hago una esploracion en la cordillera central de los Andes.—Doy sobre el resultado informes detallados al gobierno.—Parto para Roma.—Llego á los Estados Unidos.—Visito la tumba del inmortal Washington y otros lugares importantes de la Union.—Parto para Lóndres.—Recorro algunos lugares de Inglaterra.—Soy allí bien tratado y considerado por los principales personajes.—Parto para Paris y llego á esa capital.—Soy bien recibido por el Rey Luis Felipe.—Parto para Roma.—El Cardenal secretario de Estado me recibe bien.—Pido y obtengo una audiencia privada del Papa.—Verifico la visita á Su Santidad.—No quedo muy satisfecho.—Causas de mi desagrado.—Otra audiencia del Papa.—Su objeto.—Soy tratado por Su Santidad muy afectuosamente y formo mejor opinion del carácter personal de Gregorio XVI.—Me despido satisfecho.—El interés que tomo en el buen despacho del negocio recomendado por el gobierno del Ecuador.—Motivo porque hago esta esplicacion.—Todos los negocios granadinos que he gestionado en Roma han sido favorablemente despachados.—Monseñor Cappacini.—Monseñor Brunelli y su opinion respecto del concordato.—Aprovechando las vacantes de la cuaresma, hago un viaje al Oriente.—Mehemet Alí, Virey de Egipto.—La peste en ese pais me impide entrar en la Palestina.—Una anécdota curiosa en la Isla de Siros.—Otra anécdota no menos interesante en Atenas.—Algunas palabras sobre la Grecia.—Riesgos que corrimos en nuestros paseos.—La Turquía.—Constantinopla.—Reschit Pachá.—Tahir Pachá.—La isla de Malta.—Su gobernador.—Llego á Roma.—Recibo mis letras de retiro de la legacion.—Una dificultad, que se allana, para darme el pasaporte.—Pido una audiencia al Papa con el objeto de despedirme.—Tardanza en contestarme.—Causa de esa tardanza.—Esplicacion de esa causa.—Despedida del Papa.—S. S. me concede una gracia.—Encargo que me hace el Papa.—Me preparo para partir á Nueva-Granada, acompañado de un condiscípulo y amigo de la infancia.

En consecuencia, salí de Bogotá para Neiva, el 6 de julio; y allí me hallaba reuniendo mis escasos recursos, para proporcionarme medios necesarios con que hacer mi viaje, cuando se me sorprendió con la noticia de mi designacion en consejo de gobierno para Encargado de Negocios de la República cerca de la Santa Sede, para cuyo nombramiento el Presidente tuvo la cortesía de captar mi voluntad, é interesarse en que lo aceptase; y habiéndome allanado despues de algunos dias y bajo ciertas condiciones, se me libró el diploma correspondiente, con acuerdo del Consejo

de Estado, en 30 de noviembre del espresado año de 1838. Debo aquí notar que de la escasa dotacion de ese destino todavía se cercenaron 1,000 pesos anuales, y que en tal virtud, yo hube de comprometer mis recursos particulares para sostener mi puesto con la decencia correspondiente.

Antes de partir tenia el proyecto de atravesar por un desierto el ramo central de la cordillera de los Andes, animado con las noticias que se dieron de que algunos habitantes de la ciudad de La Plata habian podido descubrir que podia hacerse por allí un buen camino para evitar el pésimo de Guanácas, por donde se comunican las dos provincias de Popayan y Neiva. Positivamente ejecuté este designio en siete dias, andando pié á tierra con uno de los que habian pasado y tres mozos mas, habiendo obtenido el mas satisfactorio resultado, sobre lo cual dí al gobierno oficiosamente informes tan detallados como me era posible.

Desembarazado de mis quehaceres partí de Neiva el 12 de febrero de 1839, y me embarqué en Cartagena el 14 de marzo con direccion á Nueva-York; y habiendo visitado parte de lo mejor de los Estados Unidos, hasta la modesta tumba del inmortal Wáshington en Mont-Vernon, partí para Lóndres en el mayor vapor entonces conocido, *el Great Western*. Despues de haber recorrido algo de Inglaterra, conocido su capital, presentádome á la Reina Victoria y sido acogido con muchas cortesías por lord Palmerston, ministro de Relaciones Esteriores, seguí para Paris, en donde me presenté igualmente al Rey de los franceses Luis Felipe I, quien me recibió con atenciones y benevolencia. De Paris partí para Roma, habiendo hecho el viaje por el Mediterráneo hasta Civita-Vechia. El 3 de julio llegué á Roma: presenté despues mis credenciales al secretario de Estado, que me recibió bien, y tambien merecí del Papa una audiencia privada, que no me dejó muy satisfecho, pues al manifestarle cortesmente las respetuosas consideraciones de mi gobierno á la Santa Sede, el señor Gregorio XVI me increpó la contradiccion de mis palabras con los hechos, á causa de no haber otorgado el pase oficial á las bulas en que el señor obispo Balufi, internuncio de Su Santidad en Nueva-Granada, era autorizado en lo relativo á negocios eclesiásticos. Yo repliqué al Papa: que, conforme á nuestra ley de patronato, ninguna bula, breve ó rescripto pontificio debia cumplirse sin el *exequatur* del Poder Ejecutivo: que éste no tendria inconveniente en otorgarlo á las bulas en cuestion, siempre que no contuvieran algunas cláusulas contrarias á nuestros fueros y regalías, y que para obtener el pase le fueran presentadas (las bulas) por el internuncio, quien, no obstante, en su carácter diplomático, habia sido bien recibido, y por su carácter privado era tratado con todas las consideraciones debidas; pero que yo consideraba éste

un asunto estraño de mi mision, pues no se me habian dado instrucciones para el caso, en razon á que mi gobierno no habia sido escitado oficialmente por el señor Balufi á dar el pase á sus poderes apostólicos. » El Papa me repuso : « que se prometia de la religiosidad del gobierno Neo-granadino llegar á la mejor inteligencia con la Santa Sede; » y con esto se puso término á mi visita y me despedí urbanamente.

A los pocos dias me ordenó mi gobierno presentar al Santo Padre una nota del Ecuador, por defecto de un ministro de esa República en Roma, interesándome para el favorable despacho de su contenido, que consistia en varias observaciones que el gobierno ecuatoriano hacia á Su Santidad contra su resistencia á preconizar como obispo de Cuenca al doctor Pedro Antonio Torres, que habia sido presentado para esa mitra. Obtenida la audiencia solicitada por mí, me presenté y entregué al Sumo Pontífice el pliego referido, haciendo la apología del doctor Torres, etc. Ya podia yo espresarme en italiano ; y concluido mi discurso, descendiendo el Papa de su trono, me felicitó porque ya hablaba su idioma, esforzándome á continuar hablando esa lengua sin encogimiento, y, dándome un estrecho abrazo, me añadió : « Mi querido general (*caro mio generale*): estoy muy contento porque usted hable ya italiano, pues ahora sí nos podremos entender mejor y conversar algunas veces de esas remotas rejiones de las Indias Occidentales y principalmente de la Colombia, por cuya República he tenido fuertes simpatías, que usted no desconocerá: siendo todavía cardenal yo procuré el nombramiento de sus obispos, y elevado á la silla papal reconocí su gobierno, y, en prueba de mi amor paternal, les he mandado un internuncio apostólico. En cuanto á la recomendacion que se me hace del señor Torres para que le preconice obispo de Cuenca haré lo que convenga mas á la Iglesia; y á su tiempo tendrá usted el resultado, que no dudo le complacerá.» Esta recepcion infinitamente mas cortés que la primera, me hizo variar de opinion respecto del carácter personal del señor Gregorio XVI, que no hay duda tiene un buen corazon y otras prendas distinguidas. Yo me despedí, dejando entender al Papa mi satisfaccion por la buena acogida que me habia hecho esta vez.

A propósito de esta recomendacion diré : « que la causa del señor Torres se hallaba en muy mal pié, á virtud de informes que habian llegado á la curia romana contradiciendo el proceso canónico *de vita et moribus*, que se habia formulado y remitido á la curia romana con nota de su presentacion para el obispado referido. Por mi parte, y cito como testigo al señor Fernando de Lorenzana, secretario de esta legacion, he hecho cuanto me ha sido posible para el mejor desempeño de mi mision ; ya acercándome al secretario de Estado, cardenal Lambruschini ; ya al secre-

tario de Brebes; monseñor Brunelli; ya pasando notas á aquel, con el objeto de desvanecer las impresiones desfavorables que habian producido en la curia *los informes secretos de personas respetabilísimas del Ecuador* contra la conducta del doctor Torres (espresiones testuales de Monseñor Brunelli); ya haciendo una protesta solemne sobre la fé religiosa del señor Tórres, con instrucciones y por recomendacion del interesado; ya, en fin, recordando á cada paso el despacho del negocio, y aún exigiendo la respuesta á mis notas, por medio del comisionario Radici; pero nada se me ha querido contestar categóricamente, y desconfio de obtener un resultado satisfactorio en el poco tiempo que debo permanecer en Roma.

Me he visto obligado á hacer este relato con detalles minuciosos, porque, habiendo discrepado en opiniones políticas con el doctor Pedro A. Torres, con quien, no obstante, he guardado la mejor armonía en lo privado, y aún dispensándole consideraciones en circunstancias solemnes, temo que mi conducta pueda parecerle dudosa, ó que sospeche que no he procurado hacer en su favor todo cuanto era de mi deber.

Volviendo á mis relaciones con la Santa Sede, manifestaré: que casi todo cuanto he pedido para la Nueva-Granada me ha sido concedido sin mayores dificultades, recibiendo muy buena acogida por parte de los personajes públicos á quienes me he acercado, y muy especialmente de Monseñor Capacini, en quien he encontrado reunidas la ciencia del hombre público y la filosofía del hombre privado. ¡Ojalá este escelente y modesto prelado ocupe un dia la silla de San Pedro para bien del mundo cristiano!

No debo pasar por alto, que no merecí mucho acatamiento por parte de algunos, que no me seria difícil calificar. Voy á esplicarme: Con frecuencia se arrojaban inmundicias durante la noche sobre el escudo de armas de la República que tengo colocado sobre el frontis del palacio que habito, y este abuso no cesó hasta que propalé «iba yo mismo á velar con mis pistolas para descubrir los autores de esa fechoría.» Por fortuna esta amenaza fué suficiente á imponer respeto á los asquerosos burlones, y el hecho no volvió á repetirse.

En mis entrevistas con Monseñor Brunelli hube de hacerle presente, en varias conferencias, el derecho en cuya posesion nos hallábamos, derivado del tratado de patronato eclesiástico, que se celebró entre el Rey de España y el Santo Padre; mas Brunelli, con una risa sardónica, me contesta siempre: «que en Roma no se reconoce nuestro derecho conforme á ese tratado, y que los concilios y demás disposiciones de la Iglesia, autorizados por el Santo Padre, son las únicas reglas de conducta que reconoce la Curia romana en las relaciones con los gobiernos de las antiguas

colonias españolas que se han independizado de la Metrópoli.» Yo le he preguntado: ¿Si seria posible celebrar directamente un tratado de concordato entre el Papa y mi gobierno? y él me ha contestado con cierto desden ofensivo: «eso no se puede siquiera proponer, ni el Papa consentiria en semejante cosa.» A mi turno le repuse: «pues si tal es la resolucion del gobierno pontificio, desde ahora puedo asegurar á Monseñor que el lazo que nos une no puede ser de larga duracion.»

Al entrar la cuaresma, tiempo dedicado en Roma, hablo de la Córte, al recogimiento religioso, y en que las oficinas de la alta jerarquía están por lo comun cerradas sin dar evasion sino á los grandes negocios de Estado, yo quise aprovechar mi tiempo haciendo un viaje á Oriente, para conocer los lugares tan renombrados por los clásicos latinos, en que yo habia aprendido á traducir medianamente ese idioma; y llevando esos libros en mi mano junto con los *Viajes de Lamartine al Oriente*, y el *Itinerario de Chateaubriand à Jerusalen*, etc., recorrí la isla de Malta, la Grecia y la mayor parte de la Turquía, acompañado del señor Andrés Rivas Tobar, de Caracas. Tuve la pena de no haber podido penetrar en la Palestina por habérmelo impedido la *peste* que reina actualmente en Egipto, en donde están interrumpidas las carabanas, y es muy difícil, por no decir imposible, encontrar siquiera un cicerone en estas circunstancias, á mas de el riesgo inminente que se corre en esos desiertos cuando se marcha sin una escolta, y del peligro no menos grave con que es uno amenazado por el contagio de esa terrible enfermedad. Muchos esfuerzos hice, y aún, á pesar de esos inconvenientes, ya habia formado mi resolucion de viajar en la Siria y la Palestina; pero el capitan del vapor en que yo iba me exortó á no pisar la tierra de Alejandría ni las demás riberas del Egipto, porque me esponia á no encontrar ni en dónde alojarme, á causa de hallarse todo el mundo en cuarentena por resolucion de su gobierno. Entonces supe con asombro, que Mehemet-Ali, virey de aquella comarca casi independiente del gobierno turco, es un hombre bastante ilustrado, que sin respetar la preocupacion del fatalismo, que es un dogma del Coran, profesado por todos los musulmanes, habia prescrito varias medidas de policía que preservaran la poblacion del contagio pestífero, lo que estaba produciendo muy buenos resultados, y que casi todo el mundo, principalmente las personas de comodidad, se habian encerrado en sus casas como en estado de sitio.

Desesperado, pues, de no poder lograr mi vehemente objeto, regresé á Roma á principios de junio del año de 1840, sin que valga la pena de referirse de mi viaje á Oriente, sino lo que voy á poner en conocimiento de mis lectores.

Habiendo llegado á la isla de Sciros, una de las de la Grecia, cuya poblacion está dividida entre católicos romanos y cristianos cismáticos, visitando, como de costumbre, lo que habia de mas curioso, llegué con mi compañero Rivas al Colejio Seminario católico, que forma la corona del cerro, todo poblado á estilo oriental: allí fuí recibido por el rector, que es un clérigo jóven, y habiéndole dicho, provocados por una pregunta de él, que éramos colombianos, con una admiracion que debia sorprenderme, esclamó: ¡Colombianos!!! ¡De la América meridional!!! ¡De la patria de Bolívar!!! ¿Y por dónde han venido ustedes? ¿y cuántos años han gastado en su viaje? A todo lo que respondí de una manera que aumentó la estupefaccion del clérigo, pues no podia considerar cómo habiamos podido venir en tan poco tiempo, cómo no habiamos perecido en el Océano, cómo no habiamos caido en manos de los descomunales piratas, porqué misterio íbamos á la Grecia, y quién habia podido inspirarnos, allá en esas rejiones casi fabulosas, el conocimiento de que existia esa nacion recien salida del dominio turco. »—Yo no solo le satisfice, sino que le señalé mi Virjilio y otros libros que llevaba conmigo.—Entónces fué que el rector, poniéndose la mano sobre su frente y echándose para atrás, me dijo en un tono bajo y articulando las palabras como embarazado para pronunciarlas: «¡Dios mio! y es posible que los sud-americanos sepan latin y francés, á mas del italiano en que ustedes me hablan! ¿Quién puede haber llevado á tan remotas y casi ignoradas rejiones las lenguas que ustedes conocen? ¿ó acaso ustedes las hayan aprendido en Europa?» Riéndome, como era natural, de la ignorancia de mi interlocutor, le hice comprender, que no estábamos tan atrasados como se creía por acá, dándole una idea de aquellos paises. Entonces el clérigo entró á un aposento, sacó una botella de un licor suave y una taza de dulce de limon, y llenando una copita de lo primero, nos dijo: «Nosotros acostumbramos celebrar en familia los acontecimientos mas plausibles, y empezamos por recibir de la persona que hace los honores de la casa la distincion mas cumplida, que consiste en tomar todos de una sola copa el licor que se nos brinda: quiero dar á ustedes esta prueba del gozo que esperimento con tan honrados huéspedes, acaso los primeros sud-americanos que hayan pisado esta tierra;» y llegando á sus lábios la copa, y haciéndonos con su propia mano beber un poquito de licor, hizo lo mismo con la compota de limon, introduciéndonos una pequeña cucharada en nuestra boca; despues de lo cual nos previno tomásemos á discrecion de ambas cosas.—Concluida esta ceremonia nos suplicó el rector inscribiéramos nuestros nombres en un gran libro, en que los visitadores curiosos de ese establecimiento ponian el suyo, con el aditamento de su edad, su empleo ó profesion, y el

lugar de su nacimiento, asegurándonos que eran los primeros nombres de las Indias Occidentales que figuraban en su catastro. Nos despedimos luego con la mayor cordialidad, y el rector nos hizo al dia siguiente una visita, que nosotros le correspondimos.

Nos hallábamos en Aténas recorriendo los antiguos monumentos derruidos por el tiempo y por las guerras, y entre los pocos nuevos que existian, se presentaba un hospital militar que nos llamó la atencion, y en donde nuestro cicerone nos aseguró habia tambien una cantina en que podiamos refocilarnos. Nos dirijimos á ese establecimiento, en cuya entrada habia varios oficiales haciendo libaciones á Baco, y, habiéndonos oido hablar español, se acercaron á nosotros para informarse de lo que pasaba en la península española con respecto á la guerra de sucesion que hacia allí don Cárlos.—Nosotros les contestamos que, aunque éramos de orígen español y de la lengua castellana, habiamos nacido en la América meridional; á lo que siguió el diálogo siguiente:

Un capitan griego: — ¿Ustedes de la América meridional? ¡Esto es increible!

Uno de nosotros:—Sí señor, somos americanos del Sur.

Capitan:—¿Y cuánto tiempo han empleado ustedes en venir á Europa?

Uno de nosotros:—Menos de 20 dias, en vapor.

Capitan:—¡Menos de 20 dias! ¡esto es asombroso!

Otro oficial:—Ustedes serán de la Colombia, ¿no es verdad?

Uno de nosotros:—Precisamente, somos de la Colombia.

Oficial:—¿De la patria de Bolívar?

López:—Sí señor, y yo soy uno de los oficiales generales de Colombia.

Capitan: ¡Es posible! ¡Usted ha combatido en el heróico ejército de Bolívar en la lucha con los españoles! ¿Y cómo ha podido salvarse y venir á este pais?

López : — Mi salvacion es milagrosa ; y en el instante que me lo han permitido mis ocupaciones, he venido á conocer la patria de Leonidas, de Temístocles, de Milciades, de Solon, de Licurgo, de Sócrates, de Platon y de tantos hombres ilustres de los tiempos remotos en que figuraron ; y á ver por mis propios ojos á Esparta, *en donde fué*, á Atenas, las Termópilas, Maratón, Salamina, el Istmo de Corinto, la isla de Chipre... »

Interrumpiéndome entonces el capitan me dijo :—A propósito, tenemos el mejor vino de Chipre, y debemos obsequiar á ustedes con unas copas. — « ¡Camaradas ! (dirigiéndose á sus compañeros) vamos á brindar por el gran Bolívar, que supo conquistar la independencia de su Pátria. » « Y por su invencible ejército,» dijo otro de los oficiales; y apurando las copas y comprometiéndonos á no dejarnos vencer en esa lid como buenos colombianos que éramos,

nos entretuvieron por mas de dos horas, haciéndonos preguntas incesantes sobre nuestra guerra de independencia y sobre la tiranía de los españoles, que (decian los oficiales) sabemos que ahorcaron á los hombres mas ilustres que tenian ustedes, y entre ellos á un sabio, de cuyo nombre no me acuerdo. » «Ese seria Cáldas, le repuse.» — Sí señor, Cáldas, de quien he oido decir que habria rivalizado al baron de Humbolt si hubiera vivido veinte años mas.» Yo, al oir esta apolojía de nuestro nunca bien ponderado Cáldas, mi paisano y mi pariente, al oir encomiar á ese venerando mártir de nuestra independencia por la boca de un griego y en su propio pais, abracé á los once oficiales que nos obsequiaban y derramé algunas lágrimas de ternura. Este rasgo tenia demasiado mérito para que mi corazon no se hubiera conmovido. Los oficiales griegos tambien fueron tocados, y no se cansaron de hacernos manifestaciones.

El capitan, que era el de superior graduacion entre ellos, nos hizo por conclusion el discurso, que en sustancia era como sigue:

« Los colombianos supieron conquistar su independencia á costa de innumerables sacrificios; pero en recompensa gozan hoy de la libertad, habiendo establecido su República sobre los principios democráticos; mas nosotros los griegos, despues de haber conquistado tambien nuestra independencia de la Turquía á fuerza de sangre y heroismo, hoy se nos ha impuesto un Rey, que aunque gobierna conforme á las reglas de las monarquías constitucionales, no es la forma de gobierno que nosotros apeteciamos, pues lo que deseábamos era la República. Sin embargo, estamos contentos en cuanto es posible, porque nuestra condicion ha mejorado en un ciento por uno, si se compara á la que ella era ahora há poco tiempo, cuando dependíamos del Sultan de Constantinopla. A mas de eso, Othon es muy buen muchacho *un bambino troppo buono*), que nos trata bien, nos complace por lo comun en cuanto pretendemos, nos da buenas olimpiadas, haciendo los gastos de su peculio, é imitando nuestras costumbres y hasta nuestros trajes. Dios lo librara de no hacerlo así, pues á pesar de la Europa entera, nos sacudiríamos y proclamaríamos la República, ó sucumbiríamos con gloria luchando por nuestra libertad. »

Nosotros nos retiramos, y habiendo dado nuestra direccion á los oficiales, á peticion de ellos, al dia siguiente nos visitaron é hicieron mil atenciones, asegurándonos que no perdian la esperanza de visitar algun dia la patria de Bolívar y Cáldas.

En Grecia vimos cuanto hay que ver que llamara la atencion de un viajero, desde el lugar en donde se reunia el Areópago, hasta su Acrópolis, su templo de Minerva, el de Júpiter Olímpico y demás ruinas que atestiguan su antiguo esplendor. Recorrimos los campos mas notables que aún hoy dia son ilustrados por el recuerdo

de las batallas memorables que en ellos se dieron; y entre los monumentos modernos no admiramos sino el palacio del Rey Othon I, todo de mármol blanco y de un aspecto suntuoso, que contrasta con las cabañas de los miserables, y las modestas casas de los hombres de alguna comodidad, qué se ha empezado á edificar sobre las ruinas de esa ciudad. En nuestras escursiones nos convencimos de la miseria de la gente desvalida, miseria de que no hay ejemplo, pues con nuestros propios ojos hemos visto á los pobres comer crudos los rabos de las cebollas y las hojas esteriores de las coles, que entre nosotros son arrojadas á un muladar.

No pocos fueron los riesgos que corrimos en el interior de Grecia, país plagado de bandas de facinerosos, que sin cesar cometen depredaciones, no obstante que la policía los acecha y persigue cuando por casualidad se dejan ver en algun punto.

La visita de la Turquía satisfizo mi curiosidad por cuanto allí la religion, las costumbres, los hábitos y hasta los trajes son peculiares á los mahometanos, quienes ya empiezan á civilizarse, gracias al empeño que su jóven Sultan, Medjid, toma, á imitacion de su padre, para hacerlos entrar en la via de las reformas saludables que se han decretado por los dos últimos Emperadores, para lo cual todos saben la catástrofe de los sesenta mil jenízaros que fué necesario sacrificar sin piedad á la mejora de la situacion social del Imperio Otomano.

Lo mas sorprendente, sin duda, es el panorama de Constantinopla vista desde el Bósforo, cuya descripcion ha sido hecha por Lamartine, y seria un atrevimiento mio pretender añadir una pincelada mas á ese cuadro acabado, hecho por el mas afamado de los literatos modernos.

«Tuve ocasion de conocer, entre otros personajes, á Reschid Pachá, que segun la opinion de lord Pálmerston, hablando conmigo en su gabinete, es el hombre de mas provecho de entre los turcos, y el que está llamado á cimentar las reformas acometidas y otras que deben acometerse. Tambien conocí al general en gefe del ejército turco, Tahir Pachá, y tuve la satisfaccion de visitarlo en su serrallo, en donde me hizo ver sus baños, sus jardines y sus kioskis, y me presentó algunos de sus hijos; mas no á sus mujeres, *porque esto le era prohibido por su religion* (son sus propias palabras). Con ese personaje, cuya gloria militar resaltó mas en el triunfo que sobre él obtuvieron los aliados en Navarino, tomé varias veces en su divan el rico café de Moca, y los delicados sorbetes orientales, y fumé su aromático tabaco en una lujosa pipa de su propio uso. No pude conocer al jóven Sultan por hallarse enfermo, y no haber podido salir á la oracion en una de las mezquitas, segun lo acostumbran, los dias viérnes; y aunque el

conde de Pontois, embajador de Francia, me ofreció presentarme á Su Alteza en su serrallo de la Sublime Puerta, yo me escusé porque no habia llevado uniforme.

La isla de Malta me pareció muy importante bajo el aspecto de sus fortificaciones, que á mi ver son inespugnables. Allí permanecí unos 5 días de ida, y mas de 25 á la vuelta, pues á causa de la peste que reinaba entonces en Alejandría, fuimos obligados á guardar una cuarentena de 18. — Fuí presentado al gobernador, quien, entre otras atenciones, me hizo conocer su quinta de San-Antonio, y me regaló un canasto de nísperos del Japon, de los de sus primeras cosechas, que los traje á Roma y los obsequié á varias personas, que me los agradecieron como los primeros que venian á ese lugar, en donde apenas eran conocidos de nombre por los gastrónomos.

Con antelacion habia solicitado de mi gobierno las letras de retiro de esta Legacion, para volver á mi pais, conforme á la palabra que me habia dado el Presidente Márquez, de otorgármelo tan luego como lo pidiera, que fué una de las condiciones con que acepté ese empleo; pero por mas del tiempo doble de la distancia carecí de la contestacion, hasta que al fin me llegó la nota en que se me dice, haber accedido el gobierno á mi pretension. Solo eché menos la carta recredencial, que, conforme á estilo diplomático, debia haberse dirijido al cardenal Lambruschini, á quien hice presente que sin duda se habia estraviado esa pieza; en virtud de cuya observacion se me dió el pasaporte como con licencia temporal de mi gobierno para salir de Roma, único modo de cohonestar aquella falta, sobre la que no ha llegado el caso de hacer el comento correspondiente, que tendrá lugar en el tomo segundo de esta obra.

Solicité luego una visita de despedida del Papa, quien no me la otorgó hasta pasados como veinte dias de haber recibido el Secretario de Estado mi oficio, y supe que la tardanza habia consistido en que, al desembarcar en Civita-Vechia, no habia hecho la cuarentena prescrita por los reglamentos romanos, y que el Santo Padre informado de esto, habia esperado que pasára un tiempo prudente para poderme recibir sin peligro de ser infectado por la peste que podía yo llevar incubada. Esplicaré la causa de ese clandestino desembarco.

El vapor en que llegué á Civita-Vechia era de guerra francés, que hacia el servicio de correo; y como, al llegar á la cala de ese puerto, el mar se hallaba sumamente ajitado, no venia pronto á bordo la visita de sanidad, en cuyo caso el capitan resolvió echar al agua su bote, para pasar en él á llevar la correspondencia á tierra; y habiéndole propuesto Rivas y yo que nos condujese en el mismo bote, nos fué concedido, despues de habernos hecho

presente el riesgo que corriamos de naufragar. En tal virtud, pudimos desembarcar felizmente, entrar á un café, en donde habia mucha jente que á porfía nos preguntaba ¿qué habia de la peste? y nosotros contestábamos, que en los lugares de nuestra procedencia no reinaba la epidemia.—En seguida fuimos á un teatro; y cuando la policía quiso tomar la medida de ponernos en el lazareto, ya era tarde, pues caso de llevar la peste, eran muchos los que la habrian contraido estando en roce con nosotros.—Se disimuló pues; pero se dió cuenta al gobierno de esa ocurrencia, y á esto se debe la tardanza en recibir el Papa mi visita de despedida, pues los italianos tienen un miedo pánico á la *peste* oriental, y no pierden la tradicion de los estragos horribles que les hizo ese huésped destructor muchos años antes.

La visita anunciada tuvo efecto.—El Papa me recibió con muestras de particular consideracion, y me obsequió con una bula de Oratorio privilejiado para mí y mis descendientes por línea de varon, manifestándome, que eran pocos los soberanos y altos personages que habian merecido esa gracia. En seguida se espresó así: «Diga usted, mi querido general, al Presidente de la República Neo-Granadina, que he apreciado mucho las espresiones benévolas con que me ha saludado por conducto de usted, y las protestas que se me han dirijido de obediencia y respeto á la Santa Sede: que procure por todos los medios posibles que ese pueblo no renuncie jamás al beneficio inmenso de pertenecer á la comunion Católica, Apostólica Romana, porque prescindiendo de las ventajas morales que ofrece esta relijion á sus creyentes, ella es el freno mas eficáz para conducir la sociedad por el carril de sus deberes y no dejarla estraviar por los impíos, que sé no faltan desgraciadamente en esas rejiones.» Yo ofrecí á Su Santidad cumplir su recomendacion y me despedí en los términos debidos.

Me preparo, pues, para partir á mi pais, acompañado de mi antiguo amigo y condiscípulo el presbítero Primitivo María Grueso, á quien he logrado reunirme por recomendacion de su buen padre el señor Felipe Grueso, que despues de mil instancias, hincado delante de mí, á pesar de haber pretendido estorbárselo, me suplicó, mejor diré, me conjuró á que le llevara á su hijo, como el único consuelo en su ancianidad, autorizándome á no evitar medios ningunos para lograr ese fin, en que consistia su quietud y bienestar en los últimos dias que le restaban de vida. La empresa no dejaba de ser árdua, pues mi condiscípulo era jesuita; mas yo me he esforzado en corresponder á la confianza del señor Grueso (padre) y he logrado que su hijo y amigo mio deje los votos de su instituto en los términos debidos, y espero conducirlo sano y salvo á nuestro pais y presentarlo á su buen padre restituyéndolo al pais natal y á su sociedad doméstica.

Y al despedirme de esta corte debo dar un testimonio de agradecimiento al señor Fernando de Lorenzana, secretario de la Legacion granadina cerca de la Santa Sede, por haberme servido de auxiliar eficaz en el desempeño de mis funciones públicas, y porque me ha sido muy útil bajo otros respectos por las buenas relaciones que conserva en esta capital con sus principales personajes y con el señor Gregorio XVI, que tiene por él un aprecio distinguido. El señor de Lorenzana es, ademas un sujeto muy instruido y de una probidad proverbial.

# CAPITULO XLI.

Un episodio ó sea una ojeada sobre la Italia.—Nápoles.—Las Dos Sicilias.—Los Estados Pontificios.—La Toscana.—La Cerdeña.—Los otros Estados pequeños.—El reino Lombardo-Véneto.

Pero antes de salir de Roma me resta dar idea de algunas de las cosas curiosas que he visto en Italia y que me parecen dignas de publicarse. No se crea por esto que voy á describir las galerías de cuadros y estatuas, á hablar del Coliseo, de la columna Trajana, del *Forum romanum*, de las villas, de los paseos, de los palacios, de las basílicas, del Vesubio, de la Pompeya, de la Herculana y de tantas otras maravillas con que el arte ha embellecido esos paises renombrados, y que los fenómenos de la naturaleza los han hecho admirables — no, nada de eso, pues no quiero hacer el papel ridículo de plagiario, publicando lo que ya han hecho tantos otros facultativos en la materia. Acostumbrado á llevar un *memorandum* de todo cuanto veo y observo, que llame la atencion, lo he consultado en mi cartera de bolsillo para entresacar de ella lo que en mi juicio valga la pena de comunicarse; y despues de leer lo yá escrito hasta aquí, he advertido que se me quedaban en el tintero algunos incidentes italianos, con cuya relacion daré término á esta parte de mis memorias, pues pienso publicarlas en Paris cuando, á mi regreso, pase por esa capital; y acaso no ocurra nada que agregar, sino la fecha de su impresion.

Nápoles me ha parecido una ciudad admirable bajo el punto de vista de las artes y de la naturaleza; y, despues de haber recorrido casi todo el reino de las Dos Sicilias é informádome de cuanto hay en él digno de la atencion de un curioso, y que merezca referirse, me he formado el juicio siguiente.

El gobierno es despótico en la estension de la palabra. Allí no hay garantías de ningun jénero para sus habitantes, salvo las que se derivan del derecho del mas fuerte en las relaciones internacionales.—La corrupcion de las costumbres es tal que no hallo como calificarla. — Mas de 40,000 lazzaroni, que es jente la mas soez,

ignorante y perezosa de cuantas hay en la tierra, vagan por las calles ó duermen á pierna tendida sobre las murallas, en las plazas públicas y hasta sobre los muladares, satisfechos de obtener, á beneficio de su destino de hombres de cordel (cargueros del lugar) un baioco con que comprar macarroni ( fideos ) que, siendo sumamente baratos, es el alimento ordinario de los pobres; y felices son si pueden conseguir como procurarse un poco de vino ordinario, que tambien es muy barato. Estos holgazanes, cubiertos de asquerosos andrajos, hacen parte de la fuerza pública en las graves necesidades, y entónces son mantenidos por las rentas reales, de suerte que ellos anhelan por revueltas, porque entonces la subsistencia les es mas holgada.—Fanáticos y supersticiosos hasta el estremo, y crueles por falta de cultura y civilizacion, son capaces de los mayores atentados, y Dios libre al que caiga en sus garras cuando se hallan con un arma que les haya dado el gobierno. Algunas personas con quienes hablé de esto me indicaron, que no sería difícil conseguir colonias de emigrados entre esa clase de jente; mas yo les contesté, que no queria ni abrigar semejante idea, pues no era tan indolente que me atreviera á llevar á mi pais una semilla tan perniciosa.

No creo que el gobierno de las dos Sicilias pueda continuar por largo tiempo bajo la forma que hoy tiene, y no me parece dudoso que se haga, no muy tarde, un cambio político favorable al pueblo, conforme á las ideas del siglo y á las conquistas que hace la civilizacion, ni hallo que los soldados suizos, en quienes descansa principalmente la confianza del rey de Nápoles, dejen de buscar en otras ocupaciones mas honrosas y lucrativas el trabajo que les escasea en su pequeña pero afortunada República. Los suizos, sobrios como son, fuertes, valerosos y democráticos, hallarian en la América española tierras de labor hasta en los límites de la nieve perpétua análogas á su pais, y lugares en donde pudieran ejercer con gran provecho muchos ramos de industria en que son tan hábiles. Una emigracion de esa clase de jente sí admitiríamos con mucho gusto en la Nueva-Granada.

Respecto de los Estados Pontificios me he formado la misma opinion que de las dos Sicilias. No es posible consentir en que un gobierno despótico y teocrático pueda subsistir dominando indefinidamente un pueblo que no olvida su antiguo pasado, y que habiendo sido el centro de las ciencias y las artes y la cuna de la raza y civilizacion latinas, hoy no tenga otro blason que el de las llaves de San Pedro, ni otra importancia política que la de estar allí el trono del Sumo Pontífice. Hoy dia el imperio romano, tan suntuoso en tiempo de los Césares y tan orgulloso en el de la República, se sostiene solamente por la influencia preponderante del Austria y su intervencion armada, y por la fuerte guarnicion de

soldados suizos, que no sé porqué, aberracion, venden sus leales servicios á ciertos príncipes tiranos, á quienes la opinion pública tiene proscritos irrevocablemente. Salgan los austriacos y los suizos de Roma, y el cambio de su gobierno se verificará en el acto bajo las mejores condiciones, dejando al Papa independiente de la autoridad mundana y colocado en el escelso trono que le ha erijido la religion del Crucificado.

Para dar una idea de la arbitrariedad de este gobierno, de su tiranía y falta de buena fé voy á traer á cuento dos hechos de que soy testigo, pudiendo referir millares de anécdotas históricas en la misma comprobacion, si no temiera alejarme demasiado del punto de partida enunciado en el epígrafe de esta obra y muy especialmente de el que lleva por mote este capítulo.

Visitando el fuerte de Civita-Vechia, en que se halla perpetuamente enjaulado bajo barreras de hierro el famoso bandolero Gasparoni, de quien la historia y las leyendas adulteradas han hecho conocer sus proezas y maldades, quise satisfacer mi curiosidad provocándolo á referirme aquellos de sus hechos mas notables, y el modo como se le habia desarmado. Durante dos horas me entretuvo el tristemente célebre personaje sin dejarme que desear, y concluyó diciéndome poco mas ó menos : « que el Papa lo habia engañado proponiéndole se rindiera sin temor ninguno bajo las condiciones de que quedarian él y sus sesenta compañeros en plena libertad, aunque con la obligacion de retirarse al estranjero, para cuyo viaje se les daria todos los recursos necesarios y, á mas, algunos miles de escudos para la base de su establecimiento en el lugar que eligieran para su residencia; y que creyendo que el Papa no faltaria á su palabra sagrada ni dejaria de cumplir sus promesas tantas veces y tan solemnemente repetidas, se habia rendido, cuando, conocedor como era del pais y contando con su gente que no le cedia en valor y destreza, se hubiera sostenido con ventajas, como lo habia hecho durante mucho tiempo y contra ejércitos enteros que se habian destacado en su persecucion, tanto de la parte de Roma como de la de Nápoles; pero que el Papa los habia engañado *infamemente*, pues los tenia á perpetuidad confinados á esa estrecha prision, en donde habia visto morir á la mayor parte de sus compañeros, de los cuales no existian ya sino once valetudinarios (que tambien vi), cuya existencia seria muy corta. » Al terminar Gasparoni esta narracion, exaltándose como un energúmeno, prorrumpió en maldiciones al Papa, á los cardenales y obispos, sus intermediarios, que lo habian engañado tan miserablemente, pues que de antemano tenia motivos para conocer su carácter falaz y su pérfida astucia. « Vivimos aquí tan solo por la caridad de algunos estranjeros curiosos que nos visitan y nos pagan con usura estos gorros de dormir, que es lo único que

podemos hacer? De otra suerte, há mucho tiempo que los gusanos nos habrian comido» fueron sus últimas palabras. Yo le pagué tambien mi tributo, y me retiré preocupado con las tristes reflexiones que me suministró la sincera relacion del pobre Gasparoni.

Visitando otro dia en Roma el Castillo de Santo Angelo, ví, entre muchos *presos de Estado*, á un sacerdote muy anciano y venerable por su aspecto y ministerio; y preguntándole la causa de su prision, volvió por primera vez la cara hácia mí y con un aire desdeñoso me hizo apenas con la cabeza un signo negativo, volviendo á tomar su primitiva posicion en forma de un autómata. Entonces el capitan Balatti, que era mi cicerone oficial, me dijo: «que ese infeliz clérigo llevaba ya muchos años de prision por haber dicho dos misas en un mismo dia sin licencia del Soberano.» Pasmado y enternecido, como es de inferse en presencia de ese cuadro desolante, que no necesita comentarios, saqué diez escudos y los puse sobre la mesita que tenia por delante esa triste víctima de leyes bárbaras; mas ni por esto logré llamar la atencion del clérigo, quien continuó impasible y sin parpadear siquiera. ¿Seria que los hombres le eran ya odiosos y lo habian convertido en misántropo? ¿Seria que su sensibilidad lo habia abandonado en su dilatado martirio? ¿O seria que le estaba vedado el insinuarse?..... Yo no pude interpretar lo que seria, y abandoné pronto y desagradado ese recinto de iniquidad y tormento, sufriendo moralmente angustias inesplicables. Balatti me instaba á continuar viendo lo que habia de mas interesante en ese torreon pagano que sirvió de mausoleo á uno de sus mas famosos Emperadores, y hoy se halla convertido en una ciudadela, que sirve entre otras cosas para la detencion de los reos políticos y para el refujio del Papa en sus conflictos y durante la semana de Carnaval, en que se encierra Su Santidad de temor de su mismo pueblo, que supone tan fiel y tan consagrado á su autoridad.

La Toscana se halla bajo mejores auspicios, no por la forma de su gobierno, que es depótica, sino por los buenos sentimientos, ó por mejor decir, á causa de la buena índole de los Gran-Duques que han rejido ese pais, gracias tambien á la feracidad de su suelo, que parece haber recibido la bendicion del Todo-Poderoso. Sin embargo, ese hermoso Estado merece mejores destinos, y no hay duda que los conquistará cuando suene la hora infalible de la confederacion italiana.

El reino de Cerdeña aunque no goza tampoco de muchas ventajas en órden á su sistema político, sí contiene en sí, segun las observaciones que he podido hacer, el jérmen de la democracia pronto á desarrollarse profusamente. Los piamonteses poseen el

sentimiento de su valor y no olvidan la parte gloriosa que les cupo en la gran lucha que sostuvo Napoleon Bonaparte contra el Austria su natural enemigo y la mas refacia en sus pretensiones. El Piamonte cuenta con las simpatías y proximidad de la Francia, y espera resignado la hora de su rejeneracion. De Cárlos Alberto, su actual monarca, se habla con variedad. Algunos le acusan de haber sido débil en un complot promovido á su escitacion por sus compatriotas, con el objeto de mejorar las instituciones de aquel reino y enarbolar la bandera que debe servir un dia de punto de reunion á los italianos; pero se le concede ilustracion, denuedo y sentimientos patrióticos. Se dice que espia la primera oportunidad que se le presente para obrar en consonancia con sus deseos y que el pueblo le secundará con la mayor decision.

Los demas Estados de Italia insignificantes como entidades políticas y geográficas, donados á pretendientes surjidos de robustos vástagos de los del derecho divino en calidad de patrimonios para vivir con holganza á título de cuasi-feudos, no deben contar con larga existencia, pues naturalmente vendrán á formar parte de los grandes distritos en que se constituirá aquella península, ya que por sí mismos no pueden figurar por falta de elementos y por el modo anómalo con que se hallan incrustados en ella.

El reino Lombardo-Véneto que ha sido usurpado por el Austria y lo conserva á viva fuerza como posicion militar y marítima del lado del Adriático, no está contento con su suerte, agobiado como se halla bajo el yugo de un bajalato orgulloso é intolerable. Este bello territorio no volverá á tener participacion alguna en su réjimen político hasta que la Italia no recobre su nacionalidad, lo que, á mi modo de ver, no tendrá su cumplido efecto mientras no sea apoyada decididamente por su íntima amiga, la Francia. La cuestion no es sino de tiempo. (25)

Roma 3 de julio de 1840.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# NOTAS DEL TOMO PRIMERO

(1) Mi tio Mariano Lemos y Hurtado fué, sino el primero, sí el mas denodado revolucionario de Popayan; y en las primeras circunstancias críticas figuró en uno de los puestos mas elevados de la gerarquía política, comportándose siempre con la decision y energía que aconsejaba la situacion. Fué mi tio uno de los que mas sufrieron en su persona é intereses por causa de su amor à la independencia, y sin embargo, su nombre no figura hasta hoy en cuanto se ha escrito sobre Colombia y la Nueva Granada, cuyo silencio es una usurpacion causada al mérito de uno de los próceres de aquella asombrosa revolucion. La justicia exije que se rehabilite el nombre de quien, independiente como era el año 1810 por su rango y fortuna, tuvo la abnegacion bastante para lanzarse sin vacilar en aquella atrevida y difícil empresa. Yo por mi parte, prescindiendo del espíritu de nepotismo, consagro estas líneas á la memoria de ese personaje, que aun en su carácter privado poseia dotes nada comunes.

A la tertulia de mi tio Lemos concurrian, entre otras personas notables de Popayan, Valle del Cauca y provincia de Neiva, los señores Antonio Arboleda, Ignacio Torres, Felix Restrepo, Antonio Tejada, Ignacio del Campo Larraondo, Juan A. Rebolledo, Francisco Pombo, Santiago Mariano y José A. Arroyo, Toribio Miguez Rodriguez, Mariano Barona, Ignacio y Antonio Fernandez, Antonio Medina, Felipe Langacha y Juan M. Medina; todos estos señores pertenecen à la lista de los próceres de la independencia, cuya causa abrazaron con entusiasmo.

(2) El cañon no cayó en manos del enemigo, y esto lo aseguro por la casual ocurrencia que voy á referir.—El año de 1851, en que siendo yo Presidente de la Nueva Granada, el partido de oposicion conspiró contra mi gobierno, se me dijo: «que los conservadores de Cartago tenian hasta cañones de artilleria, pues se les habia tomado uno oculto en un bosque de las Cañas. Yo que recordaba la circunstancia de que acabo de hablar en el fondo de esta historia, me imajiné que el tal cañon debia ser el mismo que en nuestra derrota habiamos ocultado en aquella montaña: y en un viaje al Cauca en aquel tiempo tuve ocasion de verificar su identidad en presencia del coronel Manuel A. Pizarro, el mismo teniente valeroso de Cerro Gordo y las Cañass que quiso acompañarme hasta este último punto para recordar, sobre los mismos lugares, los acontecimientos de 38 años atrás.

(3) El mayor en edad era Zabarain y tendria 21 años: yo que era el menor, no contaba sino 18. A la fecha de esta publicacion no existimos milagrosamente sino Pose y yo, pues Zabarian fué al fin fusilado como se verà despues, y Cuervo murió en el Perú, habiendo ascendido à coronel, despues de haberse acreditado en la campaña y batalla de Ayacucho y haber merecido una estimacion distinguida de parte de los generales Bolivar y Sucre y de

cuantos le conocieran, pues por su génio jovial, por su talento, por su valor y por esa sal ática con que sazonaba su conversacion era imposible que hubiese quien no le amara.

(4) Las señoras Maria Manuela y Gertrudis Tenorio, hijas del antiguo alférez real D. Antonio Tenorio y primas mias, que fueron de las pocas personas de entre mis parientes que me favorecieron un tanto para no dejarme morir de hambre en mi pais natal y en medio de muchos deudos poderosos.

Esta es la ocasion de rendir mi mas espresivo homenaje de admiracion y gratitud á una santa mujer, llamada Antonia, esclava heredada de mi padre, que con el mas solicito afan y trabajando dia y noche sin descanso, con el producto de sus labores y vigilias sostuvo á mis dos hermanos menores y aún les procuró los primeros conocimientos escolares, durante mas de seis años. A principios de 1823 en que regresé á Popayan y recibí los informes de que acabo de hacer mencion, mi primer acto fué abrazar á Antonia bañándola con mis lágrimas, apellidàndola segunda madre de mis desvalidos hermanos y dàndole la libertad bien merecida, para satisfacerle así una parte de la suma inmensa de beneficios de que la éramos deudores. En seguida publiqué en su honor un articulo, que se insertó tambien en el «Fósforo,» periódico de aquella ciudad. Nunca podré olvidar á esa criatura angelical, que aún siendo esclava, poseía las virtudes escelsas de la matrona mas venerable. ¡Dios la haya colocado entre sus escojidos en premio de tanto mérito!

Tambien debo recordar agradecido, que mi primo Manuel López y Escovar, pasando de Antióquia para Quito, ausilió á mis hermanos con algunas prendas de ropa para vestirse, segun me lo dijo la virtuosa Antonia, cuando ellos se encontraban en tal estado de desnudez que ya no podían asistir á la escuela. Hubo tiempo que, en medio de la espantosa revolucion que afligió y desoló à Popayan, la pobre Antonia no alcanzaba à ganar lo suficiente para su manutencion y la de sus tiernos hijos adoptivos, à veces por falta de trabajo, pues aquella ciudad tan opulenta y tan valiosa así mismo, por su importancia moral era incesantemente acometida y ocupada por los dos bandos beligerantes, distinguiéndose en depredaciones y crueldad el realista, que entraba en ella à saco; y sus moradores huian hasta donde les era posible para librarse de la muerte y los ultrajes; en términos que en uno de esos interregnos la ciudad quedó tan desierta que no habiendo hombres siquiera para enterrar à los muertos, algunas caritativas mujeres ejercian esas funciones y aún otras mas sublimes en las ceremonias religiosas.

Nada, ó muy poco, se ha escrito relativamente á las catástrofes terribles de Popayan; y el único historiador clásico, el Sr. José Manuel Restrepo, que ha dado una débil pincelada en ese cuadro admirable por tantos títulos, mejor hubiera procedido escribiendo tres palabras semejantes á las que se pusieron sobre el funesto túmulo que formaron las cenizas de la célebre Ilion: «Aquí fué Troya.»

¡Jóvenes talentosos de Popayan! reunid los datos necesarios y escribid la historia de vuestra patria para honrar la memoria de vuestros padres y escitar la emulacion universal. Tened presente que Popayan ha producido héroes y heroinas, y que en medio de las mas espantosas tormentas y aún de su miseria misma, ha conservado su dignidad y héchose respetar de los ambiciosos de todos tiempos. Yo os declaro que me enorgullezco cuando recuerdo que soy hijo de ese pais, mas grande todavia por su historia en medio de su decadencia que por su antigua riqueza proverbial.

(5) Esta casa era la de una señora Duque viuda de un español López.

(6) Conservo una carta de mi camarada Bernal escrita en abril de 1849, en que felicitàndome por mi eleccion de Presidente de la República, me recuerda indirectamente ese acontecimiento, dejando entrever que si él no se hubiera opuesto á mi proyecto, yo no ocuparia aquel elevado puesto.

(7) Barrada fué el que comandó en jefe la última espedicion española contra Méjico.

(8) Esta denominacion de reino se daba en Venezuela al vireinato del nuevo reino de Granada, que es lo que hoy constituye la República de Nueva-Granada.

(9) Es de advertirse: 1.°, que tanto el jabon como el aliño de la comida se nos descontaba del socorro diario, que consistia en medio real á cada soldado, y de ese mismo medio que se descontaba á los rebajados del servicio; 2.°, que casi siempre se nos daba la racion en crudo y sin especias; y 3.°, que algunos dias se nos privaba de esa misma racion.

(10) Todo esto lo haciamos nosotros mismos de nuestro peculio y no costeábamos en ello ni un real cada mes.

(11) Estas y otras partidas de la laya me hicieron recordar el antiguo cuento de las cuentas del Gran Capitan.

(12) El cabo genovés se jactaba de que de un solo golpe de sable, si no dividia enteramente la cabeza del cuello, al menos no dejaba con vida á la víctima! Sea lo que fuere, si es cierto que dado el primer sablazo, el paciente era arrojado, al torrentoso rio Paya, con vida ó sin ella.

(13) No recuerdo bien si este sacerdote se llamaba Bernal ó Echevarria, pues ambos eran patriotas y conocidos por mí.

(14) La autoridad civil residia en un señor Arenas muy patriota, que habia sido aclamado alcalde por el pueblo.

(15) Este cura llevaba el apellido de Puyana ó Puyesa.

(16) Con el título de «La Bandera Tricolor» se publicaba entonces en Bogotá un periódico contrariando las miras de Bolívar.

(17) Estos dos sugetos y el actual general José Maria Obando, eran los amigos de mas confianza que yo tenia en Popayan entre los mas influentes de esa ciudad, y los que me ayudaron mas eficazmente á sostener el departamento del Cauca inmaculado, y poner en sus límites meridionales el contrafuego al incendio que en todo el Sur de Colombia habian producido las actas de la ominosa dictadura.

(18) Este respetable eclesiástico se ofreció voluntariamente al general Obando y á mí para ir cerca del dictador Bolívar à desempeñar la comision de la junta de Popayan, què contenia los puntos siguientes; 1° hacerle presente nuestra ventajosa posicion despues del combate de la Ladera, y la opinion predominante del departamento del Cauca contra la dictadura; 2° la necesidad que habia de que Bolívar suspendiera sus hostilidades; y 3° la conveniencia consiguiente de convocar una Convencion ante la cual debia el Dictador abdicar el mando. El doctor Mosquera nos protestó á la vez una y muchas veces la sinceridad de sus intenciones y la fidelidad con que iba á cumplir su importante mision; pero hasta hoy ignoramos lo que obró en el particular, pues ni entonces ni posteriormente nos ha hecho la mas pequeña indicacion.—Su conducta, por lo mismo, ha dado lugar á comentos poco favorables al comisionado.

(19) Aunque yo quedé completamente vindicado ante la opinion pública y ante los tribunales competentes, todavía hubo historiador que se atreviera á dejar en problema mi reputacion. ¡A tanta osadia le condujera la diabólica política!—Mas posteriormente el señor don Antonio José Irizarri, que ha escrito la historia crítica de ese acontecimiento, declara mi absoluta inculpabilidad é inocencia á vista de la multitud de documentos que consultó, entre ellos un cuaderno que publiqué en Popayan á fines de 1839. Para probar la pasion

de los que me han zaherido tan injustamente, pretendiendo que yo pude tener parte en ese atentado, me bastaria probar la coartada, como dicen los jurisconsultos, y esto no me fuera difícil, pues todos saben que yo me hallaba, cuando eso aconteció, á mas de diez jornadas de marcha del punto del suceso, sobre cuyo territorio no ejercia yo autoridad alguna, ni tenia relaciones íntimas en él. Temerarias fueron por tanto, las sospechas de los que me calumniaran, como fuè flagrante el anacronismo.

(20) Tan cierto es esto, que pocos dias despues de haber recibibo el general Flóres la adhesion de Popayan al Ecuador, me comunicó su ministro de órden del Presidente, que ya no era posible la defensa contra la invasion de Urdaneta, y que habiendo muerto esa República poco despues de su nacimiento, lo avisaba así para intelijencia de los pueblos que la habian constituido. De suerte que con este *salvese quien pueda*, los vínculos que nos unian al Ecuador quedaban por el mismo hecho rotos, los ecuatorianistas del Cauca, aunque lo hubiéramos sido por la fuerza de los acontecimientos, desde entonces quedamos autorizados para procurar por otra parte nuestras conveniencias sociales, desengañados de que Flóres no era el hombre de estado aparente para dominar una situacion crítica.

(21) Entre estos patriotas se distinguía el Sr. Miguel María Ortiz Duran, que habitaba en el distrito de la Plata.

(22) Nota dirijida en 7 de diciembre de 1836 por el Sr. Lino de Pombo secretario de Estado en el despacho Interior y Relaciones Esteriores de la Nueva-Granada al Sr. Turner, Enviado estraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. Británica cerca del gobierno granadino.

(23) Téngase presente que esta parte de mis Memorias se publica con la fecha en que las escribí; mientras que las presentes notas y el prólogo tienen la data de la publicacion.

EL AUTOR.

París 2[illegible] de julio de 1857.

**FIN DE LAS NOTAS.**

# INDICE.

PAG.

# FE DE LAS PRINCIPALES ERRATAS

| Página | Línea | Dice | Debe decir |
|---|---|---|---|
| 2 | 31 | [illegible] | [illegible] |
| 9 | 32 | [illegible] | [illegible] |
| 10 | 15 | [illegible] | [illegible] |
| 12 | 30 | [illegible] | [illegible] |
| 14 | 7 | [illegible] | [illegible] |
| 15 | 32 | [illegible] | [illegible] |
| 24 | 2 | [illegible] | [illegible] |
| 32 | 4 | [illegible] | [illegible] |
| 40 | 28 | Cundinamarca | [illegible] |
| 41 | 39 | [illegible] | [illegible] |
| 56 | 12 | [illegible] | [illegible] |
| 63 | 4 | [illegible] | [illegible] |
| 63 | 31 | [illegible] | [illegible] |
| 66 | 4 | [illegible] | [illegible] |
| 69 | 42 | [illegible] | [illegible] |
| 71 | 17 | [illegible] | [illegible] |
| 74 | 17 | [illegible] | [illegible] |
| 77 | 11 | [illegible] | [illegible] |
| 79 | 20 | [illegible] | [illegible] |
| 79 | 23 | [illegible] | [illegible] |
| 79 | 17 | [illegible] | [illegible] |
| 89 | 15 | [illegible] | [illegible] |
| 90 | 15 | [illegible] | [illegible] |
| 95 | 36 | [illegible] | [illegible] |
| 96 | 15 | [illegible] | [illegible] |
| 97 | [illegible] | [illegible] | [illegible] |
| 101 | [illegible] | [illegible] | [illegible] |
| 104 | [illegible] | [illegible] | [illegible] |
| 106 | [illegible] | [illegible] | [illegible] |

# FE DE LAS PRINCIPALES ERRATAS.

---

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Página. | 2 | linea | 31 | constristaban | léase | contristaban |
| " | 9 | | 32 | 800 | " | 600 |
| " | 10 | | 19 | tres cuartos | " | dos tercios |
| " | 12 | | 40 | destiladero | " | desfiladero |
| " | 14 | | 7 | Servier | " | Servies |
| " | 15 | | 32 | provincias de la Nueva Granada | " | Provincias Unidas de la Nueva-Granada |
| " | 24 | | 2 | taradita | " | tarabita |
| " | 32 | | 4 | Jaucanquer | " | Yacuanquer |
| " | 40 | | 23 | Cundinamacia | " | Cundinamarca |
| " | 40 | | 30 | Monttúfar | " | Montúfar |
| " | 56 | | 12 | Dispuesto pues | " | Dispuestos, pues, |
| " | 63 | | 4 | anuncian | " | anuncia |
| " | 63 | | 31 | combiarse | " | cambiarse |
| " | 66 | | 4 | para que sirviese de escarmiento | " | (Suprímanse estas cinco palabras). |
| " | 69 | | 42 | " | " | |
| " | 71 | | 17 | Mironi | " | Minoni |
| " | 74 | | 17 | Barsillas | " | Balsillas |
| " | 77 | | 11 | Murisalde | " | Merisalde |
| " | 79 | | 20 | manifestarlo | " | verificarlo |
| " | 79 | | 28 | Casane | " | Casanare |
| " | 79 | | 37 | Casamane. | " | Casanare |
| " | 89 | | 15 | por realistas | " | por los realistas |
| " | 90 | | 15 | mochilla | " | mochila |
| " | 95 | | 36 | mochillazos | " | mochilazos |
| " | 96 | | 19 | Samoyar (y mas abajo). | " | Mayoral |
| " | 97 | | 15 | donde puedan | " | donde no puedan |
| " | 101 | | 18 | Montilla | " | Mantilla |
| " | 104 | | 30 | destamentos | " | destacamentos |
| " | 106 | | 14 | entrase | " | entrese |
| " | " | | 29 | Arnero | " | Azuero |
| " | 107 | | 30 | hechado | " | hecho |
| " | 108 | | 8 | temiendo | " | teniendo |
| " | 110 | | 5 | Ciscuta | " | Cúcuta |
| " | 117 | | 20 | macamas | " | macanas |
| " | 120 | | 9 | convalencientes | " | convalecientes |
| " | 122 | | 6 | donde | " | desde |
| " | 129 | | 38 | interimamente | " | interinamente |
| " | 133 | | 14 | Guaitura (y mas abajo). | " | Guaitara |
| " | " | | 24 | armados | " | facciosos |
| " | " | | 28 | interior | " | inferior |
| " | 137 | | 4 | Horgueta de Venta | " | Horqueta de Venta |

| Página. | | linea | | | léase | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Página. | 141 | linea | 33 | Sentenciado | léase | Instruido |
| 〃 | 176 | | 21 | admas | 〃 | ademas |
| 〃 | 178 | | 4 | reformaba | 〃 | reforzaba |
| 〃 | 181 | | 31 | Sarria, (y en otras partes). | 〃 | Sárria |
| 〃 | 189 | | 16 | de Marquet (y otros lugares). | 〃 | Demarquet |
| 〃 | 192 | | 12 | noticias | 〃 | noticia |
| 〃 | 215 | | 13 | Surce | 〃 | Sucre |
| 〃 | 236 | | 30 | renuevan | 〃 | reunen |
| 〃 | 240 | | 20 | Arrimigas | 〃 | Arciniegas |
| 〃 | 242 | | 24 | Sonsn | 〃 | Sonson |
| 〃 | 248 | | 10 | Cipaguirá (y otros lugares). | 〃 | Cipaquirà |
| 〃 | 250 | | 34 | 2 | 〃 | 12 |
| 〃 | 254 | | 4 | soportar | 〃 | reportar |
| 〃 | 262 | | 25 | ? | 〃 | (Suprímase). |
| 〃 | 264 | | 7 | zuzurro | 〃 | susurro |
| 〃 | 295 | | 31 | generales en servicio activo | 〃 | generales, creado para juzgar á los oficiales en servicio activo |
| 〃 | 296 | | 19 | persistente | 〃 | preexistente |
| 〃 | 296 | | 37 | Chimano | 〃 | Clímaco |
| 〃 | 298 | | 13 | los Madagascar | 〃 | la Madagascar |
| 〃 | 298 | | 23 | levantau | 〃 | levantar |
| 〃 | 299 | | 44 | depejaba | 〃 | despejaba |